

FAES
Biblioteca

DISERTACION SOCIOLOGICA

LUIS LOPEZ DE MESA

CASA
EDITORIAL
"EL GRAFICO"
BOGOTA - COLOMBIA

JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

C864
L864 D1
FJ 2
1939

\$65.00

PRIMER DISCURSO: ESQUEMA IDEOLOGICO

La Sociología estudia el origen, la constitución y el comportamiento de las sociedades.

Así presentado el problema salimos de aquella nebulosa conceptual que condujo a Léster Ward a suponer casi indefinible el alcance de la Sociología, pero nos encontramos con una mayor inquietud al ver que abarca casi todos los conocimientos humanos y buena porción de los divinos. Porque, ciertamente para extraer la síntesis de un tan voluminoso cuerpo de estudio, se requieren conocimientos universales y, más aún, conocimientos ordenados en una categoría austera de valores, por donde se pueda hallar el núcleo ideológico que rige los conjuntos, y no perderse en un herbazal de cosas nimias o tangentes.

Y se corre también el riesgo de dejarse uno llevar de su vocación y anteriores disciplinas, de que ocurre abundantemente al adscribir mayor importancia a la interpretación etnológica, económica, histórica o de cualquier otra índole, según lo que se haya practicado, y pretender que la evolución de los fenómenos humanos ha seguido el cauce predilecto de una idea o de una hipótesis que por coincidencias afectivas, bien acondicionadas en el discurso, toma caracteres exaltados de verosimilitud: ¿No es esto, acaso, lo acaecido a un Hegel, a un Comte, a un Cousin, a un Marx, a un Bossuet. . . . a cualquiera, en fin, que contemplemos aisladamente dentro de la historia de la Sociología?

Se ha confundido la Sociología con la Filosofía de la Historia. La primera se circunscribe a lo científico, y obedece a las normas que a esto caracterizan, como son la de ser observable, mensurable y comprobable. La segunda comprende la especulación ~~que~~ se haga sobre los elementos que constituyen la Sociología, origen, constitución y comportamiento de las sociedades humanas, como ya se dijo, de igual modo que en Astronomía se progresa científicamente hasta la linde de lo mensurable, y de ahí luego se entra en un discurso más o menos metafísico de hipótesis.

La Historia comprende el estudio de los acontecimientos humanos, inclusive, naturalmente, el de sus instituciones. Cuando investiga las leyes que rigen esos acontecimientos, se hace sociológica; cuando ensaya unificarlos en una síntesis de causalidad, de conducta o de finalidades, entra en los dominios de la Filosofía. Así, por ejemplo, la narración de las instituciones jurídicas que

han venido ampliando la evolución del Derecho, es Historia; la investigación de las causas económicas, psicológicas, raciales etc., que determinaron el nacimiento de esas instituciones, corresponde a la Sociología, y el estudio de la esencia del hecho jurídico, es lo que se llama Filosofía del Derecho.

Miremos un esquema sucinto de las opiniones que se han divulgado acerca de la Sociología, a ver si conocemos mejor su abstrusa índole. El breve análisis de estas orientaciones dialécticas hará surgir en el lector, sin duda, más claros pensamientos que los muy pocos y débiles que a mí me han guiado en la elaboración de esta obra:

SOCIOLOGIA TEOLOGICA: Aunque no haya sido presentada como una escuela aparte, ello es que las primeras explicaciones del fenómeno social caben dentro de esta nomenclatura: Todos los pueblos al iniciar sus meditaciones sobre el origen, constitución y comportamiento de la sociedad adscriben a su Dios respectivo la dirección suprema, y su literatura incipiente no otra cosa es que un dilatado y bellissimo poema teogónico. En la Biblia se puede observar esto con caracteres de drama universo, desde el Adán y Eva originarios, lugartenientes en el Mundo terreno de Yahveh, y las luchas del profetismo nacionalista y democrático contra la sensualidad de los conductores sujetos a influencias exóticas, de lo mesopotámico, de lo egipcio, de lo romano, en fin, por donde, al correr de los tiempos que preceden a Cristo, se estableció la polaridad entre esenios y ebionitas contra fariseos aristócratas y colaboradores del extranjerismo complaciente, hasta la gran revelación de Jesús sobre la fraternidad de los hombres en el Reino de Dios Padre, según pensamiento que venía elaborándose hondamente en el seno de la historia hebrea.

Los Padres de la Iglesia Católica, un San Agustín, digamos, amplían filosóficamente esta interpretación, que casi adquiere en la Edad Media un triunfo institucional de las aspiraciones del Papado y del Sacro Imperio.

Ya en el siglo XVII, el gran Bossuet ordena esta milenaria tradición en un cuerpo de doctrina para uso de príncipes, que aún hoy ejerce influencia en algunas escuelas, en algunos partidos y en la mente de muchos pensadores, con más o menos atenuantes y escondites.

Las culturas anteriores a la hebrea, que le sirvieron en mucho de origen y en mucho de norma frecuente, desde la remota de Uruk, patria de Abraham, de estirpe sumeria, que ya en el cuarto milenio antes de Cristo constituyó un imperio federal de Estados-Urbes (Ur, Lagash, Larsa, Kish etc.), en la parte inferior del Eufrates, entonces bien regada y fértil, bajo la hegemonía de Mes Anni Padda, donde la organización social sigue las líneas conceptuales de una interpretación religiosa, con Nannar, el dios-luna y Nin Gal, su consorte. En la segunda jornada de esta nación, o sea en la que preside Ur-Nammu en el tercer milenio antes de Cristo, existió la escritura en ladrillo, y con ella nos viene su interpretación teológica de las sociedades.

Más remota todavía, la cultura egipcia, de seis a siete mil años antes de Cristo, de fondo hamita, de la raza mediterránea, parientes de los Iberos y Ligures primitivos, de los Egeos y Fenicios, aunque grandemente cruzados con migraciones de los cuatro puntos cardinales, inclusive arios y negroides, fue de índole muy diversa de la anterior, masculina y no femenina, a pesar de su matriarcado primitivo y de la proximidad de los asiáticos, expresa también su concepción teológica de las sociedades en su escasa literatura, pues que nunca se dio a escribir epopeyas ni filosofías, sino relatos de triunfos militares o anotaciones de contabilidad, o de liturgia y ciencias aplicadas, de medicina, por ejemplo, o mejor aún, en la organización política de la nación, en que reproduce en la persona de los Faraones y en el cuerpo de las leyes su interpretación teocrática de la historia y de la vida.

Del lado de acá del Mediterráneo, por donde ahora es Andalucía, un pueblo de arcaica estirpe, tal vez emparentado con los Cro-Magnones dolicocefalos, artistas y viajeros audaces, que diez mil años antes de Cristo invadieron la Europa, estableció el dominio de Tartessos. Allí pudo aprovechar para la civilización naciente el cobre de Río Tinto, la plata de Almería, el oro de Ilipa, el plomo de Molybdana. Pudo fundir bronce con el estaño de Inglaterra, recién descubierta por sus parientes los Oestrimnios, y fabricar adornos con el ámbar del Mar del Norte, que sus otros primos hermanos, los Ligures de Bretaña, recorrían ya, desde Ierne o Irlanda, hasta Abalus o Heligoland, los mismos Ligures que por el Sur bajaron hasta el Níger, precursores en audacias marinas de su remoto descendiente Cristóbal Colón. Pues también en este pueblo se da idéntica interpretación de las sociedades a la que acabamos de observar en los contemplados anteriormente.

Y aunque parezca una fantasía del romanticismo histórico, podemos remontarnos más y ver en las gentes que continúan en el Sur del Océano Pacífico, por Tasmania y Australia, y tal vez por la América Meridional, la raza primigenia de los Neanderthalenses, del paleolítico, concebir un dios creador supremo, y una sociedad organizada conforme a sus presuntos designios.

Nada tiene, pues, de exótico que estas concepciones se organicen en cuerpo de doctrina al aparecer los primeros destellos de la civilización. Los Aryas, Arios de nuestra nomenclatura, producen muy pronto altas concepciones, ora de una metafísica delicuescente en la abstracción, hasta suprimir la realidad, como en la India, ora de tono pragmático, ético y etológico, cual ocurre en Persia, de predominio estético en la sensibilidad exquisita de los griegos, de los jónios principalmente, y pragmático-jurídica en los latinos.

Del Norte Eurasiático tal vez parte esta estirpe privilegiada, para dar a luz la colmena de idiomas y naciones que denominamos Indo-europeos o Indo-germanos. Una de sus ramas se designa Haraiva, que luego da ocasión al nombre de Ayriyana, más tarde Irania, el Irán de nuestros días. Muy posiblemente algunas de estas migraciones, de las que dieron nacimiento a la cultura del Vedanta, en la India, continuó su camino a través de los Archipiélagos del Sur y llegó a América, donde se encuentran rasgos "alófilos" y algunas raíces lingüísticas que así lo sugieren. Inclusive entre los indios colombianos se descubre el fonema Ari, para designar los ríos, aunque yo no concibo de ella ninguna relación étnica: En los Aymaras existe también en la curiosa acepción de "nuevo".

Esta ramificación asiática tuvo un núcleo temporal entre el Mar Negro y el Caspio, de donde, según parece, emigraron poco a poco los clanes, o tribus quizá, de los Mada, origen de los Medos, Parsa, de los Persas, Parthava o de los Partos, Bajtri o de los Bactrianos, de Haraiva, en fin, que descienden hasta la India luego, y de los cuales queda el nombre genérico de Aryas o Arios.

La ramificación europea da lugar a los Deuschen, a quienes, por dificultad de pronunciación, los latinos llamaron Teutones, y los Francos, los Sajones, los Anglos, los Godos, los Helenos, los Latinos etc., fundadores de otras tantas nacionalidades, rectoras hoy de la humanidad. Gran movimiento migratorio que va desde el año tres mil antes de Cristo, probablemente, hasta unos diez siglos después de la Era Cristiana, en cuanto corresponde a Europa.

Antes de la separación ya habían concebido una divinidad abstracta, sin limitaciones espaciales ni de tiempo, creadora, entre los

Parsis, de la célebre dualidad del Mazdeísmo (Mazdao significa "Gran Sabiduría"), Ahura-Mazda, espíritu de la luz, llamado Ormuz en nuestra lengua, y Ahriman, personificación del mal, o sea Angra-Mayniu o Anra-Mainyu (según otros, aunque menos correctamente). A estas divinidades se añadió el culto del fuego, para formar una trinidad, tan frecuente en las teologías en que se explica la Religión, y los principios morales que Zarathushtra implantó o confirmó en ese pueblo.

Pues bien, ahí, como en otras religiones que le deben grande aportación conceptual y litúrgica a los Parsis, hallamos una interpretación teológica de las sociedades, con paraíso, pecado original, diluvio, bautismo, confesión y comunión, juicio individual a la hora de la muerte y final en las postrimerías del Mundo, resurrección de la carne etc. (hasta el rito católico de signarse en la frente, en la boca y en el pecho), porque todo dependía de la creación y orden que Ahura-Mazda había realizado en las "seis épocas" de su actividad expansiva.

Los arios de la India conciben también una divinidad abstracta y remota, espiritual, o sea Prashapati o Pragapati, y la trinidad que representa al sol, o Savitar; al fuego, o Agni; a la tormenta o Indra, que de evolución en evolución vamos transformarse en Brahma, Siva y Vishnú, espiritualizados. Parece que el clima ardiente y deletéreo de la India, en que la Naturaleza destruye la acción del hombre y va poco a poco agotando su voluntad, condujo a la estirpe a concepciones escépticas, como la de Maya, o suprema ilusión de todo; el Nirvana, o beatífica quietud en el seno de la divinidad inmarcesible; la eliminación del deseo, base del Budismo, revelación que introdujo Siddharta el Gautama, después de compulsar en su vida y en su mente los motivos de aflicción que nos asedian y combaten. La terrible organización de la sociedad india, tan severa y cruel, responde a sus conceptos teológicos: El Buda, flor augusta de su raza, los sugiere en mandamientos morales, que no son sino el colapso del espíritu ante la Naturaleza indómita: ¡Pobreza, obediencia, castidad, meditación, humanitario afecto! Lo mismo que la revolución de los humildes, de los ebionitas, o reino de los desamparados, halló con Jesús ese ambiente de desolación implacable de Israel y de Judea.

Y no que yo intente comparar la obra de estos mensajeros del espíritu, Jesús y Sakia-Muni: A mi ver, en el primero refulgen visiones de recóndita esencia, arcanas aún, de los vínculos que conectan al hombre con la Divinidad, la Humanidad y el Mundo. ¡Qué

bien atinó su madre cuando le nombró Yeshu o Yeshua, del hebreo Yashúa, que significa salvación o "Yahveh es su ayuda", y cuánto mejor se definió él a sí mismo al apodarse "Barnasha", que vale decir "Hijo del Hombre", substancia agónica de todo lo humano.

Es posible que la India tuviese alguna intercomunicación ideológica con los griegos y aun con los judíos, por donde nos llegasen indirectamente orientaciones de su espíritu: Mas ello es que sólo del siglo XVIII para acá ha cobrado una posición eminente ante la investigación de los pensadores de Europa, y ha logrado influir en la mística de la cultura occidental, en su literatura y en su arte. No así ha ocurrido a los Parsis, pues que sus mejores creaciones entraron inmediatamente en la corriente universal a través del Cristianismo y sus sectas: Hubo un instante en que Mitraísmo, derivación del Mazdeísmo, conmovió la sociedad romano-alejandrina, entonces la más interesada en achaques del espíritu, y otro momento en que los Maniqueos, nueva floración de las doctrinas iránicas, halláronse a punto de suplantar el catolicismo de San Agustín y de San Pablo. Tan rudas fueron ambas lides, que en nuestro ambiente moral y religioso persisten innumerables reliquias del zoroastrismo lejano. Cuando decimos "Diablo", no otra cosa significa ello que una mutación meramente semántica de "Deva"; cuando evocamos a los "Angeles", tenemos una reminiscencia de los "Ahuras" o "Yazatas", los "seres brillantes", amigos y protectores de la humanidad. El mismo rito de la consumación del "Homa", dejó en nuestra Iglesia un símil evidente.

Zarathushtra Mazdah, o el sabio Zoroastro, como le nombraron siempre nuestros padres, cuando aún Nietzsche no había divulgado aquel su verdadero nominativo, no tiene muy asegurada su posición histórica. Ello es, sin embargo, que todas estas tradiciones, al parecer míticas, van siendo descifradas y halladas auténticas o a lo menos muy probables. Zarathushtra, pues, se nos presenta como muy distinto en las circunstancias de su intimidad de lo que fueron sus pares en prestancia histórica: No hallamos en su ambiente familiar aquel disgusto, reserva y apartamiento que sordamente acongoja el espíritu de Jesús, de Gautama y de Confucio, antes bien se adivina que en su círculo hogareño reinó grata armonía y distinción de maneras, pues Hvovi, su esposa, fue dama de la Corte del rey Vishtaspa, y su hija Pourishista le acompañó cordialmente. El mismo, del clan medo de los Spitama de Rai, estuvo siempre en destacada posición espiritual y social. Le correspondió coordinar las normas culturales de su estirpe, y, haciendo hincapié en lo moral, de-

finir las relaciones de los hombres con la divinidad suprema, anunciando un "Reino de Dios", hasta invocarlo a usanza de Cristo en el "Venga a nos el tu Reino". Presupone la existencia de un Mediador, de un Purgatorio y un Limbo, "Hamistakun", para los que no alcancen a una salvación inmediata en el juicio de Ráshnu. Es bella su frase de que "Dios vive consigo", y muy noble su admonición sobre que "El propio hombre determina su suerte". De ahí podemos deducir que también en sus enseñanzas se subentiende una explicación teológica de la sociedad.

Esto es todavía más enérgicamente predicado en la obra de Confucio. Desde luego, es inquietante la polaridad que ofrecen los dos máximos conductores de la cultura mongólica del Lejano Oriente: Laocio o Lao-Tse, "Viejo sabio", bibliotecario real de la ciudad de Tcheu, hombre del Sur, de las tierras fértiles y la civilización edonista, que, cual un indostánico, proclama que es preciso dejar libre curso a la Naturaleza, sin meternos a enmendarla con fútiles imaginaciones: Su Tao-Te, "Camino y Virtud", proclama un estado contemplativo eterno, un cuasi Nirvana mongólico para vivir espiritualmente, en soledad consigo, dentro de una concepción panteísta del Universo Mundo.

En cambio, Confucio o Kung-Tse, hombre del Norte, de más rudo ambiente, y por añadidura huérfano a los 3 años, a pesar de pertenecer a la casa real de Yin tuvo que enfrentarse a la vida con decisión heroica. Músico, poeta y moralista, pero sobre todas las cosas adicto a intervenir enérgicamente en la conducción de las sociedades y hasta de imponer al Destino adverso el valladar de un espíritu indómito, no le hizo mucha gracia la actitud abstrusa y orgullosa de Laocio, ni la conducta de los mandarines a quienes sirvió de ministro y consejero, y ante cuya inmoralidad tuvo este apóstrofe: "Tú eres más fuerte que yo, maleza de los montes, maleza que me encubre la vista de mi patria". Anticipándose a nuestras "revoluciones" penales, afirmó un día: "Descuidamos la instrucción y aumentamos los castigos". Como un Epicteto, replicó una vez a quien trataba de darle muerte: "Dios ha engendrado en mí el espíritu ¿cómo podrás tú quitármelo, Huan-T'ui?" De sí mismo dio una definición envidiable: "Un hombre que no se cansa de aprender, ni se acobarda de enseñar". Hay en todo esto una reacción asombrosa, y probablemente excepcional, contra la índole pasiva del matriarcado de Oriente, del chino, sobre todo. También él propone el "amor del prójimo, dentro de una fraternidad universal, y no en cualquier frase incidente o fortuita, sino lindeando, tal vez

el primero, un Derecho internacional de justicia y respeto mutuos, y ambicionando para la conducta de los reinos la democracia de los más aptos. Y ¡qué de adivinaciones felices!: En su hora turbia de feudalismos pide protección para los débiles y trabajo obligatorio para los favorecidos con fortaleza vital, en una antevisión de la política "totalitaria" de nuestros tiempos.

En el ambiente de su patria, proijadora de vetusto matriarcado, la familia asume la representación de lo más admirable que al hombre le sea posible concebir, y en ella se resume la mejor adecuación del espíritu a la realidad, en esta y en la otra vida, aunque no fue Confucio ningún dialéctico embaucado por "certidumbres" absolutas: también él pensó que "El hombre es la medida de todas las cosas"; como el insigne Protágoras; también concibió un devenir, o fluir eterno, como Heráclito, y, anticipándose a Descartes y a Kant, habló de que "Todo conocimiento del Mundo es imposible", pero, con mayor fortuna, acuñó esta frase que le envidiaría la ciencia contemporánea: "Conocemos por el nombre, y el nombre es apenas un huésped de la realidad."

Y si dejamos la contemplación de las grandes culturas, en el Mundo Americano aborígen hallamos, como tendremos más adelante oportunidad de decirlo ampliamente, la misma interpretación religiosa, o si se quiere, teológica, de la Sociología, con lo cual cierro este fárrago de citas, un poco enfadosas tal vez, con la afirmación de que fue ésta la primera interpretación que el hombre hizo de ella, muchos milenios antes del curso inicial de Augusto Comte, en todos los continentes, en todas las razas y en todas las épocas, hasta el día de hoy inclusive.

SOCIOLOGIA POSITIVISTA: Antes de exponer las grandes divisiones en que hoy se estudia la Sociología, es justo decir alguna palabra del filósofo que le dio el nombre y encumbrado sitio en las lucubraciones ideológicas del XIX.

Bello caso, este Augusto Comte, para hilvanar una disertación sobre la génesis de las escuelas filosóficas de algún callado rincón de la vida íntima de sus iniciadores: Hasta dónde una quiebra comercial dio origen al estoicismo; hasta dónde el recuerdo de la piedad religiosa de su madre condujo a Kant a la Crítica de la Razón Práctica; cómo la flaqueza sexual y física de Nietzsche lo enamoró de Zarathushtra y de Dionisos, y el celibato meticuloso de Spencer engendró el orden de sus papeles y de sus ideas, su liberalismo de

no molestar al prójimo y su evolucionismo encajado en estupendas proporciones de tamaño, como las bolas de marfil de los chinos y japoneses. Tal vez un recóndito fastidio sexual motivó la fuga doméstica de Sakia Muni. Quizá el orgullo de San Agustín, maltratado por la patricia altivez de San Ambrosio, despertó la heroicidad de sus combates. Miseriucas domésticas pudieron hacer de Sócrates un errante conversador de las calles atenienses.

Causalidad secundaria, sin duda, porque ninguno de estos accidentes hubiera operado el milagro sin una personalidad eximia. Ni aun con ella, tampoco, sin la oportunidad de un ambiente propicio: En la derrota de los acaecimientos humanos vemos coincidir una misma idea en varios hombres a la vez y apartados sitios. Es porque el conjunto de modificaciones que va sufriendo el Universo imprime nueva sensibilidad en la psique humana, y de esta base así constituida surgen anhelos diferentes, e ideas que los representan, sublimados en el campo augusto de la intelectualidad. Es lo que nos descubre la sucesión de las generaciones en su pugna de sensibilidad entre padres e hijos. Pudiera argüirse que de ocurrir esto persistentemente "ab origine", ya estaríamos muy lejos de la idiosincrasia de las primeras civilizaciones, cuando un estudio prudente nos indica que perdura un fondo humano indestructible. Si y no: Las modificaciones son grandiosas a la vista amplificadas de un sentimiento inmediato, como sucede en las esferas sutilísimas de la conducta, balanza de extremosa precisión, mas no discernibles en la gigante magnitud de los conjuntos, al modo que nuestro planeta circula al parecer en una misma órbita y un mismo tiempo, cuando en verdad una y otra no son exactamente iguales. Como no lo son las cuantías ni los momentos con que actúan las fuerzas naturales, ni el espacio y tiempo que van determinando en su abscóndito devenir.

Mas no era para tanta lucubración lo que pretendía decir acerca de Augusto Comte, sino que en su naturaleza paranoide arraiga tal vez la estructura de toda su filosofía. Pues, a la manera de Rousseau, su antecesor ilustre, fue algo parásito y un mucho paranoico e insoportable. Díganlo Littré y Stuart Mill, esos dos santos del positivismo, que a pesar de quererlo entrañablemente por sus obras, tuvieron que alejarse de su atrabilis. De ese fondo de tenacidad y de meticulosidad que constituye la paranoia sale la ordenación tan severamente sistematizada de sus opiniones y clasificaciones, su incapacidad para "controlar" la generalización de sus conceptos, y la "mística" de sus aventuras religiosas. Si no puede convivir con Madame Comte, surge el desvío; si tuvo para Clotilde de Vaux una

apoteosis extravagante, pago fue de caricias amorosas que enaltecen el tremendo egoísmo de esta clase de perturbaciones. . . . No supo lo que decía el travieso Erasmo cuando escribió su "Elogio de la Locura", que entre otras cosas no fue de tal locura, sino de la extravagancia y la actividad desordenada, por donde, si bien su libro es apenas un mal sermón, en cuanto a ciencia y lógica, como reactivo contra la excesiva sistematización, la gazmoñería y la rutina medievales fue un ariete eficaz y una deliciosa revolución de estilo literario: No supo el zorro de Rotterdam lo difícil que es aprovechar social y familiarmente a sus loquitos, aunque sea admisible que una leve porción estimule el ingenio. Lo que no significa que la obra disparatada de Erasmo no sea muy interesante. De las tres que de aquellos siglos confusos nos quedan en contra de la vida y del hombre, el Kempis desolado, el Elogio de la Locura y ese panfleto abrumador de Inocencio III sobre "El desprecio del Mundo y la miseria de la condición humana", hay que concederle mayor simpatía al más superficial y jocoso, al más humano e insignificante. "La Imitación de Cristo" del místico germano Thomas Hemerken (1380-1471) alias Kempis, parte de un concepto de vida angustiosa que sólo se resuelve en el regazo de la piedad divina, y es, por lo tanto, una negación rotunda de las capacidades del hombre para resolver sus propios destinos. Es el sollozo de la suprema orfandad de los humanos, pero es una actitud de derrota en que no podemos educar a las nuevas generaciones, cuando ya la fe no equilibra la turbulencia del instinto. Muy otro es el terreno ocupado por el Papa Inocencio: Más cerca está de la despectiva posición de Erasmo, ciertamente, aunque con diversa índole. Este gran emperador, este Lotario Conti que cabalga sobre los siglos doce y trece con una personalidad desconcertante, ilustrada y virtuosa, guerrera y mística a la vez, un César, por algunos aspectos, un Savonarola por otros, demócrata e inquisidor a un mismo tiempo, insigne en el conjunto cual pocos en aquellas oscuras jornadas de la humanidad, recuenta, él, noble y jerarca, él, universitario y triunfador, los graves motivos de envilecimiento que afligen al hombre en su fisiología y en su espíritu. Y así, resuelta disolvente su obra e infecunda para el esfuerzo heroico de las creaciones. En cambio, la voluble ironía erasmiana subtiende una valoración estimulante del saber y la virtud en función social, y abre la vena al orgullo fértil de la persona, al impetu moderno de superar las negaciones del destino adverso y las barricadas de sombra que la Naturaleza nos opone tenazmente.

Es, por otro cariz, la misma consecuencia que ocurre con las obras de Dante y San Francisco: Al primer aspecto, el autor de la

Divina Comedia nos deslumbra con su genio universal y su erudición sorprendente. La magnitud de su poema las enmarca en dignidad agobiadora y señera. Y sin embargo, los cuatro versos que el de Asís nos legó, sin enjuiciar a nadie, sin navegar a velas desplegadas por el empíreo de todas las lucubraciones teológicas, con sólo reconciliar al hombre con sus hermanos los seres de la Naturaleza madre, uniendo en un común abrigo de ternura al agua "preciosa, casta y sencilla", al sol tibio y benéfico, a los animales inocentes y los humanos más humildes, rasgó en un relámpago de bondad el drama, insoluble al parecer entonces, de la tragedia vital, y restableció para las generaciones futuras el equilibrio del sentimiento. Y tal vez tal vez, el psiquiatra tendría que admitir un grano de locura en ese espíritu selectísimo del gran Bernardone, del segundo Kristós de la Historia.

Y así tenemos que dos obras de primera categoría ejemplar nos vinieron íntimamente ligadas a la locura. ¿Cómo pudo esta misma causa conturbadora operar su triunfo en el caso de Augusto Comte?

Al revés de su continuador y superador, Herbert Spencer, quien a los cuarenta años aún adolecía de muy escasos y desordenados conocimientos, Comte era ya un matemático y un erudito a los veinte, y un trabajador insigne. El otro habría de ganarle sin duda organizando con parsimonia inglesa, y ya en la senectud, el caudal de información que le allegaban sus secretarios, y construyendo con él, paso a paso, una recia arquitectura de afortunadas conclusiones e hipótesis felices. El buen "common sense" de su raza le escudó contra el dispararse en cohete místico por los espacios siderales de la hiperdulía comtiana.

El discípulo de Saint Simon lo abandona en una parte en que los sociólogos subsiguientes pondrían pie firme para filosofar sobre el socialismo. El discípulo lejano de Turgot, descuida y menosprecia los valores económicos que habrían de encumbrar al mesianismo la personalidad histórica de Marx. El busca, con su tendencia paranoica de la sistematización, la interpretación de los fenómenos sociales en una tríade —¡Oh amor por el número trinitario!— que resuma en síntesis augusta las grandes jornadas del devenir humano: jornada teológica, jornada metafísica, jornada positiva o técnica. A ella corresponderían tres "modus operandi": la milicia, el derecho y la industria.

Bueno: el andamiaje ideológico es muy atractivo ciertamente. En esta inmensidad y cuasi infinitud de la naturaleza cualquier hi-

pótesis se adapta a alguna porción de la realidad, y nada tiene de exótico que las muy inteligentes abarquen enormes campos, por donde aparezcan, en un principio, capaces de contener la totalidad conjunta. Mas ello es que a poco más andar e inquirir, las nuevas generaciones descubren recodos insumisos a la clasificación, fallas, en fin, del sistema, y muy presto regresamos a la antigua incertidumbre y a la humilde discreción. Y así sucedió al esquema comtiano, que no resiste el estricto paralelo de la historia: Muchas naciones saltan por encima de este cauce. Mayas y Egipcios adquieren una técnica ilustre sin recorrer la jornada metafísica; el Japón entra igualmente en actividades industriales sin que veamos un florecimiento filosófico ni jurídico, antes bien, con la persistencia heroica del shintoísmo primigenio, o primer peldaño social, según Comte. En Alemania evolucionan contemporáneamente la milicia y la filosofía, y en general, no se advierte en parte alguna la sucesión, sino la coexistencia de estas modalidades de cultura, pues que si analizamos el contenido espiritual de nuestras naciones hallaremos supervivientes y actuantes las características de las primeras jornadas del sentimiento y del entendimiento humanos, magia inclusive, "prelógica", "totemismo", "mana", "amuletos", "fetiches", "shamanes", culto del héroe, y aun sistemas tan primitivos como el "potlash" etc.

¿Entonces, fue acaso una equivocación social el prestigio de Augusto Comte? En manera alguna. Existe una rara intuición de las sociedades al calificar a sus conductores. Puede suceder, y suele acaecer, que los aplaudan por motivos de poco momento, y haya error en los detalles, mas si persiste la admiración, es porque en el fondo obra alguna potencia perdurable y eficiente. Cuando Comte divide la estructura social en estática y dinámica, abre un camino fecundo a las investigaciones, adscribe a la filosofía un alcance pragmático, como auxiliar de las ciencias, y enlaza el progreso a un sentido altruista, romántico, sin duda, como su devoción por las leyes naturales, pero que encauza noblemente y estimula el espíritu. Este germen de actividad y ese rumbo provechoso, hicieron que su nombre adquiriera su alta categoría, y que la conserve, a pesar de los defectos de estilo de su exposición, pues, como Spencer, no obstante el convivir con escritores de grandes cualidades estéticas, no alcanzó a manejar el idioma con la elegancia y el primor que eran de esperarse en hombre de tantas disciplinas.

La escuela positivista adquirió sus mejores discípulos en Inglaterra, tal vez por la consonancia de su credo con la índole de los

anglo-sajones. Desde ahí Herbert Spencer cañoneó al mundo intelectual con sus resonantes libros, en que desarrolla un pensamiento evolucionista que no ha podido ser invalidado completamente: Aquel de un incesante fluir de lo homogéneo a lo heterogéneo, haciéndose más y más definido y coherente hasta alcanzar el equilibrio final que precede a la disolución. Es una fórmula muy de ingeniero, con visos de romanticismo trinitario, ¡la eterna tríade de los filósofos!, que no satisface a la inquisición de las causas remotas, pero que sí se adapta a gran porción de los procesos naturales y sociales, por donde conserva un mérito indiscutible. Su teoría de lo social, como buen observador de aquella hora de triunfo de la biología, es "organicista", sigue el paralelo de las estructuras de los órganos vivos, aunque con graves discordancias en sus tendencias y conducta.

Spencer fue el pasmo de una generación universitaria y el último filósofo que emprendió la síntesis del saber humano, con una audacia que difícilmente se repetirá, como el caso de Spengler lo confirma, por la extraordinaria magnitud de los conocimientos que ello requiere. Más que en su doctrina fundamental, su prestigio reside hoy en algunas visiones o intuiciones de detalle, muy nítidas y aprovechables aún.

SOCIOLOGIA ETNOLOGICA: Feliz ignorancia la del hombre de la Edad Media que no tenía que preocuparse con este laberinto de discusiones acerca del origen de la especie ni con las virtudes y defectos de las razas en que se divide: Para él, todos éramos descendientes más o menos pecadores de los patriarcas del Paraíso, más negros los que le faltaron al respeto a su padre, y más o menos idólatras según el asenso que dieran a las tentaciones de Lucifer. ¡Pero, a nosotros hace un siglo que nos tienen descifrando estirpes y culturas en torrencial alud de leyendas y de hipótesis, que nadie sabe cómo encadenar en orden verosímil!

De los primeros en despertar interés por el hombre primitivo, fue Juan Jacobo Rousseau, a quien se le metió en la cabeza, por influjo mediato tal vez de las narraciones novelescas de Cristóbal Colón y del Padre Las Casas, que la humanidad venía degenerando moralmente, debido a la perturbación que imprimen en ella las relaciones sociales. Surgió entonces un romanticismo sobre la bondad ingénita de la especie, que produjo obras tan resonantes como las de Chateaubriand, y actitudes idolátricas de la "Razón" y la "Natura-

leza" que asoman en los enciclopedistas, la Revolución Francesa y los liberales del siglo XIX.

Las investigaciones de la Geología suscitaron muy pronto serias inquietudes acerca de los fósiles y de la antigüedad de los seres vivos. Los estudios de Malthus y del primer Darwin, de Buffon, de Geoffroy Saint Hilaire, de Lamarck etc., pusieron en la conciencia de los europeos problemas punto menos que insolubles en este achaque de los orígenes, proceso biológico y destino de la vida en general y de la stirpe humana particularmente.

El escosés Jaime Hutton (después de los atisbos de da Vince, Palissy y Niels Stensen) inició la geología en 1785. Pasó por las etapas de Guillermo Smith, Juan Bautista Lamarck, Jorge Cuvier, etc., para enaltecerse hacia 1863 en la obra cumbre de Carlos Lyell.

Cuvier dio materia para iniciar los estudios sobre la evolución de los seres vivos, aunque oponiéndose a la teoría de la variación de las especies. Erasmo Darwin, Buffon, Lamarck y Saint Hilaire la entrevistaron y preconizaron.

Carlos Roberto Darwin (1809-1882), después de estudiar Historia Natural en su viaje a América en el Beagle, ordenaba sus trabajos en 1838 cuando, leyendo por distracción la obra de Malthus acerca de los conflictos entre el crecimiento de la población y de la economía, publicada en 1798, tuvo la chispa inicial de su famosa hipótesis, esbozada luego en 1844 y publicada en firme en 1859, en concordancia inconsciente con Alfredo Russel Wallace, quien había leído también a Thomas Roberto Malthus y llegado a conclusiones similares.

Surgen entonces una buena cantidad de nuevas ciencias, como la Paleontología, la Paleopatología, la Etnología, Embriología, etc., que entran en lucha casi ciclónica a discutir todas las hipótesis imaginables. Meckel y Haeckel introducen la Embriología en esta litis, afirmando que el embrión recorre el ciclo evolutivo de las especies (Ontogenia = Filogenia), Weismann opone su teoría del plasma germinativo invariable; Bateson y de Vries estudian las mutaciones repentinas; Tomás Hunt y Morgan amplían la experimentación de Mendel y descubren rutas preciosas,...

De todo esto lo más impresionante fueron los hallazgos de osamentas humanas fósiles, que permiten reconstruir un poco el oscuro pretérito de la humanidad en algunas de sus modalidades incipientes: El tipo neanderthalense, el rodesiano, el sinense, el Cro-Magnon, el alpino, el mediterráneo etc., a más de un inmenso material de Arqueología, de Paleo-Botánica y Paleo-Zoología, que me-

dante largas series de comparación ilustran los grandes períodos del paleolítico, del mesolítico, del neolítico y de los comienzos de la civilización con luces eficaces ya y promisorias aún.

Otras ciencias, como la Climatología, la Lingüística, la Astrofísica, v. gr., rinden aportaciones insuperables para el esclarecimiento de algunos enigmas técnicos. Así, por ejemplo, la labor de los exploradores y misioneros ha sido fecunda para acumular el folklore de grupos primitivos y remotos, cuyas disimilitudes han logrado resolver a veces, en un esfuerzo gigante de síntesis, como ocurre en la clasificación de las lenguas, en la trayectoria de las migraciones, en la interdependencia de las culturas, en los rasgos somáticos, craneometría, hematología, vale decir, y en la morfología social: industrias, gobierno, religiones, ética y arte....

Inmenso panorama, airadas luchas técnicas en ocasiones! Cuánto han iluminado estas investigaciones hombres de la consagración al estudio y de la admirable pericia de Lewis Henry Morgan, de Sir George Frazer, de Ernest Grosse, de Juan Jacobo Bachofen, Halbwachs, de Durkheim y de Alles Hrdlicka; de Eickstedt, de M. Boule, de Quatrefages, de Ferguson Mac Lennan, de José Sergi, de Paul Rivet, de Wilhelm Schmidt, de Henry Fairfield Osborn, de Ellsworth Huntington, de Otto Nordenskjöld, de Max Uhle, de Levy-Bruhl; o, siguiendo otra línea, un Mommsen, un Renán, un Foustel de Coulanges, un Maspero, un Spengler, un Westermarck; o bien la serie de filólogos y lugüistas y aun de los lexicógrafos: Champollion, Rawlison, Max Müller, Bopp, Meillet, Frantz Boas, Breal, Grotenberg, Noldeke, Webster, Littré.... y miles más todavía, aun entre nosotros: F. Ameghino, Manuel Gamio, Alfonso Caso, Julio Tello, González Suárez, Jijón Caamaño, Marcelino de Castelví.... que investigaron los orígenes de pueblos, lenguas, instituciones, medio ambiente físico y cuanto Dios metió en este alocado planeta, con tal cúmulo de información y sabiduría que conceptuo esfuerzo nugatorio el pretender resumir en unas pocas páginas su ingente labor, en gestación apenas de certidumbre y contradictoria a veces. De mí sé decir tímidamente, que muchas deducciones de gran circulación editorial acerca de la mentalidad aborigen y de las virtudes o defectos de algunos grupos raciales, me dejan esquivo y, en ocasiones, decididamente adverso.

Mas son grandes las adquisiciones obtenidas: La antropogénesis va siendo cada vez más circunscrita a determinadas zonas, África y Asia principalmente, con leve posibilidad para la América, a lo menos en cuanto a especies precursoras. Parece que hubo un perio-

do cósmico-planetario, con circunstancias favorables de clima y radiaciones, que activó la orientación psíquica de los seres vivos, y que a ese estudio de una correlación entre el proceso astrofísico y el devenir de la vida hay que prestarle más hondas investigaciones aún.

El origen del lenguaje hablado ha sido objeto de profundas reflexiones, en que se aunan los fisiólogos, los psicólogos y los lingüistas con lucubración ideológica y pruebas experimentales que van abriendo amplio cauce a la verosimilitud y a la certidumbre.

El sentimiento religioso, el artístico y el moral disfrutaban de la aplicación de vocaciones y técnicas, de informes tan caudalosos ya que casi casi agotan el asunto, con halazgos sorprendentes sobre la intimidad de su índole y las correlaciones que guardan con el sexo de las culturas, el avenamiento económico, la socialización de los grupos y las características raciales.

Instituciones como las del Estado y la familia han sido alquitaradas con asombrosa erudición y ponderado sentido de la Filosofía de la Historia.

La evolución de las ciencias, el comercio, las industrias y artes menores nos permite esclarecer muchos temas abstrusos: La detención del progreso en ciertas etapas que obedece a condiciones externas a veces, cambio de clima, invasión de otros pueblos, desviación de las rutas comerciales, o a incidentes íntimos, como mala distribución de la riqueza, mala organización del trabajo, endemias o epidemias y revoluciones, puede también adscribirse en algunos casos a una limitación temporal de la potencia psíquica de los humanos en ese período, con fatiga o agotamiento de los recursos mentales: Al lado de un ciclismo en el desarrollo de las culturas, se observa una lenta ampliación del cuerpo de sus adquisiciones al repetir su "vivencia", al aplicarle renovado esfuerzo mental. Es como si el cerebro del hombre fuese ganando en amplitud y sutileza durante el período histórico. Y aunque tomado por las cumbres, de genio a genio, pudiera contradecirse, en la visión conjunta de las masas ello aparece más sugestivo. Véase, por ejemplo, este caso de la cultura medieval, tenida por un retroceso. Existen dos modalidades de amplitud del espíritu, por extensión hacia fuera, por intensificación íntima. En la Edad Media, el mayor esfuerzo tuvo que realizarse en una difusión externa, para la asimilación de pueblos bárbaros todavía. Sólo cuando este equilibrio se vino a nueva jornada del desenvolvimiento interior, el vuelo alcohólico de la Reforma, el Renacimiento italiano, la revolución técnica del siglo XVII, y este abasaltamiento de los tiempos actuales, que ya toca a su fin por disolución en los pormenores y fatiga de la mente.

Los llamados Pueblos Bárbaros no destruyeron la civilización latina: Durante varios siglos se asociaron al Imperio en forma federal, haciéndose en alguna manera sus defensores y continuadores, injertándole el vigor combativo de sus huestes, la frescura de su sangre joven, la recóndita aspiración a enaltecerse el espíritu, manifiesta en el respeto con que miraron sus normas, su legislación y a los ciudadanos suyos de todas las latitudes. Roma misma tomó de ellos algunas modalidades de conducta y de gobierno, y cuando sus errores la asolaron y trajeron a un espectro ceñido engañosamente de púrpura, la nidada de los Estados Germanos incipientes recogió lo que podía salvarse: Lengua, Religión, Literatura, Derecho, Filosofía Greco-Romana, Costumbres etc. Porque el Cristianismo ya era una religión latina, porque durante diez siglos más se habló y escribió el idioma del Lacio, porque en armonioso maridaje prosperaron los Derechos Romano-Germanos en toda la amplitud de Europa. Lo que se ha denominado Edad oscura y siglos de barbarie, no otra cosa fue que la lenta divulgación y asimilación difícil a la cultura clásica, con un ritmo que hacían pausado la extensión del nuevo ambiente y los tardíos medios de comunicaciones de entonces.

Desde mediados del siglo XIX hasta hoy se ha discutido sobre si existen razas privilegiadas en nuestra especie. El Conde José Arturo de Gobineau abrió en 1855 la polémica con un libro acerca de la "Desigualdad de las razas humanas", que impresionó grandemente a hombres de la altura mental de Nietzsche. El hijo de un almirante inglés, Houston Stewart Chamberlain, educado en las universidades alemanas, se hizo el porta-estandarte de esta tesis, adhiriendo a la idea de que los germanos, representativos de la noble estirpe arya, eran el único baluarte de la cultura superior. Su obra "Fundamentos del siglo XIX", publicada en 1891, causó gran revuelo en el mundo civilizado. Por aquí en América, Madison Grant sostuvo con muy jugosos y abundantes argumentos la misma hipótesis. ¿No habría que buscar algunos antecedentes en otras autoridades y en otras actividades, como Lutero, Kant, Herder, Hegel, Fichte, Klemm, Carus, Disraeli, Bismarck, Wagner, etc? Ello es que de los planos meramente ideológicos pasó a la conducta de las naciones, y el orgullo racial es hoy día casi demoníaco en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, y poco menos que místico en Suecia y toda Escandinavia tal vez.

¿Tienen razón estos patriotas airados? Federico Ratzel opinaba que una misma era la prosapia de los europeos, diferenciada en Alpinos, Mediterráneos y Nórdicos por la acción del medio ambien-

te. Ello pudiera aceptarse para algo muy remoto en la prehistoria de la Humanidad, pero acercándonos a la certidumbre de lo conocido, sería futesa pueril desconocer los triunfos culturales del grupo mediterráneo, organizador de tantas civilizaciones eminentes, aunque mal alumbradas aún por los reflectores de la crítica.

Además, el Nórdico puro, suele ser algo despiadado e incomprensivo, algo eternamente barbaroide. Es al mezclarse con los Alpinos y los Mediterráneos cuando adquiere agilidad espiritual y dotes de creación ideológica y artística.

Y aquí es prudente enfocar el debatido problema de los mestizos, que tanto dieron que maldecir a espíritus de la discreta altitud comprensiva de un Gustavo Le Bon. Las blending raciales de elementos no muy disímiles, se fecundan espiritualmente. Es la experiencia mía del poblamiento de América, donde podemos estudiar este problema a fondo. Cuando se conjugan tipos muy distanciados, como un Nórdico y un negro, suelen aparecer trastornos de carácter, conflicto substancial de tendencias que no pueden fundirse en armonía etológica, en normalidad de conducta, y que conducen a psicastenias graves, a la delincuencia aun, y, sobre todo, a la inadaptación social.

La mezcla del Mediterráneo con el aborígen de América es favorable a éste, sin minorar gravemente al otro. Y la unión del mestizo, y mejor aún del criollo, de más pura sangre ibérica, con los germanos y sajones produce buenos descendientes.

Durante una o dos generaciones suele presentarse cierta vacilación en la sensibilidad y el temperamento, debido a la persistencia de genes inarmónicos, pero a poco más algunos de estos se hacen "recesivos" y aparecen generaciones más equilibradas. También es oportuno retener la opinión de que en tales combinaciones de estirpes, surgen nuevas características de gran mérito biológico y social, aun de estética. Los octavones de india y los octavones de negra sue en presentar tipos de seductora belleza, y de un tremendo atractivo erótico o "sex appeal", como dicen los yanquis.

En lo intelectual, el mestizo de indio y mediterráneo, en tercera y cuarta generación, adquiere dotes de introspección y de análisis muy útiles, y el teñido de sangre negra nos ofrece ejemplares de exquisita sensibilidad artística, musical, por ejemplo, como en Estados Unidos, y literaria, como ocurre en el Brasil.

Yo no lo sé de cierto, pero, a mi juicio, los hombres más grandes de la especie fueron mestizos, sobre todo de Nórdicos y Mediterráneos. En Galicia convergieron tres linajes, y no se puede me-

gar que Jesús no se nos descubre de tipo netamente semita. El gran San Pablo, uno de los mayores portentos de la Humanidad, nació en otro crucero de razas, y como en su lengua, y como en su doctrina, y como en su carácter, algo se vislumbra en él de griego, inclusive su raro dón de universalidad, de esa catolicidad enaltecida por San Clemente, y de plasticidad ideológicas, tan esquivo uno y otro al alma del Israel atormentado.

Al mezclarse la civilización Egea con el espíritu nórdico, una y otro se fecundan, y nada tiene de extravagante el suponer en Sócrates y Platones, en Fidias y Pericles, y no se diga en Pitágoras y Heráclitos, una conjunción de estas dos sangres.

A Italia llegan, y ahí se confunden, las tres razas europeas, de Alpinos, de Mediterráneos y de Nórdicos, y cada vez que chocan, surge un incendio de espiritualidad. Lo dice la fina cabeza del gran Julio, lo proclama el rechoncho busto de Horacio, se sabe de un Tomás de Aquino, de un Francisco de Asís, se presiente de un Dante, de un Buonarroti, de un Rafael. Y en Francia, cómo no ver la intrincada unión, asimismo?

Para nuestro grupo ibero-americano, un Bolívar, con tres aportaciones étnicas, ya es un "especimen" satisfactorio....

El problema, sin embargo, no es tan elemental como una ecuación de primer orden: Los cruzamientos lejanos, la "heterosis", o conjugación de elementos disímiles, puede ocasionar, como lo dice Hans Gunther, y como lo he observado abundantemente, graves conflictos. Existen límites para el "mestizaje" armónico, por lo que respecta a las razas, y existen también elementos familiares y sociales de armonía o disarmonía, de un valor sorprendente, en que lo económico, lo cultural y lo afectivo juegan papel de primera magnitud, creando equilibrios sentimentales o resentimientos invencibles.

A más de la juxtaposición mendeliana, se observan combinaciones que producen nuevos caracteres y mutaciones repentinas e imprevisibles que traen consigo otras cualidades, por donde la opinión de Lundborg, Lotzy, Deniker y Goddijn etc., de que en determinadas condiciones el "mestizaje" puede originar razas nuevas, no carece de probabilidad, y es tal vez lo que América realiza ahora, por segundo intento, después de la creación de sus aborígenes. En todo caso, la previsión de que en aquellos límites de adecuación el "mestizaje" refresca el abolengo con sus aportaciones y excitaciones recónditas que ya tuvieron Locke, Hobbes y Rousseau, y que Gibbon ha presentado muy efusivamente, se nutre de gra-

ves fundamentos, aunque ocurrencias extrínsecas a la generación, como las ya enunciadas y otras, la guerra, la civilización, el genio mismo, que al decir de Plotetz contraría la selección, pueden aducirse y tenerse en cuenta.

La "mestización" o hibridación no sólo se verifica por la sangre, ya que la cultura se une tan entrañablemente a la psique que pudiera entenderse como otra vía de conjugaciones étnicas: Un hombre de cualquier raza, criado y educado en el seno de una civilización superior adquiere la índole de esta y mucho, ciertamente, de su tipo biológico. Si miramos un mero aspecto de esta intrincación social, será el o más perceptible. Una constitución y su temperamento resultante producen determinada sensibilidad moral, y, reversivamente, un cuerpo de ideas, una doctrina, digamos, y más aún, todo un conjunto cultural, engendra una sensibilidad unívoca. Es lo que ocurre en los aferrados a una religión, y hasta en los que siguen un sistema especial de filosofías. Lo he pensado así al estudiar una categoría de mestizos eminentes del Norte Africano: Elon, el judío-heenista, Plotetz, el griego epicórico, Tertuliano y San Agustín, los romano-fenicios o romanos nómadas tal vez. ¿Tuvieron en verdad alguna conjugación de estirpes, o apenas de espíritu? Ello es que la hibridación se hace patente en sus obras. La idealidad discursiva de los dos primeros va con Grecia, en el fervor combativo y pasional de los dos últimos hierve el sol africano y el fuego emotivo de las poblaciones bereberes.

SOCIOLOGIA MORFOLOGICA La Geografía nos aporta, después de contemplar los fundamentos humanos, otra de las grandes condiciones de la sociedad, por donde el término de Antropo-geografía, o estudio de las relaciones del hombre con su medio ambiente físico, parece muy adecuado.

Dentro de esas bases de vida y sede natural, las sociedades constituyen dos orientaciones morfológicas: Una estructura material, que es a modo de su esqueleto anatómico: Habitaciones, ciudades, rutas de comunicación, industrias etc., y una organización espiritual, que pudieramos decir que corresponde a su fisiología: Instituciones, Familia, digamos, Castas, Gremios, Religión, Estado....

Todo este cúmulo de resultantes las agrupa y sintetiza la Estadística en forma tabular y diagramática, con el fin de definir las posibles relaciones de unas con otras, precisar las cuantías, las fluc-

tuaciones, la causalidad, y poder así meter la razón en la gerencia de los hechos naturales.

Corresponde al ilustre flamenco Jacques Quetelet el honor de haber iniciado en 1835 las investigaciones técnicas sobre este asunto, en obra que acertadamente tituló, en parte, "Física Social". Empero, la materia en sí, como anotación cuidadosa de los hechos, inclusive los de economía, fue motivo de mucha labor en algunos pueblos de antigüedad remota, como el Egipcio, que tantos pormenores solía inscribir en sus papeles y monumentos; el Babilónico, igualmente dado a guardar memoria de su vida cotidiana en los famosos ladrillos y estelas de su escritura cuneiforme; los Mayas, que aprovecharon la cronología de los fenómenos naturales para su discreta aplicación a la agricultura; los Keshwas o Quichuas, en fin, de la América Meridional, que emplearon el arte, usado también por los Mongoles del Asia, de los "quipus" o recordatorios de cuerdas anudadas para la estadística oficial del Imperio.

Es indudable que estas disciplinas han prestado enorme servicio en múltiples actividades sociales, de gobierno, digamos, de compañías de seguro, de laboratorio y experimentación en general, aunque a veces se les asigna un exagerado valor de prueba, que sólo pueden rendir mediante habilísimo estudio de su causalidad o mera coincidencia.

Las relaciones del medio ambiente geográfico con la evolución de las sociedades no es tampoco reciente, sino en la pericia y abundante material del estudio. Hacia el año 400 ante-Cristo Hipócrates de Cos, de la noble gente de los Asclepiades, escribió algunas notas sobre la influencia de los "Aires, Aguas y Sitios" en la vida de los hombres; y cuando el ilustre Heródoto, de la misma ágil estirpe jónica, expuso un poco antes su célebre síntesis de que "El Egipto es un don del Nilo", ya estaba haciendo lo que ahora denominamos Antropo-geografía, y de la mejor calidad, ciertamente.

En 1576 apareció en Francia un libro denominado muy justamente "La República", de Jean Bodín, a quien pudiéramos adscribir el título de padre de la Economía Política. Sus estudios sobre Hacienda Pública, su criterio libre y democrático, en aquella hora del triunfo universal del absolutismo, le colocan entre los grandes servidores de la ciencia y la justicia. En ese su libro fundamental escribió unas consideraciones acerca de la índole que surge en las naciones que demoran al norte, al centro y al mediodía de Europa, calificando a los nórdicos de lerdos y ordenados, a los del sur de perezosos, pero vivaces, y de equilibrados a los del centro, o sea los

de Francia. Ya era mucho para aquella hora tener esta visión, si esquemática y extremista, felizmente orientada al estudio de las influencias del ambiente geográfico. También Aristóteles había alabado el clima de Atenas en este doble sentido, técnico y nacionalista a la vez, considerándolo suave y propicio al desenvolvimiento de la inteligencia.

En el siglo XVIII el Barón de Montesquieu disertó hábilmente sobre estas cuestiones, anotando la posibilidad de que las invasiones repetidas y las conquistas frecuentes que verificaban los nortefios se deben al vigor de su fisiología y mayor actividad, por donde vencen a los meridionales, quienes son de suyo laxos y voluptuosos. Por su parte, el gran Buckle nos ofrece una explicación muy plausible de la ausencia de una cultura autóctona sobresaliente en el extenso país que hoy ocupan los Estados Unidos, haciendo notar que para poblaciones sin técnica ni vías de comunicación fácil, el dominio de la Naturaleza es invencible y deletéreo. De ahí, juzga él, la aparición de culturas más amplias en Centro América, donde el clima protege mejor al hombre primitivo.

A Oscar Peschel (1823-1875) se adscribe el mérito de haber reaccionado contra el excesivo interés que antes se ponía en los elementos históricos, y abierto el cauce a los geográficos que en la centuria XIX tanto impulso alcanzaron con Federico Ratzel, autor de una "Antropogeografía" clásica. Eliseo Réclus, clarovidente expositor y explorador eximio, nos sedujo con la amenidad de sus obras, que en nuestros días han logrado un continuador de sus buenos quilates en Jean Brunhes con su "Geografía Humana".

Vidal de la Blache corrige algunos puntos exaltados de Ratzel, a las veces un poco determinista, haciendo resaltar un reino de "posibilidades", más bien que de precisiones; y Luciano Febvre, como ya lo hiciera Buckle, insiste en la modificación que los humanos aportan a los elementos naturales, coadyuvando a su actividad o destruyendo su predominio.

La Climatología recibe impulso poderoso en estos últimos tiempos, y presta servicios soberanos en la elucidación de los problemas muy oscuros de la prosperidad de las culturas y de la migración de las especies. En este sentido, la obra de Elsworth Huntington sobre los "Climas y Civilizaciones" es fundamental.

A nosotros corresponde el grato orgullo de haber tenido en Francisco José de Caldas un precursor ilustre en las investigaciones de lo que ahora decimos "Ecología", o distribución y comportamiento de las plantas según determinadas zonas. Una especie de

Geografía Botánica que tanto impresionó a Humboldt que hasta se la apropió discretamente.

A más de los elementos puramente climatológicos, la Tierra sufre modificaciones ecuménicas por parte de algunas especies vivas, que se hacen absorbentes o depredadoras según sus virtudes de adaptabilidad y resistencia: Tal ocurre con algunas plantas y no pocos animales, roedores e insectos, digamos. Los Termites serían capaces de destruir la civilización y de dominar despóticamente la biología del planeta, y hasta de poner en jaque a la Humanidad, si no estuviesen a su vez limitados por ciertas condiciones de zona y temperatura.

El hombre puede corregir las influencias del ambiente geofísico por medio de sus actividades. El tipo de civilización se acordará más o menos con las exigencias, beneficios o defectos de su territorio. Así vemos que las regiones anteriormente inhospitalarias de Holanda y Flandes se han transformado con la técnica de los pueblos germanos que las habitan, y en cambio, el desajuste de los Arabes de la España moderna produjo un grave trastorno de la economía agrícola de ese país. La división del trabajo, como aconteció en la decadencia del Imperio Romano, tiene asimismo, potencia muy grande para modificar las condiciones del clima y del suelo. Aun la Religión, atrayendo, como en Palestina, o repeliendo, como en el Tibet, es asaz poderosa. La estética del paisaje, Sydney, Rio de Janeiro, v. gr., operan milagros de poblamiento, o de turismo, como en Suiza y la Costa Azul. La hospitalidad y simpatía, dentro de las condiciones afectivas, la justicia, la democracia y el orden, por el aspecto moral, o las comodidades y la higiene, del lado de la civilización, influyen asimismo en tornar más solicitado el territorio, por grandes corrientes de inmigración o de viajeros transeúntes.

A lo meramente físico, y a lo estrictamente social se añade algún elemento de dinámica abstrusa: la "polarización" del carácter de las naciones. En la intimidad de cada pueblo se observa que cuando una región es muy pragmática, vamos al decir, otra se hace idealista. Al lado de los grupos fuertemente técnicos, surgen los más adictos a la especulación y al arte. ¿Fenómeno derivado de una imaginación más alerta, de un lado, y de una perseverancia mayor del otro grupo? ¿Condicionados a la vez por la suavidad de un clima que invita a vivir al aire libre y comunidad más frecuente, o a hacerse recluso y hogareño, individualista, racionalista y previsor en la atmósfera penumbrosa y fría de otros sitios?

No estoy en capacidad para emitir una opinión firme: En algunas regiones, esta polaridad se establece de septentrión a mediodía, sobre todo en las zonas templadas; de oriente a occidente, en las ecuatoriales; de las alturas a los litorales y planicies inferiores, en algunos sitios.

Este fenómeno, ayudado a veces por un escogimiento intuitivo de parte de los grupos raciales en la época de las migraciones y del poblamiento que las sigue, es fecundo en la economía espiritual de los humanos: Parece una división espontánea de las actividades creadoras de la cultura, y aporta un equilibrio a la sensibilidad de la stirpe.

Que no es estrictamente climático, lo dice el hecho de que a países como Alemania, donde se observa la polaridad norte-sur, suceden otros, Italia, por ejemplo, que reproducen el fenómeno. En Francia y España se repite asimismo. En la China, ya lo enuncié antes, es históricamente perceptible, y luego surge en el Indostán.

En Colombia, Ecuador y Venezuela lo tenemos de Oriente a Occidente, aun con similitud de alturas.

SOCIOLOGIA ECONOMICA: La amplitud de la Sociología Morfológica bastaría para la información didáctica, y dentro de su alcance indefinido podrían armonizarse las diferentes escuelas que militan en este radio de la actividad humana.

Sino que el crecimiento exagerado de algunas de aquellas divisiones especulativas les ha obtenido una posición tan encumbrada que ya requieren casa propia y tratamiento aparte.

Tal así, la Economía Política ha venido ganando una consideración primordial en la vida y en la mente de los hombres, desde el siglo XVIII, y ha formulado, en connivencia con la Filosofía y la Historia, interpretaciones tan audaces que prácticamente cubren el campo de "todo lo que se puede saber", como insinuaría un Pico de la Mirándola.

El término "Económico" nos viene desde Grecia, mas solamente en 1615 Antonio Mauchrétien, célebre industrial, poeta y frondista francés, acuñó la asociación perdurable de "Economía Política", que tan prestigiosamente circula desde entonces por cátedras y libros, y en todos los grupos sociales, de la Universidad hasta el mercado de comestibles.

Como ciencia, sin embargo, nació en la cima medianera del siglo XVIII, en las pláticas amistosas que en un cuartucho del Pala-

cio de Versalles tenían, hacia 1750, los célebres "Fisiócratas" Quesnay, Gournay y Turgot.

Esta misma palabra "fisiócratas", viene de raíces griegas que significan el predominio de las leyes naturales, la gran devoción de los pensadores de aquel siglo petimetre: "Fisis", Naturaleza, "Cracia", Gobierno, o más ortográficamente: "Phisis" y "Krato", lo que conduce a la "Fisiocracia" o gobierno de la Naturaleza. Como calificativo de una disciplina técnica, "fisiócrata" fue empleado la primera vez por Dupont de Nemours en 1799.

No fueron los antiguos aficionados a estas lucubraciones económicas, y por ende no sistematizaron ninguna doctrina que pueda corresponder a ellas: Mas, siendo achaque de tanta alcurnia social, algo trasciende de sus obras que nos permite hacer aproximadas deducciones de su modo de pensar en tal materia.

Los imperios de índole militar, como los Egipcios, Asirio-Babilónicos etc., ejercían un socialismo de estado, con despótica intervención en la economía de sus pueblos, desposeyendo a unos, regalando a otros, movilizándolo a su arbitrio poblaciones y riqueza, e imponiendo tributos al tanteo de las necesidades bélicas o suntuarias de sus magnates de primera y segunda jurisdicción. Más desarrollo vese en algunos de esos países del manejo estadístico de la Hacienda Pública que de las normas de producción, si exceptuamos casos sorprendentes, como el de los Incas, de tan severa vigilancia del trabajo y la distribución de sus beneficios.

Por lo general estos imperios son apenas un leve avance sobre lo consuetudinario de la economía tribueña (o "tribal", como otros dicen, tomando el término del inglés), en la que las bases de la producción —agricultura, caza y pesca— pertenecen a la comunidad, y solamente son de la familia o del individuo los de uso personal o doméstico, porque si en ellos la propiedad privada ha nacido, y ya el comercio y nuevas artes la apoyan, es tan deleznable su posesión y el derecho suyo de ser transferible, que parece apenas una norma en devenir precario todavía.

De esos grandes pueblos de la Antigüedad pudiera tenerse una información suficientemente aproximada a la certidumbre examinando sus códigos morales y su mística, sus epopeyas y monumentos de arte: La Biblia, Homero, el Zend-Avesta, el Vedanta y Mahabarata, el Popol-Vuj etc., como ya se ha hecho ampliamente para las cuestiones étnicas, religiosas y jurídicas hasta agotar su contenido, y en parte, muy socorrida también, en cuanto a la evolución de las leyes económicas.

Entre los griegos, Jenofonte, el más humano de los discípulos de Sócrates, fue también el más explícito en estas materias, y de sus dos tratados, el de "Económicas" y el de "Rentas del Atica", vese que compara la economía nacional con la familiar, haciendo sensatamente hincapié en las cualidades del suelo y técnica de los cultivos como fundamento de la riqueza pública, aunque, como buen griego, desprecia aun el trabajo manual, que repugna a su estirpe aristocrática de guerreros conquistadores. Ya entiende las normas del cambio, precio del oro y de la plata y sus relaciones con la producción, en un anticipo de la ley de oferta y demanda, de que tanto habrían de hablar las generaciones futuras.

En Aristófanes se advierte una prenoción de la llamada ley de Gresham, y Platón dice que la "utilidad recíproca" es base de la felicidad de los asociados.

Aristóteles refuta algunas teorías de su maestro acerca del comunismo republicano, sostiene la propiedad, aunque con el defecto, que habría de ensombrecer la Edad Media y tiempos modernos, de la esclavitud. Conoce los valores de "uso" y "cambio" y enseña que existe una "Crematística" o disciplina de comercio para la adquisición de la riqueza.

Los jurisconsultos de Roma reforzaron el concepto de propiedad privada, y lo aplicaron a la prestación a interés, cosa que tanto repugnaba a los griegos y más tarde habría de ofender a los teólogos medievales, sus continuadores en esto, aunque ya distinguiendo entre préstamo para fines de consumo y para aplicación remunerativa, como la agrícola y la comercial.

Al iniciarse el siglo IV, Diocleciano impone un sistema muy semejante a lo que ahora decimos "Estado Totalitario", con sus corporaciones, fijación de precios de compra y venta para los artículos de primera necesidad y salario mínimo; Los historiadores dicen que con mal resultado.

La Edad Media, estudiada en Inglaterra por Thorold Rogers, y en Francia por el Visconde de Avenel, entre otros, no tuvo una ciencia económica, sino, más bien, una ética, en mucho derivada, como ya dije, de Aristóteles. Su economía, feudal en los campos, hasta un 80% de la población, corporativa en el artesanato en un 5%, fue pobre mientras el comercio no intervino: Así se revela en los Estados-Urbes, como Venecia, Génova, Florencia, Nápoles, y más ampliamente en la gran confederación mercantil de la "Hansa": Fundada en el siglo XII llega hasta el XVII con mucha pujanza, y puede decirse que aún sostiene algunos fueros en Hamburgo.

Brema etc. En su apogeo tuvo hasta 85 ciudades asociadas y no pocas adherentes, creando la prosperidad de muchas de ellas y la fortuna de algunas familias, como la celeberrima de los Fuggers, y siendo base de inmensos sistemas de colonización contemporáneos suyos y posteriores.

En el siglo XVI aparece uno de los grandes precursores de la Economía Política, nombrado anteriormente, Jean Bodin (1530-1596) escritor brillante, que, a pesar de su adhesión a la monarquía absoluta, hace presentir un liberalismo democrático, y en cuyo tratado la "República" hay vislumbre cierta de lo que después sería el "Libre Cambio".

Mauchrétian, de quien ya se dijo también alguna palabra en párrafo anterior, encomia el trabajo, la libre competencia comercial y las adquisiciones del progreso mecánico como productores de riqueza.

Luégo aparecen Law y Colbert, de tanto renombre en Hacienda Pública, sobre todo el primero con sus célebres ensayos de papel moneda y su prodigiosa capacidad discursiva.

Hacia 1750 inician los "Fisiócratas" sus investigaciones alrededor de tres principios básicos: Imperio de las Leyes Naturales; Predominio de la Agricultura en la producción de la riqueza, y aceptación irrestricta de la obra de los legisladores, de la "ley positiva nacional". Su influjo fue muy cierto en la Enciclopedia y la Revolución Francesa y a ellos se debe la supresión, criticada hoy día, que esta última hizo de las corporaciones gremiales.

Tras un período "Mercantilista" que valora exageradamente el mérito de los metales preciosos, oro y plata, surgen los creadores de la "Economía Clásica", Adam Smith (1723-1790), con su "Riqueza de las Naciones", Ricardo, Malthus y Juan B. Say.

Es el comienzo de la "Economía Universal" con el "Homo Aeconomicus" de Smith, el "Libre Cambio" de los ingleses, y la regulación de la libertad.

Viene a continuación la "Economía Nacional", alemana principalmente, que estudia la capacidad de los grupos para las actividades económicas, y contradice el individualismo y la generalización "universalista" de la inglesa: Federico List (1789-1846), de los fundadores de la unidad alemana: Su teoría económica nacional dio origen al "Zollverein", y éste a la unidad política. Protección aduanera. La Nación está entre el individuo y el universo: De ahí el error de los ingleses, que van del individuo directamente a la universalidad. De ahí también el "Libre Cambio". Según él, la econo-

mía está sujeta a múltiples elementos nacionales de limitación. El "Homo Aeconomicus" de tipo universal no existe, pues la economía depende de un espacio-tiempo: Es fundamentalmente realista e histórica.

Antonio Agustín Cournot (1801-1877), geómetra francés, inició la "Economía Matemática" con su libro "Investigaciones sobre los principios matemáticos de la teoría de la riqueza", publicado en 1838.

Herman Enrique Gossen, alemán (1810-1858) continuó el desarrollo de esta materia. Guillermo Stanley Jevons (1835-1882), inglés, aplicó también las matemáticas a la "Teoría de la Economía Política"; y Leon Walras (1834-1910), francés, profesor en Lausana, apoyó estas materias con gran prestigio, y formuló el concepto de los "Beneficios Limitados".

Existe asimismo una "Economía Social", de fuente francesa, que se inicia en el ginebrino Leonardo Sismondi (1773-1842), y se plantea ruidosamente en 1910 cuando Emilio Durkheim habló en la Sociedad de Economía Política de "Cosas Opinables", con gran escándalo de los especialistas, que en el "Journal des Economistes" dijeron que eran "Realidades Mensurables", expresables en fórmulas, sometidas a leyes de un radio de acción universal. . . .

Se ha estudiado, igualmente, una "Economía Pura", emparentada con la Matemática, de normas generales. Empero, los del grupo sociológico le oponen que puede no ser aplicable al frecuente fluir y a las diversas raíces del hecho económico en un lugar, una comunidad y un tiempo dados. Según ellos, no siempre la oferta disminuye las necesidades: Así, por ejemplo, la tierra, el vestido, el dinero, los licores, las diversiones etc., pueden aumentar el apetito, haciéndolos insaciables. La ley de la oferta y la demanda no sería absoluta, sino mientras obre en circuito cerrado, y estaría sujeta a hechos individuales que obedecen a circunstancias sociales restrictivas, a su turno subordinadas al devenir histórico.

En comprobación de ello, M. Simiand estudia la evolución de los salarios, y no confirma esas leyes de oferta y demanda: Hábitos adquiridos, normas sociales, precio de venta, reparto y distribución, las corrigen: De 1789 a 1800 alza, luego baja hasta 1850, a continuación nuevo ascenso hasta 1880, para caer nuevamente hasta 1900 y subir en los treinta años posteriores. Salario, Precio y Moneda siguen el curso de hechos eventuales, y no la causalidad de leyes fijas, cual ocurre a la aparición de minas etc.

M. Halbwachs estudia a su vez la aplicación de los salarios, y observa datos interesantísimos: Mejora en unas clases el alimento y no la habitación, en otras el alojamiento y el vestido, según las influencias morales del ambiente en que el individuo existe: Un proletario se comportaría de modo muy diverso a lo que haría un burgués con su aumento de recursos.

Entre tanto, el Mundo es conturbado por pensadores y agitadores de poderosa envergadura mental: El publicista Pedro José Proudhon (1809-1865); el exaltado Miguel Bakunin (1814-1876); Fernando Lasalle, célebre expositor (1825-1864); el cautivante Henry George (1839-1897); el Príncipe Kropotkin (1842-1921), de recia contextura ideológica; Lenin (o mejor dicho "Lénin", el San Pablo de la nueva era: 1870-1923), la sagacidad mongólica al servicio, ilustrado e implacable, de los problemas sociales de un Mundo en ciclones de sombra y de dolor. . . .

Y dominando esta ingente revolución de ideas y pasiones aparece un personaje de primera magnitud histórica, el último Mesías de la estirpe de Israel: Carlos Marx (1818-1883), "Mordechia" en hebreo.

Veinte generaciones de profetas produjeron a Jesús. Diez generaciones de rabinos alemanes incubaron a Marx: Rebeldía de su etnos, sensibilidad moderna, ideología hegeliana, un resumen tremendamente explosivo.

Hasta 1841 enseña con grande entusiasmo en la Universidad de Bonn las abstrusas lucubraciones de Hegel. Se hace luego revolucionario activo, y de expulsión en expulsión va a parar a Londres en 1849. Publica varias obras de sociología económica, y en 1867 su primer volumen de "El Capital", la porción fundamentalmente doctrinaria de las tres que llevan ese título.

Es un dialéctico asombroso y un deplorable estilista.

Desde Cristo nadie ha sacudido más los nervios de la especie razonadora.

Pero, ahí cesa el paralelo espiritual de estas dos personalidades.

Cuál, entonces, el mensaje del germano-hebreo?

No me incumbe por ahora inquirir las influencias que tuvo, ni escarmenar la aportación original de su mente. El dicho Hegel, Feuerbach, Saint Simon, Pecqueur, Malthus, Sismondi, Rodbertus de laetzwow, Thomson, Darwin. . . . inútil nomenclatura.

Carlos Marx sostiene que los grandes acontecimientos de la humanidad son el producto de "factores", como ahora decimos, económicos, y las personalidades heroicas que los condujeron, episodio

accidental apenas: La Épopéya de Aquiles sería la lucha contra los comerciantes fenicios y litorales del Asia Menor para obtener el predominio de un puerto bien situado, y la pobre Helena so o el mito resplandeciente de la jornada proditoria de los Ulises y Agamenones europeos. La flota mercante de Atenas engendraría el Partenón. La reclusión atrofian te de la mujer ateniense habría hecho surgir la estatuaría de Fidias y el homosexualismo de sus filósofos ilustres. La decadencia de las minas de plata acarrearía la decrepitud del Atica. El oro de Macedonia engendraría a Filipo y Alejandro. A Roma la derrotarian la esclavitud y el latifundio, descuidado técnicamente. El Cristianismo se elevaría sobre la miseria de las muchedumbres, y se fragmentaría en la Reforma cuando absorbió la tercera parte de las tierras laborables de la Europa Medioeval. Los Cruzados habrían marchado en busca de un derrotero comercial de Oriente. El Renacimiento Italiano nos vendría de la riqueza acumulada de sus ciudadanos mercantiles y conquistadores. América surgiría de los mares respondiendo a una sed de especias y de oro, y se libertaría cuando la explotación europea se hizo insostenible. La Revolución Francesa habría sido el choque entre la desigualdad política del grupo burgués adinerado contra una c erecia y nobleza en grave parasitismo. La guerra de secesión y liberación de esclavos en Norte América, mero producto de la situación industrial del país, fabril al Norte, agrícola al Sur, y no idealismo lincolneano.

La forma de gobierno dependería de la forma de distribución del suelo laborable: Aristocracia cuando es de pocos, democracia, cuando está bien dividido.

Naturalmente los individuos pueden moverse por causa de otra índole, raciales, religiosas, patrióticas, sexuales aún o lo que se quiera, más no así los grupos, que siempre obedecen a un substrato económico, indiscernido a veces, mas en toda ocasión presente e ineludible.

Sobre las bases de la estructura económica de los grupos, nación, digamos, se construye la super estructura ideal: religiones, política, derecho, moral, ciencia, arte, en fin....

Esto por lo que se refiere a la interpretación materialista de la historia o "Materialismo Histórico". Las otras investigaciones de Marx pueden dividirse en cuatro capítulos fundamentales, a saber:

I.—El trabajo crea el valor: El valor no es sino ese trabajo cristalizado, y por ende corresponde al trabajador, como un producto legítimo de su actividad.

II.—La Plus-valía: Diferencia entre lo que el obrero gana y el producto vale, la que acumulándose en poder del empresario forma poco a poco el capital creciente. De ahí que ese capital sea un robo al trabajo, y deba devolverse a su justo dueño.

III.—El papel del capital en la producción y circulación de la riqueza: Un circuito en que dinero, materia prima, elaboración, artefacto subsiguiente y dinero otra vez, forman la serie circular: D. M. A. D., que mediante condiciones "a latere", como la rapidez de circulación, v. gr., va dejando un residuo de capital acumulativo y absorbente.

IV.—De ello se deduce la cuarta demostración del pensamiento marxista: Una ineluctable evolución hacia el colectivismo. Porque, concentrándose sin cesar el capital en pocas manos, la reacción espontánea lleva a los proletarios, más y más numerosos, y organizados con el acicate de la miseria, a desposeer a los capitalistas, más y más escasos, en esta macabra ecuación económico-moral de las sociedades.

—¿Cabrian algunas otras consideraciones en torno de la tremenda apocalipsis marxiana?

En su severidad olvida tal vez algunos atenuantes, de un lado, y algunas normas suplentes de la causalidad y de la causación genéricas.

El que los sentimientos obren sobre individuos y no en las entidades asociadas, es por lo menos un decir aventurado: Cuando las comunidades se someten a persecuciones por su religión, su patria o su partido, padeciendo la tortura policéfala del espionaje, de la confiscación de los bienes, de ultrajes a la persona, de las prisiones y martirio cruento, no están haciendo ningún cálculo económico, y aun cuando el historiador pudiera desentrañar remotas conveniencias de esta índole, en no estando presentes en el ánimo de los inconformes, no ve uno como pudieran considerarse dentro de la causalidad "efectiva" y mucho menos exclusiva o suprema. Cuando Pedro el Ermitaño movió a las muchedumbres europeas hacia Jerusalem, ni en su espíritu, ni en el ánimo de aquellas masas de encendida fe y oscuros conocimientos geográficos puede ningún crítico sereno descubrir intenciones mercantiles. Muy otra cosa es que estas surjan más luégo en la mente de los estadistas de la comunidad, aprovechando en beneficios materiales lo que fue determinado por fervores del espíritu.

La conquista de América nos ofrece un ejemplo de la febril ambición de oro: Por adquirirlo a manotadas emprenden esos cau-

dillos de la gesta inverosímil una alocada pugna contra lo ignoto, agresivo y agreste, contra el albur ominoso de viajar sobre el abismo de los mares inciertos y tierras sin delimitación geográfica, por entre el riesgo cotidiano y letal: Y a la hora del triunfo increíble, un Hernando de Soto, mancebo gentil de las grandes aventuras del Perú, da una libra de su oro así heroicamente robado a los tesoros de Atahullpa, una libra de oro por una foja amarillenta de papel en que escribir a su madre ausente: El fruto asido ya de la fiebre aventurera truécase por mandamiento ineludible de la ternura filial en un mensaje del corazón, para decimos que el sentimiento no es, ni será nunca, el segundón de la casa espiritual, sino el rector imperativo de nuestras acciones.

En la estimación de la plus-valía parece que descuidó el medir lo que significa la técnica, esa técnica que aporta a los capitales, y que no otra substancia es que un trabajo cristalizado, un trabajo ya hecho, y por ende computable al lado del valor del que el obrero realiza inmediatamente, con lo que la diferencia que se dice "plus-valía" tiende a disminuir en absoluta justicia social.

También el arte y la inteligencia del empresario son trabajo cristalizado, que puede valer por centenares de obreros y aun por miles, como se aprecia constantemente en empresas que de ruinosa situación económica pasan a una prosperidad firme, cuantiosa en veces, debido a las aptitudes de un buen administrador. Y esas aptitudes costaron esfuerzos prolijos para llegar a hacerse eficaces, y son, por lo tanto, trabajo cristalizado, computable igualmente en la relación económica de la plus-valía. Esta verdad no es ideal meramente, pues en numerosas ocasiones gobiernos y trabajadores han tenido que volver atrás en su propósito de hacerse gerentes industriales. Porque resulta un grave error y carboniento pecado computar por horas de rutina lo que produce rendimientos inconmensurablemente desproporcionados, como no se le ocurre a nadie pretender conseguir las materias primas por una invariable unidad de precio, a diez centavos libra de oro o de plata o de arcilla común. Y a más del trabajo, la población crea riqueza de suyo: Así como el capital sin inteligencia vale muy poco ciertamente, la tierra sin población no vale nada. Aparte de lo que produce ese trabajo, el poblamiento aumenta el tesoro de las naciones: Es lo que han adivinado estos antipáticos déspotas de las naciones fascistas, y con audacia desconcertante, sin duda. Pudiera decirse que si no es por la acción directa del trabajo, ello se debe a la cuantía económica que un hombre representa en sí, por el hecho de existir y de haber

acumulado valor cotizante, alimentos, v. gr., educación, experiencia y genio intrínseco. No la población por sola acción de presencia determina mayor precio de la tierra, mayor precio de las aptitudes humanas, mayor precio de las artes, y aun de la holganza y diversiones. Engendra sentimientos y, reversibilidad ineludible, se enaltece con ellos, los convierte en valores que la estimulan más y más.

Inmensa parte de la riqueza pública no surge del trabajo, ni de capital acumulado, sino del estímulo creador de aptitudes que la población determina. En nuestros países jóvenes, que hemos visto crecer en el corto transcurso de una generación, estas verdades elementales son de cotidiana experiencia.

La biología asoma por ahí su mirada escrutadora para decirnos que el instinto de nutrición, base indiscutible del económico, cede su puesto al sexual en toda la escala de los seres vivos. Por él luchan a muerte los animales más pusilánimes, por él se arruinan los hombres, por él se desquician los imperios. Cómo es esto, pues, de calificarlo de segundón en las categorías de la dinámica social? Los dos grandes fautores, así como suena, y no "factores", los excitantes supremos del sentimiento de patria, y aun de religión, residen en el amor y el lucro: Ahí donde se nos ha amado y se nos han remunerado nuestras aptitudes, ahí plantamos la tienda definitiva. Los pueblos de América conocen bien el fenómeno del inmigrante, y pueden hablar con certidumbre.

Tampoco no me atrevería a pasar inadvertida una observación de mucho predicamento espiritual. Si valoramos como suprema, y peor aún, como única operante, la causalidad económica, nos veríamos abocados a conceder que la humanidad no tiene misión ninguna que cumplir en este universo en que surgió. Que sería un ensayo deportivo de la Naturaleza. Que sus facultades eximias son lujo sin finalidad, supernumerario y mostrenco, cuando la constante elación de la conciencia humana y su "quid" insondable nos sugieren, a lo menos, que en las raíces de tal fenómeno debe existir una realidad o una posibilidad de sublime trascendencia, por la cual somos sensitivos y pensadores, y no meras alimañas en eterno combate por la cópula fugaz y el nutrimento.

Ni el historiador ni el sociólogo, ni siquiera el dilettante de la cultura, pueden disminuir el mérito encumbradísimo de la causalidad económica en los destinos de las sociedades. Sólo hago hincapié en algunos otros elementos de conducta, porque no se intente arrojarlos a las tinieblas exteriores de un insensato desprestigio. Tan

grande es el mérito de Marx, que hoy día devotos suyos son, y con neofita fe de otra edad, naciones enteras y porciones innumerables de todos los países del planeta. A él debemos las mismas realizaciones políticas de primera magnitud humanitaria, y derroteros fecundos, inexplorados aún. Mas, me preocupa el que pueda descuidarse el valor de la persona en esta exaltación del alcance despotico de la economía y de las multitudes. Por esto acabo de encomiar los valores de población y de inteligencia, de conciencia y de sentimiento, a fin de que, dispensando justicia al movimiento socialista contemporáneo, no descuidemos al HOMBRE en sí y añadamos siempre al socialismo el adjetivo "humanista", no en concepto de retrado, pero en el de respetuoso de la personalidad.

De la PERSONALIDAD, que parece ser una de las grandes adquisiciones, si no de las grandes finalidades, de la Historia.

SOCIOLOGIA HISTORICA. Por su parte los historiadores creen que una interpretación filosófica de la Historia basta para cumplir con todas las exigencias de la Sociología. Y en verdad que esta disciplina abarca ahora, no solamente el relato de los acontecimientos más o menos heroicos de las naciones, sino cuanto constituye sus actividades sociales, instituciones y destino recóndito de su existencia.

Como disciplina técnica, la Historia ha venido siguiendo paso a paso el progreso de la ideología general y los vaivenes de la cultura. Así, tenemos una Historiografía anecdótica, tipo encantador de Jenofonte, de Plutarco y de Suetonio, por lo que respecta a los antiguos, la crónica de los Egipcios y Babilonios, las narraciones bíblicas del agitado pueblo de Israel, del santoral católico etc. que alcanza deleitosa inocuidad entre los cronistas del descubrimiento de América de un Bernal Díaz del Castillo, de un Garcilaso de la Vega, de un Cieza de León. En los últimos tiempos constituye un género aparte, con el nombre de Historiografía Menor o "Petite Histoire", enaltecido por artistas de la andadura de un Lenôtre.

Ya sabemos, por anterior comentario, que otro grupo de historiadores adhieren a la interpretación teológica, un Bossuet, digámonos, y pueden denominarse por lo mismo providencialistas. Los compendios de Historia Universal que se enseñaron en Coimbra durante varios lustros, el de Sánchez Casado, por ejemplo, pertenecen a esta escuela que inició San Agustín con su concepto de la

Historia como una lucha entre la "Ciudad de Dios" y la "Ciudad de Lucifer".

Muy ligada a la literatura de imaginación, casi, casi una "novelística" su género, tenemos en la inmensa cantidad de obras que narran el pasado en medio de una urdimbre de invención artística, caso de Feneón, de Volney, de Dumas el padre, de Newman, de Sienkiewicz, y de todos los autores de "Biografías Noveladas" que ahora justamente cautivan la sensibilidad literaria de las muchedumbres.

Aunque parezca un poco redundante, pudieramos hablar de un "Historia Crítica", es decir de grupo de autores que a medida que van narrando lo acontecido lo comentan con su criterio personal, a la manera de un Macaulay y un Renán, de Cantú y de Ferrero, de Voltaire y Pástor, y que corresponden a varias tendencias ideológicas: Católicos, como Menéndez Pelayo; Positivistas, un Buckle; materialistas, un Marx y un Engels; naturalistas, Malthus, Von Hellwalds y Porten, y gr. aunque muchos de ellos no hayan tocado la historia sino en su significación íntegra, y no en narraciones circunstanciadas. Algunos maestros de la antigüedad caben dentro de este grupo, Porcio y Tacito, por ejemplo.

Del campo de la Filosofía nos llega una aportación muy copiosa e interesante de hipótesis más o menos seductoras y posibles. El mismo Maquiavelo (1469-1527), ya sugiere una interpretación racionalista y pragmática de las actividades del Estado, y Juan Bautista Vico (1668-1744) presenta la teoría del ciclo histórico, con tres periodos. El de la Teocracia, o de interpretación divina, el de lo heroico, o aristocrático, el de lo democrático, humano.

Mas tarde, Hegel se hunde en las nebulosas fecundas de su concepción de una Historia en que la Libertad va abriendo caminos más y más amplios, va realizándose como una expresión de la "Razón" independiente, imbuida en el Estado, con tres grandes jornadas de existencia. La de Tesis, la de Antítesis y la de Síntesis. En sus abstrusas y fertiles lucubraciones la Historia es algo activo y no mero resumen de acontecimientos o labor notarial somera. Para él el Espíritu Supremo se hace Historia en el ejercicio de su misma Entidad.

Habría una interpretación psicológica, como Dilthey y Wundt lo quisieron. Y una idealista que aplicase las lucubraciones de Kant, de Fichte, de Schelling, del ya dicho Hegel, como lo hacen Cohen, y los neokantianos que, a la manera de Rickert, introducen una interesantísima valoración teológica.

Algunos conciben la Historia, y ya una valuación teleológica lo presume así, como el trazo del esfuerzo común de la Humanidad en busca del progreso a través de las vicisitudes de las naciones: Lotze, siguiendo a Herder, ha tomado este rumbo, y de ello participa asimismo Wells.

Augusto Comte, con remotos antecedentes en Vico e Ibn Heldun, conceptúa que la Historia de la Humanidad se desenvuelve en tres ciclos de ineluctable cumplimiento: El religioso de las sociedades incipientes, el metafísico de las civilizaciones que aparecen más tarde, y el positivista de la época contemporánea, bajo el imperio normativo de la razón y de las ciencias.

Saint Simon nos ofrece una división impresionante de la Historia en período de lenta acumulación de problemas y períodos críticos o de actividad y catarsis, que Berdiaeff, Ortega Gasset y Peguy, entre muchos otros, reconcieron más tarde.

Hipólito Taine emplaza o sitúa los acontecimientos históricos bajo el signo de la Raza, del Medio y del Momento, para poder estimarlos adecuada y justiciéramente. Su hermenéutica social trasciende a los grandes escritores y políticos franceses de los últimos años, los nacionalistas del género de Maurice Barrés, con la trilogía de la Tierra, la Raza y la Historia (o de la Tierra y los Muertos, como él dice).

También nuestro vigoroso y combativo José Vasconcelos —ahijado de Huitzilopochtli, aunque él no lo crea— adscribe tres jornadas a la evolución del espíritu: La material o guerrera, la intelectual o jurídica y la estética-espiritual a que nos conduce la historia por venir del Trópico Americano.

Oswald Spengler, cuya morfología histórica se puede relacionar con Lessing y Bergson, encaja la vida de las sociedades en un funcionamiento orgánico de grandes culturas, con un natural suceder de juventud, de madurez y decadencia, al que corresponden la capacidad creadora "cultural" por antonomasia, la de sistematización o estancamiento y la de decrepitud o civilización materialista.

Por salir de afanes dubitativos, Víctor Cousin reduce los sistemas filosóficos a sensismo, idealismo, escepticismo y misticismo, para tomar "eclecticamente" de cada uno lo que a su juicio tienen de verdadero: Así tendríamos, pues, otro recorrido de la Historia.

Algunos se cuidan poco de estas sutilezas conceptuales y severamente se dan a la tarea de inquirir las raíces soterradas de las instituciones y de las costumbres, al modo tenaz y paciente de un

Burckard y un Mommsen, de un Bukle y un Maspero, de un Foustel de Coulanges etc.

Quienes, por otra senda, pero con leve similitud hegeliana, escrutan el devenir histórico como la manifestación de un organismo viviente, cual lo propone Wells en su ilustrado resumen de la Historia Universal, y como lo presupone ya Spencer al adscribir a las sociedades un funcionamiento de esa índole.

Ultimamente es tal el cúmulo de conocimientos que exigen la exposición y el análisis de la Historia Humana, que suelen asociarse en grupo más o menos homogéneo, a veces disímil, los especialistas, para darnos esas colecciones, como la de la "Historia de la Humanidad" de Henri Berr, o los preciosos volúmenes de la novísima "Enciclopedia Francesa", permitiendo así a los lectores captar diversas teorías y ahondar en cada asunto con irrecusable pericia y leal criterio heurístico.

Una de las más inquietantes discusiones que se han planteado en estos achaques de exégesis histórica corresponde a Tomás Carlyle (1795-1881), quien pretende que son los grandes hombres, los "Héroes" los que producen y conducen los sucesos memorables de la Humanidad. Aunque no tan bellamente dicho, este fue siempre el pensamiento de los sabios de otra edad, a lo que sólo en los últimos tiempos han enfrentado serias objeciones algunos exegetas, Hegel, por ejemplo, según lo anotado antes, Marx, con su opinión de que todo se suscita en las masas, un Wells, digamos, que ve la Historia como el vivir armónico de un organismo, y los seguidores de la interpretación providencialista. Por lo demás, siempre se escribió la Historia en función de grandes personajes, casi en serie de biografías.

Sino que Carlyle avanza audazmente la idea de que en la Historia sólo ocurre lo que en ella mete el espíritu privilegiado de unos pocos "super-hombres", según el admirable epíteto acuñado por Goethe y divulgado por Nietzsche. En la filosofía antigua, Mencio, v. gr., entre los chinos (Mang-tszé o Mang el filósofo: 372-289), se habla de que el sabio vale por "cien edades", lo que no está muy lejos de Nietzsche y del silencioso pensador escocés.

Emerson, William James, Gabriel Tarde y una noble teoría de pensadores conspicuos de la pasada generación, y no pocos ciertamente de los jefes de Estado de la presente —los Mussolini de nuestra actualidad me sacarán verdadero— apoyan la tesis del taciturno insigne: Tarde dijo con énfasis que la Historia es la lucha entre la mediocridad y el genio, y un Oscar Wilde, un Gabriel

D'Anunzio, justificaban sus miseriucas con el hermoso sermón de su arte, creyéndose los ungidos, Kristos, de Atena inmarcesible.

La reacción no se hizo esperar: El siglo XX es la época privilegiada de las multitudes, y no podía resignarse a un entronizamiento de los héroes, aunque sed de heroicidad sí tiene, y aun de martirio. Ya en la centuria XIX, Comte, a mediados, Durkheim, a fines, dijeron que el hombre se explica por la Humanidad, históricamente, y Smets, más preciso, afirmó que la "Historia hace al héroe". Inútil sería escarmenar el pensamiento de los socialistas y de los comunistas, de un Marx, de un Lenin, digamos.

Lester Ward, no embargante la importancia que reconoce a los movimientos en masa de las sociedades, observa con exquisita sinéresis que "los inventos humanos" impulsan toda la maquinaria del progreso, y son basamento indeclinable de la vida del hombre, y como esas invenciones geniales surgen de individuos y no de grupos, adhiere a la estimación enfática de los héroes. Ya veremos, sin embargo, cómo la psicología contemporánea deduce de estas ocurrencias consideraciones muy distintas y aun contradictorias.

Tal vez no haya oposición esencial en estas opiniones, y para mí tengo que pueden acordarse con sólo definir correctamente los momentos de actuación de cada una de las potencias motivas de la Historia: las individuales, las de interrelación y las de masa conjunta.

Si contemplamos la necesidad como uno de los puntos primordiales de partida de toda acción histórica, fácilmente entendemos que ella suscita apetitos correspondientes que elaboran una sensibilidad genérica de los grupos, un estado social de apetencia y de inquietud, una búsqueda inconsciente de algo, una expectativa. El estudio de las grandes revoluciones humanas nos dice muy diáfaramente de la existencia de estas situaciones preliminares: Cristianismo, Reforma, Revolución Francesa, por ejemplo.

Viene luego el paso de esa sensibilidad a través de un individuo privilegiadamente dotado, y lo que fue nebulosa imprecisa, adquiere la definición estupenda de un concepto o la morfología de una invención genial.

La masa dio el campo de acción y el estimulante psíquico, la individualidad fue antena captadora y transformador de la corriente en el resultado apetecido, en movimiento, en calor o en luz, no sin añadir un "quantum" de creación espontánea, pues en la vida, y tal vez en la Naturaleza Universal, la suma de los efectos puede ser superior a la potencia causante.

Y tal vez haya algo más en estas relaciones de la Sociología con la Historia. Desde luego todos aceptan los postulados evidentes de que la Sociología es el grande auxiliar de la Historia, y de que la Historia es el soporte fundamental de la Sociología. Y no tendríamos nada que objetar a Herder cuando sugiere que la Historia en conjunto es la educación de la Humanidad, o como más bellamente se ha dicho, es la maestra del hombre. Ni entiendo que haya graves razones para contrariar la opinión de Wells acerca de que la Historia es un conjunto armónico que debe contemplarse sin desmenuzamientos regionales.

Mas no sé yo que muchos suscriban la tesis hegeliana de que es una potencia espiritual que va informándose en hechos sociales, que en sí es entidad fuente, de la cual ideas, instituciones y Estados son la morfología visible o concebible.

De mí yo aceptaría que en vez de relato, mera Historiografía o crónica de hechos cumplidos, es fuerza directriz de las sociedades, y sino recóndito de las naciones en que ellas se informan en su inescrutable devenir. ¿Hacia una elaboración de la Libertad, hacia una expresión de la Idea? No lo sé. ¿Ni quién lo supo? Acaso sea un trance teogónico de la esencia arcana que subtiende el Mundo.

SOCIOLOGIA JURIDICA: Sorprende la continuidad de la Historia: Cuando vemos en el frontispicio de los palacios de justicia, en los sellos de correo o en las monedas la cabeza, el busto o la estatua de una mujer erguida, pensadora y firme, bien sabemos que representa la Justicia en abstracto símbolo, mas no imaginamos de qué lueñes entrañas del tiempo ha llegado hasta nosotros: Es la Dike de los griegos, advocación ideal de Themis, "el Mundo Superior" y de Nomos, reguladora de las costumbres, norma o ley, según la célebre tríade de Pitágoras. Y es más aún: en sus múltiples avatares simboliza la Diosa de la Tierra, la Diosa Madre, Ge insigne, divinidad abscondida de los humanos, que desde el Neolítico, en connubio mitológico con las labores agrícolas, entonces recién llegadas a la Historia, nos redimió de la incertidumbre del sustento y de los azares de una peregrinación indefinida.

Y ahí está con nosotros, Eva, Dike, Madre Bachúe, emblema eterno de fecundidad y de justicia. Ya no la conocemos, y la adoramos aún. Quizá porque dejó de ser ente aparte y se hizo entraña nuestra, porción de nuestra unidad, anagogia de nuestro sér precario y humilde.

¿Desde cuándo arranca en la turbia psique del hombre primitivo esta elación egregia de darse normas de piedad y de justicia? Tal vez sea co-esencial de la vida, que, pues, la vemos en vislumbre nublosa aún, mas ya discernible, en el comportamiento instintivo de algunas especies inferiores: En los mamíferos gregarios, en ciertas aves que se asocian para formar su república de nidos, y hasta en los insectos. El sentido de la propiedad se observa en todos ellos respetado y defendido con adhesión heroica, con delimitación de áreas tan precisas que presuponen una concepción del espacio y del número. Los gorrioncitos del campo combaten a sus congéneres que tratan de invadir la zona de su hogar en cierto radio de amplitud definida y constante. Los rebaños de ganado cimarrón, bóvidos y équidos, v. gr., no admiten intrusos, aunque sean de su estirpe: Reconocen el parentesco, asociándose, como si dijéramos, en clases, con limitación numérica, cual sucede en las caballadas praten-ses de la Orinoquia, que al llegar a cierta cuantía el padrote jefe expulsa algunos —¡hembras inclusive!— para que formen nueva colonia en otro sitio, a la manera habitual de los enjambres.

Y tienen sentido —¿o sentimiento acaso?— de piedad, de amistad, de asistencia mutua, de educación y castigo, de pudor de sus faltas y de escondite de sus fechorías, como se observa en félidos y cánidos, y que he visto en el comportamiento de reses vacunas cuando se dan a hurtos, escondiendo en la noche sus depredaciones y simulando ante su dueño una "coartada" de buena conducta, de desconcertante ingenio.

El "principio de autoridad" es en ellos indiscutible, elefantes, simios, v. gr., y la obediencia asume caracteres heroicos: un becerro ocultado por su madre permanecerá quieto y mudo mientras ésta no regrese o sea sorprendido de manera indudable para él y peligrosa. La madre que ha guardado una actitud de indiferencia absoluta, corre entonces a protegerlo, asustada y cordial.

Y tienen sentido de lealtad, asimismo, como los caballos árabes, y de orgullo, como los de carrera, que conocen la alegría de triunfo y la depresión espiritual de las derrotas. Y de dignidad, también, como cuando se ofenden por castigos injustos o menosprecio de su presencia y sus caricias.

Pudiera pensarse que es una "humanización" de los animales domésticos, contagio y disciplina solamente, mas esto es que algunos recién cautivados en la selva, lo sé de aves como el Tente (Anhimidae colombiana), que se comportan con amistad exquisita

para con el hombre y especial dedicación a la protección de los niños, que defienden la casa y conocen los animales perniciosos.

En el hombre primitivo ocurren estas cosas dentro de una maraña litúrgica que es no fácil de entender, que en ocasiones conduce a nuestros queridos maestros los etnólogos a imaginaciones estupidas, aunque tan verosímiles y probables como... ¡exactamente las contrarias! Qué deliciosa ausencia del principio de causalidad pudiera verse en la "covada" de los aborígenes, en ese acostarse a pasar la dieta de alumbramiento de sus mujeres, mientras éstas continúan trabajando para alimentar al padre y al hijo conjuntamente. ¡Qué prelógica! Y sin embargo, ese salvaje holgazán y durmiente, adivinó que el sufrimiento femenino, el dolor de entraña conmovida por la maternidad, engendra vínculos insolubles de afecto, urdimbre inextricable de dos vidas que se anudan en espasmo de dolor y de esperanza, prueba fehaciente de la continuidad de la sangre, de la continuidad de la estirpe, y entonces, él, padre apenas, desligado por la naturaleza de todo recurso de certidumbre en la participación de aquellas relaciones de causalidad genésica, finge el dolor, finge el parto, finge la momentánea invalidez de la dieta para constituir probanza irrecusable de su participación en el advenimiento del nuevo sér que le ha nacido. Es su lógica, y no poco reiría si le dijese que el civilizado "protocoliza" su paternidad con un asiento en los libros parroquiales de su feligresía...

Así, también, cuando un salvaje cambia de aspecto, disfrazándose para el "luto" de algún sér querido, pretende con ello ocultarse al espíritu. Ignoro si los muertos gusten de regresar a molestar a los vivos, pero dentro de esa convicción, el escondite "luctuoso" me parece asaz adecuado a las posibilidades. Mas, si ustedes preguntan a un civilizado por qué se viste de luto en casos semejantes, no sabrá decirlo, si no es aduciendo "costumbre". De informarle que ello no significa fidelidad al muerto, que así se hace por despistar su espíritu, muy desconcertado se hallaría el deudo. De donde el que nuestro salvaje pudiera considerar al civilizado en estado de mentalidad "prelógica", sin criterio para deducir correctamente, ni conducirse conforme a razón.

El primitivo inicia su "Derecho" por normas naturales de costumbre. El perturbador ofende la armonía de la tribu y ante ella debe responder con resarcimiento de daños o por castigo corporal. Pasarán los tiempos y se dirá que el infractor perturba "la paz del rey", más luégo, que ha quebrantado las leyes sociales: todo es una misma cosa con el aditamento de concepciones teóricas del sujeto

ofendido, del depositario de la autoridad gobernante: Sociedad, rey o tribu. La esencia es el hecho "social", la preservación de una armonía de convivencia útil. De venganza a indemnización, de indemnización a castigo, de castigo a "prevención" o prevención de la "peligrosidad", se suceden un buen millón de años con muy escaso rendimiento efectivo, según lo informa la estadística implacable.

Empero, es hermoso el contemplar este derrotero de la conciencia humana en su lenta elaboración de la moral y la justicia.

Algunos pueblos han aparecido en la Historia tan bien armados ya de una civilización y de una cultura eminentes que desconciertan: Desde el cuarto milenio antes de Cristo vemos en la cuenta del Eufrates y del Tigris sucederse naciones que no han pasado ahí por las etapas del paleolítico ni del neolítico, sino que se nos revelan apercibidas con buena dotación instrumental y conceptual. Son, hacia abajo, Kalda, o Caldea de nuestra nomenclatura, sede de los sumerios, una de las estirpes más interesantes de la humanidad histórica. En su vasallaje estuvo, quien sabe cuantas centurias, el clan beduino de Abraham, genitor afortunado de otra nación ilustre. Por circunstancias de clima, probablemente, el imperio mesopotámico fue remontando el curso de los magnos ríos, para dar origen a Babilón, primero, a Ashir o Assur, más tarde, capitales de Babilonia y Asiria respectivamente.

Grandes conquistas del ingenio humano se deben a estas civilizaciones: Ahí el alfabeto, la numeración, la crónica, la arquitectura monumental, la escultura y la pintura, los metales y el ladrillo, los carros de guerra, la contabilidad de la Hacienda Pública, la Diplomacia, y qué se yo cuantas otras invenciones, surgieron a prisa. Doscientos años antes de Cristo ya empleaban el cero, que los Indos y los Mayas habrían de descubrir un poco más tarde.

Los grandes principios teogónicos que constituyen la médula de nuestras religiones contemporáneas, aparecen allí: Sumerios, Aryas y Semitas se conjugaron en las fecundas praderas de los dos ríos, y nos dieron para siempre normas de conducta y leyendas deliciosas: El Paraíso y el Diluvio, el Decálogo y el Derecho de Israel, vivieron en el alma de sus generaciones milenios antes que en tierras de Moisés y de Jesús.

Cuando Abraham salió de Kalda o Akad en el Siglo XVI antes de Cristo, a consecuencia tal vez de una invasión de los Mitanni, ya habían pasado por el delta del Eufrates o "Purattu", como se decía en Mesopotamia, tres civilizaciones milenarias: La que preside la dinastía de Mes-Anni-Padda en el quinto milenio ante-cristiano; la

que inicia Ur Nam Mú, hacia 2170, más tarde sometida por los Elamitas de Persia, y por último, aquella en que le correspondió vivir bajo el imperio de los Acadeanos.

Abraham, cuyo nombre ignoramos, pues éste es apenas el apodo, como quien dice, Patriarca, o padre de una estirpe: Ab-reham o Ab-ram, lleva de los sumerios una cultura sólida. Su Dios, Yah, transformado luego en Yavéh, como decimos nosotros, o más fonéticamente Yahveh, es inmaterial e innominado, porque "Yah" es solamente una exclamación admirativa, que con el tiempo significó "El Sér", y difiere, por lo tanto, de los cultos locales de Nannar y de Sin, divinidades lunares de los caldeos primitivos, mas no hay que olvidar que anterior a estas divinidades corpóreas, tuvieron a Enlil, muy semejante al Jehovah de Moisés y al Zeus griego, y a un Dios impersonal que representa los espacios siderales, Annu, el mismo probablemente que después, y derivado de otra teogonía, elevó Mahoma al culto islamita con el nombre de Allah, y por ende, anterior a los dioses populares de su tiempo.

Cuando Abraham salió de Caldea hacía seis siglos que Hammurabi o "Ammurapi" —como algunos dicen menos adecuadamente— al fin del tercer milenio anterior a la era cristiana (2067-2025), había codificado preceptos de moral y de legislación que le colocan en la cumbre de los grandes conductores de la Historia, y su radio de dominio abarcaba directamente un imperio de 600.000 kilómetros cuadrados, con repercusión en toda el Asia anterior y buena parte de la región mediterránea.

Por esa misma remota edad, entre el segundo y el primer milenio ante-cristianos, otras culturas, como la Egipcia, la Hitita, la Parsi y la Egea, habían alcanzado un desenvolvimiento espiritual y material que sorprendió a los investigadores del siglo XIX que nos las describen.

Los Egipcios hacían derivar su legislación primitiva de un legendario Thot, el Hermes Trimegisto de los historiadores griegos, "Escriba de los Dioses", de que ya se vislumbra que resume la tradición sacerdotal y cultural de ese gran pueblo, que en su primera confusa intelección del Mundo todo lo diviniza y todo lo sistematiza religiosamente, con tan supersticiosa firmeza que ni el genial Ikhnaton pudo desviarle de sus ritos. Algunas de sus normas jurídicas de más remoto abolengo nos demuestran cuán en breve formóse una conciencia moral: Los muertos eran sometidos a un juicio particular, por si merecían el ser sepultados, es decir —según sus conceptos religiosos— si eran o no dignos de la inmortalidad, Aven-

tajando a la primitiva legislación romana, los hijos no fueron "cosa" irrestrictamente disponible ante la potestad del padre, del pater-familias. Ni las esposas estuvieron tan sujetas, que no fuesen acatadas y respetadas en su persona dentro del matrimonio. Y aunque el régimen de las tierras anduvo defectuoso, la ley mostróse bondadosa para los deudores, con un gran sentido de caridad y de protección civil.

Ligada a esa cultura egipcia, por la remota ascendencia aborigen, hubo en la España del final del neolítico y comienzos de la edad del hierro, un grupo humano muy interesante, que los historiadores denominan Tartessos, situado en la cuenca del Guadalquivir, e íntimamente relacionado con la notable cultura de Almería, proto-ibero, según se dice, cuya tradición nos incumbe grandemente. No conocemos casi nada de la serie de sus gobernantes, mas sí que estuvo bien ligada su administración en un imperio territorial, y no meramente en Estado-Urbe, como era entonces lo ordinario. La gran riqueza minera, agrícola y pastoril de su jurisdicción política le dio prestancia en el último milenio antes de Cristo. Vagamente se perfila un legislador legendario de nombre Habis, y se admite que sus leyes tuvieron una redacción métrica, rítmica, tal vez para guardarla mejor en la memoria. Derecho consuetudinario, con distribución de la sociedad en clases y oficios, por donde se advierte un elevado desenvolvimiento económico; respeto a los ancianos, signo de cultura moral; y una legislación convencional para extranjeros, legislación de huéspedes y comerciantes, que ya supone la alborada de un "jus gentium", superior a la costumbre egipcia, tan poco favorable —si exceptuamos algunas colonias griegas, toleradas más generosamente— a lo que no fuera de la nación o de próximo linaje. Y como este Derecho consuetudinario tartesio fue asociándose después al de los pueblos invasores, fenicios, romanos, germanos, bizantinos, semitas etc., sin eliminarse absolutamente, ahí tenemos, con la futura Andalucía de nuestros conquistadores, algún vínculo remoto.

Mas todavía en estos países de la remota cultura mediterránea quedan rezagos del Derecho tribueño, del Derecho primitivo, en su frecuente mezcla de judicatura y sacerdocio, en su formación de castas con severa esclavitud, en su odio al extranjero, en su carencia de fueros personales y sujeción abusiva a la tribu o nación. De ahí que impresione tanto el Derecho primario de Judea, con su sentido de la democracia, del profetismo censor, sin castas, sin señores feudales con una ciudadanía igual ante su Yahveh poderoso e invi-

sible. Porque su monarquía fue una organización posterior, tal vez emanada de sus necesidades guerreras, e inferior seguramente a la institución popular de los jueces. Con el correr de las edades y de las humillaciones se hicieron meticulosos y fanáticos empedernidos, no así en el alba luminosa de su numen: "No mires, si juzgas, dice el Deuteronomio, a la calidad de la persona, ni aceptes regalos". Y maldice al que cometa "injusticia con el extranjero, el huérfano y la viuda", dándonos sabrosa vislumbre de elevados sentimientos...

Así se entiende la aparición de un caudillo tan vigoroso y alerta como el Moisés hebreo: Desaparecidas casi las huellas del hombre, perduran aún las huellas de su espíritu. Quién sería este mensajero de razas y de dioses? Mosché, hijo de Amram y Josabeth, Mosché o "El sacado", "El retirado", por alusión a la leyenda de Bithia la hija de Faraón y su hallazgo inescrutable de la canasta en el Nilo.

Se presiente en la niebla de las tradiciones románticas un drama demiúrgico, el alumbramiento de una gran jornada histórica: "Israel, dice al pueblo sojuzgado que desea redimir, Israel, tu alma es más miserable que tu esclavitud". El no contempla a esa generación pusilánime del becerro y las cebollas egipcias, mira a lo lejos con mirar de arúspice, avizorando las entrañas del futuro, y emprende la liberación de los venideros: En llamas la frente, enarcadas las cejas hirsutas, terebrante la pupila de augur, como le trazó un día su hermano Buonarrotti, parece contemplar desde el Djebel-Mouça la silueta lejana de Salomón, de Ezra y de Jesús, de los Macabeos próceres y de Pablo el eximio, y alzarse sobre la humanidad hincada y pavorida "El Elion", o Elohim fulgurante de sus sueños.

Lucha contra la inercia de los suyos, contra Dathan el caudillo adverso, contra los Faraones vacilantes, contra la intemperie y desolación de la ruta escogida, y el triunfo dilata su nombre a horcadas de los siglos, su obra fue una nación y su pensamiento modela el pensamiento de cincuenta generaciones.

¡Y aquí del enigma humano! Sobre la cumbre Pisga del Monte Nebo, tierras de Moab, el caudillo en la apoteosis de su hazaña indeleble, abrumada ya de años la cabeza normativa, Moisés escucha el paso furtivo de la Muerte y se acongoja como un párvulo ante la oscuridad y el silencio: El que hablara de boca a boca con el Dios de Horeb, el Vizir del Jehová sinaítico, el que visitara la séptima mansión celeste, el del vínculo del Arca, "Arón" del testimonio eterno, solloza de pavora al dejar el Mundo: "Tengo miedo de Sa-

mael, tengo miedo de morir", exclama, como ese hijo suyo remoto, el iluminado del Tabor, el que descendiera de las regiones del Empíreo, ante el mismo Samael, Angel de la Muerte, habria de prorrumpir agónico de incertidumbre: "Eli, Eli, lamma sabachtani".

... Enigma del destino humano que hizo pensar a los griegos sutiles que hay algo superior a los dioses.

Viene luego en la humanidad un período de grandes concepciones: El hombre mediterráneo crea en el mar Egeo una civilización, articulada en Cnosa, o "Cnossos", que bajo el epónimo Minos habria de hacerse célebre en los anales del pensamiento. Manú en la India codifica las lucubraciones morales de su estirpe Aria, Licurgo en Lacedemonia encarna la reciedumbre implacable de los Dorios combativos, Solón, con préstamos oportunos del Egipto tal vez, encauza el pensamiento de la jónica Atenas, la de los claros destinos perdurables. Se enciende el espíritu en La Grecia Magna y en Alejandría, y Roma cumple con su arquitectura del Derecho.

Es una incesante ampliación en abanico histórico, difícil de exponer someramente: A peligro de parecer osado, diré, no obstante, algunos informes, porque así se revelen mejor la causalidad y manera de causarse de las instituciones jurídicas.

Es impresionante el hecho de que Asia, núcleo humano de terribles desniveles en la clasificación y funcionamiento de la sociedad, haya sido también, y por la misma razón sin duda, la incubadora de las grandes religiones y de los apotegmas morales más ilustres.

El conflicto entre la buena conducta y la fortuna adversa, agudizado, en el cautiverio de Babilonia y las guerras de Antioco Epifanio, el seléucida sirio, condujo a los israelitas a adoptar la tesis de la resurrección de la carne para el reino del Mesías y la inmortalidad con premios y castigos. En Grecia, el concepto de inmortalidad surgió también de esa inarmonía conturbadora, estudiada por los estoicos principalmente. Persia, desde remotas edades, tuvo gran intervención en las soluciones de este problema. En China permanece muy poco definido, a pesar de la inquietud moral especulativa de sus conductores espirituales.

En la concepción ético-jurídica de los atenienses el mendigo estaba colocado bajo el patronato de Zeus. A pesar de lo que dice Spengler sobre que el esclavo griego no era persona, la constitución favorecía en Atenas su vida y su salud, hasta donde las antiguas normas aristocrático-guerreras de los homéridas, y las equivocadas opiniones de sus filósofos, inclusive el sagaz Aristóteles, permitían

una saludable rectificación: El esclavo podía pedir que se le vendiese a otro, si era duramente tratado, y su muerte ser vengada, lo que ya significa un reconocimiento de personalidad, así fuese aún precario y confuso. Y, otrosí, protegía a la mujer en su dote matrimonial y en la custodia del pudor, hasta prohibirle salir de noche, si no es en carro y con luces. En el Areópago, cuando se empataba la votación en juicios por delincuencia o transgresiones legales, el segundo arconte echaba en la urna broncea "el voto de piedad de Palas misericordiosa".

Este proceso defensivo de los débiles se confirma con la institución de los abogados, que desde muy pronto tuvieron los Egipcios, los Persas y Caldeos, los Judíos, Griegos y Romanos, y que en sus primeras actuaciones fue una función social gratuita: Antisoaes fue mal visto entre sus conciudadanos por haber iniciado el cobro de honorarios de defensa. La costumbre se generalizó para ante el Areópago y demás tribunales, siendo reglamentada por Solón cuasi religiosamente. Parece que Pericles fue el primer abogado profesional. Ello alcanzó gran prestigio en Roma, donde las mujeres solían desempeñar esta tarea, hasta Caya Afrania, cuya vehemencia produjo una restricción para su sexo. Allí también fue gratis este servicio hasta 204 antes de la Era Cristiana en que se dieron a exigir estipendios más y más exagerados.

Antes del Cristianismo, los Estoicos lograron grandes reformas legislativas y emprendieron campañas conceptuales de definitiva perduración: Si Ptolomeo hizo cerrar la escuela de Agesias por haber predicado que el alma es inmortal, lo que era un rudo golpe a la esclavitud, sus enseñanzas prendieron tan hondamente en el ánimo de sus discípulos que muchos se suicidaron para comprobar esta certidumbre. Y no paraba ahí la "revolución" ideológica de estas doctrinas, pues vemos que en el siglo I de Cristo se dio a los tribunales el derecho de juzgar a los esclavos, con lo que ya se anduvo una buena jornada de alejamiento del vetusto concepto de propiedad absoluta. San Pablo nos ofrece un ejemplo irrescusable de esta situación mental cuando pide a su discípulo un tratamiento de benevolencia para el esclavo en fuga, a quien debe mirarse "fraternalmente", como si fuese atención dispensada a él mismo.

Es la tendencia piadosa naciente que se encarna en el Derecho por toda la sobrehoz del Mundo: Los tribunales de segunda instancia no otra cosa significan, y pronto surgen en Asia, Europa y América: Aquí los tuvieron las tres grandes naciones de México, Perú y Colombia. Aún más, en el Imperio Azteca eran los jueces prima-

rios de compra y venta —adscritos a los mercados públicos— de elección popular, para así acorrer a la justicia con ejecutorias más desinteresadas y cordiales.

De esta fuente de amplitud de la persona emana, por otro aspecto, la incesante aspiración a un sufragio universal y a una fraternidad católica: Confucio lo predica, Aristóteles lo entrevé, los Romanos en su teoría del "consensus", antepasada de los Concilios, acogen el pensamiento asiático de que la opinión universal es criterio de certeza, verdad delegada por Dios a los humanos, y en particular a sus "elegidos", que nada tienen que ver en ocasiones con la autoridad protocolaria y civil, y que se nos aparece en "cuerpo de la Iglesia", en el desenvolvimiento católico de esta orientación cultural y en las prerrogativas de los "Comunes" por su faz cívica, que los Romanos y los Macedonios, con su despreocupación de los cultos particulares de las urbes conquistadas y de sus costumbres contribuyeron a prosperar, por donde España e Hispano América tantos bienes concibieron, obtuvieron y consolidaron después.

Así se observa con certidumbre meridiana en la lenta gestación del Derecho abstracto: Pues que en un principio no lo había, sino derechos locales y parciales, es decir, para cada urbe y cada caso, cual ocurre en las legislaciones de Licurgo, de Seleuco, Carondas y Dracon, primitivas leyes romanas y etruscas etc. No existían normas unívocas para la persona en abstracto, y los pretores gozaron, hasta el Edicto de Adriano del año 130, de un "Derecho Móvil", remotamente semejante a la amplitud de juicio que hoy se quisiera conceder a los magistrados, el juicio de conciencia, por ejemplo, y el margen de interpretación personal que la costumbre inglesa permite a sus jueces.

De esta indeterminación se sigue un Derecho bifronte: "Jus Civile" y "Jus Gentium", por los cuales asoma un residuo de protección mística de las deidades poliades y de los privilegios de clase dirigente, que el Edicto de Caracalla de 212, aunque de intención fiscal en su origen, comienza a romper, con sus ineluctables consecuencias en la augusta revolución de Diocleciano, tocada de cristianismo.

Y es muy posible que la lenta concepción de la Policía y su organización difícil durante veinte siglos, desde Augusto a nuestra hora actual —porque todavía es embrionaria en sus fueros y deficiente en sus funciones— arraigue en los estratos de esta progresiva ampliación del Derecho: El tal Augusto la distingue de los soldados (el pueblo entonces apodaba "jeringas" a los agentes de la

policía, por su misión de apagar incendios), y los distribuye en 21 puestos de vigilancia, con siete mil hombres de servicio. Francia inicia la Judicial en 1327 y los vigilantes públicos en 1356. En Inglaterra corresponde esta moción a Eduardo III, por el año de 1327, y Alemania cumple con este servicio por la misma época del siglo XIV.

Esta ampliación del Derecho cobija poco a poco a la mujer, aunque sorprende que el fenómeno se realice para ella más lentamente que para los plebeyos, los siervos de la gleba y aun que los esclavos, no obstante el buen golpe de mujeres ilustres que intervinieron en todas las épocas en la sociedad y el gobierno de las naciones, tanto en primacía visible, como jefas y emperatrices, como en la discreta conducta de la voluntad de los hombres a través del amor, de la amistad y de la sabiduría: Egipto y Babilonia lo prueban para antiguas edades; en los Libros Sagrados se nos dice de Ester; Aspasia cautiva la admiración del gran Pericles; en Roma, tan patriarcal y varonil, Domna Julia descuella en la Corte de Septimio Severo; y aun entre los Arabes vemos a Abderrahman III hacer de la poetisa Mozua su secretaria, en todo el esplendor de la edad guerrera de su estirpe. Los Bárbaros del Norte introducen a la cultura occidental un concepto todavía más encumbrado de la mujer, pues que la vemos señorear sus tradiciones, inspirar sus epopeyas, estimular sus lides y mudar de cultos: Harto bien lo dicen los Nibelungos, la Crónica del Cristianismo Norte-europeo y las galanuras de Provenza medioeval y de la Italia renacentista. Y sin embargo, en gran parte debido tal vez a la "freudeana" resistencia de las religiones, sobre todo del Cristianismo, del Budismo y del Mahometismo, a concederle paridad de representación ante los cielos, su exclusión, digamos, del sacerdocio y de todas las misiones que impliquen alguna "intimidación" con Dios, ahí tenemos planteado aún el problema de su liberación definitiva en nuestras sociedades contemporáneas, aunque, por otra parte, se vayan apoderando del Mundo (y, sobre todo, del Demonio y de la Carne, al decir de los peritos más despabilados e imprudentes). Las Mitologías han revelado tan fecundas "comunicaciones" que la humanidad ha debido resentirse: En su lógica irrecusable, nuestros aborígenes Catíos previenen, al acercárseles un civilizado: "Todo con compadre, nada con comadre". . . .

Este devenir ético-jurídico, que acabamos de vislumbrar apenas en tan leves líneas, se ha venido incorporando en códigos más y más elaborados y eficientes. A ello determinó en manera fundamen-

tal el descubrimiento de los recursos gráficos, desde el viejo sistema del jeroglífico, hasta la imponderable invención de los caracteres fonéticos que permite a los hombres capitalizar el espíritu. Algunas de esas legislaciones, sin embargo, no alcanzaron el beneficio de la escritura, y debemos abocar su estudio a través de una vagorosa tradición, si deseamos adecuado entendimiento de la índole de las comunidades en que florecieron oportunamente: De ahí que en páginas posteriores haga hincapié en la que corresponde a los aborígenes de América, y muy a fondo a nuestros Chibchas, hasta ahora tenidos por de escaso mérito en este asunto.

Sin rememorar los códigos de la sabiduría más remota, un Hammurabi, un Manú, ya nombrados, v. gr., o los primitivos de Grecia y Roma, tenemos, para los que en alguna manera subsisten en el espíritu de nuestra cultura, que el Deuteronomio fue elaborado hacia 621, y el Levítico por 450; que la Tripartita de Elio, comentario de las Doce Tablas, ocurre en 198 antes de Jesús; que para el año 100 Scaevola redacta el primer tratado de Derecho Privado, aunque todavía sin conceptos generales sobre la teoría del "Contrato". El Edicto perpetuo de Adriano de 130 sistematizó la legislación consuetudinaria de los Pretores. Luégo aparecen los grandes juristas que recogen el pensamiento fundamental de Roma, los Tribonianos, Justinianos, Ulpianos, Paulos etc., y ocurre en Oriente la codificación que el gran Juez Karna hizo por ese entonces del Derecho Civil.

Hacia el primer lustro del Siglo VI comienza la labor interesantísima de codificarse el Derecho Germánico, que ha de durar en prolongada elaboración por más de seiscientos años.

En varios sitios de este resumen he tratado a la ligera de las grandes ramificaciones de la estirpe nórdica que está gobernando el mundo. Al llegar aquí conviene mirar como se fragmentó el tronco europeo que denominamos Bárbaros, fundamento de las grandes naciones subsistentes y de una nueva evolución del Derecho Universal:

Los Aryas se dividen hoy en dos grandes grupos: Centuni, de que ya hemos hablado: Celtas, Griegos, Itálicos, por ejemplo; y los Satem. A más de los núcleos de la Europa Oriental y del Norte Asiático, que menciono en otra parte, conviene ahora referirnos al que se constituyó en la Península Escandinava (Dinamarca y Sur de Suecia), descendientes de un legendario Mannus, hijo del Dios Tuisto, nombrados por Plinio "Hilleviones", núcleo del cual partieron las principales migraciones que habían de poblar a Europa.

Schmidt los clasifica en cuatro ramas: Ingväones, Istväones, Herminones e Hilleviones. Mejor es a nosotros nombrarlos por los gentilicios que nos son familiares, y así tenemos que de esas ramas hicieron historia, principalmente, los Alamanos, Turingios, Sajones, Frisones, Bávaros, Francos, Ostrogodos, Visigodos, Suevos, Vándalos, Longobardos, Anglos y Burgundios etc.

Cada uno de ellos al constituir nacionalidad independiente o algún gran señorío, codificó sus leyes tradicionales e instauró nuevas, de convención contractual o de mandamiento autoritario, ora por designio de Asambleas populares, según la índole democrática de sus primitivas costumbres, ora por disposición personal de sus jefes, aun por normas de la autoridad eclesiástica, pues de todo ello hubo, y así a esta investigación cumple decir ahora que ellos suministran una prueba de que a más del origen consuetudinario, el Derecho ofrece históricamente otras raíces, como en adelante lo habré de repetir con más espacio.

De estas codificaciones del Derecho Germánico, resaltan las de los Francos, como de los primeros, y por la enorme amplitud del dominio que alcanzaron más tarde, en la época Carolingia, sobre todo. Al enlazarse después con el Romano amplía su evolución, pasando por el "Droit Coutumier" del Norte de Francia y el "Droit Ecrit" del Sur, cuyo natural desenvolvimiento interrumpe centurias más tarde el Código de Napoleón, que debía de llegar a nuestra América. El Ostrogótico, dada su íntima relación con el decadente Imperio Romano, su sede en Ravena, y la influencia de Teodorico en fundir las dos culturas, tiene mucho predicamento. El Visigótico, por su posición en la Península Ibérica, su dilatada difusión por la Europa de entonces, y los vínculos que le anudan al Romano y al que hemos heredado nosotros en América Latina, adquiere una importancia de primer orden. El Sajón presenta dos cauces, el primigenio con la Heptarquía Británica, que muy pronto tuvo su ley escrita y el prestigio de algunos reyes de la simpática altitud moral de Alfredo; el segundo en el riñón de Alemania, de evolución más tardía.

Corresponde a la historia particular del Derecho seguir los pormenores de esta intrincada génesis, pero no resiste mi premura a la mucha impresión que me ha causado siempre la trayectoria de uno de estos pueblos, aparecido un poco más tarde a la palestra de las naciones, el Normando, que une y conjuga por toda Europa los múltiples lineamientos de la nueva jornada de la civilización; Lo que trae de su sede aborígen a tierras de Francia, lo que de los Francos recoge y asimila, lo que conduce a Inglaterra en 1066, como un

Derecho de Señores, que, con el andar de los siglos, habrá de influir en América, África y Oceanía; lo que importa a Italia; lo que impone a la Rusia naciente, la de los "Rusi" del viejo Rurik, abuelo del Yaroslav el legislador.

El Sajón tiene, además, el mérito de una redacción en lengua vernácula, mientras que el Lombardo, que se revela en 1070 con la "Expositio", nos da en la "Lombarda" una estricta codificación, bajo la égida disciplinante del ambiente latino-milanés.

Las Pandectas, en olvido entonces, fueron traídas nuevamente a luz en 1050, y estudiadas en Bolonia por el alemán Irmenio en 1100, adaptándolas a una escolástica jurídica. Bartolo reúne el germánico al canónico. El monje Graciano escribió en 1140 sobre "Derecho Espiritual". En Francia, Cujacio y Donelo abandonaron el escolástico por el bizantino, y desde 1234 formóse un "Corpus Juris Canonici" por donde ya tuvo Europa su pensamiento jurídico sistematizado.

Para españoles e indoamericanos, tenemos una confluencia de legislación romana, por las Siete Partidas; de la visigótica, en el Fuero Real y el Fuero Juzgo; de la árabe en algunas instituciones; una brizna de lo hebreo, y el caudal de lo cristiano en sus cánones y su fe. Al andar de los siglos las "Leyes de Indias" llegarán a ser normas de nuestro Derecho hispano-americano, hasta la oportunidad de cruzarse con el francés napoleónico, por el lado civil, y el "estadounidense", por el político, con algunas novedades autóctonas, sin olvidar la aportación legal y el comentario oportuno de los juristas españoles del siglo XVIII, poco estudiada hoy día, pero muy interesante.

Es difícil para un expositor ajeno a las disciplinas del Derecho resumir todo este fárrago de códigos en lineamiento de ideas: De un dominio abrumador de la Naturaleza sobre el hombre, que parece lo esencial del concepto de vida en los salvajes, a uno de sujeción a la divinidad que prevalece en el bárbaro, en íntima conjunción con la Urbe-Estado, como se produce en la cultura clásica, vamos ampliando el compás de las interpretaciones: "Todos los hombres —dice Séneca— si nos remontamos a sus orígenes, tienen a los dioses por padres". Ulpiano establece una fórmula humanística: "Por derecho natural, todos los hombres nacen libres e iguales". Cristo equilibra la desigualdad en Dios: Somete la protección del débil a la Divinidad, padre común providente. La tesis de Ulpiano conduce a que sea el Estado quien garantice esa protección. Una y

otra corriente espiritual confluyen en la actitud de los estoicos, triunfadora en el Imperio Romano con los Antoninos.

La Reforma anuncia el valor del individuo y los derechos de la vida: Con el Renacimiento ésta se exalta. Aun en el Catolicismo, después de Trento, aparece el respeto de la alegría que invocara el de Asís: Vese en el Mundo un misticismo alegre con Francisco de Sales, Ives de París, Arnauld, Le Moyne, Bonal etc., bajo una lejana influencia de Platón.

Si no fuera tan expuesto a fantasías, ni tan abundantemente trillado el sendero, pudiéramos establecer un clímax de evolución:

Salvajes: Igualdad ante la Naturaleza bruta
Grecia: Igualdad ante la Polis
Roma: Igualdad ante el Derecho
Cristianismo: Igualdad ante Dios Padre
Estoicismo: Igualdad ante el alma
Reforma: Igualdad ante el Dogma
Revolución Francesa: Igualdad ante la República
Contemporáneos: Igualdad íntegra.

Mirando, ya no a la presentación histórica del Derecho, sino a su génesis espiritual, tendríamos que recorrer más crecido volumen de opiniones controvertibles.

Los sofistas presocráticos enaltecen la individualidad y aun suponen un origen convencional y contractual a la autoridad y la ley, como luégo pensaron los epicúreos, y más tarde habrían de sostenerlo Juan de Mariana, Tomás Hobbes, John Locke, Baruc Espinoza y Juan Jacobo Rousseau.

Sócrates reacciona contra este concepto individualista, y considera que la Sociedad es superior al ciudadano, que el Derecho es abstracto y puro, e inviolable y justa la ley. Según Platón, sostenía que el individuo se debe al Estado, porque justicia, perfección y virtud sólo existen en función suya, como lo probó con la conducta de su muerte. No sería exagerado decir que de esta remota raíz conceptual proceden algunas escuelas especulativas y regímenes de gobierno: Tomás Moro, San Agustín, Kant y Hegel, hasta los políticos del Estado "Totalitario", pasando por Georges Sorel, inspirador de algunos de ellos, de un lado, y los colectivistas, de otro.

Hemos visto que para el Estagirita la ley incorpora la razón. Los medioevales no reniegan de esta hipótesis, pero siempre que se la interprete como la voz de Dios revelada a su Iglesia inmutable, en cuanto a lo que es substantivo perenne, porque para los

negocios cotidianos admiten que se regulan por "ordenanzas de ley positiva", distinción que ya constituye un progreso laudable.

Aristóteles tuerce el rumbo hacia la técnica y una interpretación más natural de las sociedades, la autoridad y la ley: Contra el idealismo y el colectivismo platónicos fundamenta el Estado en la propiedad privada y la familia, pasando de ésta a la tribu y a la polis: La religión y la economía, la ciudad y sus leyes son naturales, inclusive la esclavitud, y el Estado tiene su finalidad en sí mismo. Veinte siglos antes que Locke y Montesquieu proclama la separación de los poderes públicos, aún más ampliamente, porque enuncia las funciones educativa y defensiva al lado de la ejecutiva, la legislativa y la judicial.

A un discípulo suyo, el macedonio Alejandro, corresponde en la Historia la concepción imperial del gobierno y el escape de los estrechos moldes del Estado-Urbe de las civilizaciones antiguas.

Epicuro regresa a los sofistas: El Estado debe ser obedecido, si fuerte y eficaz, porque es un mero consentimiento ciudadano para la felicidad común.

Por su parte, los estoicos adhieren a una ley universal y eterna, superior a las normas positivas del hombre, inviolable basamento del deber y la justicia. Retoño fecundo de la simiente socrática, como tantas otras escuelas posteriores y aun contradictorias, se enfrentan a los epicúreos en el concepto de la felicidad asequible a los hombres: El epicúreo es "estatista" y pide que en la ecuación insoluble del deseo y el placer, se magnifique éste hasta realizar el equilibrio, mientras que los estoicos, cosmopolitas, buscan esa nivelación mediante la represión de los deseos, al modo ya preconizado por el insigne Gautama en Oriente.

Todas estas lucubraciones escolares y exégesis doctrinarias tuvieron en el Derecho Romano una corporeidad legítima dentro de las tres orientaciones fundamentales del "Jus Civile", de la vieja tradición ciudadana, del "Jus Gentium" de fuente pretoriana, y de "Jus Naturale" emanado de los estoicos, que los jurisconsultos latinos codificaron luego para norma de los Estados de esta civilización.

El advenimiento del Cristianismo añade a este desarrollo de Derecho la Ley de Dios, espiritualmente igualitaria, con una separación de los "Reinos" religioso y político. San Pablo hace hincapié en que la autoridad civil viene de Dios, pero reconoce la Ley Natural de los estoicos, aunando así las tendencias fundamentales. Esta armonía se rompe en la era de las persecuciones, durante la cua-

Roma representa para la Iglesia el dominio del Demonio, hasta el año 311, en que fueron derogados los edictos adversos, y 392, cuando Teodosio concede el triunfo pleno al Cristianismo ambrosiano.

Sin embargo, las cosas no ocurrieron con tanta sencillez: La intervención de Constantino el Grande merece algún comentario por haber dado origen a la pugna milenaria entre la Iglesia y el Estado, sobre la primacía del Derecho respectivo. A pesar de la benevolencia con que el Catolicismo trata la figura de este Emperador, ello es que su apoyo no parece muy desinteresado, antes ocurre pensar que asumió uno a la manera de Pontificado Supremo, el tradicional de Pontífex Maximus que poseían sus antecesores, esta vez incluyendo a la nueva religión (Concilio de Nicea...) y dando así margen para que los futuros representantes del Sacro Imperio lo quisieran imitar cuando su poder se lo permitía. ¿Acaso Carlo Magno, acaso Carlos V, acaso Enrique VIII, Napoleón tal vez, no lo pretendieron a su manera respectiva?

Cuando los Papas se sintieron fuertes reaccionaron, como San Ambrosio ante Valentiniano, Gelasio ante Anastasio de Constantinopla, Gregorio VII ante Enrique IV de Alemania... Pero ya se había metido en la mente de los hombres la idea de un "Derecho Divino" para los monarcas, que llega a los tiempos actuales con Francisco José de Austria y Guillermo de Hohenzollern.

Juan de Salisbury (1110-1180) es un precursor de los "organicistas" que compara el Estado con el hombre, adjudicando al Estado el cuerpo y el alma a la Iglesia, de que deduce su superioridad, aunque sigue a los estoicos en el sostenimiento de una Ley natural eterna, al lado de la revelada y de la positiva de que más adelante trató ampliamente Santo Tomás de Aquino.

Marsiglio de Padua, médico y prelado (1274-1343), es un personaje interesante en la historia del Derecho, pues sostuvo que la soberanía del pueblo estaba por encima de las potestades papal e imperial. Su obra "Defensor de la Paz", de 1324, dice que el gobierno se hace para defender la paz, que la autoridad procede de la ley y ésta del pueblo... y como la Iglesia se compone de la comunidad del pueblo, representada por los más capaces, ya pudiéramos situarlo entre los precursores de la democracia.

Nicolás Maquiavelo, a quien se presenta como un dechado de político avieso, busca la organización del Estado Italiano, y ama la república, sino que para reducir el desorden escandaloso de su época, propone como medio la autoridad de un príncipe astuto que

no escatime villanías ni atropellos para moralizar y enaltecer la nación.

Martín Lutero ocupa una elevada posición en la génesis de los partidos políticos contemporáneos, no bien esclarecida aún. Antecesor de Hegel y de Treitschke, conceptúa que el Estado predomina, pero proclama la separación de los poderes, como antes lo dijera Aristóteles y luego Montesquieu, y el derecho de rebeldía, cual lo hicieron más tarde el célebre historiador jesuíta Juan de Mariana y otros pensadores eximios.

Este Lutero representa además una rebeldía polifásica de dilatado curso histórico: Pugna entre germanos y latinos; de pobres contra eclesiásticos acaudalados; de reyes contra papas; de individuos contra dogmas; Por donde puede apreciarse la tremenda magnitud de su posición en el mundo moderno.

Jean Bodin (1530-1596) subordina el poder eclesiástico al civil, y proclama la eminencia de la ley positiva, lo que le conduce a negar el derecho de rebelión, como contradictorio de ese ordenamiento voluntario.

Aparecen luego dos zapadores del Derecho moderno en Juan Bautista Vico (1668-1744), mentalidad superior que abre la puerta a lo que luego (1765) habría de llamar Voltaire "Filosofía de la Historia", que Herder (1784) impulsaría heroicamente. Para Vico el hombre es "un conocer, un querer y un poder que tiende al infinito, reflejo de una inteligencia inmanente en el Mundo". Por lo tanto, la ley deriva de esa raíz recóndita su fundamento racional y la obligación que exige.

El otro gran "pioneer" o desbrozador del terreno, es Hugo van Groot, el Grocio de nuestra nomenclatura (1583-1644), niño prodigio, cuya erudición y sensatez atrajo a sí todas las miradas de la Europa culta de su época. Desde los 21 años concibió las ideas fundamentales de su Derecho de Gentes, o "Tratado de la Paz y de la Guerra", que había de nimbear de gloria su existencia. Con una adivinación sorprendente de la modernidad, sostiene que la Ley se funda en la naturaleza del hombre, en cuanto ser sociable.

El derecho divino de los reyes fue aceptado por Dante y otros pensadores medioevales y predicado en la centuria XVII, William Barclay, v. gr. En el vaivén de las opiniones, lo vemos luego combatido por John Locke, atenuado por Thomas Hobbes, quien en su célebre *Leviatán* (1651) se muestra adicto a la idea de un contrato social, de la preeminencia de la ley positiva y consecuente subordinación del poder eclesiástico.

Baruc Espinoza (1632-1677) sigue a Hobbes, pero, más humanitario y conciliador, predica la tolerancia, la libertad individual y los gobiernos constitucionales.

John Locke (1632-1704) corrige también a Hobbes, y adhiera a una monarquía moderada. Asimismo cree en el contrato social. A él corresponde la fórmula moderna de la libertad de cultos: Puede considerársele precursor de los Whigs, de Rousseau y Montesquieu.

Este célebre Barón de Montesquieu (1689-1755), influye más aún en la historia moderna: Las Revoluciones Yanqui y Francesa le deben normas fundamentales y un impulso espiritual indiscutible. Proclamó la separación de los poderes públicos, la tolerancia espiritual y la exégesis histórica.

Juan Jacobo Rousseau viene luego (1712-1778), con su prestigio universal desconcertante: Un poco alocado, no está muy cierto de sus tesis fundamentales cuando inicia su carrera de expositor: Lleva en la Historia la paternidad de la antigua concepción del contrato social, reproduce las opiniones de Séneca y de los primeros observadores del Nuevo Mundo sobre la bondad del hombre primitivo; como Platón y otros pensadores de la vieja cultura greco-romana, sostiene que la perversidad es ignorancia, y que por ende a la sociedad corresponde el enseñarnos a ser libres. Asimismo repite que la voluntad individual debe aunarse subordinada y libremente a la general, o ser reprimida. Para él, como ya se había enseñado, la autoridad surge del pueblo, el Estado es un organismo social, y el procomún es el fin primordial de los gobiernos.

Edmundo Burke (1727-1797) es un erudito irlandés de tipo protestante, soberbiamente dotado para la investigación histórica y el análisis de las sociedades. Se muestra pragmático, y su influencia perdura aún.

El individualismo sigue en ascenso desde mediados del XVIII hasta mediados del XIX: Thomas Payne ejerce influjo decisivo en la Democracia Yanqui, Wilhelm von Humboldt reacciona contra el intervencionismo insoportable de los monarcas.

Manuel Kant (1724-1797): Estupendo definidor, proclama la supremacía de la Ley moral. Es universalista y humanitario, pero quiere arreglarse con los prusianos. El Derecho sería para Kant "El conjunto de condiciones por las cuales el arbitrio de uno puede coexistir con el de los otros, según una ley universal de libertad". Y como quiera que ahora le tenemos grave desconfianza a esto de leyes universales, tentado se ve uno a sugerir un cambio en la condi-

ción causativa por una fórmula atenuada que dijese, por ejemplo: "Según la aspiración universal del hombre a ser libre", con perdón sea dicho de la augusta mentalidad de este gran rector del pensamiento.

Fichte (1762-1814) reacciona contra el individualismo, intensificando los deberes sociales en su afán nacionalista; lo que luego extremó su continuador Hegel (1770-1831) hasta la absoluta absorción del individuo por el Estado indiscutible y supremo, a quien Treitschke identificó más tarde con los Hohenzollern, y engendrar así la mística belicosa de Bismarck y von Bernhardt, de Engels y de Marx.

Hegel, haciendo padecer a su "Idea" estupendos avatares, llega a la Familia, la Sociedad y el Estado, formaciones del "Espíritu Objetivado". La Historia se encarnaría en determinadas naciones, como los prusianos, destinados a un predominio que acrisola todos los medios de lucha, como representantes del "Espíritu Absoluto" en el reino de la realidad, absorbiendo despóticamente al individuo, cual hoy se predica y se practica en los pueblos "totalitarios" que han renegado de la democracia y rinden homenaje al "Superhombre".

Un expositor que ha trajinado mucho con la heurística de la Jurisprudencia y las costumbres, el finlandés Eduardo Westermarck, profesor de la Universidad de Londres, dice que la Moral nace de la emoción y el sentimiento, agrado o disgustos primitivos, y que luego perdura como costumbre o ley, sea ya o no indiferente a las nuevas generaciones. La costumbre, dice, como muchos otros moralistas, sería la primera expresión de las leyes, y aun entre los civilizados puede hacerlas nugatorias. La ley impondría a la costumbre su carácter de "obligatoriedad", y anota, con Justiniano, que las "Mores majorum" asumen la naturaleza de ley; que "Nomos" significa a un mismo tiempo ley y costumbre, y que no puede olvidarse que en toda costumbre hay oculto un juicio moral.

Nadie discute lo que le corresponde de verdad a esta afirmación, que sigue las huellas de un severo análisis naturalista, como ocurre a Levy-Bruhl en su investigación de los fundamentos racionales de la Moral: "La tabla de valores", dice este autor, varía con las estructuras sociales, es lo social cristalizado e imperativo; lo moral surge de ahí y se organiza luego. Mas ello es que el Derecho ha tenido, históricamente contemplado, otras fuentes sutiles, como las normas que una necesidad impone a veces, o las convenciones contractuales, cual ocurría en la primera Edad Media con las

leyes de hospitalidad y colonización, y que entonces se decían "Derecho Federal", por tratarse de ciudadanos sujetos a otras nacionalidades, romanos entre las naciones germanas incipientes o viceversa. Y la ley emanaba asimismo de "normas" emitidas por las Asambleas populares, a modo de lo que hoy llamamos plebiscitos, que a veces contrarían las costumbres. O de "normas" impuestas por una autoridad individual, a la manera de los cambios de religión que algunos reyes y emperadores, de Roma o de los Bárbaros, Constantino, Clodoveo, Recaredo, Mahoma etc., consumaron con buen éxito en todas las edades del Mundo ecuménico. Ni qué decir de las disposiciones obligantes de los Concilios y Pontificados, que atacan precisamente costumbres predilectas, ni de la acción revolucionaria de un Pedro de Rusia, de un Kemal Bajá, de un Bolívar mismo, transformadora de costumbres seculares.

Es muy peligroso encauzarse en una especialidad cuando se estudian estas materias: Todas las disciplinas del saber humano aportan su parcela de verdad científica: Mucho debemos a un Max Müller por el lado de la filología, a un Jacob Grimm por el de la etología, a Thomas Atoll Joyce, Peter Wilhem Lund, Konrad Preus, Alden J. Mason, Čestmir Loukotka, L. T. Hobhouse etc., por la arqueología y la etnología; y no se diga a los historiadores juristas, como un Savigny, un Teodoro Mommsen, un Gregorovius, un Von Ihering, o de la tarea comparativa de un Henry Maine, por ejemplo.

Ni qué decir de las bellas contribuciones a este estudio que aportan los que han tratado el desenvolvimiento de la Técnica en función social: Lo que Espinas nos refiere en sus "Orígenes de la Tecnología", lo que Weber trae en su "Ritmo del Progreso", lo que expone Abel Rey en su "Ciencia de la Antigüedad", la jugosa síntesis de Dampier-Whetham de Cambridge... El arte mismo, atendiendo a su génesis recóndita en el seno de las sociedades, como Lalo indica inteligentemente, constituye una investigación colateral preciosa.

Mas ello es que debo medir a cada instante las limitaciones de este estudio y continuarlo someramente.

Durante estos dos últimos siglos cuatro escuelas eminentes se han disputado la conducta del pensamiento: La que se dice Naturalista, porque surge y prospera en el XVIII cuando la civilización occidental, con Rousseau a la cabeza, admiraba irrestrictamente las ciencias naturales, o Filosofía Natural, como entonces se decía, y que supuso al Derecho un origen convencional, un "Contrato". Aunque luego nos pareció aquello una fábula infantil, no carece, sin

embargo, de precedentes históricos respetables que aún la hacen digna de mención y acatamiento.

La Racionalista, producto diez-y-ochesco asimismo, resultante de la valuación exagerada que aquellas generaciones que siguen a Kant y a Hegel adscriben a la razón del hombre. El Derecho arrancaría, pues, de imperativos lógicos que la mente humana descubre en sí y el legislador imprime en las sociedades cultas, mediante una promulgación positiva del razonamiento abstracto.

A este doble fetichismo de la Naturaleza y de la Razón, opusieron muy pronto algunos juristas alemanes, como Gustavo Hugo y Federico Carlos de Savigny, graves consideraciones de irrefutable valor pragmático, revelando que usos y costumbres cambian a menudo y trastruecan consigo, en su devenir perenne, la adecuación justiciara de las normas legales. El Derecho, como el idioma y la costumbre, es un producto de la Sociedad, incorporado en ella y no una función primordial, rectora *ab initio* de todas las acciones suyas posibles. "El espíritu subconsciente del pueblo crea el Derecho de la Nación y de su época, y la ley lo fija temporalmente". De ahí su nombre de Escuela Histórica, que es decir, producida y emanada del espontáneo desenvolvimiento de la vida social. Según esto, la ley debe aplicarse tenida consideración de las mudanzas sociales, sin parar mucho en su código literario o texto de la redacción primitiva.

A su vez algunos juristas franceses reaccionaron contra la exagerada estimación de los textos de la "voluntad del legislador", del fetichismo de los códigos, y, sin desvirtuar estos categóricamente, los enmiendan y atenuan con la recta aplicación del criterio del juez, habida luz suficiente del estudio de la cosa juzgada en sí, de la tradición histórica del derecho que se le puede aplicar y de las modificaciones sociales y económicas que haya sufrido el ambiente en que se ha consumado. Ley positiva, derecho abstracto, tradición jurídica, costumbre y circunstancias sociales serán tenidas en cuenta para una mayor "equidad" del juzgador en "bien público"; he ahí las nuevas aportaciones que la Escuela Científica de François Gény, Von Ihering, Josserand, Demoge etc. ha introducido en la Jurisprudencia contemporánea.

Mas no se crea que todas estas son revoluciones, sino evolución natural del Derecho. Ya muchos pueblos las habían previsto en parte. Entre nosotros, el señor Caro, sin ser doctor en leyes, mostrose jurisconsulto al legislar en este cauce desde 1887, con ante-

visión genal, dada su severa educación clásica y su dogmatismo partidario.

Con la presunción de la Escuela Racionalista, los modernos han hallado que el Derecho es una ciencia social, eminentemente evolutiva. A mi modo de ver, dos prenociones fundamentales subtienden el arco de estas disciplinas: La primera nos dice que el Derecho es meramente la faz jurídica del desenvolvimiento natural de las sociedades. La segunda, que en el fondo íntimo de todas estas revaluaciones se advierte un criterio de eficacia, que sin ser un desnudo utilitarismo, busca la equidad y el bien dentro de las relativas que la vida impone despreocupadamente.

En otra edad, cuando las mutaciones sociales se operaban con pasmosa lentitud, un código servía adecuadamente a los jueces para dispensar justicia dentro de circunstancias más o menos idénticas: No ahora, cuando el Mundo gira vertiginosamente en cambios que dejan en seco los puentes de la previsión jurídica. De ello emana este novísimo afán de acrecer las facultades autónomas del juzgador, como fue costumbre en los orígenes de las sociedades humanas, tipo patriarcal de Oriente, v. gr., como algunos pueblos anglosajones lo conservaron en parte, y como ya se nos impone otra vez.

Mas ello no ocurre con un asentimiento universal ni, mucho menos, con acorde orientación de los juristas.

Veamos, pues, algunas manifestaciones del pensamiento contemporáneo en su más reciente elaboración jurídica francesa.

M. Hubert dice que las leyes sostienen una relación con la mentalidad colectiva, y que son el "aspecto reglamentado" de las cosas sociales, por donde considera que la Sociología Jurídica es toda la Sociología: Un código, por ejemplo, tiene raíces históricas, económicas, raciales, etológicas y de creencias que lo constituyen en uno como resumen de la sociedad. Lo que Georges Scelle expresaría definiéndolo como "una secreción social especial de cada grupo".

Durkheim encomia la influencia de la división del trabajo, que hace posibles las interrelaciones sociales y determina un realismo, una objetividad, una solidaridad, una base de conducta para los sentimientos de justicia, de moralidad y virtudes intelectuales que engendran el idealismo.

Levy-Bruhl, adoptando una frase célebre del alemán Rodolfo Stammler, acepta "un derecho natural con costumbre variable".

M. Mauss sostiene que las nociones de personalidad, de responsabilidad, de contrato etc., son de evolución histórica, y que so-

lamente comparando instituciones puede el sociólogo confirmar este relativismo.

M. Duguit, continuando a Comte, afirma que "el individuo tiene deberes, no derechos": La Revolución Francesa estaría, por ende, equivocada, y en su justo medio los Estados totalitarios y absolutistas actuales.

M. Haurou, adverso a Duguit, rechaza tanto el individualismo voluntarioso como el sociologismo natural, e insiste en las "Instituciones", que son de dos clases: Materiales, régimen de la propiedad, por ejemplo, y espirituales a la manera del Estado y la Religión. Por lo mismo, debe de haber una idea directriz, un poder de Gobierno y una comunidad solidaria que lo apoye. Para ello existiría al lado de las individuales, una conciencia social (negada por Duguit), que reclame, corrija y diferencie.

M. Ripert, desde el ángulo católico, acepta virtudes reveladas como fuente del Derecho en tanto que M. M. Davy y Delos conciben que las instituciones adquieren una personalidad moral, y así el Derecho se muestra relativo e imperativo a la vez.

Emmanuel Levy formula, con Lasalle, la concatenación siguiente: Necesidad social que crea responsabilidades, éstas un credo colectivo y este a su vez, una fórmula de Derecho.

Interpretando las ocurrencias fundamentales de los últimos tiempos, M. Gurvitch estudia la transformación del Derecho Individualista en Derecho Social, y M. Jaurès previene que dicho Derecho Social logra hacer más distributivo y eficiente el Individualista, sin destruir su esencia.

He ahí, indudablemente, la máxima revolución de la Historia en nuestra edad convulsa y agobada de incertidumbres. El advenimiento de una legislación social en todo el Mundo de la civilización. Al crecer, enriquecerse e ilustrarse las sociedades, el Derecho se amplía, con necesidad imperiosa, hasta abarcar en su seno todas las unidades y categorías del hombre. Es su universalización, lo que le hace unívocamente social. Al adquirir esta magnitud, pierde, por ley física ineludible, la intensidad que favorecía a unos cuantos. A democratizarse, pues, se debilita el individualismo porque no podría crecer en derechos sin compensar en deberes.

Muchas hipótesis han formulado los hombres acerca del origen de la autoridad y de la ley. Para unos emanan de Dios, para otros incorporan la razón; para los de más allá constituyen una evolución de espíritu, que en opinión que surgieron de un convenio tácito de los asociados, o meramente que es la costumbre hecha im-

perio social, o la necesidad económica en diversas estructuras... conforme ya lo dije.

De todo ello toman un poco la autoridad y la ley: Cada una de estas presunciones se encuentra en la génesis suya, aunque no en paridad de mérito y cuantía. Empero, si husmeamos detenidamente en la dinámica social de los primitivos, vemos que la eficacia, o aptitud de dominación, es la fuente de la autoridad y de las leyes: Cuando hombre o norma conducen al triunfo, imponen su imperio en el ambiente en que han surgido; y cuando quiera que decaen, tarde o temprano les abandonan el mérito, la adhesión y el mando. Si por un tiempo instituciones, linajes, leyes y modas subsisten en decrepitud, es a causa de la inercia, de la continuidad del impulso primero, que, como en las fuerzas físicas, persiste un corto lapso. El prestigio, que de juicio inicial de valoración se hace estado afectivo y frecuentemente pasional, es conquista de la eficacia, que en ocasiones perdura con extraordinaria tenacidad en la psique mística de las multitudes. Entre salvajes y en la autónoma elección representativa de las democracias y de los pontificados, esto no ofrece dudas; en las monarquías, consideraciones de orden, por las múltiples estructuras colaterales que se establecen, caso inglés, v. gr., la duración es mayor, debido a que la eficacia asume otros rumbos, y a que la inercia, representada en costumbres, en afectos, en facilidad de funciones rutinarias adquiere primera categoría. Mas, mírese lo que ocurre en las derrotas de una nación cualquiera y obsérvese que traen consigo el derrumbamiento de autoridades, de leyes y aun de sensibilidad social y normas de conducta.

La armonía que condiciona la convivencia no emana de un "deber ser", sino de la única manera "de ser" que permite subsistir a dicha convivencia. Esas limitaciones expresadas lógicamente por el legislador y hechas obligatorias por el Estado, constituyen el Derecho: De ahí que éste varíe con los grados de asociación y de recursos espirituales, de no sé qué sensibilidad de los tiempos y de la índole que el ambiente geográfico impone a la existencia social. Contribuir a esa armonía es altruismo y es justicia, perturbarla, egoísmo o delincuencia, pecaminoso desorden.

Ante situaciones similares, la Humanidad, por la similitud también de su índole genérica, asumirá conducta equivalente, dando la ilusión de que cumple "leyes" de aplicación universal ineludibles.

Sin aducir una absoluta paridad de materia, el paralelogramo de las fuerzas físicas tiene similitudes en la dinámica social: La

dirección resultante, precisamente la de eficacia mayor, si no hay elementos momentáneos perturbadores, es lo que asume el carácter de autoridad y de ley.

Sólo que el paralelo se detiene ante una incógnita indescifrada: Algo mueve a la Humanidad en este rumbo. Por algo recóndito ha adquirido conciencia, discernimiento, espíritu. El "quid" arcano que le imprimió su índole, debe de poseer virtudes de la misma esencia, pues se hace muy confuso pensar que sea sólo un accidente en el juego de las combinaciones físicas este suscitarse de una potencia tan sutil y poderosa.

En capítulo posterior analizaremos más entrañablemente aquel fenómeno abisal como una morfogénesis de esencia divina: Por ahora prosigamos el rápido delineamiento de las concepciones más notables que rigen la Sociología contemporánea.

SOCIOLOGIA BIOLOGICA. En un amplio concepto, los que estudian la sociedad como un organismo con funciones que se especializan en natural división de sus trabajos, hacen Sociología Biológica; pero, también los que deducen de la sociedad, o de la asociación humana, las facultades psíquicas del hombre, y, por ende, construyen una Sociología Psicológica; y los que hacen derivar de las sublimaciones de la libidine la obra suprema de los humanos, Moral, Arte, Derecho, Religión etc., y que de ahí aspiran a modelar una Sociología Freudiana, por así decirlo, caben también en la agrupación biológica, más genérica de suyo.

Cuando Aristóteles habló de la similitud de la sociedad con un organismo, inició esta orientación de estudios; aunque a decir verdad, si queremos ser parcos en tales deducciones convendría cuidarnos un poco en achacar a los griegos tantas cosas: Pues que asimismo, al definir al hombre como un "animal político", pudiera indicársele como a precursor de la Sociología Psicológica, y al recordar que conceptúa que la ley es una incorporación de la razón humana, resulta un idealista hegeliano.

Elo emana de que analizados micrométricamente los conductores de la Historia, hallamos, por el hecho natural de ser, como cualquier hombre culto, y aun como cualquier miembro de una civilización, el resumen de cuanto se ha dicho hasta entonces de los grandes problemas culturales. Cada frase, y los idiomas se componen de frases, cristaliza una experiencia de milenios. Suponer que por genial un hombre, todo lo que diga sea suyo de origen o de su

arquitectura conceptual, no pasa de ser una interpretación infantil. Al mismo Cristo, tomadas como inéditas hasta entonces, las pocas palabras suyas que recogió la historiografía, se le adscriben centenares de ideas y propósitos, que justifican las más encontradas orientaciones de la conducta, desde la mansedumbre a la guerra, desde la piedad hasta la inquisición, desde la disciplina hasta el desorden, de la laboriosidad a la mendiguez vagabunda: Respecto a la familia y abominación de ella, nacionalismo arriscado y fraternidad católica, aceptación del lujo y la riqueza o execración inmisericorde de sus alicientes,...

A un hombre hay que medirlo por lo que elaboró intencionalmente, por lo que su sensibilidad y su espíritu representan en una labor consciente. Para eso existe una Filosofía de la Historia y una Psicología de los caracteres.

Sin embargo, desde muy pronto, los pensadores de todas las edades fueron cautivados por la similitud de la Sociedad con la familia y de la familia con el organismo humano. Esta analogía impresionó especialmente a los grandes sistematizadores de la Sociología del siglo pasado. Augusto Comte y Herbert Spencer, Buntschl, Worms, Fouillée, y aún antes a John Salisbury. Los estudios biológicos de esa centuria, y los físico-químicos de la actual, han aportado inmensos recursos de comparación y análisis para proseguir la tarea de inquisición sociológica en ese cauce, como lo han buscado el Barón de Holbach, Alberto Schaffle y León Winiarski, por ejemplo. La cuidadosa observación de instintos y reflejos en la serie animal, el comportamiento de las distintas especies, las relaciones de la química "hormonal" o determinaciones ineluctables de los hormones en la conducta, el orden atómico de los cuerpos orgánicos y su correlación jerárquica de funciones a medida que ascienden en complejidad propia de intercomunicación, las mismas sutiles leyes energéticas de esos componentes atómicos, y el engranaje universal, cósmico, de cuanto existe, fundamentan, con impresionante verosimilitud la hipótesis de que la sociedad es arquetipo de la Naturaleza a través de la vida: La hipótesis de una Sociología Biológica.

En la serie animal se presentan aptitudes, facultades y organizaciones que parecen un esbozo vago de cuanto la psiquis humana realiza luego en maravillosa altitud. El que sean trasunto débil nada más y precario brote de remotas grandezas futuras, no significa que debamos negarles el valor específico de su índole esencial y de su rumbo. Acaso sería pueril exageración sostener que los animales nos ofrecen una sensibilidad artística: Mas yo me pregunto

a veces si la coquetería de los pingüinos de festejar con pedrezuelas brillantes la visita del viajero que los observa en su morada de los mares del sur, y si la curiosidad de las urracas que esconden en sus nidos cuanto es deleitoso a su vista, inclusive las joyas que a nosotros nos seducen, no es ya una recóndita simiente de estimación desinteresada de lo bello, no muy distinta tal vez del gusto similar de los salvajes, que por así poco a poco ascienden a la cumbre de las grandes creaciones e interpretaciones de la estética culta. Buscar un paralelo con Leonardo de Vinci, sería insoportablemente ingenuo, mas entender dichas operaciones como un balbucir de virtudes en germen, no es alocado ciertamente. Las notas musicales deitan a muchas especies, aves canoras, sobre todo. El número, la más empinada concepción humana, no podría negarlo, aunque otra cosa opinen los peritos, en la mente de algunos animales de que tengo observaciones de preciosa espontaneidad.

Es este un campo virgen aún, a pesar de que los hombres de todas las culturas lo han abordado con mucha devoción, desde siglos antes de Salomón y Esopo, de Aristóteles, Plinio y Teofrasto. En nuestra edad se le sujeta a estudios técnicos de sagacidad sorprendente y al encomio artístico de literatos, pintores, escultores y filósofos de la psicología animal, desde las encantadoras narraciones de Fabre y de Romanes, y las exquisitas páginas de Maeterlinck hasta los tratados más severos del Príncipe Kropótkin, de P. Deegener y de Alfred Spinas, pasando de lado una infinitud de obras secundarias en cuanto a la estimación de los conjuntos, pero enormemente orientadoras en sus detalles, y los estudios sutiles, aunque no siempre afortunados de filósofos y psicólogos de todas las épocas, un Tomás de Aquino, un Descartes, un Bergson etc. Trabajos precisos como los de Loeb, de Morgan, de Paulow, digamos, nos han metido en la sesera intrincamientos casi insolubles, a la vez que nos han deparado explicaciones de milagrosa diafanidad.

Tal así, igualmente, la labor de los fisiólogos en el campo de las secreciones internas, de la endocrinología, v. gr., ha ilustrado un buen por que de la conducta individual y social de nuestra especie, y planteado a nueva luz los vetustos problemas de la personalidad, el libre albedrío, la conciencia moral, las emociones y pasiones, y hasta la genesis del genio y de la estupidez de la virtud y del delito.

De donde ocurre, pues, que los biólogos que miran con hac vocación hacia los problemas sociales, un Georg Nicolai, por ejemplo, buscan en la cepa común de la energía físico-química y en las

normas del comportamiento de la serie animal filogenética las bases de la sociedad: De lo gregario se pasaría a lo social, de lo social a las grandes adquisiciones de la psique. Esta "socialización" dependería de las necesidades de alimento, de sexo y de protección de la progenie, difíciles de satisfacer sin ella a una especie tan desvalida naturalmente como lo es la humana. Su condición de inerte le habría llevado a inventar los instrumentos de labor y de defensa, por los cuales el trabajo se dividió y diversificó, enriqueciendo a las sociedades con la eficacia de su tiempo, la profusión y perfeccionamiento de los recursos, hasta culminar en civilizaciones que contrarrestan la enemistad física y biológica del ambiente, y permitirle el ocio fecundo para la elaboración de una cultura del espíritu.

Por tal manera la sociedad se constituiría, según Nicolai, en el "campo dinámico de los hombres-elementos" con una "conciencia media", mediante un largo proceso presidido por la "simpatía, la solidaridad y la subordinación", de que vendrían surgiendo poco a poco las preciadas facultades del hombre y todas sus instituciones y triunfos. Es un sorites de realidades, como el siguiente: De la necesidad se llegaría a la asociación, de la asociación a la simpatía, de la simpatía a la expresión de emociones por medio de un lenguaje, del lenguaje al razonamiento, y del razonamiento ad infinitum....

En ocasiones se muestran estos biólogos un tanto esquivos a la elación metafísica, alegando enconadamente que lo que trasciende las lindes de lo mensurable y comprobable es una mera divagación de la fantasía errabunda, y melindre de mentalidades presuntuosas. Yo sería más benévolo ciertamente. En tales fantasmagorías y lucubraciones caemos por una y otra extremidad del mundo objetivo: Por lo alto de las rutas silentes de los espacios nebulares del Cosmos, y por la infinitesimal de las substancias intra-atómicas, llegamos indefectiblemente a lo metafísico, sin que podamos decir de vero que la certidumbre técnica sea irreprochable y absoluta, ni que aquellas ensoñaciones abstractas no encierran su ápice de verosimilitud. Y porque, en fin de fines, siendo tendencia íntima de la mente humana, tiene de suyo algún derecho de beligerancia intelectual.

A su debido tiempo, los psicólogos han ocupado trinchera propia en estas disquisiciones. Al final del XIX y en lo que llevamos de esta centuria, la psicología asumió un papel importantísimo en el dilatado mundo de la cultura general, quedando así entre el alborozo que la Biología alcanzó un poco antes y la Sociología ha adquirido luégo.

De ahí nos vienen algunas confirmaciones a veces, y no escasas contradicciones. A Durkheim le atosigaba la idea de las causas orgánicas de los psico fisiólogos, e iba a solicitar más pura génesis en la evolución religiosa de los pueblos. Para él, como para otros muchos, la suma de lo individual no constituye la psique de las sociedades, sino que éstas son de suyo algo orgánico y coherente.

Acopiando el inmenso material etnológico de que ahora disponemos, Levy Bruhl, en su exegesis de las sociedades, ha establecido, con el beneplacito de muchos comentadores sutiles, una gran diferencia de grado y aun de especie entre la mentalidad de los primitivos y la de los civilizados. Que aquellos, dice, no proceden por la ley de causalidad, sino de "participación", que su mente es objetiva, no subjetiva, que tienen una "pre lógica" en que predomina despóticamente lo místico. Sobre fundamentos de erudición ha formulado interesantes teorías acerca de los orígenes de la Moral y adquirido con todo esto destacada posición ideológica.

Gabriel Tarde nos instruye en las leyes del contagio social que se opera por imitación, y acuña el término "inter-psicología", de suyo muy suficientemente explícito, aceptado por George Dumas conservándose individualista en oposición a Durkheim.

Por su parte, este eximio expositor, a quien preceden en su tarea Lazarus, Stenhal y Guplowics, preconiza una "realidad social" que rige lo económico, lo biológico y lo psicológico, meros componentes de su infra-estructura.

La psicología de las multitudes, que propiamente no es una psicología de la sociedad, ha tenido exegetas de tanto fuste como Taine, el mismo Tarde, Sighele, Le Bon, Durkheim, Ribot, Robertis, Sergi, Levy Bruhl, Fauconnet, Mac Dougal, Park etc. que nos han deparado asombrosas observaciones e intuiciones de la conducta de las muchedumbres unificadas por algún sentimiento momentáneo, ya en lo genérico de este estudio, ora en lo específico de determinados instantes de la vida de las naciones, como el de la Revolución Francesa, La Comuna de París, y gr. Por este camino han logrado diferenciar diversas modalidades o "diversas psiques" en la sociedad, propiamente dicha, en la muchedumbre unificada, en la meramente aglomerada, en lo que se denomina "público", o campo de acción disperso de sentimientos e ideas en trance de divulgación, y lo que decimos "opinión pública", o asentimiento general sin cohesión física ni organización diligente.

Temo mucho que estos queridos maestros nos hayan transformado en especies distintas los que son apenas grados de intensidad

de un mismo fenómeno. . . . ni siquiera diferente de lo que ya ocurre en el individuo en circunstancias de interés o de afecto similares. También en esto convendría un estudio paralelo de las cóleras y pavorias alocadas de los animales gregarios.

Y como quiera que el lenguaje se ha mostrado ser una de las grandes creaciones del hombre asociado, los filólogos contribuyen en magnífica aportación a esclarecer el proceso espiritual de las sociedades, desentrañando la remota índole de las instituciones, la trashumación de pueblos y culturas y el íntimo ensanche de las aptitudes de la mente.

Ya con ello quedó desbrozado el terreno para una Sociología Psicológica: No solamente el lenguaje, la moral, el gobierno, la religión, la técnica, el arte y el urbanismo eran producto inmediato de la asociación, o socialización del hombre, sino sus más preciadas facultades psíquicas, la inteligencia, la conciencia moral, el razonamiento abstracto y, por último, según las interesantes disertaciones psico-sociológicas de Charles Blondel, la misma voluntad del individuo. "Casi tenemos el derecho de preguntarnos, dice, si realmente en la actividad humana existen acciones meramente individuales", ya que la actividad psico-orgánica no se hace voluntaria sino a condición de sublimarse bajo la acción de representaciones colectivas. La experiencia individual se informa en esa representación colectiva para perdurar, y así transformada se convierte en "imperativos colectivos", que se expresan en conceptos científicos, estéticos, económicos, morales y sociales, con los títulos de religión, deber, humanidad, interés público, verdad, arte etc., acompañados de un estimulante afectivo de amor o de temor.

Esta orientación ha llevado a algunos investigadores hasta afirmar que las lenguas, y en Rusia se ha sostenido esta tesis, no son organismos de propio desenvolvimiento conforme a una índole, sino funciones de expresión afectiva que pasan por unívocas transformaciones, según el grado de socialización del grupo a que sirven de instrumento; y en apoyo de esta visión se nos ofrece el hecho innegable de que los hombres de apartados continentes, sin comunicación posible, inventan unos mismos artefactos, unas mismas instituciones, dioses iguales y aun modas y costumbres idénticas en su fondo y trayectoria de causación recóndita.

No sería discordante tratar de atenuar un poco la tendencia a adscribir a la socialización una aptitud genética tan imperiosa y absoluta: Siendo el hombre genéricamente igual en todas partes, su idiosincrasia le conduce a comportarse en unos mismos lineamientos

generales, con las leves alteraciones que el ambiente imprime a su actuación. Tengo para mí que la sociedad estimula, "declanche" las actividades del hombre, pero no entiendo que ella las cree "ex nihilo", porque no tiene más cuerpo de sostén de tales invenciones que el organismo humano, ni ellas surgen de otra fuente que de las necesidades constitucionales y funcionales del individuo, de su hambre, de su amor, de su temor, de su instinto de afirmación y manifestación del yo, acuciado por las emociones temporales y la permanente e ineludible tendencia de todo sér a expresar su entidad.

La sociedad es el terreno, el campo de irradiación dinámica del individuo, mas éste constituye la semilla de sus actividades y el sujeto de las contra-reacciones. La sociedad no tiene cuerpo operante, ni facultades suspendidas en el éter. Los llamados "imperativos colectivos", informados en conceptos, emanan de una mente individual, sin duda bajo el acicate afectivo de las sociedades, pero originados de una aptitud individual. El genio no es un producto del número ni del grado de socialización, pues se le halla activísimo en la misma aurora de las culturas, cuando aún las naciones no han adquirido su pleno desarrollo demográfico. De otra manera, China, con cuatrocientos millones de habitantes, de antaño organizada familiarmente, nos daría más ideas y más genios que la Grecia de Homero a Pericles o la Palestina que va de Moisés a Jesús. ¿Fenómeno de cohesión y no de poblamiento, se diría acaso? Pues nadie pudiera negar que la cohesión es hoy día centenares de veces mayor que durante el período fecundo del Renacimiento, o de los siglos de oro de España, Francia e Inglaterra, y sin embargo la actividad gestadora de cultura intelectual no guarda esas proporciones, ni otras más discretas aún.

Por otra parte, si la voluntad emanara de imperativos colectivos con residencia ocasional en las personas individuales meramente, la conducta de los hombres sería un poco más noble, más socializada, y los delincuentes, que "recibirían" su voluntad de fuera, menos abundantes tal vez. Las luchas cotidianas entre el egoísmo individual y la cooperación, se irían debilitando a medida que los grupos se socializaran más íntimamente, y no veo tal clímax de pureza en la historia comparada del crimen, antes mayor incremento de la delincuencia en las urbes populosas que en el campo de población diseminada y rústica, casi autárquica e independiente.

Muy bien están las leyes de la imitación y del contagio social, de la "inter-psicología", sugestión, persuasión afectiva, demostra-

ción racional, revelación súbita de una concordancia.... sino que nada de esto sucede sin una sensibilidad propicio que lo haga operante, y esa sensibilidad reside en los individuos, y a ellos la impone el ambiente material en que moran, por donde vemos que entre Naturaleza y Sociedad está el transmisor y transmutador individuo.

El yo individual toma de la tradición hecha cuerpo de cultura sus disciplinas, y a ella vierte su aportación personal. La cultura es, pues, un acervo común de la experiencia del espíritu. Pero esa cultura pudiera concebirse como una morfología cuyo sujeto fuese la masa, no como masa indivisa sino como individuos sumados en un total, mayor sin duda que los sumandos, por tener un aditamento afectivo. No tiene objetividad fuera de ellos: Como la morfología de una especie animal, se recibe y se modifica en los individuos, resume la manera de ser y de obrar, de ejercer funciones, es el esquema ideal de la especie, pero sin individuos no se concibe ni se da en la Naturaleza: no es sujeto.

El paralogismo consiste en eso, en tomar como sujeto una masa y no el conjunto de los componentes de esa masa: Las ideas están en ciertos hombres, no en una pseudo entidad "ambiente". Otra cosa es que a esos hombres los mueva en determinado sentido un impulso recóndito de su naturaleza, que se objetiva en la Historia.

Esto es harto evidente para las costumbres, las ideas y el lenguaje: Si miramos a la cultura informada en libros o en monumentos, puede también decirse que ningún valor tendría sin individuos especializados que sepan valorarlos para la masa común, precisamente, y no, viceversa, recibir de dicha masa la interpretación que les corresponde.

Los reformadores, los revolucionarios, encuentran una enorme oposición en las sociedades, lo que no se explicaría satisfactoriamente si su voluntad tuviese origen colectivo. Todas cosas bien vistas, son ellos los que actúan sobre ese medio ambiente, aunque no se aparta de mi juicio la consideración de que para surgir ellos es necesario que se determine en las sociedades alguna mutación afectiva o aperitiva, una de esas vagas inquietudes que preceden a su advenimiento.

Mas esta inquietud, trasunto de una mutación de la sensibilidad social, estado afectivo precursor, no puede parangonarse con un "imperativo colectivo", con ese algo tan semejante al "imperativo categórico" kantiano, aunque sea relativista y transeunte.

Tampoco estaría bien pasar inadvertidos los antecedentes animales de estas operaciones: Los insectos gregarios derivan de es-

tirpes que no lo fueron, y su industria se estancó cuando la experiencia individual, por la especialización de los elementos generadores en individuos enclaustrados, se hizo imposible: Ahí lo social no progresa, retiene apenas los hábitos adquiridos atávicamente.

En ellos el "imperativo colectivo" emana de condiciones químicas transitorias, de que podemos deducir que su comportamiento está más regido por la naturaleza física que por un gobierno social.

Leves glosas son éstas que no disminuyen la brillante labor de pensadores tan eximios. Cada uno de ellos, sin que me seduzca la posición eciética de Cousin, aporta su grano de certidumbre a la ingente obra del esclarecimiento de la psique humana. Al aducir algunas objeciones a sus notables argumentos, yo mismo me hallo en grave inquietud, por cuanto, según lo expondré en capítulo subsiguiente, la acción del número, el número como una acción de presencia, el número, no considerado como metro exterior, sino como una posición íntima, crea funciones. No podría rechazar la tesis de que lo social no es suma, ni resultante media, de las aportaciones individuales, como no podría aceptar que la molécula, la célula viviente, el órgano o el individuo animal sean sólo la síntesis de la energía potencial de sus elementos. Algo se añade. Y así resulta muy cuerda la afirmación de los psico-sociólogos de que lo social desborda la suma de las aportaciones individuales. Mas esto ya es especulación que corresponde a un campo abstruso de filosofía cuya elucidación no es de este sitio.

En todo caso, pudiéramos conceptuar que la psique tiene su base en la biología y en la sociedad su pleno desarrollo. La sociedad es el campo afectivo donde cumplen su misión arcana las tendencias psíquicas que el individuo trae consigo. De ahí que me seduzca la acertada expresión de Delacroix de que "El hecho psico-ológico tiene una dimensión social". De ahí, también, que mire respetuosamente la sutil interpretación que Pierre Janet formula de la inteligencia, como "Una función de la realidad", capacidad de adaptarse, de amoldarse o de "s'encadrer" socialmente. Y por aquello del número, raíz recóndita de nuevas funciones, admire algunas distinciones metafísicas de Bergson sobre causalidad interna y externa, sobre tiempo y duración, sobre inteligencia, impulso biogénico o "élan vital", aunque tangencialmente apenas.

Este ímpetu ascendente de la vida lo hubo Bergson de las selectoras descripciones del instinto animal con que a tantos nos deleitó Fabre. Era una falsa ruta, que el gran filósofo recorrió triun-

falmente hasta donde ya su inteligencia sutil —¡la misma que despreciara tantas veces!— se dio de bruces contra el callejón cegado, de donde Jacques Maritain le recogió en el manto estagirita de Santo Tomás de Aquino.

Prosiguiendo en la investigación genética de nuestras facultades, tropezamos con la obra erudita de Edward Westermarck, quien deduce de un terrible fárrago de documentos etnológicos que lo "moral" arraiga en los sentimientos y emociones de los primitivos que inicialmente eran agradables o desagradables, por donde vinieron formando sus costumbres, origen positivo de toda ley, y que aun entre los civilizados se muestran superiores a la ley en algunas ocasiones: "Nomos", dice, significa ley y costumbre a un mismo tiempo, y Justiniano afirma, como expresamos antes, que las "mores majorum" asumen la naturaleza de la ley. Esta impondría a la costumbre el carácter obligatorio que es de su índole, y poco más luégo.

Así tenemos una alegación favorable a las tesis de Bentham, que tanto molestaron el alma candorosa de nuestros queridos abuelos de la Emancipación Americana y decenios posteriores, y al samosata Epicuro, tan rudamente vilipendiado por esos otros abuelos de la Patrística, en ambos casos con ineludible injusticia, por razones de combatividad y apremiante defensa. Reposados los espíritus, hoy entendemos la porción de bondad y de elevación espiritual que había en ambas escuelas, la "ataraxia" y el hedonismo intelectual de los epicúreos, el "mayor bienestar posible para el mayor número posible" de los benthamistas, apotegma que pretenden realizar las naciones contemporáneas con beneplácito de tirios y troyanos, de cristianos y de herejes. Y no que a mí me cautiven particularmente estos expositores, pues más me deleitan los moralistas estoicos de la antigüedad, por una parte, Epitecto, digamos, y los moralistas ingleses del XVIII, por la otra: un Shaftesbury, un Hutcheson, v. gr., pero no se puede desconocer aún el mérito legítimo de sus obras. . . .

Y llegamos por fin a uno de los psicólogos que más controversias ha suscitado en los últimos tiempos: Segismundo Freud. Médico vienés de origen israelita, discípulo en alguna manera de Charcot, concibió una explicación de las perturbaciones psíquicas, haciéndolas derivar de conflictos sexuales, es decir, de tendencias libidinosas reprimidas, que al ocultarse en el subconsciente regresan disfrazadas o sublimadas a los sueños y a la mente, perturbándola hasta la locura. Para él las psiconeurosis, aun la esquizofrenia, aun

la paranoia, no son más que actitudes vicarias de impulsos normales del niño desviados por la imperativa represión del medio ambiente moral. Con el correr de los días fue ampliando el radio de aplicación de su hipótesis, hasta escribir un estudio muy interesante acerca del origen del totem y del tabú, por donde se introdujo a los problemas de sociología.

Es muy notable que las razas cultas se hayan dividido un tanto en la apreciación de los conceptos freudianos: Entre sajones tuvo muy en breve caluroso acogimiento, mas los latinos se muestran refractarios a su cruda exégesis de la vida. Tal parece como si los pueblos del linaje germano anglo sajón, más esquivos al comentario de lo sexual, más inclinados al escondite de las pasiones, hubieran hallado en Freud un buen fotógrafo de sus inquietudes, mientras que los mediterráneos y sus descendientes de Ibero América, de un mayor vivir al aire libre y de un comportamiento más descarrado en acciones y lenguaje, se fastidiarían de la supuesta hipocresía de su yo íntimo.

Para Freud el deseo infantil de unirse a la madre, y el consecuente de destruir al padre, contradichos por los sentimientos de respeto, recato y admiración, engendrarían los "complejos de Edipo", por una parte, con sus terribles derivados paranoicos, y en el comienzo de las edades las instituciones del "animal totem", con los "tabúes" correlativos, mediante una substitución del padre-déspota por un símbolo de generación del clan, de donde el por qué éste sería incongruentemente destruido a veces y venerado siempre, tenido por de la misma estirpe, con ser tan diferente de suyo, y considerado como divinidad protectora.

De ahí vendría una exogamia, liberadora del incesto, por la comunidad del linaje totémico, y la serie de restricciones o tabúes que creando estados íntimos de angustia serían a su vez el origen de la conciencia moral: Deseo-prohibición, respeto y odio, "ambivalencia" afectiva, conflictos, angustias, enfermedades, fuente de concepciones míticas, de magia, de religión, de moral, de arte y aun de técnica.

Toda la Sociología derivada del sexo. La magia sería como un narcisismo; la religión objetivaría las relaciones libidinosas con el padre y la madre, la técnica aparecería como un equilibrio redentor.

Esta libidine sería, pues, un Maquiavelo genia. Y lo peor es que el ilustre psicólogo aporta pruebas muy impresionantes, sobre todo de la Mitología clásica y de la Liturgia de algunas religiones. La lucha entre Cronos y Zeus, de Zeus y los Titanes, el sacrificio

cruento de varios redentores y la comunión espiritual con su cuerpo y sangre después.

Yo no sé... Que todos pasamos por estas jornadas de la libidine, que padecemos de una polarización sexual incestuosa, primero, de un narcisismo a continuación, de una "ambivalencia" erótica más tarde, y que de ahí nos vienen delirios vesánicos, masochismo, sadismo, homosexualismo y cuantas dolencias y lacerías del ser humano, no resiste una severa comprobación.

Nadie negaría, ni nadie pretende eludir estos hechos, que el amor es impulso superior a la vida, que se disimula y esconde en mil maneras sutiles, que nos gobierna y conturba desde el nacimiento hasta la muerte. Ya los poetas y mitólogos de todas las edades lo entendieron así, y el hecho ha impresionado hondamente a psicólogos tan sutiles como Achille Delmas y a toda una falange de pensadores eximios: Freud nos reveló su enérgica actividad subconsciente e ingeniosas travesuras con la desnudez escalofriante de un "obsesionado" por ellas, pues son causalmente los nerviosos y atormentados de esta índole los que adhieren con más ahinco a las investigaciones psicoanalíticas.

Mas ello es que la polaridad heterosexual se revela muy pronto en los niños de gran temperamento erótico, cual ocurre en los litorales e isleños del Caribe. Ello es que yo sé, y lo sabrán muchos otros, de niños homosexuales desde la temprana edad de tres años, con crisis de libidine bien polarizada. No entiendo que se pueda prescindir de las determinaciones endócrinas, comprobadas copiosamente en el mundo de la fisiología y de la psicología, aun de la cirugía ocasional a que dan a veces motivo.

La esquizofrenia y la paranoia se anuncian demasiado pronto en las rarezas y caprichos del infante para que no le adscribamos un fundamento constitucional. La herencia aporta un testimonio de coartada indeclinable en favor de algo que viene de condiciones prenatales, cuando aún ni el útero, ni el pecho, ni los genitales han surtido su efecto libidinoso.

Algunas ocurrencias de autoerotismo y homosexualidad de los animales, no caben en la operación de los conflictos del subconsciente, ni la muy abundante casuística de nerviosidad, de miedos inmotivados, de angustia ante bagatelas, de franca locura y otras rarezas que ellos sufren, pueden considerarse como sentimientos reprimidos, como expresión vicaria de una lucha entre el respeto, el afecto y la admiración contra el odio y el deseo.

Y sin embargo: Es mucho lo que debemos a la astronómica fantasía de Freud: Esa su raza fue siempre de chispazos repentinos. Verdad es que se embriaga hasta el "mesianismo" en sus primeras intuiciones. Con el mismo método freudiano pudiéramos explicar la gravitación planetaria alrededor del sol como un "complejo de Edipo", inclusive en el girar elipsoide y en sus eclipses periódicas. La comprobación terapéutica nada nos ilustra, porque todo angustiado se alivia con cualquier explicación que tranquilice su mente: Ya los taumaturgos lo saben desde el paleolítico remoto.

Antes de recurrir a explicaciones tan laberínticas y sutiles, es prudente ensayar la cordial sencillez del sentido común, de esa síntesis tan socorrida de los clásicos. Quien haya asistido a la lenta elaboración de los delirios paranoicos, de las alucinaciones visuales y auditivas de los esquizofrénicos y de los epilépticos, v. gr., puede comprobar para muchos casos la concatenación psico-genética del proceso: Hay una perturbación creciente que poco a poco domina las trincheras del control, de las interpretaciones normales y, arrojándolas, se enseñoorea de la mente. Es una anormalidad del sensorio, de la cenestesia, del funcionamiento íntimo, que nuestra conciencia trata de explicarse cuerdamente, y que al no lograrlo va desviándose hacia interpretaciones exóticas. Un estado de irritación encefálica puede producir visiones y audiciones que se objetivan por el mismo cauce de exteriorización que ocurre en los sueños, y ser penosas y aun ofensivas, como manifestación de la perturbada sensibilidad interna. Por ley de reflejos condicionados, a una alteración de cierta índole corresponden imágenes que experimental o tradicional o atávicamente se asocian con ella. Estados congestivos de la cabeza inducen a visiones de incendio, perturbaciones vesicales e intestinales se ligan a imágenes de agua, fenómenos de asfixia respiratoria y cardíaca se enlazan con precipicios, la angustia y la opresión evocan ataques de hombres, de serpientes o de monstruos etc., en las fabulaciones oníricas. A veces se asiste a una discordancia ideo-afectiva, a saber, percibimos una cosa, sentimos una emoción que no le corresponde ordinariamente y corregimos en el mismo ensueño, diferenciando la interpretación. La imagen puede emanar de la experiencia de la próxima vigilia, la emoción de un estado inmediato de nuestro organismo en el sueño, no hay consecuencia entre ellas sino contigüidad, y así se produce una ambivalencia psíquica, una imagen indiferente con un acompañamiento afectivo impresionante, derivado de otra causa.

¿Producen las imágenes nuestra angustia o complacencia en los sueños? En ocasiones puede ser así. En la mayor parte de las veces la imagen es causada por el estado íntimo en que nos hallamos, según procesos de asociación de los reflejos condicionados. Existen, pues, imágenes de sueño por contigüidad, o sea productos de la experiencia inmediata de nuestra vigilia; por analogía, que interpretan con ellas el estado afectivo en que nos hallamos, o las sensaciones del mundo externo percibidas confusamente; por causalidad directa, cuando reproducen lo que las motivó despiertos, como es el caso de los que siguen soñando con una batalla, con un accidente penoso o placentero; e imágenes simbólicas, en que la psique mete sus sentimientos a hurtadillas, mediante esas travesuras de su comportamiento que nos ha revelado Freud. Mas no son las imágenes, de suyo, las que crean nuestros sueños ni las fobias las que crean nuestra angustia, sino que el estado funcional en que nos hallamos es el causante. Están en nosotros, y cuando un incidente o un accidente se fija y nos conturba, es porque encuentra una constitución propicia a su arraigo, a una convivencia parasitaria en el espíritu, a una simbiosis patológica. Eliminar esas experiencias de la inquietud sin aliviar el substrato que las produce, es pretender enjugar el cauce conservando la fuente proveedora. La prueba es que un mismo acontecimiento puede determinar variadas y aun contradictorias reacciones en diferentes individuos. Luego estos "traumas" y choques que estudia la psicoanálisis, esta causalidad de ensueños y delirios, esta raíz de "tics" y rarezas de conducta, tienen una importancia secundaria, aunque sean de suyo grandes y se finjan en ocasiones solitarios y omnipotentes.

Releo con gusto las observaciones sencillas de Havelock-Ellis, después de atiborrarme de la sibilina inquisición freudiana del amor y de los sueños. Sigo con profundo interés los análisis de Pierre Janet, tan sagaces y serenos. La misma labor de los discípulos heresiarcas de Freud, un Adler, un Jung, me ilustran y regocijan, confirmándome en el concepto de lo arriesgado que es encasillarse en una metodología anamnésica exclusiva: ¡Cómo debemos tener presente la falsa ruta de Charcot! Al estudiar los trabajos de un Krestschmer sobre constituciones, al observar el regreso de la Medicina al punto hipocrático de origen, a una concepción más sintética que no esta disgregación infinitesimal en que nos tienen ni las múltiples filigranas de quimismos y psiquismos en que se nos disuelve y elimina el discreto adarme de inteligencia que Dios

nos dispensó tan reticentemente (seguro tal vez de que habríamos de gastar lo más que nos diera en corregirle todos los embelecos que creó en sus largas horas de holgura); al leer los discursos sensatos y excusablemente bulliciosos de un Carrel etc., se adivina un deseo universal de simplificación técnica.

Cuando uno medita en la formación de los emblemas nacionales, en los símbolos heráldicos de las dinastías, o aun en el nacimiento de los apodos y apellidos, cosas que acaecen a ojos vistas en cualquier parte y cualquier momento, y se percata de cómo van adquiriendo significación especial, atribuciones ideales y su brizna de "mana", cual fue lo ocurrido con las Aguilas Napoleónicas, los Lisés de los Capetos, las Rosas de Inglaterra, las Fasces de Mussolini. . . . y qué se yo más, conoce que totemes y tabúes pueden surgir de ocurrencias muy distintas del acaparamiento sexual del viejo patriarca de la horda y del deseo rechazado o "refoulé" de sus hijos de eliminarle total o parcialmente. La génesis de un totem religioso la tenemos a luz meridiana de la Historia en el caso del pez simbólico de los primeros cristianos, coincidencia de un nombre griego con unas iniciales de Cristo, y tan arraigado después que la Iglesia le negó el valor de carne a su comida, y la ordenó ritualmente por Semana Santa, como una comunión pascual que suple al cordero litúrgico de la Antigua Ley.

Y si pensamos en las tremendas cavilaciones de Freud sobre la "libido" incestuosa y sus azarosos frutos, no podemos rehuir el argumento contradictorio de cuán apartada se muestra la sensibilidad moral y amorosa de estas inclinaciones: Los seres que se crían juntos tienen un no sé qué de insípidos, de no sápidos, sexualmente, cual si fueran, y es que en realidad vienen a serlo así, propia carne, sin encanto ni misterio. Para quien haya mirado al Mundo con ojos de curiosidad menos prevenida, el "sex-appeal", o afrodisia, dentro del cuadro de un arquetipo estético, peculiar de cada raza, es tanto más poderoso y embriagante cuanto mayor sea la "extranjería" y novedad del sujeto amable. El hecho de que la comunidad conyugal extingue poco a poco este "mana" erotógeno, ya lo comprueba, sino es para los pusilánimes que requieren un tratamiento de protección y de confianza, una adjetivación infantil, que los libere de la impotencia psíquica.

Por todas estas razones me adhiero a las teorías de la Escuela de Paulow, mucho más fecundas para la investigación social. Empero, inmensa gratitud debemos a Freud por haber acuñado tantas voces ardidasas, haber despertado una literatura "psicalíptica" de

estupenda amenidad, logrado, en fin, relevar, y a veces descubrir, procesos psíquicos de primera magnitud en la vida de las sociedades y de los individuos: El primer plano que ocupan las preocupaciones sexuales en el niño y el adulto; el escondite que sufren por mandamientos morales del ambiente o propia timidez del sujeto; su transformación vicaria, para satisfacerse sin recato ni reato de conciencia; las sublimaciones que lo truecan en fuente de arte, de misticismo y aun de ascetismo; las perturbaciones que suscita al expresarse en desviación psico-ideativa, psico-volitiva o psico-motora; el colorido, en fin que da a la existencia y cuanto en ella contemplamos, exaltando la imaginación, sirviendo de aglutinante eficazísimo a la memoria, de valoración y sapidez a los seres, los actos y la vida.

COMENTARIO. Dudo seriamente de que el lector haya podido llegar a esta hoja, a través de tan prolija y enmarañada exposición de hechos y dichos acerca de la evolución de las Sociedades. Humildemente me confieso a él de haber iniciado este esquema histórico como un resumen de unas diez páginas en que anotase muy a la ligera la síntesis de algunas teorías; mas ello fue que muy presto advertí ser punto menos que locura la presunción de que sin antecedentes ideológicos pudiera nadie derivar de tal resumen alguna utilidad o entendimiento, y aquí estoy a la postre, dudoso todavía de que haya acertado a compendiar la materia en las muchas que acabo de escribir afanosamente, aun descontando islotes muy preciados, como son las sociologías parciales, de aplicación reciente.

En fin: A lo menos habrá advertido ese mi lector benévolo que no es posible entender toda la Sociología por ningún rumbo colateral, sino que cada uno de ellos aporta esclarecimientos indeclinables y precisos. Bien es verdad que la recóndita intrincación de las ideas nos conduce desde cualquier punto de partida a recorrer los múltiples senderos por donde se encauzan las actividades de la sociedad, y no pocas veces me he visto yo en el trance de repetir nombres y conceptos al pasar de una a otra agrupación dialéctica.

El contenido de verosimilitud, o de certidumbre si se quiere, de cada una de estas orientaciones escolares es a menudo caudaloso, nunca despreciable e inútil. Con cualquiera de ellos podríamos interpretar medianamente la historia de nuestras nacionalidades, de Argentina o de Colombia, por ejemplo:

Si tomamos al gran Vico, con muy breve elasticidad pudiéramos decir que en la Colonia imperó una "Teocracia"; que los héroes de la Emancipación formaron una "Aristocracia" criolla; y que luego surgió la "Democracia" en que hoy vivimos.

Si a Hegel prestamos su esquema, tendríamos en la Emancipación la "Tesis", en el caudillismo la "Antítesis", en la democracia subsiguiente la "Síntesis".

Si nos acogemos a Comte, resultaría que la Colonia fue el período "Religioso"; el siglo XIX, el "Filosófico", y la hora actual el "Racionalista".

Con Carlos Marx pudiéramos concebir para nuestra historia una época "Pastoril", en que imperaron los caudillos; una "Agrícola" en que dominó la democracia, y esta "Industrial" en que el socialismo aparece en todas partes del Continente.

Tarde vería complacido el contagio que obró tantas proezas en nosotros por medio de la Revolución Francesa y de la Yanqui.

La "Tierra y los Muertos mandan", confirmaría Maurice Barrés al contemplar las dificultades que hemos padecido con amor en el ecumene ibero-americano y la adhesión a las viejas tradiciones españolas. . . .

Y no hay para qué seguir: Simple anotación fugitiva en torno de la generosidad y hospitalidad mental que debemos ofrecer a los grandes pensadores que se apergaminaron los sesos por darnos un hilito de luz con que entendernos mejor los humanos y vivir más armoniosamente. Si nuevas posiciones adquiridas por la humanidad, y divergencias de índole que van surgiendo en las sociedades de América, nos imponen la norma ineludible de interpretar nuestro destino con un criterio adecuado al ambiente en que nos estamos formando, y a una cultura en embrión que habrá de definirse en él para este siglo, bendigamos con indeficiente gratitud a esos hombres y esas sus propias culturas que nos legaron tan sabrosos jugos de sabiduría y de elación espiritual.

Después que Europa nos ha regalado con un desprecio inconsulto y secular de nuestros hombres y sus obras, emprende hoy una rectificación, acuciada por el quebranto, punto menos que irremisible, de su cultura milenaria y sutil. "Cada vez que mi pensamiento se ennegrece, y que dejo de esperar en Europa, dice Paul Valéry, solamente recobro alguna esperanza al pensar en el Nuevo Continente". ¿De qué manera noble y fecunda responderemos nosotros a esta halagadora revisión del juicio europeo acerca del llamado "Nue-

vo Mundo"? Desde luego, es indispensable destruir la montaña de fraseología insostenible que perturba el criterio de nuestros conductores americanos en la apreciación histórica y científica de América, para así alquitarar las que son sus virtudes y potencias medulares que le permiten emprender el vuelo alciónico de una cultura propia y de una civilización de sosegado equilibrio.

Y, ahora sí. . . . entremos a estudiar brevemente lo que hemos sido y vamos siendo en nuestra América, nosotros los Iberoamericanos.

SEGUNDO DISCURSO—LA VIDA EN EL CONTINENTE AMERICANO

1º—a) DIVAGACION ROMANTICA. En ruta hacia un Oriente misterioso, de oro cuajado, de especias y de sueños, Cristóbal Colón y sus hombres fueron detenidos por tierras ignotas que emergían de la Mar Tenebrosa de los Atlantes en una mañana de octubre de 1492.

Nadie supo entonces, ni yo lo sé ahora, si éste que Pedro Martyr de Angleria llamó luego Nuevo Mundo, y Gerardo Kaufmann, apodado el Mercátor, bautizó en 1541 con el nombre de América que el germano-lorenés Martín Waldeseemüller diera a las costas del Brasil desde 1507, nadie pudo saber entonces, repito, si este nuevo plano de los continentes era una objetivación de la expectativa febril y del delirio de los marineros de Colón en trance de cósmica pavora, o si la Naturaleza lo engendró en aquel instante para someterse a las normas mentales de la geometría planetaria, que ya reclamaban la redondez de la tierra.

Acostado entre los dos magnos océanos del mundo el susodicho continente extendióse alguna vez de uno al otro polo de la esfera, con amplias desgarraduras de su inmenso zócalo hacia el septentrión, hacia el centro tropical y al mediodía, en su enlace con la Antártica. Nosotros le conocemos bajo las especies ideológicas y la sensibilidad del nauta europeo de aquella hora augusta de exploraciones geográficas y mentales, de aquel hombre rubio que indagaba ya su esencia —y la de los dioses y la vida— con un acento angustiado de derrota, con una conmoción moral y desatinados ímpetus en que vertía y convertía su inquietud por saber y su inquietud de ignorar las bases del ente y la trayectoria del destino.

Mas no sé yo que alguien se haya preguntado cuál pudo ser el concepto de nuestros aborígenes acerca de este mundo americano. Un hombre superior de aquellas culturas incipientes, un Idakansas, pongamos por ejemplo, en nuestro territorio de los Muyskas, imaginativo e ingenioso, ilustrado a su manera racial en achaques de astrología y de magia, de las tradiciones de su pueblo y de relatos de otras regiones y naciones de este Nuevo Mundo, gran sacerdote de Sugamuxi y psihpkua de Iraka a la vez, sucesor del Bochica por arte de embaucamiento y política destreza —¿cómo entendería, si acaso la entendió, esta América del futuro?

b) LA VISION DE IDAKANSAS. Tal vez sentado sobre una cumbre contemplara en ocasiones la fuga vespertina del sol tras los cerros lejanos de Hunsá y de Tundama. ¿A dónde irá florecido de esta luz cobriza y de colores Súa el magnífico? Desde las altas cimas le vió, igual que en Sugamuxi, curvarse lentamente hacia un piélago de lagos encendidos de oro entre orlas de bosque y de praderas carmesíes, tras los montes enhiestos de la segunda cordillera de los Andes. Al apagarse el postrer chispazo de su trémulo disco de luz líquida, todo el ambiente iluminado del véspero palidece y se enfría: de rojo y gualda que fue antes, tórnase violeta o gris, amortiguado y taciturno. La atmósfera de la tarde en redor extingue la leve tibieza que doraba las colinas, y se aleja en rachas de fuga hacia la hondonada penumbrosa ya, huyendo de la noche. Súa está vivo: Su rostro refulgente parpadea y despide un hálito de fuego suave que anima y embellece el mundo. Súa está vivo. ¿Dónde duerme al ocultarse? ¿Cerrará los párpados mientras Chía sale a divagar por los predios silenciosos de la noche? Chía es buena, mejor que Súa, porque protege a los Muyskas cuando es oscuro y enemigo el campo. De día no hace falta la luz de Súa: ¿Para qué, si el mundo es claro entonces? Huithaka, esposa del Bochika, fue malévola antes; ahora, transmutada en Chía, es bondadosa con el Muyska y de suyo noble. Súa y Chía son como de fuego. ¿Serán el ánima, Fihiska, de Bochika, el bondadoso y de Huithaka enantes cruel? ¡Cuán lejos viven! ¿Estará con ellos el gran Chiminigagua? Nadie sabe cómo es él. Nadie le vió ni le oyó, ni entendió sus designios. «Hijo del Principio», le llamamos. Principio debe ser como una sombra que se aclara, como una nube que se enciende en luces. ¿Dónde asentará su sede, tomará su alimento y vestirá sus ropas?

El hizo el Mundo como una casa, le dio cimientos, lo cubrió de cordilleras y de ríos y de bosques, y en él puso animales y a nosotros los Muyskas. Del seno oscuro de Chiminigagua nacieron el orden y la vida, y nació también la luz: Unas aves negras que de él brotaron la expanden por el cielo. Son a la manera de los Guácharos que habitan la misteriosa hoyada del Viento en la tierra de los Agataes y la quebrada sin fin de Icononzo, en el reino de los crueles Sutagaos del Sur. Son las mismas aves negras que surgen de las sombras para anunciar el día en toda la comarca de los Muyskas. Pero, vinieron demonios, los demonios del aire que aullan en el huracán, los Mohanes de la selva, que raptan a los hombres y los torturan largamente; y Fu, el dios-zorro, y otros que habitan en la fiereza del jaguar, en el cuerpo verrugoso de los caimanes y en las

contorsiones trituradoras del güño potente que se alimenta de cervatillos. El aire, los bosques, los ríos, el cielo alto y las cavernas profundas de la tierra llenos están de espíritus malignos que nos persiguen en asecho silencioso como sierpes, o ululando, embravecidos, en tormenta huracanada por la noche oscura. A veces embriagan de fulgor a los Panches, Muzos y Yarigüies, para que en huestes enloquecidas por la sed de la sangre nos hieran y devoren. En rachas de destrucción van cruzando el mundo, sin que el Gran Chiminigagua pueda contenerlos, porque son numerosos como las hojas de la selva, alevos y tenaces como el puma.

Y hemos de morir. ¿A dónde iremos? Tal vez al palacio encendido de luz y rumoroso de fiestas que habita la Princesa de Susa en el fondo arcano de la Laguna de Iguaque. O en los antros de la tierra nuestras sombras vivirán regocijada existencia, gozando del licor embriagante que da gratos sueños y de manjares frescos y copiosos, sin frío, sin trabajo de fatiga ni lucha de armas hirientes, para los que cumplieron buenas acciones, mientras que los malos en vida, agobiados se verán allí de dolor, de oscuridad, de miseria y de grandes cosas terribles que yo no entiendo. Y los desventurados insepultos seguirán vagando, vengativos y malévolos, en torno de los seres y las cosas que amaron.

¿Volverán a vida sensible, y no de sombras, nuestros cuerpos? Al morir bajaremos a las entrañas de la tierra por un camino abrupto. Y en piragua de frágil contextura, hecha de hilos de araña sutiles —signo de cosa incierta y deleznable, y signo también de la levedad del cargamento— cruzaremos más adelante el gran río soterrado que divide el hogar de los Muyskas del reino penumbroso de la Muerte. Regresaremos a la vida sin duda. Mas nadie regresó aún. Yo no descifro este regresar sin regreso, que ocurrirá un día que no amanece nunca.

Debe de haber regiones más allá de estas regiones. El Río Salado de Suamox va rodando rodando hacia muy lejos, y cae aquí y cae otra vez allá, hasta meterse en la planicie inmensa y juntarse al Río Grande, y seguir días y noches, andando por la selva enmarañada de los Kalinas, y de ella salir, andando andando, muy crecido y poderoso, andando hasta perderse en la gran laguna sin riberas que existe en el confín del mundo.

El reino de los Muyskas termina a pocas jornadas de donde estoy pensando. Más allá de las tierras del Nemekene otros pueblos habitan llanadas y cordilleras; más lejos aún, callados bosques de fatigante inmensidad beben el agua de ríos sin nombre, que en su

anchura desvanecen la opuesta orilla a los ojos anhelantes del viajero. Y aún más allá, sobre empinados montes, viven otras gentes, los hijos poderosos del Inca. Y más lejos todavía, yo no sé, otros habrá y otros, hasta donde Chibchacúm sostiene el Mundo sobre sus curvados hombros de gigante. Y es lo mismo hacia la otra dirección: El Mayab y el Anahuac remotísimos rinden homenaje a psihpkuas muy sabios que entienden de hechicerías y disponen de riquezas innumerables. Subiendo subiendo por el Mundo... nuestra gente descendió de un remoto más allá: ¿Nacería también en los lagos de estas cumbres? La Madre Bachúe nos fue engendrando. Pero, antes estuvimos en la estirpe de los monos cenicientos y en la estirpe de los monos rojizos, y Goranchacha de Hunsá hijo del sol, estuvo en la estirpe de la esmeralda, y la Madre Bachúe en la estirpe de la serpiente. Y nacimos aquí y vinimos de tierras remotas. Chiminigagua creó a Súa y a Chia y a la Madre y a los Muyskas todos. Y Súa viene de los Llanos, muy lejos, y se levanta embriagado y rojo de sueño en las praderas de oriente que no terminan, y se acuesta detrás de unos montes que están detrás de otros montes y de otros montes, quién sabe en qué recóndito país que los ojos no ven...

2º—LA AMERICA DE LOS GEOGRAFOS. Contemplada América por la mente de los civilizados ofrece el aspecto de dos inmensos triángulos que se unen en el centro, Mar de las Antillas, por una corona de tierras: El Istmo que se curva a suroeste, de México al Golfo de Urabá, y el cerco de las Islas Antillanas, que del Yucatán y la Florida, inclinándose vigorosamente al mediodía y al levante, termina en la delta del Orinoco y Península de Paria. Es una extensión territorial de cuarenta millones de kilómetros cuadrados, de los cuales corresponden diez y ocho a Sur América.

La masa enorme de estos continentes se prolonga de polo a polo por zócalos sumergidos, como aún es perceptible en la región austral de las Malvinas, y como fue un hecho geológico en remotas edades. Parece que la disposición de esta mole de tierras fue varia en los diferentes períodos de su historia: Quizás hubo un continente paleártico; uno atlántico superior, que la enlazara con Asia y Europa; otro atlántico medio, posible representante de la Antilia de tan discutidas tradiciones clásicas, separado por la Mar de Tetys, por donde luégo emergieron la América Central y la parte norte de Venezuela y de Colombia, del famoso cinturón continental de Gondwana, que unía la América del Sur con regiones australes de África,

con la India, Madagascar, Australia e islas intermedias; al extremo inferior pudo existir un amplio continente paleantártico, cuando la temperatura de esa zona fue templada y propicia a los seres vivos.

La unión directa, costa a costa, de África con la América del Sur, sugerida por los respectivos contornos litorales y la hipótesis de Wegener, no cautiva mi asentimiento: resultaría un continente enorme, sin compensación de masas para el equilibrio de repartición pondera, de tierras y mares, no encajaría bien el extenso veril del litoral atlántico de Sur América, ni explicaría la discordancia de estratificación y plegamientos de las rocas simétricas de uno y otro lado del océano.

De esta inspección retrospectiva pudiera deducirse que la disposición en tetraedro de las masas continentales no tuvo valor en otras eras, antes bien que entonces predominó, digamos durante la primera y la secundaria, un sistema de cinturones paralelos al Ecuador terrestre y no al meridiano.

La estructura actual se definió en el período terciario, época del levantamiento general de las grandes cordilleras que hoy rigen la conformación superficial del planeta. Fue entonces cuando definitivamente se desarrolló esta majestuosa cadena de los Andes, que desde la Tierra del Fuego, haciendo una Y en Colombia y Venezuela, va a morir al remoto septentrión americano, levemente interrumpida en el Darién, en Tehuantepec y Nicaragua.

Este levantamiento de los Andes rompió sin duda el zócalo de un continente pacífico, pues sorprende la carencia de veril adecuado a una tan grande mole de cordilleras en la proximidad de simas oceánicas, como ocurre en las costas de Chile y Perú. El surgimiento de los altos montes allí dio ocasión a cambios importantísimos en el clima de América, a la orientación de las aguas pluviales y aluviales, y tal vez a las condiciones biogenéticas de este llamado Nuevo Mundo.

Ciertas zonas, al oriente de la gigante mole andina, fueron asiento de brazos de mar y aun entre sus fracciones, como en los Valles del Cauca y del Patía, de inmensos lagos salados otras, como la Sabana de Bogotá; de algunas cuencas fluviales, por hundimiento, en fin, como nuestro valle del Magdalena. En términos generales, la desproporción portentosa que existe entre la ladera occidental y zócalo pacífico de los Andes y las planicies dilatadas que se tienden al Oriente suyo, origina la existencia de una red fluvial de remota similitud en ambas porciones principales del conjunto continental americano: Al Norte se constituyó una escuadra,

que tiene por líneas matrices el San Lorenzo, horizontalmente al Ecuador, y el Mississippi en la vertical que desciende al Golfo de México. En la América Meridional formóse una E mayúscula, así: rama superior, ligeramente curvada del Orinoco, enlazada con el Ríonegro por el celeberrimo brazo del Casiquiare, límite lógico entre Colombia y Venezuela, que la falta de imaginación y de un sentimiento romántico por parte nuestra dejó desaparecer como frontera política; la rama horizontal la constituye el Amazonas, la inferior queda trazada por los ríos Paraná y Madera-Mamoré, con una leve solución en la Sierra dos Parexis de Matto Grosso.

Estas hoyas hidrográficas reciben el más grande caudal de aguas que se precipita en la superficie terrestre. Al Océano devuelve el Amazonas algo así como cien mil metros cúbicos por segundo, llegando a ciento cuarenta y cinco mil en la temporada de invierno; el Plata no debe rebajar de unos sesenta mil; el Orinoco y el Mississippi aportan alrededor de veinte mil cada uno, aunque datos de otro origen sólo aforan en catorce mil la del primero y diez y nueve mil la del segundo. Las proporciones de estas masas fluviales las entenderemos bien nosotros recordando que nuestro Magdalena mueve ocho mil quinientos metros cúbicos por segundo en las Bocas de Ceniza.

Los Andes, los vientos Alisios y las corrientes oceánicas que circundan los litorales de América, determinan la biología del Continente. Aquellos montes constituyen la cortina fundamental donde las nubes descargan su vapor de agua liovediza, esta es arrastrada del océano por los citados vientos, conforme a las normas de circulación suya que descubrió Hadley, las corrientes marinas atemperan el frío o el calor continental, según su origen, y aun modifican la potencia de evaporación en algunas partes. De ahí que la América se divida en zonas de muy diversa índole en cuanto a sus condiciones para el sustento de la vida. A medida que se aleja más de las costas del Atlántico superior, el suelo de Estados Unidos, al occidente ya del Mississippi, tórnase en parte erial e infecundo. Donde una barrera de montes aísla de los vientos saturados de humedad la tierra mejicana, se presentan las zonas semi-desérticas, como en el Valle Salado y el Bolsón de Mapimi. Es lo mismo que ocurre en nuestra Península de la Guajira, que sólo recibe un poco de la humedad marina en ciertas épocas, y donde los montículos litorales no lo estorban. El Brasil está igualmente sujeto a temporadas de sequía desoladoras en su región oriental, Ceará, por ejemplo. El Chaco sufre asimismo de la inclemencia de un clima semi-árido.

Y tal parece que la Patagonia cambió de ambiente en el final del terciario y tiempos modernos, para perder las buenas cualidades de ecumene que antes tuvo: Por lo que hace a Perú y Norte de Chile, la corriente de Humboldt, con su frialdad austral y peculiar ebullición de aguas profundas costaneras impide la evaporación suficiente, por donde deja sin riego la inmensa costa que da al Pacífico.

Por estas corrientes oceánicas la América del Norte, en cuanto a clima, consecuencia de la que recibe del Mar de Baffin, adquiere unos veinte grados de diferencia de latitud con Europa, o sean unos ocho grados menos de temperatura, y así se explica que los inviernos de Boston y Nueva York sean más fríos que los de la zona similar del Viejo Mundo. Prácticamente es Norte América un continente desalojado hacia el Polo, por esta razón meteorológica. Al occidente, sobre el Pacífico, dos corrientes marinas, la ascendente fría y la asiática templada, o Kuro Sivo, se compensan un tanto y hacen menos notable la discordancia. En la América del Sur, muy curvada hacia el oriente, aquel fenómeno es tan importante que entre el litoral atlántico, a lo menos desde la Guayana hasta el estuario platense, y la costa del Pacífico, existe una diferencia de temperatura de cuatro a cinco grados mayor para el primero, como ocurre en la isoterma de Bahía-Callao, que en sus extremos marca cinco y medio grados centígrados de desnivel.

Entiendo que estas corrientes marinas son muy otras en su curso de lo que a nuestra generación le enseñaron en la escuela: La orientación de la del Golfo de México, la que viene de Guinea y se divide en el Cabo de San Roque para fraccionarse en ascendente y descendente: el choque de esta última con la fría que sube de Falkland; las dos norte-atlánticas, las dos del Pacífico septentrional y la de Humboldt, en fin, tienen trayectorias que nosotros debemos corregir en nuestros resúmenes de geografía. Así, por ejemplo, esta última no parece emanar de las regiones antárticas, sino del seno suroeste del Pacífico, con un codo de desviación en Chile. Su acción está auxiliada por la profundidad del Océano en estas regiones costeras, porque se produce una como ebullición a la inversa, es decir, de las aguas frías profundas a la más templada superficie. De ello resulta que la evaporación escasea en un cinturón de ciento a ciento ochenta kilómetros de extensión occidental, dejando sin precipitación acuosa a la cordillera chileno-peruana que mira al poniente.

A pesar de tales circunstancias restrictivas de la lluvia, ésta acaece en América con mayor abundancia que en otros continen-

tes, pues se considera que recibe la tercera parte de la precipitación pluvial del mundo. Sólo que la repartición de esa humedad no es siempre adecuada a la vegetación, de que ocurre existir zonas de insoportable invierno, la del Chocó, en Colombia, digamos, donde llueve todos los días en cantidades que hacen montar la cifra del pluviómetro a diez metros anuales. En otras regiones se establecen largos períodos de sequedad y de lluvia, como es el caso de nuestra Orinoquia, produciéndose de tal modo estaciones extremas de inundación y de insolación que perturban grandemente la vida.

Grandes residuos de vida vegetal y animal pleistocénica en zonas hoy día estériles, California, v. gr., sugieren la idea de una incesante disminución de agua allí, como en general en todo el mundo, Asia, Africa y Oceanía, por ejemplo, debido a accidentes orogénicos, a lentas combinaciones químicas y a una probable disipación suya en los altos confines de la atmósfera.

También las cordilleras dan a nuestro Continente modalidades climáticas propias: Gran porción de la América Central corresponden a la Zona Tórrida, pero atemperada por la altura de sus montes. Colombia, por ejemplo, casi abarca un millón y cuarto de kilómetros cuadrados de superficie, que se distribuyen en la siguiente forma. De temperatura tropical, niveles de cero a mil metros, ochocientos sesenta y tres mil kilómetros, de mil a dos mil metros de altura, ciento ochenta mil kilómetros, que corresponden a la primavera de las zonas templadas de Europa, de dos mil a tres mil metros, clima frío, pero agradable aún, ciento veinte mil kilómetros; de tres mil a cuatro mil, o región de páramos, treinta mil kilómetros; clima polar, a más de cuatro mil metros, unos siete mil. Por donde se puede apreciar la grandiosa corrección que el desnivel de nuestro territorio impone al clima y, de consiguiente, al mantenimiento de los seres vivos. Los Andes tienen una longitud de ocho mil kilómetros en Sur América, con anchura mayor de setecientos en Bolivia y máxima altitud de siete mil quinientos metros en el Aconcagua de Chile. La hoya amazónica puede estimarse en siete millones de kilómetros cuadrados, en cuatro la del Mississipi, en tres la del Paraná, en una la del Orinoco, y en quinientos mil la del Magdalena. Estos sencillos datos numéricos abonan bien la consideración anterior. A dichas informaciones hay que agregar por lo que respecta a la biógenesis o potencia creadora de vida de este continente, la cualidad de sus suelos, que es muy variada. Las extensas llanuras de la Orinoquia poseen unos pocos centímetros de capa vegetal, desintegración de la cordillera que los aluviones arrasan

tran sobre capas de cascajo o de arcilla, según las regiones: en conjunto, un medio agrícola muy precario. La pampa argentina ofrece un mantillo de grande espesor. Algunas laderas cordilleranas, por erosión incesante, están ahora ya desnudas; mientras que artesas geológicas y valles interandinos retienen magnífica capa de humus y materiales de desintegración volcánica propicios a la vegetación industrial y silvestre. Según la humedad, sobre estos suelos se forman herbazales apenas, como en la Orinoquia, selvas de pobre rendimiento maderable, como en la Amazonia media, desiertos o zonas periódicamente áridas como Arizona, en Estados Unidos; Sonora y California inferior en México, Guajira en Colombia, Ceará en Brasil, Atacama en Chile, Patagonia en Argentina etc.

En el curso de la historia, un nuevo elemento modificador del clima ha surgido para América en su último habitante, el hombre. Contemplado desde el punto de vista de la nuda ciencia, el hombre es una enfermedad parasitaria del orbe terrestre. Si atendemos a la manera como destruye la vegetación autóctona de los países que ocupa, como elimina las especies animales que le son adversas, y trastorna la economía natural de las que ha sujetado a su servicio, si miramos como rotura el suelo, lo agrieta y desmorona, lo ciñe de caminos, les tuerce el curso a las aguas, cuaja de ciudades de piedra, cemento y ladrillo los más bellos campos, y empobrece de jugos nutricios la tierra, asuela la vida animal de los mares, ríos y fuentes, y hasta el aire mismo puebla de polvo, de humo y gérmenes deletéreos, se entenderá bien que al pobre planeta le atacó una grave sarna con este advenimiento, por nuestra especie tan encomiado, de los seres humanos. Mas, sea de ello lo que haya sido y lo que fuere, es oportuno anotar ahora que la presencia del hombre va modificando grandemente el clima de América, y que no está lejano el tiempo en que lo haya trastornado en irremediables proporciones.

3º—EL NUEVO MUNDO AMERICANO. ¿Corresponde acaso esta denominación a una realidad geológica?

De la Edad Media a hoy es mucho lo que se ha divagado sobre las edades respectivas del Mundo y de la Humanidad. Con un aplemo envidiable los hombres del medioevo fijaron la existencia de los seres vivos, a partir de una creación momentánea, en el breve espacio de cuatro a cinco mil años, y hasta veceros hubo de aquellas fantasías que precisaron las fechas con aproximación de horas. Ya

en el siglo XIX los sabios se dieron a la tarea apasionante de calcular la duración del Universo con datos y nociones más atendibles, aunque todavía incompletas y deleznable.

Calculando la existencia del sol de acuerdo con la hipótesis de que su actividad es debida a combustiones, resulta de unos cuantos miles de años solamente.

Considerada esa energía por Helmholtz como el producto de una concentración de la masa, el cálculo puede elevarse a unos doce millones de años.

En 1862 la midió Lord Kelvin sobre la base del enfriamiento que produce la radiación, y obtuvo la cifra de cuarenta millones.

En 1899 el profesor Joly de Dublin estudió la duración que demanda la salinidad de los mares, y supuso que para este hecho se requieren trescientos sesenta millones.

La sedimentación de las rocas exigiría, según los geólogos Holmes y Bretz, unos quinientos millones.

La desintegración del radio hasta llegar al plomo isótopo y al helio, estudios iniciados por Rutherford en 1905 y aplicados a estas investigaciones en 1907 por el Pr. Boltwood de Yale, ampliados a las sales de zirconio por el Pr. Strut, sugieren la idea de que para llegar a la actual situación de la corteza terrestre se necesitan unos dos mil millones de años, a razón de once mil ones para que de un gramo de sales de uranio resulte un centímetro cúbico de helio. Apreciada por este sistema la edad de algunas rocas, se ha calculado que las más antiguas de Ceylán, por ejemplo, llevan ya mil seiscientos millones de existencia «in situ».

De ahí resulta que a la hora presente, sabios de la categoría de Einstein suponen que nuestro planeta existe desde hace dos o tres mil millones de años, aunque no faltan quienes hacen montar estas cifras a la vertiginosa de un trillón, bien que sin base técnica justificable.

Adoptando la cantidad de dos mil millones, que es la aceptada por las más eminentes autoridades de la física matemática y de la astronomía, podemos extender nuestros cálculos a la edad correspondiente a las distintas jornadas de la tierra y de la vida.

Y así dicen los peritos en este asunto que la primera formación de rocas, período arcaico, de la era denominada también agnostozoica, tiene unos mil seiscientos millones de años de antigüedad.

Al precámbrico, de esta misma división, le adscriben unos ochocientos millones de existencia.

Se le calculan quinientos millones al paleozoico o era primaria, según investigaciones que se han efectuado en el silúrico principalmente.

La duración de esos períodos es muy diversa, a su vez: Así, por ejemplo, el mesozoico, o era secundaria, alcanzaría a unos doscientos millones de edad; la terciaria o neozoica, apenas a cincuenta o sesenta millones; la cuaternaria o pre-histórica sólo comprende un millón.

Ahora bien, como las más antiguas cordilleras corresponden a la Cadena Huroneana, de tipo arcaico, y como éstas se hallan situadas en la América del Norte, y algunas rocas antiquísimas, restos de cumbres montañosas erodadas, vense asimismo en la Meseta Guayanense y en la igualmente vetusta de Matto Grosso, en el Brasil (la existencia de diamantes en ellas confirma su antigüedad), no parece indiscreto pensar que grandes porciones del Continente Americano son de una edad que sobrepasa los mil millones. Al efecto se han calculado hasta mil trescientos millones para algunas rocas de Ontario en el Dominio del Canadá y regiones limítrofes de los Estados Unidos. ¿Qué justifica, entonces, aquella denominación de «Nuevo Mundo» y las derivadas suyas, como «Neotropical», «América Virgen» etc? No ciertamente la ordenación de las edades de naturaleza física.

América es un continente antiquísimo, aunque modelado de varios modos en el decurso de las grandes edades de la costra terrestre. Cuando la cuenca fluvial en donde hoy se asienta París estaba sumergida en un brazo del océano, hacía más de dos mil millones de años que las sierras donde tienen sus fuentes el Paraná y el Mamoré se levantaban en mole enhiesta de cuatro a cinco mil metros de altitud.

Lo que es relativamente nuevo en nuestra América es la última elevación de los Andes, que avanza todavía, y la del istmo panameño, consecuencia suya tal vez, y algunas hoyas hidrográficas del terciario. Y aun para ciertas porciones de estos Andes cabe la duda de que iniciaran su levantamiento primordial en la era secundaria, de remotísimo abolengo: Ello es que en dicha época estuvo ya bien delineada la Cordillera del Quindío, o cadena vertebral de los Andes Colombianos, y en forma de islas las dos restantes. Los hundimientos del Gondwana y del Lemuria (o Mu, si existió en verdad el tal continente del Pacífico), a mediados del mesozoico, jurásico, tal vez, contribuyeron sin duda a esta emergencia de los

Andes, sino que ella tuvo cinco grandes jornadas en el sucederse, con emersiones y depresiones alternas, que no han terminado aún.

La denominación de «Nuevo Mundo» es nomenclatura meramente histórica, de acuerdo con la grata sorpresa que Colón dio a la Humanidad un día feliz de 1492. Consérvemosla, porque siempre es atractivo aparecer en la sociedad de los pueblos como el Benjamín de la familia, y derivar de ello disculpa aceptable a las múltiples deficiencias y peripecias de nuestra vida. Pero, acá, en el hogar nuestro, debemos entender muy exactamente que este postulado de la vejez de nuestro mundo acarrea graves preocupaciones y suscita problemas substanciales de estudio, como veremos en páginas siguientes.

4º—ESTRUCTURA, MAGNITUDES Y DISTANCIAS DEL UNIVERSO. Se ha dicho con argumentos muy apreciables que la vida y el psiquismo son co-extensos, que a un mayor grado de desarrollo de aquella corresponden cualidades de éste más enaltecidas y eficaces. Vamos a ver en este somero discurso si la vida y la materia ofrecen alguna relación semejante.

El mundo que nos ha tocado en suerte mirar por unos instantes dolorosamente transitorios e inciertos, en este relámpago fugaz de la conciencia humana, milagro, si los hubo, de la eternidad insoldable y del infinito, tiene una escala métrica que los sabios de las últimas centurias han venido poco a poco precisando y haciendo asequible a la mente de las multitudes.

Somos parte de un conjunto de materia asociada en universos que giran en la curvatura ilimitada de un espacio que se amplía, al parecer, incesantemente. Líneas de fuerza relacionan en alguna manera funcional porciones de ese todo amplísimo, y constituyen los universos particulares que llamamos galaxias y nebulosas espirales, dando la impresión de un inmenso archipiélago de mundos. Ignoro si la presencia de un espacio-tiempo les es unívoca, y por consiguiente están sujetos a la unidad, aunque débil e indefinible en parte, o si giran con sus propias leyes, independientes unos de otros, desligados en absoluto y a su manera errantes.

La mente humana los contempla bajo la especie de una entidad móvil con diferentes "momentos" de fuerza expansiva, pero de composición substancial idéntica, de curvas de existencia de la misma índole y de resultados funcionales sin divergencia discernible. Por estas razones podemos considerar esos mundos en un todo,

y divagar acerca de su extensión, de su magnitud y de su duración probables.

Ese universo ha sido calculado en la cifra de $10^{87} \times 1,8$ gramos, lo que significa alfabéticamente:

La unidad seguida de 57 ceros, multiplicada por 1,8.

El doctor Edwin Hubble del Observatorio de Mount Wilson conceptúa que dicha materia está difundida en una esfera finita de seis mil millones de años luz, o sean seis mil trillones de kilómetros de diámetro, a razón de diez billones de kilómetros por cada año luz. Calcula en quinientos billones el número de nebulosas que hay dentro de esa esfera, y que se mueven a velocidades diferentes, según la distancia a que estén, pues las que circulan a ciento cincuenta millones de años marchan a veinticinco mil kilómetros; a cincuenta mil las situadas a trescientos millones, y a la velocidad de la luz las que se hallan en los límites del Universo, dando así la idea de una expansión incesante.

Según datos de J. H. Jeans, existirían en ese Universo veinte cuatrillones de estrellas, y el todo tendría una edad de diez mil billones de años, o de diez mil millones, según Einstein. Otros opinan que la circunferencia de ese Universo mide cien mil millones de años luz.

La distancia de la tierra al sol es algo más de ocho minutos o sean ciento cincuenta millones de kilómetros; a la estrella más cercana, Alfa del Centauro, 4,1 años luz; a Andrómeda, la nebulosa menos alejada de nosotros, hay novecientos mil. Dentro de los límites de visibilidad de los más potentes telescopios actuales se puede calcular la existencia de cien millones de estrellas y dos millones de nebulosas, cada una, a su vez, de a dos millones de estrellas, a la distancia de dos millones de años luz una de otra, correspondiendo el año luz a seis billones de millas, como ya lo dije.

El diámetro de nuestra galaxia es de trescientos mil a un millón de años luz, con tres millones de estrellas visibles en los grandes telescopios modernos y unas tres mil a simple vista. Cada estrella tiene en promedio un millón de kilómetros de diámetro, siendo el de la tierra sólo de doce mil setecientos.

El fluído de las nebulosas es una mezcla de oxígeno y de ázoe, yonizados de un modo particular, y tan dilatados que contienen mil veces menos materia que los espacios vacíos que nosotros hacemos experimentalmente. En las estrellas esta concentración varía en grandes proporciones, pues la gran Betelgozo (o Betelgeuse) es mil veces menos densa que el aire, mientras que la compañera opaca de

Sirio sería dos mil veces más pesada que el platino, por condensación de protones, quizá.

Nosotros habitamos un globo pequeño que pesa unos seis cuatrillones de kilogramos, envuelto en una atmósfera de aire de cincuenta y seis mil trescientos veinte y ocho trillones de kilogramos, según William H. Humphreys, o de $5'27 \times 10^{15}$ toneladas, según otra fórmula, repartida en tres capas, a saber: la inferior, denominada troposfera, de unos diez kilómetros de altura, la media o estratosfera, de unos ochenta, y la superior que sube a unos trescientos. A más de esto posee nuestro planeta una hidrosfera, o envoltura de agua, de unos quinientos millones de kilómetros cúbicos, de los cuales trescientos sesenta y tres millones cubren con mares las cinco séptimas partes de la superficie total.

Este planeta se mueve alrededor del sol a la velocidad de veinte kilómetros por segundo, y sobre su eje en veinticuatro horas, siguiendo una curva elipsoide para el primer caso, y una línea inclinada sobre el plano ideal de la eclíptica, para el segundo, con variaciones periódicas que causan inmensa modificación en el clima de las diferentes zonas terrestres.

El sol, que pesa $10^{32} \times 2$ gramos, con una temperatura superficial de seis mil centígrados y una central de cuarenta millones, desde su remota distancia de ciento cincuenta millones de kilómetros rinde a la tierra el calor, la luz y otras radiaciones necesarias para la vida que en ella existe.

Algunos sabios se han preguntado si en otros mundos se presentará el mismo raro fenómeno de la vida, y Jeans supone que ello es posible en la proporción de una vez por cada cien mil estrellas, aunque esto ya trasciende de la linde de la severidad científica y se coloca en el amenísimo campo de las divagaciones. . . .

Todos estos cálculos de tan prodigiosa magnitud tienen, unos, fundamentos de precisión instrumental; otros siguen líneas de imaginación, con remotas probabilidades de acierto, según la discreción y la experiencia de los físicos que las han interpretado. En verdad son tan grandes las divergencias de opinión para los que se salen de la mensura técnica, que sólo por vía de curioso entretenimiento se copian en este estudio.

5°—COMPOSICION INTIMA DE LA MATERIA. Si dejamos por un momento la consideración de las grandes magnitudes para contemplar la estructura intra-atómica del mundo, nueva perplejidad se nos espera a cada paso.

Los sabios de la física matemática descubren con alarmante frecuencia algún elemento constitutivo del átomo, haciéndonos su interpretación un poco más oscura. ¿Son ficciones de la mente o podemos prestar a ello asentimiento razonado? En su esencia misma son hipótesis para eludir soluciones de continuidad en la conducta de la materia, algunas comprobadas por experimentos sutiles; pero no me atrevería a conceptuar que la estructura intra-atómica que hoy figura en los trabajos correspondientes no constituya mero ente de razón, ni que con el correr de los años no venga un concepto más sencillo a iluminar este laberinto prodigioso, simplificando su comprensión ideológica.

Heredamos a los griegos, con un significado asaz elemental aún, el término átomo, de la escuela de Leucipo y de Demócrito, hermosamente divulgada por el gran poema de Lucrecio sobre «La naturaleza de las cosas». La química del siglo XIX (estudios que inició en Inglaterra John Dalton desde 1803) dio a esta concepción primaria un valor científico, claro y operante, que en los últimos años de esa centuria comenzó a fraccionarse con la atrevida hipótesis de la existencia de los electrones. El siglo XX trabaja hoy con los siguientes datos:

La naturaleza está compuesta de unos noventa y tres cuerpos simples (si se confirma el reciente descubrimiento del Pr. Fermi), que son modalidades de combinación del átomo fundamental de hidrógeno.

Este átomo de hidrógeno puede tener un radio de cien milonésima de centímetro, por manera que una gota de agua contiene un buen trillón y que en un milímetro cúbico de materia entrarían unos seis mil billones, cada uno con un peso calculado en 10^{-23} de gramo.

En la constitución de estos átomos entran protones y electrones, siendo éstos mil ochocientos treinta y ocho veces más ligeros que aquéllos y veintisiete mil veces menores que el átomo en conjunto, con un peso de 10^{-27} de gramo.

Los átomos electrizados que han perdido uno o varios electrones llevan el nombre de iones y juegan gran papel en la composición del sol y de otros mundos siderales.

A más de estos elementos de la intra-estructura atómica, otros existen, de difícil apreciación, por tal modo que el cuadro de composición de la materia abarcaría hoy las siguientes partículas:

El protón, descubierto por Rutherford, que constituye algo así como el 95% del átomo, y tiene electricidad positiva.

El electrón, descubierto por Thomson, 1838 veces más liviano que el anterior, más o menos numeroso en los distintos átomos, según la escala de Mendeleieff.

El positrón, descubierto por Carl Anderson, de electricidad positiva;

El neutrón, estudiado por Chadwick, de electricidad neutra, como lo indica su nombre;

El fotón, sin carga, componente de luz y de los rayos gama (Compton, de Broglie etc.);

El «neutrino», imaginado para resolver algunas fórmulas matemáticas, no satisfechas por los elementos anteriores, y que fue discutido en el Congreso de Roma en 1934, con escasa aceptación: dos neutrinos constituirán un fotón;

El «elemento X», que el Pr. Carl Anderson, de California, ha creído descubrir en sus trabajos de radiación sideral, negativo, ultrapenetrante, aunque mil veces mayor que el electrón en tamaño y en potencia.

Se dice, asimismo, que estos elementos están asociados por una fuerza, o cemento energético intra-atómico, que actúa sólo a una diez millonésima de pulgada de distancia, pero con una eficacia millones de veces mayor que la gravedad concebida por Newton para las relaciones grandes de la materia universal.

6º—GENESIS Y DINAMICA DE NUESTRO SISTEMA SOLAR.

Atrás queda dicho que algunos sabios conceptúan que el sistema solar existe desde hace unos diez mil millones de años. El como se formara es materia de prolongadas discusiones, que pueden resumirse en pocas frases, aunque con peligro de cierta vaguedad ideológica.

A la socorrida hipótesis de Laplace de una nebulosa que lentamente se fue concentrando y fraccionando, han venido a disputarle el asentimiento de los aficionados a estos estudios una media docena más de muy interesantes concepciones, que pueden agruparse en dos grandes tendencias:

I. De una nebulosa solar gigante que se extendiera hasta Neptuno (como lo indica Jeans, aunque ya habría que incluir a Plutón, descubierto recientemente):

a) Separación efectuada por fuerzas interiores, hipótesis de rotación, como las de Laplace y Birkeland;

b) Separación efectuada por fuerzas exteriores al sistema solar, hipótesis de mareas producidas por la aproximación de otra estrella o por algún choque sideral, como lo han expresado Chamberlin-Moulton, Jeans, Jeffrys, Buffon, Belot y Arrhenius.

II. Ideas de que los planetas tienen un origen extra-solar:

a) Por conglomeración de materia meteorítica difundida en los espacios: Kant, Faye, Lingondés, Hörbiger-Fauth, See;

b) Existencia individual ya en el estado inicial de la evolución de todos estos cuerpos.

Cada una de estas hipótesis tiene inconvenientes matemáticos que impiden a los sabios el admitirlas con plena adhesión.

Así, por ejemplo, el concepto de Laplace de que los planetas son fracciones separadas de la atmósfera inicial del sol no explica la diferencia de «momento» con que se mueven algunos, Júpiter y el Sol, v. gr.

En la concepción hipotética de Belot, se formaría el sistema planetario solar por un choque de un movimiento en torbellino de la masa inicial de éste contra una nube cósmica: Mas he ahí que la velocidad que se produciría en este torbellino con el choque no está de acuerdo con la encontrada en las estrellas.

Así como la de Laplace dominó el siglo XIX, la de Kant fue muy aceptada durante el XVIII (formulada desde 1755): Supuso este eminente filósofo una nube inicial de polvo meteorítico, de que se formaron el sol y los planetas. Empero, los choques de estas partículas entre sí disiparían la fuerza de cohesión hasta contrarrestar la gravedad que pudiera tender a concentrar la masa dispersa.

La atractiva imaginación de Arrhenius de que dos soles chocaron alguna vez, a la manera como suelen formarse algunas estrellas que surgen en los espacios siderales, no la aceptan otros científicos, porque conceptúan que por tal suceso deberían interponerse unos diez mil cuerpos opacos entre nuestro Sol y Alfa del centauro que afectarían el movimiento de los planetas. Hoy día se considera más probable la hipótesis de que alguna nebulosa aproximada, como la de Orión, produjese mareas en la masa inicial del sol y le

arrancase porciones de que se formaron los planetas a distancias que guardan entre sí cierto ritmo matemático.

Estas pocas observaciones prueban suficientemente que los sabios de la inmensa cultura métrica de origen ario que hoy prevalece en el mundo, no tienen más precisas ideas sobre la cosmogonía que nuestro ilustre Idakansas, el mago de la cultura Muyska de quien se habló al comienzo de este resumen....

7º—LA TIERRA Y LA VIDA. Anotando, no por intención de exactitud, sino porque sólo lo métrico nos permite una imaginación formal de las cosas, tenemos las siguientes cifras:

Relaciones de peso:	En gramos:
El Universo	$10^{57} \times 1,8$
El Sol	$10^{33} \times 2$
La Tierra	$10^{27} \times 6$
La Ballena	10^9
El Hombre	10^5
El Amphioxus	10
El Huevo Humano :	10^{-8}
El Zoospermo Humano.	10^{-10}
El Menor Microbio Visible	10^{-14}
El Factor Hereditario	10^{-17}
La Molécula de Agua	10^{-22}
El Atomo de Hidrógeno	10^{-29}
El Electrón	10^{-37}

Habitamos, como ya dije, un planeta elipsoide, cuyo radio ecuatorial es de 6.378.388 metros, y que pesa alrededor de seis cuatrillones de kilogramos; parte de un sistema solar de cuerpos, cuyas distancias al centro y diámetros respectivos son los siguientes:

	Distancia a él en millas	Diámetro
Sol		
Mercurio	36.000.000	3.000
Venus	67.200.000	7.500
Tierra	92.900.000	8.000
Marte	141.500.000	4.200
Júpiter	483.300.000	86.000
Saturno	886.100.000	72.000
Urano	1.782.800.000	31.000
Neptuno	2.793.500.000	32.000
Plutón	50 distancias astronómicas:	

(Unidad: distancia de la Tierra al Sol). Longitudes que obedecen a una curiosa progresión geométrica de

0.3.6.12.24....

Dicho esferoide terrestre, cuya aparición en la historia del Universo no nos ha sido posible esclarecer, parece que se enfría poco a poco, dando lugar a la constitución de tres capas, de diversa índole: La Litosfera, compuesta de las rocas superficiales; la Pyrosfera o Magmatosfera, quizá parecida al peridoto, o silicato de hierro y de magnesia: $(MgO FeO) SiO_2$; y la Barysfera de un espesor de 3.500 kilómetros, mineral acerado de hierro y níquel, como ocurre en los meteoritos, lo que explicaría el magnetismo terrestre, si el calor que se le adscribe no contradijera esta hipótesis.

La mayor densidad de la Barysfera con relación a la Litosfera se presupone por la diferencia de transmisión de las ondas sísmicas.

La disposición de las capas litosféricas se estudia por edades y períodos, según la distribución siguiente:

I—Era Arcaica o Agnostozoica:

Período Azoico o Arcaico propiamente.
Período Proterozoico o Precámbrico.

II—Era Primaria o Paleozoica:

Período Cámbrico.
Período Silúrico.
Período Devónico.
Período Carbonífero.
Período Pérmico.

III—Era Secundaria o Mesozoica:

Período Triásico.
Período Jurásico.
Período Cretáceo.

IV—Era Terciaria o Neozoica:

Período Eoceno.
Período Oligoceno.
Período Mioceno.
Período Plioceno.

V—Era Cuaternaria o Prehistórica

Periodo Post-Plioceno: Paleolítico.

Periodo Pleistoceno: Neolítico.

Periodo Tiempos contemporáneos.

Estos periodos se subdividen, a su vez, en múltiples capas, ora respecto a la estratigrafía regional, ora a la evolución de la cultura humana, como lo estudiaremos más adelante.

8°—APARICION DE LAS ESPECIES VIVAS. En el periodo pre-cámbrico, de la era arcaica, hace unos mil millones de años, aparecen las primeras huellas de seres vivientes, aunque tan blandos que no dejaron esqueleto.

En el cámbrico pueden apreciarse ya bien los radiolarios, los celenterados, los equinodermos, braquiópodos, gasterópodos, artrópodos y protospongiarios: las cepas, en fin, de todos los invertebrados.

En el silúrico se diferencian más claramente las especies y se esboza la aparición de los vertebrados, lampreas, v. gr. y comienza la vida vegetal con las algas.

En el siguiente periodo, el devónico, los peces aumentan y se ven ya tiburones, por ejemplo, y las primeras formas terrestres, como los ciempiés.

En el carbonífero abundan los insectos, las grandes arañas, y se precisan los anfibios y reptiles. A su vez se diferencia grandemente la flora.

En el pérmico surgen grandes reptiles y los peces óseos.

Luégo viene la era secundaria, y en el triás se descubren los famosos saurios gigantes, el prodigioso atlantosaurio de Wyoming (Estados Unidos), de sesenta metros de longitud; el plesiosaurio, el ictiosaurio, el dinosaurio etc., y los quelónidos. Comienza la vida en el aire con los pterodáctilos, y asoman los mamíferos de pequeña talla.

En el jurásico es sorprendente ya la riqueza de su fauna: Cangrejos, mariposas, ranas, langostas, cocodrilos, antepasados de los marsupiales, mamíferos diminutos y primeros pájaros.

En el cretáceo aparecen las flores en el mundo.

Al final de dicha era pueden encontrarse los ofidios, el octopus y los antepasados de los placentarios.

En la era terciaria disminuyen los reptiles, pero se diferencian numerosas especies más, y prosperan los animales superiores, hasta el límite de la línea humana.

Así tenemos, pues, que desde el cámbrico, en que se definen todos los invertebrados quizá, los progresos se pueden formular así:

Invertebrados, peces, anfibios, reptiles, aves, mamíferos, placentados, cuadrumanos, y el hombre (cuya aparición se coloca entre el plioceno del terciario y el pleistoceno del cuaternario, con prolijas discusiones).

Se supone que la ligula (un plathelminto, gusano existente aún como parásito de algunos peces), es el decano de los seres vivos.

Un ejemplo de posible transición entre los vegetales y los animales se puede apreciar en la volvox y algunas otras algas.

En la euglena, protozoario, se hallaría una muestra de límite entre unicelulares y pluricelulares.

Por lo que se refiere a vegetales, puede darse la siguiente ordenación filogenética:

Derivan del medio marino, probablemente de las algas.

En el devónico se definen el asteroxylon, la rhyntia y la hornea.

Grandes coníferas y helechos arbóreos en el carbonífero.

El jurásico nos presenta la Caytonia, que se sitúa entre gimnospermas y fanerógamas.

Estas últimas se revelan en el cenozoico, pero ya las flores existen desde el cretáceo, con dicotiledóneas y árboles de floración perfecta.

El clima de estos periodos y distintas éras fue muy variado: El carbonífero, por ejemplo, tan importante de considerar por haber dado margen a la formación de la hulla (unos siete billones de toneladas de carbón mineral, que ahora explotamos a razón de mil a dos mil millones por año, dando así ocasión a una de las más prodigiosas causas del desenvolvimiento de la industria moderna), tuvo un clima ardiente y húmedo; el pérmico fue seco, de tipo estepario; el jurásico, tórrido. Casi toda la era secundaria se revela como estable en su clima y sin grandes movimientos geológicos, muy diferente en ello a la terciaria, de recios cataclismos telúricos, y a la cuaternaria, de dilatados periodos glaciales, cuyo fue el postero, que dio origen a la tradición universal del diluvio.

Al hacer el recuento de las especies animales a fines del siglo XIX, se enumeraron ochenta y cinco mil marinas y trescientas

veintisiete mil terrestres, entre las cuales se establecía la siguiente distribución:

4.000 hormigas
3.000 anfibios
5.000 reptiles
13.000 mamíferos
20.000 peces
28.000 aves etc.

Más tarde estas cifras se elevaron en grandes proporciones, pues en sólo insectos se catalogaban hasta quinientas mil especies, de las cuales unos doscientos mil coleópteros y unas cien mil mariposas.

Hoy día estas cantidades quedan muy atrás de los datos un poco inciertos, es verdad, de la sistemática de las especies, porque en dicha materia existe un amplísimo margen de dubitaciones, y así se afirma que en vegetales tenemos unas cuatrocientas mil especies clasificadas, y por lo que hace a animales basta decir que L. O. Howard opina que en sólo insectos hay de tres a cuatro millones. ¡Y qué mundo de variedades, cuando sabemos que en la sola especie de las pulgas Luis Rothschild diferenció dos mil, sin agotar la cuenta! No sería, pues, exagerado calcular en cinco millones el número de las especies vivas.

9º—PERIODOS CULTURALES. Con relación al desvolvimiento de la cultura, tenemos la siguiente clasificación de las últimas capas de la corteza terrestre:

I—Eolítico: (Diluvial). a) Chelense (de Chelles, Francia): Temperatura elevada, presencia del elefante etc.

b) Auchelense (de Saint Auchel, cerca de Amiens, Francia), glacial.

c) Musteriense (de Le Moustier, Dordogne, Francia), frío y húmedo: Trabajos en hueso; presencia del mamut.

d) Aurignaciense (De Aurignac, Alto Garona, Francia): Aumenta la temperatura. Instrumentos más finos, aparece en el arte la figura humana.

e) Solutrense (de Solutré, Francia): Clima frío y seco: Talla, relieve, dibujo, decoración en astas de reno etc.

f) Magdalenense (de la Madeleine, Francia): Clima de estepa y tundra. Presencia del reno y del antílope. Arte exquisito de las cavernas, como la de Altamira en Santander de España.

II—Neolítico (Aluvial): Piedra pulimentada. Cultivos. Pastoreo. Sal. Cereales. Pan. Animales domésticos. Palafitos. Embarcaciones. Metales: oro, cobre, estaño y bronce. Alza la temperatura.

III—Tiempos modernos: Edad del hierro y del acero. Continúa elevándose la temperatura y cambiando lentamente la orografía terrestre.

10—POSIBLE ORIGEN DE LA VIDA. No creo que se deba eludir alguna lucubración filosófica alrededor de esta materia, antes me cautiva la oportunidad de definir la posición de las categorías de interés espiritual, la ordenación de los valores, para derivar de ahí alguna norma de conducta.

Y así vemos que el valor económico dice relación al sustento de la vida; el sexual y afectivo a su continuación; el religioso a los nexos que el hombre tiene con el destino recóndito de la existencia; el ético organiza las relaciones de sociedad con sus semejantes; el estético le define el gozo que produce la contemplación de la armonía de constitución y de funciones de la naturaleza y del alma, y el íntimo deleite de verse proyectado artísticamente en el mundo externo. Sólo la filosofía, antiguamente, y la ciencia abstracta, ahora (que una misma cosa son al fin), buscan entender la esencia de los seres y la vida, colocándonos en el peldaño supremo de la dignidad racional y de una investigadora inquietud: De ahí el que sea ineludible en un tratado de Sociología el emitir algunos juicios concernientes a estudio tan apasionante y encumbrado.

Son ya numerosas las hipótesis sobre los orígenes de la vida: Desde las religiosas de una creación inmediata de la mente de Dios, hasta las más ceñidas a los procesos de la naturaleza, que evocan las posibilidades de que en el seno de los mares templados, y bajo la acción, vigorosamente fecunda entonces, de la luz solar —de un sol joven, por decirlo así— se realizara una síntesis de la materia orgánica, ora por el cauce de los hidrocarbonados, ora por el de los compuestos ciánicos, ya, en fin, por la línea de los coloides, constituyendo, así o asá una como jalea frágil o gelatina premigenia con los atributos básicos de la asimilación, de la reproducción y de la irritabilidad, de donde habrían de surgir en el decurso de luegas edades todas las funciones desconcertantemente complicadas y sutiles del hombre.

Otros piensan que los elementos primarios de la vida fueron bióforos meteoríticos (o cosmozoarios, de Sales Guyon), que en trayectoria errabunda por los espacios siderales arribaron una buena mañana del mundo terrenal a nuestro ambiente y ahí prendieron como esporas, de tan recalcitrante vida que lograron resistir los fríos extremos, las radiaciones mortíferas y hasta los supuestos «calores elevadísimos» del espacio cósmico: Pues se discute aún si dichos espacios intersiderales tocan en la linde del cero absoluto o poseen temperaturas mayores de quince mil grados del centígrado, como otros opinan, con esta alocada imaginación a que están ligadas tales cuestiones meta-técnicas y un sí es no es inverosímiles.

Yo no sé, ni nadie saber podría hoy, el mérito de tan hazañas divagaciones: Siempre fue patrimonio pueril de la mente humana el buscar a los seres y actividades de la naturaleza un padre y una madre de registro, cuando la ruta fácil de una sencillez mayor nos podría ahorrar laberínticas lucubraciones, deliciosamente inútiles.

La vida es en el mundo, la vida fue. Su paternidad sólo aleja un paso el enigma de la existencia: Bióforos que migraran en los cielos atormentados del caos cosmogónico también demandan una causación en el lugar de origen. Plasma oceánico de materia, fecunda por la luz joven cargada de rayos actínicos, o por radiaciones gama, o más sutiles aún, de emanación nebular recóndita, sólo plantean el abisal enigma.

¿Cómo surgió en la eternidad el primer átomo de materia? El Pr. Nernst afirma que en el seno del éter puede condensarse la energía en granulaciones materiales. Mas he ahí que el éter es apenas un ente de razón para poner en marcha los grandes teoremas de Faraday y de Maxwell, tan probable y tan posible como la curvatura consubstancial del espacio que nos describe Einstein, o la gravitación que concibiera otrora Newton.

Ninguna hipótesis satisface hoy día la plenitud de la experiencia físico-matemática. Somos una entidad consciente: Es lo único irrefutable que podemos afirmar. Una entidad en que por un relámpago de duración se conjugan materia, energía, vida y conciencia. Pretender dilucidar el momento en que la energía se hizo materia, es presuponer que el conjunto actual de universos, con ser que una eternidad aparente, no pudo ser precedido de otra gran jornada cósmica, que constituye un ensayo unigénito del brumoso azar o de una mente divina.

LA VIDA: ¿OTRA DIMENSION? Apurar el raciocinio en busca del preciso instante en que esa materia se impregnó de vida o se transmutó en vida, es desechar la intrigante hipótesis de que virtualmente haya habido una coexistencia indiscernible de esas modalidades del sér.

Abrir una brecha infinita entre funciones vitales y espíritu, es prejuzgar reconocido el límite en donde las unas acaban y empieza el otro, contra la experiencia conturbadora, que nos está diciendo lo inextricable de este fenómeno.

El todo es mayor que la adición de sus partes, en esta confusa ecuación de las funciones de la vida. Es como si la asociación y la posición de los elementos constitutivos añadieran una plus valía de eficacia a lo aportado por esos mismos elementos en la suma de sus potencias aisladas. Los numerosos átomos que entran en la composición de una molécula de proteína, por sólo su número no explican la nueva función vital que adquieren. Su posición en determinadas cadenas de asociación química, puede informarnos un poco más sobre el tal prodigio. Empero, así nos llegaríamos a una desconcertante relatividad, ya que tanto vale como adscribir causalidad energética a la posición, a la ordenación espacial, a la forma meramente. Cuando habíamos pensado antes que la substancia engendra la forma, vendríamos a conceder hoy que la forma produce ese algo substancial que es la energía, y nada menos que la energía vital y aun consciente.

La complejidad de los elementos vivos así lo hace presuponer. El Pr. George W. Crile calcula en cuatro mil billones el número de las células nerviosas que presiden el psiquismo humano; y en un espermatozoide, que se mide por micras apenas, existen corpúsculos más diminutos aún, los cromosomas, y dentro de éstos, otros más exigüos todavía, como son los genes o factores hereditarios, de que dependen nuestras características individuales y de grupo, en número de tres mil a diez mil, según la especie, y tan pequeños ya que su peso se calcula dividiendo un gramo por la unidad seguida de diez y siete ceros, casi la trillonésima parte: pues bien, en tales genes se conjugan cien mil átomos en posiciones definidas.

Número y posición: factores externos, entrarían así en la categoría de lo más substancial del mundo y de la vida. Lo formal siendo progenitor, cerrando el circuito de la causa y del efecto sin solución de continuidad, en una cuasi equivalencia, como para decirnos que esos son términos de una mente infantil que necesita diferenciar para entender un poco.

Si los átomos pueden atrapar la energía radiante que los afecta, y las moléculas al agitarse con el calor adquieren un poder activo, no se puede negar en la materia, enantes considerada inerte, una capacidad de absorción. En la reintegración del átomo que ha perdido electrones en alguna de sus actividades, puede vislumbrarse el fenómeno de la reproducción, y remotamente se percibe la irritabilidad en algunas modalidades de cristalización, como la que ocurre en la glicerina, cuando hay necesidad de sembrar cristales en la masa amorfa para que el proceso se inicie.

Grosso modo, ve úno un climax de «interiorización» en la marcha evolutiva de las funciones vitales: En las plantas se integra el mundo mineral ambiente, asimilación de carbono, de agua, de sodio, potasio, silicio etc. hasta un número que alcanza a diez y siete cuerpos simples, si es que estudios ajenos a mis informaciones no han aumentado ya esta cifra.

Los animales, a más de lo anterior, que cumplen con ayuda de las plantas, interiorizan el espacio, por sus virtudes de locomoción y de sensibilidad.

Los racionales, avanzando sobre lo adquirido por los precedentes, interiorizan el tiempo, con los recuerdos de la memoria, de la intuición y de la inteligencia.

Esto nos indica someramente que es un proceso continuo, sin diéresis visible, hasta llegar a la conciencia intelectual, en que la propia actividad se refleja hacia dentro, se interioriza a sí propia, en un maravilloso acto de simplicidad inefable.

Esta conducta de mi raciocinio me lleva a presuponer que la vida es al modo vago de una quinta dimensión de la materia, la dimensión de intimidad, de interiorización, hacia dentro, por absorción, primero, por reflexión de conciencia en último grado: Es una actividad que puede operar sobre sí misma, creando así una nueva dimensión que no es temporo-espacial, aunque se produzca en el espacio-tiempo, sino introvertible e introspectiva, y que pudiéramos denominar, mientras tanto, la quinta dimensión o dimensión vital.

El hecho histórico-natural de que la vida sólo aparezca en determinadas condiciones del universo, no empece a considerarla como función esencial de la naturaleza, pues que igualmente ocurre a los otros fenómenos perceptibles, digamos la electricidad, el magnetismo, la radioactividad, la luz misma, por ejemplo, sin que les neguemos ni su espontaneidad ni su relatividad. Es que las circunstancias suscitan las oportunidades y el ambiente de la acción, y la

hacen surgir con la añadidura de elementos complementarios, a las veces tan sutiles que la inteligencia humana no puede ver en ellos entidad alguna mensurable. Muchas ocasiones estos imponderables sólo son discernibles en sus efectos, como ocurre en esa vaga virtud de determinaciones que se denomina acción de presencia, por no saberse ni qué añade ni cómo actúa su excitación recóndita.

En la cumbre de la potencia vital vemos una virtud que por lo rara y eminente hemos adscrito al orden espiritual, y es la que consiste en la auto-determinación, como sucede en los procesos volitivos; culminación de la actividad introvertida en modalidad tan excelsa que sugiere la imagen de una potencia intransitiva, de un poder que se ejerce sobre sí mismo, de una desconcertante intrarreflexión de la energía.

En audaces comparaciones podemos decir que, si la luz actúa iluminando hacia fuera, la energía consciente, equivalencia arcana de aquella luz sensible, ilumina hacia dentro, creando así el máximo enigma y el milagro supremo del mundo, y apartándose en tan dilatada magnitud del proceso meramente físico que pudiera autorizarnos para entenderla como una nueva dimensión del ser, como la quinta dimensión de la naturaleza o dimensión vital.

11—UN UNIVERSO EN TRANCE TEOGONICO. Estas lucubraciones nos están diciendo, con el atractivo de su presentación numérica, que la sabiduría contemporánea ha construido un ensueño matemático sobre los orígenes y constitución del Universo. A buen seguro que no existe hoy una literatura más impresionante, que esta de los sabios, en que se nos ofrecen el poema cósmico, que reemplaza al épico de otros días; el drama de las fuerzas, en gigantes colisiones, que ocupa el lugar de los humanos que enaltecieron un Shakespeare y un Calderón de la Barca; y aun la novela misma, de parte de los aficionados a los relatos amenos, puede hallarse en estos estudios. Ya desde tiempos remotos asumieron este carácter literario las grandes creaciones cosmogónicas de la humanidad: Inmenso drama es el Génesis, como lo son también las cosmogonías de Sumerios y de Egipcios, de Arios y Mongoles, de los negros de Africa y de los aborígenes de América. Hemos ganado en imaginación y en magnitudes geométricas, y la precisión verbal ha sido superada por la arrogancia estupenda de las cifras: Empero, el hebreo-germano Einstein e Idakansas, el aborígen pre-colombino, no difie-

ren demasiado en la incertidumbre de sus opiniones sobre la esencia del mundo.

De ahí que el Pr. Jeans haya acuñado una bella frase al decirnos que el Universo se parece más a un pensamiento que a una rígida estructura mensurable. En verdad, lo proteico de sus formas y actividades, lo complicado e indefinido de sus rutas, lo vago de sus orígenes y finalidad, lo inmenso de su esfera y lo «inasible» de sus últimos elementos constitutivos, sugieren la infinitud de las posibilidades y la eternidad de los procesos.

Limitación e indeterminación, concreto y abstracto, lo que se individualiza y lo que se difunde sin lindes en el espacio ni el tiempo, aparecen indicar una multiplicidad con sencillez, cual sólo es concebible en el ente divino, por donde pudiéramos interpretar el Universo como una divinidad que se realiza, como un inmenso drama teogónico.

Un Universo en trance teogónico, parece una contradicción dentro de los conceptos clásicos que teníamos de materia y de espíritu.

Una sencillez suprema que se resuelve en indefinida multiplicidad, denuncia otra aparente contradicción dentro de la antigua manera de concebir nosotros estos términos.

Las matemáticas limitan por arriba y por abajo, por el conjunto universo y por sus ínfimos elementos intra-atómicos, las dimensiones y la duración del mundo, y sin embargo, la idea precisa de que no hay dos seres idénticos ni dos instantes idénticos, denota una ilimitación de proceso ontológico que tiende a la eternidad y a la infinitud: lo que se nos revela como otra contradicción.

Mas he ahí que los conflictos que se nos presentan en un nivel dado se sintetizan en un nivel superior, a la manera que el vivir del hombre y la actividad de los pueblos revélanse agobiados de contradicciones parciales, mientras que la visión conjunta de sus destinos nos ofrece una armonía superior, un diagrama histórico coherente y unitario, una síntesis.

Es que hay muchas modalidades de concebir lo múltiple: Teorema cósmico, para los matemáticos; poema teológico, para los místicos; un ensueño grandioso, para la mente del artista.

Las fórmulas algebraicas nos limitan el Universo, es verdad, pero la intuición lo ve disolverse por lo alto, en la frontera de las nebulosas espirales y por lo ínfimo, en la intimidad de la onda radiante que constituye la esencia física de la energía intra-atómica,

sin solución de continuidad, hasta salirse del plano de la potencia conceptual del entendimiento.

Probablemente estamos trabajando esta sencillez como múltiple apenas en lo espacial, sin considerarla asimismo múltiple en la duración, sin concebir una multiplicidad de universos temporalmente anteriores y posteriores a la modalidad del que hoy existe, como ya lo intentaron los indios

NATURALEZA Y ESPIRITU. Al hablar de un «Universo en trance teogónico», la mente reclama alguna definición para su sitio y categoría, para su entidad y sus funciones. Ello es que la conciencia intelectual posee todos los atributos básicos que presuponemos en lo divino: pues que tiene la simplicidad, la apariencia de acto puro en su privilegio de actuar sobre sí misma, en su reflexión peculiar introspectiva y auto-determinante; y también la infinitud, ya que al contemplar cuanto está sujeto a dimensiones, abarca en su sencillez inefable, mete en su reducida sede espiritual, la grandeza del conjunto universo; ora, en fin, que por su memoria, su inteligencia y su intuición se dilata en el pasado y en el futuro en magnitudes sin límite, cual un presente que se ampliase en círculos de expansión indefinida.

De esto pudiera inferirse, con plausible audacia, que la conciencia intelectual del hombre es un momento de una divinidad que se realiza en el proceso universal a que aquella pertenece.

Un sueño cósmico, frase que no minora la grandeza de la realidad, sino que la confirma en comparación inteligible. ¿Acaso los sueños no están más entrañablemente engranados a la intimidad del hombre? ¿No es, acaso, mayor su emotividad, más sensible su símbolo? En ellos la conciencia ve, aislada y punzante, fulgurante a veces, la tendencia que los forja e impulsa.

Dentro de ese sueño cósmico hay elementos de tan cautivadora significación como la idea intelectual, una reducción cuasi microscópica a veces de lo infinito, leve chispa en ocasiones de la complejidad inescrutable de los numerosos sentimientos del alma, como ocurre en las intuiciones de los artistas de genio; y hay asimismo la elación estética, gozo indeficiente del espíritu, que enaltece la vida hasta darle una dignidad inmensurablemente retributiva, compensadora de todo pesar y de todo sacrificio; ni es menos generosa la tercera porción del espíritu humano, la ética, el sentimiento de justicia y la conducta moral. Por donde se entiende que,

sueño o poema o teorema, algo existe con caracteres de divinidad en la vida cósmica y en el espíritu del hombre.

América, según veremos más adelante, tiene grandes limitaciones como continente adecuado a la vida de las especies superiores: Los humanos que en ella contemplan sus destinos, deberán asumir reacciones más difíciles, trágicas aún, para obtener la compensación indispensable. Desde ahora se nos muestra el ibero-americano como primordialmente universal, emotivo e intuitivo, diferente del europeo, de mentalidad métrica. Cuanto dejo dicho tiende a confirmarnos en el optimismo de poder ser y de deber ser audaces en la gestación de una cultura autóctona, sobre las bases de nuestra índole.

12—DIVINIDAD, NATURALEZA Y NUMERO. Cuando, de adolescente, me enseñaron a refutar las especulaciones sobre el número que alimentan gran parte de los sistemas filosóficos de Platón y de Pitágoras, como una confusión evidente entre meras «relaciones» y «magnitudes» substanciales, mi mente ingenua y sumisa entonces, despreocupóse de estos problemas, o pseudoproblemas, como por aquel tiempo ya se les llamaba, y permaneció tranquila.

Ello es, no obstante aquellas advertencias de una lógica tradicional, muy pragmática y muy ceñida al mundo métrico en que vivimos hoy, ello es, repito, que con el trajín frecuente de estas cuestiones abstrusas, nuevas preocupaciones me asedian el espíritu: Lo que antes parecía secundario, la relación insubstantial «versus» la magnitud substantiva, va adquiriendo tan desconcertantes posiciones de «causa» que ya no sabría yo ahora pasar por alto y descuidar ligeramente la importancia del número en los procesos de la naturaleza y aun en la génesis de la entidad.

Algo hay ahí que requiere alguna revisión. ¿Qué importa que malgastemos un instante en meditar este tema añejo de la filosofía?

Quizás el espíritu ibero-americano se halle ahora conmovido por inquietudes de juventud, cuando es intuitiva la mente, y la razón está como deslumbrada por relámpagos de sentimientos confusos de cierta comunión cósmica, más poética, tal vez, que científica, en manera alguna menos respetable y atendible que la nebulosa matemática en que se nos está disolviendo el Universo en que nacimos. En muchos intelectuales de América he hallado esta preocupación de inquirir de nuevo los orígenes. Locura por locura, ingenuidad o no, anhelo infantil de novedades o desconcierto de un

mundo ideológico que ya se desvanece y fuga de nosotros, nada se pierde con divagar discretamente unos minutos.

Conozco las dificultades lógicas que ocurren cuando se pretende pasar de lo concreto a lo abstracto, y cuáles fueron las agitadas discusiones que en otra edad hubo entre realistas y nominalistas.

Conozco asimismo la génesis histórica posible de la numeración, sobre la base de los dígitos, cuyo nombre ya descubre la importancia que la mano pudo tener en este auxiliar prodigioso de la inteligencia.

Mas ello es que, cuando en el desarrollo natural de las facultades psíquicas superamos lo concreto, y desligada y autónoma prosigue la abstracción su curso, los ideales, que de aquel emanan, como causa o mero antecedente, despliegan cualidades propias, y en su independencia compórtanse como sujetos de entidad sui generis.

Nada revela mejor esta paradoja que la evolución del cero, pseudo-cifra y cifra perfecta a la vez, epónimo de cifras, si se quiere, a lo menos etimológicamente. Cifra de posición, por donde, como acabamos de apreciarlo en la química para la isomería de la composición molecular, esta posición se torna substantiva y genitora de virtudes que demandan el entendimiento de nuevas entidades si no de esencias aparte.

No deja de ser significativo que el cero fuera inventado en la India, por una raza que amó siempre lo abstruso y las relaciones recónditas de la Divinidad con la Naturaleza, que avizoró el Mundo como un poema trágico en que lo humano y lo demoníaco se enlazan y confunden. Las culturas del Mayab y Babilonia, que también inventaron este signo, no pudieron aprovecharle por seguir sistemas de numeración vigesimal y sexagesimal (respectivamente) que dificultan el cálculo y el análisis detienen, que estorban la cosecha de soluciones matemáticas que el sistema decimal, la sencillez de los números árabes, los valores de posición de las cifras indias (de que emanan aquellos), la síntesis prodigiosa, en fin, de los exponentes cartesianos y de la notación literal de Viète, permittien obtener con grande economía de esfuerzo. En otro libro he anotado las relaciones que existen entre el cero y el núcleo ideológico de la cultura cristiana, apartándome muy ampliamente, hasta la contradicción —respetuosamente implícita— de las investigaciones de Spengler.

De lo concreto social, como se revela históricamente, surgen abstracciones religiosas, éticas y artísticas que, por sus nuevas virtudes y encumbrado sentido ideológico, asumen, o recobran tal vez, un valor de ente específico.

¿Es, acaso, que de él, como de un caudal de flores, por destilación mental se extrae un perfume, esencia preexistente y sólo enantes escondida en la entraña de la otra entidad?

Ello es que todo en la Naturaleza obedece al número. Para constituirse lo que es, para actuar, la energía requiere, como en las radiaciones diversas de que se ocupa la física matemática, poseer un determinado número, y una determinada longitud de onda que es número también, y un cierto ritmo, que no otra cosa es que la periodicidad de un número. Ello es que la constante de Planck, condición «sine qua non» de la energía, por donde se revela granular, como en los fotones, es un número en la más inescrutable abstracción posible y, no obstante esa índole confusa y cuasi evanescente, la realidad más definida con que hoy trabaja la ciencia.

Por idéntico cauce, las artes todas, desde la música y la poesía hasta la arquitectura, funcionan de conformidad a recónditas o expresas asociaciones del número.

La limitación de las entidades, el circuito de eficacia del átomo, la magnitud a que se circunscriben las estrellas y las nebulosas mismas, la ilimitación del universo, en fin, están ineluctablemente subordinadas al número; y la posición, fuente de virtudes de las entidades compuestas, o de los cuerpos compuestos como se dice en química, emana de la posibilidad de constituirse que le aporta el número.

Los cuerpos siderales no pueden pasar de determinado radio de cohesión sin dividirse, obedeciendo, no a una potencia que con la magnitud debiera crecer igualmente, sino a la limitación arcana de un número. De la misma manera los diámetros del átomo están sujetos a una linde de distancia para sus leyes de gravitación interna, que el número define; y las curvas de revolución de los electrones cambian de amplitud por saltos de índole numérica y no por continuidad progresiva o regresiva.

De ahí la reincidente pregunta: ¿El número es una entidad, una magnitud o un mero signo? ¿Es acaso el signo de una magnitud de la entidad?

No parece: Da la impresión de ser una relación, pero una relación que tuviera actividad. Una relación substancial.

El número no mide y limita solamente: Son los cuerpos de la Naturaleza y las acciones de la energía los que se enmarcan en él con una precisión desconcertante.

Si fuera signo de magnitud meramente, ésta actuaría en cualquier porción y en cualquier posición en que se hallara, siendo lo esencial activo. Mas sólo obra como ya lo dije, en determinada cantidad, sometida a un número; en determinada posición, definida por un número también, y con determinado ritmo, de norma numérica inconfundible. Luego el número aparece ser algo más que una medida externa de las magnitudes de la entidad, más que un signo o cuadrícula de que la mente humana se sirve para limitar, y así entender mejor, la Naturaleza. Un no sé qué recóndito de causa se vislumbra en sus relaciones con la entidad. Un no sé qué que semeja un sino.

Y como para actuar se requiere que asuma determinada relación, y no determinada magnitud, es como relación, es decir como esencia numérica, y no cual magnitud como él actúa. Conservadas las relaciones hay acto, conservadas las magnitudes sin ese orden, el acto no se produce, luego lo esencial es la relación.

Y así tenemos que el Número es como una relación activa, como una esencia; por donde entidad y relatividad se confunden.

Se pudiera reargüir que es una condición esencial solamente, como la temperatura para ciertas reacciones fisico-químicas. Ello es sin duda aceptable, si no se piensa que una condición esencial aporta alguna energía esencial también: El calor, mera agitación de las moléculas, podría obrar poniendo en mayor contacto los elementos, pero entonces no se explica uno cómo los que ya estuvieron unidos, aunque limitadamente, no se combinaron en la proporción de ese contacto. Luego incluye otra energía en la energía pre-actuante, para determinarla y ser así concausa y no condición externa meramente.

La misma Divinidad, en la mente de los más sutiles pensadores, es de suyo una esencia matemática, que comprende a la vez lo simple y lo complejo, en contradicción aceptable.

De ahí que uno al meditar en estas cuestiones supremas del ente y de la vida, piense que la esencia de la Divinidad y de la Naturaleza no difieren, y que su último «quid», su intimidad recóndita, es el número, ya que toda cualidad estriba en una posición, que es numérica, ya que toda acción se cumple en ritmo, que es numérico a su vez, ya, en fin de fines, que la única posible transición de la nada al ser sólo puede compararse al puente sutilísimo que

va del número concreto al abstracto, paradigma de todos los arcanos que es dado contemplar a la inteligencia del hombre: Pues que el número es en la mente y es en la realidad inextricablemente nada y todo, lo infinitesimal y la infinitud, lo que ayuda a entender y no se entiende.

Grave peligro nos asecha en estas meditaciones de pretender pasar de entidades meramente imaginadas a realidades concretas, de objetivar los entes de razón. Repreguntémonos: ¿Es acaso el número la cuadrícula que la mente humana pone a la realidad para entenderla, al modo práctico que lo hace el artista al copiar algún dibujo o los sabios para contar objetos diminutos y numerosos? ¿Es meramente una norma del entendimiento humano y no emana de la naturaleza misma?

Aunque así fuese, ya el entendimiento hace parte de la naturaleza y, por ende, incluye en la objetividad sus creaciones; ya, en fin, sabemos que los animales superiores entienden el número, dentro de cierta limitación, como se ha revelado claramente en perros, elefantes y simios, en comportamiento espontáneo y no por trucos de embaucamiento. En muchos insectos ello parece también presumible.

Mas no es así: La unidad que engendra la multiplicidad de los números tiene equivalente desconcertante en la base única de todos los elementos, que al repetirse se diversifica hasta la infinitud o la ilimitación, a lo menos. Este circuito de la unidad a lo múltiple, que en ambas series se cierra sin solución de continuidad, posee la inefable sencillez que adscribimos a Dios.

13—EL NUMERO, EL ESPACIO Y EL TIEMPO. En justa apreciación de estas disertaciones muy poco parece que avanza el esclarecimiento del mundo y de la vida. En contrario, surgen más intrincadas paradojas, punto menos que insolubles.

No se puede negar un fondo de verosimilitud a la frase pitagórica de que «La Naturaleza es numerable» y, por ende, íntimamente subordinada al número. Mas, de ahí a la proposición inversa de que «El Número sea naturable» o, para traducirla a mejor estilo, que «El Número sea objetivable», hay graves inconvenientes de lógica y de física.

Es verdad que el punto matemático inextenso genera, en la geometría euclidiana a lo menos, la extensión, y que partículas ya casi infinitesimales de la constitución de la materia, se aproximan

mucho a ese punto ideal, y más semejan una abstracción, un número, un concepto, que porción de substancia ponderable y mensurable: Tal así los nodos de energía, digamos un fotón, en que vibración y materialidad confluyen inextricablemente; así también, en más apurada consecuencia, en la opinión admitida por algunos técnicos de la física-matemática, de que las vibraciones dispersas en el cosmos pueden concentrarse de nuevo en partículas de átomo.

En todas estas divagaciones vamos orillando unas veces la precisión técnica, otras la eliminación de la realidad: Vamos marchando entre la nada y el número.

¡Y se tropieza en tales disquisiciones con tantos, y tan vertiginosos paralogismos! La unidad concreta no puede engendrar la multiplicidad, porque a un ente no le es dado ocupar dos espacios a un mismo tiempo, y al suponer que se duplica, se presupone igualmente que pasa a otro espacio sin dejar el primero. Mas, en lo mental si hacemos esta transición, pensando dos veces la unidad, lo que se descifra considerando que esta duplicidad es temporal y no espacial: se sucede y no se desaloja, no se «desplaza», como ahora dicen. Ello ocurre así en la mente, porque ella es temporal y no espacial, bien definidos a lo menos. Tiene duración y sucesión, mas no corporeidad, no espacio. Por donde se puede aceptar que ideológicamente la multiplicidad emane de la unidad, mientras que en la realidad, en lo concreto, la unidad no puede pasar a multiplicidad, porque lleva en sí su propio espacio, sin posible transición a dos espacios, lo que nos conduce a suponer que concretamente la unidad se abstrae de la multiplicidad, por limitación o síntesis.

Y sin embargo, no hemos agotado este discernimiento: La unidad concreta al actuar tiene que hacerlo temporalmente, y tiene que hacerlo transitivamente, es decir, hacia fuera. Esa acción hacia fuera no puede producirse sin ir creando el espacio de su actividad, y por este proceder ineluctable, lo que es tiempo, sucesión, acción, va transformándose en espacio, en realidad externa, en concreto aparte, en multiplicidad espacial *aññ*.

Resuelta así mediocrementemente esta paradoja inicial, poco más hemos ganado. Tendremos aún que presuponer que el número, entidad meramente ideológica, es activa, para poder engendrar espacio y tiempo, y hacerse concreta: para poder pasar de psiquis a phisis.

Aquí el peligro fundamental estriba, como lo he anotado varias veces, en dar a la analogía, a los *procesos mentales* de entendimiento de las cosas, un valor de substancia, dar por realizado lo que sólo es una comparación con lo realizable. Pues bien, en la base

de toda realidad, mental o física, se encuentran siempre estos dos fundamentos insolubles en sí e insolubles en su comportamiento, la energía y el número; lo que, sin esfuerzo desconcertante, se puede traducir por la expresión más simple de «Número activo», como última visión que podemos alcanzar de la naturaleza que somos y en que vivimos.

Dentro de esta hipótesis tenemos aún que acordar aquel «Número activo» con el concepto o pre-concepto, de un «Universo en trance teogónico», de que atrás tuvimos leve noticia. Y así digo que lo uno no perturba a lo otro, porque ambas conclusiones dialécticas tienen una base de sustentación en lo existente: Ya lo hemos visto para el número; y por lo que respecta a la divinidad que se va realizando «existencialmente» en nosotros y en el mundo, ni esta prodigiosa fábrica del Universo en que vivimos, ni este milagro sutilísimo de la conciencia intelectual del hombre han revelado nunca otro ser ni otro fenómeno extraño a ellos. Que si por abajo, por la intimidad del ente, la substancia se resuelve en energía y número, por arriba, en la síntesis del Cosmos, la inteligencia y la experiencia nunca hallaron más cosa sensible y cognoscible que esas dos realidades o fases de la misma «abscóndita» o arcana realidad.

Pero, naturalmente, nosotros no conocemos aún todas las modalidades del ser. En un mundo ilimitado, las rutas de la investigación deben de ser ilimitadas, y quizá contradecirse parcialmente. Mientras no se halle la síntesis universal, la síntesis de la culminación suprema, lo que requiere una inteligencia de índole divinamente universal asimismo, evoquemos, las humildes verdades que están al alcance de nosotros (del mío, a lo menos...), en esta jornada nebulosa todavía y efímera del espíritu humano.

14—INTUICION Y FANTASIA. La intuición ha hecho progresar las matemáticas hasta linderos de estupefacción, de vértigo aún, pues en muchas ocasiones se ha requerido el transcurso de siglos para que la lógica y la experiencia científica logren confirmar sus hallazgos. Mas ello es que infinidad de veces somos víctimas de falsas intuiciones, ya porque la mente del presunto inventor no sea suficientemente amplia, ora, en fin, por carencia de conocimientos en el individuo o en la época de su visión intuitiva, de que ocurrirá a uno y otra equivocarse.

Existen dos géneros de intuición, el que pudiéramos definir como un razonamiento fulminante, a la manera de un corto cir-

cuíto mental, en que de premisas subconscientemente elaboradas surge una conclusión legítima, de aparente espontaneidad; y la otra, que consiste en una visión repentina de la esencia o significado substancial de un ser o de un acto: como cuando entendemos sin poder explicar lo entendido, sin hallar analogías que nos lo permitan comparar y definir. Tal ocurre en esas nociones inefables de nuestra conciencia, que han surgido por abstracción unas veces, por inteligencia prima otras, quizás.

Empero, meras fantasías asumen frecuentemente el rango de la intuición legítima, llenando el mundo literario de necedades incontables y estorbosas. Y ello es muy difícil de evitar: La evidencia es relativa a las normas que han modelado nuestra mente. La del hombre primitivo difiere de la que acepta el civilizado, la de una civilización puede no serlo para otra: Algunos teoremas de Euclides no tienen hoy la misma certidumbre con que antes nos cautivaron. Quizás, también, la naturaleza de nuestros sentidos nos induzca a errores imposibles de comprobar con otras imágenes. Ni sería fantástico suponer que la verdad, como el infinito abstracto, lo sea en la orientación en que la contemplamos: La naturaleza es tan vasta que parece amoldarse a las «ideas-matrices» con que la entendemos, en una plasticidad desconcertante, de modo que en vez de sugerir una relatividad angustiosa de inextricables laberintos, denunciara una polivalencia de entendimientos de su intimidad y manifestaciones.

Con esto quiero llegar a decir que me asiste una gran timidez en la apreciación de estas lucubraciones en que me hallo por irresistible atracción de mi pensamiento, prolijamente preocupado con materias tan abstrusas. Que se me disculpe, pues, y no se tomen mis palabras a ingenua vanidad o prurito infantil de divagaciones.

Y así digo que, en esto del número, me impresionan y desconciertan algunas visiones muy oscuras. En la historia de las matemáticas encontramos que muchos descubrimientos acerca de él, tenidos en su época por meras especulaciones inaplicables de la mente humana, hallaron luego una confirmación en la naturaleza: Los valores imaginarios que Cardano y Bombelli analizaron en el siglo XVI como un puro juego de la fantasía, concuerdan con la índole de las corrientes alternantes; la teoría de la relatividad generalizada de Alberto Einstein pudo expresarse en 1916 por el cálculo diferencial absoluto que en la mente de B. Riemann surgió de una divagación, sesenta años antes; la hipótesis fundamental de Max Planck sobre los «cuanta» y la aplicación que de ella hizo Niels Bohr

en 1913 a las nuevas concepciones del átomo aprovecharon los trabajos de Arthur Cayley (1821-1895) sobre las matrices, en su hora considerados como ingeniosa investigación apenas.

En un opúsculo mío anterior, que se titula: «De cómo se ha formado la Nación Colombiana», jugué un poco a la analogía con el cero, considerado cual un signo recóndito de la cultura cristiana. Más tarde hallé que ya algunos místicos de la India tuvieron esta preocupación pseudo-cabalística, como se revela en el astrónomo Bháskara el Acarya del XII, al comentar el significado esotérico de

la fórmula $\frac{1}{0}$, que él contempla como un símbolo de la Divinidad. Los contemporáneos de Euler vieron, asimismo, reconditeces metafísicas en su admirable ecuación $e^{i\pi} + 1 = 0$, en que se conjugan los números de la aritmética, el álgebra, la geometría y el análisis en una paridad de cero.

La paradoja fecunda de Galileo sobre que la parte no siempre es menor que el todo, «que puede tener la potencia del todo», ampliada en el siglo XIX por las demostraciones concluyentes de Georg Cantor y R. Dédekind para las series infinitas, se prestaría a estuendas divagaciones sobre el misterio católico de la Santísima Trinidad, en que cualquiera de las personas es tan grande como el conjunto Divinidad que constituyen.

La idea, relacionada con lo interior, de que una serie matemática infinita puede engendrar infinitas otras series, conduce, por analogía, a pensar que el infinito abarca infinitos infinitos, y aún, que la unidad se confunde con él, que sea de esencia infinita, para poder generarlo sin contradicción filosófica: Es verdad que los matemáticos suponen que una serie finita repetida infinitas veces da un infinito, mas ello es que en el fondo de este raciocinio se confunden lo infinito «concreto» con un infinito «abstracto», y a la resultante se le concede a priori el signo concreto, cuando debiera adscribirse el abstracto. Así, por ejemplo, si multiplicamos a menos por más, el resultado será de signo menos, y al dar alguno de estos signos a lo concreto y a lo abstracto, el más correspondería a lo primero y el menos a lo segundo, fantaseando un poco.

Sin embargo, no puede uno adherir severamente a la analogía de conceder signo negativo a lo abstracto: Pues nos resultaría que multiplicando dos abstractos obtendríamos un concreto, como v. gr., multiplicando el espacio—tiempo ideal por el número ideal, obtener materia—energía. Sería demasiado atrevimiento aún. Ello nos encauzaría en la confusión de lo mental con lo real, tan fre-

cuenta en estas disquisiciones, y tan temible. Quizá el signo que le corresponde mejor sea el \pm (más-menos), como al cero transitivo de las series positiva y negativa decrecientes.

Con todo, nadie está hoy seguro de que el Universo no sea un drama mental meramente. El cero, conceptualmente considerado, no en sus virtudes de signo de posición y decena, ni en su historia gráfica, sino en las reconditeces de intuición a que se presta, tiene valores absconditos. Cuando John Wallis (1616-1703) representó el infinito con la unión de dos ceros acostados, tuvo una coincidencia formal impresionante: Si acaso nos fuere dable hacer de él el símbolo de lo abstracto, ya ese valor suyo indiscernible, pues que no es negativo ni positivo, sino transitivo en las series del más al menos: $+3, +2, +1, 0, -1, -2, -3$, nos colocaría en la ruta de suponer un puente ontológico entre lo mental y lo real, como en alguna manera lo es entre lo positivo y lo negativo, entre lo abstracto y lo concreto.

Si los matemáticos aceptan un infinito conceptual o, a lo menos, una negación de límite, y la físico-química no puede operar dentro de esa infinitud, pues que tiene que circunscribir a un espacio-tiempo sus funciones, lo abstracto se revela como un género que abarcaría las especies de lo concreto: La intuición no entiende que lo increado sea infinito, sin depender de otro ser, ni que lo creado sea infinito, sin confundirse con su creador; pero a ella no repugna que lo infinito «engendre» infinitos, se exprese en «ilimitados», que aún no podemos abarcar en su unidad inconmensurable.

De ello le ocurre a uno un buen turbión de fantasías filosóficas: Así como los teólogos afirman que es imposible a la Divinidad mentir, porque ello implica una contradicción de su misma esencia, podríamos nosotros presuponer que le es igualmente imposible crear «ex nihilo» un mundo ilimitado e imperfecto, porque todo acto de su infinita sabiduría y de su potencia infinita que no fuese infinito y perfecto disminuiría su personalidad: significaría una auto-limitación contradictoria de su infinitud. Por donde uno llega a concebir la imposibilidad de un «no-yo» universo al lado de un «yo» aisladamente divino.

Ahora bien: Esta incesante ampliación del sentido del número que posee la humanidad, este abanico abierto hacia la infinitud, tiene que ser de esencia inmanente, de lo que denominamos «divino», cual si, como lo he expresado tanto ya y tan torpemente, la conciencia del hombre fuese el testimonio y el testigo de un «trance teogónico», de una divinidad que estuviera revelándose en este portentoso avatar del mundo, en que vivimos alebrados y perplejos.

LA DIOSCUROS CIFRA. Los grandes lógicos de la ciencia matemática, Poincaré digamos, conceptúan que los números son instrumento mental, y por ende nos indican así que toda tentativa de adscribirles otro valor, sobre todo el de una realidad al lado de las esencias, es aventura de la fantasía solamente.

Ello es indiscutible para todo el mundo de la experiencia matemática, pero puede haber otros campos que requieran la interpretación del número como principio de la realidad o de la actividad, a lo menos, sin contradecir la sabiduría de estos grandes pensadores.

El nacimiento histórico del cero, v. gr., es de una sencillez desconcertante para el que compare este hallazgo con los miles de siglos que necesitó su advenimiento en la evolución de las culturas: Hacia el siglo primero de la era cristiana, acostumbraban los Hindúes encasillar los números para darles su valor de posición, y así, por ejemplo, el uno y el dos, que juntos significaban doce, los separaban con una casilla vacía para que significasen ciento dos. Ese cuadrado sin número fue llamado, naturalmente, «vacío», en su lengua «sunya», que traducido en árabe por «sifr», dio origen a las voz générica «cifra»; y que traducido al latín por «zephirum», fue transformándose en «cero».

Hasta ahí lo instrumental aparece indiscutible en esta historia. Ello es, sin embargo, que a más de la evolución morfológica, es justo considerar también la evolución del «sentido del número» que poseen los animales y el hombre. Las cosas cambian de mérito según como se las considere: Probablemente en buena lógica lo múltiple emana de la unidad, pero tal vez en el dominio de la experiencia, la unidad se abstrae de lo múltiple, pues en el fondo, sin duda, el concepto de la unidad es más difícil. Así en la valoración del número, y no en la numeración formalmente considerada, podemos diferenciar un instrumento morfológico, un «signo», que tiene proceso histórico en las culturas y un «quid», un algo, que se advierte en la filogenia, determina el «sentido» suyo en la serie animal, y el concepto de su valor en el hombre.

El confuso símbolo de los Dióscuros, hijos de la divinidad y de la humanidad, uno humano y divino el otro, vinculados a un principio germinativo universal, en su procedencia de un huevo híbrido y en su conjunción nominativa de «Zeus» y «Koro», divinidad fecunda y virginidad, es decir, indeterminación, nada que se hace principio, como las niñas, las «Kore», recuerda la trayectoria conceptual del cero de valor y sin valor preciso:

En la serie: más tres, más dos, más uno, cero, menos uno, menos dos, menos tres etc., representa la posición de una unidad. Dividida esa unidad por cero, da infinito. Dividida cualquier cantidad por infinito, da cero: $\frac{m}{\infty} = 0$; y así obtenemos que infinito multiplicado por cero es igual a m : $\infty \times 0 = m$. Necesidades de lógica matemática que nos desconciertan.

Por manera que si quisiéramos jugar a las paradojas matemáticas que fueron caras a Zenón, podríamos considerar lo siguiente: Una recta, en geometría no euclidiana, se cierra en el infinito. Aislando mentalmente dos porciones de esa recta, ambas son infinitas. Suponiendo que esa recta es la trayectoria de una energía, una línea de fuerza, esa energía irá degradándose a medida que recorre su trayecto infinito, de manera que para poder llegar a cerrar la curva, se requiere una energía infinita en el punto de partida. Y como este punto de partida es el mismo de llegada o cierre de la curva energética, podemos considerar el problema así: Interceptando esa recta o línea de fuerza en un punto, mirando hacia atrás tenemos una serie ascendente de signo más, es decir que mientras más se retrocede, mayor es la potencia que hallamos; y de la intersección en adelante, una serie progresiva de signos menos, es a saber, que a medida que se avanza, disminuye la potencia. Como estas dos series se juntan, se cierran en un punto colocado en el infinito, este punto tendrá una potencia inicial infinita y una igual a cero, con signos mas, menos (\pm). Ahí, infinito y cero equivalen en posición: $+\infty - \infty = 0$.

Ahora bien, como lo abstracto no es positivo ni negativo, sino simbólicamente de signo más, menos (\pm), aquel punto ideal, que puede ser real en física, es abstracto por algún aspecto y concreto por otro. Entonces, infinito y cero, nada y abstracto, abstracto y concreto se corresponden en una recóndita indentidad, en una a lo menos.

Y si consideramos que lo abstracto es mental de suyo, podemos anadir que infinito y nada, cero y abstracto, abstracto y concreto, concreto y mental, se confunden en alguna manera también.

Y si un punto es la unidad, y la unidad engendra lo múltiple, la unidad resulta tan infinita como la infinitud de las series, ya que virtualmente la posee y realmente la engendra, ya que en un punto concreto, puede ser una unidad de potencia infinita, como acabamos de verlo, luego, infinito y nada, cero y abstracto, abstracto y

concreto, concreto y mental, unidad y pluralidad, causa y efecto, se confunden en esta intimidad, cuya abscondita:

... Sino que la tal paradoja no tiene fundamento matemático alguno: Ni por línea de fuerza se entiende una dirección de la energía, ni esta tiene propiamente rumbo en el sentido que nosotros lo entendemos, ni a los signos más y menos (+, —) corresponden los significados que les hemos supuesto, ni lo abstracto y lo concreto pueden caracterizarse por tales signos. ... La paradoja resulta, pues, un galimatías sin pies ni cabeza. Empero, con presentarla así se sugiere a la mente del lector el mundo de revelaciones, que un avance de esta índole, o una mera hipótesis de trabajo, pueda descubrir algún día en manos de una inteligencia superior, como ocurrirá muchas veces en un futuro, ... que infortunadamente no veremos nosotros. ¿Acaso la hipótesis contemporánea de un espacio «activo» no trastruca ya muchas de nuestras concepciones más firmes?

Esta paradoja despierta asimismo la inquietud sobre el hecho histórico de que cuanto la mente humana ha descubierto de virtual en el número, la naturaleza lo ha revelado después en alguna de sus funciones.

Por ello me atrevería a pensar que en el número existe algo más que un instrumento de medida inventado por la mente humana, y ligarlo, más bien, a la esencia de que deriva el «sentido» suyo, revelado en los seres animales, y en la conducta de la naturaleza.

15.—REALIDAD DE JUICIO Y SENCILLEZ. Nadie ha visto a Dios. Su imagen indefinida y el concepto que de él tenemos lo sacamos de una lenta elaboración histórica de la mente humana y de nuestra propia sensibilidad. El uno y la otra surgen de una evolución milenaria de cultura y de una potencia individual de intuición. Pero nadie le ha visto. Cuanto de él afirmemos es producto del espíritu escudriñador del hombre, hijo es del hombre, obra suya, y tal vez su creación suprema. Todo cuanto haya de divino en este concepto de la divinidad enaltece la causa que lo engendró, por donde, si discretamente juzgamos, habremos de conceder al espíritu del hombre un «quid», un «quantum», alguna participación de esa misma divinidad que busca ansioso y en partes define.

Jamás vieron a Dios los hombres bajo las especies de persona, de entidad distinta de esta Naturaleza en que vivimos y de que somos porción fugazmente diferenciada. Ni hallaron vislumbre cie-

ta de otro mundo espiritual, sede de un Dios ni de sujetos racionales allegados a Él. Se dice que la falta suya de corporeidad impide al alma, sometida a normas de naturaleza sensible, percibir aquellos seres y el mundo en que viven. Mi entendimiento rehuye discreta pero firmemente, aceptar estas razones: Si se admite, ajustándose al concepto que nos hemos formado de la Divinidad, que de ella no se pueden pensar algunas limitaciones, por ser «imposibles metafísicos», que le es imposible disimular, por ejemplo, y que no le es dado contradecirse, porque estas cosas no serían limitaciones de poder, sino limitaciones de perfección, yo me atrevería a sugerir que tampoco le es posible ocultarse, limitarse, contradecir su universalidad y magnificencia. A mí me repugna la concepción de una Divinidad que jugase al escondite ante la tragedia desgarradora e insoluble de su frágil criatura humana.

Y pienso, asimismo, que ninguna obra de sus manos podría oponerse a sus propias virtudes y contrariar su esencia, de donde se sigue que la materia, aunque aceptemos el concepto inveterado que de ella antes se tuvo, no puede, ni por un milagro, eclipsar la visión de un Dios, estorbar su evidencia, limitar su irradiación ontológicamente irrestringible.

Viendo, como vemos, un proceso de espiritualización de la Naturaleza, una marcha constante hacia la conciencia universal, tenemos que admitir que es dentro de esa Naturaleza donde se realiza lo divino, donde, paso a paso, se esclarece mentalmente y se expresa «existiendo».

Y como quiera que dentro de esa Naturaleza es la conciencia humana lo mejor que parece sustentar aquellos atributos de lo divino, he pensado largamente que el Universo es una entidad en «trance teogónico», un Dios que se informa y objetiva en la infinitud de los seres. El tiempo y el espacio no aportan limitaciones de este drama inmenso, porque son apenas el cauce, la huella, de la manifestación «existencial» de Dios.

Ni el concepto de materia es ahora una modalidad miseranda del sér: Tiene entraña substancial de energía, funciones de esa índole, y aquella energía genérica, que es luz en la intimidad de sus manifestaciones físicas, luz de actividad exterior, es, asimismo, conciencia intra-reflexiva, intro-vertida, en su actividad psíquica, luz de luz, por decirlo más ahincadamente.

Esto se puede colegir de lo que se ve, y yo no me atrevería a elaborar un concepto de lo que no es perceptible en la realidad, porque crear entes de razón para adscribir a ellos actos que no en-

tendemos de otra manera, me parece un círculo vicioso de sutilezas verbales.

Es posible que existan muchas cosas que el entendimiento humano no pueda contemplar aún, pero, a uno no le es dado asentir sino a las que percibe conforme a las relaciones naturales del Mundo y del espíritu.

16.—RESUMEN. De todos los argumentos que asedian la mente en afanosa búsqueda de expresión, destaquemos los que revelan mayor apariencia de verisimilitud y precisión científica.

Si contemplamos el Mundo Universo en síntesis más y más comprensivas, llega un instante en que se nos disuelve en una fórmula de abstrusas geometrías pluridimensionales, en un número límite de la capacidad intelectual del hombre.

Si lo analizamos en sus elementos hasta las fronteras de lo inteligible infinitesimal, otra vez se nos disuelve en una ecuación abstracta, en un número.

Cuando inquirimos el cómo y el por qué de la reflexión peculiar de la mente humana, de esa «intra-reflexión» que atrás he mencionado, no la entendemos ni como materia ni como energía, y sólo en la prodigiosa reversibilidad del número, en ese integrarse y desintegrarse que les es característico, por suma y por división, por potenciales y raíces, con una plasticidad cuasi infinita, sólo en él podemos decir, se reúnen condiciones similares a esta función suprema del espíritu.

La mente humana mantiene una sed insaciable de entendimiento, desinteresado, superior a las conveniencias pragmáticas de la vida, que nos revela ser de índole más sutil y noble que la nuda individualidad, y aun que la humanidad conjunta: Es un apetito indeclinable de superación, de consciencia del destino, de llegar a una cumbre que sólo vislumbra aún en indescifrado presentimiento, y que es inútil y hasta estorbo para cumplir las meras funciones vegetativas y reproductivas de la especie. Tan raro anhelo debe vernos de una misión de devenir, de un sino arcano de la existencia.

Elo se confirma cuando vemos que esta aspiración individual no se extingue con el hombre, sino que se enlaza a la de otros individuos, se armoniza en el conjunto humano y en él perdura y crece con cierta autonomía ideal. Es como si la humanidad constituyera en esto, y ya fue dicho por otros, un sér de vida propia.

Pues bien, el resultado de aquel apetito de entendimiento, es una cultura. Y el núcleo fundamental de toda cultura es un pensamiento, la idea que en un momento dado tiene el hombre de su posición en el Mundo, como lo he analizado en otro libro.

Tal climax de elaciones me condujo a pensar tímidamente que en nosotros y en el Universo de que somos parte, alienta un destino superior, un destino que trasciende de los meros accidentes de nuestra vida, pero en ella y con ella, hacia la realización «existencial» de un Dios, «Pensamiento que se objetiva», «Universo en trance teogónico», «Número activo».

Elo es muy vagaroso aún, pero no sé más: Que otros me auxilien y corrijan.

17.—EVOLUCION DE LA VIDA. Y ahora, regresemos a nuestros estudios de Sociología.

Larga es la serie de discusiones técnicas a que ha dado margen la hipótesis de una graduada evolución, paulatina o repentinamente realizada, de los seres vivos. Durante todo el siglo XIX fue trepidante y gravemente ofusadora aquella litis porque se quiso elevarla a la categoría de un combate a muerte entre la religión y la ciencia. Serenado el ambiente, hoy podemos contemplar este estudio con ánimo discreto, notablemente interesado apenas.

Al avanzar las investigaciones geológicas, dióse a poco más con restos de vida conservados en las rocas de sedimentación, indicios evidentes de que en remotas edades los seres vivos de la flora y de la fauna se sucedieron en alguna ordenación progresiva.

Planteando el problema en una forma infantil resalta mejor su necesidad impresionante. ¿Sería posible que en esta llanura que tenemos en frente de nosotros súbito surgiesen de la tierra o del aire o de un rayo de sol un par de seres vivos, de caballos, por ejemplo, o de leones, o más pequeños si eso place así, como liebres o musarañas diminutas? Acaso no sería el milagro más desconcertante, el prodigio que nos llenaría de pavor, ver de pronto levantarse de la nada un mastodonte andrónico o un búfalo de las praderas a recorrer los campos con su estructura definida y su peculiar comportamiento específico?

Pues bien, si ello derrota la imaginación más alocada, si contradice y en alguna manera rompe los procesos de la creencia humana, al reducir las proporciones del milagro hasta hacer que el presunto surgimiento se realice en escala de miniaturas, no resuelve

las dificultades. Ni vale presuponer otras edades y ambientes, exóticos ahora en nuestro mundo: Irreductible será en toda circunstancia la negativa de la mente humana a entender esta aseveración de una creación repentina, ab initio estable.

De ahí que busquemos dialécticamente otra ruta de entendimiento de esta realidad de existencia de las especies superiores, de ahí que, aun sin prueba científica ninguna, por natural inclinación de la inteligencia adoptemos la hipótesis de un lento desarrollo de los seres vivientes.

Y ocurre que en la serie de reliquias halladas en el subsuelo vense estructuras de seres que vivieron en remotos períodos de la tierra enlazadas en una ordenación que sí satisface, aunque sea parcialmente y con graves interrupciones, aquella demanda lógica de la mente. Mucho se dice, en contra, que la mayor parte de las especies que se consideran troncos de evolución subsisten en nuestra época, desde los primeros gusanos, tal vez del pre cámbrico, y los insectos y muchos unicelulares e invertebrados que iniciaron las series más distantes de la organización vital. Mi discernimiento no se perturba con ello, porque no entiende que las modificaciones que el ámbito o las peripecias del vivir imprimieran en algunos debieran afectar a todos ineluctablemente, ni que las disposiciones de variación que casuales diferencias orgánicas hubieran determinado en un individuo, cual es ocurrencia asaz frecuente en los animales y vegetales domésticos que tenemos a la vista, debieran acaecer a todo el grupo correspondiente.

Siendo incesante la modificación del ambiente planetario en que vivimos, desde la luz solar, la composición de las aguas, las cualidades del aire, las combinaciones elementales químicas del suelo, la elevación y orientación espacial de la superficie terrestre, la índole de los climas, las mismas posiciones intersidiales tal vez de nuestro sistema solar y del interplanetario, debe de causarse una readaptación indefinida y perenne de los seres animados para conformar su medio íntimo al ambiente exterior. Unos lo logran mediante funciones de resistencia, otros sucumbirán sin duda, y algunos padecerán favorables mutaciones orgánicas que les faciliten la subsistencia en modalidades raciales o específicas diferentes.

Si esto se hace de esta o de aquella manera, por repentinos cambios que lentamente se estabilizarán después, o por imperceptibles desviaciones del tipo común que se van aunando y apoyando mutuamente, esto yo no lo sé, ni me interesa elucidarlo en este instante. El hecho desnudo de una progresiva diferencia-

ción de las especies en el dilatado decurso de las edades geológicas, es cuanto puedo aceptar con las reservas de la natural incertidumbre que aflige al espíritu humano en este grave predicamento de las investigaciones científicas. Porque para trabajar en cualquiera de sus ramas, debemos acogernos a alguna base de criterio, a alguna norma. Mas ello es muy verosímil que en la universal vida se presenten todas las modalidades que hemos enunciado: persistencia de especies, la mutación repentina y la lenta evolución.

Y no es sólo la comodidad de seguir el camino de lo más posible por eliminar así los obstáculos, lo que me guía a dar asentimiento a esta hipótesis de las ciencias naturales: unos pocos hechos confirman mi discreta opinión en esta materia, como los que vimos en la sucesión de las especies de las grandes épocas de la geología, y los muy verosímiles términos de transición que enlazan unas a otras, cual puede apreciarse en el siguiente cuadro estadístico:

1. Evolución orgánica:	Aparece en....
El núcleo	Amibos protozoarios.
Red nerviosa	Hidra. Celentéreos.
Boca	Anemonas.
Canal excretor alimenticio . . .	Gusanos planos (Plathelminths).
Ano	Infusorios.
Sangre	Gusanos redondos (Nemathelminths).
Sistema nervioso central . . .	Tenias.
Branquias de oxigenación . . .	Moluscos.
Corazón	Amphioxus (Anfioxo).
Notocordio	Amphioxus.
Cabeza, órganos sensoriales y de locomoción	Moluscos Artrópodos.
Principio de vida terrestre . . .	Babosas, caracoles, ciempiés y vertebrados anfibios.
Instintos elaborados	Insectos.
Sangre caliente y memoria asociadora	Reptiles superiores.
Inteligencia y confianza en la vista y las manos	Cuadrumanos.
Palabra y herramientas	Hombre primitivo.

Contemplando solamente los vertebrados, se pudiera trazar una serie, un poco «noveada», como sigue.

I.—Terrenos Primarios: Paleozoico:

Ordoviciano	Lampreas, Ostracodermos.
Siluriano	Tiburones, Gnathostomos.
Devoniano	Ganoides, Esturiones.
Carbonífero	Primeros vertebrados de cuatro miembros; Batracios, Anfibios, a través de los Dipneustos.
Pérmico	De Batracios a Reptiles. De Batracios a Mamíferos, a través de los Theromorfos y Theriodontos. De los Reptiles a las Aves.

Terrenos Secundarios: Mesozoico:

Triásico	De los Theromorfos a los Dicynodontos: Mamíferos inferiores, como los Monotremas (¿Vínculo con las Aves?)
Jurásico	De Monotremas a Marsupiales Placentarios.
Cretáceo	Insectívoros, Tupálidos o Musarañas, Társidos, Lemúridos y Prosimios o Proto-simios.

Del Terciario al Cuaternario: Cenozoico:

Eoceno	De los Tarsoideos y Lemúridos a los Platorinos de América, a través de los Notarctus, vecinos de los insectívoros y de los Adapis, ya Prosimios.
Oligoceno	Los Platorinos americanos evolucionan en el Fayúm (?) (Alto Egipto), hacia los Propiopthecos, primeros antropoides, que en el Mioceno y Plioceno se extienden por toda Africa.
Mioceno y Plioceno	Australopithecus

Plioceno o

Pleistoceno (Cuaternario) Pithecanthropo, Sinanthropo, Neanderthaloides, Tasmanoides, Boschimanos, Pigmeos, Cromañones, Americanos, Proto-mongoles, Alpinos, Mediterráneos, Indoeuropeos etc.

II.—Vínculos posibles de transición evolutiva.

Entre plantas y animales.	Volvocinos.
Entre protozoarios y metazoarios	Euglena.
De los malacostráceos a los	Insectos.
De los gusanos a los	Peces (Lampreas).
Entre los invertebrados y los vertebrados	Amphioxus.
De los batracios a los	Reptiles.
De los reptiles a las	Aves.
De los insectívoros a los	Társidos.
De los társidos a los lemúridos (Cretáceo inferior).	
De los lemúres a los simios (Eoceno inferior).	
De los simios a los antropoides (Dryopithecus del eoceno superior).	
Del Dryopithecus a un homínido (Plioceno medio).	
De los marsupiales pudieran también surgir los lemúridos (o lemúres) por el eslabón del Adapis y de los lemúres pasar a los simios por el Anaptomorfus.	

El hombre podría derivar de una rama ascendente de los lemúridos, perfeccionada en el Pleistoceno.

18.—LA VIDA EN EL CONTINENTE AMERICANO. En puridad de verdad, toda esta disertación conduce a prepararnos el camino de un informe sobre las condiciones que América ofrece a la posible aparición de seres vivos y a sus cualidades como medio adecuado o impropicio para prosperarlos o sustentarlos siquiera.

En un tratado de sociología de estos pueblos, tal investigación es fundamental, si queremos vivir en función de inteligencia, acomodar nuestra política administrativa del Estado, de la sociedad, de la familia, y aun de las personas, a una conducta de previsión de defectos y de selección de virtudes en pro de un efectivo progreso espiritual y de una civilización autóctona.

No carece de importancia el hecho de que casi todas las migraciones animales y humanas se hayan producido de la América del Norte a Sur América. Desde el instante en que en el plioceno o en el mioceno superior se soldaron las dos porciones del Continente por el Istmo de Panamá, una ola de mamíferos superiores, carnívoros y rumiantes, invadió las regiones australes. Durante la última glaciación del cuaternario llegaron a la América Meridional el mamut, buey almizclado, alce, osos de gran tamaño, como el *Arctotherium*, caballo, toxodonte (semejante al hipopótamo), mastodonte, esmilonde (tigre de grandes colmillos), megaterio, eumilodonte y gliptodonte (desdentados), *chlamidotherium* etc.

El hombre mismo parece que siguió esta ruta, pues muchas son las naciones aborígenes de procedencia norte y centroamericana que luego ocuparon lo que más tarde habría de constituir a Colombia, Ecuador, Perú etc., marcando desde entonces el sino imperialista que la historia contemporánea ha visto desarrollarse en el pueblo yanqui.

Es éste un hecho de la historia natural que justifica algunas observaciones técnicas, pues está de acuerdo con la mayor abundancia de especies superiores, de mamíferos placentarios, grandes rumiantes y grandes carnívoros que produjo el Norte, a la inversa de lo ocurrido en la América del Sur, donde las mismas especies no prosperaron. Aquí en Colombia tuvimos, en sólo la Sabana de Bogotá, más de veinte especies de mamíferos superiores: Mastodonte andino, esmilodonte, megaterio, caballos, una llama, una cabra etc., que sobrevivieron hasta el cuaternario, pero a la hora del descubrimiento ningún animal de grandes proporciones fue hallado en nuestro país, ni en los que le continúan meridionalmente. No vióse en él nada similar al bisonte de las praderas norteamericanas, ni los osos, tigres, cérvidos, digamos, tenían ni tienen la corpulencia de sus semejantes nórdicos.

Grandes animales hubo en la zona austral propicia, pero de especies atrasadas, como son los desdentados, los quelónidos, los saurios. Una que otra especie superior, como el famoso esmilodonte, sufrió grave deformidad de sus defensas y desapareció luego.

El hombre mismo denuncia notables diferencias de fortaleza y de tamaño en favor del hemisferio septentrional, como si las condiciones de suelo y de clima fuesen inferiores en la porción que nos ha correspondido. De Norte América emigraron quizás camélidos y equinos hacia otros continentes. De América Meridional marsupiales. Ninguno de los dos triángulos del Continente produjo cuadru-

manos tal vez ni homínidos: El *Anaplorhina* Homúnculos del Eoceno no prosperó, y los dos cuadrumanos vistos en la frontera colombo-venezolana y colombo-brasileña respectivamente, están demasiado «solos» para no ser leyenda o «mistificación» sensorial de los viajeros.

Es importante el hecho de que Asia y África fueran tan ricas en grandes especies. Los elefantes, jirafas, hipopótamos, rinocerontes, leones y tigres, camellos y bóvidos, amén de varios simios de mucha corpulencia, allá surgieron o prosperaron en selvas y desiertos, en áridas estepas o en la ribera fangosa de los grandes ríos del trópico. Algún elemento cósmico o peculiar de sus suelos produjo esta creación desconcertante. Aun en otras apartadas regiones, como Nueva Zelanda y Australia, que fueron aisladas del resto de los continentes, vieron surgir en sus faunas añejas grandes dimensiones, como en las aves de la primera (el moa, v. gr.), casi monstruosas, y en los marsupiales de la segunda, que dentro de su modalidad sistemática presentan las ramas fundamentales que en otra orientación crearon los demás continentes, rumiantes y carnívoros no placentarios, por ejemplo.

Otra realidad digna de meditación prolija nos presenta la evolución de los aborígenes de uno y otro macizo continental americano: Los que habitaron el sur, aunque emanaron de los que permanecieron en el norte, eran, y son en sus descendientes, menos altos y fornidos. Los Pielas Rojas, término genérico del indio norteamericano, gozan de mejor salud y de resistencia mayor que los nahuas que emigraron a regiones meridionales. Los Chibchas que vivieron en la meseta fría de Bogotá y las vertientes de la Sierra Nevada de Santa Marta, v. gr., no sujetos a la acción patológica tropical, así como los habitantes de iguales zonas en el sur de Colombia y Ecuador, no tuvieron, ni ahora tienen, destacada estatura. Apenas ofrecen signos musculares de adaptación y órganos respiratorios adecuados a la vida de las cumbres. Allá, por el extremo meridional del Continente torna otra vez a mostrarse algún vigor físico en los grupos étnicos de Charrúas, Araucanos y Fueguinos (los Onas, especialmente).

La paleontología americana y la prehistoria parecen indicar que hubo algún cambio muy profundo en las condiciones climáticas de este Continente a fines del terciario (en que aun era ardiente la región que hoy corresponde a Bogotá) y comienzos del cuaternario, cuando las especies mayores de su fauna emigraron de aquí o se extinguieron. Es posible que en el curso de las culturas Maya,

Keshwa y aún Muyska fueran afectadas por esta lenta depresión de las cualidades biogenéticas del suelo y clima de esta porción del mundo.

Empero, aun sin aquella minoración regresiva, no alcanzo a explicarme cómo la dilatada selva tropical de la Amazonia no produjo, ni sustenta hoy, especies dignas de su desconcertante magnitud, cuando la América Septentrional tiene 330 especies de mamíferos, y varios miles de fósiles, repartidas en unas 144 familias, según Oliver Perry Hay. Un análisis de su fauna y de su flora nos revela escasez y hasta mezquindad en su biología: Ningún placentario superior de gran corpulencia. En cambio, cincuenta y siete especies de monos insignificantes (tan pequeño alguno como un ratón), noventa y siete de vampiros y murciélagos, gigantes a veces, como el *Filostoma Espectis*, de sesenta centímetros de anchura en las alas; doscientas treinta y seis de reptiles, cuatrocientas de arañas, inclusive algunas monstruosas y dañinas, como la llamada en portugués «Caranguejeira», de picadura mortal; cuatrocientas especies de hormigas, tan dominantes biológicamente como las célebres «Tambochas», que en Matto Grosso denominan «Saca-Sata», omnívoras terribles para todo ser viviente, aun el hombre; dos mil peces, que incluyen el famoso «Caribe», así llamado en la Orinoquia, o sea el «Piraña» de los brasileños (*Serrasalmus*), devorador insaciable de sangre, terror de cuanto ser vivo tiene que vadear los ríos amazónicos; insectos chupadores, desde el «Piun» liliputiense, hasta el «Topó» de secreción urticante, por miles y miles; lepidópteros en tal profusión que probablemente ahí se da la mitad de todas las especies del mundo, unas cincuenta mil tal vez.

Esta enumeración es por demás instructiva. A falta de los gigantes, orangutanes de Sumatra y Borneo, vense grandes peces y saurios monstruosos; en ausencia del elefante indio, se agazapa en las lagunas la boa de agua (*Eunectes*) devoradora de los incautos animales que ahí van a calmar la sed. Es una prodigalidad de vida inferior, de vida del paleozoico, agresiva e inútil para el progreso de la civilización y el bienestar del hombre.

Opiniones muy acatables anuncian que la Cordillera de los Andes se ha elevado algo así como mil a dos mil metros desde el fin del terciario, produciendo graves modificaciones en el clima suramericano. Las corrientes oceánicas han debido igualmente sufrir desviaciones fundamentales con el último amoldamiento de los continentes, que verificóse por aquella misma época. Tal vez la declinación polar de la tierra, el actual declivio que mudó la situación

climática del mundo cuaternario, acentuóse lentamente en contra de las cualidades biogenéticas de esta porción del ecumene. Tampoco no está lejos de mis preocupaciones el que aquí fueron siempre escasos alguno o algunos elementos químicos del suelo, propicios a la manutención y subsistencia de las especies vivas.

Estudios todavía incipientes conducen a pensar que los animales superiores degeneran en regiones suramericanas: ya por altura, como en Bolivia y Perú; ya por grave nosología, cual ocurre en las planicies tórridas del resto continental. Este hecho ha sido anotado para los reproductores de razas finas norteamericanas y europeas que se introducen a la cordillera alto-peruana, y aun se imputa alguna infecundidad al hombre mismo recién llegado allí. En la porción colombiana no hemos registrado aquella esterilización, pero sí graves dificultades para aclimatar las nuevas razas y para que conserven luego sus pristinas virtudes. Esta ha sido una lucha de siglos, pues que los ganados introducidos en tiempo de la colonia hispánica degeneraron en todo el país colombiano: bóvidos, óvidos, equinos y porcinos etc., y, hecho más impresionante todavía, el hombre se empezeza un poco, no adelanta mucho en estatura ni en ambiciones de dominio. Los focos de colonización más notables, cual parece haber ocurrido en Antioquia, tuvieron su cumbre o fastigio en el siglo XIX, con perceptible curva de descenso contemporáneo, que es oportuno estudiar ahora. La tierra y el hombre cumplen un misterioso connubio: Ella exige, en cierto vago modo, el ser poblada, a la manera de un apetito de vida que la hace fecunda. Entonces, cualesquiera que sean las otras condiciones de la economía social y de la cultura ambiente, surgen grandes familias, vense las nidadas de veinte a treinta hijos, en un arrebató de dominación del hombre sobre la tierra. Al declinar aquel ímpetu de generación, uno se pregunta si es que el suelo se ha empobrecido en materias útiles para la fisiología humana, o si es que existe otra ley de poblamiento, incógnita aún. Naturalmente, que para tales inquisiciones he tenido en cuenta la consideración mafusana, sin que ello baste a redimir mi incertidumbre.

19.—REACCION HUMANA. La severidad con que he trazado el cuadro de las condiciones adversas de nuestro Continente para el mantenimiento de la vida superior, me autorizan ahora a emitir algunos juicios favorables.

El pesimismo que de ello pudiera desprenderse, a más de suicida, sería cobarde. Si el hombre ha tenido la vanidad y la audacia de hacer del mundo su imperio, ello le acarrea graves compromisos de orden técnico y moral, que debe asumir serenamente.

Yo no sé qué me dice al trazar el hombre estos esquemas de interpretación del Universo, al seguir sus rutas sin linde a través de las nebulosas espirales y su desconcertante «evanescencia» en la intimidad del átomo, impone su índole a la incommensurable realidad del Cosmos, modela, por así decirlo, la entidad según las normas de su espíritu, y un sí es no es, la recrea a su antojo, o a lo menos al ritmo de su psique.

Yo no sé tampoco si la modalidad geométrica con que concebimos el ente es la única que él determina, y tentado estoy a presumir que inteligencias de otro origen sensorial que no la de nuestros sentidos fisiológicos hallarían este mundo de muy otra manera y tendrían de él diversas interpretaciones. Sino que, limitados a la certidumbre de nuestras facultades, tenemos que admitir que en el aislamiento casi infinito del hombre en la inmensa rotación temporal y espacial del Cosmos, la conciencia humana es cumbre. Tiene una continuidad histórica por donde se integra en proceso evolutivo que la hace una y vana, con sencillez de unidad y complejidades de función estupefacientes, y un «quid divinum», un «quantum» de divinidad, que derrota todo análisis métrico y solamente se da en vagarosa intuición mística.

Nuestra América es esquiva a la planta humana en extensas regiones, si no en su dilatado conjunto. No es un Continente virgen, macizo ayer. A las generaciones venturas se les esperan dificultades ponderosas que hasta hoy hemos sorteado por la abundancia de sueño habitable aún y las discretas aspiraciones vitales de los pobladores de antaño. Al plantear este magno problema, al analizar desde ahora los elementos antropogeográficos, los «factores ecetcos», como dice alguien con acertado neologismo, obedecemos a la función primordial de la inteligencia humana, que es la de prever para vencer, la de concebir un plan estratégico de lucha. La política de los Estados, la educación especialmente, la orientación económica, la selección de la prole en parte y la constitución de es-

tados mayores culturales, en algo siquiera, se imponen ineluctablemente.

Porque no es miseranda la estirpe que va surgiendo de América. Virtudes posee que le abren algunos senderos inexplorados de actividad espiritual. La personalidad, la democracia, la simpatía y la hospitalidad, el tono universal de su sensibilidad moral y artística, su rara inquietud trascendente, que apenas asoma en sus poetas y ensayistas, le dan muy otro cariz que el métrico y pragmático de la cultura del Occidente Europeo que hoy rige el mundo.

De esto volveré a ocuparme en capítulos posteriores, al disertar un poco más sobre la índole cultural de América.

TERCER DISCURSO: DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

I

UNA EPOPEYA MUNDIAL

LA GRAN CAUTIVA DE LOS MARES: Todos los pueblos de imaginación creadora han forjado leyendas de alguna princesa cautiva de monstruos, a quien un predestinado logra libertar heroicamente, haciéndose así felices una y otro, y devolviendo a los habitantes de la comarca entera el equilibrio de una venturanza común. Arcano símbolo tal vez de la veleidad que ensombrece la vida de los hombres, y de la altiveza de carácter con que debemos combatir su ceño mortífero de Gorgona.

Tal así, América fue por milenios sombríos la princesa encantada de los dos grandes océanos del mundo. Parece como si un sino ineluctable la hubiese guardado con asidua pertinacia a los ojos inquisitivos de sucesivas civilizaciones: En remotas edades vinieron a ella hombres primitivos que quedaron aislados de su cepa madre; luego bárbaros mogoloides la abordaron por la Península de Kamtchatka del norte asiático, sin crear ninguna conexión visible; quizás por ahí mismo o por alguna extinguida ruta continental del sur, melano-polinesios buscaron en ella nuevo hogar más propicio a su progenie, sin que de ello quedara otro vínculo que la similitud de lenguas y de problemáticas inscripciones; otros pueblos, negroides y pre-arios se acogieron también a su inmensidad atractiva e inquietante, sin dejar rastro de su origen; en el largo curso de las edades llegaron a sus costas levantinas los vikingos del norte europeo, los bretones de Francia y los vascos de Iberia, con silenciosa persistencia del enigma. Y cuando a la primera hora del alba del 12 de octubre de 1492 Rodrigo el andaluz la vio surgir de entre las nieblas opalinas del lejano horizonte, ni Cristóbal Colón, ni otro alguno de sus compañeros estupefactos reconocieron en ella a la solitaria prisionera de los mares, a la comarca penumbrosa de los sabios antiguos: Incógnita siguió por años y decenios aún, hasta que Fernando de Magalanes, circunvalando el planeta, por otra feliz equivocación geográfica, le dio carta de ciudadanía continental en 1522, cuando ya él y el genovés iluso habían pagado con sus vidas el atrevimiento de vincularla a la fecunda y trágica inquietud europea.

PRIMERA JORNADA

LO CONCEPTUAL: El europeo del siglo XV estaba muy cerca aún de la barbarie, a pesar de sus adquisiciones técnicas, artísticas y religiosas. Vivía en un perenne guerrear, debido al choque de razas, nacionalidades y creencias que conturbaba su espíritu, y le imprimía un carácter batallador, es verdad, y enérgico, pero asimismo rudo y cruel. Sus dioses se combatían a puñaladas, inicua y cruelmente. Sus reyes le tiranizaban sin reposo y le imponían graves tributos de humillación, de sangre y de dineros. No existía entonces higiene que le aliviara de su precario vivir, ni refugios de sosiego espiritual, diversiones, digamos, como la lectura, el teatro, el deporte, en que disipar la fatiga del esfuerzo o la acedia de los pesares íntimos. La existencia del campesino semejábase así a la rutina de los animales gregarios, de labor incesante y reposo meramente vegetativo e incierto. Aun en las ciudades, donde pululaba un parasitismo social de mendiguez disimulada bajo nobles aspectos de arte, religión y cortesanía, naufragaba la personalidad en la mugre, el fanatismo, el aburrimiento y las pasiones primarias de la especie.

Este hombre del Renacimiento, que tanto nos subyuga en sus cumbres geniales, era en puridad histórica un desarrapado pupilo de los dioses, los gobernantes civiles y los clérigos. Toda su conducta y toda su mentalidad estaban regidas desde fuera, por códigos inmutables o por la voluntad omnimoda de seres afortunados en quienes Dios, decía entonces, había delegado su sabiduría y su poder. Yo no veo en ellos, los hombres de aquella edad, una conciencia autónoma que desde lo íntimo de su criterio los condujese a la rebeldía o a la solidaridad, los disciplinara, sino es excepcionalmente y a medias, como en algunas ciudades de fuera libre burgues, y entre algunos pueblos tenaces, como el catalán etc.

Así, la vida debió de parecerles de poco precio, y tal vez por ello la jugaban a troche y moche, en pugnas baladías, en descabelladas empresas, en guerras de insensatez inverosímil, sin sentido nacional ni cauce. La vida es barata donde la felicidad y el espíritu escasean. Se la quita o se la da por un gesto o por un maravedí, como que estando motivada exteriormente en lo moral, y no siendo espiritual ni edonísticamente retributiva, carece de canon de valoración alguna que la enaltezca y sustente.

Pudiera pensarse que fue entonces cuando el Cristianismo, triunfante en la universalidad territorial europea, regía la concien-

cia de los hombres. Mas ello es que uno entiende que la esencia de la concepción cristiana, la responsabilidad moral del hombre ante Dios, la confraternidad de individuos y naciones, la sencillez de costumbres dentro de un concepto espiritual de la existencia, nunca gobernó en el mundo. En su lugar, «mimetizándolo» formalmente, un teologismo ilustrado y un vacío ritual esplendoroso enmarcaron al hombre europeo, sin revalidar ni liberar su espíritu. Conviene recordar que algunas reformas plausibles de los Reyes Católicos y del Cardenal Cisneros en pro de la moralidad pública fueron casi una revolución de las costumbres en España. Y Lutero es un hijo póstumo de Arminio; Rabelais una indecencia con talento; Cellini, un poco más tarde, es un bandolero ingenioso; el Duque de Valentinois no es una excepción sino modelo de los condottieri de su ambiente, y Enrique VIII el inglés hace matar a sus esposas con erudita barbarie. Porque todos son algo así: combinación irremisible de creadores, místicos y truhanes, como cien años después lo probarán todavía, en sus cumbres, un Alonso Cano y un Lope de Vega; y, por lo que hace a la estética de la intimidad, puede decirse que entonces se confundían puerilmente el pudor y la mugre, la religiosidad y el cilicio, dentro de una equivocada valoración de las virtudes.

De niño leí cierto día la reconstrucción literaria que el Cardenal Wiseman hizo de los primeros siglos de la Iglesia, y me cautivó grandemente la enseñanza suya de que entre la conducta moral de los paganos y la de los cristianos hubo la enorme diferencia de que éstos obraban por normas interiores de conducta, en función de una correspondencia con Dios, mientras que los otros tenían solamente una ética formal, de vínculo social externo. Aquella austeridad recóndita sedujo mi espíritu y lo enorgulleció luminosamente. Mas he aquí que más tarde observé en la Apología de Sócrates que el sencillo y veraz Jenofonte escribió tres siglos antes de la era cristiana, todas estas revelaciones de la autarquía moral y de la liberación íntima por la virtud.

Asimismo me impresionaba grandemente en mi infancia la desoladora barbarie de un Atila en frente de la eclógica bondad de los reinos cristianos; la suma crueldad de los sarracenos ante la hidalguía de los cruzados; el nimbo de caridad y candor de las naciones de Cristo al lado de la procacidad y estolidez de bárbaros y herejes. Por fortuna, vi luego que esos caudillos de la gesta migradora imperialista, el Huno cruel y el Arabe fanático, fueron más galantes y erguidos, más señores, que sus émulos de Bizancio y de Europa.

VI; también que la humanidad había ya producido antes de Cristo, centurias y milenios antes, egregios conductores espirituales de la noble estirpe de Hamurabi y de Moisés, de Confucio y Gautama; de Lao-tze y Sócrates. Que otros vinieron más tarde, a enormes distancias espaciales e históricas, un Trajano y un Marco Aurelio en Roma; un Asoka en la India; un oscuro Nemekene en la América aborigen y entendí entonces que el espíritu del hombre está trabajado genéricamente por semillas fecundas de sublimación moral indefectible.

Ello no significa en mí una minoración conceptual de la misión histórica del Cristianismo. Considerado apenas como hombre, Jesús de Galilea es un milagro de la estirpe. Los que pensaron como él, Sócrates, v. gr., fueron en alguna manera humanistas de su hora; en tanto que el Mesías formóse en ambiente humilde, y hubo de llegar a la cúspide del pensamiento y la conducta por mera elación de su personalidad eximia. Une él, asimismo a la profundidad de sus sentencias morales, un hechicero dón de poesía, cuya inefable sencillez toca cumbres de excelsitud desconcertantes. Y no se detiene aquí mi encomio, ni caber podría en tan pocas y leves palabras: Un no sé qué de resumen del corazón humano se vislumbra en su personalidad, que no parece sino que él fuese la síntesis arcana y dolorida de la tragedia de los hombres y de su impetu grandioso de sublimación. Más aún y mejor todavía: Hay silencios en la vida de Cristo que parecen una pausa espiritual del Cosmos.

Más ello es que las generaciones humanas que militaron en la vida del siglo XV estaban muy lejos de cumplir las normas de aquellos preclaros maestros de la cultura, fundadores de religión o gonfaloneros de la filosofía. El campesino de entonces era un paria de crapuloso y rudo feudalismo, el ciudadano de las grandes urbes vegetaba en gremios oprimidos de cerrada estructura, los militares tenían un buen porqué de banderos, de condestable para abajo, con mínimas excepciones apenas, la clerecía regular y secular navegaba en cienagas de ocio, sensualizada e hipócrita, los artistas devoraban el mendrugo parasitario de Mecenas vanidosos y perversos, pocos sabios había que pudiesen escapar a la coyunda de preceptos estereotipados, infecundamente. Los mismos monarcas y pontífices consumíanse en ambiciones personales y en deleites.

Se anunciaba ya, es cierto, en esta o aquella figura egregia, una Isabel de Castilla, hacedora de imperios, digamos, un Lutero audaz, pararca contradictorio de todas las herejías y democracias modernas, el polaco Copérnico, avizor de rutas siderales, el ferrarensis Bru-

nelleschi, arconte del Renacimiento; el germano Nicolás de Cusa o Kues, zapador de ideas; se anunciaba ya, repito, la hueste innumerable que en el siglo XVI asombrará al mundo, que hará del XVII la época crucial de la ciencia humana y la máxima reverberación del arte. El genio bárbaro incubaba, con esa potencia primicial de lo incólume, de lo inédito aún, su aportación al espíritu. Pero esa alborada tenue todavía no alumbraba la conciencia general de las naciones, y sólo era el patrimonio escondido y timorato de unos seres excepcionales, media docena tal vez. Las muchedumbres sumidas en la gleba de señores feudales, que como los duques de Medina-Sidonia podían recorrer media España sin pisar propiedad territorial ajena, o de castellanos montaraces de horca, pernada y tributo; sumidas en la ignorancia, con mentores de conciencia que degradaban las normas de la religión en el formalismo de los sacramentos, de la mortificación ascética inútil y de la simoníaca institución de las indulgencias comerciables; sumidas en la rudeza de incesante batallar contra propios y extraños, sin conciencia ciudadana de las finalidades, al comando ciego de caudillos atrabiliarios y despóticos, que no permite el surgimiento de una disciplina moral dignificadora, sino el mero avance físico, como en los aludes de las altas cordilleras. Los que iban triunfando en este rudo combatir perenne, o en la cortesanía o en la adquisición de riquezas eran ennoblecidos, hacíanse parásitos bajo las especies de hidalgos y caballeros, para quienes no era ya de buen gusto dedicarse a ganar el propio sustento con trabajo remunerado, por donde viéronse asediadas las naciones de holgazanes inútiles y perniciosos, en tal proporción que en el sólo reino diminuto de Navarra la sexta parte de la población era noble al final del siglo XV. A esto hay que agregar la vocación real o postiza de las gentes de entonces por la vida religiosa, o clerical, diré mejor, mendicantes en su inmensa mayoría, acaparadores de rentas y bienes raíces en las altas esferas. Y así tenemos que, por cortesanos, hidalguillos, clerecía y militares, sistema feudal y monarquía absoluta, la economía de los pueblos estaba condenada a fracaso irremisible.

Y esta sociedad europea del siglo XV tenía del planeta un concepto asaz vagaroso y confuso. La humanidad no había querido suscribir las geniales previsiones de Aristarco de Samos, sustentadas luego por Estrabón, quien desde el siglo III antes de Cristo decía que la tierra gira alrededor del sol. Por una aberración inexplicable del pensamiento, tal vez por un orgullo de posición de la tierra en la cosmogonía hebraico-babilónica, en que para dar al hombre

un privilegio en la categoría de los seres creados había que dárselo asimismo al planeta en que fue colocado, por esta razón quizás, los teólogos de la Edad Media, y todos los hombres de pensamiento lo fueron entonces, se desviaron de aquella ruta, aun contra inteligentísima premonición de Aristóteles y de Santo Tomás, quienes prudentemente dejaron abierto el rumbo de nuevas concepciones en este sentido técnico.

De todas maneras, la generación a quien Cristóbal Colón debía hablar de nuevos posibles tránsitos y de la esfericidad terráquea, miraba estas divagaciones como extravagancias de literatura fósil y delirios de hombres dados a la fantasía y el exotismo mental. El vulgo entreveía lóbregos espacios al final del Océano, desorden de leyes naturales de mareas y vientos en ese remoto confín, y hasta regiones de fuego, como final del mundo: de ahí que al Atlántico de aquellas reconditeces le llamara significativamente «La Mar Tenebrosa». Pretender navegar aquellos abismos acusaba una casi ofensa a la Divinidad que puso fronteras al caos y límites a la audacia del hombre.

Uno no comprende de otra manera que el tenaz italiano empleara tanto tiempo en obtener para un viaje de aquellas magnitudes y perspectivas la compañía de ciento veinte despreocupados y la mediocre suma de veintiseis mil pesos: Que para los reyes de Portugal y de Castilla, emprendedores insignes, fuera motivo de meditación, ni de empeño de sus joyas, este gasto que hacían cada veinticuatro horas en sus fronteras beligerantes. Ni pueden entenderse, sino como signo de certidumbre contraria, las concesiones que un ambicioso político de la talla egoísta de Fernando de Aragón hiciera al presunto navegante.

Es ésta, sin duda, la primera jornada victoriosa de Colón: el triunfo mesiánico de su fe, de su «visión» íntima, sobre la mole inmensa de la opinión universal de sus contemporáneos. Que él, pobre, desconocido, ignorante, sospechoso tal vez de ser sólo un tahur del azar, de dudoso origen, de honestidad dudosa, de dudosa experiencia en las artes de marinería, un hombre salido del caos, en fin, pudiese subyugar el ánimo de frailes naturalmente suspicaces y discretos, de nobles engreídos en otras ambiciones más retributivas y tangibles, de tesoreros judíos hechos al molde de una contabilidad escueta; de reinas de un dón administrativo muy pragmático y severo, que él los enlabiase con la mera magia de su discurso varagoso y brillante como un mito, he ahí el mérito de aquella jornada inverosímil.

III

SEGUNDA JORNADA

LA OCEANICA: Y esas mismas leyendas de vírgenes cautivas nos refieren que un alguien favorecido y misterioso transmitió al héroe presunto la noticia del cautiverio y el talismán de la liberación hazañosa: Tal así, se dice que el ligur afortunado escuchó de labios agradecidos la especie de que un mundo arcano existía más allá de las rutas practicadas del Mar Atlántico, y que asimismo le dotó de adecuadas normas de navegación.

¿Quién lo sabrá de puras veras? Y, sin embargo, más importante, más operante aún que la discutible discusión con los sabios de Salamanca, y la serie ingenua de argumentos bíblico-escolásticos aducidos en pro de sus visiones de andante marinero, es esta asordinaada confidencia de Colón: ¿La inventó acaso para decidir la voluntad perita de los Pinzones de San Lúcar? Estos lobos marinos, estos sí, eran la cátedra salamantina de aquel descubrimiento: ¿Cómo cautivar su ciencia de navegantes y su oro de industriales porteños? Orfeo regresa entonces al mundo y narra la preciosa anécdota del nauta agonizante allí en las islas. Un murmullo milenariorcorre las costas del Mediterráneo greco-latino y del Océano misterioso de los Atlantes sobre que existen ocultas regiones allá en la ruta del poniente. Don Martín y don Alonso bien lo saben, que en numerosas ocasiones oyeron esas voces del enigma, desde Islandia hasta la Isla de Madera, en el somero puente de las naos de entonces y en la taberna humosa de los puertos laterales del Grande Océano. La serénida voz del ligurino cae en oídos abonados de leyenda. Doce mil ducados de viejos ahorros y dos navecillas remozadas confirman la verosimilitud de la emocionante confidencia. ¿Fabulación acaso de la mente colombina o historia de los azares del mar? Cuarenta millones de kilómetros cuadrados surgen de ahí como en la magia de Oriente brotan alcázares y joyerías al conjuro de enigmáticos acentos.

¿Quién sabrá decir si aquel hombre estaba iluminado por el numen de recónditas intuiciones honradas, o era sólo un tahur del azar esquivo?

Después de la psicología de los genios, la más inquietante sin duda es la de los vagabundos superiores. Si fuéramos a categorizarlos un poco analógicamente, diría que son los genios de la especie. No cualquiera puede ser un vagabundo interesante. Se requieren

para ello eminentes condiciones: En primer lugar, un dón magnífico de adaptación universal, de adecuación a todos los ambientes, el moral, en primera línea. Es casi un «mimetismo» espiritual que hace del vagabundo persona plurivalente y proteica, de raras seducciones. Para ello necesita, por ende, una virtud estupenda de simpatía que desarma en el prójimo el instinto de recelo, de reserva y esquivéz, con que se defiende de los primeros hallazgos; posee, asimismo, una sutil intuición para encauzar sus juicios en las normas que le son gratas al que le escucha, sin ofenderlo con una sumisión notoriamente falsificada y adjetiva; es un bachiller en sociabilidad, y tiene de todo lo mundano una erudición palpitante, fresca de sabor y colorida, como de primera mano, que graciosamente enhebra sin disminuir la superioridad del auditor; con grandes dotes de humanidad aprecia, gentil, virtudes y defectos, sin énfasis de los unos ni estatuaría severidad para los otros; adquiere las lenguas e imita los dialectos rápida e intuitivamente, haciendo a veces alarde oportuno de su raro dón de plasticidad fonética; entiende todos los pasatiempos de sociedad, conoce los trucos de palabras, los chismes y donaires, las anécdotas y juegos de salón, los deportes y pruebas de magia; sabe al dedillo la vida del prójimo, las vanidades de los hombres y los malabares de la mujer, y nunca se muestra aburrido, fatigado ni amenazado de anemia cerebral.

Y por todas estas sus cualidades parece el paradigma y resumen de nuestra especie, genérico de suyo, adaptado siempre y múltiple: Sólo que a lo mejor del triunfo surge el parásito edonista que esconde su personalidad desconcertante.

Un no sé qué de esta categoría se presiente en el descubridor de América: Que lo acrediten, si no, Marchena, doña Beatriz Henríquez, los reyes de Castilla y Aragón y los Rinzones. A la sorpresa de hallar aquellas tierras ignotas no ocurre en él el deslumbramiento de los grandes destinos que se abren con ello a la humanidad, ni siquiera la estupefacción del misterio palpitante ahí. Sus ojos giran en contorno, buscando el aprovechamiento mercantil de la victoria: Oros, esclavos, especias, renta cotizabile de su almirantazgo y vice-rejería, es lo que en adelante conturbará su mente.

Y sin embargo, no puede uno admitir que sólo sea el vagabundo superior, el genioide intelectual y el mero tahur de una fortuna adversa. Carece de la veleidad de los edonistas superficiales. Durante veinte años, sin duda, ya la carta de Toscanelli data de 1474 persigue su sueño con tesón de mártir. Ni el hambre le disuade, ni el amor le encadena, ni el fracaso le derrota. Tiene una «misión» y

a ella consagra las virtudes y experiencias de su espíritu. No reposa hasta que los tres frágiles veleros zarpan con rumbo al piélago ignoto. Las horas y los días van agolpando a sus hombros la indeclinable responsabilidad de las promesas: Es preciso falsificar la minuta de los trayectos y disminuir fraudulentamente las distancias recorridas. El mar no ha revelado las tierras que describe el mapa de Toscanelli: Ni la Isla Brasil ni la Antilia hacen escuchar mensaje alguno de esperanza o verosimilitud. Ya se tragó el Océano las 2.700 millas de cálculo supremo de las ilusiones colombianas. Don Alonso, el hábil lobo marino, mira de reajo las casillas de distancia, y los tripulantes presienten que han rebasado el confín de la oferta.

Entonces surge el augur de un gran destino humano: No importa que la brújula cabecee y se enloquezca; no importa que la línea del opalino horizonte huya siempre hacia adelante, corriendo más que la quilla de los barquichuelos: Su voz preñada de vaticinios, su frase iridiscente de poeta, su pupila azulada como el mar, se embravecen al impetu de un mensaje invicto, y sobre la cabeza cogitabunda de la marinería, el demiurgo hace parpadear espejismos de victoria.

El Mar extiende a sus pies dilatadas planicies en idílico reposo, ora azules bajo los cielos sin mancha, ora amarillo-verdosas como aceite de olivas, como ágata diluida a veces, cuando nubes migradoras se reflejan en ellas desde muy alto. No se rizan de espuma fugaz las olas, y aquella mansedumbre persistente produce indescribibles inquietudes en la marinería: Es ya octubre, y en lugar de los fríos otoñales a que están acostumbrados por esa época, ráfagas de viento traen ardores exóticos ya vecinos, haciendo pensar a estos viajeros del mito si no será posible que su rumbo lleve a las regiones de fuego de los confines del planeta, de que han oído hablar en sus ocios porteños. Y es tan fácil y rápido el surco de sus carabelas en aquel mar bonancible con brisas a popa siempre, que en su recuerdo surge la predicción de que la curva oceánica es para ellos descendente, sin posible retorno. Que van trágicamente bajando hacia el abismo. Y la angustia del instinto amenazado arruga las frentes y agria los ojos. Un murmullo de derrota se arquea, como un felino asustado, en los rincones penumbrosos del buque. Faltarán los bastimentos, faltarán el agua dulce, faltarán las bases del mundo, y no habrá ruta de regreso. Entonces Orfeo baja otra vez, y la cítara de sus palabras convincentes y suaves despa la payura esteril. Es Orfeo, que adormece con su música el naciente furor de

los endriagos y centinelas del averno en el viaje de liberación de la cautiva Eurídice.

Y luego la epifanía: No tiene paralelo la imaginación ni el verbo recursos eficaces para narrar aquella mañana del triunfo: La costa se levanta poco a poco, cual un sueño, vestida de palmeras, bajo la luz dorada del naciente. Raros aromas vienen del bosque oculto. Y la luz del sol esplende reverberando entre dos azules: sin mancha, el blanquecino azul del cielo y el intenso azul del mar. La naturaleza emerge de las ondas con tal hechizo de limpidez y de frescura, que aquellos hombres debieron de pensar, estupefactos, si acaso no fuera así el primer amanecer del cosmos, si acaso aquel augur no estaría entonces sacando un Nuevo Mundo de la nada, y ante él cayeron de rodillas, llorando de gratitud y de asombro.

Y esta vez fue el prodigio de Dánae: Aquellos hombres del hampa y la desventura, que en Palos de Moguer se embarcaron por jugar sus vidas en un ímpetu casi de suicidio, buscaban oro. Ahora, al regresar a sus lares de Europa, llevarían el más extraño mensaje que oyeron los oídos de la humanidad. Ahí en esa hora se partía en dos la civilización del mundo. De entonces en adelante, y de entonces para siempre, el espíritu humano amplió su visión intelectual, circunvaló la tierra y pudo ver que las ideas crecían en progresión geométrica, con el crecimiento aritmético del espacio. Logaritmo misterioso de la Historia. Rota así la estrechura que limitaba las nociones de la ciencia al corto circuito del Mar Mediterráneo y países adyacentes, los conceptos cobraron amplitud a su vez y dinamismo fecundo. Ya muy pronto, desasida el alma de aquella pequeñez espacial, se elevaría a contemplaciones planetarias, siderales. Luego, a nebulosas remotísimas, y aun al cálculo de los confines del conjunto Universo. Advendrá la revolución de la sabiduría, se valuarán con nuevos cánones el espíritu y la persona; la libertad y el derecho ocuparán la sede debida a su dignidad y ejercicio; el arte se cernirá a alturas de pasmo; los bienes de fortuna crecerán como potencias algebraicas, y se difundirán mejor.

Al Nuevo Mundo Americano espacial corresponderá el Nuevo Mundo espiritual de Europa, y el alma aún virgen de los bárbaros estremecida así, y ya fecundada de cultura, ascenderá a las cumbres.

Aquellos oscuros marineros, que perseguían riquezas materiales, regresaron con espíritu a la manera que Dánae al recibir la zeusina lluvia de oro ignoraba sin duda que estaba concibiendo un germen de Divinidad, y que de sus entrañas de virgen nacería el fundador de una civilización sin paralelo en luengas edades.

IV

TERCERA JORNADA

LA TERRITORIAL: Y llegaron sucesivas migraciones al descubrimiento de América: No ya la costa, no ya las islas solamente, sino el inmenso bloque continental fue abordado por españoles, portugueses, franceses, ingleses etc. en una fiebre de dominio que no podemos considerar como fruto de mera ambición materialista, ni siquiera apoyada por el anhelo espiritual de difundir determinado credo religioso o el cívico de extender el señorío de la patria y el vasallaje de sus reyes. También hubo en ello mucha parte de aquella instintiva tendencia del hombre a descifrar lo incógnito, y esa otra, muy suya, de jugar a pares o nones con el azar que va onillando su destino. Cuando los soldados de Cortés hubieron visto el Amahuac y combatido rudamente, por su dominación, treparon a la cima del Popocatepetl con un esfuerzo ingente, para darse el gusto de señorear la Naturaleza y gozar de sus misterios. No parece a veces, sino que el hombre tuviera entre sus instintos el de violar esa Naturaleza sádicamente, pues que remonta las cumbres más inaccesibles y baja a los abismos por el deleite mondo y lirondo de hacerlo, de haberlo hecho, de haber vencido una dificultad inútil. Ello se enlaza, sin duda, con el instinto del juego, que en sus reconditeces de pre-disciplina de combate, esconde elementos generadores de ciencia, de arte y organización social.

Con intuición indescifrable, aunque infantil en sus formas, los antiguos mezclan un quantum de divinidad en los héroes epónimos de sus naciones: Heracles y Perseo, Orfeo e Itaco, Sakia Muni, si contemplamos otra serie, y Cristo, si lo vinculamos al hombre, hijos fueron de un dios o de una diosa. En los mismos humildes campos de las fuentes culturales de los pueblos aborígenes de América, encontramos siempre una milagrosa hibridación de gérmenes divinos en la entraña incólume de las vírgenes humanas, como lo atestigua Coranchacha el fundador del Zacazgo de Hinsa: Es porque la estirpe entendió siempre que lo heroico se engendra en las reconditeces de un sino supremo, que es de arcana índole, de la que mueve el devenir histórico e ilumina con relámpagos imprevisibles la obra de los genios.

Y este hombre de la conquista de América, este héroe de la superlativa epopeya mundial, trajo quilates anímicos de aquella mécula recóndita de la especie. Habíase disciplinado en el juego fútil

de mil disertaciones empalagosas sobre el sentido del sér y de la vida, y en mil hazañas por el predominio de su gente nacional, dentro de un ámbito de discretas compensaciones. De ahí que a la hora del advenimiento de América fuese al modo de una gigante batería de acumuladores, en alta tensión de lucha. Sólo así se explica uno el prodigioso derroche de actividad y de sacrificios que le llevó por este dilatado mundo de ensueño y de tragedias. Como en el origen de otras culturas, en esta de los bárbaros de la progenie indoeuropea que no habían dado aún su contingente espiritual a la historia, existía aquel fermento de virgen superación, que halló su estímulo oportuno en el descubrimiento de estas regiones y su radio de mayor amplitud en la vastedad de sus tierras. Juzgar que meramente la sed del oro, el servicio a sus monarcas y la caridad religiosa les condujeron a montes tan abruptos y tan inhospitables planicies, es una verdad histórica incompleta y un mediocre entendimiento de las rutas por donde transitan los humanos.

EL COMBATE DE LAS SELVAS: En cada uno de aquellos hombres del descubrimiento existía potencialmente un caudillo militar, a más de un presunto héroe: En Santa Marta recibe un licenciado en leyes la misión de explorar las fuentes del Gran Río de lo que luego fue Colombia. Y este andaluz de códigos se constituye en uno de los mayores capitanes de la gesta americana.

Emprende un viaje inverosímil por entre los bosques enmarañados y cenagosos del río Magdalena, de 1.500 kilómetros de longitud y, por entonces, de unos doce mil metros cúbicos de caudal, que abandona a los seiscientos kilómetros para desviar su ruta hacia el sureste, remontar la cordillera abrupta que domina las hoyas del Opón, del Sogamoso y del Carare, y entrar al Reino de los Muyskas en la Altiplanicie de Cundinamarca. Los que hoy recorremos aquellas selvas embarcados cómodamente en un avión y miramos desde la reposada altitud del vuelo lo que son aún y lo que pudieron ser entonces, quedamos sobrecogidos de admiración y desconcierto, y de mística pavora, ante lo que significa aquel drama entre el hombre casi inerme y la naturaleza hostil.

Fueron ochocientos los audaces de la empresa. Y si alguno de ellos hubiera leído los cantos de Alighieri cuando dice de la «Selva Oscura» por donde se encaminó al Infierno, ya podría sonreír benévola y volamente del gran florentino en viendo ésta, ante la cual la figurada semejaría plácido diseño de Le Nôtre. Aquí de la intrincada

espesura de robustos árboles, enlazados por arriba en apretada urdimbre de bejucos, que parecen ahogarlos en las caprichosas circunvoluciones de su ímpetu por llegar a las copas encumbradas en busca de la luz y el aire, y por abajo enmarañados en el sotobosque henchido de helechos, arbustos innumerables y gigantescas hojas. Abrirse paso es ahí tarea ímproba, fatigante y peligrosa, y aquellos zapadores de nuestra bravia Magdalena sólo avanzaban diariamente unos cuantos kilómetros, en ocasiones diez, cinco a veces, con el agua a la rodilla, en lagunas y pantanos de extensión y profusión acongojantes. Bajo la espesura hácese el ambiente penumbroso, difícil calcular las horas, sofocante el bochorno de las temperaturas tropicales, caliginoso el aire, mientras que el ánimo tórnase sombrío ante el misterio de la selva sin rumbo, el manto movedizo de insectos que asedian, tan nutrido en ocasiones que simulan una niebla gris sobre las charcas; el zigzagueante ruido de la sierpe furtiva y peligrosa en la hojarasca de los suelos abruptos; el canto nemoroso de alguna ave allá lejos; o el paso en fugaz algarabía de loros, guacamayas y pericos, y el frecuente retozar de simios gesticulantes y curiosos que trepan chillando en su sorpresa por el ramaje altísimo. En las noches el rugido sordo del jaguar que ya una vez arrebató audazmente de entre los suyos a un soldado que dormía fatigado y débil, y a la ribera del río los saurios soñolientos y monstruosos. Un tropel de dantas en fuga irrefrenable y torpe desconcierta el ánimo prevenido de los azorados guerreros, o la vista de otras alimañas, para ellos exóticas, tal un perezoso gigante que, desconcertado a su vez, los ataca con sus garras filudas.

Semejaria una evocación viviente de todas las leyendas y mitos de la humanidad, ahí reproducidas en semblanza verosímil, si no fuera tan agresivo y áspero el ambiente para meditar en literaturas: Supera al martirio de Tántalo el de aquellos hombres que agonizan de inanición entre la flora exuberante y la fauna innúmera de la selva tropical; fingen lanceros de Liliput esos mosquitos venenosos, por el día los «simuliidae» o jején voraz y en la noche el fatídico anofeles, que incesantemente los asaclean en muchedumbre que derrota la defensa y el ánimo deprime, esos monos comediantes y ligeros que se columpian en las ramas enhiestas son los elfos de la vega Germana si es la Gorgona aque oso hirsuto «Bradypus Tridactylus» que combate con uno de los soldados y se resiste a morir de estocadas repetidas, como de Erinnas es el grito de las foscas guacharacas u «Ortalis», interminable y estridente, ni fue mas deletérea la Hidra heracleana que estas «crotalus» o ser-

piente de cascabel, equis y verrugosas (*Lachesis Muta* y *Botrops Atrox*), que hunden el diente mortífero en el pie incauto, no ya por siete fauces, como la de Lerna, sino por treinta especies, desde la «*Eunectes Murinus*», cazadora de mamíferos, de seis a ocho metros de longitud, hasta la diminuta y altiva «*Botrops Nasuta*» o «veinticuatro» de nuestros labriegos, que se esconde entre las hojas. Como la Tarasca de Provenza, devoradora de hombres, es el caimán que abre sus fauces glotonas en la arena de los playones; y es Polifemo, sin duda, la horda de aborígenes que puede atraparlos y comérselos asados entre rugidos de triunfo. ¿Ni qué fueron *Scila* y *Caribdis*, sino repuesta mansedumbre, ante estos antros húmedos y sofocantes de la selva incólume? La Naturaleza se trocó en Circe a veces, convidando con las flores perfumadas y el fruto de forma bonancible del «*Datura Arbóreum*», del borrachero de la Altiplanicie, a aquellos peregrinos hambreados que en él hallaron inusitada demencia.

La fatiga sin pausa, el sueño azorado por trágicos presentimientos, la alimentación mezquina, y por sobre todas las asechanzas y tragedias, la indeterminación del fin: la incertidumbre, el constante más allá, sin pauta ni oriente.

Hoy mueren cinco, mañana quedarán diez sobre la ruta, ya muy pronto dejarán de existir cuatrocientos de los que animosos e ilusos salieron de Santa Marta del Caribe. Y llegarán a Latoro al fin ciento ochenta simulacros de hombre.

Y he ahí el fastigio del coraje humano: Son apenas ciento ochenta ya, racionados de a cuarenta gramos de maíz «per cápita», macilentos y febricitantes, estos guerreros que van a emprender el ascenso de la Cordillera Oriental, por donde no transitarían los felinos. Ya presienten un reino aborigen en las mesetas altas. ¿Qué les importa la muchedumbre de enemigos que habrán de combatir?

Ser valerosos en la plenitud de la fuerza, cuando juvenil y sana borbota en el corazón la sangre, ya es un mérito. Serlo en horas de anemia y de colapso muscular, cuando esqueléticos, los brazos quisieran plegarse en cruz, supera todas las bizarrías de la historia: Ciento ochenta agonizantes, trepan por la falda abrupta de estos montes, en busca del combatido azar, adverso y ominoso.

Y cuando las cumbres dominadas les ofrecen perspectiva de poblados numerosos y posiblemente, seguramente, hostiles, ya el reverberar braxio de las pupilas de azabache, de las pupilas castellanas y andaluces, bajo la curva entristecida de las frentes dominadoras, anuncia la victoria perdurable y una de las más egregias hazañas que vieron los siglos.

EL COMBATE DE LAS PAMPAS: Del otro lado de la Cordillera se extienden las pampas del Orinoco. Allí no ya la selva se opone al tránsito del hombre, sino la soledad de enormes llanuras herbáceas, surcadas de grandes ríos, de caños de comunicación, de esteros y lagunas por miles de kilómetros, desde el Lago de Valencia, próximo a la Costa del Caribe, hasta el divorcium aquarum de la Amazonia, en donde la vegetación se empina nuevamente.

Los justadores de esta lid fueron Jorge Hohermuth o Jorge de Spira y Nicolás de Federmann, alemanes al servicio de la monarquía española. El primero desbrozó la epopeya de la pampa, hasta el pie de los montes que pertenecen a Colombia, el segundo fue más allá, y remontando las cimas, entró en la Altiplanicie que acababa de descubrir Jiménez de Quesada.

Y cuentan los historiadores que estas gentes de Federmann vinieron vestidas con pieles de fiera, signo robinsoniano de su derrota atormentada y hogaño inverosímil.

Contempladas de lejos, las Llanuras Orientales parecen un campo de ilusión, un reino de Maya seductora. Al avanzar por entre los empinados riscos de la Cordillera, ábrese de pronto allá abajo, y muy lejos todavía, un abanico de planicies que hunde su infinitud en la opalina linde del horizonte. Son las praderas de ásperas gramíneas, acá y allá ceñidas por delgados cinturones de bosque, de palmas esbeltas, sobre todo, que denuncian el curso ondulado y lento de los ríos. Al caer de la atmósfera sobre el llano ardiente, el azul del cielo se hace blanquecino, miquelado y reverberante. En las mañanas cuando surge el sol enrojecido entre la caligine del alba, pabellones de oro pálido enjugan progresando las nieblas de aquella reposada inmensidad, mientras grupos de garzas, que, como novias del paisaje, imitan la blancura de las nubes, el rosado de la aurora o el cenit del terso azul, en vuelo ondulado y suave, con fatiga de belleza, surcan el paradisiaco ambiente remoto.

Otras veces, la pupila afortunada del viajero atrapa la visión indescriptible de una borrasca repentina que azota lejanos trechos de la pampa: De nubes bajas y plomizas descienden raudales de lluvia en apretados hilos que tejen una urdimbre de cascada, mientras que un parpadeo de rayos desgarran las sombras en ziszaces fugitivos de variado rumbo, innumerable y caprichoso. Y aquel conjunto de lluvia, de rayos y de sombra, se mueve lentamente en dilatado ciclón sobre los llanos, a la vez que en otros lugares de la planicie juega el sol apaciblemente con la pradera dormida en un fulgor sereno.

Tal vez alguna tarde, a orillas del Apure, del Arauca o del Meta, estos hombres de Federmann miraron un prodigio inédito en su experiencia de europeos: El sol al declinar se va encendiendo, agrandándose, cambiando en rojez de fragua la luz adamantina de antes. Y cuando ya desciende al horizonte en la remota linde, deja su aspecto especular de cristal fluido, para hacerse un globo de fuego que roza suavemente la tierra y otra vez se alza, rebotando, en tan inquieta y larga lucha contra las sombras y la pausada rotación del mundo, que aquellos hombres debieron de pensar que el sol naufragaba a esa hora en la amplitud de la llanura, hecha un mar de luz, que naufragaba cabeceando cual un barco herido, y caía hundándose en la planicie sin fronteras ahí de la estepa americana. Las nubes del poniente, como peinadas por la irradiación del astro se alargan entonces en pabelones destecados de rubí a guinas, de brasa otras, de lila, apenas, las de más allá. En medio de sus haces forman espacios de oro diluido, con riberas altas de carmin; primero, de violeta más tarde, simulacro en luz de bosques y praderas remotísimas. Y esos lagos de oro, así oblicuamente iluminados, proyectan tan lejana perspectiva que parecen un golfo abierto hacia las mudas regiones de la eternidad.

Mas de aquel reino de Maya a la realidad escueta del vivir llanero, hay un abismo de incertidumbre, de incomodidades y peligros sin cuento: Ahí de las rudas jornadas bajo un horno de tórrida ardentía, canicular, en que la luz rebota sobre el suelo en reverberación de llamas cristalinas, haciendo parpadeante el aire inferior; Ahí lo remoto de los abrigos donde reposar en la noche muda de esas soledades, un lecho de hamaca, si mucho, con la dieta rudimentaria de los pastores, un trozo de carne seca, un trozo de plátano asado, una taza de café cerrero, en los corredores de una choza de suelo apisonado y techumbre de palmera. Y al avanzar de las jornadas ninguna orientación posible: El herbazal idéntico en todas direcciones, el sotobosque «morichal» visible en la lejanía, igual al que se cruzó horas antes; este caño o riachuelo, y esta laguna dormida, las mismas son, probablemente, que hace poco desaparecieron. Sólo el avisado guía, el enjuto pastor de aquellas soledades, conoce el rumbo sin rutas de su reino indomable y agresivo, que ora, resecan veranos, sin nubes, en que los rayos del sol, como tirabuzones de fuego, caen perpendicularmente sobre la hierba agonizante, ora en prolongado invierno es un turbión de ríos y borrascas sin reposo ni refugio.

Y si esto ocurre ahora, cuando han transcurrido cuatro siglos de humanidad, aunque diseminada y pobre, en aquel lejano país,

cuando hay ganados en la llanura y de tarde en tarde algún somero cultiva hortal ¿qué no sería en la plenitud de la naturaleza agreste del siglo XVI? Entonces gobernaban aquellas planicies el sol, el silencio, las fieras y algunas hordas de Araukas y Caribes, sin más ley de asociación que el jaguar y el hambre.

Vadeando ríos, orillando lagunas, achicharrándose al sol inclemente de la estepa retostada, desechos los vestidos por el sudor torrencial e irrefrenable, alimentándose someramente de la caza o de la pesca esquivas, y de este o aquel distanciado encuentro de recursos aborígenes, escasos y rudamente acondicionados, así marcharon por semanas y por meses numerosos los descubridores del Llano.

Ahí también, ahí más que en parte alguna, fueron asoladoras las enfermedades: El paludismo pernicioso, la disentería amebiana, la fiebre ictero-hemorrágica, la amarilla y la recurrente... qué sé yo cuantos infortunios sobre la indefectible inclemencia de los elementos. Y nada los detuvo, nada los venció, nada humilló su varonía de semidioses sin alarde de *Ilíadas* y *Nibelungos*, de *Mahabaras* y *Eneidas* azucaradas con cítara; sin diosas en libidine vacante, ni demiurgos propicios: Solos en la soledad: con el brazo combativo enastado en un corazón inmutable.

Diezmados también, vestidos a medias con pieles de puma y de jaguar, temblando de fiebre, llegaron al ya confortable campamento del ilustre Licenciado otros cien hombres de la expedición del Orinoco, dejando a la Historia el descubrimiento de la estepa tropical americana, como Jiménez dejara el de la selva.

EL COMBATE DE LOS MONTES: Después de haber militado en la zona del Caribe, don Sebastián de Belalcázar siguió rutas andinas del Perú, del Ecuador y de Colombia, poblando ciudades de alcurnia espiritual al pie de los volcanes enhiestos de América, y avasallando cumbres, como un caudillo mitológico de las fuerzas telúricas: Rudo, bárbaro y grandioso, no admitió nunca que nadie, hombre arisco o naturaleza fragorosa y abrupta, atajara su imperio, borrara la huella de sus botas de gran capitán de los montes americanos.

Su pupila de cóndor debió de gozar gozo indecible cuando desde las rotas pendientes del Pichincha y del Galeras, del Puracé y el Coconucos, del Sumapaz y el Huila, avizoró las hondonadas de los ríos lejanos vencidas a sus pies y pudo entrever espiritualmente el gesto de admiración de las generaciones futuras, de las mismas sus

gentes que iba engendrando, nuevo Cadmo, en el vientre de las vírgenes indianas y en el regazo de la tierra:

¡Sembrador de pueblos!

En su previsión traía simientos de cultura para sus hijos: los animales domésticos, los vegetales más útiles, las raíces fértiles de una religión, el germen de una democracia, el orgullo de una patria ventura, esbozada aún en sus respuestas cortantes («Se obedece pero no se cumple»), a los engolados escribas de Ultramar, él que, desasido de una estirpe sin renombre, estaba procreando una estirpe nueva.

«Brevilíneo», fuerte, cuadrado de hombros, aguileño, de facciones audaces, señor de los señoríos de su lanza, ¡cuán ineficaces entretendría a sus monarcas neumáticos, recelosos y taciturnos del Escorial y el Yuste!

Y qué no cabría en ese corazón templado en lava de volcanes andinos, él que vio sin parpadear nieves del Chimborazo, del Altizana y el Cayambe, del Cotopaxi y los Altares, ahí donde América tiene su riñón de fuego. Reír bien pudo, este Prometeo de la Cartagena de Indias, al pensar que le enjuiciaban a él, él que holló las monedas nixicas de Chiminigagua, el dios Muyska y de Inti, el dios de los Collas imperiales. Bajo su casco emplumado fueron consejas de comadre y parvulillos, las fraguas bélicas de Vulcano y sus escudos.

Y este don Sebastián de Belalcázar, trasmontando cordilleras sin fin, llegóse también a la Meseta de Cundinamarca, con los mismos ciento y tantos arcabuceros que, como a sus conmilltones Quesada y Federmann, le dejó apenas el áspero periplo. Dos mil kilómetros de jornada por entre un mundo en caos todavía, y arribó, no obstante la fatiga, la enfermedad y los combates, con sus soldados vestidos de terciopelo y cimera de plumas ducales.

Venía en pos del Dorado fabuloso, y se encontró la inmortalidad. Es desconcertante y muy ameno este laberinto de la causalidad histórica. Un veneciano del siglo XIII, Marco Polo, el Mandarín, descubrió la América con las visiones de exotismos «millumano-chescos» que suscitó en la fantasía de los lectores de su viaje; y un reyezuelo o cacique oscuro de estas cumbres, el señor de Guatavita, tal vez, con bañarse ritualmente en la laguna de su nombre, dio fama continental y origen a la leyenda de un Creso indiano que nadara en oro, y produjo todas estas campañas, sin similitud en la historia, del descubrimiento de la «Tierra Firme».

El Mar Caribe que abrigó los sueños juveniles de Belalcázar, acoge, dormido en la Bahía de Cartagena, y todo él azul en su bonanza, la senectud y la prisión del héroe. Ya la enfermedad y la amargura le hacen doblegar la frente que orearon los volcanes de América. Imagino que a la hora final de su vida numerosa en hechos, ardua y fecunda, llegarían uno a uno a rodear su espíritu. Como el cantar clarinesco del gallo resonarían los montes de «Nicaragua»; los Andes peruanos que lejanamente circunscriben a «Piura», semejarían el clamor de vitores guerreros; tal un rugido de león que sigue la presa, «Imbabura», escucharía entre las alucinaciones de la fiebre; suave, como arrullo de torcaza, el «Dulima» colombiano apagaría la estridencia de los latidos arteriales en el cerebro ardiente; y melífero, con acento maternal, «Abibe», no lejos de cuyas últimas colinas reposaba ahora, enjugaría para siempre la acidez de los reproches.

¡Caudillo de Montes!: ¿Acaso no había desposado con ellos —nueva divinidad telúrica— a sus hijas, las ciudades que pobló en este Nuevo Mundo?

¡Caudillo de Montes!: Ya sus ojos se enturbian, y en el delirio final, los verá en cerco de pleitesía, él que unas veces los contempló, apacibles, con la cima nevada entre nubes, o turbulentos, rebramando entre cataratas de luz y haciendo oscilar las bases de granito de todo el Continente.

Y tal vez, con la última caricia de su Capitán agonizante, se irían en grupo, palideciendo y alejándose entre las brumas del Caribe....

EL COMBATE DE LOS RIOS: El trujillano don Francisco de Orellana, si hemos de tratarlo respetuosamente, era, al decir de historiadores, un bandido, un gran bandido, y un embustero también, pero tenía, además, algunas virtudes eficaces: la audacia, la tenacidad, la ambición y la fantasía.

Todos estos hombres del descubrimiento debieron de ser un poco así: ¿Cómo haberse los héroes del azar sin un adarme de ambiciosos y alocados, de ladrones y asesinos, de sensuales y de ascetas, de místicos y despreocupados, en una inextricable confusión viviente?

A don Francisco lo enviaron a descubrir una región selvática que da sobre el Ecuador terrestre, y se alzó con el santo y la limosna.

Ello ocurrió así, más o menos:

En llegando a un río de muy copioso caudal, como nunca él viera otro en sus trajines de Europa y de América, supuso que ya debía de ir próximo al Océano, por ser tan crecido y estar a tan leve nivel sobre los mares.

Entonces lo tentó el anhelo de hacerse gobernador de aquellas regiones que iba descubriendo, y se embarcó con ánimo de salir a la costa y tomar rumbo de España, en solicitud de una de esas regalías que los monarcas dispensaban a sus vasallos esclarecidos en la gesta de los descubrimientos y conquistas.

Y navegó río abajo, río abajo, sin término. Otros ingentes caudales de agua, los que habrían de llamarse luego el Napo, el Yavary y el Putumayo; el Caquetá, el Madeira y el Río Negro; el Xingú y Tapajoz etc. que más parecen brazos de mar que afluentes humildes, se le iban juntando. Y el cauce central henchía y dilataba su curso, hasta perderse a ratos la visión de las riberas, hasta producir vértigo mental con tanta profusión y longitudes: Diez kilómetros de anchura, veinte luego, cuarenta aún... y veinte mil metros cúbicos de caudal, cincuenta mil, cien mil, ciento cuarenta mil... aquello parecía escapar a las normas de la naturaleza, desquiciar el cálculo de las magnitudes terrestres. «Ya llegamos al mar», se decían esos nautas fluviales improvisados por la necesidad y la ambición, cuando tuvieron recorridos los primeros mil kilómetros de viaje; «Ahora, sí», repitieron al cumplir los dos mil; «Ni qué más puede faltarnos» añadieron al rebazar tres mil kilómetros de la cuenta. Y, no obstante, a los cuatro mil de marcha aún iban navegando en la inmensa mole del Padre de los Ríos, del que el mismo Orellana, con sus ficciones, daría margen para que se le llamase luego de las «Amazonas».

¡Qué fácil es de imaginar, y qué difícil sería de vivir, la noche en aquellas soledades del mundo! Las riberas del bosque milenario apenas se distinguen como otra noche más sombría: Dentro, allá en las oquedades de la selva, en el laberinto sin término ni rumbo de aquel oleaje de vegetación, impera el silencio en la oscuridad, más impresionante y sensible cuando algún rugido de fiera lo rompe y deja temblando. A pesar del trópico, en ese mundo son húmedas y frescas las noches, y así, aquellos vagabundos del cosmos, debían de inquirir, los ojos dilatados en la sombra, el enigma circundante. Los astros mismos, en la esfera penumbrosa de los cielos, parecerían más callados ahí parpadeando sobre la mudez de aquellos seis millones de kilómetros de selva y ríos, que en agresiva quietud vigilan con las fauces abiertas

Al avanzar en busca de refugio ribereño para evadirse de los peligros de las ondas traicioneras en la noche, al avanzar bajo la pálida titilación de los astros, el cauce majestuoso semejaría entre las márgenes remotas del bosque oscuro, la anchurosa ruta opalina del Caos. Millares de luciérnagas fugaces rebrillarían con su luz azulada sobre las ondas, y se confundirían a los ojos alelados de los viajeros con el orto de estrellas que jugaran en el río antes de marcharse a su cenit calladamente.

Y ellos irían entre las dos riberas distantes, sumidos en la noche, como entre dos centinelas de lo incógnito: Quizás algún poeta instintivo pensaría que es así como en el misterio de la vida vamos entre las paralelas del origen y la muerte, sombrías también y sin solución posible. Y en medio de su angustia un pasmo de grandeza semidivina debieron de presentir aquellos hombres; viajaban entre la magnitud del Cosmos y la sombra de la Tierra; entre la máxima soledad y el enigma. En tales momentos el ánimo vislumbra su destino como una navegación de los espacios siderales, en naufragio de silencios y de siglos, y un hálito de pavora suprema, la de un Dios que vagase sin rumbo, perdido en solitaria eternidad inútil, nos paraliza y nos dementa.

«Lo que somos, fueron», decía un exegeta inglés improvisado, ante la discusión que en el siglo XIX se tuvo sobre la índole de las viejas civilizaciones de Grecia y de Oriente. Y asimismo nosotros podemos interpretar las emociones de aquella expedición del Amazonas que acaudillaba don Francisco de Orellana en el siglo XVI al servicio, muy precario, ciertamente, de los monarcas españoles. Iguales debieron de ser el susto y maravilla en esta jornada oscura del descubrimiento de América a los que ahora subyugan nuestro espíritu. En las veladas de la prima noche, al tenderse a dormir sobre la margen selvosa y húmeda del más gigante de los ríos, se preguntaría el observador ocasional, ¿a dónde, si no es a los confines del mundo, irá esta inmensa magnitud de agua? ¿Si no ha rendido aún su tributo al Océano, si miles de kilómetros de andanza en esta selva indefinida no han apagado su ímpetu fluvial y el curso de su suerte, será que a él le corresponde hundir sus ondas en algún abismo planetario allá en el indescifrado confín de ignotos mares? Y era silenciosa, en la noche silenciosa, la magnitud progresiva de las aguas, que se combatían ya, ocultando la margen opuesta.

Los antiguos, al salir de la etapa nublosa de la barbarie primigenia, fecundos de genio, con la imaginación juvenilmente creadora iluminada por relámpagos de intuiciones esenciales del mundo y de

la vida, vieron en las fuentes y los ríos divinidades de la naturaleza en abscondita mutación: El Ganges sagrado, el Nilo paternal, el Eufrates civilizador, el Jordán bautista. Y más adentro de las esencias aún, les adscribieron gérmenes feraces de vida, en que el amor —potencia cósmica— y no el simil suyo que así llamamos los hombres, se viste de suave fluidez y linfa cariciosa para cautivar mejor y poseer blandamente a las predilectas de su afán genérico. Por tales seducciones, Kefisos, en el Atica, fue padre de Narciso en la tersa virginidad de Liríope, y Alfeo de la Elide, buscó prolijamente la virtud de Aretusa y su núbil promesa de generaciones.

Tal así, ante la majestad del Amazonas, inquiere uno si no recata su silencio un principio másculo de la Naturaleza, si acaso no habrá nupcias recónditas en la tumultuosa conjunción de sus aguas cargadas de limo fecundo en las azules entrañas del Océano.

Ello es que los viajeros oyen, alizados, un lejano clamor de lucha en la confluencia de sus aguas. ¡Pororoca! Tenso de henchido vigor, llega el ingente caudal del río a los pechos del mar azul, horlado de cándidas espumas. Y tal parece qué asustadas las ondas oceánicas, corriesen a oponer un muro de negación, temblando, al majestuoso ímpetu del río. Y éste, rechazado en su avance de ciento veinte mil toneladas por segundo, a cada momento más dobla el reclamo y golpea con el ansia tumultuosa de su crecida potencia el seno henchido y contraído de la mar atónita. Irgue ésta más y más el amplio cuerpo de turquesa, y se cubre mejor aún de niveas coronas de espuma, azahares de virginidad en riesgo. Leves instantes de sorpresa pudibunda, y nada más, como en las conjunciones del amor primero: Ya al minuto de aquella lucha de la diosa virgen y del elemento masculino que trae vida de las entrañas remotas de los Andes, el río se arroja al seno esquivo de la mar con el grávido empuje de seis millones de potencia, con veinte millones luego; con la tensión, en fin, del Continente mismo que le impulsa, cósmico ya en su grandeza detenida; y es entonces cuando se oye el grito de victoria y rendición conjuntas —¡Pororoca!— que recorre, ondulando, las soledades del litoral y del océano: La mole azul se tiende, vencida, desflecadas las guirnalidas de espuma, recatándose en tenues rizos apenas, mientras que el río se hunde triunfante, mar adentro, mar adentro a trescientos kilómetros de temblorosa intimidad azul.

EL COMBATE DE LAS RAZAS: Este término inicial que acabo de escribir, «Combate de las Razas», está errado probablemente: Quizás fuera mejor denominarlo «Combate de Culturas», y aún, yendo más a fondo, «Combate del Espíritu».

Ello es que los historiadores no se han explicado adecuadamente el vencimiento de cuarenta millones de guerreros aborígenes, que guerreros eran todos estos pueblos de la América precolombina, por un puñado de aventureros armados de espadas y arcabuces. La mera presión de masa, la mera cohesión corporal, habría bastado para asfixiar su valentía, o la táctica, que una vez usó el ya perito araucano Caupolicán, de agotarlos en serie de ataques, pues las armas europeas no eran tan eficientes entonces para producir el milagro de la conquista.

Hubo otros elementos de triunfo: Estos pueblos americanos carecían de normas bastante arraigadas y dignas de defensa para producir el doble fenómeno de la heroicidad, que si de un lado es ímpetu de lucha y vocación de resistencia, de otro, es áccate racional del ingenio en la invención de recursos adecuados a las dificultades que surgen. Ni la patria estaba definida entre ellos, ni la raza tenía raigambres de tradición firme, ni era la religión eficazmente elaborada y armónica para constituir estímulos de exaltación espiritual operante. En contrario, la vida aborígen fue ruda, ingrata, precaria de suyo y en compensaciones sociales suficientes para defenderla con amor fértil y tenaces convicciones.

La combatividad del indio era una norma de su vivir, no una emanación de finalidades predilectas. Amaba sus costumbres, es verdad, pero dentro de la inercia social de hábitos y miedo instintivo, sin tensión de fe idealista.

Hubo una causa de vencimiento inmediata, de índole psicológica, que producía el colapso de la voluntad del aborígen: La estupefacción ante seres y elementos desconocidos. Es de observar el susto que experimentan los animales a la vista de lo insólito, y cómo pierden el comportamiento de la defensa y hasta la armonía instintiva de su conducta normal. Se produce uno como vértigo psíquico en presencia de algo que no engrana en nuestros esquemas conceptuales, por donde, faltando la base de sustentación ideológica, surge él, de igual manera que al sentir uno la base física inestable, correlativamente ocurre el fisiológico. De este vértigo emana luego la parálisis de la voluntad y el susodicho colapso de la acción defensiva.

El europeo apareció al americano como un acontecimiento de raigambre mágica, enlazado con poderes divinos y misiones punitivas de su estirpe, con que ya el vencimiento moral precedió al guerrero y lo hizo ineluctable. En el Peñón trágico del Cocuy se suicidan veinte mil aborígenes en vez de arrojarse en masa sobre el centenar de españoles que los buscan, y en el Valle idílico de los Aburráes se ahorcan los guerreros de angustia y pavor ante las barbas europeas y su extraño continente.

Y ahondando un poco más en esta inquisición causativa, se encuentra otra raíz, si en verdad un poco confusa en su operación, no menos cierta y conducente: Los pueblos aborígenes habían agotado ya las posibilidades de progreso espiritual dentro de las rutas en que se encauzó su destino. Su economía estaba dominada por la carencia de algunos elementos civilizadores, como los animales domésticos, los metales resistentes de labor y de lucha, el cristal etc. que una vez adquiridos conducen a la casi espontánea invención de muy numerosos recursos.

La acémila, por ejemplo, debió de sugerir las aplicaciones de la rueda a la tracción animal; ésta, a su vez la adecuación de caminos por donde el comercio iría ampliando la riqueza, las comodidades, la holgura de un ocio espiritualmente retributivo, la civilización, en fin, y la cultura desinteresada. El hierro, y su derivado el acero, más útil, traen al hombre un dominio de la naturaleza, un ahorro de energía muscular y de tiempo aprovechable, la invención de instrumentos sutiles o de máquinas potentes, con que la sociedad se capacita para grandes empresas y el aumento de la población. Tal así, el vidrio y el cristal, de ornamento pasan a hacerse recursos de investigación técnica, a engendrar el telescopio, el microscopio, espectroscopio etc., que llevan al hombre, como de la mano, a descubrimientos fundamentales y mágicas amplitudes de su espíritu.

Por otro lado, no ya partiendo de elementos físicos, sino mentales puramente, la escritura simbólica y fonética, la expresión del número en cifras simplificadas, como las que nos dieron los árabes, el hallazgo del cero y de los valores de posición constituyen un puente de oro hacia el alcázar alucinante de toda cultura. La conjugación espiritual de las matemáticas y de la poesía imprime un vuelo aquilino a la mente, idealiza las aspiraciones, las sublima en creaciones que enaltecen y confortan, como una compensación estética de los pesares íntimos y de las esquivas de la fortuna o de su adversidad y daños.

Y nada de esto tenían las sociedades aborígenes de América: Si es verdad que algunas naciones, como Mayas y Toltecas, lograron en el curso del milenio anterior adquirir elementos de técnica y de arte admirados justamente, ellas no pudieron ni podían, armonizar una cultura del espíritu: Si los Mayas hallaron el cero, sólo le dieron aplicación a la astronomía, en las funciones pragmáticas de la agricultura, por ejemplo. Si los Keshuas inventaron un sistema económico y fiscal de meticolosas distribuciones, no supieron salir de las normas de un imperio militarista que encasillaba y maniataba los espíritus, dejando en un magma social la persona y sus anhelos de excelsitud, los gérmenes individuales de superación. Si los Toltecas, artistas y bien asociados en congregación ciudadana, alcanzaron la más elevada nota de cultura aborígen, si sus reyes y sus dioses tuvieron a ratos vuelo alciónico, ya estaban ahogados y limitados, y no se percibe en la trayectoria de su civilización ruta expedita para nuevas adquisiciones culturales. Si los Muyskas, nuestros Muyskas de Cundinamarca, poseyeron indole jurídica y divinaciones religiosas estupendas, la precaria situación de su dominio asediado y lo somero de sus recursos económicos, estancaban aquel aliciente incipiente.

He ahí por qué conceptúo que su misión espiritual historiable se puede considerar exhausta. Y comoquiera que los pueblos sin rumbo cultural ascendente son agregados sin potencia de perduración, el vencimiento de los aborígenes americanos me parece una ocurrencia histórica ineluctable y oportuna.

Y ello nada tiene de desconcertante o melancólico: El destino de América lo impone la idiosincrasia de su naturaleza, y con el correr de los siglos, se borrarán los rasgos de los conquistadores, y por la conjunción de su sangre con la sangre aborígen, y aun sin ella, por mutaciones recónditas del inmigrante, el hombre americano va moldeándose con indole peculiar, destino autóctono y creaciones inéditas en su mejor parte aún, que tendrán, si no una esencia cultural diferente, sí una morfología sui géneris.

Y así, la destrucción de las viejas culturas, la hibridación atollada y pecaminosa a veces, los heroísmos conquistadores y libertadores, la anarquía del vivir inicial de estas democracias, serán, vistos con perspectiva de centurias, escalones de un nuevo edificio espiritual de la humanidad histórica, y parecerán, así, armonioso desenvolvimiento de un destino inmutado e inmutable tal vez.

Tienen los pueblos prejuicios infantiles que hacen sonreír a los sabios, y que, no obstante su puerilidad e inconsistencia cientí-

fica, perduran: Tal así la opinión de que los primeros días de enero anuncian lo que serán los meses subsiguientes en el orden de su secuencia. En América marca algo como un sino histórico el carácter de los caudillos conquistadores de las respectivas zonas: Pizarro parece anunciar el atormentado vivir de la nación peruana y de sus luchas con los países limítrofes; Jiménez de Quesada se considera como un precursor del espíritu civilista de Colombia; Cortés marca en México la imponderable lucha contra potencias abrumadoras... Es que la novela tiene también su valor de certidumbre al lado de la historia documental y estricta.

Cuando el insigne don Hernando Cortés ordenó destruir las naves del regreso, realizó instintivamente un acto simbólico de la americanidad: El desligamiento futuro de los destinos de este hemisferio de las normas europeas de entonces. Se cumplía en él un designio del Fatum. De su hazaña emergía un nuevo mundo cultural y político, una trayectoria inédita de la sensibilidad humana, que iba a ensayar otros rumbos. América parece recibirlo en recóndito entendimiento, cuando le obsequia el amor inestricto de Marina, como advirtiéndole que en él nacía, según la expresión de San Pablo, un hombre nuevo. Atrás quedaba la hermosura de doña Catalina Juárez, supreciado ligamento al pasado; ahora la hazaña requería un testimonio de sangre diferente, de diferente temura y de auxilio indeclinable y heroico en los brazos cobrizos de la novia aborigen.

Y es de ver cómo estos hombres salen de la nebulosa popular, del «demosa» sin nombre, para ser así mayor la virginidad de la misión americana. En ellos preexiste la democracia del futuro de estas naciones en cada gesto de sus vidas. Ante el monarca desmemoriado, que no entiende aún las magnitudes de la conquista, Cortés dice, leal todavía en el acento, rebelde ya en la amargura: «Soy un hombre que os ha regalado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos», con lo que niega implícitamente los valores de la alcurnia hereditaria y presiente los fueros de la personalidad libre de América. Es el caudillo que surge de las entrañas pródigas de la humanidad cuando está embarazada del Destino. Por eso le entiende mejor la intuición del alma candorosa de Marina: Ella le sigue sin reclamar compensaciones, con donación de afecto, graciosa y sin fronteras de cálculo, cervatilla silvestre que instintivamente se orienta en las cumbres, cual si adivinara que la mujer aborigen sería el crisol de otra estirpe y el callado sendero de otros rumbos.

El fenómeno se repite en toda la América, con caracteres poéticos a veces, como lo confirma, en la jornada del descubrimiento de los Muyskas, la amante del gentilísimo Lázaro Fonte, a quien se adscribe el nombre dulce y sonoro de Zoratama.

Mas no se crea que este femenino ambeleso por los conquistadores es adjetividad y cobardía de las hembras aborígenes: cuando el infortunio las puso en trance de lucha y de venganza, su heroísmo opacó al de los más encamizados guerreros: Entre las tribus relativamente cultas del Sinú o Finzenú, donde una Cleopatra indígena ejercía el cacicazgo con derroche de lujo, de regalo y de altivez, halláronse mujeres consagradas a la milicia, tan bravas en las lides, que inspiraron respeto a las huestes españolas. Jóvenes guerreras que se quemaban el pecho precozmente para manejar el arco sin estorbo, y tan aguerridas que no se las vio nunca retroceder en los combates. La Gaitana, de la egregia estirpe de los Pijaos, fue el caudillo más temible de sus lares, cuando se dio a vengar, con servicio de pantera, el cruel asesinato de su hijo. Y entre todas, la que llevó el bello nombre de Zulía, de la bizarra cepa de los Caribes colombianos, la única real amazona que hubo en el Continente, pues que aprendió a guerrear a caballo, en los caballos tomados al enemigo, y fue a la manera de un Macabeo, por la magnitud de sus proyectos belicosos, la ardencia de sus combates, su tenacidad en la lucha... y la belleza de su porte, que la hacen émula legendaria de Djordis, la protagonista de los «Guerreros de Helgeland».

No. La sumisión de la mujer aborigen tuvo causalidad de entraña más honda: fue la incubadora de un nuevo mensaje histórico en los destinos de este Continente.

Porque fue ahí, en el vientre de las vírgenes indianas, donde se produjo el combate recóndito de las razas de América. El vencimiento no solamente deprime el apetito de vivir en los varones suplantados, sino que disminuye en la hembra la aceptación de sus caricias, y tal vez, la capacidad procreadora: El victorioso lo es espiritual y fisiológicamente. Sino que el vientre materno vengará con sus gestaciones la derrota de la raza, entre sonrisas y deliquios.

A esta distancia de siglos nos es dable a nosotros, los pietos de aquellas razas en pugna, entender lo que ellas vivieron absortas: Se me figura el desorden espiritual que produjeran en los descubridores las civilizaciones que iban destruyendo. Los ojos de Cortés ante las ciudades del Anahuac, los de Pizarro ante los monumentos del Cuzco, los de Grijalba y los Monteños en Yucatán, ante las reliquias de una arquitectura exótica de tan difícil interpretación. Con la

imaginación podemos recorrer el trazo de aquellas ciudades de los Aztecas y los Incas: La ordenación de calles y de plazas en función de categoría y gremio, la suntuosidad de templos y palacios, en piedra labrada, bajo el dominio de la recta, preferida norma de aquel arte, aun limitado a sus posibilidades, como el griego, como el egipcio, pero ya grandilocuente. Al interior las estancias eran de espacio breve por la carencia de la bóveda y del arco bien definidos, mas al exterior imperaba la arrogancia de un barroco de valientes estructuras, de complicados dibujos y de símbolos. El conquistador ibero que las recorría, debió de sentir el pasmo de lo desconocido grandioso, y cierta confusión mental ante la incongruencia de aquel estupendo tecnicismo con la barbarie de la vida social ambiente. La misma incomprensible distancia ideológica que mediaba entre la organización de las artes menores y del comercio, dignas de una avanzada civilización, y los hábitos de guerrear, primitivos aun. El enigma, también, de que un dios tan noblemente concebido como Oméutli, omnipotente, providente, incorpóreo y ubicuo, es a saber, universal, no hubiese podido substituir al monstruoso (e impronunciable!) Huitzilopochtli o Huitzilopochtli.

Es que, en el fondo, la cultura precolumbina estaba aherrojada a la materia, al soma y no al neuma, no a la psique carecía de ambiente interior, de espacio espiritual y había encauzado el genio en un formalismo que diluye en la morfología del dibujo externo la elación que debiera ampliar las intimidades recónditas de la estirpe.

El cristiano tenía, como lo dicen bellamente sus catedrales góticas, una amplitud interior, un ensanchamiento de la perspectiva espiritual, en los anhelos de su psique y en la elación de sus ideas. El indio estaba aún deslumbrado por el esplendor de la naturaleza ambiente; su arte y sus conceptos se expresaban en superficie, como si dijéramos, al aire, sin espaciosa intimidad. Las soberbias estructuras levantadas sobre basamentos piramidales escalonados, que fingen una deprecación a los cielos y un grito de fe en la alteza de sus divinidades, no tienen fondo, no tienen naves ni salones de refugio. Son el desenvolvimiento artístico de las colinas artificiales de los «Mound Builders» del Norte, a la manera que los edificios suntuosos de Asur y Babilonia reproducen un anhelo de la estirpe sumeria por tener consigo las alturas de la región montañosa de donde vinieron; sino que los Ninivitas avanzaron hasta la combinación de la altura exterior con la amplitud majestuosa de los interiores,

mientras que el mexicano se queda aún mirando al ambiente, aun sujeto a la naturaleza sensible.

Es probable que la divinidad superior que encontramos en estos pueblos de América, y que Wilhelm Schmidt ha creído desenrañar en todas las culturas incipientes, tan alta y soa, tan indefinible y mayestática en sus atributos de creador supremo, sea una elaboración teogónica de los silencios siderales. Mas ello es que dicha deidad es vagarosa en la mente aborígen, no articulada aún en los destinos del hombre. Luz zodiacal indescifrable para el espíritu simplista del indio, sin culto social ni definición de esencia.

Asimismo el alma fue para el indiano algo incierto todavía, borroso daguerrotipo de su fisiología, como el lugar de sus destinos de ultratumba, inacabado icon y nada más de su vida presente.

Esta cultura externa aún debió de contrariar la subjetiva de los arios, y en choque de imposible engranaje, combatirse hasta la muerte. La americana no tenía ya continuación. La europea encontraría en el Nuevo Mundo potencia renovadora para mayores jornadas, y amplitud estimulante de su índole. Por eso el conquistador fue incomprensivo y rudo ante estas civilizaciones precarias. Instrumento indeclinable de una muerte que ellas traían en sí, e iluminación de otros espacios y normas del destino fundamental de América.

Mas he aquí que del amor de la india nacerán nuevas generaciones con la ideología de los europeos y la sensibilidad americana, por donde habrá de restablecerse el influjo del ambiente geográfico de estos países y encauzar a sus hombres en rutas espirituales de diversa índole. Parece que la Naturaleza se ha equivocado frecuentemente en la prosecución de sus fines, que muchas especies no logran prosperar por defectos de su orientación orgánica, y que entonces surgen otras que corrigen el yerro y avanzan con mejores triunfos. Tal así, pudiera opinarse que las culturas de América aborígen habían tocado el valliadar del frente, el tropiezo insoluble de sus destinos, y, que la conquista europea enderezó el rumbo, aunque padeciendo a su vez las modificaciones indeclinables que están engendrando ahora una civilización diferente, embrionaria aún, sin duda, mas ya perceptible en la historia de nuestras sociedades.

CUARTO DISCURSO: SOCIEDADES ABORIGENES

PUEBLOS Y CULTURAS ABORIGENES DE AMERICA. Los cuarenta o cincuenta millones de indios que por el tiempo de la conquista habitaban los dos continentes americanos tuvieron sus cepas de origen en el Asia, y tal vez la Oceanía, desde Siberia hasta las regiones australes.

Es posible que llegaran al llamado Nuevo Mundo en migraciones sucesivas, empujadas por la necesidad económica, por el desalojamiento de sus poblaciones y por circunstancias de clima que ahora no es tarea fácil esclarecer con probabilidades de acierto.

Vínculos de lengua, huellas, sobre todo, de toponimia, similitudes arqueológicas, rasgos antropométricos, índole cultural, distribución geográfica etc., han permitido a hombres de mucha constancia y sabiduría agruparlos en algún orden, siquiera aproximado y transitorio, pero ya didácticamente útil.

Por mi parte, en estudios de sociología colombiana, he ensayado otro rumbo en estas investigaciones, a saber: la herencia del carácter y temperamento de las naciones aborígenes, notoria hasta en su etología u organización de costumbres, y tan persistente que entre sus herederos mestizos se revela aún. De esta manera he podido apreciar un poco mejor la idiosincrasia de los grupos étnicos colombianos, emparentados con los Muyskas, los Araukas y Kalinas o sea, los Chibchas, Arawacks y Caribes de la literatura universal, hallando importantes aclaraciones de su conducta social y de sus cualidades íntimas.

Se calcula que el hombre americano vive en este Continente hace cosa de diez mil años, o sea desde el neolítico, con lo cual ha tenido ocasión de sufrir la acción modificadora del medio ambiente geográfico y adquirir los caracteres que lo distinguen y hacen tan semejantes en sus variedades. Pues ello es que los etnólogos conceptúan que hubo, por lo menos, cuatro grupos raciales diferentes: El mogoloide o proto-mogol, a que pertenece, sin duda, la raza Chibcha; el melano-polinesio, a que pudiera compararse el tipo Lagoa Santa y el Kalina o Caribe; el negroide, perceptible en los rasgos de algunas tribus en varias regiones de la América del Sur; y el proto-ario o alófilo, de que se descubren algunos tipos, como los Passees del Río Negro etc.

El Pr. Alles Hrdlicka ha ensayado una clasificación antropométrica, con un tipo-dolicocéfalo, en que comprende los Algonquinos, los Iroqueses, Sioux y Shoshonas, Pima-Aztecas y Lagoa Santas; el segundo braquicéfalo, de la Costa Occidental Americana, de México, Antillas, América Central, Norte de Sur América y Costa del Perú; el tercero incluye los esquimales y Atapaskanos. Mas ello es que tales investigaciones son muy difíciles, y como todo estudio estadístico, sujeto a interpretaciones diferentes.

Otros autores célebres buscan una ordenación geográfica, en se s grupos culturales. Los Aztecas, con Tarascos de Michoacán y Mixteco-Zapotecas de Oaxaca; Los Maya-Quiché de Yucatán, Guatemala y Honduras; Los de América Central y Antillas, con Nicaragua y El Salvador; Los Chibchas de Costa Rica, Panamá y Colombia; La Cultura Peruana, y la Diaguita, en fin, o Calchaqui, de Argentina y Chile. Tampoco esta interpretación satisface al polimorfismos de la sociedad aborígen americana.

En los textos elementales de estudio, simplificando prudentemente estos datos, se nos ofrece la etnología pre-colombiana en grandes familias, como la de los Nahuas, lingüísticamente uniformados desde el Canadá hasta Centro América; los Chibchas, desde los Lencas de Honduras, y aun los Mazatecas de México, hasta los Yuncas del Perú; los Arawacks (microcéfalos?) y Caribes (mesocéfalos), difundidos ampliamente desde la Florida hasta el Chaco y la Patagonia. Sin embargo, quedan así por fuera grupos irreducibles, como el arcaico incierto y otros de lenguas no afines, que meten grave incertidumbre en estas cuestiones.

Grandes maestros americanistas, se remontan a la inquisición de los troncos de origen, y piensan en remotos abuelos australianos (por el puente de la Antártida, cuando el clima fue allí más favorable); en malayo-polinesios (de la Melanesia actual); en asiáticos propiamente (de la cepa proto-mogol); y uranios (como el grupo esquimal). Empero, aún habría 26 lenguas irreducibles en la América del Norte, 20 en la del Centro y 76 en la del Sur, dentro de un cálculo mínimo, pues otros autores opinan que en sólo la América Septentrional pueden contarse 50 lenguas y 700 dialectos de difícil agrupación, aunque hoy día se tiende a «presuponer» que corresponden a una misma y gran familia racial.

Para que se vea lo intrincado de este estudio, anoto a continuación el detalle de los dialectos Chibchas, por donde se colige que muchas tribus de diverso grupo étnico hablaban una lengua común, como es el caso de la Keshwa o Quichua contemporánea:

Bribi	Changina
Kabekar-estrella	Guamaka
Tiribi	Bintukua
Brunka	Köggaba
Terraba	Atankes
Chiripo	Rama
Tukurrike	Muyska
Viscyta	Betoi
Murire	Tunebo
Muoi	Unkasia
Talamanca	Andaki
Huetar	Duit
Voto	Paece-Pijao
Sabanero	Panikita
Move-valiente	Totoró
Noiteño	Kokonuko
Penonomeño	Moguex
Chimila	Guanako
Kuna	Kuaiker
Tule o San Blas	Kayapa
Chumulu	Colorado
Gualaka	Etc.

Los nombres de tribus y la toponimia similar no pueden servirnos, sino discretamente, para rastrear los orígenes y parentescos de los grupos raciales americanos: Existe el río Kolima en la Península de Kantchacka, del Norte Asiático, y el mismo nombre aparece en México, Colombia etc. abundantemente repetido: Mas yo no sabría dar a esto un valor real de índice en las posibles migraciones. Es el caso de la voz «Yuma», nombre de nuestro Río Magdalena, de unas tribus (branquicéfalas) probablemente Nahuas, de California hasta México y América Central; y de otras, tal vez Caribes, del Yacaré y del Ituxi, en el Brasil.

Para que se advierta mejor el desorden de esta sistemática de la etnología pre-colombina, transcribo a continuación las divisiones principales que trae una Historia de América que se está actualmente publicando en España, bajo la dirección de varios profesores al parecer discretos:

LOS GRANDES GRUPOS ABORIGENES AMERICANOS

Norte América:

Esquimales
 Atapascos
 Algonquinos
 Iroqueses
 Pueblos del sudeste
 Siux
 Shoshones
 Pueblos del Nordeste: Wakash, Haidas, Tingits.
 De Oregon y California: Yaconas, Yumas etc.
 Indios Pueblos. . . .

Centro América:

Familia Uto-Azteca (Pima-Nahua)
 Pueblos independientes de México: Mixtecas, Mixe-zoques etc.
 Los Otomíes
 Los Mayas
 De Guatemala, Honduras y Nicaragua: Lencas etc.
 Los Chibchas Centroamericanos: Cunas, Talamancas etc.
 Los de las Antillas: Caribes, Arawacks etc.

Sur América:

Chibchas
 Ecuatorianos: Puruhaes, Coches, Cofanes, Cañaris etc.
 Quichuas y Aymarás
 Yuncas
 Los Arawacks
 Familia Caribe
 Orinoquia y Río Negro: Guajibos, Sálivas, Piapocos etc.
 Familia Tupí-Guaraní
 Los Tucanos
 Independientes de la Amazonia: Huitotos, Jívaros etc.
 Los Panos: Amazonas y Ucayali
 Del Madeira: Lecos, Itonamas, Amueshas etc.
 Meseta brasileña: Gez etc.
 Chaco, Argentina y Uruguay: Diaguitas, Charrúas etc.
 Meridionales: Araucanos, Pampas, Puelches

Patagones o Teuelches
 Fueguinos, Onas, Yaganes, Alacalufes.

Esto parece muy bien ordenado para una descripción progresiva. Empero, veamos los pormenores de la realidad en un sólo país, el nuestro de Colombia, para mayor entendimiento. . . . y desconfianza de estas clasificaciones:

CLASIFICACION DE LAS LENGUAS ABORIGENES DE COLOMBIA, SEGUN EL PROFESOR CHESTMIR LOUKOTKA, DE PRAGA, REVISADA POR EL PADRE MARCELINO DE CASTELVI, MISIONERO CAPUCHINO DEL PUTUMAYO Y EXPERTO LINGUISTA, Y POR NUESTRO ERUDITO ETNOLOGO SERGIO ELIAS ORTIZ

(Las preguntas y algunas variaciones ortográficas son mías)

I) —FAMILIA ANDOKE

1. Andoke-chó-oje: Desde La Pedrera hasta Curiplaya, puertos del Caquetá y en los centros de su afluente el Miritiparaná.

II) —FAMILIA ARAWACK

a) Idiomas de Guyana (¿Guayana?):

1. Goahira: Goajiro, con vestigios de Chibcha. (Guajiro, Guayiro?)
2. Maypure: Maypures, 5° lat, con vestigios de Karibe.
3. Achagua: Ríos Apure, Arauca.
4. Amarizana: Ríos Vua y Aguas blancas, con vestigios de Makú.
5. Piapoko: Río Guaviare, con intrusión de Karibe
6. Baníva: San Fernando de Atabapo.
7. Uarekéna: Río Guainía.
8. Siusí: Río Cuiary.
9. Payualiene: Arára-paraná.
10. Ipeka: San Pedro, Río Içána.
11. Kapitè-minanei: Fuentes del Río Içána.
12. Yukuna: Miriti-paraná.
13. Uainumá: Entre Ríos Upí (¿Ipú?) y Cauinary.
14. Kauyarí: Río Apoporis.
15. Matapí: Río Feza y Yarí o Jarí.

b) Idiomas mezclados con Makú:

16. Chimana: Río Puré.
17. Kauishana: Ríos Yapurá y Tocantins.
18. Passé: Ríos Iça, Negro y Putumayo: (Izá de los aborígenes).

c) Idioma mezclado con Muray Tukano:

19. Tikuna: Tabatinga, San Paulo de Olivença, Trapecio Amazónico.

d) Idioma no catalogado

20. Resiggaro: La Sabana del Cahuinari.

III) —FAMILIA BORA

1. Bora: Río Cauinari, con intrusión de Tupí.
2. Nonuya: Con intrusión de Tupí.
3. Muinane: Vecinos de los Uitotos al norte, con intrusión de Tupí y vestigios de Uitoto (o Huitoto, en nuestra grafía consuetudinaria).

IV) —FAMILIA CHIBCHA**a) Idiomas del grupo Chibcha:**

1. Chibcha: Bogotá, con vestigios de idiomas de América Central, según de Castelví.
2. Duit: Tundama.
3. Tunebo de Tegría: Con intrusión de Arawack.
4. Tunebo de Pedraza: Con intrusión de Arawack.
5. Tunebo de Bonkota: Con intrusión de Arawack.
6. Tunebo de Manare: Con intrusión de Arawack.
7. Sinsiga de Chita.
8. Kuna: Bocas del Atrato y Golfo de Urabá.

b) Idiomas del grupo Arhuako. (¿Arwako?)

9. Kábaga: Sierra Nevada, Pueblo Viejo, Santa Rosa.
10. Bintukua: San Sebastián, con vestigios de los idiomas de la América Central.

11. Chimila: entre Sierra Nevada y Río Magdalena, con vestigios de los idiomas de la América Central.
12. Tairona: Boca del Río Cauca. (¿Lengua Chocó, Lengua Chibcha?)

c) Idioma mezclado con elementos de la América Central:

13. Kueva: Boca del Río Atrato.

d) Idiomas mezclados del grupo Barbakóa:

14. Kuaiker: Río Cuaiquer, con vestigios de Mashakali.
15. Sindagua: Ríos Cuembí y Telembí. (¿Lengua Malla, o dialecto Kuaiker?)
16. Moguex o Guambía: Entre los Paeces y Totoroes, con vestigios de Mashakali.
17. Totoró: Polindara y Totoró, con vestigios de los idiomas de la América Central.
18. Kokonuko: Fuentes del Río Cauca, con vestigios de los idiomas de la América Central.
19. Popayán o Guanuko: Con vestigios de los idiomas de la América Central.

e) Idiomas mezclados del grupo Paece:

20. Paece: Río Páez. (Río Paece sería mejor decir).
21. Panikitá: Pueblo de Paniquitá.

f) Idiomas del grupo Andakí:

22. Andakí: San Agustín, con vestigios de Mashakali y Kaingán.

g) Idiomas mezclados del grupo Betoí:

23. Betoí: Ríos Casanare, Cravo, Ele y Apure, con vestigios de Tukano.
24. Situfa: Río Casanare.

VI) —FAMILIA CHOKO

1. Chokó: Río Atrato, con intrusión de Paece.
2. Noanána: Lloró, con vestigios de Arawack. (¿Noanamá?)

3. Chami: Río Marmato.
4. Tadó: San Juan, Baudó.
5. Katío de Dabaybe y de Urabá. (¿Chibcha?)
6. Andágueda: Quibdó.
7. Cholo: Bocas y curso del Río San Juan.
8. Kimbaya: Río Cauca. (Región del Quindío).
9. Mikay: Río Micay.

VII)—FAMILIA GUAHIBO

1. Guahibo: Ríos Meta, Arauca, Vichada y Orinoco, con vestigios de Arawack.
2. Churuya: El Piñal, Río Gueljar.

VII)—FAMILIA KAUHAPANA

1. Xebero: Jebero, isla de Ronda, cerca de Leticia.

VIII)—FAMILIA KARAIB O KARIBE (¿Kalinas o Kamibaes?)

a) Idiomas de Guayana:

1. Makiritaré: Ríos Caura, Merevari, Ventuari y Auary, con vestigios de Tupí.

b) Idiomas del Oeste:

2. Motilón: Sierra de Perijá, con vestigios de Chibcha.
3. Chake: Río Apóm, con vestigios de Chibcha.
4. Opom: Río Opóm, con vestigios de Arawack.
5. Karare: Río Carare, con vestigios de Arawack.
6. Quake: Río Engaños, con vestigios de Arawack.
7. Kalihona: Río Yapurá, con vestigios de Arawack.
8. Umáua: Fuentes del Río Apaporis, con vestigios de Arawack.

IX)—FAMILIA KECUJA (o Keshwa?)

1. Ingano: Del valle de Sibundoy, fuentes del Río Putumayo, Mocoa, pueblo de Aponte.

X)—FAMILIA KOFANE

1. Kofane: Ríos Cofane y Payamino, entre los Ríos Guamués y San Miguel.

XI)—FAMILIA KOERUNA

1. Koeruna: San Antonio de Marapí, con intrusión de Uitoto y Tukano.

XII)—FAMILIA MAKU

1. Puimate: Río Inirida, con vestigios de Kamakán.
2. Makú: De Río Querary, con vestigios de Kamakán.
3. Makú: Del Río Papury, con vestigios de Kamakán.

XIII)—FAMILIA MOKOA

1. Sebondoy o Kamsá: Fuentes del Río Iça. (¿Río Izá o Putumayo?)
2. Killacinga: Desde el Río Juanambú hasta el Río Guáytara (¿Chibcha?)
3. Pastokó.
4. Mokoá: Pueblo de Mocoá.

XIV)—FAMILIA OTOMAK

1. Otomak: Entre Ríos Orinoco, Meta, Arauca y Sinaruco, con intrusión de Karibe.
2. Taparita: Ríos Apure y Orinoco.

XV)—FAMILIA PIAROA

a) Idiomas del Este:

1. Piároa: Río Sipaco, con vestigios de Karibe.
2. Mako: Ríos Ventuari y Cunucunuma.

b) Idiomas del Oeste:

3. Sáiva: Ríos Vichada, Guaviare, Mucó y Meta, con intrusión de Arawack.

XVI)—FAMILIA TUKANO

a) Idiomas del Oeste:

1. Tama: Ríos Yari y Caguán.
2. Koreguay: Cuenca del Río Orteguaza, afluente del Caquetá, con vestigios de Chibcha.
3. Encaballados: Río Aguarica, con vestigios de Zé.
4. Zeona o Siona: Entre Ríos Putumayo y Caquetá.
5. Pasto: Pasto y Carchi.
6. Pioxe: Angoteros Enos?, con vestigios de Zé.

b) Idiomas del Este:

7. Yupúa: Río Oeca, con vestigios de Karibe.
8. Yahúna: Río Apaporis.
9. Kobeúa: Ríos Caiary y Cuduiary, con vestigios de Karibe.
10. Kueretu: Mirití-Paraná, con vestigios de Karibe.
11. Desána: Entre Ríos Tiquié y Caiary, con intrusión de Karibe.
12. Uaiana: Río Caiary, con vestigios de Karibe.
13. Tukano: Dagsexe, Ríos Tiquié y Uapés. (Nuestro Vaupés?)
14. Uanána: Río Caiary.
15. Uaikana: Río Papury, con intrusión de Karibe.
16. Bará: Fuentes del Río Tiquié, con vestigios de Karibe.
17. Uasona: Río Caiary, con vestigios de Karibe.
18. Urubú-Tapuyo: Fuentes del río Caiary.
19. Makuna.
20. Tanimuka: Opaina.

XVII)—FAMILIA TUPI

a) Idiomas del grupo Sur y Norte:

1. Kokama: Río Ucayali, Bocana del Atacuari y Bahía de Loretoyaco hasta la hacienda «La Victoria», cerca de Leticia.

XVIII)—FAMILIA UITOTO

a) Idiomas puros:

1. Káimö: Entre Ríos Putumayo y Napo, con vestigios de Arawack.

2. Orejones: Río Ambiyacu, con vestigios de Arawack.
3. Okáina: Río Igaraparaná, con Intrusión de Bora.

b) Idioma mezclado con Tukano:

4. Kurapana-Tapuyo: Araracuára, Río Yapurá (o Caquetá).

XIX)—FAMILIA YAGUA

a) Idioma puro:

1. Yagua: Ríos Nauta, Nahua y Napo, con intrusión de Arawack.

XX)—FAMILIA YURI (¿o Karibe?)

1. Yuri: Selvas entre Tarapacá, La Pedrera y el Alto Puré.

XXI)—FAMILIA ZAPARO

1. Záparo: Río Tigre, con intrusión de Tupí y vestigios de Arawack. Etc.

Todo este maremagnum de clasificaciones pudiera reducirse a la siguiente nomenclatura racial aborigen Suramericana:

Andidos,
Amazónidos,
Láguidos,
Ístmidos,
Pámpidos y
Fuéguidos.

Con unas noventa y seis lenguas distintas, o a lo menos irreductibles aún, y quinientos sesenta y seis dialectos, de que corresponderían a Colombia, según Castelví, veinte y cinco, respectivamente.... lo cual tampoco ilustra mucho.

SOMEROS DATOS SOBRE LOS ABORIGENES DE AMERICA

Algunos autores, Spinden principalmente, opinan que la población aborígen, en general, venía disminuyendo desde tiempos muy anteriores a la conquista, pues que era de unos sesenta millones hacia 1200, y de unos cincuenta por la época del descubrimiento. Rivet calcula en quince el número actual de indígenas puros.

PIELES ROJAS. Al Norte de México existían, a la llegada de los europeos, un millón doscientos mil indios, pertenecientes en su mayoría a la gran Familia Nahoá (o Nahua, como se quiera), y denominados genéricamente Pielés Rojas, por su hábito de teñirse el cuerpo de este color.

Eran de buena contextura, nariz más fuerte que la de los mogoloides del Sur, ojo aguilino, redondo y audaz, valerosos, como lo atestiguan héroes de la calidad excepcional de Metapón, hijo de Massasot, de la tribu Wampanoag, que en 1676 casi destruye la colonia de New England, o Nueva Inglaterra, en Rhode Island. Se les considera muy imaginativos y dados a la elocuencia y poesía.

Algunos de esos pueblos habían adquirido ya nociones técnicas encomiables, como el uso del abono, que aprovechaban los habitantes de Massachusetts, el empleo de zapatos de piel (mocasines), y la gran industria de la edificación en laderas de roca blanda que algunos del Occidente emplearon, juntamente con la de adobe, «more babylonico», que los llamados Indios Pueblos de Nuevo México y Arizona desarrollaron a un nivel apreciable. Y esto constituye una coincidencia histórico-social que cautiva mi atención: pues ello es que tales antepasados de los yanquis gustaron de desarrollar sus edificios en altura, aun con aquellos materiales poco resistentes, y sin mayor influencia del espacio restringido que hoy se nos ofrece como causa y excusa.

Sorprende asimismo mi curiosidad, y grandemente la estimula, el que estas tribus norteamericanas, en clima favorable de zona templada, no hubiesen desarrollado una gran civilización del estilo y alcance de la Tolteca, de la Maya e Inca. Igualmente me interesa el hecho histórico de que siempre se produjeron las migraciones conquistadoras de Norte a Sur, en mucho como ocurrió en la serie animal, de los grandes mamíferos, sobre todo, como ya dije. Algo como si un anhelo de climas más calientes los hubiera empujado, aunque, en verdad, aquello debió verificarse de instinto.

Y otro hecho social se impone a la meditación: ¿Por qué aquellas naciones Nahuatl si construyeron esa civilización y cultura en México? ¿Acaso la disciplina de las dificultades, en larga serie de siglos que lucharon con el hambre, las huestes enemigas, las distancias y el azar de cada día, las dotó de un ímpetu excesivo de superación? ¿O, tal vez, en ese ambiente físico de Centro América hubo excitantes indiscernibles de la elación espiritual? Ello es que el Pueblo Mexicano, a pesar de su vida atormentada y caótica, del despedazamiento injusto y cruel con que ha sido maltratado por sus poderosos vecinos septentrionales, siguiendo aquella orientación de invasiones que ya anoté para los primitivos, a pesar de sus conductores, a veces criminales e imbeciles, a pesar de su ignorancia de siglos y del bajo nivel de la sociedad de sus indiadas, es uno de los más definidos, de mayor personalidad y de dotes artísticas que tiene América, si no el Mundo.

Que hay en el ambiente físico imponderables propicios a la civilización y la cultura se puede apreciar a vuelo de pájaro en el estudio de naciones como la Inglesa, la Francesa, la Alemana, la Italiana y la Española, que teniendo tantas condiciones en común, como son algunos orígenes raciales, una tradición cultural greco-latina, una religión cristiana y un constante roce político, han desarrollado ídoles tan apartadas y sui géneris. Que unas nos ofrecen excelencia en determinadas artes, otras en filosofía, aquellas en ecuanimidad política, las de más allá en moralidad y equilibrio del carácter, determinando así sub-especies de civilización europea que en otro sitio estudiaremos luego.

Ello es que el mexicano de hoy revela en su conducta, en su literatura, en sus miradas de subitáneo llamear, confuso en su mezcla de diminutivos cordiales con un estoico dar y tomar la muerte, jugar a la muerte, acariciarle plácidamente el testuz a la fatalidad sombría, revela, diré, un sino de tragedia, una fraternidad tenebrosa con el caos.

CULTURAS MEXICANAS. Instituciones culturales de Estados Unidos y de México, conjuntas, han venido trabajando estos últimos años en la investigación de las reliquias arqueológicas de varias regiones del segundo de estos países, con resultados sorprendentes. De entre esos estudios se destaca el descubrimiento de una civilización Zapoteca, situada en Oaxaca, territorio de Monte Albán, que

al decir de peritos como el Pr. Alfonso Caso, pudiera considerarse anterior al primer florecimiento de la Maya y la Tolteca, es decir un poco antes de la época de Cristo: Dioses de piedra, bajo relieves, joyas, pinturas, instrumentos de piedra tallada etc., de gran mérito simbólico y artístico, serían las primicias de aquellas excavaciones, si es que las dudas que ha suscitado algún error o exaltamiento posible, no destruyen el alborozo inicial.

Se asegura, asimismo, que esta cultura arcaica fue interrumpida por la invasión de los Mixtecos de la Altiplanicie, dando tal vez origen a una intermedia de tipo Mixteco-Zapoteca.

En todo caso, conviene que nos detengamos a considerar una coincidencia histórica de mucho predicamento, y es, a saber: La fecundidad del milenio que va del siglo V antes de la Era Cristiana al siglo V posterior a ella, en cuanto a muchos sucesos importantísimos del Viejo Mundo Eurasiático y del Nuevo Mundo Americano. Fue entonces, probablemente, cuando las primeras culturas de Tiahuanaco, de Guatemala, del Anahuac y de los Muyskas iniciaron y aun cumplieron sus mejores jornadas de civilización y de dominio. ¿Qué habría en aquella época feliz, para que surgieran conductores humanos de la talla de Cristo, de Sakia Muni, de Sócrates, de Platón, de San Pablo, de San Agustín, casi casi de Mahoma, con pocos años de posterioridad, y de este florecimiento de la espiritualidad aborígen? Unos piensan que todo ello ocurre por grados de «socialización», por una como madurez de las sociedades al llegar a ciertas saturaciones de sus recursos de población y economía, que ya demandan y ya adquieren vínculos más firmes que la mera cohesión gregaria. Otros suponen que la humanidad viene, como un organismo difuso, desarrollando su misión espiritual por jornadas definidas de adquisición y esclarecimiento: que a una era corresponde, primordialmente, lo religioso, a otra lo moral, a una tercera lo artístico, o lo político, o lo técnico, lo económico, en fin, cual si estas actividades del espíritu humano exigiesen por algún tiempo toda la potencia de sus mayores virtudes para definirse perdurablemente.

Veamos, siquiera en rápido esbozo, cómo ocurrieron en América estas migraciones y culturas aborígenes.

OTOMIES: Hidalgo, Guanajuato y Querétaro etc.

Es el pueblo que se remonta más en la posesión de territorios mexicanos. Los Toltecas los hallaron ya constituidos en clanes, mal asociados y muy salvajes aún. Los Chichimecas, conquistadores de

Tula, tenidos por crueles, pues que su nombre significa «Bárbaro, bebedor de sangre», corresponden tal vez a la misma cepa. Los Acolhuas son la resultante de una combinación política y racial de estos Chichimecas, bajo el gobierno de Xolotl, con los Cúlhuas, de la estirpe Nahuatlaca. Estos Acólhuas, dirigidos por jefes Chichimecas, fundan el poderoso Reino de Textoco, que luego alcanza un desarrollo artístico sin pares en la América, haciéndose una Atenas aborígen, con monarcas tan sabios como Netzahualpilli, al lado de Meshico-Tenochtitlán, la Roma azteca, que con Motecuzohma el joven, domina la mayor parte de México, Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua, en donde limita su influencia con la de los Maya-Quiché.

Pueblos en incesante migración, en guerras feudales luego, en invasiones imperialistas más tarde, es muy difícil adscribirles fronteras territoriales y definiciones étnicas. ¿Cómo, entonces, dividir esas culturas? **LOS OLMECAS:** Darían origen a la cultura **MAYA-QUICHE**, de Centro América y Yucatán, a la **MIXTECO-ZAPOTECA**, de Oaxaca, a la **TOLTECA**, del Anahuac. Según la confusa y al parecer errada interpretación de algunos expositores, la cultura **TARASCA** tiene su sede en Michoacán; los **NAHUATLACAS**, que significa «Gente que habla claro», estaban constituidos por siete tribus, que se establecen en Xochimilco, Chalco, Tépán, Culhuacán, Tlahuacán etc., con los nombres de Chalcas, Acolhuas, Xochimilcos, Tlahuicas, Tlaxcaltecas (que huyen luego a Tlaxcala, «Tierra de Maíz»). Hay que recordar que el maíz es mexicano, derivado de una gramínea que los aborígenes llamaron bellamente «Teocentli».

Otros investigadores hacen una clasificación, más sencilla, ciertamente, aunque muy difícil de comprobar aún: Dicen ellos que en México había pueblos de cultura arcaica, como los Chichimecas, Mixtecas y Otomies, con los cuales se mezclaron dos migraciones del Norte, la occidental de la Familia Nahua, de que emanan los Aztecas, relacionados con los Indios Pueblos de Arizona etc., y la venida de regiones orientales con relación al Mississippi, emparentada con los constructores de los monumentos en colina o «Mound Builders» que toma el nombre de Olmecas, y que siguen la costa del Golfo para crear las civilizaciones de Anahuac y las Maya Quichees de Yucatán y Centro América.

En la Meseta Central se juntan Olmecas y Aztecas, Olmecas y Chichimecas, Aztecas y Hueipatecas de Tula y Teotihuacán y surge la civilización Tolteca de Textoco, sin que sea fácil deslindar los

elementos de unas y de otras, pues tenemos, v. gr., que la lengua azteca predomina y el arte olmeca subsiste.

En el Litoral, la conjugación de arcaicos y Olmecas da la cultura Totonaca.

En Oaxaca, los Zapotecas, de una civilización muy importante, al decir de los investigadores de Mitla y Monte Albán, se relacionan con una y otra rama de los Nahuas y Olmecas, y probablemente son conquistados por los Mixtecas.

Otros autores creen que esta rama Zapoteca es una de las tres grandes divisiones de los Olmecas, a saber: Zapotecas, Toltecas y Maya-Quichéas.

Por lo intrincado de estas opiniones, es preferible hablar simplemente de culturas mexicanas, que, por otra parte mucho se parecen en sus creaciones artísticas, y abandonar a los técnicos el discutir las subdivisiones e interrelaciones, hasta que lleguen a algún acuerdo verosímil.

Los nombres que designan estas naciones americanas muy poco nos ilustran acerca de su origen: «Chichimecas» significa meramente pueblo rudo o cazador cruel; «Tolteca» vale decir tanto como artista; «Quiché», de «Quich» traduce selecto; «Keshwa», de «Qquechhua», es más o menos lo mismo; Zapoteca, apelativo de los aborígenes de la región de Oaxaca, no se llamaban a sí mismos de tal manera, sino «Binni di'jazza»; como los Tarascos de Michoacán se decían «Purechas»; los nombres de «Kalinás» o «Compañeros», «Caribes», «Canibales» o «Kanibaes», corresponden más a un grupo de lenguas y costumbres que a una estirpe. De manera que, considerados así por los lingüistas (Eulogio R. Valdivieso, v. gr.) tanto los Otomíes arcaicos como los Olmecas o Nahoas del Oriente Mexicano, pudieran denominarse, según el grado de cultura en que se hallaran, «Chichimecas» o «Toltecas»... Que el lector perdone, pues, esta ignorancia irreductible...

AZTECAS. Dejando este embrollo étnico-cultural, veamos el no menos difícil de las rutas espirituales y geográficas de las tres grandes naciones mexicanas.

Estos Aztecas, o Meshcas, o Mexicas, salieron primitivamente de un lugar denominado Chicomóxtoc, de la Alta California, que significa «Las Siete Cuevas», indicando así que, como todas las naciones Nahoas fueron en su origen trogloditas. Se situaron luego en Aztlán, del Estado actual de Sinaloa, que quiere decir, muy gem-

tilmente, «Tierra de la Aurora», divididos aún en siete clases bajo el gobierno de guerreros y sacerdotes.

Partieron en 1160 (?), y migraron combatiendo en todas partes, pobres y salvajes, durante una larga centuria. De este vivir ashavérico les vino el mudar sus hábitos cazadores y pescadores en guerreros, por donde les ocurrió, desgraciadamente, cambiar su buen dios Opochtli por el muy sediento de sangre, célebre ya en el mundo, Huitzilopochtli, rival del tolteca, más famoso aún, Quetzalcóatl, dios de los vientos, que si el Yahveh Sinaítico significa dios de las tempestades, ya se puede imaginar algún parentesco ideológico, como sería grato establecer entre Toltecas y Hebreos, por lo espirituales; en todo caso, respecto del Zeus Olímpico, la similitud no sería remota.

En estas sus primeras andanzas van a órdenes de Huitziton, tenido por hombre sabio, no sé cómo, y por el guerrero Tecpátzin, hasta que adquieren un caudillo de nombre Tenoch, semidiós, militar y sacerdote, a un mismo tiempo, a la manera de un Moisés bárbaro, que de jefe supremo temporal pasa a ser tipo legendario y epónimo.

Y van así por montes y desiertos, en una trayectoria de Norte a Occidente, de Occidente al Anahuac central, vencidos, desterrados, sometidos en ocasiones a esclavitud, miserables siempre y siempre soñadores de un más allá «excelsior», nuevo Israel, conducidos, más que por hombres, por el mensaje de que algún día se cumplirá en ellos la promesa del Águila y la Serpiente, como les ocurrió muy luego, en 1325 (?), al llegar a la isleta lacustre de Texcoco, sobre el Nopal de la leyenda célebre.

Una vez ahí, se hacen agricultores y comerciantes, vasallos de Tezozómoc, rey de Azcapotzalco, sin dejar sus hábitos adquiridos de guerra, pesca y caza, y fundan un villorrio de nombre Meshco-Tenochtitlán, con Acamapichtli como reyezuelo vasallo de sus más poderosos vecinos.

Pero, tienen médula de emperadores, y se van ligando a sus amos por enlaces matrimoniales y oportuno apoyo guerrero, de tal manera que ya Huitzilihuitli, sucesor de Acamapichtli, construye su palacio en piedra e inicia la dignidad arquitectónica de la futura urbe.

Hacia 1428, ya no quedan en el dominio del Anahuac sino los Acolhuas y los Aztecas. Surge Montecuzoma Ilhu camina, que hace de Tenochtitlán un gran centro urbano, con mercados, templos, palacios, barrios gremiales y amplias vías de acceso. Es el guerrero

y legislador, y emprende conquistas que disputarán victoriosamente la supremacía imperial a Textoco, no obstante la sabiduría de su rey Netzahualpilli, bajo el gobierno del sanguinario Ahuitzol y del segundo Moctezuma (como le llamamos más sencillamente en el español de los cronistas), en pugna secular con los Toltecas que desde el siglo X florecían y que ya habían dado esplendor a su estirpe con las pirámides de Teotihuacán, los palacios reales de Textoco, el impresionante gobierno de Quetzalcóatl en el siglo XII, y la elación poética de Netza-hualcoyotl, el rey sabio.

Constituyen un imperio militar con reinos federados o súbditos, por adentro dividido en castas y clases: los sacerdotes, artistas y guerreros, privilegiados; los diplomáticos e intendentes; los plebeyos y esclavos etc., y descuelan en astronomía, cronología, arquitectura, escritura jeroglífica, medicina y artes manuales. Su religión es cruel, pero sus normas jurídicas prosperan ya.

Si pudiéramos juzgarlos por la muestra de poesía que con el nombre de Canto a la Juventud recogieron los cronistas, ya tendríamos una elación tal que rememora, sin descuento lírico, el símbolo griego similar suyo, y aquella admonición de Lorenzo de Médicis: «Si quieres ser feliz, sélo en seguida: No hay seguridad para mañana»... porque, de cierto, el canto aborigen siguió esa misma ruta:

«La Vida es una guimalda de flores,
«Una guimalda de piedras preciosas,
«Que va pasando de mano a mano
«En una danza de colores....»

«Embriégate en sus irisaciones
«Mientras para tí esté brillando:
«Que pronto largo silencio de muerte
«La quitará de tus manos....»

MAYAS: ¿Hemos de creer a quienes los hacen derivar de una cepa proto-Maya, los olmecas, por ejemplo; o, como afirman otros, Herbert Spinden, digamos, suponemos que entraron por el Norte de América unos dos mil años antes de Cristo, como cazadores nómades que fueron peregrinando lentamente hasta aprender el cultivo del maíz, hacerse agricultores y sedentarios? Pues... Yo no lo sé de cierto.

Su historia puede fijarse mejor desde cuando adquirieron alguna cultura más noble: La figurita de Tuxtla está fechada el 16

de mayo de 98 antes de Cristo, y las estelas de Uaxactun y Xultun corresponden al 6 de julio de 629 de la Era Cristiana, encerrando entre estas dos fechas el florecimiento del primer imperio centroamericano, con una duración probable de ocho siglos.

Durante doscientos años, más o menos, hubo una decadencia inexplicada aún. Luégo se organizaron en la Península de Yucatán, alrededor de las pocas fuentes que su suelo de calizas superficiales permite, sobre todo, como en Chichén-Itzá, donde grandes pozos o «cenotes» les proveían de agua potable.

En las regiones del Norte de Honduras, Guatemala, un poco del Salvador y Sur de México actuales, desarrollaron su primera civilización, con gran florecimiento del siglo cuarto al octavo, inventando a su manera la arquitectura, la pintura, la escultura, la astronomía y medicina, los tejidos y cerámica, la escritura en jeroglíficos, una numeración vigesimal, con cifras de posición y el cero, lo que les permitió adquirir nociones técnicas que rivalizan con las egipcias y aun con las del mundo civilizado de su época. Así pudieron construir observatorios, pirámides, palacios de piedra, monasterios, patios de deporte semejantes al basket-ball contemporáneo, y avanzar en el estudio de la naturaleza, tanto celeste, cálculo de eclipses, v. gr., metereología y calendario, como el conocimiento de plantas útiles a la medicina, y aun buenas nociones de cirugía e higiene.

Algún episodio de la naturaleza, de la raza o de luchas político-religiosas —quién sabe qué— los desalojó de su primera sede e hizo emigrar en dos direcciones, la más afortunada hacia el norte, siguiendo la trayectoria de Copán-Palenque-Chichén-Itzá, con largas estaciones durante más de dos siglos. Muchos investigadores opinan que su sistema de cultivar maíz, la «milpa», o sea, el quemar las tierras para destruir la vegetación estorbosa de la selva y los barbechos subsiguientes, las fue esterilizando hasta un agotamiento irreparable. Piensan otros en ataques de pueblos extraños que los empujaron al Norte. Quienes dicen que pudo haber epidemias mortíferas, de las que suelen ocurrir en esa zona tropical, paludismo, fiebre amarilla etc. Y algunos suponen disturbios domésticos de índole religiosa, ya que se fraccionaron en dos ramas, la menos afortunada que emprendió viaje al nordeste, y la que, conservando la hegemonía de los sacerdotes ilustrados, buscó tierras un poco más hacia el Caribe.

Una vez en Yucatán, Chichén-Itzá fue fundada en el siglo VII, Uxmal y Mayapán en el X, con un majestuoso renacimiento de artes

y sabiduría, desgraciadamente comprometido por las guerras que estas grandes urbes-estados emprendieron, sobre todo la de los Cocomis de Mayapán contra los Tutul Xiu de Uxmal, que los obliga a emigrar de nuevo, inclusive, no se sabe por qué, a los de Chichén-Itzá, buscando un tercer reposo a orillas del actual «Lago de Flores» del Petén guatemalteco, donde dominaron hasta 1697 cuando los conquistó Martín de Ursúa y Arizmendi gobernador hispano de esas regiones.

Ya antes, los Toltecas, aliados de Mayapán, los habían sometido y les habían impuesto (?) sobre todo en Chichén-Itzá, formas de su cultura, visibles hoy en las reliquias de sus monumentos, durante los siglos XIII, XIV y XV, como la bella estilización en columnas de la crótalo emplumada, Quetzalcóatl o serpiente-quetzal en el Templo del Jaguar y los Escudos.

Sorprende que en tierras de discutible feracidad y poco riego, con la sola base del maíz y de la caza del ciervo y el pavo mexicano o juaualote, además de algunas frutas silvestres y con una población máxima de dos millones, obtuvieran estos hombres del Mayab una cultura tan esclarecida en los anales del mundo y la mayor de América, seguramente. Alguna explicación nos suministra la hipótesis de que demandando la cosecha del maíz sólo sesenta días en aquellas regiones, y debiendo dejar algún reposo a la tierra, disponían de mucho ocio para dedicarse a la especulación. Mas ello es que tales condiciones obraron en otros pueblos aborígenes de América, sin resultado similar. No queda otro recurso que el presuponer una índole propia en esta nación, como es un hecho en la Tolteca para las artes, en la Azteca para la milicia, en la Inca para el gobierno, en la Muyska para la legislación civil.

La cultura Maya-Quiché parece haber sido pragmática, a la manera de la egipcia, pues no se percibe que hubieran aprovechado su gran disciplina en números para elevarse a construcciones filosóficas dignas de registro memorable. Si adquirieron el cero, lo dejaron al servicio de la astronomía, y a ésta la pusieron, con el calendario y los anales, en cuerdas de distinto color, anudadas, como los quipus Keshwas y mongoles, para guardar memoria de datos celestes utilizables en agricultura y gobierno. Su arquitectura, sin embargo, adquirió un estilo propio, de magnificencia exterior, que ocupa puesto indeclinable en la historia del ingenio humano, aunque estrecha y penumbrosa en la intimidad por las limitaciones que les imponía el conocimiento exclusivo de la recta, de tan escaso desarrollo horizontal en algunos materiales nobles, como la piedra

coralina de que se sirvieron generalmente. Mas en altura lograron resultados estupendos, sobre todo en el desarrollo de la pirámide escalonada, un tanto similar a la asirio-babilónica y a la antigua mastaba de los egipcios, aunque más elegante y funcional que ésta, y mejor decorada también, como lo confirman los restos del «Castillo» en Chichén-Itzá y muchos otros.

En escultura puede decirse que llegaron al borde del triunfo: Sus sacerdotes, guerreros y divinidades, en relieve casi estatuario ya en la redondez de los contornos, son grandemente expresivos, meticulosamente dibujados y de afortunada intención. A mí me ha impresionado siempre el llamado Dios del Fuego, del Templo de los Guerreros, como un émulo del Escriba Egipcio, cargado de sentido recóndito y de un movimiento en impulso inicial muy feliz.

LOS KESHWAS, QUECHUAS O QUICHUAS: Como se quiera leer, que ello no tiene importancia sino para los etnólogos y lingüistas. A mí, personalmente, me place más la primera designación.

Alrededor de la época de Cristo, y aún antes, surgieron en Perú y Bolivia culturas aborígenes que han preocupado grandemente a los historiadores por el doble fenómeno de su mérito intrínseco en aquella edad remota para la civilización americana, y por el enigma de su eclipse. Tales son, la Proto-Nazca, la Proto-Chimú y la primitiva de Tiahuanaco, contemporáneas del primer imperio Maya, más o menos de 200 años antes de Cristo a 200 de su era. Tiene un colapso del siglo VIII al siglo XII. La Chimú se desarrolla en lo que actualmente constituye la región de Trujillo, y la Nazca en la de Ica, norte y sur, respectivamente de Lima. Sus artefactos, su cerámica y tejidos, sobre todo, causan admiración irrestricta en los afortunados que los contemplan en los ricos museos peruanos. La imaginería de sus vasos es de un realismo artístico, intencionado y detallado tan eficaz, que constituye toda una fuente viva de información social, en paleo-patología digamos, y en cirugía, además de su valor fotográfico de la raza, ya en los rasgos específicos, ya en su caracteriología sui géneris.

Estos pueblos se relacionaron en el curso de su vida social con algunos del Norte, Chibchas, por ejemplo, y fueron sometidos por los Incas luego, aunque reaccionando sobre ellos culturalmente. Algunas de sus ciudades y algunos de sus mitos religiosos tienen un valor excepcional en la pre-historia de América.

Varias opiniones o imaginaciones más bien, ha habido respecto de la fuente y sucesión de las culturas peruanas: Quienes les atribuyen un origen centroamericano, como Max Uhle, o autóctono, sobre la base de pueblos primitivos, pescadores de la costa, agricultores y ganaderos de los Andes etc. Que hubo estas tribus arcaicas no parece posible negarlo ante el hecho de habitaciones en cavernas e hipogeos y aún agrupaciones urbanas soterradas que indican mucha antigüedad. El que coincidan sus expresiones culturales con las de otros países pre-colombinos, como es el caso de la similitud de algunas estatuas de Pacura, en Puno, con las de San Agustín en Colombia, las pirámides escalonadas de Wari-Raxa con las de México, enterramientos de Paracas con la momificación de los Muyskas, símbolos del jaguar y de la serpiente con la casi universalidad de estos pueblos indígenas, sugiere que un torbellino de migraciones, del Norte al Sur, del Mediodía al Septentrión, del centro a la periferia y de los litorales al centro, lo que no sólo es verosímil sino probable técnicamente: Mas he aquí que otras consideraciones son discretas también, cual es la de que a similares niveles de asociación humana corresponden casi idénticas manifestaciones de cultura, como lo establece el hecho de presentarse estas coincidencias en muy apartados continentes y muy diversos grupos de la especie.

Sea de ello lo que fuere, buenas autoridades en estos asuntos describen tres grandes jornadas en las culturas del Perú, a saber:

I.—Una arcaica andina, con centro en Tiahuanaco (o Tiawanako, según la ortografía de los etnólogos).

II.—Una litoral: Proto-Nazca, Proto-Chimú, Chavín etc.

III.—Una Incaica, de gran federación de todas ellas. (Dr. Tello, 1929).

(Investigaciones recientes de los arqueólogos yanquis revelan en Tiahuanaco antiquísimos restos de una ciudad, cuyas reliquias pueden revolucionarnos todos nuestros conceptos sobre los aborígenes de América).

Los textiles de Paracas y su técnica quirúrgica, la cerámica escultórica de Muchik y la pictórica de Nazca, las construcciones megaríticas y las terrazas o andenes Proto-Collas, la agricultura, ganadería y orfebrería de unas u otras, la presencia de una lengua arcaica, la Kauki tal vez, hacen presumir una grande antigüedad a la evolución de estas naciones aborígenes, y no sería aventurado suponer que precedieron a la Era Cristiana.

No estando aún bien definida la cuestión, prefiero quedarme en un discreto laconismo, y decir apenas algunas frases sobre las civilizaciones posteriores, mejor analizadas hoy día.

Los fundadores del remoto imperio de Tiahuanaco que floreció del año 600 al 900 de la Era Cristiana, son los Collas, llamados luego, por un error de los cronistas, «Aymaras», de una tribu o clan keshwa que se estableció entre ellos. Unos y otros son braquicéfalos, de 160 centímetros de estatura y amplio tórax, como todos los andinos.

Para el Imperio de los Incas se supone que de una región legendaria, de nombre Paccara-Tampu, o sea, Casa del Alba, y de un sitio denominado Tampu-Tocco, es decir, Casa de Ventanas, al Suroeste del Cuzco, lo que probablemente indica una habitación troglodítica, un lugar de cavernas, salieron los cuatro hermanos Ayar, uno de los cuales fijó, mediante una varilla de oro talismánica, el sitio de la futura civilización, en el Kcosco u ombligo de la tierra, Cuzco de los cronistas españoles.

Sorprende el escogimiento de tales yerros, en donde hoy día nos parece suelo ingrato a la vida del hombre, alto frío y escaso en recursos agrícolas, si no es en el corto radio de unos kilómetros de la artesa geográfica del Cuzco. Es posible, remotamente posible, que entonces las condiciones climáticas no fuesen tan adversas a una gran civilización, y que su empobrecimiento subsiguiente fuera un estímulo para obras de riego, cultivo en terrazas, abonos vegetales y animales, como hojas, peces y huano, v. gr., para sus construcciones defensivas y su expansión imperial.

Porque de hombres salidos de las cavernas a un ambiente tan esquivo a las comodidades, tan limitador del poblamiento espontáneo, no entiende uno cómo pudo emerger cultura de tanta médula económica y espiritual, de ritos religiosos evolucionados, de música con clara intención de la sensibilidad causativa, arquitectura de firmes lineamientos hacia lo perdurable y grandioso, de un gobierno previsor, con cálculos estadísticos, interpretación psicológica de los pueblos vasallos, distribución gremial, claro sentido de la beneficencia y cooperación ciudadana, y monumentos como el Acllahuasi o convento de las Vírgenes del Sol, el Intihuasi o templo de Inti, el Sacsahuamán o fortaleza del Inca y muy valientes murallas en las laderas de los montes...

Los que llamamos incas, fueron propiamente los mandatarios del Imperio, y en los textos de historia se da una lista de nombres y de hazañas, que no es de mi incumbencia exponer aquí. Su domi-

nio, por el tiempo de la conquista hispánica, abarcaba una superficie de más de dos millones de kilómetros cuadrados, desde el Angasmayo o «Río Azul» en la región meridional de Colombia (aunque el dominio de la lengua llegó al centro del país), hasta el Maule chileno, con unos diez millones de súbditos, en diferente grado de sujeción y organización política.

El nombre genérico de esta aglomeración imperial fue el Tiahua-ntin-suyo, o sea «Las Cuatro Provincias Unidas»: La del Oriente, hacia las vertientes amazónicas, «Antisuyo»; la del Occidente, que comprendía las naciones cultas del Litoral Pacífico, «Cuntisuyo»; la del Sur, en relación con la cultura Calchique o Diaguita de Argentina y Chile, llamada «Collasuyo»; y la del Norte, en fin por el Ecuador y Colombia, denominada «Chinchaysuyo».

Una fina estirpe de conductores políticos surgió milagrosamente de la legendaria Mama Ocllo y su hermano-esposo Manco Capac, o Kcápac, según la fonética quichua, que más parecen conjunción de la exquisita sensibilidad y tacto administrativo de una Isabel la Católica con la finura intelectual de los Médices que el producto espontáneo de un clan silvestre de la puna andina.

Sinche-Roca (Roca el Caudillo, de 1100 a 1140) establece el Incazgo o Incanato, que había de durar de 1100 a 1533, en la zona del pequeño Huatanay, afluente del Urubamba, en Vilcanota, donde su minúsculo reino confina con tierras de los Collas de Titicaca.

Lloque-Yupanqui (El Piadoso, 1140 a 1195), extiende su poder a estas tribus Aymaras del Sur.

Mayta-Kcápac (El Emprendedor, 1230 a 1250), termina la absorción de las grandes naciones civilizadas del Litoral, respetando su credo religioso y sus bellas artes.

A mediados del siglo XIV se le presenta al Imperio el mayor peligro de su vida con la invasión de los Chancas, tribus valerosas del Oriente, a modo de unos galos de la vertiente amazónica, y Hatua-Tupac los vence y subyuga entre lanzas y supersticiones.

A Tupac-Yupanqui (1448-1482) corresponde la conquista del reino de los Quitus, ya bien organizado, y al mando de la dinastía influyente de los Scyris, por manera tal que el astuto Inca resuelve ligarse a ella con vínculo de cónyuge, del que luego nacería el célebre Atahualpa.

El Sapa Inca, «Muy Señor» o Grande Emperador, Pachacutec «El Maestro» o Pachacuti «Fin del Mundo» (1400 a 1448), parece haber sido el hombre culminante de esta estirpe keshwa, gran señor, gran filósofo, moralista aborigen de un noble aliento, cuyos

aforismos no desdican de ninguna civilización histórica. Bastaría recordar su concepto de Viracocha, Huiracocha o Wiracocha, el dios espiritual invisible, y su paralelo con Inti, el dios solar, para colocarlo al lado de Akenaton (o Akhn-Aton) y Zarathustra:

Ante los grandes sacerdotes del dios-sol, de Inti, así se expresa, más o menos: «Inti no puede apartarse de las normas de su curso, ni evitar que su luz sea empañada por las nubes y las tinieblas de la noche. Otra deidad debe de haber que a ésta dicte leyes y trace las rutas de su destino. Otra deidad, invisible y creadora del Mundo. Mas de ese Dios de esencia tan sutil nada pueden entender las muchedumbres, y por lo tanto debemos dejar el culto del que cotidianamente ven y admiran, de Inti, como si fuese el verdadero y poderoso».

La provincia occidental se extendía al otro lado del Apurímac, comprendiendo los Chancas del Valle de Andahuaylas, los Soras y los Lucanas. A estos Soras pertenecen los bellos edificios de Vicalhuamán. Incluía también el Valle de Nazca, técnicamente irrigado, y núcleo, como ya se dijo, de una cultura exquisita.

La Oriental tenía vagos límites entre las tribus que habitaban los ríos tributarios del Amazonas, y su importancia social fue poco apreciable.

La meridional, abarcaba a Bolivia, sur peruano (Arequipa), norte argentino y norte de Chile, no todos bien asimilados, con excepción del Collao del Lago de Titicaca. Muy importante por su riqueza en estaño, cobre, oro y plata. La cultura Diaguita, de lengua Kakán, y sus parientes los de Atacama y Coquimbo, en Chile, entraban en el Imperio en una forma de asociación confusa aún. Más abajo, digámoslo de una vez, para no repetir luego esta enumeración prolija, quedaban los Machupes o Araucanos, de origen pampeano, que habían desalojado a los Chonos hacia Chiloé, sustituidos luego por los Cuncus, célebres agricultores pre-incaicos del Sur. Del lado argentino, los Charrúas y pueblos patagones etc.

Por el Norte, antes de la conquista incaica, los Quilacings y Pastos, los Quitus y Caras, los Paltas y Cañaris etc. Algunas de estas tribus federadas con los Puruhúas de Riobamba, formaron el imperio de los Scyris, título imperial, como el de Césares o el de Incas, a quienes conquistaron Tupac-Yupanqui y Huayna-Kcápac, poco antes de la invasión de Pizarro y Bealcázar. Este Chinchaysuyo comprendía, pues, a los Morochucos, Iquichanos y Pocras (Jauja y montañas adyacentes) y Huancas. Hacia el Litoral, al Sur los Yauyos, al Norte los Huaroches, a quienes pertenecía el famoso

oráculo de Pachacámac. Cerca de Trujillo estaban los Chimúes o Chimú, los más civilizados y poderosos antes de la conquista incaica, con la gran ciudad de Chanchán en medio de tierras bien regadas y de suyo fértiles. A estas culturas litorales corresponden los célebres textiles de Paracas, la cerámica esbelta de Nazca y la escultórica de los Mochicas, de que traté antes.

COMPLEJIDAD ETNICA. Sería tarea para varios volúmenes el pretender informar sobre cada una de las naciones pre-colombinas. Y una breve sinopsis requiere tal sabiduría que derrota el ánimo. El detalle de las lenguas habladas en el territorio de Colombia solamente, ya nos dice la magnitud de tales investigaciones: ¿Qué sería si la extendiésemos a todo el Continente?

Basta ver la mera nomenclatura de las tribus más nombradas en la historia de nuestro país, para declararse uno abrumado; Muyskas del Zipazgo y el Zacazgo de Hunsahúa, con tribus como la de los Boyacáes, que dieron nombre a un departamento, y asociados religiosos como los de Iraca, con su afamado templo de Suamox, y parientes tan interesantes como los Tundamas, tal vez mezclados con Caribes, y los Guanes, de tipo más blanco; los Colimas de la actual región de La Palma, los Panches de Villeta, Tibacuy, Sasaima y Anolaima, los Muzos del Río Minero y los feraces Yariguies o Yariquíes, del Opón, de la cepa caribe; y más al norte, los Citareros, emparentados con los célebres Motilones, y los curiosísimos Laches, luego los Tumbes, entre el Chicamocha y el Pamplonita; hacia el Litoral Atlántico, los Guajiros, de estirpe Arawack y los Chimilas, de la progenie Chibcha, los orfebres y airoso Taironas, sobre el Río Magdalena inferior; los Zenúes de Bolívar, ricos y cultos; los Urabáes y Cuna-Cunas del Darién, el corredor de todas las migraciones aborígenes, y quizá el centro de algunas naciones, como la Chibcha, en remotas edades; luego, torciendo al sur por el Atrato y sus cordilleras vecinas, los Chocoes, Citaraes y Noanamas, de diferentes familias, y los Catíos occidentales, precursores de los antioqueños, con Nutabes, al centro, Amaníes, Tahamíes y Yamesíes, al Oriente, Pozos, Armas y Carapas, al Sur, de muy variada índole; y, entrando ya al Valle del Cauca, en el famoso Quindío, los Quimbayas, alfareros y orifices notables; los Pijaos y Paeces, de lengua chibcha y caracteriología caribe, celeberrimos en la gesta de la conquista colombiana, situados en extensa zona, que va desde las riberas del Cauca a las del Magdalena; al lado suyo, los Pantágoras y Andaquíes

estos habitantes en la zona de la Arcaica Cultura Agustiniana; más al sur, Barbacoas, que iban hasta tierras del Ecuador, Quillacingas, por donde hoy es Nariño, sujetos al Inca; y Kuaikeres, o Quaiques sus vecinos; los Sibundoyes, de dos familias diferentes, una de habla keshwa, otra tal vez relacionada con los restos de los Agustiniños y los Quillacingas (?); y luego, fuera de las tribus amazónicas, regresando al Norte, los Openiguas de la Orinoquia, relacionados con los Marbachares, el célebre templo del sol y la institución de los Moxas o Mojas; los Achaguas del Meta y los Sálibas y Guahibos, con los Piapocos del Guaviare, en esa inmensidad; los Sutagaos y Fusagasugaes, en fin, para cerrar el círculo, dejando de nombrar uno o dos centenares de tribus.

ECONOMIA ABORIGEN. Lo precario y débil de la economía aborígen no dio margen suficiente para el desarrollo de una cultura superior. Los Mexicanos y Peruanos repartían las tierras en *Ayllus* y *Calpullis*, y los Muyskas iniciaron apenas la división de la propiedad en privada, familiar y del Estado, con garantías de derecho, pero lo económico, generalmente, era inestable, de escaso vuelo comercial y poca amplitud. Si conocieron la moneda, como los Mayas y los Muyskas, su aplicación fue siempre muy restringida y débilmente fecunda. La carencia general, como ya lo dije, y tendré aún que repetir luego de animales domésticos, de la rueda, del cristal y el vidrio, del arco y la bóveda, del hierro, acero y aún del bronce, en cuanto instrumental y combativo, de la remolacha y caña de azúcar, de la pólvora, de un alfabetismo fonético y cifras numéricas adecuadas, no les permitió fundamentar sólidamente una cultura de florecimiento firme.

Sobre la base, del cultivo del maíz o de la yuca, los dos más extensos del mundo americano, no se podía crear suficiente riqueza. La papa, hoy universal, no fue entonces ampliamente aprovechada, ni su índole vegetal de altiplanicies frías, de lento desarrollo, con los recursos instrumentales agrícolas de los pueblos que la tenían, como los andinos, ni tampoco la subsistencia al mentecado de este tubérculo, fundamentalmente farinácea, podía cimentar la fortuna de una civilización. Los azúcares de maíz, de abedul, de abejas etc., eran muy pobres en cantidad para un consumo de equilibrio dietético y para la elaboración de múltiples derivados suyos que hoy, con la remolacha y la caña dulce, enriquecen la economía de las naciones cultas.

Es interesante la observación del auge que ha adquirido en los pueblos latino americanos el consumo del arroz, plato que nunca falta en la dieta cotidiana de ellos, como si a su presencia se hubiese despertado un remoto instinto racial asiático en la fisiología del mestizo de América.

El plátano no alcanzó, si debe aceptarse que alguna de sus variedades hubiera existido en las regiones ardientes del Nuevo Mundo, a predominar, pues éste sí pudo ser una base efectiva de comodidades sociales, a pesar de su difícil transporte.

Mejor que el discurso, la siguiente lista de artículos de la economía aborígen ilustrará estas opiniones.

PLANTAS

Abedul—Betula Lenta: El azucarado del Norte o «cherry birch» de los yanquis, produce savia dulce en primavera, de que se preparan bebidas en algunas regiones y un aceite empireumático el «diogott», que transmite a la piel de Rusia su aroma peculiar. De la corteza del B. Papyrifera construían los Pieleros las canoas, canastas y algunos otros utensilios domésticos.

Ace—Maple-tree de los ingleses: Acer saccharum, del Canadá y Estados Unidos. Produce madera y azúcar: «Maple-sugar». Numerosas especies.

Achiote—Bixa Orellana: Colorante y condimento. En Keshwa «Mántur», fruto del achiote: «Onoto» y «Kuri», en lenguas amazónicas, como el Corogua y «Rucú» en el Brasil, derivado del Calibí: «Bija» en antillano, y «Achiote» en Azteca.

Achira—Canna Edulis o Maranta Arundinacea: Almidón. Del Perú. En Keshwa significa: «Raíz feculenta». «Chisgua» en Muyska.

Aguacate—Persea Gratissima: Fruta grasa. «Ahuacatl» o «Auacatl» en Azteca; «Kura» en Muyskas, «Paita» en Keshwa, en Maya «On»; «Palltay» en Aymara.

Ahuayama—Pepo Vulgaris o Pepo Maximum: Fruta. En Cumana-goto «Huahuayama», en Keshwa «Sapallu», en Azteca «Ayo-

tli». «Zapallo» en el Sur, «Ayote» en Centro América. Se escribe también Auyama.

Aji—Capsicum Annuum: Condimento. En Azteca «Chile», de «chilli»; en Keshwa «Uchu» o «Rocoto» (?); en Araucano «Thapi»; en Guaraní «Aquy». Otros nombres: Pimiento, guindilla etc.

Algarrobo—Varias leguminosas: el «Prosopis Alba» es comestible y buen forraje; con su fruto se prepara en Sur América una torta llamada «Patay»; el «Ceratonia Siliqua» es del Antiguo Continente; el «Himenea Courbaril» de Colombia y Venezuela, de vainas grandes y leñosas etc. Del Árabe «Alharroba». En Keshwa «Taku», en el Brasil «Yutapy», en Araucano «Huancú».

Algodón—Gossipium Barbadosensis: Fibra textil y semilla grasa. «Ichcatl» en Azteca; «Qhuesa» en Aymara; «Maúliul», en Guajino (Arawack); en Keshwa «Mandiyú» (?).

Añil—Indigofera Subfruticosa: Colorante. Del Indostán «Nil», azul. Fiquilete en Centro América. Pero hay también especies americanas. Nuestros aborígenes usaron en tintorería entre muchas otras las plantas siguientes: Para el azul, la Eccremis Coartata o «Cuscuba»; para el negro, la Vallea Stypularis o «Raque»; para el bermellón, la Boconia frutescens o «Trompeto»; para el amarillo, el Azafrán, la Batatilla (Ipomea) etc., para el verde, «Uvilla», Cestrum Mutisii o C. Tinctorum, o quizá el «Uvillo», que es una Phytolaca icosandra, «Cargamanta» de los antioqueños, o la Thibaudia Macrophylla, y las Rivinae etc. Para el púrpura emplearon la Cochinilla, existente en varias regiones de este país.

Arbol de tela—Antiaris Saxidora: Vestidos aborígenes y sacos de empaque.

Anón—Annona Scuamosa: Fruta. «Até» etc. Voz Caribe.

Aracacha—Aracacha Suculenta: Tubérculo farináceo. En Keshwa «Racacha».

Arrayán—Myrtus Microphyla etc. Fruta. Nangapiri en Guaraní; en el Brasil «Pitanga», que en Guaraní significa «Colorado». Del Arabe «Arraihán».

Azafrán—Crocus Sativus, Escobedia Scabrifolia; Hypoxis Scorzoneraefolia etc.: Colorante y condimento. Del Arabe «Azaferán».

Badea—Pepo Cuadrangularis, Passiflora Quadrangularis; Fruta. En Keshwa «Tintin». Del Arabe: «Batija».

Balso—Ochroma Tomentosa: Madera liviana para balsas y champanes, y la borra de su fruto para enchir almohadas. Otros nombres: «Corcho», «Bongo» (?), Balsa etc.

De los nombres comunes en la navegación, ¿cuáles son aborígenes?

Piragua es Taíno; Guares, de los indígenas del Litoral Ecuatoriano; Canoa, voz caribe antillana; Curiara viene de «Culiala», de la misma procedencia.

A Balsa, embarcación a modo de Almadía, le dan los diccionarios una derivación del bajo latín «Palicea» (de que surgieron palizada y empalizada), con muy leves probabilidades. Almadía es voz árabe.

Embarcación, Barco y Barca, son latinas, como Nave y Navío.

Champán y Junco nacieron en China, y nos llegaron a través del Malayo: «San-pan» y «Chun», respectivamente.

Bote emanó del «Boat» inglés, y éste del anglosajón «Bat», que significa madero ahuecado.

Los españoles asocian nuestra Lancha con el «Launch» de los ingleses, y los ingleses afirman que «Launch» es hijo del español Lancha o Lancho (!). Para colmo de inverosimilitud, unen todos estos términos a un «Planca» latino, que traduce plancha o laja de piedra. Más probablemente es una transformación del malayo «Lanca», «Láncara», mediante el fonema lusitano «Lánchara».

Bongo, en América, y Bombo, en España, parecen originarios de África u Oceanía, Filipinas tal vez. Potrillo es un derivado de español; Cayuco es voz aborígen; Falúa, árabe.

Buque nació del celta «Buc», cabida o magnitud, o del germano «Buk», vientre y depósito.

¡Como se ve, en achaque de etimologías los lexicógrafos no son pusilánimes!

Bariz de Panto—Elaeagea Utilis: Resina. Decoración. De Berniz, de «Vernicium», de «Vitrum», latín. «Mopa-Mopa» de los Sibundoyes.

Batata—Ipomea Batatas o B. Edulis: Tubérculo farináceo En el Sur: «Camote»; en Keshwa «Cumal» o «Apichu»; en Azteca «Camotli», «Camotli»; en Chibcha «Batatas».

Barbasco—Cosa diferente del Verbasco del Léxico. El de tierra fría es un Polygonum; el de tierra caliente es Tephrosia Cirenea; Serjania Piscatoria etc.; Insectioida. Empleado para pesca su jugo tóxico. «Huampua», en Keshwa, «Kuna» en Arawack. El Piscidia Erithrina es medicinal. Sería conveniente uniformar la ortografía conforme al latín «verbascum». En España se dice «Gordolobo» al verbasco regional.

Bejuco—Nombre común de varias especies trepadoras: Del Mexicano «Vexotlacotli» tal vez. En Keshwa «Chacilla»; en Aymara «Cupi»; en Araucano «Voqui»; «Tamshi» en el Ucayali. Lo producen las Aristolaquias, Bignonias, Clitoras, Ipomeas etc. La voz «Liana» viene del francés: «Lier», liar o ligar.

Borrachero—Datura arborea. Arbol sagrado de los Muyskas, de grandes flores perfumadas y fruto venenoso «Cacao Sabanero», nombre vulgar. «Floripondio» en otras partes. Tal vez originario del Perú.

Cabuya—Cabuya, Henequén, Maguey, Sisal, Motua, Piola, Pita etc.: Son cosas diferentes, cuyos nombres se confunden muy a menudo. «Cabuya» nos viene de los Caribes Chaymas de Venezuela, y entre nosotros es sinónimo de Fique: Fourcroya Longaeva, F. Gigantea; Henequén es Agave Sisalana; Sisal es Agave Fourcroides, ambos mexicanos, yucatecos principalmente; Maguey (voz antillana), es el tallo central o axófito del fique o cabuya, llamado en Azteca «Metl», y del cual deriban el famoso «Pulque», bebida alcohólica del jugo ligeramente azucarado que produce. Motua es término venezolano y nuestro para algunas variedades de penca azul,

de las Agaves y Fourcroyas. Piola es un cordel de cáñamo o de fibra de palma, muy resistente, bramante en español, del Araucano «Piulu», de la misma calidad del «Cumare» que emplean los aborígenes del Orinoco. Pita nos viene del Keshwa «Ppita», que, como el «Taucca» de los Aymaras, significa hilo, denominación genérica de la fibra de los agaves. Fique es lo mismo: «Phiqui» en Keshwa, que quiere decir, hebra. En Venezuela se usan los nombres «Cocui» y «Cocui-za»; en Azteca es «Ixtle»; en Muyska «Chihiza».

Todas estas plantas dan al comercio abundante cordelería, sacos de empaque y aún telas finas que igualan al lino, como ocurre con las Bromelias Colombianas del Chocó, el Carare etc. cuya fibra denominamos nosotros Pita especialmente: Bromelia Fibrata, B. Magdalenae, v. gr.

Cacao—Theobroma Cacao: Bebida estimulante y nutritiva. Nahuatl «Cacahuatl» y «Chocolatl», de «Choco» cacao y «Latl» agua, o bien de «Xocoatl», de «Xocoe», agrio y «Latl» agua.

Caigua—Cyclanthera Pedata: Comestible. «Achocha» en Centro América. Voz aborígen suramericana, guaraní tal vez.

Caimito—Chrysophyllum Caimito: Fruta. Nombre aborígen antillano.

Calabaza—Cucurbita Pepo. Bitoria (Vitoria?) en Antioquia. Fruta. En Muyska «Dihiba», en Azteca «Ayotol». «Puru» en Keshwa; «Huada» en Araucano.

Calabazo—Cucurbita Lagenaria, Lagenaria Vulgaris o Crescentia Cucurbitina. En Keshwa «Putu», «Tecomate» en Centro América. Usada como vasija tosca y grande.

Cañabrava—Gynerium Saccharoides, Gynerium Sagittatum, Arundo Donax etc. Keshwa «Chuku»; Guaraní «Juiva». La Guadua es «Guadua Angustifolia», «Gua» en Muyska; y el Bambú «Banbusia Vulgaris». Todos, materiales de construcción: Bahareques, techumbres, cercos etc. El Chusque o «Chusquy» es Muyska: «Chusquea Scandens» o carrizo español: Los mismos usos. «Acatl» en Azteca, «Huiva» en Paraguay, «Rancul» en Araucano y «Schucu» en Keshwa.

Cañafistula—Cassia Moshata, C. Grandis, en América. En Panamá y Costa del Pacífico se llama también «Cañandong». De «Canna», caña y «Fistula», tubo, latín.

Castañas del Amazonas—Bertholletia Excelsa: Almendra comestible. Del latín «Castanea».

Cauche—Hevea Brasilensis, Castilloa Elástica etc. Telas impermeables, llamadas «Tula» en la Amazonia. «Ila» en Keshwa. Pelota para los juegos rituales era «Batey» en Antillano, «Tlachtli» en Azteca. Viene de «Cauchot» de los indios Mainas.

Cidrayota—Soechium Edule o Chayota Edullis: Fruta. «Chayote» en Antillas y Centro América, «Huisquilla» en otros países. Del mexicano «Chayotl».

Ciruola americana—Spondias Purpurea etc. Fruta. La Spondias Lutea es «Jupetschi» en guajiro. De «Cereola», latín.

Coca—Eritroxylon Coca. La Colombiana es E. Granatensis etc. Bebida y masticatorio. En Muyska «hayo», en Keshwa «Kuka»; «Ipadú» en el Amazonas; «Hayuelo» etc.

Cocotero—Cocus Nucifera: Nuez. Su grasa se llama «Copra», «coco» es de origen Aymara.

Corozo grande—Palma: Acrocomia antioquiensis. Cayontaeolia. Fruta comestible. En Keshwa «Chili». Del aborígen «Coroyó».

Corozo pequeño—Palma: Martinezia Caryotaefolia, Mararay. Chascaraices etc. Fruta. Confitería etc.

Cubios—Tropaeolum Tuberosus: Tubérculo. «Añu» en Keshwa. Del Muyska.

Cuesco—Palma: Cocus Butiracea: Almendra grasa.

Cumare—Palma: Astrocaryum Vulgare: Fibra textil: Hamacas etc.

Curare—*Strichnos Toxifera* etc. Veneno de flechas. «La Covalonga» entre hechiceros de Antioquia. «Mavacure» en los Llanos del Orinoco. Nombre guaraní.

Curuba—*Tacsonia*. Fruta. Voz Muyska.

Chachafruto—*Erythrina Edulis*: Fruta. Del Keshwa «Chhachha», árbol y «Purutu», frisol. Fruta. «Balúe» en algunas regiones.

Chingalé—*Astrocaryon Malibo*. Esteras y cordelería etc.

Chirimoya—*Annona Cherimolia*: Fruta peruana. En Keshwa «Chiri», fría y «Muyu», semilla, Aymara «Sinini».

Chonta—*Calamus Rudemtum* o *Bactris Macana*: Palma. Armas de combate. A la *Gulielma Speciosa* se llama «Macana» también. Del Azteca «Macahuitl» o, mejor, del Keshwa «Makay», aporrear. Chonta es el keshwa «Chunta»; en Azteca «Huilitl», espina.

Chontaduro—Palma: *Gulielma Chontaduro*: Fruta. En Keshwa «Chuta-ruro».

Chuguas—*Mellocoa Tuberosa* o *Solanum Stoliniferum*. Comestible. *Ollucus* o *Ullucus* en el Sur: del Keshwa. «Chuguas» es Muyska. Peruana de origen.

Frisoles—*Phaseolus Vulgaris*. Ph. *Multiflorus*. Ph. *Lunatus* etc. Frijol, Fréjol, Porotos, Pallares, Judías, Caraotas, Cháncharos etc.; «Yetl» en Azteca; en Aymara «Pallari»; en Keshwa «Purutu».

Dividivi—*Caesalpina Coriaria*: Tinte y curtumbre. Nombre aborígen antillano. «Nacascolote» en Azteca, «Ischi» en guajiro. A veces se escribe «Lividivi». El Palo Brasil es *C. Echinata*.

Dulunsoga—*Solanum*: Fruta. Voz aborígen.

Esparto—*Spartina Patens Juncea*, *Stipa Tenacisima*: Esteras, sillas, cordelería. En Keshwa, «Ichhu»; en Muyska, «Chusa». El Espartillo nuestro es la «*Stipa Pennata*».

Fresa—*Fragaria*: Fruta. En Chile: Frutilla; En Araucano, «Liahueñ».

Granadilla—*Passiflora Ligularis*: Fruta. «Marucuja» de algunas tribus aborígenes. «Purupuro» en keshwa. De Granada, de «*Granatum*», latín.

Guama—*Inga Flavillei* etc.: Fruta. «Guava» en el Perú. En Keshwa «Pacay». Guama «Cajeto» es *Inga Spectabilis*; La «Machetta», *Inga Densiflora*. Nombre aborígen antillano.

Guaraná—*Paulinia Sorbilis*. Bebida refrescante de la Amazonia. Voz aborígen amazónica, ¿guaraní acaso?

Guanábana—*Annona Muricata*. Fruta colombiana. Sin embargo, el nombre parece de origen antillano. «Ate» (?) en otras regiones.

Guascas—*Galinsoga*. Hortaliza. Del Muyska «Huazica».

Guayaba—*Psidium Periferum*, *Psidium Araca*, *Psidium Guayaba* etc. Fruta. «Savintu» y «Guafin» entre algunos aborígenes. Del Chayma «Huarapa». Nombre aborígen antillano.

Hicaco—*Chrysobalanum*. Fruta. «Jicaco», nombre aborígen antillano.

Huautli—*Amarantus Leucocarpus*: Comestible. Voz aborígen mexicana tal vez.

Iraca—*Carludovica Palmata*: Textil. «Toquilla» etc. Nombre aborígen colombiano.

Higuerón—*Ficus Glabrata* etc. Medicinal. «Guapoy» en Guaraní. De Higuera, de Higo, de Figo.

Ipecacuana—*Lonidium Ipecacuanha*, *Urago I*, *Cephaelis I*: Medicinal. «Raicilla» etc. En guaraní significa «Raíz nudosa».

Lúcuma—*Lúcuma Rivicoa Ovobata*: Aymara «Lucuma» o «Rucma». Fruta sapotácea del Perú, Chile, etc.

Lulumoco—O *Dulumoco*: *Saurauia Ursina*. Voz aborígen.

- Lulo**—*Solanum Sculentum*: Fruta. En Keshwa «Llullu», blando.
- Madroño**—*Rheedia madroño*. Fruta colombiana. Varias especies en otras regiones.
- Mafafa**—*Colocasia Mafafa*, *Colocasia Esculenta*. Tubérculo comestible, Mafago, Malangar (voces africanas) y Chamaluco etc.
- Maíz**—*Zea Mays*: del Arawack «Maise», «Mahiz». En Chayma «Marise», Muyska «Aba», Azteca «Tlaotzintli», Araucano «Hua» y Aymara «Chhokhilo». En Keshwa maíz pequeño es «Canhuil», «Sara» el mayor. «Erepa» en Cumanagoto, de «Ayrepa», entre los aborígenes nicaragüenses, de donde «Arepa», que en Colombia significa pan de maíz. Derivado del «Teocinte», gramínea mexicana, «Euchlaena», tal vez hibridada con otra llamada «Andropogoneas». En mazorca y tierno aún se llama choclo (chócolo en Antioquia): Es el Keshwa Choccllo. La mazorca en formación es filote o jilote, del mexicano «xilotl». Fue base alimenticia de la cultura americana.
- Mamey**—*Mamea Americana*, *Colocarpum Mammesum*: Fruta. Nombre antillano; en Nicaragua «Ruri», «Tetzonzapotl» en mejicano.
- Maní**—*Arachis Hipogea*: Almendra para confitería etc. Azteca «Cacahuete». Del aborígen antillano.
- Moras**—*Morus Corylifolia*, *M. Tataiba*, *M. Nigra*. La mora de tierra fría es «*Rubus Floribundus*» Fruta, bebida y tinte
- Moriche**—Palma: *Mauritia Flexuosa*: Techumbres etc. Palma de Vino. Nombre aborígen.
- Mortino**—*Clidemia Vaccinium Mortinia*, *Hirta*, *Hesperomeles Goudotiana*: Fruta.
- Nispero**—*Achras Sapota*: Fruta. El Zapote nuestro es «*Matisia Cordata*». Del Azteca «Zapotl» o «Tzapotl». Del «Chicozapote» extraen el «Chicle» o «Tziactli» en México.

- Name**—*Dioscorea Alata*: Tubérculo comestible. En Keshwa «Mallica», en Araucano «Huanque». De «Inhame», antillano, o de Name, congolés.
- Oca**—*Oxalis Tuberosa*, o *Crenata*: Tubérculo comestible. «Ibia» en Muyska; Keshwa, «Oka», almendra; «Kaguí» o Kakuy, de donde «Cavi» probablemente, es oca seca; en Aymara «Apilla».
- Orquídeas**—La flor emblemática de Colombia es «*Cattleya Trianae*».
- Paico**—*Chenopodium Ambrosioides*, Ch. *Antihelminticum*: Medicinal. «Payko» en Keshwa significa hierba. En Chile y Ecuador etc., «Pazote»; «Apazote» en México.
- Paja**—*Lilaea Subalata*, *Camalagrostis Effusa*. Para techumbres. La primera es Juncaginacea, Gramínea la segunda. En Muyska «Muynes»; en Azteca «Zacatl»; «Conca» en Araucano, «Ichhu» en Keshwa. Del latín «Palea».
- Palmas**—Muchas especies usadas: *Raphia Vinifera* o *Mauritia Vinifera*: Palma de Vino. En Azteca se dice «Texotl»; en Araucano «Lilla». Del latín.
- Papa**—*Solanum Tuberosum*: Tubérculo comestible. En Muyska: «Yomsa», «Yoma» o «Yomuy»; en Keshwa significa «Raíz comestible». Los cronistas la llamaron «Turma». La pequeña en Muyska, es «Chaucha». En Keshwa «Patata»; en Araucano «Poñi».
- Papaya**—*Carica Papaya*. La Papayuela de tierra fría es *C. Candamarcensis*. Fruta. Otros nombres: Lechosa, Mamón etc. Los Arawacks del Orinoco la denominan «Mapaya». Algunos la consideran de origen oriental; parece ser del Neo-Trópico. El nombre es aborígen antillano y keshwa.
- Parica**—*Piptadenia Peregrina*: Bebida narcótica aborígen, como la famosa *Pitcairnia Coralina* o «Quiche». Probablemente es el mismo «Pericá» de la Amazonia, usado en forma de «rapé».

Patilla—Cucumis Citratus; Citrulus; Colocynthus: Fruta: Sandía. Zapallo en el Sur; del Keshwa «Sapallu». En Araucano «Pamcahue» y «Alpe». ¿Diminutivo de «Pata»?

Rapino—Solanum Muricatum; S. Variegatum: Fruta.

Piña—Bromelia Ananas; Ananas Sativa: Fruta: De «Ananá»; Guarani, «Achupalla» en Keshwa; Del latín «Pinea».

Piñuelas—Bromelia Karatas; Bromelia Pingüin: Fruta: Voz aborígen antillana. Otro nombre: «Maya». En mexicano «Jocuistla» y «Guámara» para las dos variedades que allí se cultivan.

Pitahaya—Cereus Pitahaya; Cactus Metocactus: Fruta: En Muyska es «Nynsuque». Del antillano «Pitajaya».

Piñón—Yotropha Curcas: Medicinal.

Plátano—Musa Sapientium, Musa Regium, Musa Paradisiaca etc. (unas treinta especies). (¿Del Valle del Ucayali, esta última? ¿El Maritú, sería del Cauca?) Banano, Banana; transformación fonética: antillana: de plátano; Palatano; Balatana; Banana o, más sencillamente; derivado de la región del Bajo Congo, denominada así, como «Guineo» de Guinea? Maduro, colicero, dominico, hartón, manzano etc. De origen oriental, este nombre nada tiene de común con «Platanus» latino «Plátanos» griego, árbol de la zona templada.

Algunos diccionarios le dan por raíz la voz sánscrita «Prátana», hoja ancha. En mexicano se designa «Ibim» al autóctono; en guaraní «Pacobá». Parece que lo distinguían del importado, pues los indios Terraba Alamán dicen de éste «Ibimigua» o sea, «plátano extranjero». El Cambur venezolano es caribe, probablemente «Cambure». En nuestro Valle del Cauca los aborígenes le llamaban «Juiú».

Pomanaoa—Fruto del Yambo (sánscrito «Jamb») Oriental? Jambosa. En Chile «Chequén». Del español.

Quina—Cinchona o mejor Chinchona: Corteza medicinal. Del Keshwa «Cascerilla» etc.

Quinoa—Chenopodium Quinoa: Comestible, nombre Keshwa. En Muyska es «Pasca»; en Araucano «Dahue». Se escribe también «Quinua».

Sagú—Marantha Arundinacea. Raíz feculenta. En el comercio «Arrow-Root». «Buri» de los indígenas colombianos. Nombre malayo.

Sinamuba—Carapaen Tayrona: Medicinal. Aceitillo etc. Nombre aborígen. Varias especies.

Tabaco—Nicotiana Tabacum. Entre los antillanos «Cohiba». «Tabaco» era el nombre de la pipa para fumarlo. En Muyska «Hosca». En Quiché existe el término «Tabac»; Fiar.

Tipare—Attalea Amigdalina: Almendra y utensilio. Mil pesos. Voz aborígen.

Tubai—Vicia grata; Alimento. Del Perú etc. Voz aborígen.

Tarrali—Posadea Spheroearpa. Para vasijas pequeñas muy hermosas. Antioqueña. Voz aborígen.

Tomate—Lycopersicum Esculentum: Fruta. El arbóreo es Cyphomandra Petacea. De «Tomatli» Azteca.

Totora—Malachaete Riparia o Scirpus Lacustris. Estoquill en español. «Ttotora» en Aymara. «Taguatagua» en Keshwa. «Thome» en Araucano. Semejante a la Espadaña o Enea. Typha Latifolia. Del Lago Titicaca, empleada para embarcaciones y cestería.

Totumo—Crescentia Cujete. Calabazo alargado es Crescentia Cucurbitina. Para vasijas: «Totumas» en Colombia. «Mates» en el Sur, de. Guarani «Matti», «Guuro» en las Antillas, y «Gura» la totuma, «Yoca» en Muyska. «Huguera» (?) en otros sitios. Voz aborígen antillana.

Tuna—Opuntia Vulgaris. Opuntia Bomplandi. Fruta. Higo tuna. Chumbera. El celebre Nopal mexicano era llamado «Nochtli» y «Nopalli». Viene del árabe «Tino», en Hebreo «Teena».

Uchuba—*Physalis Peruviana*. Fruta. Capulí en el Perú etc. Escrito a veces «Uchuva».

Uva Camarona—*Macleania Nitida*; *Thibaudia Macrophylla*. Fruta. Del latín «Uva», y del aborigen «Camarona».

Yacón—*Polinia Edulis*: Alimento. Tubérculo. ¿Aymara?

Yerba Mate—*Ilex Paraguaiensis*. Bebida estimulante. «Mate» es guaraní.

Yagé—*Banisteria Caapi*, *Banisteropsis Rusbyana*, *B. Quitensis*, *Lehmannii Hieron* etc.: Bebida embriagante y alucinante. Del Ceona o Siona «Yajé». En Keshwa, «Ayahuaska».

Yuca—*Manihot Dulcis*, *M. Utilissima*: Tubérculo farináceo. Mandioca, Cazave, Tapioca etc. Base alimenticia de una cultura tropical aborigen. Haitiano «Yuca»; «Yucatl» en México, para una planta de adorno; en Keshwa «Rumu», en azteca «Guacamote». Mandioca, yuca venenosa, viene del Guaraní «mandiog».

Zarzaparrilla—*Smilax Medica*, *S. Officinales*, *S. Syphyllitica*: Medicinal. Zarza viene del árabe «Xarac», planta espinosa y «Parra» del celta «Bar», rama, racimo (?)

ANIMALES

Mamíferos—Como elementos de caza o parcialmente domesticados, se pueden mencionar los siguientes: El Buey Almiscado del Canadá; el Bisonte de las praderas norteamericanas; varios cérvidos, como el gran Wapiti del Septentrión de América, y el Taruca del Perú, y, sobre todo, el venado, dicho «Mazatl» en Azteca, «Soche» y «Loche», del Keshwa «Lluch», y «Cuihica» en Muyska, «Pundo» en Araucano, «Juicho» en la Amazonia. El antilope, la cabra montés, la alpaca, la llama, el guanaco y la vicuña del Sur; en Keshwa «Paco», «Llama», «Huanaku» o «Huikuña» respectivamente; «Allpaca» en Aymara. Guanaco doméstico es «Hueque» en Araucano; el Salvaje «Luan»; en Aymara «Chuca».

Los simios de numerosas especies; las cuatro variedades de perros, como el «Chiohi» mexicano; en Aymara «Aon», «Allico» en Keshwa, «Thehua» en Araucano; alguna de ellas domesticada y utilizada como alimento.

El conejo, en Keshwa «Kuns», en Muyska «Chuengüi», en Azteca «Tochi»; la liebre o «Citle» de los mexicanos; «Huiskacha» de los Keshwas; el conejillo de Indias, covaya o cuy, del Keshwa «Kouy».

Muchas especies de armadillos, que en Antioquia llaman «Gurre» y «Tato», probablemente del Guaraní «Tatu». Keshwa «Quirquincho», Araucano «Covuro», «Tatuejo» en otras regiones.

La danta o tapir, en Guaraní «Tapyrá»; el cerdo salvaje, saino o «Cafuche» de los Muyskas, «Pitzotl» en Azteca; el Aguti-Paca o *Dasyprocta*, en Keshwa «Paco»; la guagua, *Caecogenys Subniger*, de etimología antillana, con significado de animal, diferente del «Huahua» o «Guagua» keshwa, que quiere decir cría, y, por extensión, niño, en el Sur. Los sinónimos «Borugo» y «Tinajo», son del Muyska y del Keshwa, respectivamente. «Neque», en Cundinamarca y Antioquia, para el macho. En Bolívar tiene este nombre otro significado. «Tepescuintle» en Mexicano, «Guardatingas» en el Amazonas. La tatabra, *Dicotyles Torquatus*, o sea el Pécarí (de «Bakira» entre los Caribes venezolanos), «Tayacú» en la Amazonia; el *Hydrochoerus Capybara*, «Chitúiro» o «Carpinco» o «Lancho» de nuestra región oriental, del Guaraní «Capibara».

Aves—El avestruz, *Rhea Americana*, «Nandú» o «Nandú» de los argentinos, «Suri» en Keshwa, en Araucano «Huanque»; el pavo de México, guajalote, del Azteca «Huexólotl» o «Uexólotl», llamado entre nosotros «Pisco», del aborigen «Pisku», por los Keshwas «Huantus», y «Pirú» en el Brasil. El Paujil o pauji, de «Pauxia», gallinácea silvestre; el gentilísimo «Tente» o «Luzón», *Chaúma Chavaria*, de las Anhimidae, única ave que cobra afecto al hombre y lo protege; las Kamaepetes, o pavas de monte; las Tetraónidas del Norte y el faisán de México; las gallinetas; las guacharacas o chachalacas, nombre onomatopéyico de una gallinácea muy frecuente en las selvas tropicales; los gurries, semejantes a pavos pequeños, *Aburnia Aburni*, de las Cracidae. Los patos, en Keshwa «Iku», en Araucano «Hualas» y «Caghe». La perdiz americana o Crip-

turus: «Vudu» en Araucano, «Chacua», «Yuquis» en Keshwa, Iammbú en la Amazonia; la tortoia o «Cúculi» de los Incas, «Maycoñu» en Araucano, también «Culico» en Keshwa, «Uiloti» de los Aztecas; la tortaza o paloma tortaz, «Zenada auriculata», «Quitua» en Keshwa y «Conu» en Araucano.

El famoso quetzal de Centro América, o sea el «Trogon Resplendes», o «Quetzalli»; el papagayo, denominado «Alo» en azteca, «Culao» en Caribe, en Keshwa «Ahua» y «Uritu», en Araucano «Thucao», en Guarani «Paragoa», de donde viene Paraguay; Guacamayo deriva del Arawack «Huacay», chillar. Nombre antillano.

Los loros (¿de «Roro» en Chayma, o del malayo?) y pericos, de múltiples especies y variedades: las aves canoras o de adorno, como el cinzonte, el arrendajo, el turpial etc.

Peces—Los peces «Buro» en Arawack, constituyeron siempre una base importantísima de la alimentación de los aborígenes, aún en el caso de habitar en lejanas cordilleras, pues los Aztecas y los Incas se hacían llevar pescado fresco, «Miche» en Mexicano, de los litorales marinos. Entre los Muyskas este recurso alimenticio fue muy escaso, ya que en la Altiplanicie apenas podían aprovechar la insignificante «Guapucha» (voz Keshwa o derivada del Muyska «Guapquyhi-za»), *Grundulus Bogotensis*, sardina diminuta de los amagamientos andinos, y el «Capitán», «Chimbe» o «Chineguia», según el tamaño, de los aborígenes, *Heremophylus Mutissi*, que aún luce con decoro en los banquetes bogotanos, como plato de mucho precio, pequeño y también escaso.

En otras regiones fue el pescado base de la alimentación, hasta poderse hablar de una «Cultura del Arenque» para el Norte de América, y constituir la única alimentación de algunas hordas fueguinas, como los Onas etc. Los aborígenes ribereños de los grandes ríos tropicales son buenos pescadores, y saben de trucos para apoderarse de los peces, como es el caso de los embalses, «trinchos» y barbacoas («Kahuitua» en Keshwa), sobreaguadas de que se sirven para aprisionarlos, de anzuelos, «Culi» en araucano; de nasa o «Llotte», de red o «Nehueñ» del mismo idioma, y el empleo de zumos estupefacientes, como el ya mencionado de los

verbascos de tierras caliente y fría. Aprovechaban desde la sardina, «Quichay», y el pequeño y delicado Pejerrey o «Yuli», hasta la corvina del mar, *Cropogon Lineatus* o «Yatehue» de los Araucanos, el Bagre de los grandes ríos, «Pimelodus Magdalenensis», el nuestro, diferente del Bagro Nilótico, «Huacra» en Aymara, y el gigantesco «Paiche» o «Pirarucú» del Amazonas, «Sucis Cigas», el mayor de los peces de agua dulce.

También usaban los mariscos en general, las iguanas, (voz aborígen antillana, «Lacerta Iguana»), y hasta culebras. Por lo que hace a las tortugas, tanto solicitan sus huevos, que por la época natural del desove las buscan, en migraciones de grandes distancias a las veces: en Chayma nombran «Caray» a la tortuga, de donde surge el carey nuestro.

Insectos—La cochinilla, que dicen mexicana, existente asimismo en nuestro país, (Puerto Nacional, por ejemplo, era utilizada para teñir de grana las telas con su tinte.

La miel de abejas, «Huankey» en Keshwa, fue un auxiliar poderoso de los azúcares de caña de maíz, de maguay y de abedul de que disponían apenas. Abeja se dice «Dullin» en Araucano, la miel se denomina «Miski» en Aymara.

Comían también la larva de los coleópteros, «Chisa» en Muyska, «Mojojey» en otras regiones, «Curu» en Keshwa, a lo menos para el término general de gusanos con que la plebe los confunde, y que en Azteca se dice «Cui-lin», «Laco» en Aymara, «Pitu» en Araucano.

Una especie de hormiga peculiar de Santander fue empleada, y sigue siéndolo ahí, como alimento muy preciado, torradas o fritas, cuando su abdomen está más crecido, por la época del vuelo y enjambre. En Araucano se le dice «Totúm».

MINERALES

Los Metales—El oro nativo, el de los aluviones de nuestros ríos, de «Aurum» latín, «Kuri» en Keshwa, «Nyia» en Muyska, «Milla» en Araucano, «Choque» en Aymara, fue aprovechado por los aborígenes para la orfebrería (que algunos expositores creen originaria de los Karibes entre nosotros), para la liturgia elemental de sus religiones, para el adorno suntuario y algunas manifestaciones de moneda que entonces hubo.

La plata, explotada, en varios sitios, como México y Colombia, de algo les sirvió también. El Padre Lugo le adscribe, tal vez por error, el mismo nombre muyska que al oro. En Araucano es «Lien» o «Lighen»; en Keshwa «Koll-ke».

El cobre nativo, existente en varias regiones americanas, Monquirá entre nosotros, digamos, era «Bahazca» en Muyska, «Anta» en Keshwa, «Iza» en Araucano, «Yauri» en Aymara. Al cuchillo de este metal llamaban «Tumi» los keshwas. Ligado al oro en diversas proporciones, constituye lo que se designa con el nombre malayo de «Tumbaga», utilizada en joyería, y en ocasiones tan bellamente colorida que semeja oro fino.

En México y, en el Sur, Bolivia actual, por ejemplo, recogían estaño, que asociado al anterior produce el bronce, célebre prototipo de una jornada cultural en otros continentes, no así en el nuestro, pues no sé yo que de esta invención hubieran sacado los indios todas las ventajas que aporta, en su aplicación a las armas guerreras y artefactos de la industria aplicables a la agricultura, por ejemplo.

Conocieron también el plomo, «Titi», en Araucano, mas no sé yo si lo utilizaban industrialmente.

Compuestos Líticos—Aún estaban seducidos por la obsidiana, «Ytztetli» en Azteca, mineral vitrificado, de origen volcánico, muy abundante en algunas regiones, como el Anahuac, del cual se hacían sus mejores utensilios de labor, y algu-

nas armas de combate. Su estructura química ofrece gran similitud con la de los feldespatos comunes.

Y no menos importante para ellos que la obsidiana, fue el pedernal, que primitivamente se llamó pradrenal, por venir de piedra. «Petra» en latín, tal vez «Rumi» en Keshwa, «Cura» en Araucano, «Ciba» en Taino, «Cala» en Aymara, «Hyca» en Muyska, «Teti» en mexicano, de que se deriva entre ellos el «Tecpatl» con que lo conocen. Es un silicato de aluminio con agua de combinación, llamado también «piedra de candela», «piedra de chispa» y confundido por los historiadores con la Sílice, o Sílex, según las nomenclaturas latinas que suelen darle (anhídrido silícico, como el cristal de roca, del género de los cuarzos). Los aborígenes no confundieron estas especies, pues en Araucano al cuarzo cristalino llamaron «Licán» y al pedernal «Quenpú».

Se sirvieron igualmente del ámbar, según se ha hallado en las excavaciones arqueológicas de la Cultura Tayrona de nuestro Litoral Caribe, probablemente introducido del Norte. No es compuesto lítico, sino una resina fosilizada por la larga acción del tiempo.

El jade sí lo es, silicato de magnesia y cal, cuyo nombre deriva del chino «Jad», pariente, por lo tanto, de los ya nombrados feldespatos, relativamente abundante en las industrias suntuarias de los aborígenes.

En las tumbas del Perú se han encontrado vasitos de turquesa, un fosfato de aluminio con hierro, calcio y cobre, que por haberlo introducido a Europa los turcos o turqueses, así se le llamó.

El azabache, del árabe «Azabach», un hermoso lignito negro, ha sido hallado también en las culturas mexicanas.

Las esmeraldas de Muzo, Somondoco y Coscuez, de Colombia, «Guacata» y «Chuecuta», en Muyska, probablemente según la calidad o el tamaño, tal vez «Llanco» en Araucano, eran llevadas como joyas en muchas regiones de América, asociadas al gran comercio de caracoles (voz antillana), perlas y conchas litorales, y aún de cornalina o cornalina, una especie de ágata roja, que también se encuentra en la Cultura Tayrona.

Arcillas—De mayor importancia cultural fue la arcilla modelable, del latín «Argilla», en Muyska «Tybso», en Araucano «Ragh»

y «Pele», según el color y la finura: combinación de sílice y de alúmina con diversos óxidos que le dan sus variadas coloraciones: A la blanca le decían «Contay» los Keshwas, y «Tizatl» los mexicanos. De las más finas fabricaron sus ídolos y artefactos domésticos: «Huacos», «Tunjos», «Makas», «Cancu» o cántaros, «Mika» o platillos, «Shela», «Chella» u olla, «Kallana» o tiesto (especie de platón, padilla o paila de barro cocida poco profunda, «Budare» en Venezuela, «Comal» en México, en Araucano «Leupe»). De ella usaron también para el adobe, «Tica» en Keshwa y Aymara, pero sin descubrir la loza ni el ladrillo. En Azteca la alfarería se llamaba «Tepáctli», en Araucano «Huyducum». En el Perú se desarrolló espléndidamente.

La Cal—Parece que no alcanzaron a utilizarla para mortero, pues el que emplearon en algunas culturas, como la Tolteca, es de arena, piedra y arcilla. Mas si la usaron para enlucir los muros de las habitaciones, para estucarlos y decorarlos, como en México se reconoce aún. Su nombre es «Tenextli».

La Sal de Cocina—El cloruro de sodio, sal gema o pedrés, explotado de yacimientos, como en Zipaquirá, donde a una variedad suya se le conoció y se le distingue todavía con el nombre aborigen de «Vigua», probable transformación de «Nygua», en Azteca «Iztatl», en Keshwa «Cachi», «Lilco» en Araucano; o de fuentes, como en «Guaca» o Heliconia, del país antioqueño, donde, a lo menos al sur, se le llamó «Anser», de que viene «Anserma» o «sitio de sal». En los litorales, la Guajira, por ejemplo, la tomaban del mar por evaporación, y en las regiones, como algunas selvas de la Amazonia, v. gr., en que se carece de este recurso natural, tienen los indios que suplirlo con cenizas vegetales. Alimento, condimento y medicamento, es motivo de migraciones y aun base de organización social. De su elaboración nos han quedado muchos nombres, castellanizados hoy día, como «Moya» o cántaro aborigen para la cristalización por calentamiento, y en la época precolombina su comercio en esta región de Cundinamarca fue muy extenso y útil. Tal vez esta palabra «Moya» tenga alguna relación con «Moyu», que en Keshwa significa «pecho de mujer», con lo cual, guardado todo miramiento, ofrece alguna perceptible similitud.

Todos estos elementos de economía obraban en circuito cerrado o de escasa expansión, pues en las tierras altas el comercio hacíase a lomo de indio, cual ocurrió en el de los Muyskas con los habitantes de la hoya del Río Magdalena y los Llanos de Oriente, para la sal, las esmeraldas, los textiles y el oro. La misma navegación, si de los ríos se trata, no podía extenderse mucho por la pequeñez de las canoas, la enemistad de las tribus y las dificultades de la lengua. Y no se diga más de las comunicaciones oceánicas, aunque los Caribes antillanos fueron audaces navegadores, y los Chorotegas de Centro América llegaron hasta vincular las grandes civilizaciones del Pacífico, de México al Perú, costearlo con más robustos barquichuelos de vela aquellos mares sino que en frágiles praguas no se podía transportar gran volumen, y sólo objetos de sumo precio o rareza justificaban un intercambio remunerativo y frecuente.

Los pueblos americanos vivieron dentro de un régimen o patriarcal incipiente, como los del Sur, o matriarcal, como los del Norte. Y aquí vuelve la historia a hallarse en coincidencias sugestivas, pues que la sociedad yanqui contemporánea es francamente matriarcal, mientras que la latinoamericana o indoamericana, como otros dicen con iguales razones, presenta una indole patriarcal muy fuerte, lo que motiva insolubles discrepancias entre una y otra cuando quieren convivir, siendo para americanas del Sur un paraíso el casamiento en Estados Unidos, y un insostenible negocio para las yanquis el suyo con hombres de nuestra estirpe, sino es cuando los dominan con algún «inferiority complex», que tampoco enaltece a la hembra humana, ni la enamora o retiene adicta.

El matrimonio consanguíneo era frecuente entre algunas naciones, y detestado en otras y la conducta sexual tenía costumbres muy diversas, como lo estudiaremos al comentar la civilización Muyska. Monógamos por lo general, los príncipes, caudillos y guerreros, gozaban de una poligamia adecuada a sus recursos. No parece que la mujer ni los hijos tuvieran trato de dignidad y de ternura, aunque hubo normas en algunos pueblos que ya iniciaban la reevaluación moral de estas relaciones.

En teoría de gobierno no pasaron la linde de imperios militares despóticos, aunque esbozaron en algunas naciones principios de derecho civil, de judicatura independiente, de organización económica distributiva y benefactora, de un adarme de cuerpos legislativos, a lo menos en la especie de consejos de consulta consuetudinaria, y de otro quilate de normas internacionales, en cierta guardia del reto, en tratados y federaciones.

En religión llegaron a concebir una divinidad espiritualizada ya, con suficiente contenido para imponerse en monoteísmo abstracto, pero no alcanzaron a dar el paso liberador de las formas hidrolátricas, zoolátricas y sabeístas, de los ritos de magia y shamanismo, y aun de mero fetichismo, en que se les anudaba todavía su conciencia religiosa, a pesar de impresionantes hallazgos y tentativas, que luégo miraremos a espacio. Todas las sociedades aborígenes vivieron bajo el signo totémico, los Nahoas la serpiente, los Andinos arcaicos el jaguar, los Caribes el loro, los Chorotegas el cocodrilo, los Chibchas el mono etc., con una prolija serie de casos particulares para las tribus en que cada grupo racial se subdividía.

En su carácter fueron universalmente astutos, introspectivos, melancólicos, desconfiados, mendicantes, huidizos y crueles a la vez, a pesar de las excepciones estupendas que registra la historia, muy notables en ciertos grupos, como el Caribe, el Guaraní, el Araucano etc., para algunos de estos defectos de la estirpe indígena. Sus placeres y deportes se resentían de la tosquedad y barbarie ambiente: Simulacros de lucha, embriaguez, lujuria, bullicio infernal, coquetería en los adornos, remedo ahuyentador de las fuerzas naturales, humanas o demoníacas que temían, e interminables ritos. Ciertos deportes más armoniosos y estéticos, como el juego de pelota entre los Mayas y el «turmequé» o juego de disco, entre los Muyskas, ennoblecían algunas sociedades aisladamente.

Su sensibilidad en arte apenas puede columbrarse en los restos de música que más o menos modificados subsisten, de una melancolía envolvente, entrañable, como en la quena incaica, que uno ignora si los trae así del vencimiento de su raza y de sus ideales. En lo escultórico predomina la objetivación de un sentido pálido de las fuerzas de la naturaleza y de las intuiciones místicas, de una fealdad grandiosa a veces y temible, o bien la caricatura sonriente de vicios y defectos individuales, sin llegar a la interpretación serena de los caracteres, de la belleza física o moral ni de la «Sofrosine». Probablemente un designio mágico los cohibía aún.

Es muy difícil aprehender en su justo alcance el desarrollo de la espiritualidad en los pueblos precolombinos, pues vivían aún en la era de las tradiciones orales, no bien asimiladas por los testigos inmediatos de su evolución social, ni ello era posible entonces, cuando los descubridores y conquistadores carecían ellos mismos de la pericia suficiente para adentrar en sutilezas del alma humana en manifestaciones tan exóticas a su educación e índole. Hay que ver la ingenuidad espiritual e ignorancia técnica de los cronistas

para darse cuenta del milagro que hicieron en observar lo que observaron y escribirlo en su lenguaje jugoso e inocente. De los indios nos quedaron tres obras literarias nada más, y eso, en parte, escritas a posteriori: Los Cantos de Netzahualcoyotl (1431-1472), rey de Texcoco; la epopeya Popol-Vuh o Popol-Buj, de los Quichees Centroamericanos, y el drama Ollantay de los Keshwas, con tema del tiempo de Pachacutec, entre los siglos XIV y XV, que requieren un análisis muy íntimo, casi recreador, para desentrañar, por recónditas concomitancias, la esencia de las estirpes que los motivaron, cosa que demanda la vida de un talento muy hábil.

En recientes publicaciones se dice del hallazgo de una preciosa colección de leyendas poemáticas que, con el título de «El Hijo de Quetzalcoatl», resumen la magnífica trayectoria espiritual de los Toltecas, y numerosos diccionarios, estudios, en fin, de botánica, zoología, astrología, astronomía y medicina, que no conozco aún, y que prometen, sin duda, grandes informaciones sobre estas culturas de México, si ello resultare verídico.

EN RESUMEN: La ciencia no alcanzó entre ellos a producir comodidades; la propiedad, que era de la tribu generalmente, representada en dioses y magnates, no enalteció el nivel ciudadano, y por eso sólo produjo templos, monumentos públicos y palacios del señorío; la religión no agarró bien los conceptos y gesticula en contorsiones de magia, con ser que aquí y allá asoma el espíritu en divinidades supremas; el arte no llega aún al carácter, es ritual y genérico, y apenas de cuando en cuando aparece alguna intención o algún delineamiento de la psique. Los Nahoas, cuya labor artística tanto semeja a la de los egipcios, por la arquitectura, y la pintura sobre todo, si bien en la primera conciben un gran estilo propio, no lo desenvuelven en aplicaciones funcionales de utilidad común, sino que se queda en lo sumuario y decorativo, en la simbolización de ritos nacionales. En el pueblo Muyska, aunque inferior en ciencia y artes, vese un comienzo de diferenciación de la persona civil, que más adelante analizaré: pero todos ellos, estos aborígenes de América, se quedaron a los umbrales de la autonomía de la conciencia individual y de las normas fecundas de la personalidad.

Por juego de imaginación y amenidad literaria meramente, pudiéramos establecer algunas comparaciones entre los aborígenes americanos y las naciones históricas del Viejo Mundo: Porque ello

es que los Nahoas dejaron una civilización pragmática de tipo notoriamente egipcio, y que sus monumentos, su índole artística y su ciencia astronómica así lo establecen: La estilización del loto en columna tiene similitudes, aunque más airosa la egipcia, con la estilización de la serpiente tolteca; ambos realizaron una protocolumna dórica, ambos dieron una elación trapezoidal a sus edificios, una majestad a la pirámide, un decorado pictórico de figuras en frontalidad y escorzos, en simbolismo de adoración y graciosa vestidura, a los personajes de sus escenas murales: ambos, en fin, se detuvieron a la margen de la filosofía, como absortos en el problema de la muerte y las mutaciones somáticas de ella, más bien que ante las normas de la sensibilidad y los encumbrados destinos de la psique, ante la apoteosis de la vida y la lucha épica del hombre con su destino aleatorio, prometeico y cargado de enigmas, que dio pábulo a las soberbias lucubraciones de la Hélade.

Los Incas reproducen en menor escala el dón imperial de los romanos: Tal así su respeto por las costumbres y religiones de sus vasallos, su vinculación por medio de calzadas de piedra, en longitudes sorprendentes, su tendencia a colonizar con mitimaes en el seno de países esquivos y remotos a su gobierno, su preocupación de los graneros y cosechas, su arquitectura de recios fundamentos de perdurable solidez, sus acueductos y riegos, su divulgación de la lengua oficial, su culto del fuego sagrado y sus vestes pontifices, amautas, y hasta su predilección por las colinas.

Los Muyskas tienen un no sé qué de hebreos en su trayectoria espiritual. Tal así se hallaron divididos en dos reinos rivales de Judá e Israel. De Muequetá y Hunsá. Tal así, también, en el primero, las lagunas recuerdan el culto de Jordán, y los Cojnes adoratorio del Zacazgo al Garitzán de Samaria. Mucho de Moisés se vislumbra en el Bochica, su misión libertadora, su figura resplandeciente, su vestido talar, su luenga barba florida, su vara de mágicos efectos y su legislación severa: Si el uno desagua el Mar Rojo, éste rompe el dique rocoso del Tequendama para redimir de la inundación a su pueblo. De ambos reniega la ingratitud de sus favorecidos y a ambos adora más tarde en sumisión perenne. Uno y otro grupo adquiere normas éticas muy semejantes, hasta en la poligamia de sus reyes, la sabiduría embrionariamente salomónica de Nemequene, sus castigos para el adulterio y su horror de la sodomía; su Chiminigagua que hace salir la luz del Caos y su Tomagata, tan parecido al «príncipe de las tinieblas» en su figuración material. Y «a la manera que un rayo de luz pasa por un cristal, sin romperlo

ni mancharlo....» la madre-virgen de Goranchacha engendra en una esmeralda al hijo de Sua, el dios solar. Para colmo de coincidencias, una y otra gente es quejumbrosa, escurridiza y muy hábil en cortesías y formalidades.

Tienen algo de fenicios estos Chorotegas navegantes de la América Central, que en sus barquichuelos vinculan las civilizaciones del Norte y del Sur, como los antiguos lo hicieron con las del Oriente y Occidente Mediterráneo. Pueblos de transición, puentes culturales y comerciales que, cual las abejas en las flores, fecundan inconscientemente la vida del espíritu.

Sería un poco romántico decir que los Caribes representan aquella combatividad de los Escitas; unos y otros hábiles arqueros, unos y otros enamorados de la lucha guerrera; ambos migradores y altivos.

Mas no sé qué pensar de estos Araukas, como a mí me place llamarlos, o Arawacks de los étnologos: Son un cemento racial que uno encuentra por todas partes en América, sumisos aquí, vencedores más allá; semicivilizados a veces, salvajes otras, dúctiles en todas partes y ocasiones, y como soterrados en las estirpes, a la manera de rizomas de gramíneas que van progresando bajo los suelos para emerger a distancia en nuevos brotes. Su índole yo no la sé. Su historia me trae confuso. Y hasta creo que son de lo más antiguo en nuestra etnología americana. A éstos, pues, que otro me indique como debo juzgarlos.

...No pudiendo analizar cada grupo étnico, ni menos aun comprender en un cuadro unívoco el maremagno de costumbres indígenas, prefiero estudiar en el capítulo siguiente la Nación Muyska ya que las otras grandes culturas aborígenes han sido prolijamente investigadas por peritos eminentes, en una literatura que hogaño es abundantísima, aunque contradictoria y novelesca en parte.

QUINTO DISCURSO: INTERPRETACION DE LA CULTURA MUYSKA

1—VAGUEDAD E INCERTIDUMBRE

En esto de la cultura aborígen colombiana nos hemos hallado deficientes para hacer su justa apreciación histórica, y considero que ahora es oportuno iniciar algunas observaciones audaces.

No presentaron los pueblos precolombinos de este país ningún desarrollo memorable de las ciencias, y sólo algunas artes menores, como la orfebrería, la cerámica, los tejidos de algodón y la remota cultura del Alto Magdalena, pueden mencionarse con alabanza y dar motivo para una hipótesis favorable de su sensibilidad en el posible desenvolvimiento de una civilización autóctona. Sin embargo, yo quisiera suscitar el estudio recóndito de la psique de la Nación Muyska a través del mito del Bochica y del código oral de Nemekene.

En este código hallamos la lucha interesante del alma muyska por construirse un mundo ético en rebeldía contra las imposiciones de la naturaleza material, y ya en trance de socializarse noblemente.

Me sería muy grato hacer una distinción previa en la nomenclatura que voy a emplear en este estudio: Quisiera que llamásemos Grupo Chibcha al conjunto general de estas tribus ligadas por un parentesco lingüístico, y Nación Muyska a la porción de ellas que se estableció en la Altiplanicie de esta Cordillera Oriental, circunscrita, y muy bien, por las fuentes de cuatro ríos, el Chicamocha, al norte; el Sarabita o Suárez, al occidente; el Bogotá o Funza, al sur; y el Guayuriba, al oriente; que recogen las aguas de las mesetas y vallecitos de Bogotá, Ubaté, Sogamoso y Cáqueza, principal asiento de aquella nación. Muyska es un bello gentilicio que no debemos dejar perder, pues significa «persona», mientras que Chibcha es un nombre algo confuso, aunque entre en la composición del muy famoso Chibchacum de las leyendas cosmogónicas aborígenes.

Los indígenas de la región colombiana no están bien definidos ni en cuanto a la cepa madre, ni en cuanto a las sucesivas migraciones. Siguiendo un derrotero meramente imaginado, pudiéramos suponer un pueblo arcaico, venido a estos países en muy re-

mota época, tal vez de los Lágidas de Eickstedt, o sea de tipo australoide o aun neanderthaloide de Lagoa Santa (Minas Geraes, Brasil), aunque se han hallado cráneos en la Sabana de Bogotá, los de Sopó, por ejemplo, que no presentan caracteres neanderthalenses, sino más desarrollados, en muchos francamente superiores o, a lo menos, macrocéfalos. De los similares traídos de Guasca, uno fue llevado a Europa y clasificado allí como del paleolítico superior: presenta la dentadura de coronas gastadas de rumiante, peculiar de los indígenas de esta Altiplanicie, pero tiene los incisivos inferiores colocados, no con sus caras de frente, sino al través, a la manera de granos de maíz en la mazorca. Es muy dolicocefalo y de una capacidad de 1.575 centímetros cúbicos, con potentes superficies rugosas para las inserciones musculares. Las arcadas de las cejas, como en los de Sopó, son prominentes, y el prognatismo poco acentuado. La abundancia de estos cráneos tan grandes y vigorosos hace presumir la existencia de una nación prechibcha en estas regiones de Colombia, que no corresponde a los Arawacks, ni a pueblo muy primitivo, pues ya, si se consideran su dentadura y formación craneana, cultivaba el maíz, era esbelto y de notable desarrollo cerebral. Abundan en esta Altiplanicie los microcéfalos de 1.100 a 1.200 C. C. de capacidad, y vense asimismo algunos con la bóveda en cresta o quilla, de los que Sergi llama «Tasmanoides», confirmando la presunción de que ha habido varias inmigraciones aborígenes.

En otros varios sitios de nuestro territorio nacional se encuentran reliquias de pueblos que labraron la piedra, como los sepulcros mololíticos de Antioquia, que parecen seguir una ruta de Centro América hasta el Ecuador, Manabí, por ejemplo, y la Costa del Perú. Es posible que las terrazas de piedra descubiertas a orillas del Sapuyes y las construcciones a modo de fuertes de la colina de Chitarrán, en el departamento de Nariño, no correspondan a esta estratificación étnica, sino a la incana, muy superior. Mas no sé yo si las columnas fálicas de Tunja, Leiva y Ramiriquí, consideradas como restos posibles del memorado templo de Goranchacha, de la nación Muyska, puedan adscribirse también a un remoto pueblo pre-colombino que en tantas regiones dejó huellas de su cultura incipiente.

Por lo que hace a San Agustín, la similitud de algunas efigies de la arcaica andina, como las de Pukara en Puno, probablemente en relación con Tiahuanaco, y la existencia de numerosas criptas, adoratorios e hipogeos de otros sitios, de Katak, digamos, con los

que se van descubriendo ahora en el Alto Magdalena, Inzá, Berruecos etc., inducen a presuponerles algún vínculo. A ellos presta gran verosimilitud el hecho innegable de que idioma keshwa fue hablado en regiones situadas al norte del Angasmayo, como Almaguer, y las numerosas toponimias de esa raíz que existen hasta el río Sumapaz, casi en las fronteras de los Muyskas Cundinamarqueses.

Por tales huellas y fantasías, podemos formular la hipótesis de que en este Alto Magdalena hubo la siguiente estratificación racial: Sobre pueblos primitivos, ora Amazónicos, ora septentrionales, una inmigración del Alto Perú, aportadora tal vez de la cultura de San Agustín, dominada luego por los Chibchas centroamericanos, ya que sus dialectos se conservan entre los Paeces y Andaquies, vr. gr., y éstos, a su turno, rotos y dispersos en gran parte, por las sucesivas y más recientes invasiones de la nación Caribe.

Entre una y otra de estas épocas, llegarían los Araukos del Orinoco, muy confusamente mezclados con los Chibchas, desde la Guajira en el Caribe, hasta la Amazonia, al Sur.

La fuente de los Arawacks o Araukos se considera situada en la región en que limitan Brasil, Colombia y Venezuela; la de los Muyskas en Centro América, y la de los Kalinas entre el Xingú y el Alto Tapajoz, emparentados, al decir de algunos etnólogos, con los Tupíes brasileños. («Kalina» quiere decir «compañero», y es el verdadero y más elegante gentilicio de esta raza).

Por mi parte, encuentro muy difícil aceptar que los Araukos de Cundinamarca fueran vencidos por los Muyskas, ya que a tiempo de la conquista ibérica, estos rendían ciertos tributos de admiración a los ritos y tradiciones de los Marbachares (o «Maruachares», de San Martín), como son las peregrinaciones religiosas al Ariari, el culto del sol, la compra del Moja pascual (por decirlo así), y la influencia del Bochika, tan claramente derivado de una migración de nuestras llanuras orientales. Cabe, pues, la duda sobre si más bien fueron los Araukos, quienes llegaron posteriormente a la región Muyska del Zipazgo de Muequetá y del Zacazgo de Hunza y Sugamuxi, como se vislumbra en una tradición que recibieron los expedicionarios de Federmann.

Muy poco puede aventurarse sobre la cronología de estas migraciones. Por vía de hipótesis de trabajo, yo presupongo que las Lágidas estuvieron aquí desde remotas edades, quizá desde el neolítico europeo, pongamos diez mil años antes de Cristo; que los pueblos de la cultura arcaica de San Agustín ocuparon estos territorios un poco antes de nuestra Era Cristiana; que los Muyskas y

Arawacks se mezclaron algún tiempo después, ya que al mito de Bochica le conceden las tradiciones aborígenes unos mil cuatrocientos años de antigüedad por el tiempo de la llegada de los españoles; y que los Kalinas hubieran iniciado sus migraciones en el futuro país colombiano durante el siglo XIV, pues el crecimiento de esas tribus exige un largo período, así como su avance por regiones tan difíciles de colonizar, y aun las luchas que debieron sostener a veces. Sabido es que los aborígenes no eran fecundos, y que sus hábitos guerreros, su carencia de higiene y lo precario de sus recursos de alimentación no nos autorizan para considerar como recién llegadas a las numerosas gentes que encontraron los iberos en el Litoral Atlántico, en Antioquia, Cundinamarca y Tolima, por ejemplo.

Es, pues, indispensable rectificar mucho de la historiografía oficial en esta materia de las culturas aborígenes precolombianas, y yo no estoy autorizado sino para precaverme de las faltas posibles de nuestras actuales opiniones.

El Rr. Paul Rivet ha concretado sus estudios en una síntesis de opiniones que merecen grande acatamiento, y que pudieran enunciarse así: Hacia fines del cuaternario, de diez a veinte mil años de antigüedad, llegaron a América las primitivas migraciones por el Norte asiático-americano, conforme a la hipótesis del Rr. Hindlicka;

hace unos seis mil años, otra migración, de Australia e islas del Sur, llegó por las regiones Antárticas, según las concordancias lingüísticas y antropométricas que han conducido al Rr. Mendes Correa a sustentar esta interesante opinión;

otra migración de origen melanésico, que por la ruta del Pacífico llegó a Centro América, o quizás a las Costas de Colombia, hace unos dos mil años, y a la que correspondería el tipo denominado «paleo-americano» de Lagoa Santa, y tal vez algunas ramas Caribes, porque ahora se tiende a considerar que este grupo no es antropométricamente un forme. Por lo tanto, y al revés de lo que he dicho antes, este paleo-americano sería de los más recientes.

Quedarían por esclarecer los orígenes de los tipos negroides, alófilos, pigmeoides, etc., que existían al tiempo de la conquista americana, o que aún subsisten.

Asimismo, perdura alguna incertidumbre acerca de que haya o no ocurrido la aparición de un hombre americano autóctono, a pesar de la ausencia de documentos técnicamente aceptables.

12—LOS MUYSKAS

Siempre he dudado de que la nación Muyska fuera exageradamente numerosa en esta Altiplanicie de Cundinamarca y Boyacá, pues los elementos de subsistencia de que disponían no dan margen para suponer que pasaran del medio millón, al revés de la que puede afirmarse sobre los dominios de la extensión geográfica y de las poblaciones que incluía el imperio de la cultura, éste sí de una sorprendente amplitud, puesto que abarca zonas comprendidas hoy en siete repúblicas centro y suramericanas, desde el norte del Perú hasta Honduras y quizá el sur de México, dominando cosa de 40 dialectos afines.

Los orígenes de este pueblo no están bien definidos: quienes lo hacen venir de las mesetas de Bolivia, le parentándolo con los indios de aquella zona. Me atrevería a aceptar que se le considere como norteamericano, de la rama mogoloide, llegado a la América septentrional en tiempos remotísimos, y lentamente desalojado hacia el sur por nuevas migraciones. Lo que me sería difícil asegurar que en el territorio de la futura Cundinamarca (o Cuntinamarca de los Incas), existiera, al arribo de esta población, alguna más primitiva, según los leves indicios que poseemos, y tampoco tengo elementos de juicio para suponer que la cultura de San Agustín le pertenece. Los Paeces y Andakies, vecinos de esta dilatada región, tuvieron algo de la cultura Chibcha por la lengua, pero tal vez no por la raza. Habría que añadir a esta hipótesis de trabajo una corrección en el sentido de que por el tiempo de la llegada de los españoles hacia varios siglos que habían degenerado de su capacidad de expresión en el arte de manejar la piedra y en la estructura misma de sus ritos y creencias, lo cual fuera muy posible en las impropicias vegas de nuestro gran río, por la malsana influencia de su clima, pero no ciertamente en cuanto dice relación a las mesetas salubres de la Cordillera Central, sino es por aislamiento y pobreza económica subsiguiente. Por mi parte adhiero a la opinión de que los Agustinienses nos vinieron del Sur.

Algunos cronistas de la Colonia, como don Juan de Castellanos y Fray Pedro Simón creen que los Muyskas gozaron de ciertas virtudes que les arrebató la colonización hispánica, tales como el aseo, culto de la verdad y respeto de la propiedad ajena. Eminentes historiadores se hacen eco de esta suposición, y el muy ilustrado crítico Baldomero Sanín Cano y Germán Arciniegas, delicioso co-

mentador de nuestra sociología, han expuesto lúcidamente la idea de que fueron limpios, y que sólo la depresión moral que les causó la conquista, más el ejemplo deplorable de la mugre del dominador, les hicieron caer en la incuria penosa que luego les caracteriza. Por mi parte, soy un poco tímido en aceptar estas afirmaciones. El código de Nemekene establece preceptos de decencia, como el no mentirás, no hurtarás, no cometerás incesto ni sodomía, no serás sucio, cobarde ni perezoso etc., que nos permiten deducir los valores dominantes de la raza, con una hermenéutica irrecusable. La subsistencia de ellos en el mestizo contemporáneo no denota una adaptación posterior, aunque pobreza y desgana de vivir a ello conducen en la decrepitud moral del vencimiento. Así lo pienso, aunque haya grave diéresis entre una y otra situación social. Este clima tan frío y aquellas bacanales de licor y promiscuidad de sexos que abundan en la era precolombiana no sugieren la idea de un ambiente propicio a mejores normas de conducta, ni las abluciones rituales constituyen una prueba de aseo adecuado y eficaz, aunque estoy plenamente de acuerdo con estos notables expositores en que la derrota de la raza y servidumbre consecutiva empeoraron aquella situación.

3—LEGISLACION DE NEMEKENE

Mas he ahí que Nemekene nos revela un despertar del espíritu. El gran ps.hipkua Nemekene, «usaque de usagues», como dirían los cronistas españoles, vivió probablemente de 1470 a 1514, y ascendió al Zipazgo de Funza hacia 1495. Su nombre recuerda a uno de los grandes guerreros anglosajones, ya que le pudiéramos traducir por «Entraña de León» (Nemekene, «huesos de puma»), pero su personalidad fue múltiple, con dotes de conquistador, que le permitieron ampliar sus dominios hacia Fusagasugá, Zipaquirá, Ebaté, Guatavita, Ebake, Shuscha, Simkejaka etc., y emprender la gran lucha contra el Zaque de Hunza, a quien hubiera vencido si la muerte no lo asalta en el combate insigne del Arroyo de las Vueltas. Legislador, además, recopiló, ordenó, amplió y aplicó inteligentemente las normas morales y jurídicas de su nación, dejándonos una tradición que va a permitirnos audaz, pero no embustera ni romántica exégesis de la civilización Muyska. Juez dignísimo de sus güechas (mariscales de frontera) y de sus ps.hipkuas (caciques y reyes), parece elevarse por sobre la emotividad primaria del hom-

bre de tribu hacia la ecuanimidad del gran señor culto. Su valor personal se nos revela en las hazañosas empresas que enaltecen su zipazgo y en la forma como recibe el mensaje certero de la muerte, al arrancar con sus manos la flecha que le perfora el pulmón sin perder la serenidad del comando de sus tropas, ni hacer una retirada en desorden.

Y es así como se nos aparece en uno de los más sugestivos mandamientos de su código «No seas perezoso», dice reaccionando moralmente contra la desidia del egoísmo individual, obligándolo a servir a una entidad social superior. El mandato entraña un proceso de elaboración mental, no es la despótica y ciega imposición de un jefe, es una norma genérica para la comunidad, una generalización que encarna prolongado discernimiento. La corrección presupone a especie corregible, pero asimismo nos está revelando la aparición de una elucidación moral, de un espíritu que se ensancha y actúa, que ya diferencia al individuo del clan y lo socializa en funciones de procomún.

«No mientas». Ya este precepto no se refiere a una exigencia de las necesidades económicas de la nación, sino que vuela más alto y abarca uno de los grandes fundamentos de la personalidad, el de ser leal a su pensamiento y tener el aristocrático valor de sus actos. Si el precepto anterior predica la necesidad de contribuir al bienestar del grupo, y corresponde a mandamiento del génesis de que «con el sudor de tu frente ganarás el pan», expresado en forma más adecuada a la comprensión del pueblo, y también más genérica e idealista, ya que promulga la actividad como norma del vivir y la extiende a la acción desinteresada, enalteciendo así la dignidad del hombre en función social que reniega del parasitismo y de la flaqueza, este otro mandamiento «no mentirás», asciende a las más encumbradas cimas de la aspiración filosófica, la de estoicos, budistas y cristianos, que han procurado la belleza de una indeficiente integridad moral del hombre para con su conciencia y para con su acción trascendente. El Legislador Muyska tuvo, sin duda, bien presente la dañosa inclinación de su pueblo a esconderse y disimular, grave flaqueza que aún perturba la persona del mestizo que le sucedió tras la conquista española. Fue siempre la astucia y el cobarde disimulo de los débiles, norma vital de pueblos primitivos, con la notable excepción de algunos muy guerreros y ya dignificados por el triunfo, cual nuestros Katios y Pijaos, y en la gente Muyska alcanzó esta tendencia a la disimulación destacado predicar-

mento: de ahí que la reacción de Nemekene sea revolucionaria y de un mérito social supremo.

Como todos los códigos que han surgido en la alborada de la civilización, éste condena el hurto, otra de las grandes debilidades de los aborígenes de América. Es la norma indispensable que la tribu se impone al pasar del caos de una subordinación a la naturaleza a una rectoría del espíritu. Es condición ineluctable del vivir en comunidad organizada, en función de Estado, y por ello se encuentra en la base de todas las culturas que se encauzan históricamente. La propiedad individual, que aparece en el neolítico bajo el imperio de la agricultura y de la psicología de un matriarcado protector de la prole, revela una nueva jornada de diferenciación de la persona, un grado más alto en la estructura moral del ser humano, que ostenta entonces el centro de unidad en el individuo y no en el grupo. Parece que la persona no termina en el límite de su epidermis, sino que se dilata con las adquisiciones de dominio externo, de donde el que pueda afirmarse que un conductor de automóvil, un piloto de avión, un capitán de barco sienten que su yo abarca el mecanismo que rige su voluntad, se extiende hasta los límites de la materia gobernada. Es lo que explica el crecimiento de la personalidad de gobernantes y caudillos, aspecto moral de este interesante fenómeno, de que se siga que un héroe adquiera el tamaño de su nación, un juez el de toda la sociedad etc. Por este curioso proceso, la propiedad privada adquiere un valor eminente que no podemos pasar inadvertido, cualesquiera que sean sus defectos íntimos y las perturbaciones que su exceso o extravío puedan infligir en otros órdenes de la dinámica social. Un rico tiene una personalidad diferente de un pobre, no sólo por la facilidad de vida y la vanidad que ello engendra, sino por la mayor audacia, el mayor ímpetu de sus potencias y la mejor estabilidad de su yo, que así dilatado cobra un centro de gravedad más seguro y resistente. De ahí que este precepto «no hurterás» nos descubra en el pueblo de Nemekene el advenimiento de una conciencia social en devenir hacia un estado jurídico, hacia una ordenación ética de las potencias espirituales. El castigo que impone al reincidente no debe quedar oculto a nuestra meditación, pues aplica una pena de infamia, mediante la cual el vicioso queda excomulgado de la sociedad en presente y en futuro, es decir, que nadie podrá comunicarse con él en vida, ni casarse con su prole, lo que constituye, no ya una excomunión social, sino racial y definitiva, como si presintiese las venturas teorías sobre la herencia morbosa.

... «No mientas, no robes, no seas perezoso, es la hermosa tríada moral de los keshwas también; «Ama llula, ama Sua, ama Kjella», pero mejor elaborada aquí pragmáticamente y de mayor amplitud....

Confirma estas presunciones el otro mandato que prohíbe el homicidio. Es común también a todas las legislaciones, y anuncia un tránsito del despilfarro de la vida, peculiar del hombre sujeto al imperio despótico de la naturaleza, hacia una severa valoración suya; es, pues, un grande escalón de la cultura humana. Bajo la especie de un egoísmo deplorable, la individualidad humana se siente centro del universo, aun contra las más pirroneanas teorías que se prediquen, contra las más severas rectificaciones que la ciencia formule sobre la relatividad y fugacidad de los seres, del espacio y del tiempo. Tal persistencia de un subconsciente afirmativo e imperativo atrapa la atención del hombre desprevenido y le fuerza a adquirir por otros rumbos la causalidad de este hecho ineludible. Y es que, en realidad, aunque sea frágil y efímera, incierta de sí misma y diminuta en las categorías espaciales del cosmos, la persona humana es el centro de la creación por atributo máximo de la conciencia intelectual. Sin esa conciencia habría una ecuación trágica entre la nada y el infinito: Un universo que circulara en el desolado silencio de la materia bruta sin nadie que le contemplase, interpretase y midiese, sin amor ni entendimiento, no tendría valor «existencial». Y como quiera que la conciencia humana surge del seno mismo de ese universo, única al parecer, a lo menos única que se revela objetiva y evidente, bien puede el hombre considerarse centro del mundo y valor su propia vida en equivalencia de eternidades e infinitudes. No hay ningún hecho superior a este hecho, ni verdad alguna más entrañable e imperiosa que esta verdad subconsciente, que ha venido obrando en la historia de las culturas, dentro del arte, de la filosofía, de la religión y del derecho como máxima potencia genitoria. De ahí que esta brizna que fugazmente revolotea, un minuto iluminada en el espacio y en el tiempo, esta efímera luciérnaga del infinito que somos nosotros individualmente, cobee, así entendida, un valor supremo. De ello, vagamente percibido por el hombre de todas las edades históricas, ha surgido el precepto universal de respetar la vida humana. Otra fuente instintiva existe también de este mandamiento, y es la que se observa en la protección que la especie prodiga a sus individuos, desde la misteriosa clase de los insectos gregarios, por ejemplo, y que es una como norma de conciencia social que se aproxima, si es que no

lo representa realmente, a un sentimiento de valoración. Por todo ello, cuando vemos aparecer en un grupo humano esta legislación defensiva de la individualidad, podemos deducir que el espíritu, como el lucero de la tarde, emerge azul y limpio en la penumbra de los espacios superiores. En este alto sentido, Nemekene sienta una norma de espiritualidad ya sorprendente: «Sólo Chiminigagua, Dios creador de la vida, puede quitarla a los hombres».

Otro mandato véase en el Código de Nemekene que denota elevación y a la vez mutación en la estructura ética de la nación Muyska: La prohibición del incesto. Cuando llegaron los españoles a esta región andina colombiana nuestros aborígenes estaban mudando su sistema matrnarcal por un patriarcado de fuente confusa. La leyenda parece indicar que les vino de un vago Oriente, que se introdujo por los llanos de la Orinoquia, mas no podemos saber de qué nivel cultural, de qué pueblo conquistador surgió ello. El culto solar, las confusas relaciones del Moja levantino, tiene este origen, mas no podemos descuidar tampoco los cambios que la nueva jornada de esa cultura muyska experimentó con el advenimiento de la agricultura, causa mayor de una ordenación social severa, sedentaria, matriarcal y orientadora del estado jurídico. Son muy destacadas las consecuencias sociales y familiares de este cambio. Los sentimientos de hijo a padre, de hijo a madre, de ellos para con él y los de hermanos entre sí, se elevan a niveles de mayor idealismo, a una esfera de desinterés que por lo que hace al concepto de madre asume casi el valor de una mística. El incesto produce una intimidad de nivelación inferior, aunque en rumbos no muy fáciles de entender nosotros, según se vislumbra apenas en ese recóndito mundo del alma aborígen (¿Laberintos de la vida que retan el orgullo de la mente!). En la supervivencia de esta perturbación, no rara en algunas regiones en que domina el muyska, hay materia para una prolija investigación psicológica, que no le ha tenido oportunidad de profundizar adecuadamente. A buen seguro que la pureza de las relaciones familiares y la consecuencia social del nuevo estatuto así constituido, marcan un prodigioso avance en la cultura de un pueblo, y, por lo tanto, insisto en dilucidarlo un poco. Ya desaparece la rivalidad animal de los sexos, por lo que hace a los valores, destructora del respeto, eliminadora de las categorías jerárquicas, minadora del apoyo mutuo que en la organización regular de la familia se establece para bien de todos. Asimismo se ahuyenta la promiscuidad entre afectividad y amatividad, que entran en conflicto perturbador en las relaciones incestuosas; las generacio-

nes futuras prosperan biológicamente en el juego normal de la exogamia, y, además, un nuevo elemento de decoro, de estética de la personalidad, viene a enaltecer la vida a un plano de idealismo muy hermoso y estimulante: Con exogamia, el culto de la madre asume su mayor valoración, alcanzando niveles de primera magnitud. La madre es para el civilizado un ente aparte, desligado de alguna manera de las depredaciones que la vida impone, iluminado por afectos que trascienden lo individual egoísta y casi casi tocan en lo seráfico y divino. Ahora bien, en esto no hay equívoco sensible, ya que la realidad espiritual lo subtiende y constantemente comprueba. La madre no sólo concibe y nutre al hijo, lo coloca en el campo de la vida bajo una protección transitoria, como ocurre entre los animales, sino que se da a él en maravillosas plenitudes: lo ampara indeficientemente durante toda su existencia, por él se sacrifica sin desmayos ni descuento de penalidades o de error, por encima de su conveniencia, por encima de las leyes humanas, por encima aún de las catástrofes de la naturaleza. Es como si prolongara su yo en una ampliación bipersonal. Y este sentimiento es más nítido que el egoísmo primario. Nosotros nos disimulamos, nos escondemos ante las órdenes íntimas de la conciencia, jugamos a la coartada y al disfraz en las flaquezas del espíritu, mientras que la madre es para nosotros de una diafanidad suprema, que nunca falsifica sentimientos, nunca elude sacrificios, y, superando a veces las deficiencias de su personalidad, se enciende, luminosa y protectora, en intuiciones y donaciones de una sinceridad sin eclipses. Por ello se justifica este sentimiento de adoración que el hijo le consagra, este aislamiento que del resto de los seres y del mundo hace de ella.

Y de aquí que en la promiscuidad amativa de la endogamia y del incesto, aquella sublimación se esfuerza hacia el fraude sentimental y la reduzca al denominador común del instinto.

Nemekene adivina todo esto vagamente, y tiende a robustecer los nexos familiares, condena el vicio, condena el incesto, condena la sodomia, condena la brutalidad conyugal y el adulterio de uno y otro cónyuge, con tan graves e infamantes castigos que ya de suyo nos demuestran el preocupado razonamiento con que emprende su legislación, y el cuidado minucioso con que atiende a la prosperidad fisiológica de su pueblo, en una como adivinación descontentante de la ciencia futura.

En la ordenación de estos castigos contra la delincuencia sexual mostró el pueblo muyska un discernimiento a veces supe-

rior al que han obtenido las naciones cultas de otras regiones: pues si aplica una pena de muerte al incestuoso, al adúltero, al que viola mujer honesta o se entrega a sodomías, esa muerte no es semejante en cada caso, pero variada, según la índole del delito y, de acuerdo con él, más o menos oprobiosa, siéndolo mucho en lo que concierne a la homosexualidad y al incesto. Mas, cuando era hombre casado el que forzaba a otra mujer, las leyes le imponían a la suya propia el ayuntamiento con dos mancebos de la tribu, en venganza social tan irrecusable e íntima que otra no conozca en parte alguna ni más psicológica ni mejor acondicionada a producir escarmiento. . . . a lo menos en el hombre.

También encuentro en las nuevas normas de vida que trata de encauzar Nemekene, el precepto de la castidad y de la meditación, tan hermanos siempre, para los predestinados al gobierno. Ha sido motivo de pleito literario este de la influencia benéfica o perniciosa del celibato y de la castidad prolongada. Ello requiere algunas especificaciones substanciales, que, aunque sea de paso, anotaré. Pues unos afirman que la castidad refuerza la persona con el mérito de una pureza de costumbres que se hace respetar por el sacrificio de los instintos fundamentales en bien de un ideal superior; por la concentración, en fin, de intereses que, al alejar el espíritu de las imposiciones materiales de la vida en función de afectos y pasiones, lo enaltece para la misión social, que de un modo vicario las suplanta y representa; mientras que otros lo conceptúan perturbador del ánimo y, aun causante de mezquindad y amaramiento del juicio.

El hecho parece relativamente sencillo: un celibato y una castidad ociosos, es decir, sin aplicación suficiente y dignificante, sin sublimación, deprime la personalidad, la disminuye con la conciencia o el subconsciente de una invalidez biológica, lo que se revela en las neurosis de angustia de quienes, por la imposición de circunstancias ajenas a su libre albedrío y claros deseos, se ven alejados de satisfacer la libidine normal; y más aún se confirma con la altivez y plusvalía de la voluntad que una gran conquista en amor produce. Como complemento del ser humano, la mujer estimula todas las potencias de la vida y nos defiende de ahogarnos en la tela de araña de mil pequeñeces insubstanciales. La mujer es el tónico más eficaz para las empresas del hombre, y bien pudiera sostenerse que la mujer es la armonía del hombre. Pero una castidad que vierte su potencia retenida en alta misión, que se gasta en el ejercicio de ideales, apetecidos y remuneradores, del renunciamiento, exalta

también y merece un puesto respetable en la dinámica de las sociedades. De ello se desprende que los muyskas demostraron con esta imposición de la castidad y otras abstinencias a sus presuntos conductores que ya elaboraban pensamientos esclarecidos y querían recorrer las rutas de una idealidad eminente.

Se dice también, en campo de acción social más discreto, no en menos protector y biológicamente útil, que prescribían la obligación de mantener aseado el cuerpo y sometido a frecuentes abluciones, por higiene y rito. Si así fue, dado el clima frío de esta altura, es muy meritorio el mandamiento y de un significado cultural desconcertante, ya que los pueblos rubios de Europa no llegaron a ella sino cuatro centurias más tarde.

Por lo que respecta a la organización civil y militar del imperio, también se vislumbra un comienzo de elaboración mental civilizadora: protege el matrimonio, no sólo castigando el adulterio, sino enalteciendo la situación de la mujer en varias maneras colaterales, como el disminuir el precio de las arras, penar el vicio con muerte y permitir la singular prueba del amaño, por hacer así más fácil la unión conyugal definitiva. El consolidar la familia, diferenciándola jurídicamente del clan, tanto robustece las posibilidades afectivas, morales y económicas de la nación, que aún ahora, cuando recios embates sufre esta institución suprema, afectada por el egoísmo edonista de las nuevas generaciones, por la constante y férrea intromisión del Estado en la vida privada del hombre, por la rebeldía acuciada de los jóvenes, a quienes un festinado contacto con la vida ardiente de las pasiones y ambiciones de armas dialécticas y dureza de carácter para solicitar muy pronto la emancipación moral e intelectual y el renunciamiento de los deberes elementales de los afectos filial y fraterno, que antes nunca se disolvían ni aun perturbaban, tampoco ahora, diré, no ha podido eliminarse este vínculo básico de la estructura social. Otros fundamentos, con matices diferentes: acción de presencia sentimental, auxilio mutuo de la vida, coordinación y diferenciación de funciones, cauce de sensibilidad para el ejercicio de otras potencias de la persona, como el sentimiento de protección y aun de dominio, amistad y ternura, confianza y confianza, hábito de ciertas normas y comodidades, menor esfuerzo, en fin, por asimilación de caracteres y hasta similitud fisiológica adquirida, a más del estímulo normal de la procreación, sostienen la supervivencia de la familia en las sociedades contemporáneas.

Luégo asume la reglamentación jurídica de la herencia, introduciendo el mandato de que la propiedad privada sin herederos naturales pase al Estado, anticipándose así a las normas socialistas en que hoy vivimos, y elaborando pragmáticamente el concepto de que el individuo es parte funcional de la nación y casi un atributo del Estado, como ahora parece deducirse de las tendencias universales del Derecho. Lo cual es un poco el regreso a la ética política de edades remotas y de pueblos militarizados, como la Esparta de Licurgo, tendencia sana, sin duda, siempre que no elimine con delectérea exageración los fueros ineluctables de la personalidad, a mi modo de ver culminación de la historia y del espíritu.

En esta misma orientación reglamentaria impone la legislación de Nemekene restricciones a la profusión suntuaria y al derroche, limitando el uso de las joyas en el ciudadano medio y ordenando las prerrogativas de aristócratas y jefes, lo cual nos revela preocupaciones de economía social y, otra vez, de intervencionismo del Estado en las costumbres, bajo la saludable especie del bien común.

Pasando de la familia a las relaciones morales del ciudadano, encontramos una organización del poder judicial que ya se encumbra a grados de discernimiento superiores cuando dispone que haya jueces de segunda instancia; cual parece estaba encomendado al Susa, reyezuelo enantes poderoso de la rica región de Ebaté, poco a poco desposeído de sus dominios independientes para asumir estos judiciales que me alborozan. Ignoro si el Zipa tendría derecho a una tercera instancia o recurso de casación; mas el sólo hecho de la segunda basta a informarnos de una tendencia a la garantía de lo justo que merece encomio. A lo menos en el orden político retiene esta función judicial, como se revela en el conflicto con el psihikua de Ebake, cacique delegado suyo de quien sospecha traición. Es éste uno de los episodios más ricos en significado para la interpretación del gran Nemekene; pues como quiera que el Ebake hubiese matado en justa guerra a un hermano del Zipa y virrey suyo en Ebaté, le envió mensajeros cargados de presentes a impetrar el perdón. A lo cual Nemekene, sin tomar éstos, respondió exigiendo la presencia del psihikua para someterlo a regular juicio. Acude a ello el inculcado cacique, y se hace preceder de más suntuosos obsequios, gran copia de telas finas y hasta veinte doncellas de la más acabada hermosura en sus dominios. Sin, tampoco, tocar a ello esta vez, el Nemekene, porque dice que un magistrado no puede ligar su juicio a la simpatía que el obsequio produce, «no debe enturbiar

la claridad de la justicia», según copia del Padre Simón, atiende a las pruebas y escucha los descargos del presunto reo sin la premura y emoción atolondrada de los salvajes, antes con la exagerada dilación de seis meses. Pasados los cuales, como llegase al convencimiento de ser justo el partido del Ebake, le devuelve el mando, y con gesto imperial le colma, él sí, de presentes y favores.

Confirma esta dignidad de conquistador bien formado para dominio de hombres, el orgulloso mensaje, que con un gesto de conducta espiritual consciente, transmite al Zaque de Hunza al emprender su última jornada guerrera: «Tendré por cordura te rindas a mi imperio y señorío, de donde seguirá quietud a tu persona y vasallos, y el buen tratamiento que yo sé hacer a los míos».

Atiende asimismo esta legislación a las necesidades del imperio, organizando la función militar en instituciones como la de los «Quechas» especie de capitanes de frontera, de libre nombramiento, según el grado de prestigio en achaques bélicos, a más de los «Bsakes» o caciques virreyes, de derecho hereditario.

El servicio militar es obligatorio, como cumple a una nación asediada por tribus belicosas que no le permiten reposo, y que ya le han cercenado a la nación vastos territorios en las faldas de la Cordillera, al norte, al occidente, y al sur, manteniendo constante el alarma en todas direcciones. De ahí también la imposición de serios castigos a los que se muestren cobardes en la guerra; castigos que, a su vez, entrañan cierta evolución moral, pues no son sanguinarios, sino que apelan al honor, haciendo vestir de mujer y destinando a labores femeniles a quienes desertan de filas ante el enemigo o se rinden tímidamente, mientras que a los valerosos, como a los antiguos guerreros de Germania, se les promete una bienaventuranza eterna.

También la hacienda pública es mirada con severísima organización; existe el tesoro nacional con sistema definido de tributación y empleo de moneda, tejuelos y discos de oro o de tumbaga, con que luégo habrán de comerciar en los remotos mercados de Co-yaima, Zorocotá y Turmeké, para abastecerse de las materias primas de su afición y necesidades, indicando ello que ya habían pasado de los sistemas primitivos del potlatch y del trueque para entrar de lleno en los más económicos de la moneda y los mercados permanentes, con ferias periódicas, como las de Aipe, respetadas como un terreno rigurosamente neutral. Las multas son tan graves para los defraudadores del fisco que hacen imposible la denegación de este servicio, pues quien no lo cumple, tendrá que permitir que

se le allane el domicilio, y entregar, mientras dure la mora, una tela de algodón diariamente, amén de otras gabelas y humillaciones.

Respecto de su rudimentario derecho constitucional es digna de estudio la ceremonia de la asunción del mando supremo: los vi-rreyes debían presentarse a rendir pleito homenaje al gran psihip-kua de Funza, quien, por todos los ritos de su educación conventual parecía ser una especie de monarca-sacerdote, como lo dicen algunos historiadores, pero nadie ha advertido el profundo significado jurídico que tiene el juramento de gobernar justa y valerosamente, que el Zipa presta ante sus presuntos vasallos a la vez. Por donde se entiende que si es jurado emperador, es también juramentado para servir lealmente las leyes del imperio. Hay ahí un principio de monarquía constitucional que no podemos pasar en despreocupado silencio, y que nos determina a corregir la idea de que el Reino Muyska, en el Zipazgo a lo menos, fuera una teocracia salvaje aún.

Recuerdan los historiadores una ceremonia impresionante de las festividades que seguían a la proclamación del Zipa de Muequetá. Y dicen que en medio de la aborascada alegría de aquel suceso, cuando toda la nación se daba a bacanales de danza, de licor y de Dios sabe cuántos más deslices de otra índole, dos centinelas silenciosos y desnudos, inmóviles a la puerta del bohío real, representaban la Muerte, para que así el nuevo monarca no olvidase nunca lo efímero del triunfo ni la cruel incertidumbre de la grandeza humana. . . . ¿Quién podría negar a un pueblo que tales pensamientos tuvo, contenido espiritual y graves preocupaciones?

Respecto de la religión, el pueblo muyska, a la llegada de los españoles, presenta a guisa confusión, o más bien, una transición muy oscura e interesante. Tal parece que ya había pasado del simple shamanismo y se orientaba a una organización independiente del poder civil, según se desprende de la importancia que había adquirido el cuasi pontificado del Sugamuxi.

Los primitivos muyskas tuvieron una organización matriarcal exogámica, como lo indica la estupenda tradición de los amores del Zaque Hunzahúa con su bellísima hermana, condenados victoriosamente por la madre y por ella castigados, así como el derecho de herencia del poder entre los bacataes por línea de sobrino, y la no menos curiosa autoridad que tenían las tiguyes o esposas del cacique, de castigarlo a veces con pena de azotes, ritualmente limitados a seis, en discreta transacción con la dignidad regia.

Dominaba en tiempos primitivos el culto del agua, simbolizando probablemente en Ata, la rana, ya que el totem racial parece

haber sido el mono, de donde el que pudiera llamárseles hidrólatras o adoradores del agua, cuya función primordial en la agricultura no se ocultó a su mente primitiva, ya en plena y eficaz observación de las leyes naturales.

Esta Altiplanicie debió de estar casi sumergida al tiempo de la aparición de este pueblo en ella, como lo indican sus tradiciones de uno a modo de diluvio regional, relacionado con el culto del Bochika, y el hecho de que los españoles aún la hallaron grandemente poblada de lagunas y pantanos. Se sabe que tenían hasta cinco adoratorios lacustres, entre los cuales descuellan los de Fúquene, Iguaque, Pedro Palo y Guatavita, que dieron origen a la novela fecunda del Dorado, causante de numerosas y difíciles exploraciones ibéricas, bajo el acicate de la ambición del oro.

Con esa hidrolatría primigenia subsistió el sabeísmo, culto del sol, la luna y de algunos otros cuerpos celestes, como el lucero de la tarde. ¿Introdujeron este culto los pueblos Arauka y Kalina que ya les rodeaba por varios puntos? Esto no está bien esclarecido: los famosos Kalinas o Karibes se habían mezclado con los Muyskas en el norte, Tundama, por ejemplo, y Cuanes o Huanes, tal vez, en la región del Chicamocha, modificando profundamente el temperamento de la raza primitiva; y los Araukas o Arawaks del Oriente tenían no sé qué mística ascendencia espiritual sobre el Imperio Muyska, derivada de una conjugación racial en remotos tiempos aquí en la Altiplanicie, o de lenta invasión que hubiera dejado una aristocracia reinante en el Zipazgo o en el Hunzazgo del norte. ¿Vencidos o vencedores los Araukas? Esto yo no lo he podido interpretar aún. De los Llanos Orientales (Orinoquia, región de Ariari, por lo que hoy llamamos San Martín), llegaba la influencia del culto solar, con sacrificios humanos y un ritual místico, aun ascético, de conventos, culto de la castidad y mortificaciones de ayuno etc. Es muy digno de meditación que el Gran Ogke o Pontífice Sugamuxi, como se dice de Idakanzas, se declarara heredero del Bochika oriental y sacerdote del sol. Este fue un impulso arrogante que conducía al pueblo muyska a concebir una arquitectura de amplias proyecciones, superior al bohío tradicional, y muy lejana ahora del adoratorio desnudo de la naturaleza, en los altos cerros, como los de Fusatena (enlazado encantadoramente con leyendas de una Virgen-Diosa del mismo nombre), y las ya mencionadas lagunas. Es ya una tendencia arquitectónica en que tal vez surge la arrogancia de la piedra, si es que las ya nombradas columnas boyacenses pueden adscribirse a una intención constructora de este

pueblo, pues nadie ignora hoy día la elación espiritual y el hondo sentido de cultura que encarna el arte monumental, la arquitectura de los templos, sobre todo. Empero, en la intimidad de mi pensamiento, aunque sin convicción científica aún, conceptúo que estas piedras labradas, corresponden a una cultura arcaica diferente de la de San Agustín y Tierra Adentro, anterior a la Muyska y Karibe que en estas regiones encontraron los iberos.

ZÚE EL BOCHIKA (MI SEÑOR BOCHIKA)

Confundidos en este período de transición religiosa encontramos cuatro cultos en plena actividad al arribo de los españoles a esta Cundinamarca del futuro (sabemos que este nombre es de origen quichua, importado de Quito por los exploradores de Belalcázar). Adoraron a un Dios abstracto, divinidad primigenia tal vez, denominado Chiminigagua, creador del mundo, y más bien tenido como un principio genitor, opuesto a Guahaique o Huahaike, emblema demoníaco del mal; una divinidad humanizada, en relación con el culto de las lagunas, la Madre Bachúa o Furachagua, que significa «mujer buena», ligada a las fuerzas naturales, el agua, la serpiente y la feminidad fecunda, creadora de los hombres dentro de una endogamia incestuosa y matriarcal que se confunde intrínsecamente con las tradiciones de Iguaque, Pedro Palo etc. Luego viene el culto de los astros, Súa, el sol, principal; y Chia, la luna, asociado, un poco adjetivamente, al anterior, pero aún vivo, culto que iba ganando en la mística de la nación por su evidencia material y el poderoso influjo sobre la nascente industria agrícola, y otras causas de influencia racial que no entiendo bien. El cuarto culto corresponde al mesiánico del Bochika.

Este mito es genéricamente americano, ya que le hallamos en las leyendas religiosas de otros pueblos precolombinos, con discretas variantes: Quetzalkoatl de los Aztecas, probablemente el mismo Kukulcán de los Mayas, Huirakocha de los quichuas (bajo alguna advocación, a lo menos) etc., por lo que hace a México y a Perú, v. gr. Mucho se ha disertado sobre si encubre la historia de un personaje de estirpe blanca que en tiempos remotos hubiera visitado a los aborígenes. La semblanza de un misionero que no reproduce los rasgos físicos ni morales del indio, que antes bien de ellos se aparta por el continente de distinción, el color de la piel, la barba abundante, el vestido, las costumbres, las enseñanzas in-

dustriales y las normas de una cultura egregia, no parecen apoyar el que sea prototipo idealizado de la imaginación chibcha, pues no corresponden aquellos datos con los conocimientos tradicionales de esta nación. El itinerario que siguió el Bochika, tan preciso en la toponimia regional de Cundinamarca, nos aleja de suponer que le trajeran ya bien definido de otras partes del continente en su migración primera.

En la tradición recibida por los cronistas se adscribe a este acontecimiento una anterioridad de mil cuatrocientos años, o sea de veinte siglos muyskas, de sesenta años cada uno (bxogonoa, en su lengua), lo que haría remontar su advenimiento a la época de Cristo.

Llega el misionero por la región de Pasca y Bosa, al sur de Bogotá y prosigue predicando hacia el norte; Funza, Cota, Tunja, tierra de los Guanes, Iraka e Iza, para desaparecer tan misteriosamente como vino. En las diferentes regiones cobra nombres muy variados, y en todo ello hay una posible síntesis de tres o cuatro tradiciones, de la cual es muy importante la que corresponde a Nemketeba (según la ortografía apocopada de Fernández Piedrahita, y los apodos en que entra la partícula «sua» o «sa», denominativa del sol. He aquí sus varios nombres: Nebterequeteba (Castellanos); Nemquerequeteba (Simón); Zúe o Zuhe, «mi señor»; Sadigua, «nuestro padre»; Sugunsúa, «sol poniente», y Bochika, «manto de Luz».

Agricultura, industria textil del algodón, conceptos religiosos y morales y conducta cívica, son las principales enseñanzas de su mesianismo. Y ellas son muy superiores a cuanto sabía antes la nación muyska, pero no parecen anunciar elementos culturales de una civilización exótica a la americana de entonces, ya que todo lo que dijo preexistía en otros pueblos aborígenes del continente.

¿Simboliza la migración de una tribu conquistadora que llega a dominar a los primitivos muyskas y les hubiera dejado una aristocracia en ambos gobiernos, el civil y el eclesiástico, ya que uno y otro aprovecharon abundantemente de su leyenda? Es intrigante para nosotros el hecho de que al norte, reino de Tundama y feudo sacerdotal de Sugamuxi, predominó este culto al lado de una mezcla racial con los Karibes, pueblo que no podía haber introducido elementos morales ni industriales superiores al muyska, hasta donde podemos inferirlo de cuanto de él sabemos ahora, que pues su índole más fue de barbarie arisca, de hábitos guerreros y de tendencia errante a través de las hoyas hidrográficas de los grandes

rios, muy esquivos a la implantación de una cultura espiritual o industrial estable. De esta blenda Chibcha-Karibe se estaba, por los tiempos de la conquista ibérica, preparando una recia nacionalidad, por el carácter más guerrero, de fuente karibe, y más cívico, de fuente muyska, que engendró. Es presumible que al correr de los siglos, sin la llegada de los españoles, estos dos pueblos se fundieran en la Altiplanicie y fundaran un imperio bien vertebrado militarmente. Pero, por el momento, aquella unión no nos esclarece nuestro héroe.

Es oportuno considerarlo como un mito solar, a la manera de los múltiples que imaginaron los griegos, ya que los atributos físicos del Bochika, su origen oriental, y la persistencia de relaciones con los Marbachares del Ariari, adoradores del sol, así lo indican. Empero, aquí surge una contradicción fundamental, pues el mesías muyska predicó normas morales y litúrgicas de una gran moderación, repudió los sacrificios humanos, cosa que contradice las tradiciones del «Moxa» o Moja barbachare y no es despreciable la antigua relación que el muyska tuviera con los nahuas en Centro América, y, por ende, con la noticia del mito similar de ellos.

Mas no podemos desechar completamente esta hipótesis, porque en su segunda actuación mesiánica, el Bochika encarna el iris, cuando rompe las rocas de Tequendama y libra a su pueblo de las inundaciones de la sabana materna. Y en su lucha con Huythaka, la bella diosa que representa la luna (Chia; entre los muyskas de Muequetá o Bacata) ésta es representada como el genio del mal que el Bochika repudia y destierra, por donde la leyenda nos hace ver una mutación del culto lunar al culto del sol.

Yo me atrevería a pensar que este mito es una conjunción de elementos tradicionales y legendarios, en que se reproducen la realidad de una conquista racial que dejó aristocracia de gobierno en el pueblo muyska, el recuerdo de algún personaje de otra raza, y un culto del sol, todo ello involucrado por la imaginación de generaciones subsiguientes.

Hay una leyenda brasileña que confirma esta hipótesis, en lo que hace a la posible tradición de pueblos conquistadores de ese lejano oriente. La del mesías Sumé de los Tamoyoes (raza Tup del Litoral Atlántico del Brasil), tan similar al Bochika que retiene mi atención: son los mismos rasgos fisonómicos, blanca la piel, luenga barba de senectud florida, elegante vestida, marino y oriental la procedencia, espiritual y redentor el mensaje, humano-divina la persona en su infinita comprensión de la torpeza de los hombres.

y prometeica en su misericordioso anhelo de servirles. También, como el Bochika, inicia el tránsito de la caza y la pesca hacia la agricultura y las industrias sedentarias. Su desaparición es un trasunto fiel de Heracles en su luminosidad magnífica y simil del dardado incendio vespertino, que inquieta grandemente nuestras opiniones.

A nosotros, nos interesa, por el momento, destacar los signos de cultura espiritual que este mito entraña evidentemente; porque no sólo en la realidad de cuanto se le atribuye como enseñanza directa, pero, sobre todo, en su papel de libertador de infortunios naturales y redentor mesiánico de los pecados de su gente, encuentro elementos de una evolución moral estupenda. En esa actitud típica de romper cauce al diluvio andino y devolver a su raza predilecta la tierra madre de sus mayores, se conjugan tres jornadas del espíritu de una etapa de superación, a saber: la naturaleza dominada, lo que nos sugiere que ya no se creía el pueblo muyska ahogado a la fatalidad de un mundo material adverso e invencible, cual parece la posición mental de los primitivos en su estado de salvaje; la acción benévola de una divinidad providente que entra en comunicación —en comunión moral— con los hombres, los juzga, los perdona y los redime; y, finalmente, la manifestación de esa divinidad bajo la especie física del hombre. Con lo cual vemos divinidad, humanidad y naturaleza conjugadas en una concepción armónica, en una elaboración de simpatía. De ahí que podamos deducir, por este aspecto también, como por lo que respecta a la legislación oral de Nemekene, que la nación muyska tuvo disposiciones naturales para desarrollar una cultura superior.

Esto sería ya portentoso si pudiéramos dar crédito irrestricto a los cronistas que nos refieren haber enseñado, a más de la austeridad de costumbres, la benevolencia, aun la caridad, tan ajena al espíritu aborigen, el repudio de los sacrificios sangrientos (que habrían de reaparecer en el Moja y en el Güepza) lo que ya es una relación moral impresionante, la inmortalidad del alma humana (Fihiska, hántol), con premios y castigos que en vida futura hallarían el virtuoso y el delincuente.

Es interesante ver cómo se repiten en la vida de los pueblos unas mismas leyendas, según el grado de evolución mental. Muy vagamente, pero sin vacilación alguna, uno recuerda en Chimigagua y Ituahaique a Ahuramazda y Arhimanes; en el Bochika y Fomagata a Prometeo redentor y a Polifemo, cíclope malvado, la fecundidad ligada a la mujer y a la serpiente, como en Eva y la Madre Bachúe; a Psique en Fihiska; la gracia de la Aurora en Furate-

na, diosa que ilumina el más empinado picacho de los cerros andinos del Muzúac, virgen como Illytya; Sua y Hephaistos; Chía y Selene o Isis; Baco y Nemkatakoo, Chibchakum y Atlas, Kunchavira e Iris, Chaqué y Jano, y el mismo Hades, en fin, con vislumbres del paraíso de los Deutschen (como ellos en sí mismo se llamaban) o Teutones.

SUMA Y BALANCE DE LAS CARACTERÍSTICAS DE ESTA NACIÓN.

Pueblo de tipo mogoloide, probablemente originario del norte asiático, de baja estatura, feo de fisonomía, de musculatura recia para la marcha y la respiración en la altiplanicie de dos mil a tres mil metros a que se había adaptado en muchos siglos, quizá milenios, de habitación, tuvo grandes defectos, como su inclinación al hurto, a la crueldad, a la cobardía, al embuste, a la bebida embriagante, a la promiscuidad sexual y, probablemente, a la mugre. ¿Cómo es posible, entonces, calificarlo bien y encomiar su cultura, ante estos vicios sociales y familiares? Pues ahí estaba la paradoja de mi investigación: yo me atrevería a creer que bajo tales defectos, tal vez exagerados por prolongada sujeción y gran pobreza, bullían en su alma gérmenes de elación espiritual. No fue una tribu en colapso definitivo. Tuvo alientos de conquista en determinados momentos, aspiró a constituirse en estado jurídico, adoptó reglamentos morales y religiosos de eximia espiritualidad, halló, en fin, ruta y norte en la concepción de sus destinos.

Tal como se revela en sus restos, hoy ya asimilados por la cultura ibérica, y en los mestizos, en que su sangre perdura y prevalece, porque es muy tenaz el predominio de su carácter, muéstrase introspectivo, muy afable, dúctil, en tareas de imitación, casi hasta el mimetismo fonético en el lenguaje que escucha de maestros y patrones, sin que ello anule su criterio racial, por donde uno entiende que no es de personalidad adjetiva sino recóndita y astuta. Ello surge evidente en las modificaciones que imprime a las artes que asimila, como la música y la copla, sincopada la una en modalidad tan íntima y su género, que resulta casi intraducible a una rigurosa notación, y tan sutilmente irónica la segunda, que desconcierta si se la mide desde el fondo de la ignorancia cultural de que surge. Por estas cualidades solapadas y cuasi adormecidas que posee la raza, son sus mestizos muy capacitados para la política, la abogacía, el sacerdocio, la diplomacia y la burocracia en general, la es-

trategia, la sociabilidad y cortesía etc. La tenacidad de esta índole se percibe igualmente en la superposición, y no desalojamiento, que en su alma han efectuado la religión y la moral conquistadoras, pues que debajo de una conducta encauzada en ellas se percibe la indiferencia y aun la resistencia a sus normas de la sensibilidad negativa aborigen. Asimismo en el amor y el matrimonio, en la vocación por la tierra, y en el concepto general de la vida, en su órbita muy peculiar y apartada del europeo. Sus similitudes van al remoto abuelo asiático, al japonés quizás, tanto en los rasgos fisonómicos y la estructura general del cuerpo, como en el carácter, enseñándonos con ello hasta dónde sería eficaz la investigación etimológica que persigue la caracteriología y la etología por sobre la arqueología, la lingüística y el folklore, a que tanto favor concedemos en este estudio de las razas primitivas.

En una alocada imaginación supongo que al llegar a esta Cundinamarca del futuro, venció a otro pueblo, un oscurísimo prechibcha que asoma vagamente en los estudios incipientes de la antropometría de algunos esqueletos hallados en esta Sabana de Bogotá; que venía empujado por migraciones de otra raza, tal vez del grupo mahua, y que en un momento, fue dominando por elementos de origen oriental, procedentes de la vecina Orinoquia, que le dieron nuevo sentimiento religioso y civil, a más de una aristocracia de comando. A última hora fue atacado y cercenado por karibes que llegaron del norte, y que le vencían lentamente, pero que en compensación, prometían vigorizar la estirpe con la arrogancia guerrera y el valor físico de su recia urdimbre.

Mas este balance no es suficiente para interpretar el ciclo evolutivo de la nación muyska; veamos el problema por otros aspectos.

MOTIVOS QUE ESTORBARON EL TRIUNFO PERDURABLE DE LA CULTURA MUYSKA

El imperio chibcha comprende dos significados diferentes: el predominio político, reducido por el tiempo de la conquista a poca cosa, y el inmenso campo de influencia de su lengua y de su sangre. En esta Cordillera Oriental de Colombia, el Estado Muyska sólo abarcaba una extensión territorial de unos treinta y cinco mil kilómetros cuadrados, es decir, la tercera parte de lo que actualmente compone los departamentos de Cundinamarca y Boyacá, en cuyo centro geográfico hallábase localizada.

Las condiciones de alimentación, de industrias y comercio en que vivían no nos autorizan para asignarle una población mayor de quinientos mil habitantes, ya que ahora, con vías de comunicación, elementos agrícolas muchas veces superiores a los existentes en el siglo XV, la presencia de ganado doméstico abundante y un intenso desarrollo de ciudades y de población rural, alcanza, casi saturada en algunas regiones, para la suma de los dos departamentos, tres veces superior, como he dicho, apenas de dos millones de ciudadanos.

El muyska cultivaba el maíz, la papa, los frisoles, la quinoa y muy pocas legumbres más (chuguas, digamos, hibas y cubios) en un terreno anegadizo, como el de esta Sabana de Bogotá, Duitama, Ubaté, Chiquinquirá y Sogamoso, aprovechables en menor escala de lo que ocurre ahora, cuando la mayor parte de los pantanos se han desecado y puede dedicarse a agricultura y ganadería el doble de lo que entonces era útil, y esto con elementos de labor rudimentarios. Nada de esto pudo constituir un comercio exportable, pues las tribus de las laderas cordilleranas y las de los valles tenían mejor posibilidad de cultivar el maíz, y reemplazaban la papa con yuca, de igual aprovechamiento culinario.

La ausencia de ganados fue peor aun para la economía muyska, pues el curí (cuy de los pueblos suramericanos: conejillo de Indias o cobaya), era un elemento muy discreto para formar suficiente base de alimentación, y sabemos que fue el único animal domesticado entonces. El venado andino, utilizable como animal de caza, al igual del conejo, parece que abundaba grandemente en todo el territorio de lo que hoy constituye la República de Colombia, hasta el punto de anotar los cronistas, con alguna exageración tal vez, que una tarde le fueron obsequiados ciento cincuenta a la tropa de Jiménez de Quesada. Mas no estaba desbravado aún, y su beneficio fue pertenencia exclusiva de los caciques muyskas. Ningún ave de corral, ni siquiera el guajalote o pavo doméstico mexicano, existió en Cundinamarca, ni el ganado de los Incas. Sus aguas mismas estaban pobladas apenas por el «chimbe» de los indios, que nosotros llamamos «capitán», o sea el *Hieremophilus Mutissi*. Y si esta carencia de animales para alimentación era grave, más aún lo fue como medio de transporte, como acémilas, limitando a la capacidad del indio, el penoso acarreo de las mercaderías, pues no tuvieron las rutas naturales de la navegación, distantes como se hallaban de los grandes ríos.

Para su comercio disponían de sal gema de Zipaquirá, de las esmeraldas de Somondoco y, en época anterior a la invasión karibe, de Muzo, y tal vez a algunos artefactos textiles y de orfebrería, que trocaban por adornos y materias primas en los mercados ribereños del Magdalena.

Esto no era bastante para cimentar un imperio económico. Ni la amplitud y calidad agrícola del suelo permitían la prosperidad de una nación en circuito cerrado, como las que surgieron a orillas de los ríos fecundantes de China, Mesopotamia y África del Norte. Tampoco la índole de la raza fue audaz y guerrera para abrirse paso en son de conquista. Y puede agregarse que su cultura religiosa, política y técnica, no estaba aún lo suficientemente avanzada para imponer sujeción espiritual a los pueblos vecinos.

Se ha dicho que el muyska en la aurora del siglo XVI hallábase en trance de derrota por los kalinas circundantes de su imperio. Esto es verdad a medias: no me atrevo a pensar que existiera un reino Chibcha de vastas federaciones, cual corresponde a los límites de su lengua y cultura, y aun creo que la extensión racial del cundinamarqués no fue nunca el doble de los que los españoles hallaron. Estaba roído por los bordes, y en algunas regiones del norte, como en las cuencas del Chicamocha y del Sarabita, ya influenciado por mezclas de karibe, que considero, como atrás fue dicho, de gran porvenir en ese momento, pues daban origen a un grupo racial más emprendedor y quizá más inteligente. Se puede colegir de lo hallado entonces en Guanentá, Tundama y Sugamuxi que la unión del futuro imperio sería al fin realizada por esa blanda fértil, más bien que por los zipas del Funza, a pesar de los mayores recursos de que éstos disponían aun en población y géneros alimenticios, y del predominio momentáneo de sus fuerzas.

De ahí que las ciencias y artes útiles que inventaron algunas naciones aborígenes, como la de los Keshwas, Mexicas y Mayas, en ingeniería, astronomía, arquitectura, religión y jurisprudencia, por ejemplo, quedasen entre nosotros esbozadas apenas e impotentes para asumir posición histórica. Y si he prolongado este análisis, es sólo para poder deducir rigurosamente que en el pueblo muyska existió una capacidad cultural promisoría, aunque incipiente, y que esa potencia espiritual subsiste en nuestros mestizos hispano-muyskas, como lo veremos en el análisis de sus cualidades, ya del período colonial, ya del republicano, no propiamente por orgullo indígena, sino como fuente de orientaciones pedagógicas y de conducta política, por venir

SEXTO DISCURSO: LA CULTURA EMBRIONARIA COLONIAL

La Colonia Hispanoamericana constituye una cultura en embrión, ciertamente, pero cerrada y sui géneris.

Sobre este inmenso territorio americano que he pretendido analizar en páginas anteriores, los elementos humanos europeos, africanos y aborígenes que acabo de nombrar rápidamente, fueron formando una sociedad nueva, la del criollo y mestizo de estas futuras naciones, con recursos morales, económicos, religiosos y políticos que en su lenta conjunción vital se modificaron tan hondamente que desde las primeras jornadas aparecen como ocurrencia histórica aparte. El criollo hijo de europeo ya no fue del mismo temperamento de sus progenitores; el mulato y el mestizo, el zambo y aun el aborigen de pura sangre, diversos son de lo que fueran sus antepasados, y ante el constante conflicto de estirpes, de intereses materiales y de normas de cultura, el medio ambiente sirvió de común denominador, aglutinando en nueva índole aquella humanidad caótica.

Por ende, lo primero en constituirse fue una sociedad. Veamos este proceso y sus consecuencias, para el mejor entendimiento de lo que somos hoy día y de lo que podremos alcanzar en el futuro.

LA FAMILIA COLONIAL

Si consideramos a Colombia particularmente, nos entenderemos mejor, sin menoscabar la certidumbre de las conclusiones para el resto de América, porque este acontecimiento colonial fue unívoco al conjunto del Continente, con tan leves matices de diferencia, que bien pueden pasarse inadvertidos.

A nuestro territorio inmigrarían unos treinta mil españoles que hicieron cepa, y no se cuantos transeuntes de los servicios civiles, militares y eclesiásticos, que no cuentan mucho para el examen que persigo. Unas pocas mujeres llegaron esporádicamente, a continuar aquí hogares ya constituidos en España, pero no tan abundantes como la colonia requerría y las leyes ordenaron en algunas ocasiones, por lo cual hubo de verificarse una mestización, raras veces legítima por matrimonio entre aborígenes y europeos, abundante en cuanto a hijos naturales.

Esto nos coloca ante un problema moral muy interesante y de proyecciones actuales ampliamente discutidas en el Congreso de la República: Si la ley que garantiza a los hijos naturales los justos derechos de que hoy disfrutan hubiera existido en aquella época, habría sobrevenido una catástrofe a la futura nación colombiana: En la restricción de esta paternidad ilegítima, las razas negra y aborigen se habrían multiplicado solas, con un porcentaje ínfimo de la estirpe aria, por donde hoy seríamos un pueblo de indios, negros y zambos, de difícil asimilación cultural. En cambio, la caudalosa paternidad de los españoles, que en tan escaso número alcanzó a engendrar un millón y medio de mestizos y mulatos que por el tiempo de la independencia tenía este país, salvó la situación y nos deja el grave enigma de que la moralidad no puede ser absoluta para todos los tiempos y circunstancias, que hay normas de vida que la corrigen a veces o la encauzan en indeclinables excepciones transeúntes. Esta promiscuidad sexual ilegítima obró asimismo durante más de un siglo de república, acabando de fundir en un molde más o menos similar nuestra gente, uniformando, hasta donde ello ha sido posible, el temperamento e idiosincrasia nacionales. De ahí resulta que hoy día sea tan difícil hallar una familia colombiana que no posea algunas gotas de sangre indígena, ni otra negra o aborigen que no lleve algo de europeos en su constitución.

Esta inmoralidad circunstancial, y tal vez ineludible entonces, no debe espantarnos, pues el matrimonio y la familia han pasado por tantas peripecias en el largo curso de la historia y de las sociedades históricas, que bien pudiéramos admitir como una de tantas rarezas lo ocurrido en la colonia latino-americana.

La familia es una institución que tiene raigambres tan profundas que no sabría analizarla correctamente. Hoy día suele afirmarse que no fue la primera en surgir en las sociedades incipientes: que en la horda primaria no existió una diferenciación bien precisa en esto de una vida matrimonial, y que sólo al correr de los tiempos ella vino organizándose en leyes y costumbres.

Contemplada en su índole más recóndita, la familia sustenta cuatro valores fundamentales: Desde luego atiende a la propagación de la vida, con lo que se dice casi todo cuanto pueda interesar a la naturaleza y al hombre. Es, por este aspecto, tan imperativa su existencia, que ya ocurre en muchas especies animales. Mas en el hombre, ente orgulloso por excelencia, satisface al deseo, no ya instintivo, sino consciente y social, de proveer a la continuación de una estirpe, de un nombre apelativo y de una herencia de cualidades y

de adquisiciones que el individuo juzga que le pertenecen por esfuerzo propio o afortunada selección de ascendientes directos. Es lo que ha creado las categorías aristocráticas en todos los pueblos y la distinción de grupos por apellidos, en cuanto a la masa común. En el fondo, a más de una necesidad de clasificación social que nos define, se percibe en tales apellidos la tendencia a enaltecer una línea de consanguinidad, ya que tantos son meros patronímicos, adjectivación del nombre de un progenitor eminente: El castellano usa para ello la terminación «ez», como en González, de Gonzalo, Gutiérrez de Gutierre; los nórdicos tienen más precisa la procedencia, como en John-son, hijo de John, variando apenas la partícula, cual es el caso para el ruso, que añade «vich», con el mismo significado. En los pueblos semitas no forma sufijo, y se coloca antes del nombre, como ocurre en Ben-Juda etc.

Entendiendo el hombre que su hijo es en gran parte una prolongación de su persona, otro yo o alter ego, que va a continuarlo un paso más en la fuga de la vida, desea naturalmente dejarle el fruto de su rendimiento económico. De ahí la institución de la herencia, tan combatida ahora, que ya parece vecina de un colapso perdurable, pero tan eficaz estímulo para el mayor esfuerzo, la previsión incesante y el ahorro, que no sé cómo se las arreglará la sociedad futura para engatuzar a los hombres a que se quemen la séspera o se rompan los huesos jornalando, sino es con este embaucamiento de la progenie. Ya se percibe una mutación fundamental en la conducta del trabajo, pues si antes hubo una como lid o concurso de esfuerzo por ver quién rendía más labores, ahora se observa en todas partes un ritmo lento en los salarios y en las altas esferas sociales una ambición insana de adquirir aprovechamientos económicos por medio de trucos y trapisondas que esquivan, en último análisis, el esfuerzo valeroso y saludable de otras épocas. Y si a esto se une que los Estados modernos tienden a envalentonar el cotidiano derroche de lo que se va adquiriendo, para tener así mayores entradas en su fisco hambriento y legalmente pirata, ya tenemos para ir pensando en las básicas transformaciones del futuro.

Tiene asimismo la familia una misión esclarecida en el conservar y transmitir los fundamentos de la cultura. Es en ella donde la religión comunica a las nuevas generaciones lo más operante de su fuerza sentimental, sus tradiciones deliciosas y sus prácticas íntimas. Con ella la moral se hace norma cotidiana y asume posiciones imperativas, modeladoras del carácter, y las costumbres cristalizan por el encomio de su mérito ambiente y el contagio indefectible.

En ella se arraigan también los haberes del espíritu, aquellas nociones elementales que circulan con el caudal de la lengua y el trato frecuente, patrimonio de conceptos, de opiniones estereotipadas, consejos, aforismos, adagios y refranes, fábulas y apólogos, axiomas de remoto origen, resumen de la sabiduría atávica, leyendas sabrosas que iluminan la ilusión y el entendimiento aguzan para la inquietud hazañosa y la audacia juvenil.

De ahí que podamos establecer una verdad sencilla sobre la constitución de las sociedades de la colonia, diciendo que fue la familia el crisol de sus mejores triunfos. Parecería errado, o paradójico a lo menos, anunciarlo así cuando ya dije que el hombre del siglo de los descubrimientos era un bárbaro todavía, con grandes vicios de conducta, tosquedad, crueldad, sensualidad primaria, muge y fanatismo: ¿Cómo, pues, se enalteció al arraigar en estos desiertos y aisladas regiones, sin el estímulo de una sociedad ambiente ni el freno severísimo de las leyes sumarias y duras de aquellas edades de aventura y de combate? Los historiadores han parado mientes en la prestigiosa y utilísima institución de los cabildos, como centro de cívica entereza y cauce regulador de las actividades ciudadanas, aun entre los más apartados rincones de estos países. Lo cual es verdadero y merece justo encomio: La vida civil, la preparación de la democracia futura, la conservación de nobles reglas jurídicas hispano-romanas, ahí hallaron su sede y suelo de raigambre. Sin esa institución de los cabildos, la guerra de emancipación no hubiera tenido punto de apoyo para su organización en Estado ni caudillos intelectuales que le dieran sentido histórico.

Pero... fue en la familia donde la sociedad de aquellos tiempos patriarcales obtuvo cimientos definitivos. Y, ¿por qué patriarcales, si los llenan aventureros, hijos de perdularios frecuentemente? La explicación es de una sencillez diáfana: Al constituir hogar en estos pagos de América, el colonizador hallóse al frente de una situación socialmente excepcional y excepcionalmente privilegiada: En medio de grupos que él consideraba inferiores tenía que asumir la dignidad de una jefatura espiritual egregia, y le fue indispensable arrogarse la representación de la estirpe dominadora, que para él mismo, a la distancia grave de ensueños en que veíase del hogar de sus mayores, tornábase legendaria y místicamente pura, imperial e incólume. Ante los hijos, ante los subalternos, ante sus vasallos, era él, el mensajero de aquella Metrópoli alucinante, de aquel espejismo de Ultramar, cual un ícón, como una imagen de perfecciones, de esas mismas perfecciones que a diario predicaba

a sus estupefactos oyentes en las veladas de la aldea recóndita y del fundo.

De ahí surgió el patriarca, el Omar, de aquellas edades. Traía la voz de la estirpe sacra, la voz del Profeta. El fenómeno de la «plus valía» de la persona por la asunción de un mensaje, la «plus valía» de las jefaturas, del prestigio, de la sabiduría y aun de la riqueza. Ese halo de emperadores y pontífices, que la humanidad simbolizó en tiaras y coronas. Esa mística que nos arredra en los magistrados, aunque ayer no más les viéramos ciudadanos modestos y un sí es no es insignificantes.

Y ese hombre así encumbrado encontróse en la raíz de sus haberes tradicionales algunos tesoros de potencia eficaz y alcurnia indefectible:

El cristianismo de los antepasados irisóse en su mente con todas las galas espirituales de un contenido maravilloso, resaltado por la tosquedad y salvajez de los credos aborígenes; la ética abstracta del mundo hispano-romano de sus tradiciones nacionales se le apareció enhiesta sobre cumbres de ideal; los fueros de persona y la organización cívica de su cultura patria dábanle pie para suponerse de una esfera privilegiada ante la sujeción a la materia bruta y al capricho de magos y caciques. ¡Por la época del descubrimiento los Reyes Católicos se habían enfrentado a los graves desórdenes de la sociedad y del gobierno, se habían alzado contra la barbarie del hombre europeo de esos días: iniciaron la depuración social combatiendo rudamente a los criminales comunes y las depredaciones del feudalismo autónomo; apoyaron la depuración de la raza, con un concepto, errado sin duda para la economía española, pero entonces casi casi ineludible; la depuración de la clerecía regular y secular, aun menoscabando fueros de libre elección de prelados a la Santa Pontificia, mediante el acuerdo de Patronato; depurando las categorías culturales con el enaltecimiento de los letrados sobre la turbamulta de caudillos de tradición o de ocasión; buscando, en fin, un cauce más jurídico para la república en el prestigio de los códigos de Justiniano y Triboniano. Aun el catolicismo emprendió en aquella centuria XVII la contrarrevolución de Trento, de Ignacio de Loyola y de otros reformadores como Cisneros, Teresa de Jesús etc. Y de ese movimiento gigante traía el presunto colono un eco de prestigio que fue exaltándose con la distancia, la nostalgia y las deformaciones espontáneas del recuerdo.

Y así se formó el hogar patriarcal de la colonia entre nosotros.

No estuvo él limitado al alero de la salquerías: Aquellos indios de la encomienda, aquellos esclavos del laboreo metalúrgico, muy en breve fuéronse adjetivando a su señor y descendientes, fueron formando una clientela familiar, como en la Roma antigua. La familia asumió los caracteres de una «gens», ya por vínculos de economía, ora por calladas relaciones de sangre. En las haciendas, y aun en los villorrios, hubo un patriarca semítico que daba normas de conducta y engendraba hijos numerosos, hasta uno o dos centenares a veces, ya de los que cobijaba la bendición nupcial, ya de los que un azar, frecuentemente propicio, traía a luz bajo otro techo.

Predominaba entonces una fecundidad que asombra: ¿Hacíanse más aptos para la concepción aquellos vientres ante el prestigio varonil o tuvo la tierra poder fertilizante en mayor cuantía y exaltada cualidad? Todo ello junto, a mi ver. Más una hambre recóndita de poblamiento que los países nuevos ofrecen a la meditación del sociólogo, con aquellas condiciones enlazada, pero de una confusa índole también, indiscernible aún.

PRESTIGIO MORAL: Otro fenómeno natural verificóse en aquellos tiempos, cual es la concentración de los elementos culturales: Alejado el colono de las fuentes de ilustración metropolitana, hubo de resignarse a las pocas nociones que cabían en la tradición oral y en uno que otro libro de doctrina, del clasicismo romano o de religión e historia eclesiástica, y así simplificado el caudal ideológico fue fácil retenerlo y acendrar su valencia operante. De ahí que, insipientes en cuanto al volumen, fueran los patriarcas de la colonia firmes y bien adiestrados en lo esencial de la cultura. A esa hora ocurre una ficción de robustísimos alcances, mediante la cual se establece una gradación o escalafón de magnitudes: el Rey de las Españas se considera a sí mismo representante de Dios, y el colono blanco de América cree que encarna un poco la autoridad del Rey o, a lo menos, que resulta mucho más, la dignidad de la Metrópoli.

Así se explica, en parte, este fenómeno importantísimo de que la cultura hispano-romana y la cultura católico-europea, perdurasen aquí a pesar de un aislamiento de selvas, larga trayectoria de ríos y Mar Atlántico, casi sin núcleos urbanos, casi sin escuelas, casi sin administración efectiva de gobiernos eclesiástico y civil.

EL MATRIMONIO

Parecerá un poco, y tal vez un mucho, criticable aquella situación de la familia en la colonia. Y es que al esbozarla así someramente, no he ahondado en sus fortalezas más íntimas.

Sin duda la posición del padre fue la de un exaltado privilegio en cuanto a autoridad y prestigio. Mas no se crea que la esposa legítima ocupó puesto adjetivo y tan oscuro como en la cultura patriarcal de los árabes. Señora fue siempre, y sea por la tradicional hidalguía ibérica para con las damas de estirpe, o por la exaltación religiosa de los vínculos conyugales que el cristianismo acendra, o por la misma escasez y aislamiento prestigioso en que se hallaron entonces las mujeres de calidad, las europeas y criollas nobles, se advina en las costumbres que estuvo nimbada de respeto, de admiración y de cariño, y que en ocasiones innumerables fue hecha benéfica en los reinos de la caridad, de la piedad religiosa y del decoro.

Ya vimos las cuatro fortalezas que defiende la familia: Continuidad de la especie, continuidad de la estirpe, continuidad de la riqueza y continuidad de la cultura. Empero, existen otras consideraciones interesantes.

Ha habido tantas modalidades de matrimonio como apenas puede la fantasía imaginarlas: El que se supone monogámico, de uno a una, legal en nuestra civilización contemporánea, pero tan defraudado en la práctica del vivir cotidiano que, existiendo sin duda en este caso otro caso excepcional, y yo los conozco de una pureza incólume, puede decirse que es casi una ficción normativa meramente ideal, que todos los días se desmorona. Siempre fue un poco polígamo el hombre, bueno bueno, un algo así como de la índole de las gallináceas, pero en el fondo también él se adhiere a una y en ella concentra sus más íntimos anhelos. Esta es la paradoja del matrimonio: A él se va hoy día, como siempre a él se fue antes, o por amor exaltado, sencillo y noble, romance eterno del noviazgo que ha cantado la poesía desde sus más remotos preludios, sin agotar su imperio, porque no se extingue aún la causa de su idealización. O por mera sensualidad, obedeciendo al acicate del instinto que conjuga los seres; cañamazo del amor, desnudo de esas sublimaciones y visiones suyas de ensueño vicario, de iridiscencia y evanescencia, con que la espiritualidad lo encubre y melifica. O por alguna de las conveniencias vitales, la del recurso económico, la del político, la del social por categoría y decoro, la de las comodidades caseras y simple busca de abrigo contra la intemperie, la soledad y

el aburrimiento. O por todas ellas juntas. Sino que en el discurso de la vida conyugal se transforman y aun pervierten, hasta la linde del desengano, del arrepentimiento y la tragedia espiritual silenciosa, con lo que asume caracteres de rebeldía y renunciamiento. Pero pasan los años, y no pueden ahora los conyuges vivir el uno sin el otro, se han fundido de abstrusa manera, sin saberlo, sin quererlo aún, y se parecen físicamente, ya se copian en palabras, gestos, opiniones, ambiciones y disgustos, ya en fin, son uno en dos, y después de haberse dado un buen centenar de jaquecas por ceos de amor y contrariedades de juicio, ahí van calle arriba y calle abajo en insoluble unidad, cuidando que al uno no atropelen los vehículos del tránsito ni al otro se le manche y estropee el vestido, acurrucándose luego en el sillón familiar con un «mira que estás acalorado todavía», «mira que no has tomado ningún refrigerio ahora», «tú no te proteges lo bastante... ni aun por mí, pobre viejo, pobre vieja, que después de todo... no he hecho más que quererte». Du cedumbre del olvido, chocheces de una ilusión que regresa al tejado familiar después de fugas escabrosas y frecuentes. Ya se fueron los hijos, a nuevos lares, y ellos, los «viejos» sienten que son apenas vago símbolo, amables espectros del pasado, ante las generaciones que llegan; que el amor y el afecto son descendentes y nunca suben la cuesta de las edades. Llegan hijos e hijas, yernos y nueras, siempre con la misma palabra «Estos niños, estos niños...» La prole, la pendiente que baja, la vida que fluye hacia adelante. Y luego, el mismo, el perenne decir: «Nos vamos, ¡tenemos tanto que hacer! Nos vamos, ya nos vamos...» Y los abuelos quedan solos, se miran sin hablarse, se disimulan el grito de la soledad circunstancial, la fuga del afecto, el lento eclipse de la vida, y sin comentario, en voz baja se preguntan: «Estás bien abrigado? Quieres que te traigan tus pantuflas?» Celos, incomprensiones, duras palabras de otros tiempos, todo se ha esfumado: la soledad los va enlazando, confundiendo en uno, y al correr de las horas, como al descuido, desligado a parecer de todo incidente, el exclama, o exclama ella: «¡Cómo han cambiado los tiempos, María!»: «¡Como han cambiado los tiempos, José!»... «¡Que distintas son las nuevas generaciones!»

Y es ahí en esta escondida ternura perdurable, en este rescatado sentimiento de unidad recóndita, en esta simbiosis definitiva al fin, donde radica el vínculo insoluble del matrimonio y la monogamia. Muere el amor, las conveniencias se disipan, la vanidad de posición se extingue, los hijos se van alejando poco a poco hacia su

nueva vida y crecientes vínculos extraños, hacia otro hogar, si es hombre, hacia otras ambiciones y modos de pensar, si es mujer, y a los viejos cónyuges va quedando apenas un cuociente de memorias íntimas, más y más luminosas y apetecibles mientras mayor sea el avance de la senectud y del aislamiento. En ese naufragio de la vida, disminuido el campo de la conciencia para lo actual, estrechado el campo de las posibilidades para la acción, en incontenible apagamiento, el egoísmo inconsciente de uno se acoge al egoísmo del otro, afortunado tal que de un apoyo mutuo. Ya no más la vida ahora más y más la incesante reminiscencia de estosa e inútil, de que nadie, sino ellos, entiende y gusta. Y una acción de presencia, afecto, ciertamente, pero asimismo imagen del pasado, remanso de una existencia en que se copian lejana juventud, triunfos y anhelos, los que se dicen y los que se esconden, ateridos. Soterrada ruta de donde salen a veces con los ojos nublados, y una incierta sonrisa temblorosa, que es caricia y es angustia... «Sólo me faltas, yo no sé qué haría...» dice el «Pero qué raro —nombre— otra vez me has robado el pensamiento», replica ella emocionada y dulcemente.

Repetiendo, pues, encontramos que a más de las orientaciones del instinto de procreación que une los sexos por tendencia natural irresistible, tan irresistible que hasta los animales más temerosos luchan a muerte en la época del celo, aun los peces y las focas, el amor, idealización de aquel instinto, subtiende todas las modalidades de ayuntamiento legal o espontáneo, desde el rapto y la compra de costumbres primitivas que aún tienen sus símbolos y formas rituales en la civilización contemporánea, que no otra cosa recuerdan las arras y el viaje de novios, hasta las modalidades del matrimonio político que desde muy temprano en la historia fue recurso de reyes y naciones, para la conservación o ampliación de sus estirpes y dominios, y el matrimonio por conveniencia económica, tan frecuente en el siglo XIX, y el de conveniencia social, es decir, aquel que se busca para ascender un poco en clase, de una aplicación importantísima en estos pueblos mestizos de la América, donde fue viaducto por medio de cual los heroes de la guerra, la política, la ciencia, el arte, y, sobre todo, el dinero, obtenían credenciales de prestigio, ena tecian lo desmirriado de su prosapia con apariciones de un enlace familiar dorado o azul, adinerado u orgulloso de sus nobles escudos, modalidad eficazísima para que, aunándose a la conjugación fraudulenta de los azares del amor, bre, las razas

se fundan y la democracia se consolide en un nivel medio armonizable.

Ahora, destituidos de la poligamia y la poliandria, antaño posibles dentro de condiciones sociales, económicas y políticas de los antiguos pueblos, la sensualidad, otra causal poderosa de matrimonio, ha inventado recursos similares a ellas, aunque ya no en el espacio, sino en el tiempo, mediante el divorcio frecuente que permite una serie de nupcias sin el recargo de esfuerzos económicos, hoy materialmente imposibles dentro de las exigencias de la cultura imperante, del gasto excesivo que demanda la vida actual para el mantenimiento decoroso de la familia. Porque si el divorcio facilita la solución de invencibles divergencias de carácter, y aun precave contra tragedias posibles, las de los celos, las de incompatibilidad de normas y vocaciones, las de un orden recóndito de fisiología trae asimismo esta otra faz, la de una poligamia en serie, que bien manejan y de que mucho abusan los perdularios y egoístas, los parásitos y donjuanes de uno y otro sexo.

Monogamia, poligamia y poliandria (y acaso el «heterismo» inicial de que nos habla Bachofen), no agotan la serie de ensayos que los hombres han hecho para constituir la familia: Otras formas ha habido, a las veces de un exotismo estupendo: El matrimonio de ensayo, o concubinato de legítima costumbre, existió y subsiste todavía, en algunas tribus y sus descendientes semicivilizados. Es lo que entre nosotros se denomina «amaño», y que dura el tiempo indispensable para saber si pueden convivir, un año generalmente, pero que en ocasiones se prolonga muchísimo, con la curiosa experiencia de que las mujeres lo prefieren, por sentirse así mejor tratadas en esa unión libre que en la obligatoria del ayuntamiento cristiano, propicia a una esclavitud indeclinable.

El matrimonio «en grupo» existió entre los Apai-Apata del Oriente Australiano, y en otras sociedades primitivas. Consiste en que todos los hombres de un grupo o clan se consideran esposos de todas las mujeres de otro grupo, y viceversa, formando así una familia de contornos indefinidos, solamente posible en aquel somero grado de cultura social.

Se conoce también el caso de los matrimonios infantiles, cual ocurre en la India Inglesa, donde se acostumbró que desde la corta edad de siete a ocho años fueran ligados en nupcias los que luego al aparecer la pubertad se unen, mediante ceremonias entre cínicas e inocentes que la sociología y la literatura nos describen a menudo.

Otra forma rara es la que acostumbran los chinos, de un matrimonio «post mortem», sobre todo entre infantes, para que, conforme a sus creencias de que la vida familiar es la única perfecta, y que sin ella no se puede ser feliz en la misma eternidad, puedan los seres queridos que han muerto célibes, así casados «por poder espiritual» hallarse juntos y ser afortunados en el reino de las sombras. De esta manera, el que tiene un deudo fallecido en la infancia, busca a quien se halle en condiciones parecidas, y fingen en desposarlos idealmente, creando así vínculos que no carecen de poesía y consecuencias sociales.

Algo más desconcertante ocurre en algunos pueblos primitivos, como en el Norte de la Siberia antigua y entre nosotros en la extinguida tribu de los Laches, que ocupó una región de la Cordillera Oriental, por donde ahora llamamos fronteras de Boyacá y Santander, tribu ésta de lo más extravagante en usos y costumbres, en religión y formas de gobierno: Pues ello es que en una y otra gente, entre Laches y Sibiridos, se acostumbraba el matrimonio entre hombres. Los Laches destinaban a ello el quinto hijo de cada familia, y con el nombre de «Cuzma» lo educaban en oficios y con arreos femeniles, siendo, a los doce años, muy solicitado para unión conyugal legítima.

¿Qué no habrán inventado los hombres? En Babilonia, por los tiempos de Asurbanipal, digamos, y entre los Incas, del insigne Pachacutec, por ejemplo, fue preciada costumbre la del matrimonio compulsivo, función cívica, para lo cual verificaban unas como ferias del noviazgo, en las cuales las vírgenes y mancebos de edad conveniente se escogían, o se juntaban, si ya se habían escogido, y presentaban a las autoridades en solicitud de un vínculo de orden, para celebrar luego las nupcias a domicilio, según el rango y riqueza de los contrayentes.

De todo esto fueron formándose diferentes tipos de familia: Por «agnación», modelo del patriarcado; por «cognación», que representaba los grupos matrarcas, por «adopción», que usaron los latinos, esta familia-grupo de algunas tribus, la familia gens, de los etruscos, la religiosa de los chinos, la civil de keshwas y babilonios, una familia estado, que hallamos en Esparta; y aquellas otras ficticias de infantes, muertos y homosexuales que ya nombré.

Ante este «maelstrom» de comportamientos, qué incerta se nos aparece la moral de hombre: la intersexualidad, la prostitución y el adulterio van brillando «la buena conducta» con líneas de intersección tanto complicadas y amenas. Para colmo de inquietudes,

la civilización nos ha traído otras modalidades en las relaciones de los sexos, que hacen más confusa aún la interpretación de las costumbres. El celibato, por ejemplo, fue meramente ritual en lo antiguo, condenado entre naciones de cultura incipiente, sólo aplicable al sacerdocio y monjo de algunas religiones, inclusive la Muyska y la Incana de nuestra América. Hoy triunfa en visibles proporciones, pudiéndose decir que él, este celibato, es la endemia de más seguro porvenir en la marcha normal de nuestras sociedades, y tal vez inocua, si no se ligara a otros problemas, como los del amor libre, la homosexualidad y el adulterio.

Estas son manifestaciones de vida que el sociólogo no puede eludir por escabrosas éticamente o por el natural desagrado estético de su contenido: Y aunque sólo sea a salto de pulga y como por sobre ascuas, debemos mirarlas un momento.

La intersexualidad, como la designa un médico sociólogo de España, es un fenómeno natural frecuente, con porcentaje de ocurrencia bien definido en todas las sociedades, y una aportación caudalosa de parte del aislamiento del sexo contrario, como ocurre en colegios y marinería, y de parte del vicio, de la curiosidad torpe y del contagio incidente. Mucho se discute sobre si ello avanza en la edad moderna con el progreso de las civilizaciones: Parece que el fondo legítimo de la perturbación, el fondo que emana de la fisiología, es bastante uniforme en todos los tiempos y lugares, naciones primitivas como acabamos de ver en los aborígenes, cultura clásica de Grecia y Roma, donde aquello asumió caracteres de inclinación aceptable, hasta en conductores eminentes de la sabiduría más noble y caudillos guerreros que, según nuestro modo de razonar ahora, debieran ser de varonía arrogante y sin dubitación del instinto.

Y ocurrió en todas las razas, las guerreras y las místicas. Arabes, digamos, y Hebreos, Arios del Septentrión y Mogoloides de América. Es verdad que no acaece en todas las ocasiones por predilección sensual, por libidine mal encauzada, sino, que a la manera de la antropofagia, tiene a veces otras raíces, como un oculto concepto de dominio, de imposición de excelencia masculina, según parece predominar en esa bárbara y repugnante costumbre de los Norte-africanos para con sus prisioneros de guerra, que tanto insulta la dignidad de los europeos y tanto la deprime. Cuando el canibal comía la carne de sus prisioneros, buscaba un subterfugio mágico de asimilación de las virtudes del vencido, a más de un recurso para eludir las venganzas de la sangre derramada, de la posible perse-

cución del espectro. Y así, probablemente los Bereberes mahometanos pretenden con su crudelísima costumbre apropiarse una superioridad ritual de varonía, sellar, como si dijéramos, el triunfo moral con el fisiológico.

De todas maneras, este resulta un problema casi insoluble para los médicos y moralistas, si no es que la aplicación, muy incierta aún, de hormonas e ingertos glandulares logra corregir las vacilaciones de la evolución ontogénica. Entre tanto la medicina no encuentra otro recurso que el aconsejar un hábil freno del instinto, una continencia casi religiosa.

Y aquí surge ese otro problema de la castidad, tan debatido en literatura de abarrote: ¿Es ella posible, es ella útil, o es propicia a perturbaciones nerviosas, a psicastenias, a debilidad del carácter, a conflictos de inferioridad subconsciente? Algo he tenido que conocer de estos graves negocios de la vida íntima en mis labores de psiquiatría, y he llegado a formarme un criterio: Como ya lo dije, la castidad inútil, la castidad ociosa, digamos, la que se cumple por impotencia, por timidez, por imposiciones extrañas al fuero interno, no enaltece al individuo, antes parece apocarlo. La mujer es un estímulo normal de la personalidad del varón y viceversa, ya que las leyes naturales se cumplen con retribución de armonía, ya que el triunfo del sexo enorgullece la propia estimación, robustece la combatividad, saña potencia para resistir e ingenio para emprender, justifica el gasto espiritual y fisiológico del vivir cotidiano y aun la heroicidad, con sus compensaciones de placer, sus ilusiones de victoria, su convicción de servir a un destino. Yo no creo mucho en la unicidad de la «libido» freudiana, ni siquiera con las sabias correcciones que le han impuesto sus discípulos: El alma de los hombres es mucho más compleja que las clasificaciones de médicos y naturalistas. Para mi criterio personal, para el ejercicio de mi profesión, me he formado un esquema, muy pobre aún, pero ya más generoso que el de aquellos psicólogos del instinto, y que copio aquí por mera vanidad y gusto narcisista.

APETITOS NATURALES: Según ello, el hombre obedece a cuatro motivos fundamentales de acción, expresados en el siguiente tetrólogo, o cuádrivio de la personalidad:

- Libido sentiendi,
- Libido agendi,
- Libido sciendi, y
- Libido imperandi.

Anhelos de sentir, anhelo de obrar, anhelo de saber y anhelo de dominio. En esa primera agrupación, la del sentir, se incluye la famosa «libido» sexual, y no se olvidan otras muy importantes, como las que se refieren a la nutrición, hasta la linde de la gula, la embriaguez y los refinamientos gastronómicos, tocando asimismo en más complejos, que dependen de la asociación de varias tendencias, como el lujo, el vestido, el confort personal y doméstico etc.

Nadie negaría, sin ser ingenuo, la superioridad y dominio despótico que la inclinación sexual, la propiamente llamada «libidinosidad» por extensión semántica del término, asume proporciones gigantes, pues que abarca desde el placer del individuo, las exigencias materiales de la secreción gonádica, la sublimación estética y moral o idealización, el sano orgullo de producir una complacencia retributiva en el ser que se quiere, la vanidad misma, aunque no se diga y difunda torpemente en palabras y confesiones de vanagloria pueril y plebeya, hasta el cumplimiento del mandato imperativo de la vida que exige se la reproduzca, con imposición ineluctable, con imposición de esencia. Mas ello no implica que esté tan sola como para ser causa de cuanto ocurre en el alma individual y en la historia de las sociedades, que sea la fuente de la psicología y de la sociología conjuntas, con la gestación de héroes y dioses inclusive.

Y es asimismo una tendencia natural y eficientísima esotra del anhelo de obrar, de ser activos, de imponer un cauce a la energía: El trabajo, el ejercicio de nuestras capacidades y vocación no sólo es un mandamiento social, sino un deleite íntimo, «catarsis» alegre de un caudal retenido, y complacencia de la eficacia con que se cumple y satisface. El ocio es el mayor veneno de la personalidad, y a él no recurren sino los débiles, los inútiles y vencidos, con lo que ya queda de manifiesto cuan valiosa resulta esta «libido agenda» o anhelo de actuar. ¿No es acaso la que mueve a los magnates del oro a continuar en su lucha, la que, aun después de repartir sus haberes «definitivamente», casos existen muy notorios, les conduce a un nuevo impulso de trabajo? ¿Y no es, asimismo, esta «libido agenda» la que produce esas letales neurosis de vacancia en los ancianos y enfermos a quienes una imprudente prescripción médica condena a la quietud?

Ni es menos imperiosa la que nos mueve al estudio, a ese incansable afán de informarnos del mundo y de la vida, con tareas a veces sobrehumanas de consagración y sacrificios, a que nadie se entregaría por estipendio. Este deleite de conocer, de investigar, de descubrir, tan encumbrado y libre, no conoce rivales en la jornada de

la vida. Con cuánto gozo y travesura disimulada rehuimos el trabajo de rendimiento económico para hundirnos hasta la fiebre, hasta el agotamiento físico, en tareas que nadie habrá de recompensarnos, por el inefable gusto de entender algo, de dominar algún emredo ideológico o meramente técnico: Es de ver la obra cotidiana de los sabios, de los inventores, de los artistas, que en ocasiones sobrepasa truenos disciplinas ascéticas, ser llevada con el más apacible de los heroísmos, y a ella rendir, sin un gesto de orgullo, sabrosamente «ecuanimes, dineros, amores y vida. Nadie sería osado a negar que ello arranca de un sentimiento eminentemente social, que lo hacemos con una «trastienda» de sobresalir, en la que, sin duda, se esconde la vanidad de dominación: ¡Pero, cuán escondida se hallará, que el mismo agente no la percibe, ni a ella presta mérito ejecutivo o contemplación edonística! Los afectos son casi siempre condicionados y efugaces, la amistad se marchó del corazón de los hombres desde hace uno o dos siglos, el amor se enjuta en cuantía y torna serpentino y traicionero lo que hace que ejerce la contabilidad. Sólo el conocimiento, él solamente, nos queda adicto, en este derrumbamiento de los valores, a la manera de esos sirvientes humildes que continúan acompañándonos sin remuneración después de las bancarrotas de la fortuna familiar.

Bajo todas las especies de la actividad bulle en el hombre el anhelo visible o soterrado de dominio, la «libido imperandi», que a unos lleva a los campos de la política, a otros a las fauces sanguinosas de la guerra, que a éste empuja hacia audaces especulaciones industriales y aun a la piratería bursátil que hogafío substituye al corso antiguo, y al de más allá incita a la versatilidad donjuanesca, que si de un lado significa flacidez de sexo, indeterminación de la afrodisia, y de otro curiosidad pueril de secretos personales, en mucho, también, obedece a un impulso de dominación, a un anhelo de triunfo en los cauces de la sensualidad. Y por cuántos martirios no pasan estos a quienes absorbe más febrilmente la ansiedad de mando: Sosiego y fortuna, hogar y amigos, honor a veces, y la vida aún, todo, redivivos Palissyés, lo arrojan al horno de sus ambiciones. ¡Cuántas guerras insensatas no debe la humanidad a este instinto de imperio cuando surge en condiciones propicias, y qué de naciones ilustres no arquinó en horas de locura irreparable!

Y así, pues, digo, regresando al punto de partida de las perturbaciones intersexuales, que es en la castidad donde pudieran esconder su conflicto y darle algún reposo. Porque conflicto de la sensibilidad existe en ellos, estos pacientes de la indeterminación de los

sexos, hasta el punto de hundirlos a veces en desequilibrios psico-neuróticos, en la terrible esquizofrenia aun, en las más graves formas de la criminalidad también, y . . . estupendas realizaciones artísticas, por el mismo juego recóndito de sus conflictos espirituales. Su inclinación natural choca contra el muralón de los preceptos de la moral ambiente y los retiene afligidos y pusilánimes, contrariados en su psique, a menos que una reacción desenfrenada les de pábulos y torne agresivamente exhibicionistas, como está ocurriendo en algunas literaturas europeas de largo alcance editorial y artístico.

Una castidad sublimada, es a saber, encaminada al cumplimiento de una misión altruista, una castidad con deshogo espiritual y retribución moral suplentes, es posible y encomiable. Ya se la ve en ciertos grupos juveniles de la reacción ética, tanto de las falanges «izquierdistas», como de las cristianas y católicas, según he podido observarlo en mis peregrinaciones por Europa y América. Muchachos que quieren ser puros para mejor cumplir sus tareas espirituales y enfrentarse así a la creciente decrepitud de las normas de una vida desinteresada y superior.

Prosiguiendo en este esbozo de la sensualidad del mundo contemporáneo, tan trillada y escarmenada por literatos, sociólogos y moralistas, caigo ahora en el tema del amor libre. Y la primera pregunta que uno se hace al tocar sus lindes, es esta: de si crece el comercio sexual pecaminoso con el avance de las civilizaciones, si hoy es más frecuente o más atrevido, o más extremado en sus intimidades y experimentos.

También aquí se observa un fondo constante de inclinación natural a través de todas las razas y los siglos. Sólo que las mayores oportunidades ocurren en la ingente aglomeración que ofrecen las grandes urbes, la riqueza y la astucia. El amor es un hecho primario de la especie, pero su acrecentamiento y ejercicio está en función directa de la oportunidad y de la propinquidad, en las circunstancias favorables de tiempo y espacio, que aumentan, naturalmente, en las grandes aglomeraciones y en el intenso roce de la vida social frecuente y libre de los grupos muy asociados.

A esto se añaden múltiples elementos favorables al ejercicio del amor pasional irrefrenado: Yo no sé qué misteriosa revolución conduce las sociedades contemporáneas a un predominio del sexo femenino. Ello es que paso a paso va imponiéndose la mujer en actividades que antes fueron exclusivas del hombre. La liberación económica le produce fueros que nunca osara apotecer, la equivalencia de estudios le suministra un equipo formidable para la lucha, la

constante comunicación con los varones la adiestra en artes de dominio, la higiene y los deportes la vigorizan con mayor arrogancia y esbeltez, con un nuevo sentido de combatividad y gusto de los riesgos vitales. Y así se ha producido un fenómeno que parece ingenuo de enunciar e increíble en el fondo. La mujer ha descubierto el sexo. Ello no significa puerilmente que antes no ejerciese aquellas funciones suyas, sino que ahora es ella la que tiene el control de su mérito individual y social, de su poder de dominación y de su alcance edonista. En otras edades el cuerpo y el espíritu de la mujer pertenecían al hombre o para enajenarlos libremente, como padre o tutor, o para disfrutar de ellos, como cónyuge. Luego va ella libertando el espíritu, viviendo en la intimidad de su conciencia fueros ideales, mera ensoñación, quizás, pero ocurrencias que no por recónditas eran menos reales y potentes. Ciertamente que severas normas de fidelidad retenían aún en perfecto claustro aquel turbión de sentimientos. Hoy día desaparecen los diques y en el estadio abierto del amor contemporáneo, disminuye el valor intrínseco de la virginidad, cobra otros rumbos la fe conyugal y se inicia como una revolución en el conjunto de todas estas relaciones.

Concello van descaeciendo algunos valores, y otros prosperando poco a poco. Y todas las mujeres conciben la libertad de su espíritu para amar a quien no están legitimamente unidas, y entienden que sólo deben al cónyuge la exclusividad del sexo. Una gran porción, que día a día crece y predomina, considera que también este cuerpo material es suyo con fuero inalienable, intrasmisible, y que sólo deben a la fidelidad el beneficio de sus facultades, un cambio preferente de goces y un auxilio de camaradería gentil y eficazmente protector. «Ser buena» no significa ya para este grupo femenino «ser pura», sino ser útil, ser colaboradora, ser camarada y compañera. Algo así como un canon de amistad más bien que de amor murado y exclusivo.

Esta revolución es muy honda y en manera alguna fácil de entender. Que la virginidad anatómica pierde de precio social y jurídico como nos lo está revelando el cotidiano acaecimiento de sus peripeccias, litigadas en todo el mundo; que semejante cosa ocurre con la fidelidad conyugal, no parece discutible. Ahora bien, la virginidad en ambos órdenes, el moral y el físico, es un tesoro de inefables complacencias y de enatecedora virtud estimada ante para el varón enamorado. Ella le permite modelar a su imagen y semejanza, a su sensibilidad propia y aun a la índole de su sensualidad, al ser que inicia; le retribuye en frescura de emociones cuanto soñó su idealis-

mo; da de sí ternuras recónditas que no tienen equivalente en ningún arte, refinamiento, trucos de seducción ni cosa alguna diferente de la ingenuidad incólume. Fuera de que es garantía de generaciones robustas, caución espontánea de fidelidad en ciernes, defensa sellada contra ponzoñosas comparaciones que pueden derruir de un golpe mudo el porvenir entero.

Por lo que respecta a la fidelidad conyugal otros han hablado tanto y tan bien, que sería entrometimiento pueril de mi parte delinear algunas opiniones. Estamos aún muy cerca del patriarcado celoso y agresivo del hombre mediterráneo para discernir prudentemente los valores perdurables de este asunto de los que apenas lo caracterizan en tangente de costumbres y sentimientos adquiridos. El hombre piensa que la mujer no ha dado nada mientras no ha rendido su sexo, pero que una vez éste entregado a otro hombre, le sigue siendo sujeta, adjetivada, definitivamente apocopada e inermes. El cónyuge presiente, si es que no lo sabe con nitidez meridiana, que el fraude amoroso lo minora, le advierte deficiencias implacablemente depresivas, por donde le ocurre un grave desmayo de la voluntad cuando es vencido en esta lid. Su personalidad cambia, un no sé qué de relajamiento del carácter domina sus reacciones vitales y sociales, y hasta su inteligencia rinde menores frutos. Se hace un poco maldiciente y «mal pensado», un mucho escéptico y aun parásito al fin. Por su parte, la mujer necesita, si no la defiende una eximia superioridad de espíritu, explicar su conducta con revelaciones de intimidad que no le pertenece a solas, recusar un poco a su varón para justificar su nueva vida. Estas revelaciones son un fraude peor que la entrega sencilla y natural de su cuerpo, porque así el amante victorioso llega a poseer en un mismo acto a dos seres, a dominar sexualmente dos cuerpos en uno y obtener la llave de dos intimidades. La intuición vagarosa de este yugo sexual, y no el mero prejuicio de las normas sociales ambientes, es lo que deprime, hasta el colapso, a veces, la varonía derrotada del cónyuge.

REVOLUCION DE LA FAMILIA: No son, empero, tan someras y discernibles las trayectorias del amor, el matrimonio y la familia. De las cuatro grandes funciones que ésta cumple, propagación de la vida, propagación de la estirpe, propagación de la riqueza personal y propagación de la cultura, ¿qué nos va quedando en la nueva morfología de las sociedades contemporáneas? Ya vimos que la riqueza es poco a poco recaudada por el fisco, indirectamente en tributos que solicita del capital, de la renta y del trabajo; directa-

mente al tomar para sí cada día mayores porciones de la herencia. Los Estados abusan hoy del ahorro, ofreciendo a los ciudadanos numerosas instituciones que lo «aseguren», y modificando luego la índole de esas mismas empresas oficiales de manera de quedarse él con el capital y los rendimientos en cualquier truco legalizado de emisión de nuevos «valores» o de redistribución de bienes, «reorganizando» su primitiva promesa. Exactamente lo que hacen algunas sociedades anónimas con sus inermes accionistas, que van llevando a la reserva lo más posible, hasta el día en que se «aplica» esa reserva a... Dios sabe qué inteligente repartición.

La propagación de la vida, es otra defraudada promesa de la familia actual: Ya nadie se aventura a procrear hijos, si no son los desamparados, a quienes tanto más da uno que una docena, si todos han de padecer de la misma hambre y de la misma incuria moral. El incesante aumento de la población pobre y débil hace más y más irrisoria la antigua bendición del «creced y multiplicaos» de los patriarcas semíticos, de la Europa incipiente y de la América colonial. La propagación de la vida ya no es operante ahora.

Y de la estirpe familiar, ¿qué decir? El triunfo de las corrientes democráticas, la nivelación de todos sobre la base de un común denominador acabó hace días con el señuelo de las aristocracias, de los pergaminos, de la prestigiosa nomenclatura de cien abuelos. Reyes y proletarios vamos confundidos por las rutas ásperas del vivir contemporáneo, y una común desgana de prolongar apellidos que no tienen garantía de triunfo ya, que se hunden en el acervo de lo eternamente innominado y plebeyo, plebeyo de espíritu, sobre todo, descuaja la antigua ilusión de las estirpes y pone en fuga el ingente esfuerzo de criar y de educar nuevas generaciones: ¡Cómo si ello fuera tan fácil! Además, el Estado va asumiendo las funciones de la familia, vamos, yo no sé hasta donde conscientemente, regresando a la morfología social de la vieja Lacedemonia, donde los hijos eran, si mucho, prestados graciosamente por el Estado omnipotente, mientras requerían leche materna, y recobrados luego para su servicio perpetuo. Tal así hoy, desde el certificado prenupcial y el «kindergarten» hasta las universidades y los servicios obligatorios, que lentamente amplían su radio de exigencia, con que ahora hacen, en los Estados «totalitarios» y soviéticos, de la vida del hombre una función política reglamentada «ad íntegram» oficialmente. ¿Qué queda, entonces, de la famosa propagación de la estirpe?

No son estas ocurrencias de un azar histórico: Vivimos dentro de una sensibilidad de masas, por el hecho de haber crecido tanto la población, que ya no es posible continuar bajo las normas de la psicología individual de unos pocos favorecidos de la suerte. Este gobierno de las multitudes se organiza jurídicamente en Estados democráticos hasta cierto nivel de eficacia, que una vez roto tuerce e rumbo hacia el socialismo y el comunismo, en que aquellas masas obtienen la hegemonía del mando. Ningún derecho es superior a derecho de vivir, enuncian esas muchedumbres hambreadas de pan y sedientas de su lote en el usufructo de los bienes posibles de la existencia. Las formas de Estado no hacen más que conformarse a estos mandamientos imperativos del inmenso paralelogramo de las fuerzas vitales congregadas en sociedad y encauzadas en gobierno. ¿Mejor o peor? Repetiré incesantemente que el margen de bondad de las instituciones humanas, es a la postre muy pequeño, de un avance casi imperceptible, en cuanto a beneficio substancial, aunque visto de cerca se muestre en agitación de cataratas y ciclones inmensos. En medio de los cataclismos universales que suscita esta situación de la pobre especie humana, tal vez, tal vez... lo más prudente y acertado sería armonizar lo ineluctable de estas imposiciones de la nueva ruta con la dignidad de la persona, abrigarse en un humanismo sensato: Que si todo ocurre a través de las masas, ello parece también, que todo emana de espíritus individuales egregios, de la iniciativa de hombres privilegiados, en quienes la ley indiscifrada que rige los destinos de la especie culmina, como en antenas de misteriosa captación de rumbos?

¿Qué subsiste entonces?

¿Acaso la continuidad de la cultura, la transmisión de ella por hábitos, disciplina cotidiana, impregnación directa de las normas en el espíritu de las nuevas generaciones? No se puede negar que ello aún perdura en parte. Y sólo en parte, porque un proceso de aceleración rompe actualmente los engranajes antiguos. Ya un muchacho pide autarquía apenas adquiere el «uso de razón», como decíamos antes, y muy presto choca su sensibilidad diferente con la de sus progenitores, ironizando a costa de ellos y ridiculizando sus costumbres. Un paso más y este conflicto de desviación espiritual se trueca en tragedia insufrible: padres e hijos son ya potencias rivales en inminente ruptura. Tan apresurada es la marcha de las mutaciones en la vida moderna, que diez años de distancia, ni siquiera una generación fisiológica, sólo una hornada de estudio, establecen resonantes divergencias de juicio, enconada rebeldía de sentimien-

tos, aflictiva posición de adversarios irreductibles. La mutación incesante de la ideología, de la técnica, de los instrumentos del vivir, hacen que la sociedad carezca hoy de bases sólidas, que ningún temperamento se defina, que ninguna voluntad armonice con otra en la reducida celda de una misma generación. El progreso se come sus beneficios, al modo cruel de esas aves histéricas que devoran sus mismos huevos a medida que los ponen.

Lo cual dicho, retornemos a mi discurso sobre las antiguas normas de la virginidad y la fidelidad ante el amor y el matrimonio: A seres que no se rigen ya por reglas estructurales de conducta, que van por el mundo y la vida al azar de los accidentes, ¿cómo exigirles actos heroicos, sacrificio de sus anhelos, renunciación y mortificación perennes? He ahí una de las encrucijadas letales de esta civilización febril. Ante ella, uno no puede responder sino con un mensaje discreto de dignidad humana, de «estética de la personalidad», para emplear mi frase favorita: Que a lo menos el hombre, al rendirse a las omnipotentes invitaciones del amor, sea gentil, en primer lugar, asumiendo todas las responsabilidades, sin olvidarse de aquel adagio antiguo de que «quien gran salto da a sus pies se atiene», y no salir en fuga cuando ha obtenido el triunfo de sus reclamos; y en segundo caso, protegiendo con eterna gratitud la donación de la mujer. El acto carnal del hombre, fuera de sus deberes, como el de la mujer pública, es intrascendente, es un acto: el de la mujer honesta, el de la mujer que se rinde al amor, es un compromiso fundamental de toda su existencia, es una mutación de rumbo. Por eso el varón bien constituido concibe ante ella una gratitud indeclinable, protectora materialmente y espiritualmente retributiva. Los que no experimentan esta gratitud pertenecen al incierto grupo de los intersexuales, y los que abusan de sus triunfos proclamándolos, los exhibicionistas morales, son defraudadores de la estirpe, rateros de un prestigio recusable y torpe.

No creo que la mujer abarate la donación de sus caricias: Una extrema facilidad de relaciones traería a su sexo la mayor de las catástrofes, la desgana del hombre, y por ende la bancarrota de un buen centenar de actividades de la sociedad y del espíritu, desde la ilusión, magia de la vida, hasta las mejores creaciones del arte. Regresaríamos al mundo de la espontaneidad animal, a la carencia del estímulo, al colapso de la ambición. Ella sabe, la mujer, que su misión en el mundo es genitora de milagros, que cuando se niega, enciende; que cuando otorga, fortifica; que cuando se reserva para uno es porque lo cree grande y quiere enaltecerlo más aún. El amor

es un templo, y si no, que lo dismantelen a ver qué queda del alma y de la vida.

EL SEXO DE LAS CULTURAS: ¿No lo ven ustedes?: Parece un truco de imaginación y de literatura, y abarca, no obstante su engañosa superficie, un buen porqué de consecuencias sociales, culturales y aun de política internacional, esto que voy a decir discretamente, advirtiéndole que los caracteres y costumbres que lo fundamentan tienen otras causas concomitantes que hacen muy confusa la investigación.

Los sociólogos nos han habituado a considerar a ciertos pueblos como de tipo patriarcal o matriarcal, anotando cuidadosamente las muchas instituciones diferentes que surgen del predominio de una u otra morfología de las sociedades así contempladas. Y aunque estos sabios y eruditos buscan de preferencia tales modos de vivir en los pueblos primitivos, una aplicación espontánea se nos ofrece en el estudio de los contemporáneos, siquiera se disimulen estas modalidades de conducta bajo especies casi casi indiscernibles.

PARALELO ENTRE CULTURAS DE TIPO PATRIARCAL Y MATRIARCAL: La fórmula patriarcal persiste imperativa en las naciones sucesoras del grupo romano-hispano-árabe, de donde lo hubimos nosotros los de Hispano América. Nadie ignora hoy las normas que imprime a la constitución de la familia y al juego espontáneo de las relaciones sociales. Muchos saben, asimismo, la poderosa influencia que ejerce en la legislación civil de las nacionalidades. Unos pocos adivinan hasta dónde influye en las virtudes, delincuencia y religiosidad del ambiente en que prospera su índole. Menos fácil es interpretar las relaciones que pueda tener con la filosofía, las ciencias y las artes. ¿Un pueblo de tipo patriarcal sería o no más idealista, más abstracto, que el tipo opuesto? Una religión teológica de caracteres españoles, y una religión ético-social, al modo norteamericano, debe sus diferencias fundamentales a esta raíz. La lírica exaltada de un lado y la arquitectura funcional del otro, me sugieren la opinión de que el pragmatismo «hogareño» de la mujer, y los impulsos sensuales del hombre contribuyen a su causalidad recóndita. El culto del héroe, tan yanqui, no puede apartarse de aquella fuente. El tremendo ascetismo de España, surge sin duda de una libidine masculina conturbada. El orden, la higiene y la democracia métrica de Estados Unidos, esa su nimiedad en la alimentación, ese su afán de estadísticas, aquel meticuloso respeto de las

fórmulas, hasta la prostitución desterrada oficialmente, hasta los histerismos mesiánicos, son pura femineidad, son virtudes de ama de llaves o noble vigilancia de mater-familias. Ni es otra cosa el Pragmatismo de James, ni es otro caso su incesante producción de utensilios domésticos, de ciencia aplicada, de urbanismo y policía. Wilson, el simpático iluso de los catorce axiomas de la paz universal, tenía algo de comadre hacendosa y virgen. El calamitoso desprecio de la vida en los españoles, esa apocalíptica tragedia del alma implacable de los iberos, es una modalidad de lucha masculina, del rabioso combate a muerte que emprenden los machos de todas las especies animales: La sangre y el amor andan juntos en las sociedades del patriarcado; el amor y la economía coquetean siempre en las culturas de tipo femenil.

¡Y tan femenil! Obsérvese la novelaría del público norteamericano, su insaciable novelaría, y su gusto por los inmensos tamaños, por el exotismo y lo extravagante, por «batir el record», por ser eternamente «la reina de la fiesta», como las damas en bailes de club y refinamiento. Mírese la manera de viajar del americano del Norte, su posición ante el paisaje, su criterio sobre las costumbres ajenas, que no busca normas de modificación de su propia manera de ser, ni acepta la substancia, sino que va al modo de las mujeres elegantes, coqueteando con sus bellas espaldas ante los espejos del salón que altivamente cruza: Lo más bello le arranca siempre esta frase suprema: «Parece americano». Y esa uniformidad del alma yanqui, esa igualdad de gustos y criterios, que estriba en el dón de imitación y adecuación adjetiva de la hembra humana. Y aquella su ética en la conducta económico-social: ¿No han estado ustedes en América del Norte? Pues nada puede entonces darles un simil de tan estúpidas contradicciones. Es el americano un ser bondadoso hasta las más encumbreadas virtudes, de las doce del día sábado a las nueve de la mañana del lunes. En su hogar es un niño generoso y obediente, en el templo canta himnos con una piedad de catecúmeno, y da limosna crecida para el culto de su predilección, asiste a juntas de beneficencia y suscribe cuotas de caridad para los desvalidos de su parroquia y de lejanos países, con un sentimiento católico de solidaridad humana, va gentilmente a socorrer necesidades remotas, a suburbios y moradas de gente humilde, y es buen camarada, esposo modelo, padre meritísimo, trabajador incansable, censor humano y recto del prójimo, y ciudadano pulcro de una democracia eximia. Mas he aquí que ha llegado el lunes a su despacho, fábrica, banco, comercio, bolsa o burocracia, y aquel ángel dominical aprieta la pi-

pa de cerezo entre los dientes de tigre, acerca los ojos azules, respinga su nariz achatada, aprieta las mandíbulas leoninas de «piel-roja» y da zarpazos, desgarrar vidas, rompe fortunas, mata hombres de hambre, asedia ciudades, roba naciones, compra conciencias y desprecia vidas, derrocha aflicción y llanto, hasta que triunfa y se llama Teodoro Roosevelt. . . o un multimillonario de New York City.

Esta moral incoherente y ondulante, esta moral de horas fijas es femenino. Porque la mujer es así. Colmo de bondades y colmo de perversidad, caridad de este y demoníaca dureza, candor y severa virtud de sacrificios supremos y delincuencia impasible. Es el natural tabicamiento de la psique humana en materia de conducta llevado a una exageración casi inverosímil.

Y no se piense que esta cultura femenina, que esta sensibilidad de matriarcado corresponde a debilidad de carácter o a mezquindad de rumbos nacionales. El pueblo yanqui es uno de los grandes de la historia, es de los muy pocos que actualmente signa con sus normas el curso de la humanidad, hace numerosos años que el mundo imita sus instituciones políticas, su higiene familiar y social, su técnica prodigiosa y sus artefactos de toda índole. Maldiciendo de él, Europa ha seguido sus huellas poco a poco, y es yanqui cuanto vemos en los hogares cultos, desde la luz eléctrica, la cocina y el baño, a la cuchilla de rapar del señor y el cabellito corto de la señora, desde el escritorio del uno hasta la raqueta de tenis de la otra, desde el cigarrillo y el coctail de ambos, hasta el cinematógrafo de las multitudes. Yo no veo en esta civilización sino fórmulas técnicas del espíritu americano, y aun lo poco original artístico que estamos creando, arquitectura, música y danza, por ejemplo, de ahí emergen, de ese colosal imperio.

Y tiene nobles mas virtudes también. El que haya vivido en el seno de la sociedad yanqui la respeta y cordialmente estima, aunque no guste de su índole. Posee un sentido de cooperación social muy eficiente, un sentido de la democracia arraigado y justo, un sentido de la equidad desinteresada, muy noble, una fe en la acción estimulante y firme, un gran respeto de las cualidades eximias de ciudadano y de sus méritos, que recompensa bien la agresividad del rudo combate que ahí cumplen los hombres día a día y hora por hora, sin tregua ni refugio: Es un gran pueblo histórico, sin duda.

¿CULTURA POLIANDRICA? En algún otro pueblo nobilísimo, que ha sido maestro de la humanidad en horas solemnes, observo

una sensibilidad social sui géneris, que me incita a suponer que su índole no corresponde ni al patriarcado ni a las normas matriarcales de los etnólogos. Sin aguzar sutilezas de la mera fantasía, podemos adscribirle una modalidad poliandrica. No que ahí una mujer se case con varios hombres y ejerza el dominio del hogar y la república, sino que en su ambiente constituye núcleos de orientación social y cultural de un valor eximio, que ella va encauzando la juventud intelectual y artística hacia el triunfo, guiándola, comunicándole prestigio, favoreciéndola incesantemente, eficazmente, hasta hacerla dominar las cumbres. En los salones de esta poliandria espiritual se adiestran los políticos y economistas, los literatos y hombres de ciencia, los sacerdotes y aventureros. Ahí el provinciano adquiere refinamientos, el tímido cobra audacias, el exuberante mesura, el desamparado consuelo y auxilio. Y esa mujer, de una intuición sutilísima, de un arte exquisito, de una amabilidad cautivadora, sabe pensar, sabe discernir, sabe creer, hablar a tiempo y callar oportunamente. A todos da ocasión y luminoso espacio para que descuelguen y se acrediten, para que luchen disciplinadamente y ejerzan sus mejores virtudes espirituales. Y a la hora de prueba los conduce al punto de combate bajo el yelmo minervino de su protección, definitiva y sonriente.

¿Los ama a todos? A éste y aquel quizás. A todos los quiere, eso sí, y generosamente vincula a su trono social. Sin diez, son veinte, un centenar en raras ocasiones, según las amplitudes de su posición, de su riqueza o de sus luces. Uno de ellos es el esposo, discreto, compaciente y gentil, respetado por ella y manejado con roncal de terciopelo, protegido en sus negocios, amparado en sus debilidades, mimado en sus caprichos, embelesado con la magia de mil pormenores que lo cautivan y adormecen. Otro es el dueño privilegiado de su ternura, enaltecido discretamente ante el mundo y regido en la intimidad con inefables dones, encauzado hacia el triunfo de su vocación y ya recompensado en la sede augusta de una emotividad sabia y hechicera. Suele existir un preferido de afecto nada más cordialmente amparado dentro de los límites de una gentileza sin caricias, un remoto posible, tal vez, mas no un príncipe consorte. A poca distancia se agrupan muchos otros en el radio de una amistad generosa y muy pura, que a todos dispensa atenciones, información social, oportunidad de lucimiento, y el fino deleite de una sabrosa conversación.

Poco a poco esos hombres van triunfando, el idioma adquiriendo una estupenda precisión, la literatura haciéndose elegante y su-

til, la análisis psicológica de los caracteres ahondando sus investigaciones hasta un grado que desconcierta a los técnicos y peritos de la profesión.

Débil ante el dinero, la sultana le trueca en gentilmente generoso, con amplio sentido de varonía, sin hacerle nunca advertir que su dote lo ha adjetivado oportuno y sutilmente.

Desde la remota Edad Media la cultura de esta nación afortunada y gentil cobra de su poliandria espiritual su índole y mejores virtudes: Poesía y drama, novela —¡novela primordialmente!— y pintura, música y arquitectura, decoración y artes suntuarias. De ahí surgen las modas que enaltecen a la mujer contemporánea del mundo entero, de ahí, sedas y perfumes, ritmo en el andar y dulcumbre de frases recónditas.

No se dará en su seno la valentía escultórica de Miguel Ángel, ni la turbulencia oceánica pasional de Shakespeare, ni la cósmica elación de un Beethoven; no surgirá de sí el vertiginoso rascacielos, ni la dramatizada ópera de Wagner; Nietzsche dionisiaco no puede nacer de sus entrañas. El humor inglés y el sarcasmo español, desaparecen ante la gracia ondulante de la ironía y la alusión recatada y remota. El ritmo mesurado de la mujer asordinará las voces, alinearán las calles en deliciosa perspectiva de sorpresas, dibujará bosquecillos y jardines de reposante abrigo sensual. Y serán los libros de una ordenación perfecta conceptual y tipográfica, los filósofos discurrirán con sencillez envidiable, los historiadores y naturalistas clasificarán sus temas en geometría euclidiana de fácil entendimiento.

Calipso, sin duda, y su hechicero reinado de amor e inteligencia.

CULTURA INTERSEXUAL? Más difícil de definir es el caso de otra gran nación, a la que debemos estupendas aportaciones culturales, y que ofrece al estudio de la sociología un temperamento de índole intersexual, no obstante el vigor de su espíritu.

No que predomine en él la timidez o amaneramiento. Es algo desconcertante que se observa en su conducta social y familiar. Una despreocupación amorosa de los hombres, una como carencia de gratitud, de esa ternura que el buen varón siente por la mujer que le dispensa la intimidad de sus favores, reacción que ellas advierten de instinto, y un poco amargadas la cobran en obsequios extra-conyugales. Un extranjero me decía, sin analizar mucho este problema, que aquel país debía de ser el paraíso de los donjuanes

por la dicha incuria amorosa de los maridos. Abusan penosamente de la jefatura, dándose de puntapiés de superiores a inferiores en una escala indefinida que va de la cumbre del Estado hasta el último sirviente. Son metódicos en sus caricias conyugales, como si las regulasen sin apetito, y de novios no se preocupan con celos del pasado sexual si media oportuna confesión que salve la dignidad protocolariamente: un sí es no es a la manera de algunas tribus bereberes, que cuando viaja el marido por largo tiempo, cumple con dejar sobre el lecho de la esposa alguna de sus camisas, para tener por legítimos a los retoños que nacieren más tarde en su ausencia: Y muy lejos ya de la dulcísima costumbre de los Germanos antiguos, que al amanecer de la primera noche nupcial ofrecían a su novia un «morgengabe» o «regalo de la mañana», en premio de haberseles entregado virgen.

A esto se añade otra cualidad del carácter de aquel pueblo, respetado y admirado como pocos en la tierra: Son de una plasticidad de conducta que va al mimetismo moral, y de una adaptabilidad vital que atrae y subyuga el ánimo más reservado y precavido en contra. Y, si nembargo, el fondo íntimo de su pensamiento no lo atrapa uno fácilmente, pues que a medida que se les conoce mejor, más recónditas modalidades les van apareciendo, y más confusas.

Tienen una gran sensibilidad artística y una gran cortesanía de superficie, que son dones frecuentes en los intersexuales, con cierta inclinación al chisme social y al comentario malévolo, que también les corresponde muy a menudo a los de este género dudoso.

LA INDOLE Y EL IDIOMA DE LOS PUEBLOS. Muy instructivo sería estudiar a fondo las características de su arte, para deshilar la tela sutil de sus tendencias subconscientes. E investigar, asimismo, algunas condiciones peculiares de su idioma, por ver de confirmar o contradecir esta vaga hipótesis. Tengo para mí que la psique de los pueblos puede mirarse muy oítanamente en la estructura, fonética y modismos de sus lenguas. Este instrumento espiritual se va modelando al modo de ser íntimo de los grupos humanos, siguiendo sus tendencias como una capa de yeso las facciones para la mascarilla que se intenta producir. La complicación objetiva del verbo en los pueblos primitivos denota su incapacidad de abstraer y sintetizar nociones; la riqueza idiomática del griego nos descubre la exquisita sensibilidad de esa raza; el ritmo grave de la frase latina y su rotundidad denotan la arrogancia del imperio romano, la precisión y parquedad del inglés, comparadas con la abundancia

efectiva de su lexico, demuestran un espíritu de poca ostentación superficial y grande esmero íntimo, de la ordenación casi geométrica del francés se deduce un alma de normas definidas hace tiempo, la musicalidad y vibración tremula del italiano, su dulzura constante de tensiones repentinas, advierte de una sensibilidad artística y nerviosa, con fáciles arrebatos y caídas de emoción; el alemán (si exceptuamos el estilo vivaz de los germano-hebreos y de algunos revolucionarios como Nietzsche) de largos períodos y laberíntica organización del sujeto, los complementos y el verbo activo, de fatigante cadencia locutiva que hace que al oír un discurso nos parezca de borbotones con pausas de ahogo y de ímpetus fisiológicos de combate; el castellano, de caudalosa fraseología y vocales abiertas que se repiten en abrumadora consonancia y casi ineludibles asonancias, produciendo el tormento máximo de los artistas que atienden a la fluidez armoniosa del ritmo, es como una plaza abierta, sin recodos ni refugios de intimidad, de recogimiento y escondite.

OTRA RARA FORMA DE CULTURA: Y aunque de esto no quería escribir más, aún solicita mi estudio otra nación que sabe cautivarnos estéticamente con producciones literarias de primera magnitud y desconcertarnos con sus capacidades estupefacientes de empresa y sacrificios. Mas, ¿cómo decir esto, sin agraviar su gentileza ni ofender a los lectores? Por mucho que la ciencia en su ecuanimidad noble y activa esté autorizada para meterse en escabrosos rumbos, algo nos cohibe en frente de ciertas cuestiones que el decoro encubre. Ello es que aquella nación produce obras de una sensibilidad discontinua, como a choques «esquizoides», con profundidades casi de abismo en el análisis del alma y estados caóticos, como de ausencia moral, de obnubilación, que dicen los médicos, cual si el espíritu de esa raza estuviese frecuentemente conturbado por exaltaciones y depresiones, como si su libidine no se satisficiera en cauces normales, sino por auto-excitación deprimente. El juego adecuado de la amatividad deja un sosiego de misión cumplida, que es equilibrador de la psique, y aun enaltecedor, si hay motivo de orgullo. La solitaria «catarsis» de estas funciones determina una irritabilidad de altibajos incoherentes, como se puede apreciar en la política, la literatura y el comportamiento familiar de ese grupo humano. No sé qué de esquizofrénico, de místico perturbado, de «autista», como ya insinué antes, se percibe en su índole, que un análisis mejor informado y hábil pudiera discernir luminosamente.

PATRIARCADO COLONIAL. Y dicho esto, como un paréntesis de contraste para el estudio de la formación de la familia colonial hispanoamericana, regresemos a nuestra tarea.

En aquella hora y tales sitios, se constituyó una institución familiar con caracteres definidos y muy peculiares de patriarcado hogareño. En la carencia de ambiente social favorable a un contagio educativo, de institutos pedagógicos suficientes, rudimentarios aún, de actuación sensible de los gobiernos civil y eclesiástico, tan distantes a veces los dos y tan debilmente articulados a la realidad de aquel mundo en génesis, fue el pater-familias la columna de sostén, el arco toral del espíritu, y hasta me atrevería a afirmarlo, el único baluarte cultural de esta nación en ciernes. Es preciso imaginarse aquellos grupos de población remotamente aislados en las haciendas o chacras del Valle Caucaño, de las Sabanas del Sinú y de Bolívar, de los riscos de Antioquia y Santander, de los altiplanos de Nariño y Boyacá, de los escondidos hatos del Huila etc., para entender que si conservaron religión y cívicas virtudes, normas morales y cortesía social, anhelos de libre ciudadanía y noble ambición de una cultura del espíritu, fue de ahí, de la indeficiente enseñanza de aquellos varones patriarcales de donde la hubo nuestra estirpe. Tras el trajín fatigante del labrantío y pastoreo, reuníanse en los amplios corredores de la alquería patrones, siervos aborígenes y negros esclavos a rezar el rosario de la Virgen, «encabezado» por la señora del fundo, por la esposa legítima, respetada de todos, a veces por el patriarca mismo, según condiciones y circunstancias de ambiente y de persona. Luego se platicaba un poco de negocios en perspectiva para el día siguiente; se comentaban a vuelo de pájaro los acaecimientos personales del grupo; y entre una y otra ocurrencia divagaba el sermón por las cumbres de la conducta, de la nacionalidad, y del mundo remoto de los civilizados, engendrando así anhelos de un más allá enaltecedor, de un excelsior, y así vinculando a hijos propios y servidores de su casa y empresas a la comunión universal del espíritu. Y al fin, como un regalo de la fantasía, lo mejor a veces de aquellas vigiliadas de la prima noche, el relato de historietas populares, de refranes rústicos, de apólogos infantiles, vena inagotable de la poesía y de la sabiduría populares, que algún viejo agorero o abuela de abundante labia reminiscente, emprendía para inagotable placer de chiquillos y almibarado hipnótico de sus candorosas imaginaciones.

En tal aislamiento, la autoridad del pater-familias destacábase con caracteres de función religiosa, de representación civil del go-

bierno lejano, de vínculo sagrado de la prosapia europea conquistadora, de su propia valentía en los azares frecuentes de una existencia rústica, del prestigio natural de su rango económico y de las virtudes personales que favorecieran su misión solitaria y egregia. De ahí que la esposa le contemplase con sumisión cordial, pero irrestricta, que la servidumbre le tuviese en alturas de caudillo heroico, que los descendientes le fuesen rodeando de una veneración filial indefectible, de una veneración que nunca prescribía, antes confirmábase al correr de los años y creciente senectud. De su jefatura de las labores agobiadoras del campo, declinadas poco a poco en la ya recia hombría de los hijos adultos, iba pasando al ejercicio de un magisterio de dirección espiritual, de severa vigilancia, con aureola de infalible, que el respeto y el cariño le garantizaban para siempre: Véase en ocasiones a este viejo luchador, inclinada ya la cabeza nivea, pero centellantes aún los ojos zahareños, amonestar severamente a hijos barbados y hazañosos, que le escuchaban y acataban en silencio hermosamente humilde. Yo sé de varones eminentes, nietos de aquella estirpe bravía, que después de coronar cumbres de gloria, de ser generales de la República y prestigiosos gobernantes suyos, recibían el regaño paterno con la cabeza inclinada en heroica sumisión filial, más noble que sus batallas de prestigio marcial incólume.

DE LA INSTITUCION MUNICIPAL

Aquí y allá, lentamente, ibanse formando núcleos pequeños de población. Al iniciarse la colonia fueron estas creaciones oficiales un baluarte de la conquista. Al correr de los años, otro ritmo adquirió la función del poblamiento.

No tuvimos nosotros en la época aborígen urbes de dignidad arquitectónica, ni siquiera algún palacio o templo de prestigio. Nuestros indígenas no habían desarrollado aún capacidades para el manejo de la piedra labrada, y sólo muros encañados y techumbres de paja abrigaron sus familias y sus clanes enteros a veces. La habitación en bohío, cónica de soporte central, o la choza de dos aguas, más raramente, eran de costumbre entre los más cultos, con cierta elegancia de disposición y cercados de defensa aquí en tierra de los Zipas, con más amplitud, para toda la comunidad, entre salvajes que viven en trashumación frecuente, como las regiones inhospitables de la Amazonia, en palafitos cuando habitaban zonas la-

custres y, caso peculiar de los Catíos antioqueños, en construcciones arbóreas, para defensa de alimañas y de la cruda intemperie del clima chocono, en cuya linde tuvieron su señorío.

La lenta congregación fue despertando en los hombres el ingenio constructivo, hasta la aparición de un arte que es resumen de los otros, la arquitectura, pues recoge o acoge las manifestaciones de la pintura, del drama, de la danza y la música etc. Los sitios aportan recursos orientadores, ora las cavernas naturales que las aguas corrientes han excavado en rocas de fácil solución, como las calizas, donde la horda primaria se refugió en Honduras digamos y en el paleolítico europeo, v. gr., o ya aprovechando los elementos vegetales, cubiles apenas, no superiores a los que los animales se construyen, inferiores sin duda a las habitaciones de algunos pájaros e insectos, enramadas rústicas sin geometría ni aprovechamiento de una estática racional, como entre los negritos y pigmeos africanos, equiparables a los abrigo de los monos superiores. En roca frágil lábranse domicilios de erguida posición, como en el Occidente Norte-americano o hipogeos habitables, como en el Perú. Un poco más adiestrados ya combinaban la estructura vegetal con el barro en bahareques y aun llegaron en algunas partes a la confección del adobe. Los más civilizados levantaron imponentes edificios de piedra, de muy valientes masas, hábilmente adosados y superpuestas en ocasiones, sin cemento alguno, entre los Collas, digamos, y los Incas, o en elegantes estructuras trapezoidales y piramidales, profusamente decoradas, como los Mayas, Aztecas y Toltecas.

Al avanzar la población y la riqueza, el domicilio de los hombres va sufriendo modificaciones estructurales correspondientes, y pasando por etapas de adecuación a las exigencias de la cultura: De mero refugio a abrigo, de abrigo a comodidad, de comodidad a higiene, de higiene a moralidad, cultura y arte, en un clímax paralelo al desarrollo de la personalidad y la civilización, y de ellas, a la vez,preciado estímulo. Con la diferenciación y diversificación funcional de las actividades humanas, van surgiendo calles y plazas, templos y palacios, mercados públicos y estadios de recreo, teatros y termas: Cuanto constituye un plano de urbe civilizada y magnífica.

Y ello mediante una evolución espontánea de asociación y de recursos. Que Hipodamus de Mileto, hijo de Euryfon, hubiese trazado las primeras calles, es solamente un emblema histórico. Que Enochia o Enoquia, fuese la primera ciudad de los hebreos, no pasa de un símbolo memorable. Al crecer el número de casas se impone la distribución en vías de acceso, al aumentar la población es nece-

sario dotarla de un centro de comunicaciones, que se constituye en plaza, et sic de caeteris.

Y aquel crecimiento es espontáneo hasta determinados límites de posibilidad, según sea la zona urbanizable, la provisión de aguas útiles, la amplitud de los campos agrícolas y riquezas de otra índole, la minería, digamos, o condiciones militares, administrativas, religiosas, de salud, como sanatorios y sitios de recreo; culturales aún, cual ocurre en los centros universitarios: todo ello favorecido por vías de comunicación natural, de mares, lagos y ríos, o con rutas de acceso elaboradas por el hombre.

De ahí que sean tantas las modalidades de urbe. La de espontáneo nacimiento, como en Mesopotamia y Egipto; las de formación administrativa central, como Madrid y Washington; las castrenses o de defensa de un territorio, Kiel, v. gr., de cuya índole adolecen muchas de la conquista ibero-americana, Cartagena de Indias, digamos, y en lo antiguo Atenas la ilustre, la grande Alejandría de los Ptolomeos y la Lutecia de los Francos; las de emporio y distribución comercial, una Nueva York y una Londres, una Hamburgo etc.; las de función religiosa, como Jerusalem y la Meca, Lassa y Lourdes, y aun Roma en ciertos períodos de su existencia; las universitarias, que ilustran Upsala y Oxford; las industriales de varia especie, una Lyon, una Chicago y una Manchester, y los centros de minería, como una Potosí en la América del Sur; las de recreo y holgura, de que son modelo Niza y Biarritz; las de salud, a la manera de Róchester en Estados Unidos y los numerosos sanatorios de Suiza y Alemania, o la Vichy de los franceses. . . .

Todo esto ha conducido a meditar a los técnicos sobre las condiciones propicias para el desarrollo de las ciudades, y ya disponemos de una fisiología de su crecimiento, de una «planificación» estética de sus partes, y hasta de una terapéutica o corrección de defectos adquiridos y de inconvenientes naturales, cuya exposición en nada nos atañe ahora.

En cambio, nos importa mucho atisbar, siquiera someramente, el surgimiento y desarrollo de los centros de población ibero-americanos:

EL MUNICIPIO EN LA COLONIA: En la génesis de nuestra democracia entra por mucho la entidad municipal, en las formas tan curiosas que entonces revestía: recuérdese el hazañoso cabildo abierto, que se asemejaba en algo al «Conventum publicum vicinorum» de los visigodos de España, y algo también al «Comicium» ro-

mano. Entre nosotros el carácter de ciudad, de villa o de pueblo no tuvo que ver con la densidad de gentes, sino que emanaba de una gracia regia, fastuosamente promulgada, y así vemos llamar «ciudades» a tenues grupos de uno o dos centenares de colonos, cuando, al presente, en Estados Unidos se dice aldea la agrupación cívica menor de ocho mil habitantes, y en Francia es pueblo rural el que no pasa de dos mil. En la Europa de la Edad Media la génesis del municipio ofrece interesantes variaciones, porque hubo la ciudad de fueros eclesiásticos, la de fueros feudales, la industrial libre, la redimida etc., mientras que en el día de hoy predominan casi absolutamente los elementos económicos y administrativos.

Y no debemos descuidar tampoco algunas lucubraciones que iluminen el sentido histórico de las entidades políticas de que voy tratando: Municipio, ayuntamiento y alcalde son vocablos que de suyo nos dicen del complejo origen de estas instituciones, en las que entra la tradición romana, la visigótica y la mozárabe: Alcalde es la variación semántica de «Al Cahdi» o «Alcadí» uno a la manera de juez municipal que aparece en la España árabe desde el siglo IX, y que fue dquiriendo funciones administrativas de orden político también, al fundirse con las instituciones romano-góticas de la Península Ibérica. Ayuntamiento, Cabildo y Concejo derivan del latín, con el significado, el primero, de juntar, «ad iungere»; de asamblea, el segundo, o sea «capitulum»; de junta o congreso el tercero, «concilium» a través de la forma anticuada «conceyo». La Iglesia ha conservado esta última voz casi sin mutación fonética en «Concilio», «conciliar» etc. Municipio, de la misma derivación latina, nos trae interesantísimas consideraciones sociológicas, ya que su organización se confunde con los orígenes mismos del Estado, Estado-Urbe de la cultura greco-romana, en el comienzo de las civilizaciones. Al congregarse los hombres para el desarrollo de las actividades agrícolas fue surgiendo él, mediante un proceso lógico de convivencia, censentimiento de asociación, armonía legal y coacción jurídica, que un poco nos restringe a cada uno para el bien de la comunidad entera.

Cuando los conquistadores se iban transformando en colonos, fundaban un poblado de administración política y núcleo castrense, para el cual muy en breve pedían al monarca español fueros de ciudad ilustre. Felipe II determinó desde muy temprano de la Colonia que tales centros urbanos fuesen establecidos en buen clima, medio agrícola propicio, lejos del alcance, entonces trágico y frecuente, de los corsarios filibusteros o legalmente abanderados que inundaban

estos litorales del Nuevo Mundo. Asimismo recomendaba — como era de su preocupación entrañable — moralidad estricta, y otras condiciones muy atendibles, que denotan en su gobierno un buen sentido de la administración pública.

La diferencia entre ciudad capital, ciudad privilegiada con fueros, ciudad meramente, o de provincia, villa y pueblo, la daban más bien las disposiciones oficiales que el catastro de población. El mérito de localidad tenía mucha influencia en esto.

Y sucedía entonces que se le acreditaba a algunas escudo de armas, con leyendas más o menos heroicas, como la de «muy leal» y «muy noble», que se repetían a porrillo por todos los vericuetos de estos Andes, y se les asignaba una administración civil compleja según la categoría, con sus alcaldes mayores, ordinarios de primero y segundo voto, pedáneos, independientes de Corte o designación real, corregidores, que casi da lo mismo, etc. Y regidores, cuyo número variaba naturalmente, con el mérito del municipio a que servían, alféreces reales, capitán general y audiencia, en casos de ser metrópoli; presidentes o virreyes, cuando la importancia del país así lo imponía. Con esto aunábase el servicio eclesiástico, entonces tan íntimamente vinculado al civil por las leyes de patronato, la religión de reyes y súbitos y la materia prima de aplicación de ambos en territorio y aborígenes, por donde se distribuía en paridad de escala ascendente desde el misionero catequista y cura párroco, hasta el arzobispo y arzobispo-virrey en ocasiones.

Mas he aquí que a ciudad de la Colonia tenía de ciudad los atributos espirituales apenas. En lo físico a mi me parece que su estructura era la de un grupo más o menos amplio de alquerías alineadas en cierta contigüedad. ¿Qué si no alquería, eran aquellas casasonas de tres patios, el de «honra» claustrado, provisto de un jardín de dudosa esbeltez y frondosidad mezquina, a que daban sala, comedor y alcobas del señorío; de uno siguiente y menos grande, para el servicio doméstico y cocina; del tercero para animales y pesabres; y por último, aunque de espacio mayor, el huerto, huerta o solar, que todo era una misma cosa al fin? Y esto en la calle real, como entonces se decía de la mejor y más aplicada al comercio, al discretísimo comercio de aquellas edades. Lo que era muy lógico en la economía agrícola e incipiente de nuestra Colonia. La ciudad, la villa, y más aún el pueblo, servían de refugio a un extenso campo de labores, dilatado a veces como una provincia de hoy, y naturalmente acondicionado a servir de caballerías y, aun de acémilas, de carros y provisiones de acarreo, donde lo permite la conformación

territorial, que en nuestro país no es cualidad frecuente; y como no había por tales calendas del coloniaje ni ferrocarriles, ni automóviles, ni apenas caminos de herradura, pues que predominaba, si a esto puede denominarse predominio, los de indígena carguero y «boga» o bogador de la navegación fluvial, uno y otro azarosos y fatigantes; y como no se acostumbraba el servicio de hoteles, sino el de hospitalidad a la antigua, la joviana de reciprocidad a veces, la caritativa de piedad y religión frecuentemente, y la de amistad más a menudo, los tales poblados sólo fueron campo con más techumbres, o centros de grande hacienda. Cada casa tenía su caballeriza, cada calle su arroyo descubierto, cada urbe su plaza de forrajes vendibles. El andar por ellas era tan incómodo como en senderos rústicos, y de mucho más difícil todavía.

LA RELIGION

En ese ambiente fue la religión la que ocupó primordialmente el espíritu. Distracciones sociales muy pocas, infantiles juegos de cartas al rededor de una jicara de chocolate, entre viejos de inteligencia enjuta como un higo seco; abundante chismografía del elemento femenino en torno a pecadillos del vecindario; de cuando enveza alguna travesura amorosa de oidor o de virrey, de caballero recién llegado de la Corte, o de mozalbetes con alocada insubordinación de anhelos. Alboroto de comentarios incoherentes a la llegada de noticias pueriles de la Metrópoli: casamiento de un príncipe, nacimiento de un infante, de esa progenie perturbada y fea de los Austrias. Pleitecitos de iracundia eciosa por preeminencias de asiento o de estandarte en el cabildo, en el templo parroquial o en las procesiones. Una que otra corrida de toros en la plaza mayor, cercada al efecto, y saraos de bienvenida a las autoridades que llegaban de Europa.

Era una vida en sopor espiritual casi invergente, la que se temía en dos villorrios que entonces capitaneaban a estos países. Solamente la religión les proporcionaba algún alivio: Misas matutinas, rezos vespertinos, procesiones frecuentes, confesión y comunión, grandes ceremonias de Semana Santa y Corpus Christi, sermones y sermones, prolijos sermones sobre la vida y milagros del santoral católico, noria verbal de ingenuidades, noria eternamente circulante al rededor del pozo seco de la fantasía de aquellos predicadores hueros como un tonel roto. Y sin embargo, ese parloteo místico mantenía nuestra estirpe vinculada a la espiritualidad, y era, en de-

limitativa, el segundo nexo, el nexo entrañable de la cultura incipiente del colono con la evolución caudalosa de devenir universal del hombre. Que no fuera sino el idioma, aun sin conceptos, la imagen sin belleza artística, el tener presente aquel diálogo con los destinos humanos y algún significado superior de la existencia, ya era mucho.

Y como amenidad y sociabilidad fue asimismo la religión núcleo aprovechado y eficiente en su hora. El locutorio de monjas y monjes, la celda en veces, aun la sacristía, o la sala de recibo de los canónigos y prebendados de mayor alcurnia y la visita a domicilio de todos ellos a su clientela espiritual y terrenal fueron cauces, ocasiones y sitios para la más prolífica práctica de aquellas gentes ociosas de los poblados coloniales. No en balde había un templo o una casa de monja a cada cien metros de distancia, ninguno veíase solitario o inútil. Y como estos religiosos eran de los muy escasos entonces que podían viajar, o a lo menos de los que ya habían viajado al venir generalmente de la metrópoli ultramarina, su nivel cultural y su información social y política aventajaba con mucho a la de los criollos sedentarios de nuestro ambiente andino. Es oportuno imaginarse lo que para ellos significaría esta comunicación con varones tan bien ligados a la vida de corte como un Virrey Solís, o de prelados que gustaban del arte y el decoro de una habitación culta, como Caballero y Góngora, para entender lo mucho que su mera acción de presencia revolucionaría la sensibilidad social y cultural de las soporosas urbes coloniales.

CABILDO Y CIUDADANIA

A más del hogar y de la religión tenían aquellos abuelos de nuestra República naciente otro núcleo intenso de cultura en las funciones del Cabildo. A él podían entrar los criollos y disciplinarse en ejercicio de gobierno, en ambiciones de prestigio y comando en el estudio, en fin, de las pocas teorías sobre origen y organización del Estado jurídico que entonces circulaban por el mundo hispanoamericano. Poco tal vez, pero bien digerido en la incesante rumia de su poquedad. Y por ahí, vinculados a la legislación, encontrarían su adarme de historia, o de literatura, su poco de latinidad y de tomismo, que aunque deformes ya en comentarios difusos y enderezados a mantener bajo campana neumática la mente de lectores y estudiantes, mucho eran y mucho bien hacían con sacarlos de la modorra intelectual de sus breñares.

Tanto es así, que los cronistas descubren en el ejercicio de aquella función más de un pleito de prestancia, de acres discusiones entre criollos y peninsulares, que iban surtiendo el efecto de una sensibilidad autónoma, de una conciencia de valores diferentes entre lo americano y lo europeo y de las propias virtudes de la personalidad íntimamente libre. Esta revelación espontánea de las relaciones entre potencia espiritual y liberación, entre liberación y dignidad, entre dignidad y ampliación de la persona, no podían escapar a esos hombres. No es menos importante, sino de consecuencias mayores aún, el entendimiento adquirido de unas pocas normas de gobierno democrático, de la poca democracia posible entonces, radicada precisamente en la institución edilicia conforme a las tradiciones ibéricas, desde el remoto periodo de las primeras ciudades de la Metrópoli, quizá con romanos y visigodos y aun antes en la nebulosa de sus Tartessos y Céltyberos de las primitivas inmigraciones. Ello es que los tales fueros del municipio español cobraron, aunque disminuidos por la tendencia absolutista de los monarcas, a este Nuevo Mundo, y en él prendieron semilla de autarquía y de arrogancia. No fue por lo tanto, como dice a circunstancia el hecho de que la Emancipación de América surgiese en aquel centro administrativo o en aquella celda jurídica y en aquel único campo de disciplina y amaestramiento coloniales.

LA EDUCACION ESCOLAR

Por estas condiciones de la vida colonial la podemos definir como una república rústico-religiosa: El ambiente era campesino, y era religioso el clima de su espíritu. Y si el tamaño y la índole de aquellos núcleos de población no daban margen para el desenvolvimiento de una sensibilidad urbana, la educación oficial que entonces recibían algunos pocos afortunados de estos abuelos, adecuada a tales condiciones, muy someramente corregía, si no es que confirmaba más bien, este rumbo social de su época.

Escuelas primarias hubo, ciertamente, aunque muy escasas y defectuosas, colegios también, de cuando en cuando, y hasta universidades con facultad de derecho y algunas letras clásicas: Desde las Escuelas Monásticas, creadas por Decreto Real de 27 de abril de 1554, hasta la culminación de la cultura colonial en el establecimiento del Observatorio en 1808. Si no que tales institutos padecían de un marasmo ideológico desesperante, prolija repetición de un escaso acervo de nociones estereotipadas en axiomas incon-

troverbiales y en discursos exegéticos que enmarcaban la mentalidad del estudiante en celdillas de estricto orden, dando a las ideas una disposición de casillero postal inerte.

Esta situación fue trastornada solamente al final del siglo XVIII, cuando la Emancipación de las Colonias, la Revolución Francesa, los viajes de algunos sabios europeos y la política liberalizante de Carlos III y sus ministros rompieron brechas en el dique secular de la cultura iberoamericana. Entonces se vio la sed de conocimiento y el súbito arrebató de las ambiciones espirituales que la colonia ahorraba; surgieron por doquiera hombres de una fe casi mística en los dones y atributos de la sabiduría, en los fueros de la personalidad y en el destino del Continente patrio. Patrio, porque todos ellos se decían americanos, en una comunidad de peligros y de anhelos. En México y Las Antillas, en Colombia, Venezuela y Ecuador, en el Perú y Chile, en Buenos Aires y Uruguay etc., las mejores cabezas de la estirpe criolla se embriagaron de estudio, como en noxiárgo febril de adolescentes. Devoraban más que leían, los libros de historia moderna y de política reciente, de matemáticas y ciencias naturales, de filosofía y literatura, quemándose en arroamiento mesiánico y éxtasis de admiración, como si acabaran de nacer a un mundo iluminado con luces cenitales. Algunos de esos hombres, un Bolívar, el estratega y sociólogo; un San Martín, recia voluntad y orden impecable; Sucre, el más bello carácter y el mejor militar de América; Santander, sentido de la democracia y feliz administrador de la república; Bello, humanista eminente, tocaron la cumbre de empresas superiores a sus recursos, se hicieron varones de humanidad, y con ellos constituyeron falange los que les seguían en la áspera ruta de formarse a sí mismos y a sus gentes.

Más estos son los hombres del final de la Colonia, cuando ya habían obrado sus efectos, una docena de causas modificadoras. Los magníficos gobernantes del fin del siglo XVIII, que entre nosotros fueron verdaderos estadistas de la altura moral y cultural de don Pedro Messía de la Zenda, don Manuel Quirion, don Manuel Antonio Flórez, el Arzobispo Caballero y Góngora y don Pedro Mendieta, capaces de transformar este país si accidentes imprevisibles, como guerras internacionales de España, por ejemplo, y una esencial incompetencia de sus gobiernos para la conducta de la economía nacional y de la hacienda pública, no lo hubiesen estorbado para siempre.

Y habían venido por América La Condamine, Jorge Juan y Antonio Ulloa, Bonpland y Humboldt, Mutis, el maestro revolucionario;

rio; ya habían enseñado entre nosotros Bello, Caldas y José Félix de Restrepo; ya los salones cultos de doña Juana María de Pereira y de doña Manuela Santamaría de Manrique habían acuciado el espíritu de las nuevas generaciones; ya Europa temblaba de rebeldías a la puerta de nuestros litorales caribes, con invitaciones a la libertad, al comercio, al libro. Ya, pues, la Colonia cerraba su ciclo cultural propio.

¿En qué había descollado esa Colonia? En cronistas, natural producto de la emoción perdurable de las épicas jornadas del descubrimiento; en la arquitectura religiosa, ambición de elevar al Dios de los conquistadores monumentos de consagración reverente de los países subyugados; alguna que otra muestra de ingenio en pintura y escultura, con igual propósito místico; casi nada en música, casi nada en poesía, casi nada en dramaturgia y novela, como que aún no se había constituido una sociedad que pudiese revelarse transfigurada en estas disciplinas, aún estaba en cieme apenas la sensibilidad del criollo. Ni en filosofía, porque nada tenía que pensar del mundo y de la vida una estirpe en afanes vegetativos y confusión de temperamentos.

Pero, ese mismo caos vital bullía palpitante ahí en las pocas manifestaciones del ingenio infantil de aquellas generaciones. Su sensibilidad estuvo durante tres siglos fragmentada, partida en dos corrientes: En lo racial, inmigrantes y aborígenes, por donde el criollo sentíase altivo con su prosapia ibera y a la vez aprisionado por la sangre indígena que silenciosamente hervía en sus entrañas, dándole así un conflicto entre el orgullo de lo español y la sensibilidad de América. La carencia de institutos técnicos adecuados, y la de obras de consulta y ejemplos de una tradición cultural, no eran menor obstáculo para el desenvolvimiento de las ideas y del arte, continuando en alguna manera el conflicto, ya que lo poco que habían a la mano para informarse tenía raíces europeas, difíciles de aplicar a la experiencia cotidiana de sus sentidos. Ni fue óbice menos irreductible la extrema pobreza de la sociedad de la Colonia, que no podía prosperar ningún esfuerzo de vastas magnitudes, ni permitir siquiera la disciplina de los viajes a otros países de cultura y civilización tradicionales.

LA CIUDAD Y EL CAMPO

Otro conflicto de sensibilidad surge de la índole de nuestros poblados, que si ya tienen la arrogancia de urbes, viven aún en am-

biente y simplicidad campesinos. Un paralelo entre la sensibilidad que suscita el campo y la que desarrolla la urbe populosa y rica, es fecundo de enseñanzas para el entendimiento de la cultura, pues descubre los meandros de una psicología diferente. No me es posible ahora ahondar en materia tan intersecada y caudalosa. Que el lector madure y califique por su cuenta el siguiente cuadro, que tengo en estudio para futuras observaciones:

- a—La ciudad agudiza los nervios, el campo los sentidos.
- b—La ciudad acrecienta las emociones, el campo las pasiones.
- c—De la ciudad son las ideas, del campo el sentido común.
- d—En la ciudad predomina la sutileza, en el campo la franqueza.
- e—La ciudad analiza, el campo sintetiza.
- f—La ciudad conduce a la ciencia, el campo a la filosofía.
- g—En la ciudad prospera la liturgia, en el campo la religiosidad.
- h—La ciudad da margen a la novela y al drama, el campo a la poesía.
- i—La ciudad invita a la danza, el campo a la música.
- j—La ciudad engendra comodidades, el campo vigor.
- k—La ciudad es cooperación, el campo individualidad.
- l—La ciudad es humanidad, el campo universalidad.

La urbe es, por lo tanto, un centro de «demotropismo» poderoso que va asociando los hombres, modelándolos en nuevo ritmo espiritual y determinando así las normas de una civilización.

No se puede, sin embargo, adscribir a estos medios, en lo meramente físico, una causalidad tan definida: Ya hemos visto que existen grandes diferencias en la índole de las ciudades, por lo que su modo de actuar sobre el espíritu del hombre no debe considerarse unívoco, sino hasta ciertos límites. Tal así ocurre también en el campo. El nuestro se divide en alturas, laderas, pampas herbáceas, valles hidrográficos y selva, dentro de las cuales condiciones diferentes es preciso considerar que en unas partes el hombre es agrícola, en otras pastor, minero o navegante en las de más allá, embrollando más aún, por tal manera, la acción del medio. Así, v. gr., entre nosotros se produce una polivalencia de la intrincación de esta causalidad antro-po-geográfica, de estas dos potencias, Naturaleza y Hombre, que a cada paso se modifican mutuamente: En las alturas, a la vista de nevados, volcanes y abruptas serranías, se impone la meditación, el recogimiento espiritual y aún el físico y hogareño, de donde surgen la moderación, la precaución, la más intensa vida de familia, la avaricia en la conducta, la introspección en el ca-

rácter, la religiosidad en el sentimiento. En las dilatadas praderas ardientes, como en la Orinoquia, hay una simplificación de fenómenos, con engrandecimiento: Allí el sol predomina, y los huracanes, las lluvias, el rayo y la soledad, en su frecuencia y dilatado imperio, conducen a una sensación constante de infinitud y a un sentimiento panteísta. En la selva se sufre absorción tan invencible de parte de los elementos naturales que impone una sumisión de anodamiento, de magia y fatalismo. Nuestros litorales marinos, de clima ardiente, convidan a la dispersión mental, al viaje, al cosmopolitismo, al comercio, a la generosidad y simpatía, a la imprevisión y venalidad, al edonismo y la exaltación del sexo etc.

Un pueblo que como el colonial nuestro no haya definido aún la índole de su sede habitable, tendrá necesariamente una indeterminación cultural: El cronista, literato por excelencia, o por exclusividad, diré mejor, con un pie en España y otro en América, no ahondará con afecto entrañable en la investigación e interpretación de sus temas. Fernández Piedrahíta se hallará partido entre el orgullo de pertenecer a la cultura hispánica, pero sentirá la sangre principesca aborigen de su abuela hervir de ternura ante el fenómeno americano. En mayor grado aún ocurrirá lo mismo al Inca Garcilazo. Y Vásquez Ceballos, como los famosos pintores y escultores quiteños, imitará o copiará a veces, el arte imaginero de un Murillo, pero bajo el esplendor genial de sus tierras coloridas asomarán actitudes y facciones de estirpe criolla. Antonio de Pimentel modela su Virgen del Rosario con caracteres de la más preciosa ingenuidad: que en su sencilla pulcritud es más campesina que las madonas y matronas europeas, tan tocadas de imperio romano y suntuosidades de corte; y logrará en un arranque de inspiración confundir el gesto materno de las manos con el candor virginal y casi infantil de los ojos, resumiendo el alma adolescente de estas sociedades. Ascucho traerá de Toledo disciplina de buril y graciosa técnica de dibujo para su retablo de San Francisco, pero América surge de sus manos, no solamente en las orlas de una naturaleza tropical metida entre pámpanos del viejo solar ibérico, sino, y esencialmente, en la caudalosa humanidad de las figuras, en ese San José que es hombre hasta la médula, y en María, que es madre en cada pliegue de su rostro y actitud: Es América fraternal y humanizante, reveladora de estirpes, es América democrática y escultora de la personalidad, la que enseñó a sus dedos a producir seres fundamentalmente humanos y hogar «hogareño» de verdad. Ahí no reverbera aún el Olimpo, ni se contorsiona la sensualidad italiana que escon-

dem los ropajes de la pintura del Renacimiento: Es algo más ingenuo y puro, y más asequible también.

La música y la danza siguen este ritmo suave al modificar las fuentes de inspiración europeas. El bambuco adquiere una síncope de queja y dulcedumbre, de tan intrincada ejecución y sutiles transiciones que por sí sola nos dice emanar de un conflicto: Tal vez arranca de aires españoles, pero estos se hunden en la sensibilidad de América para resurgir doloridos y evanescentes como el alma aborigen ante el colapso de sus normas. Exactamente así ocurre en la transformación de la guitarra grave y sonora en el tiple vagabundo, que adelgaza las voces y dispersa el ritmo en un «rasguear» que rie y gimotea tumultuosamente bajo la altisonancia del canto. En todo esto disminuye el tono de la altivez conquistadora para incorporar la quejumbre del espíritu conturbado del Nuevo Mundo, como la clásica severidad arquitectónica de las catedrales de Petrez se atemúa graciosamente en las ondulaciones que Esquiaqui construye en el frontis de San Francisco.

Pues la arquitectura, esa deliciosa arquitectura colonial, asume placideces de colina y alma pastoril: De cuando en cuando el plate-resco le añade guiños presuntuosos de urbe en la menuda incrustación de columnitas salomónicas que enmarcaban hornacinas amables como un belén o «pesebre» campesino. El barroco de los templos es una invasión de italianidad que injertaron los jesuitas para emborrachar de fausto el alma ingenua del criollo americano y la simplicidad de los indígenas, que algo tienen de su indio. Pero es en la casa civil, en el domicilio, donde suele hallarse al desnudo nuestra cultura colonial embrionaria: Si en los frontispicios y balcones, en los escudos de piedra y columnas labradas del portón señero se irgue orgullosa la casta ibérica, los asterados de salón, de esparto campesino; los arcones y tarimas de alquería; los jardines, entre huerta de labriego y decoración de patio andaluz; los utensilios que van desde la totuma aborigen hasta el lujoso jarrón de plata, indican la constante hibridación.

Y cómo se palpa y valora bien todo esto en el estudio del marullero Rodríguez Freile, comentador de la vida colonial, saturado de socarronería campesina y de chismes urbanos, literato afortunado sin literatura, historiador sin documentos, psicólogo sin normas, híbrido, en una palabra de cortesano avisado e ignorancia rústica, como su época y su ambiente.

Por estas razones la poca cultura colonial se nos ofrece como una amalgama de motivos europeos y americanos, o casi pudiera

decir de influencias europeas sobre la sensibilidad que impuso América. De ahí también, de estas razones, la poquedad y la parvedad de dicha producción. Igualmente se deduce de ellas el carácter de cultura embrionaria y cerrada que tiene: embrionaria por ausencia de recursos propicios; cerrada, porque al iniciarse la conquista desaparece el mundo espiritual aborigen, y al consumarse la emancipación cesan de obrar los móviles hispanos sobre la sensibilidad criolla. Por tales fundamentos, la cultura republicana tiene que surgir con la independencia de estos países y recorrer paso a paso las etapas de la iniciación en todas las artes y demás manifestaciones del espíritu. Fenómeno riquísimo en análisis sociológicos, que no me es posible desarrollar en estas páginas, ya muy extensas y fatigantes.

NUCLEOS DE LA SENSIBILIDAD COLONIAL

Un resumen conceptual ilustra bien estas disquisiciones: El hombre de la Colonia hispanoamericana vivió conforme a los siguientes núcleos de acción y de pensamiento:

I—La Religión: Hombres que consideran la vida como un trance al más allá, y por ende abandonan muy a menudo el poder y los placeres sensibles para entrar en sacerdocio o meterse monjes.

II—El Rey: Un concepto místico de su autoridad. Conquistas para él. Sacrificios por su nombre y poderío. ¡Más aún que por España!

III—El oro: Desmedida ambición de bienes, no obstante la munificencia de la raza española. El oro demoníaco que los arruinó moral y económicamente.

IV—La sensualidad libidinosa: El abuso en la fácil consecución de placeres a que los invitaba la conquista con su prestigio y la encomienda con sus oportunidades.

V—El orgullo de estirpe: que los lleva a interminables pleitos y rencillas de protocolo, tan peculiar, por otra parte, del exaltado concepto del pundonor que tienen los españoles, avivado aquí por la pequeñez del medio ambiente y fácil roce de susceptibilidades en continela constante.

EL ERROR FUNDAMENTAL DE LA COLONIA

Vindicta obscura de las leyes humanas: Cuando el conquistador engañaba arteramente al aborigen trocando el oro fino de sus joyas por baratijas inútiles de hierro y cuentas multicolores de vi-

drio ordinario, nunca imaginó, ni pensarlo podía entonces; que estaba consumando la ruina del Imperio Español en la misma América y en el propio solar de su estirpe. La cultura y la civilización se acurrucaban ahí en recóndita potencia bajo esas especies humildes del cristal y el hierro, mientras que el mago llameante de los aluviones del Nuevo Mundo iría a disolver poco a poco en ocio y sensuallidades, en incuria y soberbia inútil los triunfos y virtudes de la gran nación ibérica.

Porque económica fue, más que cultural o jurídica; más que racial o religiosa, la equivocación de España en estos sus dominios. Leyes tuvimos, escuelas hubo, gobernantes y misioneros de noble alcurnia espiritual vinieron a nosotros y amaron su obra. Pero la Metrópoli había ya perdido el seso con las hechicerías y embaucamientos del oro. Después de agotar las reservas de él que guardaban los caciques, robadas con un descaro que asombra en caudillos de una cristiandad y de una legislación seculares, emprendieron la explotación directa de los aluviones. Y ocurrió que la minería fue destruyendo el territorio sin crear riqueza; ni dejar cultura. Aportaba elementos africanos difíciles de adaptar luego a la civilización; fomentaba un espíritu de juego y azar; un caciquismo económico sin ecuación de esfuerzos entre empresario y proletario, sin unidad espiritual de anhelos. Diezmaba la prole indígena sin compensación cultural para ella ni aprovechamiento efectivo del dominador. Extra a una riqueza fundamentalmente transeunte, que se evapora a medida que va saliendo de las entrañas del suelo y del cauce de los ríos. No vinculaba a la Metrópoli algo americano permanente, ni comercio estable, ni industrias subsidiarias que vinieran luego a reemplazar el oro fatídico. Cerrado el ambiente comercial en círculo de hierro, languidecía, débil por demás y, abrumadoramente costoso. Las autoridades civiles y eclesiásticas se emperezaron y pervirtieron en busca y espera del codiciado metal sibilino. No prosperaron ni la agricultura ni la ganadería, ni las industrias de otra especie, que pudieran alimentar un comercio redentor; y así los esfuerzos mismos por bien administrar y educar un poco a estos pueblos, fueron ilusorios y aun contraproducentes.

Esta perturbadora situación la entendieron muy luminosamente los últimos gobernantes de la Colonia Neo-Granadina y así la expusieron, como puede observarse en los siguientes juicios de sus «Relaciones de Mando»:

El Oidor don Antonio Manso decía en 1729: «Están mal gobernadas en un todo las cosas pertenecientes a república».

Don Pedro Messía de la Zerva, en 1772, después de doce años de observación inteligente, pide que se estimulen la agricultura y el comercio, con grandes y copiosas razones.

Don Manuel Guirior, más propiamente aún, reconoce que las disposiciones administrativas y los empleados subalternos estorban con crecidas exigencias de tributo, tanto los eclesiásticos como los civiles. Se duele discretamente de no tener mayor autoridad para iniciar reformas. Con gran sentido, de gobernante toca en las fallas de la economía colonial y propone la creación de industrias textiles, de agricultura, comercio libre, ¡comercio libre!, minería barata, navegación de los ríos Atrato y San Juan y expropiación de latifundios ociosos. Con el Fiscal Moreno proyecta revolucionar la educación pública y organiza la Biblioteca. Critica lo antiguo, critica lo inadecuado. Si parece un hombre de nuestra hora y nuestras inquietudes.

Don Manuel Antonio Flórez emprende realizar esa revolución, pero la guerra contra los ingleses paraliza su obra.

Luégo el Arzobispo-Virrey y gran señor, don Antonio Caballero y Góngora, en prosa más culta, expone acerbamente la situación general del país. Hasta de la reducción de salvajes dice que es una «disciplina nimia» contra la libertad absoluta de los salvajes e impropio: «Hágaseles primero hombres y después cristianos». Que se les enseñen comodidad y civilización, no como lo hacen los misioneros, generalmente «ineptos».

Don Pedro Mendingueta, más optimista, informa que el país no es tan inculto, que se puede viajar sin armas por todos sus escasos caminos, amparado el transeunte por la honradez de los ciudadanos. Tiene una advertencia de primera calidad cuando anuncia que «los jornaleros mal pagados tomarán algún día su parte de las haciendas»; y advierte que «La cicatería de los ricos es un mal negocio». Y esto en 1803, cuarenta años antes de Marx y Engels.

El Visitador don Juan Antonio Mon y Velarde hace un cuadro aún más triste de la provincia de Antioquia, donde encuentra la miseria, la incultura, la vagancia y los latifundios estorbando implacablemente la civilización de la gente y la prosperidad del país.

Pero nadie escucha estas voces de cordura, y como lo dice el señor Caballero y Góngora: «Esta numerosa población es en realidad un monstruo que a todo lo bueno se resiste.» Y eso cuando ya existía la Expedición Botánica, había una Biblioteca Nacional y enseñaban José Celestino Mutis y José Félix de Restrepo: ¿Cómo sería antes?

El inmenso Virreinato tenía entonces, al comenzar el siglo XIX, unos dos millones de habitantes, y apenas importaba cuatro millones de pesos. Sus exportaciones consistían en pequeñas cantidades de oro, plata, platino, cacao, algodón, palo brasil, añil, tabaco, azúcar, harina de trigo, quina y pieles por tres o cuatro millones de pesos, en tan miserables condiciones que de 1780 a 1803 el platino se cotizaba a dos pesos la libra: ¿De qué, entonces, podía servirnos que en tiempo del señor Caballero y Góngora exportase el país 150 arrobas de este famoso metal, tenido aun casi como escoria u oro «informado» aún? Su nombre mismo, diminutivo de plata, o sea «platina», ya nos advierte de su insignificante posición industrial; las minas de plata, dice don José de Ezpeleta en 1796, hubo que abandonarlas por improductivas. Las de cobre de Monquirá tampoco dieron rendimiento apreciable; Las de esmeraldas causaban pérdida. Y añade que «no conoce memoria de sujetos enriquecidos con la minería», ni siquiera en el Chocó y Antioquia; los grandes núcleos de esta industria.

Cómo sería lo precario de nuestro comercio de aquella época, cuando se exportaban harinas y azúcar del interior, y aun se ensayaba la explotación del té bogotano. ¿Qué llegaría de ello, a esas distancias, por aquellas rutas de montaña selvosa y río en champagnes, de mar en veleros y de piratas a granel?

Con razón que los primeros cuatrocientos mil pesos de superávit en tres siglos, los primeros y los únicos, aparecieron en la administración del señor Ezpeleta, a fines del XVIII.

Y todo esto con una administración de justicia lenta y deficiente: Un Tribunal Superior en la Audiencia de Bogotá, y tribunales de primera instancia en las funciones de los corregidores, alcaldes ordinarios, alcaldes pedáneos, sin separación de sala criminal, aún a fines del siglo XVIII. Apenas si en México y Perú existían los alcaldes del crimen como jueces municipales.

Con razón que en el último decenio de la Colonia estuviese aún tan atrasada la cultura en Santa Fé que sólo había en ella dos médicos, (que vale como decir, en todo el territorio del Virreinato), y ningún cirujano, ningún tocólogo o partero, y apenas un instituto para mujeres, el de doña Clemencia de Caicedo, de enseñanza de labores y artes manuales, sin embustes literarios ni científicos, tenidos entonces por habilidad peligrosa en manos de hembra.

Mucho se ha hablado de los tributos ruinosos de la Colonia, y lo fueron en verdad, hasta producir la famosa revolución de los Comuneros, en parte fiscal, en parte política, en mucho racial y vin-

dicativa: El Empero no hubieran sido exorbitantes en una economía mejor administrada, como se deduce de la siguiente distribución:

A Aduana,	N Mesadas, y M Medias anatas eclesiásticas,
A Aguardiente,	N Naipes,
A Alcabala,	O Oficios vendibles,
A Anualidades,	P Papel sellado,
B Bulas de Cruzada,	P Paso de ríos y peajes,
C Casa de Moneda,	P Patio de gallos,
C Confiscaciones y comisos,	P Pólvera,
C Correos,	Q Quintos de metales,
D Derecho sobre la miel,	R Réditos de bienes de temporalidades,
D Derecho sobre pulperías,	S Salinas,
D Derecho sobre bodegas,	T Tabaco,
D Derecho sobre alanzas,	T Tributos de indios, y
D Diezmos y vacantes,	V Venta de tierras baldías,
M Mesa común de la Real Hacienda,	
M Medias anatas de empleos,	

Como se ve, esta enumeración de tributos nacionales ocupa media página, apenas cuando un presupuesto actual de rentas de la República abarca un libro. ¿Cómo, pues, dio ello ocasión a constantes disgustos, y aun a revoluciones tan universales e intensas como la del 1781 o de los Comuneros del Socorro? Ahí está la clave de los errores del gobierno colonial. Esta imposición tributaria, al parecer tan reducida, y lacónica, afectaba una economía incipiente, y reducida sin un adarme de prudencia administradora ni de previsión técnica. Eran palos de ciego. Se ahogaba y agostaba la fuente tributaria con mantener la industria en pañales, cerrar las compuertas de comercio nivelador y estimulante y aplacarse la Metrópoli a la fantasmagoría del oro, de cuyos peligros les había hablado el Rey. Más desde el alba de la civilización Egea. A más de este desparrame económico, la imposición de tributos era muy antipática por afectar directa y violentamente los artículos de primera necesidad del pobre, y heridos en ataque directo sobre la plaza de mercado, y en horas de angustia familiar de compraventa y trueque, cuando la dispensa de los mantenimientos elementales del hijo, y las torturas del pago no daban tregua ni admitían redención suplen- te con más crédito o mayor esfuerzo personal.

Y ese oro alucinante producía una riqueza de relumbrón, fomentaba en quienes lo habían con alguna abundancia el espíritu de

juego y azar, el derroche fácil, la expectativa dañosa de las «sorpresas», la expectativa de nuevos hallazgos. Amén de su nefasta índole de ser escurridizo y transeunte, de fugarse a la primera de cambio hacia otros países, como acaecía entre nosotros, a trueco de obtener los productos de civilización y comodidades que nuestra industria era impotente para producir. Como ocurría, también, y en mayor grado, a la Metrópoli, para los mismos fines y el sostenimiento de la Corte, la nobleza y el clero. Y por la locura casi perenne de guerras internacionales que paralizaban el bien y ponían a galopar en el inmenso y desordenado imperio español la turbamulta de todos los errores e infortunios.

El pueblo hispano nunca tuvo el sentido económico, y naturalmente debía de cometer estos errores que arruinaron Colonias y Metrópoli a un mismo tiempo. Muy poco faltó para que España desapareciera en aquel desorden de sus gobiernos: Cuando comienza el siglo XIX está agotada su economía y desorientada espiritualmente. Ni más ni menos que sus provincias remotas. La gesta de la conquista y colonización iba acabando con ambas. De diez millones de habitantes que pudo tener la Península en tiempos de Felipe II, desciende a la mitad en el siglo XVIII; y de dos millones de aborígenes que probablemente había en el país de Colombia por la época del descubrimiento, baja a unos quinientos mil en el mismo lapso.

Sólo que esos quinientos mil habitantes eran ya mestizos de nueva sensibilidad y orientación histórica diferente; cuya índole y perspectivas debemos analizar en el próximo capítulo.

SEPTIMO DISCURSO: LA EMANCIPACION IBEROAMERICANA

Los intérpretes de la Historia Iberoamericana han discutido sobre la oportunidad de su emancipación y constitución en repúblicas independientes.

El problema pudiera plantearse con un enunciado distinto, y preguntarnos si ya teníamos madurez adecuada para emprender nueva vida, y si fue oportuna la hora en que iniciamos ese movimiento.

Así enfocado este estudio, podemos opinar que América Latina no estaba preparada aún para su independencia, pero que la hora fue oportuna y quizás la mejor posible durante todo el siglo XIX.

Los tres o cuatro siglos que preceden a la era republicana de estas naciones de Ibero-América no fueron, ni ser podían, fecundos en grandes hombres. Su situación cultural puede «radiografiarse», por decirlo así, en la nómina de los más destacados o visibles, muchos de ellos del período de transición de la Colonia a la República, uno que otro de ésta solamente, cuando no pude hallar algún otro ejemplo:

ARGENTINA—Felipe Sentenach: Educador y matemático.

Miguel O'Gorman: Educador y protomédico.

Cosme Angerich: Médico y educador.

Ventura de la Vega: Literato.

Mariano Moreno: Animador de la cultura.

Manuel José Labardén: Literato y animador.

BOLIVIA—Fray Antonio de Calancha: Cronista y erudito.

Jerónimo de Acebedo: Erudito.

Rodrigo de Orozco: Virrey y caudillo. (Español?).

Martínez de la Vela: Cronista.

Vicente Pazos Kanqui: Historiador.

Alvaro Alfonso Barba: Naturalista y sacerdote (Español).

El Pintor Pérez del Huguín.

El Naturalista Romero (Era Republicana).

BRASIL—Arruda Cámara: Naturalista.

Antonio Moraes e Silva: Lexicógrafo.

Francisco Vilella Barboza: Matemático.

José da Silva Lisboa: Publicista.
 Manuel da Cunha: Pintor.
 Gaspar Ribeiro: Escultor.
 José Alves Maciel: Animador de la cultura.
 José da Silva Xavier: Animador de la cultura.
 José Mariano da Conceição Velloso: Naturalista.
 A. González Díaz: Poeta.
 Euclides da Cunha.
 José de Alencar.

COLOMBIA—Fernando Arias de Ugarte: Oidor y Arzobispo.
 Lucas Fernández Piedrahíta: Obispo e historiador.
 Sor Francisca Castillo y Guevara: Escritora.
 Juan Rodríguez Freile: Cronista.
 Francisco Moreno y Escandón: Oidor y animador de la cultura.
 Pedro de Agar: Gobernante.
 José Félix de Restrepo: Educador y Jurisconsulto.
 Gregorio Vásquez Ceballos: Pintor.
 Francisco José de Caldas: Naturalista.
 Antonio Nariño: Animador de la cultura y prócer.

COSTA RICA—Antonio de Liendo y Goicoechea: Erudito y animador.
 Florencio del Castillo: Sacerdote, orador y político.
 Esteban Lorenzo de Tristán: Animador de la cultura.
 Juan Fernández de Salinas y de la Cerda: Gobernante.
 José María Zorrilla y Coronado: Jurisconsulto y gobernante.

CUBA—Felipe Poey: Naturalista.
 Francisco de Arango y Parreño: Economista.
 José María de Heredia: Poeta.
 Julián del Casal: Poeta.
 Francisco J. Cisneros: Ingeniero.
 Joaquín Albarrán: Cirujano.
 Carlos J. Finlay: Médico.
 Gertrudis Gómez de Avellaneda: Escritora.
 José Martí: Escritor y prócer.

CHILE—José Ignacio Molina: Sacerdote y naturalista.
 Andrés Febres: Lingüista.
 Alonso de Ovalle: Historiador.

Diego de Rosales: Historiador.
 Manuel de Salas: Animador de la cultura.
 Gaspar de Escalona y Agüero: Estadista

ECUADOR—Gaspar de Villarroel: Obispo y jurisconsulto.
 Juan de Velasco: Historiador.
 José Mexía Lequerica: Tribuno y estadista.
 Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo: Erudito y animador de la cultura.
 Ramón de Viescas: Sacerdote y literato.
 Pedro Franco Dávila: Naturalista.
 Miguel de Santiago: Pintor.
 Bernardo de Legarda: Escultor.
 Manuel Chill Caspicara: Escultor.
 José Joaquín Olmedo: Poeta.
 Jerónima de Velasco: Poetisa.

EL SALVADOR—Juan Lindo: Animador de la cultura.
 José Matías Delgado: Sacerdote y prócer.

GUATEMALA—Francisco Barrundia: Animador de la cultura
 Fray Francisco Ximénez: Historiador.

HONDURAS—Francisco Morazán: Gobernante y prócer.
 José Cecilio del Valle: Estadista

HAITI—Petión: Gobernante y prócer.
 Thérémène Ménés: Músico.
 Antenor Fermin: Antropólogo.
 Madión: Historiador.

MEXICO—Juan Ruiz de Alarcón: Literato.
 Sor Juana Inés de la Cruz: Poetisa.
 Carlos de Sigüenza y Góngora: Geógrafo.
 Antonio de León y Gama: Astrónomo.
 Francisco Eduardo Tresguerras: Arquitecto.
 Sebastián de Arteaga: Pintor.
 Lucas Alamán: Historiador.

NICARAGUA—Máximo Jerez: Animador de la cultura.
 Carmen Díaz: Poetisa.

Mayorga y Rivas: Periodista (Período Republicano).
Luis H. Debayle: Médico (Período Republicano).

PANAMA—José de Antequera y Castro: Estadista.
José de Obaldía: Gobernante.
Tomás Herrera: Gobernante.
Justo Arosemena: Jurisconsulto.
Ramón Pérez: Filólogo.
Pedro J. Sosa: Ingeniero.

PARAGUAY—Carlos Antonio López: Gobernante y prócer.
Francisco de Monforte: Gobernante. (Español?).
Fernando de Momo: Revolucionario. (Panameño?).

PERU—El Inca Garcilaso de la Vega: Cronista.
Bernabé Cobo: Sacerdote y naturalista.
Blas Valera: Sacerdote y cronista.
Matías de Porres: Médico.
Francisco Ruiz Lozano: Matemático.
Eusebio Llano Zapata: Naturalista.
Miguel Garaycochea: Matemático.
Hipólito Unanue: Naturalista y estadista.
Mateo Pérez de Alesio: Pintor.
Pedro Peralta Barnuevo: Erudito.
María de Alvarado (Amarilis): Poetisa.

PUERTO RICO—Ramón Powder: Estadista y caudillo.
José de Andino: Animador de la cultura.
El pintor Campeche y Atilas.

SANTO DOMINGO—José de Acosta: Sacerdote, historiador y naturalista. Español.
Gabriel Navarro de Campos: Ensayista.
Bernardo de Valbuena: Poeta.
Elvira de Mendoza: Poetisa.
Juan Sánchez Ramírez: Prócer.

URUGUAY—Antonio Vilardebé: Médico y naturalista.
Manuel Pérez Castellano: Sacerdote y animador de la cultura.
Dámaso Antonio Larrañaga: Sacerdote y naturalista.
José María Reyes: Geógrafo y animador de la cultura.

VENEZUELA—José de Oviedo y Baños: Cronista.
Ruy Fernández de Fuenmayor: Poeta.
Rafael de Escalona: Gramático.
Angel Lamas: Músico.
Simón Rodríguez: Animador de la cultura.
Mariano de Talavera y Garcés: Obispo y animador de la cultura.
Andrés Bello: Filólogo, literato y jurisconsulto.
Francisco de Miranda: Guerrero y prócer.

No es preciso rememorar las ingentes deficiencias que estos reinos, como antaño se decía, tuvieron entonces para constituirse en naciones autónomas. Inmensas latitudes territoriales pobladas débilmente, como es el caso del Nuevo Reino de Granada, que poseía un habitante por kilómetro cuadrado de superficie. Esta misma población careciente de unidad étnica, de una sensibilidad uniforme que pudiera asumir ideales comunes firmemente arraigados, como pudo observarse en la gesta heroica, en que viose a unos y otros, blancos, indios, negros, mestizos y mulatos, combatir en guerra civil a muerte, desorientados durante quince años de rudo batallar sin tregua. Unos pocos adalides apenas tuvieron la clarovidencia de la magnitud de esa labor en las horas iniciales: De resto, hasta el mismo Bolívar juvenil, anduvieron largo trecho de sus vidas indeterminados y confusos. Cuantos de nuestros héroes mayores de aquella revolución política aprendieron a guerrear en las huestes de Fernando VII, antes de ser los capitanes eximios de la liberación de América. Puede muy bien decirse que la conciencia de patria se iluminó a cañonazos en cada recodo de estos países y en cada recodo de las entrañas de su gente.

La situación cultural no pudo surgir más defectuosa, pues fue notable la carencia de conductores de la república, servida en sus comienzos, y durante muchos años, por hombres que tenían que improvisar conocimientos de toda índole, desde las cosas que atañen a la guerra, hasta las de derecho público, pasando por las de administración civil, penal y educativa. Milagro de la estirpe fue aquella rápida adaptación a funciones de que no tenía precedente abstracto ni costumbre, como en lo internacional, en que nuestra gente hubo de enfrentarse a sabias cancillerías en Roma, Washington, París y Londres, hasta obtener triunfos dignos de una madurez ideológica encomiable, con don Pedro Gual, don Manuel Torres y Sánchez de Tejada, por ejemplo. O bien en la hacienda pública, or-

ganizada sobre la base deficiente de una economía casi insostenible de suyo y pulverizada además por la exigencia catastrófica de un guerrear tan dilatado en el espacio y en el tiempo. Sorprende asimismo la audacia feliz de un Santander cuando de ese caos hace brotar una organización pedagógica, en universidades, escuelas y colegios, que resiste afortunada comparación con las similares de los pueblos cultos de entonces, y que hoy aún admiramos por el ímpetu idealista y la muy hábil distribución funcional y territorial.

Fenómeno de superación humana de las adversidades ambientales, como cuando vemos a esos abuelos de la nacionalidad, en aldeas remotas incipientes todavía, ignorantes y pobres, afrontar la redacción de códigos constitucionales con chispazos de genio a veces, con adivinaciones estupefacientes, muy a menudo. Signo de que en la entraña racial dormían gérmenes fecundos de altos pensamientos y soterradas normas de ideales eximios, pues que así, cual de una generación espontánea, surgieron estructuras jurídicas admirables y egregios conductores.

Mas ello es que el milagro no podía, ni pudo perdurar indefinidamente. Muy pronto viéronse estas naciones, afligidas por la carencia de recursos técnicos, tener que apelar a media docena de hombres para el sostenimiento de la administración pública, decapitando en cierto la vocación científica de algunos, con grave quebranto de su propio porvenir, agotándolos, también, en múltiples tareas abrumadoras. No era posible hallar suficientes colaboradores para servir los ministerios ejecutivos, el congreso, las gobernaciones provinciales, el poder judicial, el eclesiástico, la milicia, la cátedra y las industrias nacientes, y fue preciso que esa media docena de ciudadanos más hábiles pasara de la alcaldía de la aldea a la presidencia de la nación, de los obispados a la sede parlamentaria, del fundo campesino a la conducción de la guerra, de la campaña patriarcal a la corte de las viejas dinastías reinantes, y no pocas veces de la adolescencia a las cumbres del Estado.

Al parecer aquello se remediaba así espontáneamente. Mas no pudo subsistir dentro de la normalidad. Pasado el esfuerzo heroico de la Emancipación en que se superaban los hombres con virtudes desconcertantes, la estructura y el funcionamiento de la democracia resintiéndose de sus flaquezas, hasta los límites del colapso definitivo y la frecuente perturbación del orden público. Algunas naciones tuvieron que fraccionarse, otras lo evitaron a costa de prolongadas luchas, todas pasaron por crueles períodos de miseria, de ignorancia, de tiranía y universal incertidumbre.

Esa escasez de hombres preparados para la gestión administrativa, obrando sobre la irritante inquietud de una situación económica casi insoluble, hizo propicia la aparición de caudillos militares, civiles a veces, que empujándose sobre su mera audacia, agobiaron de barbarie la historia dolorida de estos pueblos. Eran embaucadores que se aprovechaban de la desolación ambiente para presentarse como misioneros de un ideal y redentores de un caos, hasta el instante del triunfo, cuando dejaban libre y rauda expansión a la torpeza de sus instintos y la oprobiosa mezquindad de sus conceptos. Todo el siglo XIX fue para la América Latina un martirologio que nunca entendieron Europa ni los Yanquis del Norte, quienes muy a menudo agravaron la penosa situación en que nos hallábamos con actos agresivos de imperdonable e irremisible inmoralidad: Insultos, exacciones pecuniarias, ataques armados, despojo territorial, todo lo que cupo en el infortunio de nuestras naciones, sin lastre aún y desorbitadas, lo hicieron en nombre de sus preclaras virtudes de rectores de la civilización. Es difícil leer aquel viacrucis de la historia latinoamericana de entonces sin padecer un malestar espiritual tan intenso que se hace físico, como un desgarramiento de la propia carne.

Entonces se dijo en Europa y Norte América que éramos mestizos incapaces de vida independiente y de la autarquía moral de los pueblos libres. La serie de guerras interiores, de golpes de cuartel, de dictaduras descabelladas o aviesas, indicaban ciertamente que la situación económica de estos países y la incultura política de sus nacionales los conducían al desorden. Pero, aun dentro de esas circunstancias adversas bullía algo recóndito en la medula de estos pueblos, que los eruditos de Ultramar no vieron: La erguida posición de los conductores espirituales que gustosamente fueron al martirio en defensa de los más nobles principios de la civilización, la actitud de sus letrados, que mantuvieron, en las prisiones o en el destierro, y más a menudo en el refugio de sus hogares, la llama viva de un idealismo irreductible. Y lo que es más impresionante, la devoción de las multitudes por esos espíritus de recta fe y voluntad eximia, devoción imperturbada que trasciende las fronteras de la vida y aun hoy los coloca en pináculo de gloria ante el afecto y la admiración de las nuevas generaciones.

No podríamos pasar inadvertido el hecho de que, a pesar de aquellas precarias condiciones de nuestra vida en el siglo XIX, algunos pueblos iberoamericanos lograron escapar de las fauces de la anarquía y de las dictaduras, ejerciendo una democracia constitucio-

nal tan pura como les fue posible dentro del caos de organismos en embrión aún, y predicando incesantemente, angustiosamente, heroicamente a veces, la excelsitud de las normas eternas de la personalidad y del Estado.

Tal así, nosotros en Colombia.

Y SIN EMBARGO, FUE OPORTUNA NUESTRA EMANCIPACION: De no ocurrir por aquel tiempo la guerra de liberación política, cuando graves peripecias maniataban el poder militar de la Península, estos países habrían continuado bajo la dirección incongruente de gobiernos aturdidos, incapaces de una administración pública de su propia casa y más aún de colonias tan difíciles de conducir adecuadamente. No ve uno en la conducta posterior de España un sentido técnico que pudiera encauzar el desenvolvimiento hábil de estas dilatadas regiones, y sin duda habríamos llegado al fin del siglo XIX con la misma ignorancia, la misma pobreza y la misma desorientación administrativa en que nos sorprendió la libertad. Habríamos perdido una centuria inútilmente. Porque, mal que bien, ese lapso de tragedia íntima de nuestras nacionalidades nos educó para ser ahora lo que vamos siendo, países de democracia, grupos humanos de una sensibilidad propia, poco a poco uniformada en el rudo batallar y en el sufrimiento, con potencia económica ya muy importante en algunos, promisoría en todos ellos.

Esto no implica ingratitud para con la Madre Ibérica: Día por día crece entre nosotros el concepto favorable a sus virtudes, y hoy estamos mejor ligados a su espíritu que no en las horas de subordinación jurídica, de adversidades ineludibles y de choques. Magna fue la obra de sus hijos, magno el mensaje de su estirpe generosa y recia, tan alta y ruda a la vez, tan altiva y desinteresada, que no creo la cambiáramos por otra alguna, así fuese de las que asumieron luego la dirección cultural del mundo. No nos equivocamos al pensar que a la hora de nuestra rebelión política ella había perdido su capacidad de gobernarse, de prosperar una sana economía, de crear nuevas orientaciones conceptuales, de regir grandes grupos humanos. Pero, tampoco nos equivocamos en el orgullo de su sangre, de su lengua, de su índole, de las grandes jornadas de su trayectoria espiritual.

Más que sería de nosotros con un siglo de retraso en la historia del mundo, ¿a qué horas, de qué página de los pueblos, de normas, de creencias, de creencias, de un verso, de un canto, de un canto?

INSTITUCIONES REPUBLICANAS: Al iniciarse la vida independiente de estos países iberoamericanos predominaba en sus grandes hombres el sentimiento de las instituciones democráticas que conocían por la historia de los griegos y latinos, y por la reciente organización política de Francia y Norte América. Durante aquellas jornadas de la Emancipación ese sentimiento alcanzó el ápice de una mística, de convicción tan arraigada y urgente que ahora la percibimos como un verdadero estado religioso. A esa hora augusta de heroísmo y de fe nuestros libertadores creían que la mera acción de presencia de una constitución republicana en un territorio libre producía la felicidad y la prosperidad del Nuevo Mundo. Ninguna vacilación tuvieron, pues, al redactar los respectivos códigos orgánicos dentro de esta índole.

La discusión se estableció entre las fórmulas federalistas y centralistas, que estudiaban ingenuamente en abstracto, según las nociones derivadas de lo ocurrido en otros países, con la excepción de uno que otro espíritu clarividente, como fue el caso de Nariño entre nosotros, quien, para lo que entonces se llamó Cundinamarca, pedía un centralismo adecuado a la concentración de los recursos para la guerra ya incontenible y la uniformidad administrativa eficiente; y quien, más adelante, cuando se unieron en república, Ecuador, Nueva Granada y Venezuela indicó la forma federal como la más apropiada a la extensión del territorio y disimilitud de temperamento de sus respectivos habitantes. Esta pugna, casi infantil, contemplada desde la serena posición de nuestro tiempo, fue entonces causal de hondas perturbaciones: de guerras, de dispersión de recursos materiales y espirituales y de peligroso desfallecimiento de las primeras ilusiones de gobierno libre.

Más tarde, obtenida ya la liberación del Nuevo Mundo, se presentó de lleno y amenazante la dificultad de gobernar democráticamente naciones cuya población ignoraba casi del todo las normas abstractas de una vida independiente y no hallaban en sus costumbres cauce para una conducta autónoma, ordenada y serena. En las cumbres sociales había unos cuantos varones ilustrados, unos cuantos nada más, y esos mismos, a veces, tremendamente exaltados o rusos, y aun alocados como nuestro ilustre Zea, una clase media terrateniente o burocrática, de muy leve barniz cultural literario, de primeras letras, si mucho, y una enorme masa de indios en algunas partes, de mestizos y mulatos en otras, peso muerto, ignorante, pobre y desganada de todo esfuerzo de civilización y de cultura, aun de trabajo y redención espiritual de sus familias y por

sonas. De ahí que se presentara muy pronto, en el primer decenio de la vida independiente, la discusión sobre si fuera o no oportuno dar a estos países un gobierno férreamente autoritario que los condujese como en tutoría de menores, sin arandelas de libre disposición de sus destinos, ya que no entendían aún lo que tales destinos eran, ni como posibilitar su advenimiento. Hasta llegóse a meditar seriamente en la implantación de monarquías de tipo europeo, con príncipes de las añejas castas reinantes del Viejo Mundo, o en la creación de realezas criollas. Brasil y México lo ensayaron con Iturbide y don Pedro de Braganza. San Martín lo propuso y Bolívar lo contempló prolijamente, aunque otra cosa afirmen algunos historiadores: El primero, hombre sensato, desinteresado, aunque de poco vuelo mental tal vez, lo tuvo por recurso casi ineudible para contrarrestar el caos que veía instalarse en todo el Continente; y el segundo, sociólogo sagaz, inteligencia de intuiciones relampagueantes, comprendió asimismo que la realidad americana exigía algo equivalente, pero su despejado entendimiento le anunciaba peligros, su disciplina histórica le oponía graves censuras, su experiencia personal de las cortes europeas y de la trayectoria turbulenta de Napoleón lo hacían esquivo al ensayo: más aún, la alteza prodigiosa de ser el Libertador desinteresado de cinco naciones, que él sentía con luz meridiana, y que gentes de su confianza íntima y hasta de su sangre, como su hermana María Antonia (de sindéresis tan ágil), le hacían mantener incólume, le alejaron de dar aceptación práctica a dicho pensamiento, aunque astutamente lo dejó correr un poco para sondear el ánimo de las multitudes.

De ese conflicto entre el concepto de formar gobiernos de recia contextura y la convicción clarividente de que debía guardarse para la historia en la altura inmaculada de Libertador, surgió, como una transacción mediocre, la fórmula suya que se ha llamado «Constitución Boliviana», que ni a unos ni a otros satisfizo, no obstante la cohetada de aplausos con que la saludaron la muchedumbre y las estrellas menores de su séquito militar. En su sueño de impedir la anarquía sin caer en la dictadura irresponsable, aunó normas monárquicas con preceptos republicanos y aun con instituciones de un idealismo reminiscente, como el de su cuarto «Poder Moral», viendo, muy en breve, y con rencorosa acritud, la desbandada de la opinión pública, que en esto le abandonó, aunque paliando el desvío entre halagos de triunfo y caricias verbales, hasta que, airado él de la oposición recóndita, y asustados los prohombres de la reacción civilista, estalló la pugna con atentado personal, que casi le cuesta la vida,

pérdida consiguiente de la ponderación mental del héroe, derrota espiritual y destierro voluntario, bajo el dosel generoso, eso sí, de la gratitud de los pueblos y aun del dominio inextinguible de su autoridad: no, como afirman otros, en miseria y humillaciones.

Esta fórmula de gobiernos fuertes fue seguida en Chile con la intervención vigorosa del Ministro Portales, y entre nosotros la quiso ensayar el ilustre prócer Rafael Urdaneta. El primero logró imponer a la nación chilena un rumbo de estabilidad y grandes ambiciones, que durante el siglo XIX la fue elevando de la insegura posición de un país minúsculo, prácticamente limitado, por los paralelos de Antofagasta y Biobío, hasta colocarse en el peldaño de primera potencia suramericana, en pugna casi perenne con la Argentina y el Perú. Predominó en ese país un espíritu de superación, un moesante mirar hacia las cumbres, que lo sostuvo enhiesto y le permitió adquirir poco a poco lo mismo en que mítica y místicamente fundamentaba su orgullo patrio. Admirable enseñanza, sin duda, que nos prueba cuanto vale a un pueblo la exaltación espiritual de sus propios destinos. Durante esa centuria XIX estuvo la dirección política en manos de las clases altas de la sociedad, pues, para su fortuna, allí no fueron sangradas al blanco y casi exterminadas, como ocurrió en otras regiones. Su evolución democrática reciente, de aspecto socialista, con grandes reformas proletarias, ha venido ocurriendo en este siglo, sin graves perturbaciones.

No sucedió lo mismo entre nosotros al General Urdaneta, uno de los mejores capitanes de Bolívar, pues muy pronto comprendió que este país amaba entrañablemente la ordenación política libre, y con gesto de cordura rindió el poder en manos de don Domingo Cayzedo, un patriarca de menos capacidades intelectuales, pero de índole civil, a pesar de sus charreteras, muy acorde con el carácter neogranadino, y en manos de don Joaquín Mosquera, ilustre señor, de rancio abolengo, letrado y jurista, aunque débil y poco capacitado para empresas heroicas.

En la intimidad de estos acontecimientos maduraba la obra de Francisco de Paula Santander, encarnación perdurable de las aspiraciones democráticas de nuestra gente, bien dotado para la administración pública y el gobierno de hombres, educado en normas jurídicas y a ellas adicto por carácter racial y personal. En un instante de la historia de América Latina aparece como un co paladín de la democracia libre y del derecho, por donde, si fue de a Orden de los Libertadores y estrategia de dilatada visión, puede considerarse por otro aspecto el más firme y consciente de los conductores

espirituales de este grupo de países. Como militar dio a la Independencia la base de acción del Nuevo Reino de Granada, preparando en Casanare y consolidando en Boyacá el dominio de los patriotas en este territorio inmenso. Como administrador dio a Bolívar los recursos más eficaces para sus gloriosas campañas posteriores. Como estadista refrenó constantemente los ímpetus de su jefe alejandrino, recordándole que no podía agotar su patria en los más y más amplios proyectos de lucha que iba concibiendo a medida de sus triunfos: su deseo de avanzar al Sur, de ir a las Antillas, de abordar la liberación de la misma España, en ese clímax de embriaguez dionisiaca del caudillo egregio. Y, en fin, como «Hombre de las Leyes» a todos mantuvo, Bolívar inclusive, dentro de un severo cauce constitucional, pensando grandiosamente en el futuro desde la angustiosa incertidumbre de sus fuerzas, con un país materialmente exhausto y culturalmente en pañales todavía. Cualesquiera que hayan sido sus errores, este hombre se me encumbra como un gran conductor de pueblos. Su obra lo dice. Y los hechos no se discuten. Los que creen honrar mejor a Bolívar denigrando a Santander olvidan que cada hombre representativo trae a la Historia el espacio que corresponde a su esfera, sin menoscabo de los otros.

En la mayoría de los restantes países de América la reacción favorable a los gobiernos fuertes tomó la dura senda de los despotismos personales. Tétricas figuras, a veces de un exotismo inédito, como la del doctor Francia, seminarista vesánico e inteligente; despiadados y violentos como Rosas; sibilinos y egoístas, como Flórez, rudos y valientes, como Páez; sargentos vulgares, como Daza, Belzú y Melgarejo; felinos silvestres, como Rafael Carrera; vanidosos e insignificantes, como Santa Anna; abogadillos aviesos, como Estrada Cabrera; soberbios e histriones como Guzmán Blanco; lascivos, como Castro. . . . ¡qué sé yo!

Aquello constituye la hora negra del Continente. La hora que no podía eludir, dada la angustiosa situación de su economía y su cultura. El haber pasado de ella, el haberse liberado de su propio infortunio, después de emanciparse del dominio ajeno, ofrece la faz de apreciación más justa para entender su índole y apreciar sus recónditas virtudes. Ante este hecho colocaría yo gustosamente a los críticos propios y extraños que maldicen de nuestra historia y desconfían de nuestro grupo racial. Si fuésemos a medir la potencia histórica de un pueblo cualquiera del vasto mundo por lo que hizo o dejó de hacer en media centuria de sus azares, ya tendríamos para recostarnos eternamente al Muro Jerosolimitano de las Lamenta-

ciones, para condenar a los hombres y repudiar el planeta en que nacieron.

Viciada la acción democrática por la cima de sus jefes de Estado, las otras funciones tuvieron necesariamente que resentirse: Y así se vio en muchos países una grave relajación del Legislativo, pues, como se diese el caso de que en casi toda la América se adoptara el régimen presidencial, y como a éste se unía la dirección suprema que arbitrariamente asumieron los tiranuelos de turno, esta rama del Estado sufrió mengua, se adjetivó y a menudo claudicó de las altas normas de su cometido. Con ello se hallaron las nuevas generaciones desamparadas de suficiente disciplina liberal, cívica a lo menos: Hubo leyes ad hoc, acaparamiento del patrimonio moral y material de los ciudadanos por parte de uno solo a veces, tal es el caso de Juan Vicente Gómez en Venezuela, un siglo más tarde, o de una camarilla de copartidarios y sabuesos, como fue lo más frecuente, según se vio en el gobierno de Porfirio Díaz, o de simple locura y derroche, de un pseudo progreso material, en las capitales sobre todo, para seducir a incautos y extranjeros con magnificencias suntuarias dentro de una economía desorientada y pobre.

Algunos de estos dictadores merecen un estudio sereno. No sería ecuánime detestarlos en bloque y sin concederles actitudes bondadosas y a veces elevados pensamientos. En ocasiones iniciaron su empresa con el laudable propósito de encauzar a sus respectivos países en la ruta de una paz ordenada y de una prosperidad industrial en sosiego: En Colombia vióse este caso en el gobierno del general Reyes, un tanto fanfarrón, sin duda, autoritario e irrespetuoso de los fueros tradicionales de nuestra legalidad, pero gentil de trato, ambicioso de progreso, sin envidia de las virtudes ajenas ni odio de partidos: cruel en algunas ocasiones, pero más a menudo despilfarrado y bonachón, como que bajo sus bigotes de tigre tenía un corazón infantil, desorbitado en un proceso nervioso tal vez.

El más laberíntico de estos gobernantes, más aún que el caso de iciosamente patológico de Rodríguez Francia, fue el de ebérrimo general Juan Vicente Gómez de Venezuela. Un campesino con tres virtudes imperativas: la avaricia de la tierra, que le llevó a los peores abusos de su poder; su deseo de orden material, sin entendimiento del espíritu, que no cabía en su educación rudimentaria, lo que le condujo a esa crueldad inaccesible, que sólo se comprende dentro de su alma como el tributo abominable a las normas de una ideología somera de labriego; y su devoción por las glorias militares de su país, la de Bolívar en primer orden. Su valor personal, su as-

tucia meticulosa, su maravilloso dón reproductivo de patriarca semita, la ponderación de su discurso, la rusticidad de sus placeres, la sensatez de sus conceptos económicos, su opinión despectiva de letrados e innovadores, su actitud prudente ante las potencias extranjeras, todo ello son cualidades de campesino, servidas por una intuición genial inculta. Un hombre primario que concibe como bien supremo la riqueza material, redentora del hambre, de la sed y el desabrigo, rústico al fin, a quien asusta la intemperie que orilló desde la infancia, no entenderá nunca que las gentes ambicionen libertades y fueros de civilidad, entes ilusorios para su espíritu; un hombre de la gleba que sabe desde niño que el orden disciplinario en las labores es fundamental para el buen rendimiento, no tolera que haya voluntades libres y rumbos diversos en la órbita de su mando; un hombre que entiende estas premisas como de esencia invulnerable, y las une a la gloria del pasado, verá con estatuaría despreocupación el sufrimiento y la muerte de unos cuantos miles. Y si a estas normas hábiles se liga la conveniencia personal, la ética exculpante de un egoísmo sin freno, ya tendremos una conducta incontrovertible y cruel.

Mas esto no es todo en la génesis de aquellos caudillos fatales: La mitad de su desorden moral estriba en el ambiente humano que los rodea, que los estimula con disculpas sutiles y con aplausos oportunos y fervientes: A tanta no llegarían si carecieran de basamento espiritual, por donde entiendo que las naciones en que tales cosas ocurren, no pueden ser absueltas aún e irrestrictamente: A mi modo de ver, mayor responsabilidad histórica corresponde a los eruditos que los animaron en su obra, un Gil Fortoul, digamos, un Vallénilla Lanz etc.

Rota la conducta moral del Legislativo, el Poder Judicial sufre a su vez graves perturbaciones. Y es éste el mayor daño, sin duda, que en dichas ocasiones de tiranía ilegal, o pseudo-legal, sufren los pueblos: Cualesquiera que sean las peripecias y peligros de un vivir en determinado ambiente, la confianza íntima de que existe una justicia social serena produce recóndito sosiego. Mas he aquí que la tiranía tiene que perturbar la honestidad de los jueces para sus propias conveniencias primero, y disimular, consecuentemente, las transgresiones que así ella misma ha estimulado.

En gradación descendente, ocurre otro tanto en las funciones del Ejército y de la Policía, que de cuerpos ordenados y responsables tienen que hacerse al fin meras turbas colecticias de sabuesos y foragidos. La Prensa se rinde entonces y la Ciencia claudica.

Y cuando el desorden moral llega a su culminación, atrapa la familia, llevando a los mozos por sendas de oportunismo y avilantez, y desviando a las mujeres de sus más preciadas virtudes.

Entonces pudiera pensarse en una delicuescencia irremisible de la sociedad, a la manera que ocurre en la decrepitud de las civilizaciones. El haber nosotros en América sorteado este choque y salido poco a poco a mar limpia y amplias trayectorias espirituales, algo dice, dice mucho, de la buena índole de nuestros grupos étnicos.

¿En dónde estúvose soterrada y fértil esa semilla de redención? No es difícil discernirlo.

En primer lugar en la comunión íntima de los hogares, donde, al amparo de una discreción acongojada llamean los ideales cohibidos de la estirpe y se encandece poco a poco el ánimo de las nuevas generaciones. También en los centros de alta cultura, la Universidad, por ejemplo, por labios de profesores astutos o valientes que endilgan la juventud hacia la contemplación y estimulación de los grandes principios de la humanidad, bajo las especies de disertaciones inanes, de mera exégesis vagarosa en apariencia, en el fondo cargada de enigmas y de anhelos. En los héroes que se lanzan, audaces, al sacrificio con decisión de muerte, y que al sucumbir aparentemente solos, dejan una estela fecunda de reacción social. En los publicistas desterrados, que desde el trípode de su dolor lanzan sin tregua el grito rebelde, y estigmatizan ante el mundo la persona y las empresas del tirano.

De este modo se va constituyendo un ambiente reactivo que significa lo que hay de perdurablemente noble, de inalienablemente sagrado en el espíritu de la nación, y que muy pronto asume la victoria de las fuerzas morales, al parecer derrotadas para siempre, fecundas en verdad y a la postre invencibles. Si el crítico social o histórico para mentes en la incidencia de estos desórdenes de la vida democrática, de aquellas tiranías vulgares o terriblemente astutas, pensará en que los pueblos que las sufren son siempre dignos de ellas y no merecen conmiseración ni excusa. Podría equivocarse, si no distingue equitativamente: Este infortunio hay que valorarlo por las reacciones que produce. Así se ve a los mismos regímenes dictatoriales cubrir su alevosía con atuendo de bondad, y aun disimular su torcida intención con un simulacro de bellas instituciones que momentáneamente seducen el espíritu cándido de la multitud.

Un pueblo desfallecido por constitución «ab origen» o por degeneración adquirida, vegetaría inerte en la posición espiritual en que

se le colocara, y no podría ofrecer al mundo ese rudo embate, esa angustia y desconcierto que Ibero-América presentó durante un siglo, ni menos aún, las sanas orientaciones que ahora sigue. Quiero decir, y lo repito, que la sangrienta y alocada vida que llevaron nuestros pueblos durante la centuria XIX, su gran dolor y sus errores, su inquietud incesante y torturadora, prenda son de una elación, de un anhelo, de una virtud ascendente.

EMANCIPACION INCOMPLETA: En el fondo arcano de estos acaecimientos de la historia ibero-americana se descubre la tesis elemental de que un siglo después de la emancipación política aún éramos colonos de Europa: Libre disposición de nuestras instituciones no significa posible adquisición de un sosegado vivir. La economía siguió siendo subsidiaria de países extraños, con tan férreas ataduras, que nos fue imposible encauzarla eficazmente; productores de materias primas que se cotizaban conforme a la organización industrial exótica, vivimos bajo tutela perenne. Lo poco que esos géneros comerciables rendían al haber patrio, regresaba a los centros capitalistas, sin más trámite ni duración que los requeridos para un «asiento» de contabilidad. Las confusas empresas, ferrocarriles, digamos, o navegación, o minería, que ese capital extranjero emprendió entre nosotros, eran explotados con criterio de sangrar al blanco la «colonia», sin prestar servicio alguno de mejoramiento social, reclamando por el mínimo de conveniencia pública el máximo de utilidades, hasta el frenesí de la impudicia. Y cuando el abuso llegaba al máximo y los contratos eran denunciados por incumplimiento, graves reclamaciones diplomáticas extorsionaban al país con el décuplo de los valores efectivos. Y no valieron árbitros! La sombra de Cleveland humillará la cabeza ante esta recusación tardía!

Sólo cuando la ingeniería nacional y los escasos recursos económicos del país se dieron a la tarea de solucionar sus propios intereses, pudimos respirar mediocrementemente. De ello apenas pueden anotarse algunas excepciones, como en la Argentina, Brasil y México, donde hubo grandes empresas de capital extranjero civilizador. Por lo que hace a los pueblos de menor cuantía internacional, el viacrucis fue largo y cruel, cínicamente cruel en ocasiones.

También fuimos colonia en lo cultural: Independizados de España, volvimos los ojos al pensamiento y a la literatura franceses, con ligeras aportaciones anglosajonas, hasta fines del siglo XIX. cuando la inquietud de nuestros letrados y científicos husmeó con

exquisito deleite la trayectoria espiritual de otras culturas, Alemania, Escandinavia, Italia, Rusia, el mismo Lejano Oriente etc., y regresó, con amor desinteresado, al solar fecundo de la antigua y de la reciente Iberia.

Por lo que hace a lo científico, tanto en metodología como en textos, adoptamos muy estrictamente la orientación francesa, con afortunadas intervenciones de la pedagogía alemana en algunos sitios, como en Colombia hacia 1870, hasta cuando las universidades yanquis adquirieron prestancia y nos ayudaron a concebir otros sistemas, ya en pleno siglo XX, aunque sin abandonar del todo, ni siquiera en mucha parte, la ordenación francesa, más asequible a nuestro espíritu por su idioma, su claridad y la hospitalidad generosa del París de aquel entonces.

Y puedo, pues, decir que sólo en los últimos años se esboza en nuestra América Latina un pensamiento autónomo no un sistema aún, en las tentativas de sus ensayistas, en la índole terrígena de sus noveladores, en la sensibilidad de sus poetas, en algunas novedades de su derecho internacional, y en un no sé qué tumultuoso que bulle en todas las labores de su espíritu.

Por lo que respecta a las instituciones políticas, la subordinación colonial no pudo ser más evidente: Al iniciarse nuestra vida libre copiamos de Francia un poco y un mucho de Norte América, tanto en lo constitucional como en la redacción de los códigos, por manera que tuvimos separación de poderes, estados federales, régimen presidencial, estatuto civil napoleónico, y conservamos buen acervo de la legislación española en otras ramas. Luégo seguimos con nimia puntualidad los movimientos revolucionarios de Europa, como el ocurrido en 1848, y aún hoy día véanse ráfagas de socialismo y de absolutismo disputarse la admiración de la juventud. Sino que hora despunta en algunas partes el sensato anhelo de los países y la índole de sus gentes, y ya los sociólogos buscan en la naturaleza y en la historia cuál pudiera ser el rumbo propio de estas nacionalidades.

En lo religioso esta subordinación colonial fue más severa todavía, ya que el sentimiento adhería sin vacilaciones a la autoridad del Vaticano, esquivando en un principio a la independencia de estos países, por sus grandes vínculos con la Monarquía Española. Algunas naciones ibero-americanas, Venezuela hasta hoy, Colombia en cierto período, invocaron la ley de patronato, como una herencia de la antigua Metrópoli, pero en lo general se acogieron al sistema de los convenios o «concordatos», de tipo napoleónico, que hoy rigen.

De aspecto jurídico independiente, estas relaciones fueron en verdad las de una sumisión indiscutible, y muy extensa, pues comprenden las zonas más preciadas de las sociedades y del espíritu, conducta personal, constitución de la familia, expresión social del sentimiento religioso, orientación ideológica de la cultura, textos de estudio y aun labores literarias, perseguidas a menudo por los tribunales del Indice. Y como nuestros padres del siglo XIX, aunque fueran «radicales» y «librepensadores», conservaron un fondo inconmovible de catolicismo, la subordinación efectiva nunca vino a menos en estas gentes, aun en los momentos de choque, de expulsión territorial de comunidades y restricciones policivas del culto: Me atrevería a imaginar que por cada obispo desterrado, nuestros herejes de entonces se darían en el recinto silencioso de sus hogares una buena dosis de disciplinas expiatorias.

Las nuevas generaciones han invertido los términos de esta posición sentimental: Ya no creen, o creen muy vagamente, pero atienden, respetuosos, a las fórmulas convencionales: Se conducen mejor, se han «civilizado», aunque ello revela una dosis más peligrosa de escepticismo y una flaqueza creciente de la certidumbre. La Curia Romana adivina esta situación peyorativa y transige más y más, legítimamente preocupada de un colapso definitivo de su poder.

Y aquí se nos presenta oportuna la investigación de cómo se enlazan las normas patriarcales y matriarcales de la sociedad con la organización religiosa respectiva: ¿Por qué estos países de recio patriarcado, España, Italia, Ibero-América, se sujetan a una autoridad remota, el Papado, mientras que los Yanquis prefieren, en su estructural matriarcal, el caos místico de sus numerosas religiones, de tan débil cohesión autoritaria? ¿No es acaso la mujer más amiga del orden, más sujeta a dominio espiritual, más admiradora del «héroe»? Pues, sí y nó: El régimen patriarcal presupone un riguroso escalafón de mando, una ordenación de disciplina, una severa jefatura, que concuerda con el Catolicismo. Y el matriarcado, como engendro femenino, prefiere lo familiar y lo social, la moral y la religión ético-sociales y no abstractamente teológicas, la religiosidad de tipo doméstico, para el gasto del día, para el manejo de los quehaceres cotidianos, con pastor que se case, predique sobre los sucesos elementales de la grey, cultive un huerto, fume su pipa, saque a pasear a su consorte adecuadamente embarazada, y no se preocupe tanto del Logos.

A estas circunstancias tenemos que añadir dos condiciones substantivas: La indeterminación del grupo racial y la indeterminación de fronteras nacionales.

Cuando ocurrió nuestra emancipación política no se había cumplido aún la fusión de los elementos raciales que constituyen nuestra nacionalidad: Los criollos blancos dominaban las posiciones económicas, sociales y políticas, aun las eclesiásticas, constituyendo una aristocracia de minoría, base de la cultura moral e intelectual; los negros, abundantes en las regiones mineras y agrícolas tropicales y subtropicales, en la proporción de un diez por ciento, más o menos, vegetaban en la indolencia espiritual de su índole, y en la sujeción de la esclavitud, generalmente bien tratados por la humanitaria conducta de los patrones iberoamericanos, pero sin personalidad aún; los indígenas, numerosos en algunos pueblos, Bolivia, Ecuador, Guatemala, México y Perú, por ejemplo, constituían una masa casi amorfa, casi mineralizada, ni siquiera vegetativa, en decadencia vital; los términos de transición, el mulato y el meztizo, iban creciendo rápidamente en número y categoría, con sus virtudes de adaptabilidad mayor al ambiente y sus defectos, para ser asimilados en algunas regiones, como en Argentina y Uruguay, para superar en otras, como Colombia y Venezuela. Mas, en aquel momento histórico había un caos, una indefinición étnica... otra prolongación racial de la Colonia.

Y si a esto agregamos que las fronteras permanecían un poco pro indiviso, que el cuerpo territorial de las naciones no estaba acotado aún, se entenderá por qué hubo tanta turbulencia entre nosotros durante el siglo XIX, y cómo se puede asentar sobre múltiples argumentos la opinión común ahora y ya evidente de que éramos pueblos infantiles todavía, en crecimiento difícil y penoso e ineluctable desorden.

Esta puerilidad conjunta, caso ciertamente interesante en psicología, repercutió en la estructura espiritual de nuestros conductores: Cuando en algún momento hice un análisis minucioso de su carácter, diciendo que en todo la centuria pasada no tuvo Colombia arriba de seis hombres de verdadera madurez, y que los demás, hasta muchos sabios y muchos héroes, e inclusive, naturalmente, la prolífica serie de políticos gobernantes y de gran renombre, habían sido infantiles, el público sonrió picarescamente, creyendo que ironizaba con ánimo de agredir a algunos varones eminentes de la actualidad, cuando en mí aquel pensamiento tenía recia raigambre histórica y era fruto sazonado de largas meditaciones.

En resumen: Nos independizamos oportunamente, pero sin adecuada preparación racial, territorial, cultural y económica. Continuamos siendo colonia durante un siglo: De España, en literatura y legislación; de Francia, en literatura e ideología general; de Inglaterra, en lo económico y en algunas normas sociales; de Estados Unidos, en instituciones políticas y protección internacional; de Roma, en religión y preceptos de conducta; del azar, en fin, en cuanto al desenvolvimiento de nuestra población en cieme.

Siquiera se considere un poco exagerada la hipótesis, concepto que nuestra verdadera emancipación se precisa al terminar el conflicto mundial de 1914, y que por esa hora, también, entramos en una evolución firme de adolescencia, aunque todavía nos asedien preocupaciones de crecimientos muy graves.

PARTIDOS POLITICOS: Ello no resta prestigio a la labor de las generaciones precedentes, en contrario, nos confirma en la admiración que debemos a los fundadores de nuestra democracia: Que si fueron infantiles en la esencia de su conducta, por imposición indeclinable de su ambiente cultural y de la hora en que rindieron su cometido, mayor mérito tienen sus obras fecundas. Así, digamos, la gran jornada de Boyacá, medida desde el ángulo de una mera acción de guerra, no rebasa las lindes de una escaramuza de noventa minutos, con unos pocos estropeados solamente: Y, sin embargo, ahí cobra auge la libertad de América, ahí se resquebraja el dominio español en el Nuevo Mundo, ahí se parte en dos la gesta emancipadora: Carabobo, Pichincha y Ayacucho, las tres magnas lides de la epopeya, las bases del triunfo, sólo pudieron realizarse y sostenerse por este choque rápido de los beligerantes sobre las mustias colinas del Puente de Boyacá. Tal así, nuestro porvenir se asienta sobre las obras cívicas y guerreras de aquellas generaciones infantiles de espíritu aún y desconcertadas a menudo. Es la virtud insigne de las semillas vegetales, que de su gémula diminuta brotan el árbol gigantesco y la selva dilatada y potente.

A esos muchachos debemos tres grandes jornadas nacionales: La épica de la Emancipación, que considero mayor en tenacidad, heroicidad y sacrificios que todas las que antes relató la Historia; la lírica, por donde la estirpe ibero-americana inició sus relaciones con la cultura universal, superando a fuerza de intuición y de inspiración relampagueantes, la levedad cultural del medio y aun los conflictos de inferioridad que la experiencia milenaria de Europa le imponía a su veneración. Los que observan las posibles imitaciones que

de lo europeo se hizo entonces, no ven, ni ver les es posible desde su punto de contemplación, la recóndita novedad de la lírica americana, la sensibilidad nueva, y desconcertada a veces, que circula por las notas del canto: Es un ritmo, una síncopa, un desmayo, un grito en la sombra, un no sé qué indefinible como el alma, que en nosotros sugiere vibraciones de consonancia íntima, acordes entrañables para nuestro espíritu, mudos tal vez, mudos ciertamente, para el hombre de otras latitudes. Nos ha faltado el crítico, zahareño y gerifalte, el crítico de pura raza, que revele al mundo este sinuoso hilo de nuestra poesía, pues todos se complacen en rastrear las reconditeces del influjo extraño, llenándose de gozo pedantesco cuando logran uncir la inspiración de uno de nuestros grandes líricos a la producción de un artista europeo. ¿No es ese el caso deplorable de nuestro José Asunción Silva? Y no advierten la huella sutil y fecunda de una sensibilidad autóctona, la impregnación numénica del país, de la raza y de la historia, la tragedia de la estirpe, la aspereza de las cumbres, el enigma de las selvas, el arrebato de los ríos, el acicate urgidor del espíritu, el desconcierto de las rutas, el abismo aborigen de que venimos y el abismo histórico a donde vamos; todo aquel turbión de ráfagas que me hizo exclamar una vez, al comentar en público la obra de nuestro joven poeta Germán Parado García: «un relámpago entre dos caos», queriendo decir que su canto era la fulguración eléctrica que surge al choque de un espíritu conturbado por ciclones de inquietud con un mundo convulsionado por ciclones de gestación desordenada aún.

Y fue jurídica la tercera hazaña de nuestros abuelos: La lenta y trágica adecuación de la democracia en lo interno, la lenta y trágica adecuación de un espíritu internacional ecuménico en la amplitud, y humano en la esencia irrepudiable de sus propósitos.

Por lo que corresponde a la jornada jurídica, estas luchas de nuestra gestación cultural pueden observarse en el desenvolvimiento de los partidos políticos que actúan en la historia de América desde su emancipación.

Durante el largo ciclo de la guerra y al iniciarse la República se estableció la polaridad Colonia versus Metrópoli, con una ideología universalmente democrática, por reacción ineludible contra los sistemas peninsulares de gobierno. Los diez y siete puntos proclamados por la Revolución Francesa como «Derechos del hombre y del ciudadano», fueron canon incontrovertido de la generación libertadora. Las enseñanzas de Rousseau, Montesquieu y los enciclopedistas alborotaban su espíritu con la inquietante revaluación

del planeamiento de las sociedades, y el triunfo de las nuevas disciplinas post-renacentistas en ciencia y filosofía, sobre todo de los estudios experimentales y matemáticos de la Naturaleza, que los traían como embriagados de asombro y de ilusiones. Por otro aspecto, la organización de la democracia yanqui, con sus grandes conductores, Washington, Jefferson y Franklin primordialmente, caldeaba al rojo blanco su visión romántica del nuevo orden del Mundo. Y detrás de estas recientes ocurrencias del espíritu, Plutarco, el viejo arconte panegirista, mantenía en tensión sagrada su fe en las virtudes ejemplares de los héroes.

Esta polaridad explica ampliamente el hecho de que eminentes personalidades, como el doctor Mariano Ospina Rodríguez, aparezcan en su juventud con empresas de un exaltado liberalismo, y luego se constituyan en los fundadores del partido Conservador y sean un poco autoritarios en su concepto del mundo y en la predicción periodística y pedagógica de sus ideas.

Es porque a raíz de la Emancipación, de 1830 a 1840 se establece otra polaridad, ya de las fuerzas culturales del país, entre las normas de un liberalismo naciente y las antiguas de un más severo orden social: De un lado la fe en la conducta libre de los hombres, en ese Liberalismo que arranca de la Reforma Religiosa europea, pasa a través de la nueva filosofía, racionalista, crítica o escéptica, de ese movimiento gigante que pone en tela de juicio, con Descartes y Espinoza, con Locke y Kant etc., todos los fundamentos de la centidumbre, avanza luego por la ligereza demoledora de los enciclopedistas, se irisa de elocuencia y de martirio en la Revolución del 89 y en la Emancipación de la América del Norte, para llegar a nuestros abuelos con pabellones desplegados de redención infalible y de justicia incólume. De otro lado, ante el creciente desorden de las nuevas nacionalidades, ante la ignorancia de las multitudes recién libertadas, el desenfreno de los caudillos semi-salvajes coronados de gloria, ante la indisciplina de una juventud en noviazgo incandescente con todos los sueños de libertad, los espíritus de temperamento ponderado, varones de prudencia y gran sentido de las responsabilidades, volvieron los ojos hacia la tradición normativa de la Religión Católica, de la moral adusta de nuestros antepasados, de la rígida legislación de otros tiempos, un si es no es, hacia la estructura aristocrática de la sociedad, todopoderosa enantes.

Liberalismo versus Conservatismo, he ahí la nueva polaridad, o Revolución contra Tradición, o Libertad y Orden, que con estos u

otros nominativos partió por mitades el campo ideológico de América.

A Aquí y allá, fracciones de esta bifurcación asumieron momentáneo predominio en la lucha: Tal el caso de Federalistas y Centralistas, de Congresistas y Presidenciales, que tanto ha molestado la paz del Continente.

Ninguno, sin embargo, ha repudiado las normas republicanas, ni siquiera ha intentado destruir, en abstracto, la índole democrática de estas naciones. Los mismos que abusaron de su jefatura aherrajando la conciencia libre de América, predicaron siempre su respeto por el prestigio de las instituciones y una «bien entendida Libertad». Infortunadamente, hubo errores y pecados difíciles de evitar primero y de corregir más tarde. Los ingenuos demagogos de aquella edad, los que proclamaron el ejercicio irrestricto de todas las libertades, la de palabra, de prensa y de reunión, la de armamento etc., sin parar mientes en la ignorancia de las multitudes de estas naciones infantiles; ni en el criterio primario de caudillos ambiciosos y éticamente confusos que estaban al acecho de oportunidades de asaltar el poder, muy noblemente nos metieron en graves líos revolucionarios, aunque debo decir, parezca o no contradictorio, que con ese error ludimos y esciurecimos, a la postre, la conciencia democrática que necesitábamos y alguna disciplina en el ejercicio del derecho civil que ahora nos favorece y enorgullece ampliamente. La generación del 50 al 70, la generación que corresponde al movimiento liberal europeo del 48, fue, sobre todo en Colombia, de un alborotado romanticismo, imprudente, juvenilmente alocada, sin duda, pero generosa y amable.

Los que restringían las libertades pueden dividirse en dos grupos. Aquellos caudillos de fortuna que careciendo de alteza espiritual sólo buscaron en el poder ocasiones para hacerse ricos, para disfrutar de su lujuria silvestre, para rendir a sus pies vindictivamente el orgullo de la aristocracia o intelectual, manifestando un egoísmo «matilde»; para emplear el rudo vocablo del Lombroso. Causa en que, repetiré gustosamente, tiene mucha culpa la sociedad en que surgieron, pues así como hay crímenes que son más sociales que individuales, aunque sea una persona la que los ejecuta, la tiranía, de los bárbaros que atribuyese en parte a la responsabilidad de su medio ambiente. Cero esta que una vez probada la miel de mando, las prerrogativas de la preeminencia, las oportunidades de la sensualidad desbosada, disculpada y universalmente favorecida, sería

inhumano pensar que renunciaran a sus goces y se hicieran, estos Polifemos cavernarios, unos Marco-Aurelios filosofantes y estoicos.

Pero hubo otra tiranía, de noble abolengo espiritual, aunque no menos áspera y temible: La de los letrados místicos, a la manera de García Moreno. Muchas veces al rememorar la obra de un hombre tan inteligente e ilustre como Miguel Antonio Caro entre nosotros, que tuvo una de las mayores capacidades críticas que ha visto este país, y un dón de análisis psicológico desconcertante, y lo ve uno conducirse en la Presidencia de la República con una ceguera casi insólita, desconociendo elementales reacciones del espíritu, tapándose ojos y orejas ante la inquietud de sus adversarios, al ver uno tales errores en gentes de esa índole superior y honrados moralmente además, tiene que admitir que un hombre que se conceptúa armado de verdades eternas es un peligro inminente en el gobierno de las naciones: ¿Qué importa a su conciencia el dolor y la injusticia «parcial» ante la magnitud abismática de los «principios eternos»? Así considerados, yo no vería monstruosidad en su conducta, como algunos críticos de su generación lo proclamaron airadamente, sino, en la hipertrofia de un concepto, que los «deshumanizó» con una lógica irrefragable dentro de su espíritu.

Después de analizar, así esquemáticamente, los orígenes y la psicología de los credos partidarios de nuestra América, consideremos un equívoco conceptual de su conducta: Los unos hicieron hincapié en que la felicidad de las sociedades estriba en la Libertad, y los otros en el Orden; aunque ninguno ciertamente prescindió de estos términos normativos. Apoyando la Libertad, un grupo extremó las licencias; extremando el Orden, el contrario exageró las restricciones. Ambos parecerían unánimes a la mente de un extranjero que los contemplase despreocupadamente. Mas he aquí que en la práctica la desviación se acentúa en ángulo obtuso, produciendo graves consecuencias. Y digo que en ello existe un paralogismo, pues que no puede darse Libertad desordenada, por lo mismo que lo social es cooperación y es convivencia, lo que tanto vale como decir armonía, ritmo y orden; y el Orden debe de tener un movimiento libre, un cauce de acción para que sea operante.

EVOLUCION DE LOS PARTIDOS: A la polaridad Metrópoli-Colonia, a la de Religión-Racionalismo, de Libertad-Disciplina, a las de Federalistas Centralistas y Parlamentario Presidenciales, que acabamos de ver sucederse en el funcionamiento de las democracias de América Latina, tendríamos que añadir las perturbaciones

que producen los despotismos emanados de la Naturaleza, muy más agresivas que las que emanan de los hombres: La miseria, la enfermedad y la ignorancia.

Ninguna tiranía es equiparable a estos flagelos de la especie, y hasta pudiera aseverarse que el despotismo de los gobiernos sólo es posible en terreno abonado por ellas, ora por causa de la irritación que suscita en las sociedades, debilitando su potencia de control y conduciendo a las guerras, al desorden moral y la tiranía que le sigue; ora mermando hasta el colapso la virtud de reaccionar activamente, el natural deseo de defender la dignidad en peligro: Es una relajación de conducta de origen fisiológico, como las tiranías imprimen otra de fuente espiritual.

Y ello ocurrió muy a menudo en nuestras tierras, casi casi sin reposo durante el siglo XIX. El que en medio de esta torturante depresión de ánimo, que por esas condiciones de enfermedad, de ignorancia y de pobreza lo herían en su misma entraña, hayamos podido reaccionar noblemente y reasumir los fueros de la cultura, establecer, sin dubitación posible, un motivo de orgullo y de confianza en las capacidades de estas naciones.

Ahora, resuelta en parte la contradicción de aquellas polaridades, adquiridos los derechos que preconizó el siglo XVIII, el caudal de sangre vertida en su defensa y la magnitud de dolor que impuso su advenimiento, parecen una exigencia exagerada de la vida ante lo fugaz de su imperio y la poca felicidad que nos producen: Porque, en triunfando, inmediatamente surge nueva polaridad contrabadora, la Económico-Espiritualista.

Políticos y filósofos contemporáneos miran ya como juego de niños aquellas luchas del XIX, y deducen de la Historia que todo bienestar humano se cimienta en condiciones materiales de sana economía, de reparto equitativo de la riqueza social; mientras que otros proclaman que las normas del espíritu tienen la cumbre, y que a las anteriores se les debe considerar como elementos coadyuvantes apenas.

Pleito difícil. La humanidad ha venido aquilatando en lucha de milenios ya, la ordenación de sus libertades: Los que predominan por vigorosos en la horda y en la tribu, y los que por astutos o valientes se apoderan más tarde de los imperios, ceden a la formación de aristocracias y oligarquías, es decir al predominio de unos pocos, bajo el comando de alguno de su orden, reconociendo así cierta amplitud social para el gobierno, aunque restringida en número y derechos. Un paso más aún y este «segundo estado» se organiza en ins-

tituciones, como las de señoríos feudales, iglesias y parlamentos. Sin detenerse ahí, la liberación progresiva y el ascenso de la personalidad, corresponden a un «tercer estado», a la burguesía, digamos, y vemos realizarse su exaltación en el advenimiento de las democracias modernas. Mas ello es que aun así quedaron por fuera los desamparados de la fortuna, los «proletarios», un «cuarto estado» «sui generis», y ahí tenemos al frente de nuestras vidas la última revolución.

¿Es acaso un círculo infernal dantesco? No parece inútil esta trayectoria trágica de los humanos: De jornada en jornada vemos definirse mejor el espíritu, enaltecerse la personalidad íntima y la social jurídicamente. Es como si la humanidad fuese ampliando en ruda brega e incesantes sacrificios personales y temporales la posición perenne de una dignidad específica, liberación material de las fuerzas mudas de la Naturaleza, liberación del despotismo de una voluntad individua, hasta alcanzar la autarquía civil del grupo; liberación de la conciencia, por donde las religiones prosperen sin coacción forana; liberación de la miseria, de la enfermedad y de la ignorancia, con un equilibrio económico-social, que ahora estamos debatiendo, y liberación, en fin, de las supremacías internacionales, que ya se vislumbra en la sensibilidad de las nuevas generaciones, aunque ello parezca contradicho por la acritud de algunos imperios.

Si esto es verdadero, si es siquiera verosímil, como a mí me lo parece, la pugna entre el espíritu de socialización extrema, de Estados «totalitarios», contra el libre ejercicio de la personalidad, no tiene razón de exagerarse: La multiplicación de la especie en un planeta agobiado, nos sujeta a mayor disciplina, a mayores cooperación y sacrificios, cierto, pero la polaridad histórica del espíritu nos enseña que tiende al desarrollo de la personalidad y que por lo tanto, el aniquilamiento despótico de ésta constituye un error vitando. Sería preferible una posición media, razonable, un «Socialismo humanista», que no angustie más nuestro destino incierto.

América, que posee un tan generoso sentido de lo humano, que es tan hospitalaria para todo lo universal, tan ecuménica, por no sé qué índole de su estructura, que así nos impone este sentimiento, y por la misma constitución de sus gentes, emanadas de las cinco partes del Mundo, tiene la misión suprema de armonizar estas últimas contradicciones de la Historia.

Hoy día la juventud divide en dos grandes corrientes su vocación política, lo que ha dado en llamarse «derechas» e «izquierdas». según predomine la preocupación del problema económico de las

masas, con sus derivados, la lucha contra el capitalismo, la lucha contra la organización de la sociedad en clases, el gobierno de las mayorías proletarias, el predominio de la técnica sobre la ética y la estética, inclusive la religión y los refinamientos artísticos, de un lado, y la otra orientación que, sin desconocer la conveniencia y la justicia de redimir el malestar de las masas menesterosas, sostiene la organización social en categorías, el gobierno de los más aptos, el orden moral, la conservación de la propiedad privada y las normas jurídicas de la república: sufragio, parlamento, tribunales libres de justicia, respeto de la personalidad en su ser, su conciencia y sus actividades pertinentes, garantía del triunfo en franca lid de aptitudes, mientras no medie el engaño doloso ni el abuso de una posición privilegiada.

Los detalles no tienen gran mérito efectivo: Lo que en la íntima raíz preocupa a las nuevas generaciones es la distribución de la riqueza: distribución social o distribución individual. En la lucha airada a que hemos asistido en los últimos años, parece que surgen transacciones de ambos lados y no pocas enmiendas, dejando entrever un avenimiento futuro.

Entre estos dos campos ha aparecido un término medio, que toma del uno la recia disciplina del trabajo, el orden severo de la autoridad, y del otro la subordinación del individuo al Estado, la mejor distribución de la riqueza social, sobre las bases de un nacionalismo y hasta de un «racismo» violentos y momentáneamente muy enaltecedores y eficaces.

La juventud ibero-americana, como en todo el mundo, sigue estas disputas con gran fervor: En algunos sitios, como el Perú, por la índole imaginativa y sutil de la nación, se han formado numerosos partidos políticos; en otros, como en México, la presencia de una gran masa aborigen, de un vecino internacional desemejante, de enormes capitales extranjeros y de una historia nacional conturbadora, ha causado una especie de concentración de fuerzas sociales en rededor de las dos tesis opuestas, con la acrimonia que de ello se origina y la combatividad ingénita del temperamento mexicano. En Venezuela, a proongada existencia de la dictadura por parte las corrientes políticas en una angustia de liberación, obtenida la cual, apenas ahora inicia otra polaridad beligerante. Por lo que corresponde a Colombia, avanzamos prudentemente, ya que nuestro pueblo gusta de un liberalismo moderado, a implantar las reformas que la experiencia social exige, sin convulsiones trágicas ni negativas terribles: Ambos partidos históricos entienden su deber para con el

proletariado, y tratan de cumplirlo dentro de los cánones de su ideología: los conservadores proclamando las reformas sociales que la Iglesia Católica, desde León XIII principalmente, aconseja; los liberales, ampliando su programa más y más hacia un socialismo medurado y diligente.

Hasta donde mis informaciones alcanzan, creo que en toda la América Latina prevalece hoy una sensibilidad de izquierda en la juventud menor de 30 años. Es algo como una imposición ineluctable del tiempo y de las condiciones actuales de la humanidad; producto del grave desasosiego que domina el Mundo contemporáneo, y que tal vez no se equilibre firmemente sino cuando hayamos obtenido una nueva estructura familiar, un criterio de conducta para la armónica convivencia de los sexos y la procreación. Toda solución que no contemple esta última causa de inquietudes puede ser deletneable, aunque otra cosa opinen la Religión y los Estados fascistas.

Cuando miro hacia mi patria, observo fácilmente el cumplimiento, de este sino, en los rumbos que va marcando, aunque sea aun embrionariamente, dada su juventud, su pobreza económica y su deficiencia cultural.

MISION ESPIRITUAL DE COLOMBIA: Ello puede deducirse de la siguiente observación: Como hice yo en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, durante el año de 1937, un curso de Sociología Americana, para unos 300 alumnos, entre matriculados y asistentes, los invité a que desarrollaran en uno de los «seminarios» de investigación que realizábamos, sus opiniones sobre el muy arduo asunto de «¿Cuál pudiera ser la misión espiritual de Colombia en el Continente?», y recogí buenas dosis de respuestas razonadas muy interesantes, que resumo así:

Ser ejemplo de paz en América
Fomentar la armonía fraternal bolivariana.
Sostener la democracia
Consolidar primero el orgullo nacional.
Difundir el sentido jurídico.
Ser ejemplo de ponderación y equilibrio racional.
Americanizar a América.
Velar por la paz americana.
Cimentar la unidad espiritual del Continente.
Combatir el imperialismo económico.
Defender los ideales de Bolívar.

Revelar a América su misión cultural.

Ser vínculo de la unidad espiritual de América

Al redor de estos temas, fundamentales unos, de procedimiento otros, coincidiendo la mayor parte de los alumnos en varios de ellos a la vez, esta juventud de 20 a 25 años y de segundo a quinto de disciplina universitaria, se mostró, como puede verse en mi resumen, noblemente idealista, grandemente humanitaria y de una sensibilidad social ecuánime y generosa. Había en este grupo de estudiantes, venidos de todos los ámbitos del país, conforme puede deducirse de sus opiniones libremente emitidas, gran variedad de conceptos partidarios, desde el socialista en ciería, hasta el «fascista», como ahora se dice en lenguaje italiano, pero coincidían en enfocar su credo político con deliciosa amplitud, sin que aparezca por ningún rincón de sus discursos ni actitudes «chauvinistas», ni ambición de molestar a las naciones limítrofes con vanidades de predominio de ideas o de expansión territorial: Todo respira en ellos cooperación, simpatía y compañerismo. Es indudable que no podían superar sus conocimientos, y tuvieron que circunscribir la disertación al juego literario de las opiniones reinantes, mas ello es que allá en el fondo irrevelado aún de su espíritu bulle la inquietud medular de una cultura en trance de alumbramiento: Todo Continente determina en sus pobladores una sensibilidad propia. De esta sensibilidad surge una estimación peculiar del mundo y de la vida, que al sistematizarse conceptualmente engendra una cultura. Cuando el grupo racial que sustenta esa evolución posee grandes aptitudes, aquella cultura será de esencia, con un cuerpo doctrinario universalmente armónico. Cuando ello no ocurre así, a lo menos aparecerá una morfología cultural de nuevos matices, aunque no de especie aparte. Resolver este enigma del futuro americano no me es posible: La cultura métrica de origen ario, que Europa ha producido en los tres milenios anteriores, encontrará en América, con la aceptación de algunas leyes fundamentales y las normas de su procedimiento, con la gratitud irrestricta que en nosotros produce su inmensa labor, encontrará algo, graves restricciones y desviaciones, sobre todo en nuestra índole, más «intuitiva» que experimental, más universalista que limitada a un grupo de naciones, más humana que racial meramente. Aquellos muchachos de mi curso no abordaron este problema histórico, mas ello es que me sorprendieron con la más absoluta uniformidad en sentirse algo diferentes de

Europa: respetuosa, pero decididamente apartados de la sensibilidad europea.

Sería prudente ampliar en otros países ibero-americanos esta investigación, por ver si en ellos se confirma la hipótesis, y para ir sondeando el contenido espiritual de las recientes generaciones del Nuevo Mundo. Porque es así como se la debe estudiar, y no en viajes de turismo, contemplando las bellezas del paisaje, o los defectos de la civilización, o las amables atenciones de club y sala aristocrática de recibo. Para entender un pueblo es necesario poseer ágiles antenas de la misma índole de lo que se va a captar, porque de otra manera se corre el riesgo de interpretaciones ficticias, inconscientemente ficticias, por una a modo de mutación del significado a través de la diversa sensibilidad del «perito». Es así como nosotros sonreímos discretamente de los descubrimientos que hacen en nuestra psique algunos sociólogos, por otra parte muy eruditos y sutiles, y muy simpáticos también. Les ocurre a ellos lo que a uno cuando habla en otro idioma: que se expresa por aproximación, sin poder atrapar aquellos matices encantadores que en lo recóndito de la semántica del vocablo y de la sintaxis esconden la riqueza de una emoción o la sutileza de un concepto.

Alguna vislumbre de la sensibilidad ecuménica e idealista de estos países latinoamericanos puede observarse en los himnos que han adoptado como esencia icástica de su índole: No empece a ello el que generalmente sean pobres de inspiración y de trivial factura: Aun así nos representan en un trasunto fiel:

ARGENTINA

Oíd, Mortales, el grito sagrado

.....

Oíd el ruido de rotas cadenas.

BOLIVIA

Aquí halló la Justicia su trono.

.....

Esta tierra inocente y hermosa.

.....

Sea la patria feliz donde el hombre

Halle el bien de la dicha y la paz.

BRASIL

Brasil, um sonho intenso, um raio vivido

De amor e de esperança a terra desce.

COLOMBIA

Si en teu formoso ceu, risonho e limpido,
a imagen do Cruzeiro resplandece.

Mas no es completa gloria
Vencer en la batalla;
Que al brazo que combate
Lo anima la verdad.

La independencia sola
El gran clamor no acalla;
Si el sol alumbra a todos
Justicia es libertad.

La Humanidad entera
Que entre cadenas gime

.....

COSTA RICA

Bajo el limpido azul de tu cielo
Vivan siempre el trabajo y la paz.

CUBA

En cadenas vivir, es vivir
En oprobio y afrenta sumido.

CHILE

Ha cesado la lucha sangrienta:
Ya es hermano el que ayer invasor.

ECUADOR

Y esa sangre fue el germen fecundo
De otros héroes que atónito el mundo
Vio en tu torno a millares surgir.

GUATEMALA

El arado que el suelo fecunda
Y la espada que salva el honor.

.....

Ave indiana que vive en tu escudo,
Paladión que protege tu suelo,
¡Ojalá que remonte su vuelo
Más que el cóndor y el águila real.

HAITI

Pour les aïeux, pour la Patrie!
O Dieu de preux,
Sous ta garde infinie
Prends nos droits, notre vie!

HONDURAS

Y que todos seamos hermanos
Respetando la voz de la ley.

MEXICO

Ciña ¡Oh Patria! tus ciénes la oliva
De la paz el arcángel divino:
Que el cielo tu eterno destino
Por el dedo de Dios se escribió.

NICARAGUA

Muestra altiva el noble pecho
En defensa del Derecho
Y su santa libertad.

.....

PANAMA

Y seremos así prez y gala
De este mundo feraz de Colón.

PARAGUAY

Ni opresores ni siervos alientan
Donde reinan unión e igualdad.

PERU

De los libres al grito sagrado
Que oyó atónito el mundo.

SALVADOR

Respetar los derechos extraños
Y apoyarse en la recta razón
Es para ella, sin torpes amaños,
La inviolable y más firme ambición.

SANTO DOMINGO

Ningún pueblo ser libre merece
Si es esclavo, indolente y servil;
Si en su pecho la llama no crece
Que templó el heroísmo viril.

URUGUAY

Y ante el mundo la patria indomable
Inaugura su enseña y su ley.

VENEZUELA

Unida con lazos
Que el cielo formó
La América toda
Existe en nación.

Un siglo más tarde Guillermo Valencia acrisola el pensamiento unánime de todas las naciones ibéricas en su «Himno de la Raza»:

Oh mullido regazo de América:
Vaso insigne de aromas y miel!
Oh floresta que brindas tus palios!
Oh cascadas de raudo poder!

¡Que el pensar ilumine tus sendas;
Que justicia redima tu afán;
Ligue amor a tus pueblos hermanos,
Noble dicha propicia la paz!

Mundo Nuevo que ciñen dos mares,
Premio fuiste al valor y a la fe:
Madreperla que irisa en sus cofres
El mañana, el hoy y el ayer!

DESARROLLO CULTURAL: En estas condiciones de indefinición de raza y territorio, de pobreza, enfermedad e ignorancia que acabo de aducir en párrafos anteriores, no era posible un rápido crecimiento de la cultura iberoamericana. Hemos vivido en todos estos países con media docena de varones más o menos preparados en las altas disciplinas del espíritu, más ilustres por la prodigiosa intuición de los problemas que por la profundidad de los conociemien-

tos adquiridos, desde Bolívar hasta el último mandatario ocasional improvisado.

Naturalmente es la ciencia desinteresada la que más ha padecido de esta carencia de recursos sociales. Sabios hubo, sin duda, pero asfixiados en un ambiente impropio; vocaciones innumerables surgen, mas muy presto arrebatadas en cierne por la ausencia de un estímulo adecuado.

La filosofía no puede darse en un grupo racial en mera gestación. Las obras de madurez cultural, como la novela, el drama, la música, la pintura, y más aún la arquitectura, etc., corresponden a pueblos ya estructurados reciamente.

A las dos jornadas épicas del Nuevo Mundo, el Descubrimiento y la Emancipación, ha respondido nuestra gente con una serie, ya abundantísima, de crónicas, historiografía y aun ensayos de análisis sintéticos. La presencia de un contenido, el de esas dos jornadas supremas, acució sus capacidades y produjo un resultado visible, que va entrando poco a poco en el acervo común de la cultura universal.

La turbulencia de nuestro vivir, las inquietudes de este dilatado conflicto entre la tierra esquiva y la sociedad en germen, surge en donde debía tomar sede y prestancia, en la poesía. Por eso, producto de emoción, ha prevalecido ella en las manifestaciones culturales de un pueblo en etapa emotiva aún. Las novelas que han logrado algún triunfo, una «María» de Jorge Isaacs, v. gr., son la representación poemática de un estado infantil de la nación; o de la angustia de un combate desigual con la naturaleza agresiva, como «La Vorágine» de José Eustasio Rivera, o el análisis delicioso de una sensibilidad aideana y montesina, como en la obra estupenda de Güiraldes y de los costumbristas antioqueños, de «Doña Bárbara» y «Don Segundo Sombra».

De ahí, pues, que la poesía haya producido notas abundantes de primera magnitud: Cierro los ojos y al conjuro vagaroso y desordenado de la memoria, me llegan unos cuantos nombres, que trazan en mi ambiente patrio trayectorias egregias y disímiles, signo evidente de una reciedumbre espiritual de la estirpe:

Con un hermoso estilo clásico, José Joaquín Ortiz canta en «Los Colonos» la tierra, el hogar y el cristianismo, cual corresponde a su hora de una república en gestación incipiente; «En Alta Mar», José Eusebio Caro nos sorprende con su anticipado modernismo, su hombría y la altivez cósmica de su numen; Rafael Pombo da un zarpazo de genio en «La Noche», con acentos de una modernidad y de

una universalidad inmutables; «A La Estatua del Libertador», de Miguel Antonio Caro, de corte clásico, pero elástica y majestuosa a la vez, magnifica la urdimbre de una cultura formal bien aquilatada y el grave pensamiento histórico; aunque en «re menor», «La Perrilla» de José Manuel Marroquín juguetea por las cumbres del arte, cargada de humanidad recóndita; en su canto del «Nocturno», José Asunción Silva, sublimando con virtud musical el amor, el misterio y el paisaje, recoge en asombroso ritmo la entraña toda y los matices evanescentes de nuestra psique. En el «Canto a Popayán», da Guillermo Valencia proyecciones eviternas a la gloria de su estirpe, y «Al Illimani» de Max Grillo descubre un místico noblemente inspirado de la Tierra y de la Raza. Se percibe una mansedumbre que enaltece y dulcifica la vida en la suave y luminosa «Visión Matinal» de Víctor M. Londoño, y acendra mieles mejores «La Abeja» de Alvarez Henao que su inspiradora de los campos florecidos. Abre con noble melancolía su senectud clarividente Ismael Enrique Arciniegas «Mirando al Parque»; la emoción romántica de Ricardo Nieto se comunica a nosotros en su «Himno a la Bandera», y Luis Carlos López transmuta donosamente en ironía la desolación de su espíritu ante el ambiente vulgar y soporoso del burgo humilde. Porfirio Barba Jacob en su «Canción de la Vida Profunda» radiografía la incierta ondulación del alma en el ir y venir por el Mundo con su orfandad agobiadora y sus pasiones; mientras que Miguel Rash Isla en «Un Cuento» aprisiona hábilmente precioso caudal de delicadeza y dulcedumbre. En la «Epopéya del Cóndor» de Aurelio Martínez Mutis triunfa en ebullición sonora la magnitud de los espacios andinos, y en José Eustasio Rivera la inspiración romántica huye del relato sentimental para transfundirse en la objetivación estupenda del paisaje americano con su «Tierra de Promisión». Elevándose a cósmicas alturas, Ganimedes de la Poesía Colombiana, Angel María Céspedes, a los 16 años canta «A la juventud del Sol» con una madurez cultural inverosímil en su hora y en sus años, pero irrecusablemente cierta. Se percibe un no sé qué de goetheano en la introducción de los «Silencios» con que Rafael Maya inicia el canto de su «Rosa Mecánica», y el desasosiego de un espíritu en perenne naufragio se toma exquisita musicalidad en la «Danza Litúrgica» de León de Greiff. A su turno Juan Lozano y Lozano concentra toda su emotividad patricia en la noble elación de «Madre»; Germán Pardo García sugiere con «Un caballo en la sombra» ráfagas de cósmica pavora, abisal y diáfano a la vez, como los Dióscuros. Laura Victoria quema en el verso su carne temblorosa de donacio-

nes, mientras que Mario Carvajal se encumbra a mística sincera con su emoción y sus bellos ideales.

Sería indiscreto pretender continuar esta enumeración atollada, aunque queden aún tantos nombres ilustres en la memoria, muchos de ellos rivales felices de los que he nombrado: Diego Fallón, Antonio Gómez Restrepo, José Joaquín Casas, Julio Flórez, Candelario Obeso, Eduardo Castillo, Delio Seraville, Federico Martínez Rivas, Leopoldo de la Rosa, Antonio Llanos, v. gr., y aun buena copia de los que, sin ser poetas, un Rafael Núñez, un Carlos Arturo Torres, un Antonio José Restrepo, un José María Rivas Groot, trabajaron el verso con temas filosóficos muy interesantes, y alcanzaron en su hora magnífica popularidad.

¡Y se me iba ya del recuerdo el eglógico Gutiérrez González, que en el ritmo sonsonete de su época alumbró joyas sin eclipse! Que ello denuncie también lo muy arduo que sería rememorar a los grandes poetas que ha habido en el vasto Continente, pues que los de un solo país ya constituyen lista tan larga y clasificación tan difícil para un hombre lerdo y lego en dichos achaques, como el que esto emborrona.

Aunque sí me inquieta, porque pasan y repasan en mi recuerdo nombres de tal alcuria espiritual, que es casi pecaminoso el omitirlos: ¿Cómo avanzar de aquí, sin una frase devota para la figura de don Andrés Bello, el jerarca y el patricio de las letras americanas, que acuñó en sus cantos imágenes indelebles con la más pura casticidad de nuestro idioma? José María de Heredia, el cantor del Niágara, y José Joaquín Olmedo, el de la apoteosis de Bolívar, abren la ruta del Parnaso Iberoamericano con dones de primera magnitud. Olegario Andrade, de numen vigoroso y dilatado prestigio continental; Juan Zorrilla de San Martín, en abundoso verbo avizora el triunfo de la epopeya aborigen. Rubén Darío hace de la estrofa castellana un estradivario de sonidos perfectos e impecable elegancia felibresca. Los grandes líricos brasileños, un Machado de Assis, un Olavo Bilac, enaltecen su idioma cadencioso y expresivo. Santos Chocano, de caudalosa armonía, representa la grandiosidad de los fenómenos naturales de este «Nuevo Mundo», mientras que Amado Nervo vierte sobre el alma americana la dulcedumbre imponderable de su espíritu.

Me aflige no ser admirador, en cuanto poetas, de hombres tan ilustres como José Martí, Julio Herrera Reissig y Leopoldo Lugones, debido, seguramente, a mi impericia en este negocio literario, pero sería injusto no rememorar su enorme influencia iberoamericana.

En cambio, sorprenden y cautivan mi espíritu las traducciones de Juan Antonio Pérez Bonalde, tan ágiles y deleitosas, tan personales y justas.

Cualquiera que estudie someramente el desenvolvimiento de la cultura colombiana hallará muy presto un paralelismo aproximado con el avance de la población y de las comunicaciones internacionales, como era de preverse. Y siendo la poesía especie literaria la más fecunda entre nosotros, su evolución, con el auxilio oportuno de la filología y de la novela, comprende y resume bien su trayectoria:

Y así vemos, en climax sugerente, que en la Colonia esa poesía alcanza apenas a balbucir en temas místicos, como corresponde a dicha edad, o en donaires y requiebros cortesanos de factura poco hábil y gusto dudoso.

El sentido de la tierra se abre ruta literaria a través de un siglo con la obra meritísima de un Gregorio Gutiérrez González, de un Epifanio Mejía, de un Tomás Carrasquilla, de un José Manuel Marroquín, de un Rafael María Camargo. Descendiendo un poco el nivel artístico, Eustaquio Palacio y Eugenio Díaz surgen, eficaces; y aun al cazarro abuelo colonial de nuestra literatura vernácula, Rodríguez Freile, habría que citarlo en esta nómina.

El romanticismo iberoamericano halla su sede nobilísima en la novela poemática de Jorge Isaccs.

Rufino J. Cuervo es la cumbre de los que nos vincularon al soñar ibero.

Miguel Antonio Caro es como el más alto signo de los que nos unen filialmente a la cultura latina.

José Asunción Silva y Guillermo Valencia, con la colaboración eminente de críticos como Baldomero Sanín Cano, nos comunican con la inquietud moderna.

Rafael Pombo abre el sendero de una sensibilidad cósmica, universalizando así el horizonte artístico de la estirpe.

Es una bella parábola de nuestro espíritu: Colombianidad, Americanidad, Hispanidad, Latinidad, Modernidad y Universalidad...

Y ya no en la poesía, sino en el orden más técnico de otras disciplinas culturales, pudiera hacer igualmente una recapitulación esquemática:

Jose Félix de Restrepo y Francisco de Paula Santander encarnan la idealidad jurídica, de que luégo ya no se apartará esta República.

José Manuel Restrepo queda como exponente de un sentido histórico ecuánime, que hizo amplia escuela en nuestro país.

La sagacidad política vese en Murillo Toro y Rafael Núñez, la equidad en Manuel María Mallarino, Pedro Justo Berrío, Carlos Martínez Silva, Aquileo Parra, Nicolás Esguerra, Felipe Zapata, Rafael Reyes, Antonio José Cadavid, José Vicente Concha, Tomás O. Eastman, Carlos E. Restrepo, Miguel Abadía Méndez y Enrique Olaya Herrera, principalmente.

La investigación sociológica aparece en larga serie de hombres de estudio, aun desde la Colonia con Francisco Moreno y Escandón y el eximio Francisco José de Caldas (en el término de transición hacia la República), hasta Manuel Uribe Angel, Manuel Ancizar, Salvador Camacho Roldán, José María Samper Agudelo, Rafael Núñez, Santiago Pérez Triana, Carlos Arturo Torres etc. y algunos contemporáneos ya ilustres, como Tomás Rueda Vargas y Armando Solano, intérpretes sutiles, el economista Alejandro López, el gratamente pictórico Germán Arciniegas y el descalabrado Fernando González, muy personal y maldiciente.

La intuición científica y el severo estudio matemático se ilustran en un Francisco José de Caldas también, y en un Julio Garavito Armero, más tarde, con notables continuadores, como Darío Rojo, Jorge Álvarez Lleras y Julio Carrizosa, v. gr.

La clasificación técnica en Ciencias Naturales obtiene cultivadores de la talla de José Jerónimo Triana, Próspero Pereira Camba, Andrés Posada Arango, Ezequiel Uricechea, Santiago Cortés, Tulio Ospina y unos cuantos más, a quienes ahora siguen discípulos de envidiable pericia, como Enrique Pérez Arbeláez, Luis María Murillo y Emilio Robledo.

No creo que hayamos tenido grandes militares: guerreros hubo, como José María Córdova, Tomás Cipriano de Mosquera y Benjamín Herrera, v. gr., que entraron a la Historia con abundantes laureles, y unos ocho guerrilleros tal vez, de dilatado prestigio, como el célebre poeta Julio Arboleda, el notable caudillo José María Obando, el famoso «Tuso» Santos Gutiérrez, el astuto «Indio» Agustín Agualongo, el ingenioso «Negro» Ramón Marín... así nombrados para que se advierta la fortuna azarosa de las contiendas civiles, que reúne en un mismo nivel a razas y mentalidades diferentes. En verdad no creo mucho en los méritos de Marín, aunque en su hora fue renombrado: Para mí colocaría en lugar suyo a Nicolás Perdomo, hábil en el manejo de hombres y perito en sus maniobras guerreras.

¿Y cuál mi punto de vista para establecer estas categorías? El militar es un técnico de las armas, un táctico, a la manera del General Morillo de las huestes españolas de nuestra guerra de Emancipación, y un estratega que sabe organizar las reservas civiles y económicas del país, proteger su material humano y administrar su armamento con la mayor eficacia posible. El guererro es un caudillo capaz de comandar miles de hombres y ganar batallas con un entendimiento intuitivo de su misión. Guerrillero es el combatiente improvisado que sirve en escaramuzas de sorpresa, en ágiles movimientos, sin habilidad suficiente para el comando de tropas regulares y numerosas.

CONDUCTORES ESPIRITUALES DE LA AMERICA LATINA:

Este escorzo biográfico pudiera repetirse «pari passu» en cada una de las demás naciones iberoamericanas, lo que no haré por lo prolijo, y de miedo de errar profusamente en la ordenación de los méritos respectivos, pues si tanto he vacilado en lo de mi casa, ¡cómo sería en la ajena y múltiple de todo un Continente!

La nómina que pudiera uno constituir con los conductores de la conciencia espiritual de la América Latina, no los literatos puros, ni los técnicos especiales, adolece desde luego de una carencia de límites en su natural descenso de valores: Muchos de los que actuaron con prestigio en ciertas horas de nuestra comunidad, son punto menos que ilegibles hoy, por desviación del interés público de los temas que abordaron entonces. Otros tuvieron una labor más ejemplar que literaria. Algunos, en fin, ejercen todavía la plenitud de su apostolado y, sin poder uno pasar inadvertidos sus nombres, esa condición de presencia cohibe para el juicio histórico.

Mas ello es que, siquiera a título de tanteo, conviene enumerar los que la memoria huidiza y traicionera me vaya dictando, aunque sin orden de intencionada valoración:

Simón Bolívar.
Francisco de Paula Santander.
Andrés Bello.
Juan García del Río.
Domingo Faustino Sarmiento.
José de Batres y Montúfar.
Juan Bautista Alberdi.
Diego Barros Arana.
Florentino González.

Miguel Antonio Caro.
Rafael Núñez.
Portales Diego José.
Mons. Federico González Suárez.
Ruy Barbosa.
José Verissimo.
Joaquín Nabuco.
Eugenio María de Hostos.
José Martí.

Juan Montalvo.	Juan María Gutiérrez.
Justo Sierra.	Baldomero Sanín Cano.
Cecilio Acosta.	José Gil Fortoul.
José Enrique Rodó.	Carlos Pereira.
Francisco García Calderón.	Víctor Andrés Belaúnde.
Carlos Arturo Torres.	Benjamín Vicuña Mackenna.
José Ingegnieros.	Bartolomé Mitre.
Carlos Octavio Bunge.	Carlos Mariátegui.
Enrique José Varona.	Raúl Haya de la Torre.
Gonzalo Bulnes.	Luis Alberto Sánchez.
Gabriel García Moreno.	Alcídes Arguedas.
José María Samper Agudelo.	Alfonso Reyes.
Santiago Pérez Triana.	José María Vargas Vila (aunque
José Vasconcelos.	yo no lo crea), y
Antonio Caso.	Joaquín García Monge, por su
Rufino Blanco Fombona.	apostolado editorial.
Marco Fidel Suárez.	

Hombres eminentes hubo que ejercieron dentro de sus países una acción cultural inmensa, y casi ninguna en lo internacional, quedando así injustamente colocados en inferior categoría de prestigio que muchos otros, menos ilustres: Un Santiago Pérez, un Mariano Ospina Rodríguez, entre nosotros, un Ricardo Jiménez, en Costa Rica, por ejemplo. Y es todavía más desconcertante para uno no incluir personalidades de la talla mental de un Francisco José de Caldas, de un Rufino J. Cuervo, por la índole meramente técnica de sus trabajos.

Y quedan al margen muchos tal vez; quedan en horripilante compañía los que en su hora se combatieron a muerte; quedan, quizás, algunos que no caben en la historia definitiva del Continente, pero que a su hora hallaron eco apasionado en la juventud. Allá ellos.

Un crítico imparcial observaría aquí la ausencia de valores universales, de una ideología de cumbres. Ello es justo, mas es justo también considerar que esta producción se reduce a un siglo y naciones que ayer apenas comenzaron a vivir, despobladas y pobres, culturalmente desamparadas y sujetas a la cruel incertidumbre de su perturbado crecimiento. No sería fantástico profetizar que la segunda centuria de su existencia nos revelará obras de más aquilino vuelo y solidez perdurable.

OTRAS DISCIPLINAS CULTURALES: En el desenvolvimiento de las artes existe también un paralelismo ibero-americano. La arquitectura no ofrece aún modalidades propias, aunque ya es abundante la riqueza que a ella se aplica en algunos países, y hasta la ambición de descollar en este ramo. Sin duda son muy interesantes las reliquias históricas de un México, de un Perú, y hasta del Ecuador, y en el primero han aparecido ensayos de renacimiento del estilo maya: Pero, en lo general, se copia de textos y revistas.

Y sin embargo, cada una de las grandes urbes iberoamericanas tiene aspecto diferente, que recuerda, en remota similitud, metrópolis de Europa y Estados Unidos: Y es así como Lima contemporánea asume perspectivas parisienses: Santiago suscita el recuerdo de Londres; Buenos Aires un vago resplandor nuevayorquino etc.

No me asombra esta adjetivación momentánea, pues la arquitectura es florecimiento culminante de una sensibilidad ya muy adiestrada y definida.

La pintura sigue líneas tan similares que no parece sino que los artistas hubiesen estudiado de una misma escuela. El predominio del paisaje denuncia que la raza no goza aún de suficiente habilidad de asociación ni de introspección, y se reduce a interpretaciones aproximadas del ambiente físico, con alguna espiritualidad muy raras veces, en copia ingenua más a menudo. Es verdad que algunos espíritus selectos han afrontado el cuadro de composición, pero solamente los de reminiscencia histórica alcanzan algún mérito perdurable. De cuando en vez se observa un retrato de buen dibujo, buenos valores y adecuada observación del carácter.

Y es tan armónica la evolución del espíritu de esta América Latina, que los temas se repiten con desconcertante insistencia: Yo había visto en Bogotá las acuarelas graciosas de Torres Méndez, representativas de costumbres populares, un poco goyescas, y las creí peculiares de nuestro ambiente: Y cuál no sería mi sorpresa al ver en varios museos de la América del Sur la misma obra, con más o menos habilidad y técnica, con mejor colorido a veces, con mejor dibujo en ocasiones, aunque casi nunca con la soltura y espontaneidad del artista colombiano.

Asimismo encontré en otros lares la representación de la «Primera Misa», el cuadro de la que en cada urbe capital oyeron los fundadores el día de su asentamiento.

Y de igual manera vense por todas partes los óleos y pinturas murales conmemorativos de las jornadas más ilustres de la Emancipación en sus respectivas nacionalidades.

Naturalmente, dentro de esta coincidencia específica surgen variaciones de índole y demostraciones de la diversa aptitud de edades y personas. El paisajista colombiano, por lo general muy ceñido a la reproducción gráfica, idealiza un poco el aspecto mediante juegos de luz y evanescentes lejanías; el ecuatoriano abusa tal vez de los tonos azules intensos, purpúreos en ocasiones, con intención ingenua de aumentar la poesía de los panoramas de sus cumbres y nevados; en el Perú hay más mesura, y algunos pintores recientes simplifican la naturaleza con deleitosa habilidad de síntesis; en la Argentina aparecen orientaciones de un realismo de atinada interpretación colorista, como en Quinquela Martín; México desarrolla una escuela nacional, en que se conjugan las tendencias modernistas de una expresión funcional, deformada en intenciones conceptuales, y el llamamiento imperioso de la sangre aborigen; Bolivia interpreta vigorosamente los tipos de su raza, el rudo aspecto de su geografía y sus costumbres. En cuanto a Chile, me pareció que la arquitectura y la escultura tienen ahí más porvenir, por las interesantes muestras de ello que han realizado, y por la misma índole de ese pueblo disciplinado y objetivo.

En música... los iberoamericanos han producido «aires», más bien que obra fundamental, si exceptuamos uno que otro compositor de segunda categoría, como es el caso del Brasil, a quien sus nacionales encumbran románticamente, a falta, tal vez, de otro motivo más adecuado de orgullo. Algo de doliente sensualidad, en ocasiones de maullido de lascivia, se percibe en el tango argentino, música porteña de derivación antillana y colorido arrabalesco, que ha triunfado en toda la América, y aun en otros Continentes, por lo que entraña de elemental arrullo del sexo. No es esa, sin embargo, la música vernácula del pueblo argentino, que otra del interior y de la Pampa, emparentada con el folklore de los otros países de la América del Sur, perdura con más dones de sensibilidad autóctona.

No lo sé yo de cierto, mas me inclino a suponer que existe una relación muy íntima en la potencia creadora de una música original y la aptitud filosófica de los pueblos: Hay tan grande parecido entre una y otra en Alemania, en Francia, en Italia, en lo poco que de ambas aporta Inglaterra, en lo menos aún que España nos ofrece, en lo mínimo que nosotros los iberoamericanos podemos presentar al Mundo. De ahí que no conceptúe llegada la hora de una realización eximia de tales creaciones en nuestra nacionalidades incipientes.

Y OTROS SIGNOS DE CULTURA Y DE SENSIBILIDAD SOCIAL: Cuando quiera que visito alguna ciudad representativa, mi primer preocupación es la de conocer sus cementerios y mercados públicos. Pues supongo que así hallo en síntesis la potencia económica y el decoro íntimo de las gentes, de una parte, en lo que comen y en la manera de aderezarlo y embellecerlo para su presentación comercial, y, por otra, la delicadeza de sus sentimientos de familia y el buen gusto estético de las diversas capas sociales, en las obras de arte, de adorno y de ternura que indefectiblemente se reúnen en la última morada de los hombres.

Son estas como dos síntesis indeformables de la sensibilidad social de los pueblos, que mucho me han servido para entender su índole más recóndita.

Nunca acertaron los hombres en la conducta que deben adoptar ante la muerte. Este milagro de la vida, que de la nada nos encumbra al entendimiento del infinito, a lo menos a su visión consciente, se quiebra de pronto en una eternidad ineluctable de silencio, causando así en el alma congoja irremisible y un turbión de enigmas.

De las cuatro grandes funciones de la vida en los organismos superiores, se desprenden otros tantos ríos caudalosos de actividad humana, muy diversos de suyo y de muy intrincada investigación científica: la absorción de los alimentos ocasiona las múltiples complejidades de la economía, con sus luchas de maldad y de sangre, tan apremiantes hoy, que ya aspiran a constituirse en la filosofía mayor de la historia y en el núcleo imperativo de todas las potencias del espíritu. A ella debe la civilización material su impulso más constante y poderoso. La circulación de la sangre, fuente de orgullo, símbolo de gloria en familias, en castas y naciones, emblema de conquistas imperiales, en fin, con su signo de banderas desplegadas, sus cantos épicos y su embriaguez de triunfos. La generación, base próxima de la afectividad y de la amatividad, remota y sublimada del arte en sus variados componentes y matices, recóndito elemento de todos los laberintos de la psique para el mal y para el bien, para las más abstrusas intuiciones del genio y para la trágica dislocación mental de la locura. Y, por último, la respiración, germen conceptual del alma, abuela remota de la religión y de la psicología, pues que hálito y espíritu se confunden etimológicamente en las lenguas madres indoeuropeas y en los dialectos de nuestras razas aborígenes: «Fihiska» es el nombre muyska común para el alma y el aliento.

Es un mundo de elaboraciones ideales éste a que dieron ocasión y espacio las funciones primigenias de la vida. Creaciones fantásticas a veces, delirios casi, y embriagueces de una alocada fantasía; lucubraciones de abisal hondura de la mente privilegiada de los genios filosóficos y de los genios místicos; deleitosas tareas del arte, que la vida ennoblece y el ánimo alivian de las represadas emociones. Pero, ante la muerte, pavor y mustio silencio.

Apenas si hemos inventado una larga docena de maniobras pueriles para eludir su admonición trágica: los pueblos arios prefieren la cremación de los cadáveres; los camitas entierran los suyos; en Persia se colocan en torres para que las aves y el sol los devoren; en la India alimentan con ellos los perezosos saurios del Ganges; en Egipto se construyen criptas en la roca o pirámides gigantes para preservarlos de la profanación y el anonadamiento; los chinos los cubren con montículos de tierra; en faldas rocosas les ponen los judíos; a la vera de las grandes rutas les elevaron monumentos los griegos y romanos; en las calles mismas les colocan los árabes, como los viejos latinos los guardaron en el patizuelo de sus propias moradas; en grandes vasijas de barro cocido los metieron algunas tribus americanas; otras les hicieron sarcófagos a diez metros de profundidad, o les momificaron al modo egipciaco, o les excavaron fosas bajo el lecho de los ríos, para que nadie les hallase luego, o quizá para que nunca volvieran a perturbar a los vivos. Unos son colocados con los pies al oriente, en cuclillas otros, de pie en ocasiones; inhumados dos veces algunos; en nichos macabros, como las dos mil momias capuchinas del monasterio de Liza, cerca de la itálica Palermo; en necrópolis subterráneas, como los cristianos de las catacumbas; en el subsuelo de las catedrales, como nuestros antepasados de la Colonia; en joyas de arte, como en el Taj Mahal de la India; en el vientre de los guerreros, en fin, cual plugo a nuestros Kalinas o «Caribes».

Aún no estamos de acuerdo en nuestra conducta respecto de la suerte final de las reliquias materiales del hombre: hemos aceptado el destinarles un sitio peculiar y propio, que llamamos cementerio, o «lugar de reposo», según la etimología (de koimain: dormir), por vez primera mencionado en las obras de Tertuliano el gran cartaginés, efusivo, heterodoxo y gran Padre de la Iglesia a un mismo tiempo. Pero en la arquitectura del «campo santo», como se dice en Italia, con una leve reminiscencia de manismo, luchan hoy día dos corrientes diversas: los católicos se inclinan a la construcción de necrópolis tan bellamente realizadas en Pisa, en Génova y

Milán, por ejemplo, mientras que los protestantes, con una austeridad más sencilla y cierto candor poético, tienden a la formación de parques funerarios, de cuidada vegetación y avenidas graciosas, como el de Hamburgo, en Alemania, y los de Lexington y de Concord, en Estados Unidos. En Francia asoma frecuentemente un término medio, el de jardín, como fue el plano original del Père Lachaise, enaltecido por el insuperable monumento de Bartolomé, pero agobiado ahora por las diez y seis mil tumbas que tan apretadamente hacinadas destruyen ya el sentido de paisaje y la posible esbeltez de la arquitectura individual.

Nosotros en la América del Sur, vamos también un poco vacilantes en este asunto. El cementerio de Quito, repartido en las dos clásicas porciones de acaudalados y menesterosos, no alcanza aún categoría estética encomiable, aunque nos gana en dar a las cruces un colorido azulado, no tan fúnebre como el negro implacable que nosotros preferimos. Lima goza de una necrópolis de amplias avenidas, bien enarenadas, de perspectiva elegante y en ocasiones majestuosa, con algunos árboles apenas y poco jardín. Santiago presenta la evolución interesante de las tres jornadas de la sensibilidad artística de los últimos siglos, en sus capillas góticas con grandes esculturas y cuadros decorativos, en primer término, cual una evocación del misticismo ferviente de la Colonia; una gran porción, luego, de amplias avenidas con monumentos de variados estilos, modelo siglo XIX, y, allá en el fondo, la generosa modernidad del día, en derroche de riqueza y buen gusto, lo mejor tal vez que en esta materia nos ofrece la América Española. Buenos Aires tiene un cementerio central, pequeño, en necrópolis, que casi pudiera llamarse el panteón nacional, y otro de mayores proporciones: gozan ambas de esplendor, y mucho los favorecen los materiales de Córdoba y otras regiones, que dioritas y granitos de mármoleo pulimento, negro, gris plateado, suavemente amarillo, con granulaciones cristalinas de oro iridiscente, magnifican la arrogancia de capillas, túmulos y estelas, a veces soterrados en criptas de subsuelo, con escaleras de mármol, muy frecuentes, como también ocurre en Montevideo, donde se repiten estas mismas circunstancias. En Río de Janeiro cambia la orientación artística, bajo el imperioso mandamiento de su cima: sin duda es bella la situación de su necrópolis jardín, y en su recinto son abundantes las éras diminutas de flores que cubren los monumentos, dispuestas en suave y realzado declive, que por lo alto significa alguna estela, una estatuilla o la cruz, en variadas estilizaciones. A la moda italiana, yense asimismo ahí los re-

tratos del difunto y la frase cordial de los sobrevivientes. El conjunto es gracioso apenas, quizá no muy severamente bello.

Emplean en Buenos Aires unas hornacinas sui géneris donde las reliquias funerarias de la cremación, ahí obligatoria dentro de cierto período, son mantenidas con ofrendas florales y lámparas de culto: hornacinas de llave, con vidriera al exterior, muy interesantes.

En Río se defienden de los rigores del clima tropical reemplazando los ramos y coronas fúnebres por el cultivo de macetas de bella y durable floración, con mucho más adecuadas que no las ofrendas que nosotros usamos, de tan hermosas mañanas y tan mustio atardecer. No estaría mal el que iniciáramos un cambio en este sentido, ya que disponemos de algunas plantas de fácil vegetación en maceteros, como son las orquídeas, los helechos y begonias, las zulias, cactus y qué se yo más.

Toda esta divagación quiero que me conduzca a solicitar de nuestra gente un mayor cuidado de los cementerios. Dan grima, digámoslo sin eufemismo, los de aldeas y poblaciones menores, verdaderos «potreros» de tumbas —y de qué tumbas!—: La bóveda de ladrillo cementado y renegrida, las cruces alicaídas y deformes, mugre, soledad y maleza hirsuta, sin un caminito, sin prados, sin arbolado gracioso; de cuando en cuando un pino o un ciprés (muy loados de poetas; en verdad en verdad desolados como un grito en la noche, como un lamento de las sombras, sin que nadie lo emita...)

Que haya alguien que mire por los muertos. Que haya quién abra senderos arbolados en el campo santo de la aldea, y prados de grata visión, y arbustos florecidos, aquí donde ellos abundan para gloria de los ojos y alivio del alma; y que de trecho en trecho surjan fuentecitas de loza o de mármol o de azulejos, o de la piedra humilde de los cerros vecinos, diminutas y esbeltas, con su linfa y su canto y su contorno vegetal. Y palmas, y enredaderas, y jardinillos liliputienses, y dos gradas de mármol siquiera, que simulen una escalinata. Algo, en fin, pero algo.

Y aquí, en este de la calle 26, ahora que celebramos centenarios de cuatro siglos de monotonía colonial, quitemos esa capilla del centro, llevémosla al murallón del sur, y reemplacémosla con un arco; hagámosle una avenida de monumentos de nuestros hombres notables, con palmeras entre uno y otro, en tal forma que desde la entrada se tenga una perspectiva generosa, y no de encierro, no de gris estrechura y musgosa frialdad. Y llenemos esos pra-

dos y caminos de arbustos florecientes, mas no una docena ni un centenar; millares, que el campo vistan y alegren el alma: de siete-cueros, sobre todo, tan nuestros y gentiles.

Imaginación —¡alguna imaginación!— que nos vamos a asfixiar de aburrimiento con tan pocos jardineros, tan pocos urbanistas, tan pocos arquitectos, tan pocos escultores de normas elegantes y audacias inéditas.

LA POBLACION: En el curso de esta obra hemos visto ya los orígenes de nuestro grupo étnico, y avistado someramente la distribución inicial del poblamiento americano.

Y a pesar de lo mucho bueno que ha realizado y promete aún nuestra raza en formación caótica, yo no estoy tranquilo respecto de algunos de estos países de América Latina.

Colombia ha uniformado ampliamente lengua y costumbres, y hasta revela un temperamento propio dentro de las características genéricas del iberoamericano, pero aún se halla en trance de graves mutaciones: Porque si la «mestización» ha avanzado mucho en lo que se refiere a la blenda español-aborigen, todavía tenemos grupos de color en regiones de difícil acceso, que al crecer aisladamente constituyen un problema por venir, tanto más alarmante cuanto que caudillos populares sin conciencia histórica los encauzan hacia el rencor racial en sitios que son la clave de nuestra independencia política.

Y hace veinte años que vengo atisbando el choque genético y moral de las mezclas iniciales de una y otra banda del Río Magdalena, pues que en el Oriente predomina el mestizo, y al Occidente surge más y más poderoso el mulato: Siempre he temido que la confluencia de estos dos grupos sea peyorativa, y la hora ha sonado de asistir al fenómeno.

Lo que más me intranquiliza es la crisis social del Occidente: Hasta hoy hemos vivido dentro de las normas, y hasta ayer tarde dentro de la hegemonía, de una «élite».

Aquella especie moral que ya vimos formarse en la Colonia, ese patriarcado de reacción que se hizo prócer, gobernó con su espíritu y con su sangre varias generaciones, y ahora en el ángulo de desviación hacia el predominio de los descendientes ya cruzados, surge el enigma:

¿Querrán las nuevas generaciones seguir acatando las normas éticas de la tradición ibero-romana de la estirpe?

El temperamento del mulato, exuberante en superficie, no se muestra rico en profundidad: Carece de la tercera dimensión, que es la que constituye la solidez efectiva. Mientras la fortuna lo protege proclama gustosa —y aun jactanciosamente— los mejores atributos de la buena conducta, pero en cuanto asoma la menor adversidad o una oportunidad insospechable, sucumbe todo el edificio de su ética adjetiva.

Arrebatado por las exigencias de una fisiología ardiente, imaginativo y sin lastre de firme inteligencia, vanidoso además, reúne en sí tres condiciones propicias al colapso de las buenas costumbres: pasiones primarias, vanidad y fantasía volátil, que sobre el cimientito deleznable de un flaco sentido de las responsabilidades, producen una personalidad débil con revoque de grandiosa apariencia.

¿Es esto perdurable, o meramente expresa el resultado de un conflicto transitorio de constituciones raciales diferentes? A mi modo de ver, si se le deja solo, al crecimiento espontáneo de sus tendencias, se constituirá una estructura indestructible de hábitos primero, de insensibilidad a los mandamientos contrarios luego, de ufanía al fin de sus mismas desviaciones, organizándolas como signo de encomiables virtudes, la astucia, digamos, la habilidad, la altivez, el talento, la potencia de dominación, la ponderada despreocupación de los prejuicios, que ya he observado en algún ambiente, y producir una pseudo-morfosis moral deletérea.

Empero, concibo la esperanza de que encauzado oportuna y hábilmente logre obtenerse una solución satisfactoria.

En el Brasil pude observar la conducta ordenada de los negros y mulatos, y verlos darse a ciertas costumbres plausibles y aun de un romanticismo ingenuo y bondadoso: No son allí frecuentes los abusos del alcohol, ni la grosería del lenguaje, ni la desidia en el trabajo que he visto en algunas regiones antillanas, por ejemplo: Antes bien, en las hermosas ciudades del litoral se les encuentra por las noches platicando de amor con sus novias, prolijamente, discretamente, discípulos ignotos de Lamartine y de Musset, a la margen de las bahías cadenciosas y azules; o en los suburbios pobres asociarse en grupos practicantes de espiritismo, la amable religión de las almas sedientas de algún amparo afectivo de ultratumba. Pero, es que allí la asimilación racial se opera intensamente desde hace un siglo, y el fenómeno que busco, de un baluarte de recias tradiciones morales y de un fundamento social de otra estirpe, ocurre espontáneamente. Más aún: La cultura brasileña debe a los mulatos una aportación de primera calidad, digna de sosegado estudio.

Mi opinión largamente meditada es la de que debemos vigilar este fenómeno de la conquista por el mulato de las altas esferas sociales con reposado entendimiento, y conducirlo dentro de una actitud cordial por el cauce de la buena conducta: No sé qué gestos de torcedura proclive, no sé qué ambiente de fallas y oblicuidades he percibido levemente en algunos centros del interior occidental, bajo la gentil apariencia de las antiguas costumbres, que copian en peligrosa declinación lo que hace días conturba a las urbes de otros sitios.

A mí me parece pecaminoso el silencioso, antipatriótico y muy cobarde: Con él perderíamos las mejores horas de reacción, y ganaríamos el justo desprecio de las generaciones futuras, como gente invertebrada moralmente y pusilánime.

No sólo una vigorosa actitud educativa de parte del clero, de la sociedad y del gobierno civil debe asumirse, sino que en algunas regiones convendría intercalar focos de inmigración selecta.

El fenómeno del poblamiento se cumple por imposición ineluctable, ora con los elementos adecuados, ya con los venidos a menos o ineficaces de suyo: No quisimos nunca estudiar a fondo este problema, confiados en que las leyes del azar nos son propicias: La resultante es que donde pudiéramos tener ahora unos cuantos millones de ciudadanos de buen cruzamiento, asimilados y cultos, y tan patriotas como los descendientes de don Sebastián de Belaúzar, vemos ocupado el puesto por cepa más débil cada día, y por inmigrantes de dudoso aprovechamiento racial y cultural.

Hace veinte años que lo indico, y nadie intenta comprenderlo aún.

La experiencia iberoamericana confirma, hasta donde pude ver con mis ojos y oír con mis oídos, esta trivial observación:

Algunas naciones de la cuenca antillana han padecido graves quebrantos de esta mutación de índole.

Otras, como Costa Rica, mejor constituidas étnicamente, han gozado de una sociedad y de gobierno plausibles.

En el Ecuador, Bolivia y el Perú, como en Guatemala y México, vense enormes masas aborígenes incrustadas en la nacionalidad sin engranaje efectivo: Las que he contemplado me dieron la impresión de cuerpos fósiles, no animalmente activos, no vegetales siquiera, pero mineralizados, en una estática moral sin rumbo. Semejan a esos organismos protozoarios, las amibas, por ejemplo, que al sentirse amenazadas de destrucción endurecen su exoplasma, su cutícula, por así defenderse en un «enquistamiento» inerte. Inde-

finible el semblante, desmayado el anhelo, soterrados en sí mismos. ¿A dónde van, de dónde vienen? Nadie lo supo. Sus rutas no tienen puerto ni hospedaje de reposo. Emprenden el camino, opaco el mirar, mustia el ánimo impasible, sin objeto al parecer el paso burdo. Ni la noche los aflige ni los alborozó la mañana: Sobre su poncho duermen, si la fatiga se lo impone, de su coca consumen un «mambi» en lenta masticación, por entretener el hambre, prolongar el sopor del espíritu y evadirse del afán y los anhelos. Al mirarlos creía asistir a la petrificación de una raza, recordando el bello apólogo hebraico de la Mujer de Lot, mineralizada en un pretérito.

Todas estas naciones anhelan noblemente redimir de su colapso espiritual y biológico a sus masas aborígenes, y algunas, México en primera línea, le han devuelto la altivez de sus tradiciones y la dignidad de un sentido de posesión de la tierra, aunque sólo sea en abstracto. De ahí aparece una sensibilidad vindicativa, que no sé si logre transformarse en reactiva y eficiente. Seres vivos que han estado sujetos por catorce generaciones a nutrición defectuosa, hombres que, además, padecieron una depresión moral insoluble durante cuatro centurias, deben de haber adquirido graves alteraciones somáticas transmisibles por herencia: Así, pues, la tarea de rehabilitación no es fácil, aunque no dudo de que puede realizarse, si se le conduce inteligentemente. ¿Acaso de una larva de abeja bien alimentada no surge la madre fecunda de nuevas generaciones? ¿Y no se vio también al pequeño caballo de las estepas hacerse robusto percherón con el cuidado prudente de su prole?

El ensayo de cruzar al criollo iberoamericano, al mulato' y al mestizo principalmente, con inmigrantes mongoles se considera muy perjudicial, pues no gana la fisiología, ni la estética mejora, ni prospera el carácter. Esto ocurre en el Perú con los chinos importados en el último tercio del siglo XIX. Por lo que hace a los nipones, no es de presumirse mejor resultante, pero, en su caso, las consecuencias económicas llaman más la atención, pues constituyen islotes sociales de imposible asimilación y difícil manejo cultural, a la manera, aunque más grave aún, de las colonias judías. La comparación de estos dos grupos de inmigración puede verificarse en la Argentina y el Perú: Las colonias hebreas destinadas al cultivo de los campos, en el primero de estos países, fueron regresando poco a poco a sus costumbres inveteradas de asimilación de riqueza por el cambio y la usura, por el trueque y el truco, sin arraigar en las actividades de su producción y transformación, que constituyen las verdaderamente eficaces para un pueblo joven. Y al correr de

los años, la riqueza nacional argentina va pasando a los nuevos inmigrantes con premura sorprendente. En el Perú, la colonia japonesa absorbe a su turno las industrias menores, recibe de la Metrópoli lejana su riego de capital y a ella devuelve lo producido, en un circuito cerrado, sin inmiscuirse para nada en la evolución cultural ni económica del país, en un aislamiento insular, como dije.

Las colonias inglesa y alemana que puede uno estudiar en Chile, satisfacen sin duda: La primera situóse inicialmente en el centro, con base en Valparaíso, y transmite a sus descendientes, fácilmente asimilados, las bellas condiciones de honestidad, de vocación cultural y de carácter, habiendo ya producido hombres nacionales de recia estructura. Los segundos, alojados al sur de la república, han creado industrias eficaces, son disciplinados, laboriosos, patriotas y, algo muy importante para nuestro cruzamiento, fuertes. En Osorno pude ver el tipo de ciudad y los campos que prosperan, y de ello tuve muy gratas emociones. En el Ejército y la Marina véanse algunos apellidos que revelan este origen, y me comunicaron que a través de las generaciones persiste el temperamento ordenado y organizador de su cepa madre.

Las colonias italianas de Argentina, Brasil y Estados Unidos son la mejor sorpresa del experimento inmigratorio americano: Resistentes, laboriosos, adaptables, desde un principio se muestran útiles a la riqueza nacional y dan origen a descendientes adictos a la nueva patria y noblemente ambiciosos de cultura.

Es que, además de las virtudes primigenias de su estirpe, tales elementos inmigrantes adquieren en su nuevo hogar una arrogante valuación de su prosapia, utilizable en beneficio de la cultura de estas naciones iberoamericanas, tan propicias a la depresión de la voluntad y decaimiento del ánimo.

En todas partes hallé, asimismo, una justísima estimación laudatoria de las antiguas aportaciones ibéricas, tanto de lo español como de lo portugués. El Brasil contempla todavía con orgullo las empresas conquistadoras y colonizadoras de sus abuelos lusitanos y admira el temperamento audaz de su gente.

Esta revista objetiva y somera, advierte a quienes busquen una información imparcial lo que pudiera aún realizarse entre nosotros en los pocos sitios que permiten colonización europea. No importa el costo. No importa alguna injusticia de preferencia inicial, a trueque de reforzar nuestra economía futura y nuestra sangre. Todavía existen en las cordilleras algunas regiones favorables a este expe-

rimento, estratégicamente situadas entre masas de población que así lo requieren. Yo sé cuales son esos puntos geográficos.

América, como ya lo dije, posee un dón exaltado de asimilación: A la segunda hornada todas las cepas raciales dan un producto criollo inconfundible. Así vemos que el Uruguay se ha constituido con elementos arios por más de un noventa por ciento, y no fue desconcertante para mí hallar sus descendientes con los mismos defectos y virtudes del criollo iberoamericano de otros sitios, con ser que la situación litoral y privilegiada zona de aquel país pudieran dar ocasión magnífica para un caso de insularidad étnica. Pues, no: Con gran sorpresa de algunos de mis amigos de Montevideo, que aún tienen abuelos vivos en Europa Central, por ejemplo, ya les indiqué lo muy nuestros que eran en la intimidad de su espíritu. Que lo digan, si no, la obra, el prestigio y el afecto de que disfrutaban en todo el Continente José Enrique Rodó y Juana de Ibarbourou, a quienes adoptaría por suyos cada una de nuestras naciones.

Y ello es todavía más impresionante en la experiencia argentina: El porteño europeizante del siglo XIX, tipo exaltado por Sarmiento, oponía una barrera de orgullo al criollo del Noroeste, de aquellas provincias coloniales remotas que él consideraba enclaustradas en lo añejo y preterido. El ímpetu de la civilización destellaba en la arrogancia juvenil de Buenos Aires, mientras que Córdoba, Santa Fe, Tucumán etc. se iban alejando hacia la despreciable americanidad y el trópico imbécil. «Argentina mira a Europa» acuñaron los recién venidos. Argentina en el Sur de América reedita el fenómeno ario que Estados Unidos realizaron al Norte. Con esta información llegué a sus lares, y cuál no sería mi sorpresa al ver la conquista que la tradición colonial criolla había hecho en pocos años, el triunfo irrestricto de la sensibilidad de América. Un nuevo orgullo resplandecía en los ojos de la gloriosa estirpe argentina: el del antiguo solar de los fundadores y de los libertadores de su nacionalidad egregia.

DEFECTOS DE NUESTRA INDOLE: Siendo la humanidad una especie, es fácil presuponer que sus defectos y virtudes sean unívocos. Lo que diferencia un grupo racial o nacional de otros es la exaltación o depresión de esas mismas cualidades. El determinarlo es asaz difícil, porque no bastaría el advertir, ya de suyo muy circunstancial, temporal a veces e incierto, ese orden, sino comprender con entrañable intuición cuál es el núcleo o centro medular del carácter a cuyo redor se organizan estructuralmente las otras incli-

naciones y tendencias. Para descubrir ese nodo o vínculo de la caracteriología de un pueblo es preciso convivir largamente con su sociedad y su historia o, a lo menos, compenetrarse muy a fondo con la esencia de sus actividades y conducta.

De ahí que mi conciencia refrene con enérgica premonición toda tentativa de establecer soluciones rotundas, y que ahora, al llegar a esta parte de mi discurso, presente un advertimiento categórico acerca del alcance de estos juicios, y pida sean ellos entendidos como mera hipótesis de trabajo.

Con atenuaciones importantes en algunos grupos que viven en la zona templada, y del vigor natural del mulato de ciertas regiones, el iberoamericano es biológicamente débil, y conceptúo que esto constituye el núcleo de irradiación de toda su conducta.

De ahí el que sea fácilmente fatigable.

El que sea más emprendedor que resistente en sus actividades económicas.

Más alborotado que interesado en el conocimiento de las novedades del Mundo.

Más curioso que apasionado en sus estudios.

Más intuitivo y fantástico que inteligente en sus disciplinas mentales.

Nunca ordena sus nociones sistemáticamente, y, por ende, las olvida o confunde.

No gusta de consolidar datos elementales, sino que salta de una vez a las cumbres, haciendo estructuras ideológicas inconsistentes, por donde resulta brillantísimo en el primer momento y derrotado al fin.

Es universalmente curioso, sin vocación técnica, de que le ocurra aparecer como «filisteo» y «snob» en sociedad, y seguir en el escalafón de la cultura disciplinas de poco esfuerzo mental, el periodismo, digamos, la política oratoria, la literatura de emoción, la burocracia, el comercio de cambio y compra-venta, la abogacía menor y toda clase de «invenciones» fantásticas, sin lastre normativo de estudio.

Así, también, en sus pasiones:

Más emotivo que pasional, más expresivo que sensitivo, más tenorio que enamorado, promete más de lo que cumple.

Más vanidoso que generoso.

Más rumboso que hospitalario.

Entra a la guerra como general, a la política como senador de la república, a los negocios como banquero, al matrimonio como príncipe.

Quizá sea más jactancioso que valiente y más impulsivamente heroico que sereno.

Y es inconstante, imprudente, imprevisor e iluso.

Pasa de la embriaguez inmotivada de la ilusión al colapso anticipado de las derrotas.

En algunas regiones es adicto al licor, en otras al juego, en casi todas a los amores versátiles. En las clases inferiores son frecuentes el robo y el embuste, y en las superiores el incumplimiento de las promesas.

Con la flaqueza biológica, núcleo de nuestros defectos más notorios y perjudiciales, se enlaza estrictamente la constante fuga mental de nuestro espíritu ante los problemas que exigen algún esfuerzo. El chiste que elimina con gracia fulgurante la seriedad de un tema abstruso, no otra cosa es, sino escondite de la incapacidad de abordarlo a fondo. La misma caricatura moral de los hechos y los hombres, es el simulacro de un análisis que rehuye la difícil valoración métrica y la ponderación del juicio. Por eso es tan chispeante y amena la sociedad de nuestras urbes iberoamericanas, y tan peligroso su ambiente de ironía sutil para las iniciativas de complicada trayectoria y arduo entendimiento.

De ahí mismo emana, de aquella debilidad fisiológica, la prolija tramitación de nuestros negocios y de las actividades burocráticas: Todos tratan de rehuir algún esfuerzo y, por ende, posponen la solución para otro día, para otro despacho ejecutivo, para «nueva organización de este importante asunto». Es verdad que dicha índole dilatoria nos viene de los pueblos mediterráneos, España, Francia y Portugal, por ejemplo, mas es evidente que aquí encuentra, en el criollo dejativo, el clima más adecuado a su prosperidad incontenible.

Sobre este análisis de la flaqueza biológica de nuestro grupo racial he basado todos mis cálculos de futuro y mis consejos de orientación correctiva, sin desconocer un solo instante la sima abierta, porque entiendo que emana de una acción perturbadora del ambiente físico continental, espontáneamente insoluble.

CARACTERES NACIONALES: Dentro de estas características universales del iberoamericano, existen algunas diferencias que los distinguen parcialmente:

Casi todos los países iberoamericanos presentan una polaridad interior geográfica y racial que se dispone en temperamentos diferentes. Por lo común, estas divergencias ocurren entre andinos y litorales, es a saber, entre los pobladores de la cordillera y los que demoran en las costas y valles ardientes de los grandes ríos. Acrece esta dicotomía territorial el hecho histórico de que los primeros son generalmente mestizos, mientras que en las otras regiones predomina la mezcla negroide, o un cruzamiento más complicado de blancos, negros e indios.

Esto puede observarse desde México hasta el paralelo Uruguay-Chile, en que ya comienza el franco predominio de los arios, después de haber asimilado los negros descendientes de la antigua esclavitud que hubo en esa zona.

Es indudable que las poblaciones de la Meseta del Anahuac se diferencian mucho de los costeños del Caribe, y que lo mismo puede apreciarse en las otras repúblicas centroamericanas. Venezuela ha padecido de una pugna tradicional entre los andinos y los litorales desde tiempos ya remotos, tan acerba y entrañable, que, a mi modo de ver, así se explican muchas de sus revoluciones y tragedias íntimas. En Colombia, «grosso modo», una línea que partiendo de Riohacha concluya en Barbacoas, nos divide el país en orientales y occidentales, con predominio de mestizos y mulatos respectivamente, dando ocasión a dos temperamentos tan distantes uno de otro, que por ahí nos vienen las frecuentes disputas y regionalismos que surgen a cada momento, con esta o la otra oportunidad transeunte. El Ecuador padece —¡y de qué manera!— de este divorcio antropogeográfico de sus pobladores: La rivalidad y el odio son constantes y acerbos entre quiteños y guayaquileños, símbolos del andino y del litoral, respectivamente. En el Perú hay casi un abismo entre la vivacidad limeña y la taciturnidad de los altiplanenses, de Cuzco, v. gr. Cuánto se alejan en su carácter las sociedades de La Paz y Sucre, en Bolivia, de las graciosas modalidades de una Santa Cruz del Beni, y Cochabamba, digamos. Y cómo se apartan en su comportamiento las tres divisiones naturales chilenas del norte, el centro y el sur. Por lo que hace a la Argentina, su historia está cuajada de conflictos entre los criollos del noroeste, los gauchos del centro y los porteños del Atlántico. El Brasil confronta graves problemas, que estallan a cada momento en sus luchas políticas, entre los fluminenses, los paulistas, los centrales y los meridionales, los de la cuenca amazónica con el resto del país, hasta el punto que si no mediase un enorme orgullo nacional aglutinante

en redor de la grandeza de su territorio, ya se habría desmembrado esta nacionalidad.

Y aún vése en todas partes una curiosa y muy eficaz localización de los centros de cultura: En estos países encuentra uno, al lado de la ciudad capital, otra urbe prestigiosa que desde antiguo le disputa la hegemonía de la educación y las buenas maneras sociales, algo así como una segunda sede del espíritu patrio: En México, Puebla; en Guatemala, la Antigua; en Nicaragua, León; en Costa Rica, Cartago; Santiago de Veraguas en Panamá; Popayán en Colombia; en Venezuela, Mérida; en el Ecuador, Cuenca; en el Perú, Arequipa; en Bolivia, Sucre; en Chile, Concepción; en Argentina, Córdoba; en el Brasil, Bahía y Pernambuco. Y ello no constituye un mero accidente pedagógico, que cada una de esas capitales de la cultura tradicional representa —y conserva amorosamente— la índole patriarcal de la progenie, con normas sociales inconfundibles, deliciosamente anticuadas y pulcras, como en Loja del Ecuador, como en Popayán de Colombia... donde aún veneran a Don Quijote y celebran Semanas Santas a la usanza de Toledo y de Sevilla.

Y es más aún: Que tales centros culturales producen sus hombres típicos, orgullo indeficiente de su fecundidad espiritual: Guillermo Valencia, Crespo Toral, Enrique Molina, Leopoldo Lugones y Afranio Peixoto, vamos al decir.

Y sin embargo, puede discernirse un denominador común del carácter nacional de todos ellos, especies dentro del género unívoco:

México goza del más definido carácter nacionalista, aureolado de grandeza, de barbarie a ratos y de generosidad: El sino trágico de su historia le ha modelado una índole despectiva de la muerte, brava, veleidosa y peligrosa a la vez. En sus guerreros y escritores palpita el caos, fecundo quizás, interesante sin duda.

Los centroamericanos, en sus pequeños países, no se parecen unos a otros: El Salvador saturado ya de habitantes prefiere los recursos de la civilización a las especulaciones de la cultura desinteresada. Guatemala confronta la difícil asimilación de sus masas aborígenes, pero fácil de administrar, y conserva para sus indios costumbres de gobierno de una enorme importancia y justicia peculiar deliciosa. Honduras sufre grave influencia capitalista extraña, mas yo no conozco bien el temperamento suyo, ni sus reacciones culturales. Nicaragua, de estupenda hospitalidad, de hombres simpáticamente imaginativos y mujeres bellamente airoas. Costa Rica, de

tan buena alcurnia y sabia administración política, modelo tradicional de orden en Centro América.

Cuba, de pasiones exaltadas, ha producido letrados de mucho mérito, y es como un estuario de civilizaciones disímiles, cuyo conflicto constante puede perturbar la consolidación de una índole definitiva y vernácula. Como tal vez sea a la postre el caso de Panamá y Puerto Rico. Mas yo no los he estudiado suficientemente para emitir una opinión discreta y sostenible.

El colombiano es hospitalario y bondadoso, amante de la cultura y del orden, aunque carece aún de la reciedumbre de una disciplina personal eficiente.

El venezolano me cautiva por la franqueza de su carácter, su exaltado patriotismo, el caudaloso amor de sus tradiciones heroicas y la honestidad en su conducta privada con relación a los bienes ajenos, aunque en la administración de los nacionales haya sufrido tan prolija y cruelmente.

El ecuatoriano de la altiplanicie aparece muy discreto e «intravertido», con un recóndito sentimiento de lo trágico, cual pudiera deducirse de los tonos purpúreos de su pintura nacional, del dolor de sus invocaciones religiosas, de los epileptoides estallidos de su política interna, y aun de la enigmática sonrisa de su cautivadora amabilidad.

El Perú Litoral, el limeño, digamos, rebosa simpatía, agilidad mental, dón de gentes, habilidad política, buen gusto. Me sorprendió el que habiendo tenido con Colombia rivalidades y pugnas a través de toda la historia de un siglo, lo hallara tan semejante en su morfología social y cultural, tan semejante en la esencia de su psique.

Chile ha pensado siempre en grande, y es disciplinado, amigo del progreso industrial, de la técnica y de la expresión pragmática y concisa.

El boliviano, como el ecuatoriano, tiene problemas punto menos que insolubles, que trascienden a su temperamento, conturbando la tendencia introspectiva que recibió de la porción aborígen de sus antepasados, pero reacciona con la exquisita bondad de su cultura.

Al Paraguay asiste aún la clásica varonía de su sangre guaraní, y se abre ventanas en la Historia con actitudes de afirmación vital desconcertantes.

Tiene la Argentina una sociedad de excelente conducta moral. Organiza instituciones culturales y ensancha el cauce fecundo de su civilización con arrogancia y buen entendimiento de sus poten-

cias espirituales y territoriales. De su grandeza en rápido ascenso cobra el ciudadano común una posición de dignidad definitiva y volitivo arranque de superación. Si Chile se embriaga con la aristocrática perspectiva de sus hipódromos, el argentino pierde el seso por el foot-ball. Uno y otro se preocupan por resolver adecuadamente las cuestiones sociales, y ambos gustan de vivir al tanto del movimiento cultural del mundo.

El Uruguay, que disfruta del mejor país a que pueda aspirar un pueblo, y de una estimulante posición entre el océano y dos naciones poderosas, tiene gran devoción por la modernidad y la cultura, el sentido de la audacia política, y mujeres, como Chile, de envidiable dón de letras.

Una gran potencia nacional como es el Brasil goza de recursos y oportunidades magníficas para el desenvolvimiento de la cultura y de la civilización, máxime cuando las circunstancias de lejanía y prosperidad de algunos de sus estados permiten una competencia incesante. La sociedad fluminense o «carioca», la paulista, la bahiana etc. disfrutan de un ambiente aristocrático de discreción, de buen tono, de gentileza sustantiva, tradiciones ejemplares del Imperio y del estímulo de las varias subespecies de cultura que ahí conviven, como la portuguesa del fondo racial, la francesa, de adopción, la italiana, la germana y la española etc., en propincuidad y buena lid. Posee grandes poetas y escritores ilustres. En la amatividad es ardiente como los cubanos y nuestros costeros del Litoral Caribe.

Las Guayanas que podrían constituir una extensa república federal en el Trópico, pero que aún no han sido reintegradas al Continente, presentan variada índole, difícil de englobar en un párrafo sintético.

A Estados Unidos ya lo hemos mirado un poco en párrafos anteriores; y al Canadá quisiéramos tenerlo más vinculado aún a la solidaridad del Continente, para que nos ayude con sus dotes eximias en nuestras graves preocupaciones.

OCTAVO DISCURSO: SINOPSIS FINAL Y CONCLUSIONES

SINOPSIS FINAL: He aquí, pues, lector invisible, dicho ya lo poco que me han enseñado la vida y los hombres respecto de nuestro «Nuevo Mundo».

He creído ser leal a mi pensamiento, y aspiro a que estas líneas susciten las adiciones y correcciones que tan encumbrada materia requiere, de parte de quienes pueden hacerlo mejor que el inseguro aficionado que las ha escrito.

A ellas me movió el convencimiento de que el hombre americano, y en especial el iberoamericano, tiene un gran destino histórico, siempre que venza oportunamente las circunstancias difíciles en que le cupo la fortuna de actuar.

Ninguna de ellas, ninguna de tales adversidades, es insoluble. Pero, sí muy hondas. De su diáfano entendimiento se desprenderá la corrección adecuada. Por contribuir a su elucidación he emprendido esta tarea ardua de suyo y más ardua todavía para mí.

Y así digo, resumiendo los informes de mi estudio, que vivimos en un Continente en decrepitud notoria desde hace unos cuantos milenios, más acentuada, al parecer, de unos veinte siglos acá, según los datos de nuestra paleobiología animal y vegetal y lo poco que de la prehistoria aborígen podemos discernir en la bruma de esos tiempos.

Padecemos, además, de un período de caótica hibridación de razas de apartado origen, que trae a nuestra fisiología y a nuestra conducta conflictos de confusión de caracteres y de indeterminación de índoles que nos tornan inestables y nerviosos.

Nuestra geografía de altas cordilleras y grandes planicies, de páramos eriales y de valles fecundos, es otro motivo de discordancia en la formación del carácter.

La cultura, de origen europeo y luengas tradiciones de otros continentes, al lado de un mundo sensible que impone sus propias modalidades, constituye nueva causal de incertidumbres, nueva hibridación «sui generis».

También la economía, con capital extranjero aplicado a la naturaleza americana, es una posición híbrida, como lo es la actual ordenación del movimiento industrial, cuyas materias primas se producen en parte entre nosotros, para ser elaboradas en lejano sitio.

Y algo semejante ocurre con las modas, costumbres e innovaciones artísticas.

Y con el orgullo mismo de nuestra personalidad, que tiene raigambres europeas, de un lado, sede y afectos en la otra región, cual es notorio en lo atañadero a la estirpe y la religión etc.

Sufrimos, en fin de una minoración vital a causa de la alimentación deficiente, de las enfermedades reinantes en nuestros climas, de una higiene incorrecta, de costumbres desordenadas, de educación e instrucción defectuosas aún.

El diagnóstico de dichas dolencias y desvíos lo conocemos desde hace varias generaciones. No tanto así la terapéutica correspondiente. Menos todavía la voluntad de asumir el mandamiento indeclinable de esta lucha prometeica de una estirpe en trance de creación y un mundo en actitud huraña.

Hay algo seductoramente épico en esta perspectiva de contienda entre el hombre y el destino. Las jornadas de la Emancipación y del Descubrimiento, de una altitud sin pares en la historia; el rudo batallar de nuestra gente por nivelarse con la cultura histórica desde el rincón aislado y agresivo de su geografía; la lucha entrañable que cada uno de nosotros ha tenido que combatir en silencio para mirar de frente la soberbia estructura de la civilización milenaria que protege y enorgullece a otras regiones del planeta, todo ello es asaz poderoso a infundir en nuestro ánimo una fe irreductible.

Una fe irreductible en la grandeza ventura de nuestra historia, pero vigilante, ponderada y protegida sin reposo, sin vanidad ni timidez inútil.

Tarea infantil sería el desconocer las graves dificultades que ello implica, aunadas al inmenso trastorno que sufre actualmente el espíritu del hombre.

Porque ello es que a nuestra generación y la próxima venidera cupo en suerte recrear los grandes valores de la cultura: Tal así, parece, la Religión necesita de un sacudimiento profundo que le devuelva el prestigio de verosimilitud y de potencia orientadora que le corresponde en las categorías de toda cultura joven. Entre nosotros actualmente, por tradición y por hábito, conserva alguna fuerza social, pero va dejando de ser un baluarte del espíritu, a causa de la incertidumbre con que se aceptan sus dogmas.

La Filosofía requiere un compás de espera en este vertiginoso derrotero científico contemporáneo, pues con tanta prisa de innovaciones no le es dable formular ninguna síntesis que sosiegue nuestra sed de reposo espiritual, nuestra ineludible necesidad de un punto básico de opinión y de certeza.

Es cierto que las ciencias físico-matemáticas se han arrogado el inmenso campo de ideología que antes ocupó esotra, mas ¡ay! que ellas tampoco disfrutaban de un instante de quietud, sino que andan de tumbo en tumbo destruyendo ahora lo que crearon ayer, dudando para mañana de lo mismo que hoy formulan con esfuerzo indecible.

El arte, que hogaño quisiera regresar a normas de sencillez clásica, pero no ya insistiendo en lo heroico, sino en lo meramente esencial, o en los pormenores que trabajados hasta la entraña de sus fuentes descubran dicha esencia, inquiere aún por la ruta adecuada y oscila en tanto no llegue el genio rector de su futuro.

La tendencia a la nivelación de las clases sociales y de la riqueza nacional nos coloca, en fin, en frente de irremisibles convulsiones y desatinos de una y otra parte de esta antigua y ahora acremente renovada inquietud.

La institución de la familia, por más remota que sea y más metida en la intimidad de la especie, reclama, asimismo, una reorganización de sus estatutos, que ya no es lo que debe ser, ni quiere aún ser de otro modo, quedándose en un columpio de incidentes sin norma, al azar de una gentileza asediada y deleznable.

El Estado, como es la tendencia universal del día, asume la dirección de todas las actividades humanas, aun de las ciencias y de la religión, y más ahincadamente del individuo y la familia. Las fronteras entre la personalidad y el Estado no han sido definidas aún, y ello plantea graves conflictos: Ya se percibe en algunas naciones europeas la angustia del espíritu, aherrajado, cuando quiere ser libre; adjetivado e intelectualmente pusilánime, cuando se encauza en las funciones sociales que le asigna el dictador de turno. En estas materias nuestra índole es difícil de entender: Somos individualistas y desordenados, pero gustamos de una autoridad vigorosa que piense por nosotros los grandes problemas de nuestra vida. Tal contradicción emana de que no nos consideramos suficientemente aptos para asumir resoluciones fundamentales. Así, por ejemplo, sostenemos con ahinco las libertades de prensa, de reunión y de palabra, y con ellas la algarabía pueril de nuestros congresos, a fin de poder expresar caudalosamente el instinto de oposición en que culmina nuestro individualismo, instinto de oposición que constituye el mayor deleite de las muchedumbres y, por ende, el escalón ineludible de toda carrera política inicial. Sin congresos, estas naciones se sienten defraudadas de su deporte más encarecido y del mejor aliciente de prosperidad política. Es, pues, un desahogo

o «catarsis», como ya lo indiqué en otra página, de nuestro aguzado espíritu de censura. Pero, al lado suyo vese prosperar el anhelo recóndito de una autoridad vigorosa: Es que el ciudadano común y la inmensa mole de la población proletaria no se sienten seguros de su criterio, son ignorantes, y bajo la altivez de su individualismo esconden la vacilación de sus opiniones. De ahí que encumbren tan a menudo a ciertas personalidades mediocres, por el solo hecho de parecerles definidas y audaces.

Es verosímil que en este Continente se está incubando ya una nueva jornada de cultura: ¿Sería posible definir su orientación? De la conjugación de los grupos raciales que lo pueblan con las modalidades geofísicas que le corresponden ha surgido una sensibilidad propia del hombre americano. De esta sensibilidad se desprenden actitudes de conducta y cauces de entendimiento distintos de los que han dado ocasión e impulso a la gestación de otras culturas precedentes, y, por lo tanto, estimulantes, a su vez, si la intensidad de su acción así lo impone, de una nueva interpretación del Mundo y de la Vida, es decir, de la base ineludible de toda cultura bien estructurada.

Siendo América continuación y casi resumen de las actividades del hombre en los otros Continentes, esta su nueva sensibilidad es más amplia y generosa, más ecuménica y ágil.

Probablemente las peripecias de su lucha de adaptación al rudo ambiente americano, sus graves conflictos de hibridación, su debilitamiento físico y la incertidumbre constante de su esfuerzo hacen predominar en el hombre americano, en el iberoamericano a lo menos, la emotividad y la intuición, más que la voluntad y la inteligencia.

Sobre esta base obrarán, y ya operan su camino, las adquisiciones de la civilización moderna, la velocidad sobre todo, que a estas dos facultades de la emotividad y de la intuición añaden similar estímulo.

El ritmo lento de las culturas anteriores permitió un acoplamiento entre la inteligencia y espacio, por donde nos vino la índole métrica de la cultura que heredamos y que ahora está en trance de eclipse: La nueva cultura americana se elabora sobre la urdimbre del tiempo, en una cúpula diferente, intuitivo-temporal.

Al intensificarse el valor del tiempo, mediante la velocidad, el espacio deja de tener la importancia que antes tuvo, y nuestro espíritu trabaja hoy explosivamente, un poco a la manera de los motores de la locomoción moderna, no de la acémila y del remo de la

locomoción antigua. De ahí que antaño todo fuera medida, medida, meditación, y ahora ímpetu y estallido, intuición e instantaneidad, adivinación o catástrofe.

Corrugado el espacio, el tiempo concentra su potencia en acciones explosivas, y la mente humana tendrá que seguir este nuevo rumbo, adaptarse en sus operaciones a ese ritmo fulminante y construir interpretaciones diversas del Mundo, de la Vida y la conducta.

No sería imposible presuponer el curso de estas nuevas jornadas del espíritu, ni aun de sus adquisiciones más substanciales, pero no es ello pertinente aquí, ni ya el espacio de esta disertación lo admite.

CONCLUSIONES: Todos estos problemas que abruman a nuestra generación tiene que afrontarlos la América Latina con las penosas dificultades que hemos visto ampliamente en el cuerpo de esta obra. No he intentado disimularlas. No conceptúo honesto falsear verdades que entran en el cómputo de la acción futura de nuestras naciones, sin clarovidente noción de las cuales, sería inverosímil el triunfo. Mas, no me arredra su conturbadora magnitud: Yo sé que el hombre iberoamericano que se está formando en este caos del «Nuevo Mundo», tiende hacia virtudes suficientemente nobles y eficaces para justificar su puesto en la comunidad humana y su sede en las altas cumbres del espíritu. El ama la personalidad vigorosa y libre. Posee un sentido de la humanidad ecuménica. Tiene gran sensibilidad artística. Y mucha curiosidad ideológica. Dentro de sus mismos errores, cultiva indeficiente admiración por los ideales de una conducta incólume. Su dón estupendo de intuición, reforzado hábilmente con alguna más abundante dosis del sentido métrico y pragmático de los arios del Norte, será un instrumento mental poderoso para la organización de la nueva cultura que ya asoma en el alba nebulosa de nuestras inquietudes.

Y un no sé qué de vocación heroica vislumbra el observador atento en el alma de las nuevas generaciones: ¡Y hasta una callada fiebre de martirio, bajo las apariencias de la sensualidad, de la frivolidad y de la incuria en que hoy se debate! Afortunadamente la campanada de los siglos las está llamando a grandiosas creaciones, y ya se percibe en el ambiente una tensión de alumbramiento: Dichosos los que puedan contemplar el nuevo curso de la historia y asistir a las futuras conquistas del espíritu.

DISERTACION SOCIOLOGICA: ESQUEMA E INDICE

PRIMER DISCURSO: ESQUEMA IDEOLOGICO

	Págs.
Definición de la Sociología General	3
Sociología Teológica	4
Sociología Positivista	10
Sociología Etnológica	15
Sociología Morfológica	22
Sociología Económica	26
Sociología Histórica	36
Sociología Jurídica	41
Sociología Biológica	66
Comentario y Resumen	81

SEG. DISC: LA VIDA EN EL CONTINENTE AMERICANO

América en la mente de los aborígenes	85
La América de los geógrafos	88
La antigüedad del «Nuevo Mundo»	93
Estructura, magnitudes y distancias del universo	96
Génesis y dinámica de nuestro sistema solar	100
Aparición de las especies vivas	104
Posible origen de la vida	107
Un universo en trance teogónico	111
Naturaleza y Espíritu	113
Divinidad, Naturaleza y Número	114
Número, Espacio y Tiempo	118
Evolución de la vida	129
La vida en el Continente Americano	133
Perturbaciones de ella y reacciones posibles	138

TERCER DISCURSO: DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Epopeya de la Gran Cautiva de los Mares	141
Primera Jornada: La Conceptual	142
Segunda Jornada: La Oceánica	147

362 DISERTACION SOCIOLOGICA: ESQUEMA E INDICE

	Págs.
Tercera Jornada: La Territorial	151
El Combate de las Selvas	152
El Combate de las Pampas	155
El Combate de los Montes	157
El Combate de los Ríos	159
El Combate de las Razas	163

CUARTO DISCURSO: SOCIEDADES ABORIGENES

Pueblos y culturas aborígenes de América	171
Pieles Rojas	182
Otomíes y Primitivos	184
Aztecas y Toltecas	186
Maya-Quiché	188
Keshwas, Quechuas o Quichuas	191
Complejidad étnica americana	196
Economía de los aborígenes	197
Plantas	198
Animales	210
Minerales	214
Resumen	219

QUINTO DISCURSO: LA CULTURA MUYSKA

Vaguedad e incertidumbre	223
Los Muyskas	227
Legislación de Nemekeke	228
Zúe el Bochika	240
Perturbaciones de la Cultura Muyska	245

SEXTO DISCURSO: LA CULTURA COLONIAL

Cultura aparte y débil	249
La Familia Colonial	249
El Matrimonio	255
La Personalidad	261
Revolución de la Familia	266
El Sexo de las Culturas	270
La Institución Municipal	278
El Municipio en la Colonia	280

DISERTACION SOCIOLOGICA: ESQUEMA E INDICE 363

	Págs.
La Religión Colonial	283
Cabildo y Ciudadanía	284
La Educación Escolar	285
La Ciudad y el Campo	287
La Sensibilidad Social de la Colonia	291
El Error Fundamental de la Colonia	291

SEPTIMO DISCURSO: LA EMANCIPACION

No estábamos preparados para ella	297
Y sin embargo, fue oportuna	304
Instituciones republicanas	305
Emancipación incompleta	312
Los Partidos Políticos	316
Su Evolución	320
Misión Espiritual de Colombia	324
Desarrollo Cultural	329
Conductores Espirituales de América	335
Análisis de algunas especies culturales	337
La población que se va formando	343
Defectos de nuestra índole	348
Caracteres nacionales americanos	350

OCTAVO DISCURSO: SINOPSIS FINAL Y CONCLUSIONES

Sinopsis Final	355
Conclusiones	359

ENERO DE 1939

FAES

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

**BIBLIOTECA
Universidad EAFIT**



100131651

